



DGCL
A
(v.2)

C. 1157213
L. 110120



R. 95243

FR. GERUNDIO.

REVISTA EUROPEA.

PARTE HISTORICA.

UN PASEO POR EUROPA.

Hallábase mi paternidad en la Granja, como todo el mundo sabe, y si no lo sabe todo el mundo, la culpa no es mia sino de los desidiosos, holgazanes y gentes de mal gusto que no hayan leído el último número de la Revista Europea. Aquello ofrecía ya pocas novedades. Desde el aborto de la Reina y el nombramiento de los dos cuñados asturianos, el uno para el ministerio de Estado, y el otro para la embajada de Austria, no habia vuelto á ocurrir cosa particular, sino las generales de la ley, y las generales de la ley en el Real Sitio eran pretendientes que iban y venian, comisiones del Banco que iban y tornaban, el paseo ordinario por los jardines, tal cual expedicion á Segovia, y ministros que hacian la vida siguiente, de que certifico: por la mañana un paseo, cada cual con su familia el que la tiene, y el que nó, con alguna de su devocion y particular aprecio, que nunca falta, pues hasta los ministros conservan algunas afecciones humanas, aunque parezca mentira; en seguida á almorzar fuerte; despues á matar un par de ho-

Agosto 15 de 1848.

TOMO II. 4

ras en consejo, que es cuando se reparte la gracia de Dios, aparte de los desventurados á quienes se la quitan, pero asi es el mundo; despues del consejo á la mesa, ó convidados alternativamente unos por otros, ó bien por algun pretendiente de esos gordos, que en lugar de memorial dan una comida y es de mas efecto: por la tarde otro paseo en tandas de tres ó cuatro, y á la noche á matar otras dos ó tres horas al teatro por via de descanso y desahogo de los afanes del dia. Y en verdad que buena falta les hace, porque dos paseos diarios, dos comidas fuertes con distintos nombres, y un consejo para acordar quién ha de ser el dichoso á quién hayan de regalar una barrita de turrón, es capaz de acabar con naturalezas de bronce.

Pues como digo, la vida de la Granja ofrecia muy pocos lances en los primeros dias de agosto, á lo menos hasta el 9 en que se habia de verificar el baile de palacio: por otra parte, un Fr GERUNDIO no cabe bien en un Real Sitio, le viene demasiado estrecho, y necesitaba estenderse por toda la haz de la Europa. Y en cuanto á haber venido á la Granja á restablecer mi salud, y tener luego valor para emprender tan largo viaje, esto ya no debe maravillar, habiendo visto á un Duque de Sotomayor renunciar el ministerio de Estado por no permitirle su quebrantada salud seguir desempeñándole, y encontrarse con robustez para hacer un viaje á París y con fuerzas para desempeñar aquella embajada. Cuanto mas que yo poseo un método especial de viajar, que ni Sotomayor el ministro, ni Montemayor el aspirante á aereonauta, han podido inventar ni discurrir, y tan rápido y tan suave, que con ocho dias tenia yo de sobra para dar la vuelta á Europa y volver muy descansadamente á la Granja. Asi pues, mientras los demas se contentaban con su ordinario y mezquino paseo de los jardines, yo me eché á volar por esos mundos, y saliendo una mañana tempranito, andando andando me encontré orilla de un rio, que por lo caudaloso mostraba bien no ser el Eresma ni el Balsain,

—¿Qué río es este, amigos? pregunté á unos hombres que allí habia cargando unos barcos con bandera turca.

—El DANUBIO, me dijeron.

—¡Jesus, ave María Purísima! exclamé yo.

—¿Pues en qué país me encuentro?

—Os hallais, me contestaron, en

Valaquia.

«Pues señor, dije para mí, no creí haber venido tan lejos, pero una vez que el aire me ha traído nada menos que á Valaquia, me alegro de ver con mis propios ojos cómo ha quedado este país, trasformado de repente de turco-ruso en constitucional-democrático. Me dirigí á Bucharest, y pregunté por el gobierno provisional.—¿Qué gobierno provisional, ni qué Cristo? me dijeron: todo el mundo se ha largado huyendo de los rusos, que vienen echando diablos por ahí adelante.» No me hizo gracia la noticia, y ya estaba yo esperando ver entrar los rusos por las puertas de la ciudad, cuando de repente se anunció que quien volvía era el gobierno provisional, y que la venida de los rusos era falsa. Había sucedido en Valaquia lo que en Castilla la Vieja, donde las autoridades todas se habían puesto en movimiento y comunicándose partes de la entrada de 200 facciosos montemolinistas perfectamente montados y equipados, y luego resultó que los 200 ginetes carlistas eran unas cuadrillas de segadores gallegos con sus guadañas y sus morrales llenos de mendrugos de pan duro. Con este motivo el pueblo volvió á alzarse en masa, no Castilla, que esta no se alza á un dos por tres, sino la capital de Valaquia, y como se difundiese la voz de que era el Arzobispo el que habia dado la falsa noticia de la entrada de los rusos, fuí testigo de un acto cómico muy singular.

El pueblo en masa se fué al palacio arzobispal; allí agarraron á mi pobre prelado, le hicieron arrodillarse y jurar con la mano en los evangelios que diría verdad. El buen Arzobispo confesó de plano que él era el que habia supuesto los partes falsos de la entrada de los rusos; el pueblo le destituyó, y despachó un extraordinario al gobierno provisional invitándole á que regresára. Yo le esperé, le ofrecí mis gerundianos respetos, le encargué que tuviera mucho juicio en la nueva marcha constitucional que habia emprendido, porque si daba en hacer locuras como los franceses de febrero, acabarían los rusos por tragársele, y así le dejé instalado. No sé lo que habré hecho despues, porque yo me fui á dar un vistazo á la

Moldavia.

Allí sí que me encontré con 4,000 rusos en Jassy; cosa que en verdad me agradó bien poco, porque conocí la nube que iba á descargar sobre los pobres valacos, y mas cuando me dijeron que eran dos ejércitos los que se les iban á echar encima, uno de 20 y otro de 25,000 hombres. Huyendo de los rusos, me fui á Galatz, donde ví desembarcar 5,000 turcos al mando de Talad-Effendi. Como los moldavos habian pedido á Constantinopla auxilios de tropas turcas para que les sostuvieran sus libertades y su nuevo gobierno constitucional, creian de buena fé que llevaban esa sana intencion. Yo me puse á mirar á Talad-Effendi, y no pude menos de cantarle por lo bajo aquello de:

Eres Turco,
no te creo.....

Efectivamente á poco rato llegaron Saleyman-Bajá, comisario del imperio, y Emin-Effendi, primer intérprete del Divan, con instrucciones del Gran-Visir. Aunque yo no poseo gran

cosa el turco, todavía pude darme á entender con ellos, y en la conversacion me revelaron que venian en combinacion con los rusos para destruir el nuevo órden de cosas establecido en los dos principados de Moldavia y de Valaquia. Esto ya me lo esperaba yo Fr. GERUNDIO, porque pensar que los turcos hubieran de ir á proclamar la Constitucion en Moldavia, es como pensar que Montemolin y sus turcos hayan de venir á España á traernos las libertades patrias. Sin embargo, me ofrecieron que respetarian aquellas reformas que fueran mas útiles al bienestar de los dos principados y que mas reclamaban las ideas, las tendencias y las necesidades del siglo. Algo le consoló á mí paternidad el ver que hasta los turcos y los carlistas reconocen ya que el siglo rechaza sus antiguos principios, y que ellos mismos confiesan la necesidad de reformarlos. Por algo han de empezar las conquistas.

Hubiera ido de buena gana á Rusia, pero temí el cólera-morbo y la cólera del señor Nicolás, y así tomé mi cabalgadura aérea, y variando de rumbo, en un momento me plante en

Austria.

No quise detenerme nada en Hungría; contentándome con ver á lo lejos las refriegas de los húngaros y los ilirios, que no llevan trazas de acabarse tan pronto, y por allá me las den todas. Cuando llegué á Viena acababa de salir otra vez el Archiduque Juan para Francfort; sentí no verle. El emperador tampoco habia regresado aun de Inspruck; pero en cambio me presenté al baron Wessenberg, que tambien por el mal estado de su salud habia hecho dimision del ministerio de Negocios estrangeros quedándose solo con la presidencia. Como era el que habia negociado con el Emperador el reconocimiento de la reina de España, con noticia de que era yo un español, me hizo un recibimiento sumamente benévolo y afable. Desde luego me preguntó si conocia al señor Mon, nombrado por la

corte de España embajador extraordinario y plenipotenciario cerca de S. M. el Emperador de Austria. Díjole que le conocía algo.

—«Supongo, añadió, que será un diplomático hábil y consumado.

—Deberá serlo, le respondí; si bien es verdad que no ha podido demostrarlo todavía por falta de ocasion.

—¡Cómo! esclamo el baron: ¿no ha tenido ninguna ocasion de desplegar sus talentos políticos en ninguno de los cargos diplomáticos que haya desempeñado?

—No señor, porque no ha ocupado ningún puesto de este género: esta es la primera mision diplomática que desempeñará.

—¡Es posible!

—No os admiréis, señor baron de Wesseberg. En España es muy frecuente conferir la embajada de una potencia de primer orden á quien no ha saludado ni siquiera los rudimentos de la ciencia diplomática. Sin embargo, él se presentará á vuestro baron de Prokeks (que parece ser el que os reemplaza en el ministerio de Negocios estrangeros, y que me consta es uno de los diplomáticos mas hábiles de la escuela moderna) con la misma arrogancia que si fuese un Canning, un Talleyrand ó un Metternich. Tiene el pequeño defecto de no conocer el alemán, pero en cambio es de un carácter sumamente dulce y acomodaticio. Sobre todo, baron, es hombre de rompe y rasga para esto de arreglar la hacienda de un país, y en dos plumadas y sin necesidad de estadísticas ni otras impertinencias, os organizaria un sistema tributario tan basado en la equidad y en la justicia distributiva, que no dejaría nada que desear á los contribuyentes. Es el Necker español, señor baron.

—Lástima, me dijo el ministro austriaco, que tan aventajada habilidad rentística no tenga la mayor analogía con la diplomacia. (1) ¿Y qué me decís de vuestro nuevo ministro de Estado marqués de Pidal?

(1) Por fin el Austria se verá privada de esta lumbrera diplomática

—Tampoco es de la carrera, señor baron, pero es hermano político del embajador. El marqués de Pidal no os parecería ni Marqués ni ministro de Estado, y sin embargo es las dos cosas. Hombre de gran peso, capaz de llevar sobre sus robustos hombros las relaciones diplomáticas del mundo entero: alto, fornido, ancho de espaldas, como los hombres de Homero y los irlandeses de Tipperary; mas de genio tan dulce, tan amable, tolerante, condescendiente, y hasta mantecoso, de tan esquisito tacto, y tan finas maneras sociales, que os aseguro, baron, que es el mas apropiado para conducir los negocios y relaciones internacionales con toda la delicadeza, con toda la sagacidad y finura que hoy hace tan necesaria la complicada situacion de Europa. Su nombramiento por otra parte, como uno de los autores que fué de las dobles bodas españolas, y como uno de los partidarios mas decididos del sistema de retroceso en España, le constituyen, como comprendereis bien, el mas apto para estrechar nuestras aflojadas relaciones con la república francesa, y para reanudar las interrumpidas con la Gran Bretaña. Cuanto mas que á falta de razones es muy capaz de derribar con el puño, no digo á un diplomático sino á una pared maestra.»

Mirábame el baron de Wesseberg de hito en hito, como quien dudaba si tomar aquel lenguaje por lo serio, ó tomarlo por lo satírico. Conociendo yo esto mismo, procuré distraerle la atencion diciéndole: «por lo que hace á vos, señor baron, al propio tiempo que como español os doy gracias por la parte que habeis tenido en el reconocimiento de nuestra jóven reina, os felicito por la gloria que os cabe en el giro atinado y prudente que habeis sabido dar al movimiento liberal del imperio. La eleccion del Archiduque para vicario general del im-

española, por haber preferido el ministerio de la Hacienda de España. En cambio los contribuyentes españoles repicarán las campanas de gozo.

perio germánico, no hay duda que ha favorecido grandemente al Austria y á vuestra familia imperial; y si la Rusia, permanece tan neutral como recientemente ha protestado serlo, si la Prusia, el Hannover y las razas slavas renuncian á sus rivalidades y á sus escrúpulos, si la suerte de las armas os favoreciese en Lombardía y Venecia....

—Todo esto sucederá, me dijo interrumpiéndome; contamos en Italia con la enemiga entre las casas reinantes de Borbon y de Saboya, con la guerra entre Nápoles y Sicilia, con los escrúpulos religiosos del Pontífice y con las locuras de Mamiani. En cuanto á la guerra, si hubiese necesidad de refuerzos, enviariamos los cincuenta mil húngaros que nos acaba de votar la cámara de diputados de Hungría, pero no será necesario, porque como sabreis, las tropas austriacas acaban de obtener un brillantísimo triunfo en Villafranca y Somma-Campagna, en que han tomado por asalto los atrincheramientos de los piemonteses, cogiéndoles mas de cuarenta cañones, y forzándoles á retirarse del otro lado del Mincio.

—Pues los boletines italianos, señor Baron, y siento decíroslo, anuncian por el contrario haber hecho las tropas de Carlos Alberto hasta trece mil prisioneros austriacos y apoderándose de cuarenta cañones imperiales, con muchos miles de muertos.»

Echóseme á reir el presidente del consejo de ministros, como quien estaba seguro de que la victoria habia quedado realmente por las tropas del imperio. Yo tambien lo sabia; pero confieso que intenté mortificar un poco el amor propio del austriaco, así porque le veia un tanto enorgullecido, como porque me dolia demasiado el contratiempo que acababa de sufrir la justa causa de la independencia italiana.

Le pedí permiso para retirarme: el Baron me despidió tan afable y cortesmente como me habia recibido; era ya tarde, yo necesitaba descansar, y me dirigí á mi fonda, que era la del Emperador Romano, con ánimo de asistir al dia siguiente á una sesion de la Dieta. Mi paternidad gozaba ya del

reposo que tan necesario me era despues de tan largo viaje, cuando á eso de media noche me despertó un gran ruido, acompañado de gritos tumultuosos. Eché mi reverenda humanidad fuera de la cama, me vestí de prisa, me lancé á una de las galerías inmediatas, y presencié una escena que hubo de costarme cara á mí mismo. Unos hombres con el uniforme de la guardia nacional austriaca iban sacudiendo sendos sablezozos á un grupo que trataba de ganar la salida de la fonda. Uno de ellos tuvo ya el sable levantado para descargarle sobre mí: yo me apresuré á decir en mal aleman que era un extranjero, un español. Y como la estructura gerundiana, junto con el color no nada rubio de castellano viejo certificaban harto auténticamente que no era aleman, pude fácilmente parar el golpe y de ello me felicité no poco. Pregunté luego qué significaba aquel alboroto, y me informaron de que aquella noche habia tenido allí su sesion un club democrático, que tenía por objeto desenvolver una constitucion republicana, y que se habian pronunciado discursos tan violentos contra la monarquía, contra el Emperador, y contra el mismo Archiduque que estaba siendo ahora el ídolo del pueblo, que irritados los circunstantes habian salido á llamar á la guardia nacional d el distrito, la cual entró á deshacer el club sable en mano, que el pueblo y los guardias habian sacudido grandemente el polvo á los miembros del club, y que ademas habian logrado llevar presos á ocho ó diez de los principales anarquistas, que asi los llamaban ellos.

Esto me dió idea, aunque á costa de un susto, del estado de la opinion en la capital del imperio austriaco, y de lo poco que allí deben fructificar las ideas republicanas. Una vez desvelado, y sin esperanzas de volver á conciliar el sueño, ya no tuve paciencia para esperar á la sesion de la Dieta, que por otra parte me informaron no ofrecería aquel dia asunto de interés particular; con lo que determiné tomar mi velocipedo, y surcando rápidamente los aires me planté en un brevísimo espacio en

Prusia.

—

Aunque el rey estaba en Postdam, yo me dirigí á Berlin. Al mismo tiempo que yo me apeaba en la fonda del Aguila-negra, lo hacia un caballero aleman, con quien me pusieron á la mesa. Aunque los alemanes sean naturalmente taciturnos, como para los españoles es un sacrificio comer y no hablar, no pude menos de dirigirle la palabra, y nada me pareció mas propio ni mas inofensivo que manifestar la satisfaccion que tenia en que al fin, despues de tantas negociaciones cada dia emprendidas y cada dia rotas entre la Dinamarca y la Prusia sobre la guerra de Schleswig Holstein, se hubiera arreglado un armisticio de tres meses, cuyos capitulos habia leído, y lo cual daria lugar á que se terminára ese ruidoso negocio pacíficamente.

—«Luego vos creeis, me dijo, que el armisticio se lleva adelante.

—¿No lo he de creer, le respondí, cuando he visto los capitulos del tratado? Y en verdad que lo deseaba, porque habeis de saber que yo escribo en España una Revista quincenal de los sucesos de Europa, y os digo ingénuamente que la guerra de Prusia y Dinamarca me ha hecho pasar mil apuros: porque no bien escribia, con arreglo á las noticias de vuestros diarios, que estaban para terminarse las negociaciones de una paz, cuando tenia que borrarlo para decir que la guerra continuaba sin esperanzas de arreglo: cuando iba á dar esta noticia á la imprenta, recibia otra en que se comunicaba que, gracias á la intervencion de la Inglaterra, de la Suecia y de la Rusia, la guerra podia darse por terminada; mas al dia siguiente nos anunciaban los diarios de Berlin, de Ausburgo y de Copenhague que se iban á emprender las operaciones militares por ambas partes con todo vigor. Asi he estado tres me-

ses, deshaciendo por la tarde la paz que daba por segura por la mañana, y borrando al día siguiente la guerra que había recommenzado la tarde anterior, lo cual, dispensadme que os lo diga, nos parecía á los españoles sumamente impropio de la formalidad alemana. Ahora ya he podido anunciar que se ha celebrado definitivamente un armisticio de tres meses.

—¿Y lo habeis anunciado así?

—Ciertamente.

—Pues ya podeis borrarlo tambien, caballero español, porque el armisticio no ha durado tres dias. Ved la proclama del gobierno provisional de Holstein.» Y me alargó un papel en que se leía:

«Ciudadanos: las negociaciones empezadas con la Dinamarca con el objeto de arreglar pacíficamente las diferencias están rotas. Las hostilidades se han abierto de nuevo. Las armas decidirán.»

—¿Y lo podré anunciar así ya? le pregunté.

—Por *hoy* sí, me respondió.

—¿Y *mañana* tendré que decir que han cesado las hostilidades, y que se han entablado nuevas negociaciones de paz?

—Será muy posible, me contestó.

Pues me gusta, dije para mí, la tan decantada formalidad y consecuencia alemana.

—Decidme, le pregunté (y perdonad á un extranjero que sea curioso acaso hasta la indiscrecion): ¿es cierto que de tan mal humor ha puesto á la Prusia el nombramiento del Archiduque Juan, de gefe de todo el ejército del imperio? ¿Es cierto que la Prusia se ha resentido hasta el punto de ponerse en lucha abierta con la asamblea de Francfort?

—¡Oh! sí; *ayer* el disgusto de la Prusia era profundo: la guarnicion de Stettin había protestado contra la circular del ministro de la guerra del imperio, y se creía que todo el ejército prusiano se negaría á prestar el juramento de fidelidad á un archiduque de la casa de Austria. Pero *hoy*, así el monarca como la Dieta prusiana, así el ejército como el país, todos

reconocen ya como obligatorias para todos los estados alemanes las resoluciones de la asamblea de Francfort. *Ayer* se temía una grave disidencia entre la Prusia y el resto de la Alemania; *hoy* todo se ha conciliado.

—¿Estais seguro de eso?

—Tan seguro, como que llego ahora mismo de Postdam y de Bellevue, de terminar este arreglo amistoso. Yo soy el diputado Beckerath, comisionado por la asamblea de Francfort para realizar este convenio entre el gobierno prusiano y el ministerio del imperio. Ved el manifiesto del rey.

Con efecto, lei el manifiesto de S. M. prusiana, en que decía esplicitamente: «Yo me he pronunciado en favor de la eleccion de S. A. I. el archiduque Juan, no solo porque este príncipe es mi amigo personal, sino porque ha adquirido un nombre glorioso en la paz y en la guerra.»

—¿Y subsistirá mucho este acuerdo? le pregunté.

—Eso es, me respondió, de lo que yo no os podré garantir.»

Este diálogo fué interrumpido por voces tumultuosas que á la parte de fuera se oían. Lleno de curiosidad, salí á informarme por mí mismo de la causa de aquel alboroto. La bandera *prusiana* ondeaba en el cuartel de los 24 regimientos, y en la escuela de ingenieros; por el contrario, en la Universidad tremolaban las banderas *tricolores alemanas*. Una parte principal del pueblo, apoyada en la guarnición, se pronunciaba por el prusianismo, otra menos principal, protegida por los estudiantes, daba vivas á la unidad alemana. Por todas partes circulaban grupos: cada cual pedía una cosa, y no pude entender cuál era el verdadero espíritu que dominaba en Berlin. Solo ví que la policía hizo unas cuantas prisiones, y que por de pronto la ciudad parecia haber quedado tranquila.

No sé lo que habria despues, porque al ver que en Prusia, en la formalota Prusia, no encontraba ni pizca de consecuencia, dejé á Berlin, y pasé á visitar rápidamente los pequeños estados alemanes. En

Wurtemberg

encontré al famoso republicano Hecker, que con varios de sus partidarios recorría aquellos países. No sé por qué me tomó á mí por republicano también; ello es que á las primeras de cambio me descubrió todo su plan. «Nuestro proyecto, me dijo, es preparar la opinión para dar un golpe general simultáneo en toda la Alemania. Para esto nos hemos dividido en secciones. Mi compañero Frabel, comunista, trabaja en el Rin central é inferior: el Hesse y otros países de la Prusia Rhenana reciben sus inspiraciones de Francia y Colonia: Viena y Praga corren de cuenta de la sección polaca. Nuestro cuartel general es Francfort. Ciertamente es que tenemos que luchar con el espíritu reaccionario que se va desplegando en varios puntos de la confederación. El gran duque de Baden ha prohibido todas las asociaciones democráticas: en Viena son también perseguidas; en Maguncia se ha formado una nueva asociación monárquico-constitucional para contrarrestar nuestros esfuerzos: Wiesbaden le ha dirigido una felicitación; no importa, cuanto mayor sea la lucha más glorioso será nuestro triunfo.

—Contareis, le dije, con grandes recursos pecuniarios.

—No faltan, me contestó; la propaganda francesa nos los suministra, si bien han disminuido desde los sucesos de junio. No obstante, si quereis encargarnos de propagar vuestras doctrinas en España, aun os podremos facilitar algunos fondos.»

Confieso que me asaltó por un momento la pícara tentación de hacer el viaje á costa de los propagandistas republicanos franceses y alemanes, pero pudiendo más mi conciencia que el sórdido interés, y prefiriendo entre dos pecados el menor, el de la mentira, le dije al ciudadano Hecker que le agradecía mucho la honra que me hacía en confiarme tan delicada comisión, pero que no pensaba regresar á España por ahora. Con lo que

me despedí del fogoso y no muy reservado gefe de los republicanos alemanes, y dando cuerda á mi vehículo continué mi viaje.

Iba yo andando andando, cuando me encontré con una columna de tropa como de 6,000 hombres. «¿Qué serán estos y á dónde irán?» decía yo. Estando en estas dudas me pareció haber oído pronunciar mi nombre. Por mas extraño que esto fuera, púseme á escuchar, y entonces ya me sentí clara y distintamente nombrado.

—¿Qué, no conoce ya Fr. GERUNDIO, á sus amigos?

El que de esta manera me interpelaba era el gefe de aquella columna. Púseme los anteojos para mejor reconocerle, y acercándome mas: «¡Oh, mi amigo Fanti! exclamé: ¿cómo es esto? dónde me encuentro yo, y cómo es que le hallo á vd. aquí?

El caballero Fanti era un bravo y benemérito oficial italiano que habia hecho la guerra en España en favor de la causa constitucional, y con quien me habian unido amistosas relaciones.

—Se halla vd., me dijo, en

Lombardía:

y casi á las puertas de Milan. Yo me dirijo á Brescia con este cuerpo de 5,000 hombres, cuyo mando me ha sido confiado, con objeto de reforzar el ejército confederado, que como vd. sabrá, ha sufrido un funesto descalabro en Villafranca. Otra columna de 3 ó 4,000 nacionales milaneses ha salido á guarnecer el Adda. Si va vd. á Milan, no le sorprenda á vd. si acaso le halla alborotado, porque yo le dejé en bastante fermentación. Vea vd. á mi amigo Ramorino, que le informará de todo. ¿Y cómo ha dejado vd. á nuestra querida España?

—Demasiado bien, le respondí, para los que saben explotar la situación, demasiado mal para los que no pertenecen á ella.

—Siento, me dijo, no poder detenerme; la columna avanza, y el tiempo urge.

Con esto nos despedimos, deseándole yo buena suerte en la guerra, y me encaminé á Milan. Trabajo me costó penetrar en la población; el pueblo construía barricadas en los arrabales como si temiera que se le echara encima de un momento á otro el mariscal Radetzky; querían detenerme por sospechoso; yo grité: «¡Viva Pio IX! pero conocí que este grito, antes tan mágico en toda Italia, ya no era una garantía para aquella gente. Grité: ¡Viva Carlos Alberto! y vi que tampoco les inspiraba ya entusiasmo: hasta que exclamé con cuanta fuerza pude: «¡Viva la libertad italiana! Conducidme al general Ramorino: quiero ver á Ramorino de parte de mi amigo el general Fanti.» Estos dos nombres estaban en boga aquel día, y fui inmediatamente conducido á la plaza. Tampoco allí podía dar un paso; grupos tumultuosos la obstruían; veíase pintado el terror en unos, la exaltación en otros; habíase pedido una comisión de defensa pública: me acerqué á una esquinilla, y pude leer estas palabras de una proclama á la juventud:

«La guerra se prolonga y los peligros aumentan. La patria necesita vuestro auxilio.....Tengo fé en vosotros, tenedla también en mí. Apresuraos, la Italia necesita 10,000, 20,000 voluntarios. Reunidlos, y corramos á los Alpes. Mostremos á Italia y á Europa que queremos vencer, y venceremos.-- Garibaldi.»

Este Garibaldi acababa de llegar de Montevideo á tomar parte en la guerra contra el Austria. Dijéronle á Ramorino que un español preguntaba por él, y vino presuroso á encontrarme. «No os puedo dedicar mas que un momento, me dijo, estamos organizando un levantamiento general en Lombardía. Mazzini se ha alistado como voluntario. El pueblo en la primera impresión del terror, ha obligado al gobierno á pedir

auxilio á la Francia; allá ha ido Guerrieri: nosotros creemos que aun nos sobran recursos propios para salvar la independencia italiana, y por eso nos llaman exaltados. Para mantener el espíritu público hemos hecho correr la voz de que Padua ha arrojado á los austriacos, pero la verdad es que la Lombardia está en peligro. Dicen que desconfiamos de Carlos Alberto; ¿quieren que no desconfiemos, habiendo visto la defeccion del rey de Nápoles, y la traicion de los modenenses que se nos han pasado al enemigo? ¿Vais á Turin?

—No lo tenia pensado, pero iré si es preciso para salvar la causa de Italia.

—Pues bien, id y decid á Casati que piense en la guerra y solo en la guerra, que nos envíe la reserva de Saboya, y que procure excitar el entusiasmo del pueblo. Quedáos con Dios, que me llaman atenciones urgentes.»

Y así me dejó. No sé que pudo pensar el hombre que yo era. Lo cierto es que me ví sin saber cómo convertido en una especie de correo gabinete ó de ayudante de órdenes de un general semi-republicano para un ministro del rey de Cerdeña. Pero ya no habia remedio; era preciso llenar aquella comision y hacer algo por la Italia. Yo mismo me admiré de la prontitud con que llegué al

Piamonte.

Si alborotado dejé á Milan, no encontré mas tranquilo á Turin. El pueblo acababa de invadir la asamblea, pidiendo su disolucion, y la dictadura de Carlos Alberto; que no hubiera mas poder que el de su rey. La guardia nacional protegía la cámara. Yo traté de entrar, y me pusieron una bayoneta al pecho.

—Traigo, dije, una mision urgente para el ministro Casati.

—Casati no es ya ministro; atrás.

En efecto, en medio de la muchedumbre se presentó uno que dijo acababa de ser encargado de la formación de un nuevo ministerio, que iba á presentar su programa á la cámara, que si le aceptaba se quedaría, si nó se retiraría inmediatamente de los negocios. «Viva Gioverti! exclamó la multitud; tengamos confianza en Gioverti.» Y comenzó á dispersarse. Un grupo que pasó junto á mí, reparando sin duda en mi traje de viajero, se detuvo á preguntarme de dónde venia, y como respondiese que de Lombardía, «Prenderle, dijeron; ese será algun espia de Mazzini ó de Ramorino.»—Si, decia otro, ha preguntado por Casati.—Prenderle no, decia el tercero, sacudirle; los lombardos tienen la culpa de que se perdiera la batalla; ellos con su cobardía fueron la causa de que se desordenáran los valientes toscanos y los intrépidos piemonteses.—No, decia el cuarto, él no debe ser militar; será algun anarquista milanés.—Será, añadía otro, de los que quieren hacer á Milan la capital del reino.»

Por fortuna logré hacerme oír en medio del tumulto. El idioma español me valió, y fué al que debí no ser preso ni apaleado: porque esto les desvaneció toda sospecha. Sin embargo aun hubo uno que dijo: «Sepamos qué español es.—Soy Fr. GERUNDIO, les dije—Es un fraile! y comenzaron á hacer risa y chacota de ello.

—Pero un fraile (dijo uno que parecia el principal entre ellos) tan liberal como amante de la independencia italiana.

—Y tanto (exclamé yo entonces animado con este inesperado apoyo), que me compadece y lastíma ver esas rivalidades funestas entre piemonteses y lombardos, que hacen mas daño á la causa italiana que los ejércitos de Radetzky; y tanto, que sienta veros enfrascados en disputas anticipadas de capitalidad y en cuestiones de formas, cuando debiérais pensar solo en aunar vuestros esfuerzos para lanzar del suelo italiano al enemigo comun; y tanto, que sin esa uniuon, que me tomo la libertad de aconsejaros y recomendaros, no lograreis afianzar la libertad italiana.

—Por desgracia es demasiada verdad la que dice FR. GERUNDIO, exclamó el para mí desconocido personaje.»

—Después él mismo se me acercó para manifestarme que era el vizconde Manffini, uno de los suscritores á la Revista gerundiana, el cual al oír mi nombre habia tomado inmediatamente mi defensa, lo que le agradecí no poco. Seguidamente me hizo mil ofrecimientos que yo no sentí no poder aceptar. El mismo me proporcionó ver á Casati. El ministro genovés estaba de muy mal humor, por el mal giro que veía llevaban los negocios de Italia. «En este momento, me dijo, acaba de salir Ricci en posta á Paris á pedir la cooperación francesa.

—¿Con qué también el gobierno piemontés reclama ya la intervención de la Francia?

—¿Qué quereis? El pueblo lo pide así: el pueblo que acaba de revestirnos de facultades omnímodas.....

—Segun eso no habeis dejado de ser ministro, segun á mí me habian informado.

—Al contrario, la cámara es la que se ha disuelto hoy accediendo á las reclamaciones del pueblo, y al despedirse nos ha investido de un poder dictatorial, como vereis por ese decreto:

«*Artículo único:* El gobierno del rey queda revestido, durante la guerra actual de la independencia, de todos los poderes legislativos, y ejecutivos, pudiendo desde ahora, por simples reales decretos y bajo la responsabilidad ministerial (salvas las instituciones constitucionales), ejercer todos los actos necesarios para la defensa de la patria y de nuestras instituciones.»

—En efecto, le dije, esto es proclamar el gobierno absoluto durante las actuales circunstancias.

—Pero ved que dice: «salvas las instituciones constitucionales.»

—Ya lo veo, es una buena fórmula para dorar un poco la dictadura; en España se usa mucho también siempre que se deja al pueblo sin garantías y sin instituciones. ¿Teneis algo que ordenarme para España?

—Repetid, si no os es molesto, las seguridades de mi estimacion al Conde de Montalto, nuestro enviado extraordinario cerca de vuestra Soberana, que deberá hallarse ya en Madrid con objeto de estrechar las buenas relaciones que han debido existir siempre entre los dos paises.»

Con esto me despedí del presidente de ministros de Cerdeña. «Esto tiene chiste, fui diciendo para mi capilla: mientras los milaneses, Zucchi, Mazzini, Fanti, Ramorino, Garibaldi y Bartelli, suponen que para salvar la independenciam italiana es menester proclamar la república, sus amigos Casati, Pareto, Durini, Paleocapa y demas ministros del gobierno sardo revestidos por la cámara de un poder discrecional para salvar la causa italiana; en la capital de Lombardia entusiasmado el pueblo con los representantes del partido democrático, y en la del Piamonte proclamando la dictadura de Carlos Alberto.»

Lo natural parecia haber ido desde allí á Roma. Bien lo deseaba, y en ello hubiera tenido singular satisfaccion. Pero hubiera sido un compromiso para mí, porque ¿cómo ir á Roma y no ofrecer mis gerundianos y humildes respetos al soberano Pontífice? ¿Y qué hubiera podido yo decir á mi ama lo y venerado Pio IX? ¿Le habia de decir: «Beatísimo Padre, haceis muy bien en obstinaros en no declarar la guerra al Austria?» ¿Le habia de decir por el contrario: «Beatísimo Padre, creo que con vuestra obstinacion y vuestros escrúpulos estais contribuyendo para que se pierda la bella causa italiana, y esponiéndooos á perder tambien vuestro poder y el prestigio de vuestro gran nombre?» En verdad no hubiera sabido qué decirle, ni cómo conciliar el respeto y gratitud que se debe al virtuoso Pio IX, con la nueva posicion en que su conciencia y los acontecimientos le han colocado. Asi, pues, desistí de ir á Roma, y tomé el rumbo hácia otra parte, contentándome con rogar á Dios que inspirára al gefe de la iglesia lo que fuera mas conveniente al bien de la religion y de los pueblos.

Al salir de Italia fui diciendo para mí: «¿Qué será de esta pobre Italia? Las tropas que defienden la causa de su liberta

y de su independencia vencidas por sus antiguos opresores; el rey de Nápoles convertido de amigo tibio en enemigo casi declarado de la causa liberal y de la liga italiana; el Papa tímido y remiso en seguir fomentando una causa que se inauguró al eco mágico de su nombre; en Módena gritando: «¡Muera Carlos Alberto!» y la Lombardia y el Piamonte no muy acordes entre sí, y teniendo que recurrir al auxilio de la Francia. ¿Dejarán los franceses sucumbir la causa de Italia? Y si la favorecen, se evitará la guerra europea? ¿Cuál será de todos modos la suerte de este bello y desgraciado país?»

Haciendo estas reflexiones fui andando andando, y tanto anduve que cuando menos lo pensé me encontré en LONDRES. Lo que ví en esta gran ciudad, y despues en París, lo diré en otro lugar de esta Revista, teniendo que suspender ahora la relacion de este paseo europeo, para dar lugar á la parte histórica de los principales y mas recientes sucesos que la han traído á esta situacion.

FERRARA.

ROMA.

La entrada de los austriacos en Ferrara dió márgen á que se alterara el orden en las sesiones de la cámara de diputados los dias 17 y 18 de julio, repitiéndose diferentes veces el grito de guerra contra el Austria.

Hé aqui la protesta del gobierno pontificio contra la violacion del territorio papal por los austriacos:

«Cuando Su Santidad á impulsos del inmenso afecto que profesa á todos los pueblos cristianos, se declaró contra la guerra en medio de la general connoccion de Europa y de los clamores de la Italia vivamente inflamada del espíritu de nacionalidad, cuando para cumplir dignamente con los deberes de su supremo sacerdocio, envió un legado á

S. M. Sarda y á la corte de Austria, se lisongeaba con la esperanza de una próxima paz.

«Con gran sorpresa y profundo sentimiento ha sabido por lo tanto hoy, que las tropas austriacas no contentas con haber obstruido la navegacion del Pó, y atentado á la vida y propiedades de algunos barqueros de los Estados pontificios, han pasado el rio en la noche del 14 al 15 del corriente, violando sin miramientos la independendencia del territorio romano.

«A tan manifiesta lesion de los derechos de que Su Santidad es celoso custodio, se han seguido los actos mas injustificables de hostilidad y agresion. El mayor austriaco del 4.º regimiento de dragones, ha amenazado en nombre del príncipe general de Linchteustein, á los habitantes de Lagoscuro, de poner fuego por todos cuatro costados á sus ciudades si hacian la menor resistencia, mientras las tropas austriacas invadian los Estados pontificios en número de seis á siete mil hombres, ocupaban Pontelagoscuro y Francolino, y avanzaban hasta la esplanada exterior de la fortaleza de Ferrara. Estos actos de violencia han adquirido aun mayor gravedad con la coaccion ejercida en la persona del representante del gobierno pontificio en aquella provincia, á quien el príncipe de *Linchteustein* ha exigido militarmente raciones, mandándole que estuviese dispuesto á obedecer sus órdenes, en la inteligencia de que la menor oposicion seria severamente castigada. Asi lo atestigua este párrafo de la carta del príncipe, trascrita literalmente:

«Al señor conde de Loratelli. En vista de la negativa de V. E. á abastecerme por dos meses de viveres y municiones la ciudadela, me veo en el caso de exigir al punto una respuesta satisfactoria, teniendo V. E. entendido que estoy dispuesto á valerme del rigor para hacerme obedecer. —FERRARA 14 de julio á las doce.»

«Esta violacion de los legitimos derechos de Su Santidad, le obligan á protestar enérgicamente ante la corte austriaca, cuya protesta se comunicará á todos los gobiernos, reservándose tomar cuantas medidas le aconsejen las circunstancias como las mas eficaces para la conservacion de la independendencia de los Estados pontificios.—ROMA 18 de julio.»

El 19 se presentó á la cámara por los gefes del club del Casino, el siguiente mensage:

«La patria se halla en peligro. Hechos muy graves y permanentes, tanto en las provincias como en las fronteras, y que ofenden hondamente el corazon de la nacion italiana, lo repiten muy alto. A vosotros toca, representantes del pueblo, declararlo solemnemente, y tomar al punto medidas prontas, semejantes á las que se han adoptado en todas

las naciones y en todas las épocas en el momento supremo del peligro comun.

«Muy distante el pueblo de querer violentar el congreso de sus propios diputados, protesta que abriga la firme intencion de apoyar con su invencible fuerza sus enérgicas determinaciones, hallándose dispuesto á arrostrar todo género de peligros y á hacer los mas penosos sacrificios.»

Despues que hubo dado cuenta el presidente del anterior documento, se acordó aplazar su discusion para dentro de tres dias, con objeto de que la comision nombrada para examinarle tuviera tiempo de reflexionar; pero el pueblo impaciente invadió el salon y tuvieron que suspenderse los debates. No faltaron diputados que comprendiendo las consecuencias de aquella invasion, interpelasen al ministro de Policia, pero éste respondió friamente que no se habia opuesto al movimiento porque él le juzgaba legal.

Entre varios mensajes elevados á S. S. con motivo de los sucesos de Ferrara, el presentado el dia 20 por la comision del consejo de diputados, cuyo presidente, el abogado Sereni, iba á la cabeza, decia asi:

«BEATISIMO PADRE: El consejo de los diputados presenta unánime á Vuestra Santidad la declaracion de su reconocimiento por la solicitud con que ha mandado hacer una solemne protesta contra la invasion de las tropas austriacas en el territorio de la Iglesia. Católicos é italianos los diputados arden en santa indignacion por semejante violencia; representantes del pueblo os ofrecen el brazo y el corazon del pueblo que es el nervio de las naciones. Ellos recuerdan los delitos perpetrados en todo tiempo por los imperiales contra esta Santa Sede, y los antiguos y recientes desmembramientos de Italia, la cual ya no puede ser esclava desde que vos, ¡oh Padre Santo! la habeis bendecido. Y con afecto reverente de hijos os ruegan y conjuran hagais de modo que vuestro gobierno no retarde un instante el blandir las armas para *defensa* y *ofensa*, y para unirse en duradera alianza con los principes que son dignos de regir á los pueblos italianos desde que combaten por la independencia itálica. Ligados con vínculos indisolubles á vuestra Santidad, en cuyo nombre la Italia recupera su primado y el mundo se renueva, estamos prontos á los mayores sacrificios para defender los vuestros, los nuestros, los derechos imprescriptibles de la iglesia, del pueblo, de la nacion. Invocad de nuevo, ¡oh Padre Santo! la bendicion de Dios sobre Italia

y sobre nosotros, y pronunciad la palabra omnipotente que levanta á los oprimidos y echa por tierra á los opresores. El consejo de los diputados lo espera confiado, postrado al ósculo del Sacro pié.»

En la sesion del dicho dia, no menos borrascosa que la del anterior, volvió la diputacion que habia llevado el mensaje al Papa; y subiendo á la tribuna el presidente Sereni, dijo que Su Santidad se habia mostrado satisfecho del mensaje, añadiendo que se hallaba autorizado para manifestar á los diputados, que Pio IX estaba resuelto á sancionar cuanto le presentaran sus ministros relativo al armamento del pais, y que ademas tenia firme intencion de continuar sus esfuerzos para la creacion de una liga entre los soberanos de Italia.

Interpelado sobre este punto el ministerio, el conde Mamiani comunicó la correspondencia diplomática habida entre él y el ministro de Negocios estrangeros de la corte de Turin, resultando de estos documentos oficiales que no solamente no estaba terminada dicha liga politica, sino que ni aun se habian fijado los puntos que debian servir de base á las negociaciones.

Viendo el ministerio Mamiani la obstinacion del Pontífice en no querer tomar la ofensiva, único medio segun él, de evitar la guerra civil, presentó su dimision, la cual le fué admitida, permaneciendo solo al frente de los negocios para dar lugar al Soberano Pontífice á que eligiese sus sucesores.

Posteriormente la cámara de diputados celebró sesion secreta, con el objeto de comunicar una carta del ministerio de lo Interior al presidente de la Cámara, anunciando que todo el ministerio se habia puesto de acuerdo para tomar sobre sí la responsabilidad de sus actos en la acepcion constitucional mas rigurosa.

La cámara autorizó al presidente para convocar los diputados á sesion pública, atendiendo á que el ministerio aceptaba una responsabilidad completa, lo que indicaba haber variado las condiciones de su existencia.

El Papa consintió al fin en conservar al conde Mamiani á la cabeza del gobierno para evitar la guerra civil, que quizá intentarían los partidarios del ministro; accediendo este por su parte a que no se obligase al Soberano Pontífice á declarar la guer-

ra al Austria, si bien debía autorizarse al gabinete para tomar todas las medidas necesarias para proteger el territorio papal contra una nueva invasion de los austriacos, siendo una de ellas el alistamiento de los polacos que debian formar una legion especial al servicio del gobierno pontificio. El conde Mamiani quedó nombrado ministro interino de lo Interior y de Negocios extranjeros, confiriéndose la cartera de la Guerra al conde Campe-lli, y la de Justicia al señor Rosa.

REINO LOMBARDO-VENETO.

NOTICIAS DE LA GUERRA.—La division piemontesa á las órdenes del general Bava fué en seguimiento de los austriacos en su escursión sobre Ferrara, y los alcanzó al fin en Governolo, en cuya posicion les atacó vigorosamente desalojándoles de ella. El ejército piemontés ocupaba el 22 de julio una línea de veinte y dos leguas, apoyando su izquierda en las formidables posiciones del monte Baldo y de Rívoli, su centro en Villafranca y Somma Campagna y su derecha en la banda oeste del lago de Mántua; siendo su principal objeto emprender simultáneamente los sitios de Verona y Mántua. Tenia el rey su cuartel general en Marmirolo, y los austriacos operaban en fuertes columnas entre aquellas dos plazas, teniendo espeditas sus comunicaciones con las provincias venecianas, en las que se encontraba un ejército considerable á las órdenes de los generales Aspre y Walden.

Tal era la posicion respectiva de los contendientes, cuando el 22 salió una columna austriaca de Verona, y atacó el ala izquierda piemontesa mandada por el general Sonnaz, quien despues de una obstinada resistencia se replegó en buen orden al abrigo de las murallas de Peschiera. Este suceso dejó á la division Sonnaz aislada del resto del ejército. Obtenida por los austriacos esta primera ventaja, emprendieron en la noche del 22, por medio de una marcha hábil y silenciosa, un segundo ataque contra el centro italiano. Cayendo de improviso en la mañana del 23 sobre la formidable posicion de Somma Campagna, se apoderaron de ella, al propio tiempo que bloqueaban las fuerzas que, protegidas por obras de campaña, formaban el centro de

la línea en Villafranca. Conseguidos estos resultados, una división austriaca procedente de Verona pasó entre Somma Campagna y Villafranca en dirección de Mozembano, con propósito de pasar el Mincio, como lo indicaba el llevar consigo un equipage de puente.

Instruido de estos reveses el rey, que se encontraba como llevamos dicho, en Marmiolo, reunió inmediatamente todas las fuerzas que componían el ala derecha bajo las órdenes del general Bava, y se dispuso á reconquistar las posiciones perdidas. S. M. se presentó en la mañana del 24 delante de Villafranca, mientras que su hijo segundo, el duque de Génova atacaba la posición de Somma Campagna, que recuperó después de una serie de acometidas en las cuales manifestaron los austriacos su tenacidad en la defensa y los piemonteses su valentía y arrojo en el ataque. Así pues, el 24 por la noche el ejército piemontés había reconquistado las posiciones del centro, neutralizando los esfuerzos del austriaco, y colocándose en situación de cortar á su enemigo la retirada de Verona y de obrar enérgicamente contra la columna que se dirigió al Mincio, cuya situación se creía sumamente crítica. Pero esta columna que había llegado á Saliouze, consiguió dos objetos; impedir todo movimiento á la división Sonnaz que no pudo salir de las inmediaciones de esta plaza, y asegurar el paso del Mincio.

Al amanecer del 25 la batalla comenzó de nuevo y duró hasta el anochecer. Amaestrados por la experiencia, los italianos habían disminuido su frente de batalla, que se extendía únicamente desde Somma Campagna al Mincio, y por la orilla izquierda de este río hasta cerca de Valeggio. El de los austriacos era perpendicular, apoyando su derecha en el río y la izquierda al frente de Somma Campagna. Ambos ejércitos conservaron sus posiciones; pero la del piemontés era sumamente peligrosa: su ala izquierda estaba separada y había tenido que replegarse hasta Brescia, los austriacos eran dueños de Valeggio y de una parte de la orilla derecha del Mincio, en la orilla izquierda tenían una fuerte columna, y estaban en posesión de un puente volante á una legua de Peschiera; el ejército austriaco presentaba una masa de 45,000 hombres, mientras que el rey solo podía oponerle 20,000. Todas estas consideraciones decidieron á Carlos Al-

berto á emprender su retirada al otro lado del Mincio, cortando antes los puentes y conservando tan solo el de Goito y el de Peschiera, llaves de la nueva linea de operaciones. Lo que mas acreditaba la solidez, disciplina y entusiasmo del ejército piemontés era, que despues de cuatro dias de encarnizados combates, en los que la fortuna no le habia sido próspera, verificó su retirada en el mayor orden sin que los austriacos se atreviesen á molestarle.

La noticia de esta retirada produjo en Milan, Turin, Florencia y demas poblaciones, una sensacion tanto mas dolorosa, cuanto que desde hacia pocos dias se hallaban sumamente gozosos por las varias noticias de victorias conseguidas por las armas italianas, que habian anunciado los boletines del ejército.

La division Sonnaz, que como dejamos apuntado quedó cortada en las inmediaciones de Peschiera, consiguió al fin por medio de una marcha hábil y atrevida incorporarse al grueso del ejército. En la tarde del 26 destacó el rey esta misma division para que reconociese la posicion de los austriacos en Volta, y los atacase si creia poderlo hacer con ventaja. El general Sonnaz, atacó con efecto la posicion en la noche del 26, y no obstante la firme resistencia que le opusieron los austriacos, consiguió apoderarse de ella. Advertido el mariscal Radetzky de este contra-tiempo, dirigió en la mañana del 27 sobre Volta fuerzas superiores, y como el rey no creyese conveniente sostener en esta ocasion un combate general, la division Sonnaz abandonó á Volta replegándose hácia la parte de Goito. El resultado de esta tentativa, la escasez de viveres y la aglomeracion de tropas, obligaron al rey á escoger nueva linea, ensanchandola de modo que pudiesen llegar fácilmente subsistencias. Con este objeto dió orden el 27 por la tarde para que el cuartel general pasase á Bozzolo, á cuyo punto habian sido encaminados desde por la mañana los equipages y los heridos. A consecuencia de este movimiento, estendióse el ejército piemontés sobre una linea de siete leguas, apoyando su izquierda en Bozzolo, y su derecha en el puente fortificado de Goito; conservando una posicion oblicua entre los rios Mincio y Oglio, y teniendo el Pó á cinco leguas sobre su izquierda. Esta posicion ofrecia la inmensa ventaja, de que, ocupando una parte del ejército la orilla derecha del Oglio, el resto

podia, en un caso fortuito, atravesar este rio y correrse por la parte de Cremona. Asi sucedió en efecto, y el dia 28 ocupaba el ejército piemontés una nueva linea de diez leguas, apoyando su derecha en Bozzolo sobre el punto de confluencia de los rios Oglio y Chiesa, y su izquierda en Cremona. En la necesidad de mantenerse por entonces á la defensiva, el rey de Cerdeña debió combinar la seguridad de su ejército, con el deber de amparar, en todo lo posible, el pais que se habia lanzado á la guerra; pues en poco mas de tres jornadas podia el ejército piemontés acudir al socorro de Milan y proteger todo el territorio del Sur del Pó.

El ejército italiano podia presentar en linea de batalla un total de 70,000 hombres, al paso que el mariscal Radetzky solo podia disponer entonces de 50 ó 60,000; pero era preciso tener en cuenta que como el ejército austriaco no tenia terreno que defender y sus principales puntos no eran vulnerables en una simple acometida, podria maniobrar en columnas cerradas y dirigirse con sus 50 ó 60,000 hombres sobre el punto mas débil, que es lo que habia efectuado en sus operaciones sobre el Minicio. No asi el ejército italiano que esparramado en una estension de cuarenta leguas, debia necesariamente presentar muchos puntos flacos.

Con motivo de los últimos contratiempos, dirigió S. M. al ejército y al pueblo la siguiente proclama:

Cuartel general de Bozzolo, 28 de julio.

«Soldados: Las admirables pruebas de valor en el combate y de serenidad de alma en las privaciones de todo género, que habeis dado en los últimos dias, me han conmovido profundamente. Al enemigo le ha costado muy cara la ocupacion de las nuevas posiciones. En nuestra retirada hemos llevado dos mil prisioneros, y por nuestra parte no hemos perdido ningun trofeo.

«Al ver vuestras privaciones y sufrimientos, ocasionados por la falta de víveres, y deseando no dejar espuesta la Lombardia á ser invadida por los bárbaros, resolví pedir una suspension de hostilidades; pero se me hicieron proposiciones humillantes y las deseché. El honor del ejército brilla ante toda Italia y ante toda Europa; nadie atentará contra él, y vuestro rey será su mas decidido defensor.

«Dentro de pocos dias marcharemos contra ese enemigo que tantas veces ha huido delante de nosotros. Dentro de pocos dias se arrepentirá de su audacia. Vuelvan inmediatamente á las filas los pocos que se han

dispersado en desórden. Toda mi confianza la he depositado en vosotros, hijos predilectos de la patria, que habeis derramado vuestra sangre por la causa sagrada de la independencia italiana.

«Pueblos de la alta Italia: despues de muchos combates, en los cuales, no obstante la inferioridad de sus fuerzas, nuestro ejército obtuvo repetidas victorias con su admirable valor, cediendo al número, cansado por los repetidos combates, abrasado por los ardientes rayos del sol, y falto de víveres, perdió, recobró y abandonó sucesivamente las posiciones conquistadas á lo largo del Mincio. El ejército, reunido en las cercanias de Goito, se vió reducido á una de esas crisis terribles, en las cuales un esfuerzo supremo ocasiona ordinariamente horribles desgracias.

«En estas graves circunstancias, que afligian mi corazón como rey y como gefe de un ejército tan valiente y querido, despues de consultar al consejo de guerra, y para evitar la efusion de sangre, propusimos al enemigo una suspension de hostilidades; pero las condiciones que se nos impusieron fueron tan deshonorosas, que las desechamos sin discutir las, creyendo que debiamos esponernos con vosotros á cualquier peligro antes que comprometer el honor y los intereses de la patria.

«Italianos: armaos y conjurad el peligro con toda la energia que dicta la situacion á los intrépidos herederos de tantas glorias pasadas, preferid el último de los sacrificios á la humillacion y á la pérdida de vuestra independencia. El ejército, sostenido por el amor de la patria en medio de las mayores desgracias, se halla dispuesto á derramar por ella toda su sangre, y espero que la providencia no nos abandonará en la empresa de defender la santa causa, á la cual está consagrada mi vida y la de mis hijos.—CARLOS ALBERTO.»

Muy buen efecto produjo esta proclama en toda la Lombardia, y principalmente en Milan, en donde el gobierno provisional á consecuencia de los partes del ejército piemontés, dirigió á los lombardos entre otras las siguientes palabras:

«En los peligros es donde se acreditan las almas grandes y esforzadas. ¡Jurad tambien hoy, como lo hicisteis en dias de eterna memoria, vencer ó morir!! ¡Inflamáos con el noble entusiasmo del rey Carlos Alberto y su ejército, y con el pensamiento de la abominable crueldad del enemigo! ¡Y sobre todo, no dudeis en la hora del peligro en la salvacion de la patria!!»

Habiase restablecido el órden en las columnas que ocupaban la linea del Adda, y en el peligro extremo, la Lombardia y el Piemonte parecian rivalizar en ardor y patriotismo. Si la Italia

debía sucumbir á las ya terribles huestes de los austriacos ayudadas por 50,000 húngaros y sostenidas por el apoyo moral de la Asamblea de Francfort, sucumbiría á lo menos con gloria, y como habia dicho Carlos Alberto, dejaria bien puesto su honor.

Las señoras milanesas, con un patriotismo y desprendimiento de que conservará ejemplo la historia, despues de haberse privado de todos sus adornos y todas sus joyas para comprar armas á los defensores de la patria, llegaron á fabricar hasta 200,000 cartuchos al dia.

Crecian el aliento y el entusiasmo en la capital á medida que se acercaba el peligro, esforzándose tanto el gobierno provisiona como el comité de defensa, en dictar las resoluciones mas enérgicas y convenientes para el caso en que Milan se viese amenazado.

Los austriacos, prosiguiendo su plan de campaña, se apoderaron posteriormente de Cremona, de lo cual resultó tener que abandonar el ejército piemontés la línea del Oglio. Estableció entonces su cuartel general Carlos Alberto en Codogno, pueblo de 8,000 almas á dos leguas de Pizzeghetone, pero no pudiendo sostener por muchos dias aquellas posiciones el ejército piemontés, trasladó el rey su cuartel á Lodi, ciudad de 18,000 almas, situada sobre la derecha del Adda, y distante diez leguas de Milan.

El ejército austriaco, cuya fuerza total se hacia subir ya de 80 á 90,000 hombres, adelantaba hácia esta capital en tres columnas. La del centro compuesta de 50,000 hombres á las órdenes del mariscal Radetzky perseguia al ejército piemontés; la de la derecha se dirigia á Milan por la provincia de Brescia, y la de la izquierda que despues de haber pasado el Pó por Borgo Forte, á tres leguas de Mántua, entró el dia 30 en Módena y Reggio. El baron de Perglars, comandante de esta última columna, dirigió una proclama á los modenenses aconsejándoles abandonaran al rey de Perdeña; formasen una legion bajo su antigua bandera, y estableciesen la autoridad ducal.

Anunciábase, por último, en Milan como positiva la intervencion francesa, y el gobierno provisional notició oficialmente al público la salida de comisionados á París con objeto de pedir una Pronta cooperacion por parte del gobierno francés.

CERDEÑA.

El parlamento de Turín en la sesión del 24 de julio, adoptó sin discusión artículo por artículo, en medio de los aplausos de la cámara y de las tribunas, el siguiente proyecto de ley relativo á la agregación de Venecia :

PROYECTO DE LEY.

Artículo 1.º La ciudad y provincia de Venecia formará parte integrante del estado, con las mismas condiciones convenidas con el gobierno provisional de Lombardia, contenidas en el protocolo del día 13 de junio próximo pasado, como se publicarán en Lombardia con la ley que debe promulgarse por el gobierno de S. M.

Art. 2.º Para las provincias de Venecia habrá una consulta extraordinaria como para las de Lombardia, compuesta de los miembros actuales del gobierno provisional de Venecia, y de dos mas por cada una de las provincias de Padova, Vicenza, Treviso y Rovigo, que se han unido ya á los Estados sardos.

Cuando las tres provincias de Verona, Volime y Belluno se unan á los mismos estados, enviarán á la consulta dos diputados por cada una.

Los ministros quedan encargados de la ejecución de la presente ley en la parte que á cada uno corresponda.

Turín 20 de julio de 1848.—El ministro del Interior.—VICENTE RICCI.

En la sesión del 28 anunció el presidente la forma del nuevo ministerio compuesto de los Sres. Casati, presidente, sin cartera; Pareto, Negocios extranjeros; Plezza, Interior; Ricci, Hacienda; Gioia, Gracia y Justicia; Rattazzi, Instrucción Pública; Paleocapa, Obras públicas; Collegno, Guerra; Durini, Comercio y agricultura, y Moffa di Lisio, residente cerca del rey en el campo, sin cartera.

Presentó en seguida el presidente del consejo su programa en sentido muy liberal, manifestando que el ministerio dirigiria todos sus esfuerzos, sin levantar mano, á dar el mayor impulso

posible á la guerra de la independencia; que la proseguiría con energía, aun á costa de cualesquiera sacrificios, hasta que quedase asegurada la emancipacion, para lo cual contaba con el entusiasmo del pueblo y el auxilio de la guardia nacional; y en fin, que se ocuparía con ahinco en la organizacion de las demarcaciones para la eleccion de representantes de la futura Asamblea constituyente.

Leyó despues el ministro de Hacienda un proyecto de ley relativo á la realizacion de un empréstito de cien millones, el cual fué puesto inmediatamente á la órden del dia; mas como durante la discusion hubo varias interpelaciones é incidentes que promovieron alguna turbulencia en las tribunas, el siguiente dia se declaró la cámara en sesion secreta para evitar las interrupciones y escándalo del anterior por parte del público que asistia á las galerias. Irritado el pueblo con semejante determinacion trató de forzar la entrada del palacio, pero el presidente y algunos diputados consiguieron calmarle, arengándole desde los balcones.

Debió sin duda la Cámara ocuparse acto continuo de este asunto, cuando en aquella misma sesion adoptó la resolucion siguiente:

«En la suprema necesidad de proveer instantáneamente á la defensa del estado por los medios mas rápidos y eficaces.

«La cámara decreta:

Artículo único. «El gobierno del rey queda investido, durante la actual guerra de la independencia, de todos los poderes legislativos y ejecutivos, pudiendo desde luego, por medio de simples reales decretos, y bajo la responsabilidad ministerial (salvas las garantías constitucionales), practicar todos los actos necesarios para la defensa de la patria y de las instituciones.»

La proclama de Carlos Alberto produjo muy buen efecto en Turin, y de sus resultas la cámara de diputados votó el siguiente mensaje dirigido al rey y al ejército:

«Señor: En medio de la gravedad de los sucesos que conmueven los ánimos de todos, la cámara de diputados eleva á V. M. la voz de la adhesion y de la confianza. Llenos de admiracion hácia el valor heroico con que el rey, los augustos príncipes, el ejército, honor y amor de la patria, combaten contra el feroz enemigo de la Italia, los

representantes de vuestro pueblo se apresuran á declarar á V. M. que este pueblo está dispuesto á todo género de esfuerzos por la santa causa de Italia de que os habeis erigido en campeón.

«Empeoradas las condiciones de la guerra con los refuerzos recibidos por el enemigo, ha brillado con mas esplendor el denuedo del ejército y de su gefe supremo, y nosotros nos hemos confirmado en el pensamiento de sacrificarlo todo antes de dejar de corresponder á las hazañas y constancia de nuestro rey. Antes de tener noticias de las palabras dirigidas por V. M. al ejército y á los pueblos de la alta Italia, en el momento en que en todos los corazones bullió el deseo de acudir con nuevos refuerzos al socorro del ejército, la cámara de diputados deliberaba para conferir á vuestro gobierno poderes ámplios con que hacer frente á lo crítico de las circunstancias, persuadida de que estos esfuerzos supremos harán mas sólidas y gloriosas las libertades nacionales. Han venido despues las palabras de V. M. á resonar en nuestros corazones, infundiéndonos nuevo ardor para consagrarnos con nuestras personas y fortunas á la salvacion, independencia y libertad de la patria.»

Eugenio de Saboya publicó un decreto en Turin con fecha 4.º de agosto, dictando las mas enérgicas disposiciones para acelerar las operaciones de la movilizacion de la milicia nacional.

El ministerio, al dar cuenta en las cámaras, en las sesiones de los días 2 y 3 del real decreto por el que se prorogaban hasta el 15 de setiembre próximo, hizo presente las medidas estraordinarias adoptadas para la defensa del territorio.

TOSCANA.

El 30 de julio ocurrieron turbulencias de consideracion en Florencia y en Liorna, producidas por las desastrosas noticias llegadas de la guerra de Lombardia. En el primer punto se presentó el pueblo en la plaza, dando gritos amenazadores, y aunque al punto se dispersó á consecuencia de una violenta tempestad, volvió á seguir su curso el tumulto, hasta que la milicia nacional logró reprimir á los principales perturbadores. Por todas partes resonaban gritos unánimes de reprobacion contra la lentitud de las cámaras y la inaccion del ministerio, reclamándose medidas fuertes y enérgicas para sostener la guerra de la independencia italiana. En Liorna fué aun mas violento el mo-

tin; pero en ambas partes se calmó al día siguiente con la noticia de la dimision del ministerio, y de las medidas de guerra decretadas por la Cámara, entre las cuales se contaban las de poner á disposicion del ministro de la Guerra diez batallones de milicia con la fuerza de 10,000 hombres y la adquisicion de 45,000 fusiles convenida con Francia.

REPUBLICA FRANCESA.

El gobierno de la república francesa continuaba constantemente en la marcha templada pero enérgica, que adoptara en días menos serenos, único medio, á juicio del general Cavaignac y de la mayoría de la Asamblea, de impedir la reproduccion del lamentables sucesos, y de estirpar el gérmen revolucionario que solo tiene por objeto la ruina y decadencia de los pueblos.

ASAMBLEA NACIONAL.—Las sesiones de la Asamblea nacional habian ido perdiendo ese interés que siempre inspiran los debates de importantes cuestiones, hasta que la del 31 de julio excitó algun tanto la curiosidad, por estar anunciada en dicha dia la célebre proposicion del no menos célebre socialista Prudhon. Comenzó su discurso, el cual duró mas de tres horas, diciendo que desde la primera revolucion nada habia hecho la propiedad en beneficio del estado, y que á ella tocaba destruir el pauperismo, fundando un banco nacional sin ningun interés, y no estancando cantidad alguna en las cajas de ahorros, porque debe tenerse presente que Mr. Prudhon exigia que todo propietario, ademas de dar una parte de sus bienes, debia gastar el resto. En estos principios estuvo basado el interminable discurso del socialista, que terminó en medio de las interrupciones que arrancaban á los representantes aquellas máximas anárquicas vertidas con el mayor aplomo en la tribuna. Hasta once órdenes del dia se propusieron á cual mas ofensivas para el orador, aprobándose por último la siguiente:

«Considerando la Asamblea nacional, que la proposicion del ciudadano Prudhon encierra un ataque odioso á la moral pública, que viola de una manera flagrante el derecho de propiedad, base del orden so-

cial, y que fomenta la delacion y hace un llamamiento á las malas pasiones.

«Considerando ademas que su autor ha calumniado á la revolucion de febrero, queriendo hacerla cómplice de las teorías; que ha desenvuelto en la tribuna.

«Pasa á la órden del dia.»

La Asamblea adoptó esta resolucion por 692 votos contra 2.

En la sesion del dia siguiente se ocupó la Asamblea nacional de las interpelaciones relativas á la suspension de los periódicos, y en especial de la *Presse*. La cuestion no podia defenderse bajo el punto de vista de la legalidad, y el ministerio ni aun la defendió con mucho calor bajo el de la conveniencia. Unas cuantas palabras del general Cavaignac y del ministro de la Justicia, bastaron para dar fin al debate, pasando á la órden del dia. Hubo algunas voces de dictadura, despotismo, tiranía etc.; pero no causaron ningun eco en la Asamblea, la cual aprobó la órden del dia á la unanimidad, escepto el voto de Mr. de Montalembert y algun otro. Unicamente en tiempo del consulado se habia arrogado el poder ejecutivo facultades tan extraordinarias.

En la sesion del dia 3, se dió cuenta del informe de la comision encargada de averiguar las causas que provocaron la insurreccion de junio. En este voluminoso documento en cuya lectura se empleó mas de tres horas, refiriéronse minuciosamente todas las circunstancias que precedieron á las sangrientas jornadas, analizando y juzgando la conducta observada por la comision ejecutiva y por los encargados del sostenimiento del órden público. Acusábase en él directamente á Luis Blanc y á Causidiere, y se hacian algunas indicaciones contra Ledru Rollin. Despues de terminada su lectura, tomó la palabra Ledru Rollin para justificarse, y lo consiguió hasta cierto punto. Caussidiere, Luis Blanc y Prudhon hablaron en seguida para pedir á la Asamblea que suspendiese un juicio en lo que concernia á sus personas hasta tanto que se entrase con toda copia de datos en esta discusion.

PRIMER CONVOY DE DEPORTADOS.—El dia 6 salieron de Paris para el Havre, por el camino de hierro, 500 de los insurgentes de junio sentenciados por las comisiones militares.

REAPARICION DE PERIODICOS.—El periódico oficial del día 7 publicó entre otros un decreto del presidente del consejo, encargado del poder ejecutivo, levantando la suspensión impuesta el 27 de junio á los periódicos: *La Revolucion, La verdadera Republica, La Organizacion del trabajo, La Prensa, La Asamblea nacional, El Napoleon republicano, El diario de la canalla, El padre Duchesne, El majadero, La libertad y el morterete.*

SITUACION DE PARIS.—Aunque á juicio de la autoridad, para dar una idea de la situacion de Paris reproducimos la siguiente alocucion del prefecto de policia á los habitantes de la capital:

«Ciudadanos: Como lo esperaba, los inventores ó emisarios de noticias siniestras han dejado de ejercer sobre el espíritu público su enojosa influencia. La confianza renace, la tranquilidad se afianza. Los que querian organizar en las tinieblas los medios de paralizar los generosos esfuerzos del gobierno ya están vigilados cuidadosamente. Las pretensiones de cualquier especie se estrellarán ante el buen sentido y el patriotismo de las masas, que hoy comprenden que sin orden la libertad no puede dar sus frutos, y que el orden no podria existir fuera de la república, mas allá de lo que no habria sino desastres y lágrimas para todos.

«Los abastos de la capital nada dejan que desear. Gracias á la cosecha providencial que se presenta en todos los puntos de Francia, tenemos la seguridad de que el pan se mantendrá á un precio muy moderado.

La mejora que yo habia notado en algunos ramos de la industria, se sostiene; la proporcion de los trabajadores ha hecho estos últimos días algunos progresos. De 28,205 obreros que habitan en casas de huéspedes, están ocupados 18,038: 40,167 sin ocupacion. Entre estos últimos hay que comprender 5,000 individuos, que en todos tiempos, y bajo cualquier régimen, se obstinan en huir del trabajo para dedicarse á ocupaciones vergonzosas y culpables.

La poblacion de las casas de vecindad ha disminuido esta semana en 2,767 almas. Esta disminucion es efecto de la salida de obreros que han vuelto á su provincia.

El Monte de piedad, desde el 25 de julio hasta el 31 inclusive, ha prestado 502,002 francos, y los reembolsos que se le han hecho han subido á la suma de 334,702 francos. La diferencia entre estas dos sumas indica una mejora sensible en la situacion de las clases laboriosas.

En el espacio de seis días, del 24 al 30, se han concedido 2,304 pasa-

portes á ciudadanos franceses: de este número, 594 eran gratuitos. El número de pasaportes entregados á extranjeros ha sido 572 solamente.

Las casas de huéspedes y las casas amuebladas de la capital han visto decrecer rápidamente el movimiento de sus inquilinos. Han entrado 4,689 personas, y han salido 5,585. Esta diferencia debe atribuirse á la apertura de las vacaciones. 519 extranjeros se han apeado en las fondas; han salido 452, lo que parece probar que la morada en París ofrece mas seguridad á los extranjeros, y que nuestra capital los verá bien pronto afluir dentro de sus muros como antes.

El órden público, bajo el punto de la represion de los crímenes y de los delitos, continua siendo perfecto. No tenemos que deplorar mas que un solo atentado cometido por un soldado borracho contra un ciudadano inofensivo. Han sido denunciadas ocho tentativas contra la propiedad, entre ellas una de incendio. El número de robos simples y raterias se calcula á siete por día, por término medio.

Las prisiones contenian el 24 de julio 13,232 detenidos ordinarios; el 30 este número se había reducido á 9,219.

El estado sanitario de las prisiones es siempre perfecto.

En un *Boletín* anterior he explicado cuán infundados eran los rumores que habían atemorizado á la capital. Hoy haré justicia á otra exageracion; se ha elevado á guarismos fabulosos el número de las víctimas que han perecido por los lamentables sucesos del mes de junio. Tengo alguna satisfaccion en poder asegurar que el número total de los muertos, tanto en las filas de los insurgentes como en las de los ciudadanos que han combatido por la causa del órden y de la república, incluso los finados en los hospitales, es hoy de 1,380. Este guarismo parece débil si se compara con los anunciados anteriormente; pero parecerá enorme si se reflexiona que todas las víctimas pertenecen á la gran familia de la república, y que entre ellas la patria cuenta muchos de sus mas nobles y mas ilustres hijos.

El representante del pueblo, prefecto de policía, Ducoux.

ESPAÑA

La poca importancia de los sucesos de España durante los quince primeros dias de agosto, hacen forzosamente que solo tengamos que ocuparnos de algunos actos oficiales y resoluciones del gobierno.

De cuando en cuando suelen levantar la cabeza algunas pequeñas partidas, ora de montemolinistas, ora de republicanos, pero su existencia es tan corta á causa de la activa persecucion que sufren en todas partes, que ó huyen derrotados ó se presentan á las autoridades, como ha sucedido con la partida del Cojo de Cariñena.

En Cataluña dan algo mas que hacer al gobierno los trabucaires. Avezados á esa guerra de montaña que fatiga tanto al soldado, distraen á cada momento de diferente modo la atencion de las tropas, causan molestias y vejaciones al pais y prolongan al mismo tiempo una lucha inútil, que reprueban en el fondo de su corazon todos los buenos españoles, cualquiera que sea el partido á que pertenezcan.

La dimision del duque de Sotomayor y nombramiento del marqués de Pidal para ministro de Estado fueron las primeras resoluciones del gobierno con que empezó la quincena. A estas siguieron el relevo del embajador en Paris don Manuel de la Concha por el reciente ex-ministro de Estado. La estincion de los cuadros de los cuerpos de reserva y la de la junta de gobierno del Monte Pio militar; la refundicion de las capitanias generales de Navarra y provincias Vascongadas en una sola; el nombramiento del teniente general don Antonio Urbistondo para desempeñar la indicada capitanía general; el relevo de la de Granada, á instancias suyas, del general Serrano; el nombramiento para esta, del general Campuzano, capitán general que era de Valencia, y para desempeñar este último destino á don Juan de Villalonga, y finalmente el nombramiento de don Alejandro Mon para ministro de Hacienda, en reemplazo de don Francisco de Paula Orlando.

El señor baron de Grovesteins, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. el rey de los Países-Bajos, tuvo la honra de ser recibido en audiencia particular á las tres y media de la tarde del dia 5 del actual por S. M. el rey, en cuyas reales manos puso las insignias de la orden del Leon Neerlandés que S. M. el rey de los Países-Bajos le ha conferido en prueba del aprecio que hace de su augusta persona.

A consecuencia de haberse anudado nuevamente las relaciones entre Cerdeña y España, el señor conde de Montalto, envia-

do extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. el rey de Cerdeña, fué recibido en audiencia particular por S. M. la reina á las tres de la tarde del día 7 del corriente.

Al entregar en manos de S. M. las credenciales que le acreditaban como representante de aquel soberano, pronunció un breve y espresivo discurso al que S. M. se dignó contestar.

En virtud de una real orden del presidente del consejo de ministros, por la cual se determinaba el ceremonial que habia de observarse en el alumbramiento de la Serma. Sra. infanta doña Luisa Fernanda, que debia ocurrir á últimos del presente agosto, fueron designadas ó invitadas las personas siguientes para pasar á Sevilla á asistir á las ceremonias de la presentación y bautismo de lo que diere á luz S. A. R. :

Por el consejo de ministros.

El ministro de la Gobernacion del Reino, en representacion del gobierno.

Por el gobierno de palacio.

La marquesa de Malpica, designada por S. M. la reina para el acto de la presentacion, y como madrina para el del bautismo en su real nombre.

El conde de Santa Coloma, designado por SS. MM. la reina y el rey con el mismo objeto, y como gefe superior de palacio.

Seis gentiles hombres, que asistirán solo á la ceremonia del bautismo para llevar las insignias.

Por el ministerio de Estado.

El cuerpo diplomático y el introductor de embajadores.

Una diputacion de la grandeza de España.

Por el ministerio de Gracia y Justicia.

El presidente del tribunal supremo de Justicia.

El decano del tribunal de Ordenes.

El arzobispo de Sevilla.

El dean de aquella santa iglesia patriarcal.

El regente de aquella audiencia.

Por el ministerio de la Guerra.

- Los capitanes generales de ejército.
- Una comision del tribunal de Guerra y Marina.
- Las autoridades superiores militares de Sevilla.

Por el ministerio de Marina.

- Los capitanes generales de la armada.
- Las autoridades superiores del departamento.

Por el ministerio de Hacienda.

- Una comision del tribunal mayor de cuentas.
- El comisario general de Cruzada.
- El intendente de Sevilla.

Por el ministerio de la Gobernacion del Reino.

- Los señores senadores y diputados.
- Una diputacion del consejo Real.
- El gefe político, el corregidor y dos individuos del ayuntamiento de Sevilla.

Cuando S. A. R. se sienta con los primeros dolores, se pasará orden al gefe superior de palacio para que al momento se avise á las personas de que queda hecha mencion, y se reunan en el salon que de antemano se habrá señalado con el objeto de hacer la presentacion de reciennacido.

Esta ceremonia se verificará conduciendo el augusto esposo de S. A. R. y los padrinos delegados por SS. MM. al salon en que se hallen reunidos los testigos y en la forma acostumbrada, lo que haya dado á luz la infanta.

El ministro de la Gobernacion del reino, en representacion del gobierno, descubrirá al reciennacido, presentándolo á los asistentes, de todo lo cual estenderá acta, autorizándola el mismo ministro en calidad de notario mayor de los reinos, delegado al efecto, y este documento será firmado por todos los concurrentes, como testigos del acto.

Se dará orden á la plaza para que á la señal convenida, en el momento que se verifique el parto de la señora infanta, se anuncie al público con 25 cañonazos, si es varon lo que dé á luz S. A., y 12 si es hembra. La señal será izar en el alcázar la bandera española en el primer acto, y una blanca en el segundo.

Se avisará á las parroquias y demas iglesias para que, oida la salva, se haga un repique general de campanas.

Concluida la ceremonia de la presentacion, el gefe superior de palacio pasará á tomar la órden para el dia y la hora en que ha de celebrarse el bautismo, y cuidará de que los preparativos estén con la puntualidad que corresponde.

El bautismo se verificará con las solemnidades de costumbre y con arreglo á las modificaciones indicadas por el gobierno.

Habrá tres dias de media gala por tan plausible motivo, y al siguiente de verificarse el bautismo se cantará un solemne *Te Deum*, en accion de gracias al Todopoderoso, habiendo iluminacion por la noche.

ÚLTIMAS NOTICIAS.

REINO LOMBARDO-VENETO.—Segun las últimas noticias, el ejército austriaco ocupó á Milan el dia 5 á las cinco de la mañana, á consecuencia de una capitulacion, en la cual se concedian cuarenta y ocho horas á los cuerpos del ejército sardo, que se habian replegado á Milan, para evacuar el territorio Lombardo.

Añadiase que el ejército sardo habia sido cortado por el mariscal Radetzky. El rey al efectuar el movimiento sobre Milan, con objeto de hacer el último esfuerzo para cubrir la capital de la Lombardia, debió decir sin duda que no ignoraba cometia una falta militar, pero que queria demostrar á los milaneses lo mal que le habian juzgado.

Por lo demas, nada indicaba que el general austriaco pensase en continuar sus ventajas hasta el territorio piemontés.

PARTE CRITICA.

LA INSURRECCION DE IRLANDA.

Parturient montes...

Cuando yo llegué á Lóndres en la rápida correría que dejó interrumpida en la primera parte de este número, aquella ciudad-mundo se hallaba en un estado de alarma inesplicable. Yo mismo me alarmé sin ser inglés: no era extraño: á las puertas de los comercios y de las librerías, y llevados tambien por las calles en forma de estandartes, veíanse unos enormes cartelones con letras tamañas como Pidales, en que se leía:

SMITH O'BRIEN A LA CABEZA DE 40,000 INSURGENTES.

Iba mas adelante, y tropezábame con otros carteles como plazas, que decían:

DERROTA DE LAS TROPAS DE LA REINA.

O bien:

LA INSURRECCION TRIUNFANTE EN IRLANDA.

Los telégrafos eléctricos jugaban sin cesar; cada tren que llegaba por los caminos de hierro traía una noticia alarmante, que los periódicos se apresuraban á reproducir. Cada diario hacia cinco ó seis ediciones al dia. Ya era un combate horroso el que se habia empeñado en Clonmel, y en que las tro-

pas habian sido vencidas. Ya los insurgentes habian pegado fuego á los cuarteles de Carrik, y los soldados se habian negado á batirse. Ya en Kilkenny se habia trabado una lucha horrible, en que parecia ir triunfante el pueblo.

Las clases pobres de Lóndres, que constituyen millon y medio de habitantes, este millon y medio de esclavos famélicos del pueblo mas libre y mas rico de la tierra, repetian con feroz sonrisa y con una alegría semi-salvage estas siniestras noticias: «Lastropas han sido derrotadas» se decian unos á otros batiendo las palmas. Pero no lo decian tan bajo que no lo oyeran los polizontes (*policemen*), los cuales les alumbraban cada bastonazo que cantaba el misterio.

Deseoso yo FR. GERUNDIO de averiguar si eran esactas tan alarmantes nuevas, me fuí á la Bolsa. Allí corrian todavía mas gordas. El uno sabia por parte telegráfico que todo el Sur de Irlanda se hallaba en insurreccion: en los condados de Kilkenny, Wexford, Tipperary y Waterford, corria la sangre á torrentes. El otro anunciaba que O'Brien, á la cabeza de 20,000 insurgentes, perfectamente equipados y armados, recorria triunfante el pais, desarmaba la policía, penetraba en las grandes poblaciones, y estaba á punto de ser proclamado Rey de Munster. «O'Gorman, decia otro, que fué á Paris á aprender el sistema de construir barricadas, ha puesto en un estado brillante de defensa á Cork.» Ya la insurreccion se propagaba á Liverpool, Manchester, Edimburgo y Glasgow. Ya se temia que los cartistas del mismo Lóndres hicieran una demostracion en favor de los insurrectos de Irlanda. Se citaban con una especie de terror los discursos mas fogosos y alarmantes de los meetings y de los clubs, el pánico reinaba en la Bolsa, y los fondos bajaban con una rapidéz inusitada.

Pues señor, decia yo, esto es muy serio. Está visto que aquí amenaza una conflagracion espantosa. Mi primer pensamiento fué dejar apresuradamente á Lóndres, temiendo que hubiera en toda Inglaterra una mortandad general, en cuyo cotejo fueran insignificantes amagos las sangrientas jornadas

de París. Sin embargo, confiado en que no me faltaría un momento para escapar en mi velocípedo, con tal que los humanitarios y liberales ingleses no me echáran mano por estragero sospechoso, me determiné á asistir á la sesion del parlamento de aquella noche. El ministerio desmintió las noticias alarmantes del dia, diciendo que no era cierto que la insurreccion hubiera estallado; pero que estaba muy próxima á estallar, y que amenazaba con síntomas muy graves, imponentes y horribles: que por lo mismo pedia al parlamento un *bill*, en que se revistiera de facultades estraordinarias y escepcionales al lord lugar-teniente de Irlanda, suspendiendo las garantías constitucionales, ó sea el *Habeas corpus*, hasta marzo de 1849. Tanta era la urgencia, y tanto el miedo que hacia, que en aquella misma noche se hicieron las tres lecturas del *bill*, en aquella misma noche le aprobó el parlamento, en aquella misma noche se obtuvo la sancion de la Reina, en aquella misma noche se comunicó por telégrafo eléctrico á Liverpool, donde ya habia un vapor preparado para llevar sin perder momento la receta á Dublin, concluyendo lord Jhon Russel con rogar á los diputados irlandeses que se trasladasen inmediatamente á su pais para ver de calmar la efervescencia.

«Esto, dije yo entonces, ya no tiene remedio: aqui se va á arder el mundo.» Y salí con el corazon tamaño como una lentejuela. ¿Cómo habia yo de dormir aquella noche? Otra vez me vino el pensamiento de dejar á Lóndres; pero por otra parte no podia resistir á la pícara curiosidad de ver en qué paraba aquello, y al gusto de poder decir: «He presenciado uno de los sacudimientos mas espantosos que han conmovido al mundo.»

Por una casualidad supe que habia llegado de Dublin lord Clarendon, el lugar-teniente general de Irlanda. La circunstancia de habernos conocido y tratado durante su permanencia en España, me alentó á hacer una visita al noble lord, y aprovechar la ocasion de saber originalmente lo que habia. El noble lord me recibió tan amable y cortesmente como yo hubiera podido desear. Desde luego me preguntó:

—«¿Cómo están vds. por España?

—Milord, le dije, allí seguimos sin garantías constitucionales.

—Oh ¡eso es horrible! ¡pobres españoles! Ya habeis visto que el gobierno de la Gran Bretaña ha hecho todo género de esfuerzos por hacer entrar al rudo general Narvaez en la senda constitucional.

—Lo sé, milord, y agradezco vuestros buenos oficios. Y decidme, ¿cómo habeis dejado la Irlanda?

—La Irlanda, FR. GERUNDIO, queda tambien por ahora sin garantías constitucionales. Ya sabreis que se ha suspendido el *Habeas corpus*.

—Pero, milord, permitidme que os diga que eso me parece horrible! ¡pobres irlandeses!

—¡Cómo pobres irlandeses! Oh, yo os aseguro que los agitadores serán duramente escarmentados. 50,000 hombres están sobre Dublin dispuestos á obrar sobre el pueblo al menor síntoma de insurreccion. Los buques de guerra cargan sus cañones á vista de las ciudades en que se teme algun movimiento, preparados á bombardearlas ó metrallarlas á la primera señal, He hecho agrandar las cárceles de Dublin; se han ejecutado ya numerosas prisiones, se hacen visitas domiciliarias, se han suspendido los periódicos, se ha mandado cerrar los clubs, y no dudeis que el gobierno de la Gran Bretaña hará sentir todo el peso de su inmenso poder sobre esos miserables.

—Pero, milord, no puedo creer si no que os chanceais: ¿no son esas las mismas medidas que tanto reprobabais en España?

—Oh, si; pero nosotros lo hacemos con los irlandeses.

—Vos, milord, que conoceis tanto la España, os acordareis sin duda de un refran que por allá tenemos, que dice: justicia, pero no por mi casa.

—Veo, me dijo sonriéndose, que siempre sois el mismo FR. GERUNDIO.

—Pero decidme, milord; ¿qué es lo que pretenden los irlandeses?

—¿Qué es lo que pretenden? El mayor de los crímenes. Nada menos que emanciparse de la Gran Bretaña, nada menos que ser libres, y regirse ellos por sí mismos como allá en otro tiempo.

—Segun eso, milord, ellos pretenden lo mismo que ha hecho la Sicilia, emancipándose de Nápoles, y formando un reino separado, como lo fué en otro tiempo. Y si no me engaño, vos habeis protegido la emancipacion de la Sicilia, reconocido su gobierno revolucionario, y ahora reconoceis tambien al duque de Génova que se ha dado por rey.

—Ah, eso si, es un deber del gobierno de la Gran Bretaña proteger la emancipacion de los pueblos.....

—Menos de los que están subyugados á la Inglaterra, ¿no es verdad, milord?»

A este tiempo entró un personaje que se conocia ser de bastante confianza para lord Clarendon, porque despues de un breve saludo, «Os felicito, milord, le dijo, por las enérgicas medidas que habeis tomado; nada de consideracion con los rebeldes; esterminarlos si es preciso; me place que hayais ofrecido 500 libras por las cabezas de O' Brien, de Meagher, y de los otros miserables gefes de esa infame revolucion democrática.

—Tengo el honor, me dijo Clarendon, de haceros conocer á mi compañero y amigo lord Palmerston.

—Muy señor mio, dije yo, tengo la honra de ofreceros mis respetos.»

Figúrese el lector como se quedaria mi pobre reverencia al ver que el personaje que con tal desenfado acababa de hablar aconsejando el esterminio de los rebeldes, era nada menos que el humanitario Palmerston. Al pronto estuve por enmudecer, pero luego dije para mí: «¿Y qué tengo yo con los ingleses? Yo he de decir la verdad al *Sursum-corda*, aunque el *Sursum-corda* sea ministro de la Gran Bretaña.» Y asi acordándome de que era fraile, y pasándome disimuladamente la mano por la cara:

—«Sabreis, milores, les dije, que el Czar de Rusia acaba de ofrecer 10,000 rublos por la cabeza de Staniszeuski, ese jóven polaco que habia ido á conspirar á San Petersburgo.

—Oh, eso es inícuo, exclamó Clarendon.

—Decid mas bien que es bárbaro y feroz, repuso Palmerton: será preciso pasarle una enérgica nota sobre un acto de ferocidad que repugna á la moderna civilizacion.

—¿Pero vos, dije yo, no habeis puesto tambien á precio la cabeza de O' Brien, tasándola en 500 libras, siendo ademas diputado de vuestro parlamento?

—Si, contestaron los dos, pero O' Brien es irlandés, y Staniszeuski es un polaco; el Emperador de Rusia es un monarca absoluto, y el gobierno de la Gran Bretraña es un gobierno liberal. Hacéos cargo de esta diferencia.

—Me convenzo, les dije.»

Confieso que no tuve paciencia para oir mas. Les pedí permiso para retirarme, ellos debieron agradecérmelo, porque no les faltaria que hacer, y cuando me ví en la calle no acertaba á persuadirme de que fuesen lord Clarendon y lord Palmerton los mismos con quienes acababa de hablar; antes se me figuró si seria un sueño, pues mas bien que ministros de la liberal Inglaterra, parecian ser, ó bien Narvaez suspendiendo las garantías constitucionales y haciendo prisiones á roso y belloso, ó bien el rey de Nápoles ordenando el bombardeo de Sicilia, ó bien el emperador de Rusia poniendo á talla la cabeza de un conspirador político.

Ya estaba resuelto á dejar definitivamente la Inglaterra, cuando se anunció oficialmente que la horrorosa y temida insurreccion de Irlanda habia estallado. Confieso que me puse á temblar, viendo cuando se ponía en combustion toda la Gran Bretraña, cuando se propagaba el incendio al mismo Lóndres, y cuando se estendía una nueva conflagracion por toda Europa, como de resultas del 24 de febrero, que todo lo hacian temer las terribles medidas adoptadas por el gobierno, y las espantosas noticias anunciadas por los diarios y repetidas por los car-

teles. Por fortuna con la nueva de la insurreccion llegó la del desenlace. ¡Estremece el oírla! Smith O' Brien, diputado, descendiente de los últimos reyes de Irlanda, primer jefe de la revolucion irlandesa, armado de un largo lanzon, con cuatro pistolas en el cinto, adornado su pecho con una ancha banda tricolor, al frente de tres ó cuatro mil insurgentes, armados la mayor parte de estacas, se presenta en Killenaule, encuentra un destacamento de húsares, sube lanza en ristre sobre una barricada: «Soldados, les dice, ¿venís á prenderme?—No, le dicen los húsares.—Pues entonces, pasad adelante.» Primera campaña de Smith O' Brien.

La segunda campaña de Smith O' Brien fué la siguiente. El campo de batalla fué Balingarry. El ejército libertador de Irlanda se encuentra frente al enemigo. El enemigo era un sargento con seis hombres de policía. O' Brien le intima la rendicion: el sargento le contesta que no le da la gana de rendirse. «Pues entonces, quede vd. con Dios, le dijo el general en jefe del ejército revolucionario irlandés; es vd. un mentecato.» Y se fué á llevar la guerra á otra parte.

O' Brien se dirige con sus formidables masas á Kipperary, teatro de sus predicaciones. La columna avanza hácia la poblacion. En esto se presenta el cura del lugar, Mr. Corkeran, y arenga á la multitud: «Muchachos, les dice, no seais majaderos, no sigais á ese loco; idos, idos á vuestras casas, que os tiene mas cuenta, y dejaros de tonterias.» Los insurrectos tiran las armas, y se van á su casa como corderos. Esta tercera campaña, aunque desastrosa, no desalienta al fogoso agitador, que con las reliquias de su ejército de operaciones se retira en el mejor orden á Kilkenny, donde se incorpora con Doheny, Meagher y Dillon. Entre todos logran reunir otros tres ó cuatro mil hombres, y se disponen á dar la cuarta campaña, que fué la definitiva. Las fuerzas enemigas se hallaban en un campamento atrincherado. No eran los 50,000 hombres que el gobierno habia mandado al Sur de Irlanda, pero eran cincuenta polizontes. El aguerrido O' Brien dispone primero un riguroso

bloqueo; en seguida estrecha el sitio, ya se preparaba á dar el asalto, cuando amostazados los cincuenta polizontes salen de su casucha, emprenden tras del ejército sitiador, los insurrectos no ven tierra por donde correr, cada cual se desbanda por donde puede, Smith O' Brien, el presunto rey de Munster, arroja el lanzon por un lado, las pistolas por otro, él se oculta á gatas entre unas berzas, en seguida logra ganar las minas de Killenanle, y fugitivo, famélico, habiendo perdido ya entre los matorrales el sombrero, un pedazo de casaca y un zapato, anda de pozo en pozo sin que la policía haya podido dar con él (4).

Tal fué el fin y remate que tuvo la famosa insurreccion de Irlanda, con que los ingleses alarmaron al mundo, que provocó estados de sitio, medidas escepcionales, prisiones sin cuento, y precauciones, en fin, que hacian temer que el fin del mundo iba á venir por Inglaterra.

Luego que dejé á Irlanda tranquila, á Londres sosegado y á Palmerston sin miedo, salí de Lóndres y me fui á Paris.

IMPAVIDEZ DE UN COMUNISTA,

Impavidum ferient ruinæ.

Mi primer cuidado tan luego como llegué á Paris fué asistir á una sesion de la Asamblea. Y tuve fortuna, porque otra mas divertida con dificultad la ofrecerán los anales legislativos. Cuando yo entré en el salon encontré riendo á carcajada

(4) Por fin ha sido cazado este pobre hombre en el momento que salió de la huronera. Creo que los ingleses no deberán darle otro castigo que enviarle á *Bedlant* ó á *The Hanvel Asylum*,

á unos 700 representantes, que serian los que se hallaban presentes. Ir de Londres, donde hasta lo ridiculo tiene no sé qué de tétrico y de severo, y encontrarme de repente en un París, donde hasta lo mas grave participa de lo cómico y lo alegre, y sobre todo verme en medio de una asamblea nacional republicana tan bulliciosa, divertida y risueña, fué un tránsito que me puso de buen humor. «Que viva la gente cruda;» exclamé, y me puse á escuchar atentamente la funcion.

En la tribuna habia un orador que era el que hacia el gracioso de la comedia. Y á fé que si el hombre se propuso desempeñar este papel, lo logró cumplidamente, porque ni Bouffé en París, ni Guzman en Madrid hubieran podido tener tan jovialmente entretenido al auditorio. A cada dos palabras era interrumpido por la hilaridad que escitaba. Y el caso es que no eran chistes los que decia, sino disparates, pero de aquellos tan originales y tan gordos, que hubieran hecho reir al mismo don Difunto, que es el hombre mas sério y mas formal que conozco.

El afortunado mortal que asi se lucia, era el ciudadano Proudhon, el que enseña que la propiedad es un robo, y su discurso era la apologia de su sistema de comunismo. Cada frase suya era un solecismo político, y cada pensamiento una heregia social. La asamblea habia hecho bien en tomarlo á risa. Mas como los franceses se cansan pronto de todo, y asi se cansan ellos de la república como de la monarquia, y asi se cansan de llorar como de reir, á las risas sucedieron luego los murmullos y los chichéos, las toses, y hasta los silbidos. Pero ni por eso se alteraba el ciudadano Proudhon: él continuaba impávido echando por aquella boca cada blasfemia que aturdia. A las risas, los murmullos, los chicheos y los silbidos se siguió un fuego graneado de diálogos entre los diputados, el presidente y Proudhon.—Esto ya no se puede aguantar, decia uno.—Que se le llame al orden, gritaba otro.—Dejarle que dispareate cuanto quiera, exclamaba el tercero.—Esto es un insulto, prorumpian de un lado.—Agarrarle de un brazo y ha-

cerle bajar de la tribuna, gritaban de otra parte.—Señores, tengamos otro poco de paciencia, decía el presidente.—Continúo, señores, decía á cada una de estas interrupciones con mucha flema el ciudadano Proudhon. Y les echaba otra rociada de desatinos. En este escopetéo se invirtió hora y media; pero ello fué que el impertérrito comunista, *velis nolis*, hizo tragar á la Asamblea todo su discurso de tres horas de punta á cabo.

Verdad es que la Asamblea acordó negarle los honores de la contestacion, pero lo hizo de un modo que cuando trató de ser mas formal se hizo mas cómica.

«Ciudadanos, dijo el presidente, leeré los varios proyectos motivados para pasar á la órden del dia que se han traído á la mesa.

Proyecto 1.º—Atendiendo á que el discurso de Mr. Proudhon ou es mas que un largo atentado á todos los derechos de la sociedad, de la Asamblea nacional, y del pueblo mismo cuyos derechos y autoridad él niega: atendiendo á que este discurso no es mas que un llamamiento á la insurreccion: la Asamblea pasa á la órden del dia, prescribe que el discurso no se inserte en el *Moniteur*, y declara que los diarios que le reproduzcan puedan ser perseguidos con arreglo á las leyes.

Mr. Proudhon permanecia impávido y sereno. La Asamblea no aprobó este proyecto y se leyó otro.

2.º—La Asamblea, considerando que la proposicion del ciudadano Proudhon es un atentado odioso á los principios de la moral pública, que viola la propiedad, alienta la delacion, y hace un llamamiento á las malas pasiones, pasa á la órden del dia.

A todo esto Proudhon continuaba impasible. Tampoco la Asamblea aprobó este proyecto y se leyó otro.

3.º—La Asamblea nacional, considerando que la proposicion del ciudadano Proudhon es atentatoria al derecho de propiedad sobre que descansa el órden social, contraria á la libertad de las transacciones, á la ley de los contratos y á la moral pública, pasa á la órden del dia.

El ciudadano comunista, como tan favorecido, proseguía

impertérrito. Tampoco este proyecto fué aprobado, y se pasó á hacer lectura de otro.

4.º—Considerando que las doctrinas desenvueltas por el ciudadano Proudhon son atentatorias á la moral, á la propiedad, á la familia, al órden, y á los principios de libertad, igualdad y fraternidad, pasa á la órden del dia.

Mr. Proudhon se conservaba tan fresco y tan corriente. Tampoco la Asamblea aprobó este proyecto, y se procedió á la lectura del

5.º—Considerando que el proyecto presentado por el ciudadano Proudhon contiene un ataque directo al principio sagrado de la propiedad, que viola la fé de los contratos, y que las leyes que él conculca están bajo la salvaguardia de la República, la Asamblea declarará no tomar en consideracion la proposicion de M. Proudhon.

El ciudadano Proudhon se mantenía imperturbable. No habiendo aprobado la Asamblea este proyecto, se leyó otro y era el

6.º—Atendido que la proposicion que el ciudadano Proudhon ha desenvuelto en la tribuna por espacio de tres horas, es un verdadero ataque al honor social por la abolicion de los contratos, y á la seguridad del estado por la excitacion á los trastornos, pasa á la órden del dia.

Mr. Proudhon tan impávido como si le dijeran lisonjas. La Asamblea no se dió por satisfecha con este proyecto, y el Presidente sacó otro del almacén, y era el

7.º—La Asamblea, profundamente afligida de que doctrinas que merecen toda su reprobacion se hayan producido en esta tribuna, aprobando el dictámen de su seccion de hacienda, pasa á la órden del dia.

Tampoco contentó á la Asamblea esta redaccion. Yo creí que despues de vuelta una oracion por activa y por pasiva, por participio, por gerundio, por infinitivo, por futuro en rus y por futuro en dus, no habria medio gramatical de darle mas vueltas, cuando con admiracion oí al presidente que todavía tenia en la mano otros cinco proyectos de órden del d.º. Por

fortuna pidieron los diputados que se volviera al 2.º, pero no sin que el ministro de lo Interior le hiciera la siguiente adición:

«Considerando además que el orador ha calumniado la revolución de febrero, haciéndola cómplice de las teorías que ha venido á desenvolver á la tribuna, etc.»

Aprobado, aprobado, exclamaron todos; que se ponga á votación nominal. Así se hizo, y el proyecto 2.º con su aditamento fué aprobado en votación nominal por 691 representantes contra 2. Estos dos fueron el imperturbable *Proudhon*, y un pobre *Greppo*, que quiso participar de su gloria.

La sesión me pareció cómica desde el principio hasta el fin. Pero el comunismo murió aquella tarde en Francia, de muerte adminícula y pésima. Sin embargo, ¡cosa sorprendente y admirable! ¡El ciudadano *Proudhon* no se murió de vergüenza! Todavía vive y asiste á la Asamblea muy sereno. *Impavidum ferient ruinae.*

OBSEQUIOS DE ARMAND MARRAST A FR. GERUNDIO.

Concluida la sesión, y al salir yo de la Asamblea, me ví inopinadamente rodeado y saludado por varios representantes, entre ellos Drouyn-de-Lhuys, Bertrand, Garnier-Pagès, Victor Hugo, Javier Durrieu, y otros á quienes mi paternidad había conocido, ya en España, ya en Francia. Preguntéles cómo era que sabían que estaba allí, y me respondieron que cuando yo había exclamado: «viva la gente cruda,» no lo hice tan bajo que no se perciliera en todo el salón, y que al oír una exclamación tan española habían mirado á la tribuna pública y

me habian reconocido. Como á tal tiempo saliera Armand Marrast, presidente de la Asamblea, me hicieron la honra de presentarme á él. El ciudadano Marrast me recibió tan finamente que hasta me invitó á que le acompañara en su coche y tomara posesion de su casa. Yo rehusaba admitir tanta fineza, pero me añadió: «me hareis un obsequio, porque tengo que consultaros.» A esto no me puede ya negar, y partimos juntos.

Luego que llegamos á su casa, ó mas bien á su palacio: «Parece ser cierto, me dijo, que la reina de España ha abortado.

—Tal es, le respondí, la voz y la opinion pública, y así lo han certificado ademas los médicos de cámara.

—Es precisamente sobre lo que queria tomarme la libertad de consultaros. Yo conozco un poco el español, y os confieso que no me ha sido posible traducir el parte oficial de los cuatro médicos de cámara. Espero que vos que sois español tendreis la bondad de descifrármelo.

Y sacando la Gaceta de Madrid en que aquel venia, comenzó á leerme: «*Los médicos cirujanos de cámara que suscriben tienen el honor de poner en conocimiento de V. E. en cumplimiento de su deber, que los fundados recelos que concibieron de que la incomodidad que sufrió la Reina nuestra Señora en estos últimos dias in licita todos los signos de un aborto, hoy pueden afirmarlo de una manera positiva....*

—Esto es, me dijo, lo que me parece haber podido comprender, pero no traducir. *Los fundados recelos que concibieron, hoy pueden afirmarlo....* No hallo aqui medio de hacer oracion gramatical. ¿son los recelos los que pueden afirmarlo?

—No señor, son los médicos; á *los fundados recelos* los han dejado sin verbo. Será sintaxis de medicina de cámara. Tampoco yo os lo podré traducir al francés.

—En tal caso no es todo torpeza mia, dijo Mr. Marrast, y esto me consuela; y prosiguió leyendo: *Hoy pueden afirmarlo de una manera positiva por haber reconocido el producto de la concepcion, que seria de dos meses poco mas ó menos, arrojado en el dia de ayer á la una y media de la tarde....*

—¿Es que en España se reconoce el producto de la concepcion antes de ser arrojado?

—No señor, esta es una trasposicion médica.

Concluia el parte diciendo: *Arrojado ayer á la una y media de la tarde, continuando sin novedad. Dios etc.*

—Desearia saber, me dijo Marrast, si lo que *continúa sin novedad* es, como parece, *el producto de la concepcion*; pues en tal caso habrá esperanzas de que vaya creciendo y desarrollándose.

—No señor, le dije; la intencion de los médicos es decir que la reina continúa sin novedad, aunque parezca significar otra cosa.

—Os he hecho esta consulta, porque sé que el ministro de lo Interior, Mr. Senard mi amigo, hubiera querido insertar esta comunicacion en la parte oficial del *Moniteur*, y no le ha sido posible por no haber hallado quien se la traduzca al francés.»

Aunque pueda saberse mucha medicina con muy poca gramática castellana, sentí en verdad, yo FR. GERUNDIO, á fuer de buen español, que un documento suscrito por cuatro médicos de cámara, en que se certifica de un suceso que habia de interesar y llamar la atencion de todas las naciones, se hubiera escrito de una manera intraducible en los idiomas estrangeros.

Marrast me invitó á comer con él; yo, aunque fraile, no creí deber tomarme la confianza de aceptar, y le di las mas cumplidas gracias por su ofrecimiento.

TEATROS FRANCESES Y TEATRO ESPAÑOL.

—«Por lo menos, me dijo, me dareis el placer de disfrutar de vuestra amable compañía esta noche en mi palco.

—El placer y el honor será para mí, le dije. ¿A qué teatro pensais asistir?

—Al que vos me designéis, me respondió. Tengo palco abonado en los tres principales. Este abono, añadió, no es personal, es hecho á nombre de la presidencia de la Asamblea; por un mes no mas, porque es el tiempo que dura la presidencia. Me propongo así demostrar que la república protege las artes. Además es preciso que París se divierta, que París vuelva á ser el pueblo alegre y bullicioso, el centro de la civilización y del buen gusto, y la mansión de delicias de los extranjeros. He querido dar el ejemplo de que la república ama los espectáculos. Ya habeis visto cómo uno de los primeros cuidados de la Asamblea nacional ha sido dotar los teatros de una manera conveniente y anchurosa.»

Lo que yo deduje fué que al señor Presidente de la Asamblea le gustaba divertirse á costa de la patria, y tener tres teatros á escoger donde pasar la noche alegremente, *gratis et amore*. ¿Qué hubiera dicho este individuo del ex-gobierno provisional republicano, si en tiempo de Luis Felipe el presidente de la cámara se hubiera abonado á tres teatros á costa del presupuesto? Hubiera gritado: «escandalo! ¡dilapidacion! ¡infamia! ¡Así se arruina al país! ¡En esto se invierte la sangre y el sudor del pueblo! ¡No se puede vivir bajo el gobierno de la monarquía!»

Yo le dije: «Pues según la afición que veo teneis al teatro, es lástima que no os traigais de maire ó de prefecto de París al corregidor de Madrid, Conde de Vista-hermosa, porque os ayudaria grandemente á proteger este ramo de ornato y de recreación pública.

—¿Es aficionado, hé?

—Apasionadamente aficionado. Figuraos, Señor Marrast, que en estos momentos anda revolviendo á Roma con Santiago, y no deja piedra por mover, ni palillo que no toque, ni excitación que no haga, á fin de construir en Madrid un Teatro Real, grande, magnífico, esplendoroso, digno de la capital de España y de rivalizar con los vuestros.

—¡Oh! es una idea feliz la de vuestro Corregidor: si yo

estuviera en Madrid, la fomentaría con todas mis fuerza s.

—Pero habeis de suponer, señor Marrast, que aun no tenemos en Madrid un palacio para el Congreso: que hace ocho años principiá edificarse uno, que está todavía á medio hacer, y que es muy posible que tengamos que suspender la obra por falta de pecunia, y muy regular que esté suspendida á estas horas. Habeis de suponer que una de las bases del Concordato que tenemos ya casi arreglado con el Pontífice es el establecimiento de una silla episcopal en Madrid, y el Obispo de la capital de España será el primer Obispo sin catedral que se haya conocido, porque en Madrid no tenemos catedral, ni iglesia decente que pueda suplirla, y nadie piensa en levantar catedrales. Habeis de suponer que carecemos de un establecimiento de beneficencia decoroso, de una carcel mediana, de un hospital de dementes cual corresponde. Habeis de suponer que en punto á diversiones no nos falta por ahora nada en Madrid, gracias á Dios, porque tenemos unas sociedades anónimas en liquidacion, que han dejado á todo el mundo liquido de moneda y anónimo de cuartos; tenemos ademas un Banco español de San Fernando, teatro en que se dan diariamente unas funciones tragi-cómicas las mas divertidas del mundo, con una clase de billetes que han servido para salir y no sirven para entrar, lo cual no lo habreis visto en ninguno de vuestros teatros. Habeis de suponer, señor Marrast.....

—No os molesteis mas, Monsieur FR. GERUNDIO; siendo asi, os podeis quedar con vuestro corregidor.

—No señor, nó, está á la disposicion de VV. Con un Presidente de la Asamblea como vos, y un Prefecto como Vista-hermosa el Paris cómico ganaria grandemente.

LOS CORDEROS REPUBLICANOS.

Con esto nos despedimos hasta la noche. Se me olvidaba decir que yo habia elegido el teatro de la Opera-cómica, por ser el mas próximo á mi hotel. Hacíanse *Los diamantes de la corona*, no los diamantes de la corona de Luis Felipe, que estos Dios sabe dónde habrán ido á parar, sino una ópera asi titulada, que gusta mucho allí. Nada ocurrió de particular en la funcion. En el palco de la Asamblea entraban y salian muchos representantes, no de la ópera, sino de la Asamblea misma, que se conocia querian tambien dar ejemplo de proteccion á las artes como su presidente. Preguntábanme si en España amáramos la república francesa. «Como aun no está constituida, les contestaba yo, todavía no hemos podido juzgarla.» Uno de ellos que era miembro de la comision de Constitucion, me aseguró que muy pronto seria discutida, y que no dudaba mereceria la aprobacion y las simpatías de España y de la Europa entera. «Mañana, me dijo Marrast, no debeis perder nuestra sesion; está anunciada una interpelacion sobre la prensa, y vos que sois periodista en España asistireis con gusto á la discusion.» Asi se lo prometí, y él me alargó dos billetes de tribuna reservada.

En efecto, asistí á la sesion. Cuando oí la interpelacion, y vi que versaba sobre el hecho de haber suspendido el general Cavaignac once periódicos en un dia, sobre no haberles permitido volver á publicarse ni aun llenando las condiciones de la ley vigente, sobre haber preso al diputado y director de la *Presse* Mr. Girardin sin formacion de causa, haberle tenido incomunicado en un calabozo doce dias, y haberle puesto en li-

bertad sin manifestarle el motivo de su prision, y cuando ví que nadie negaba estos hechos, «vaya por Dios, dijo para mí, ayer asistí aquí á una funcion de comedia, y hoy voy á presenciara una tragedia. Este pobre Cavaignac va á caer hoy mismo, y Dios sabe cuál será su suerte.» Tosí á ver si llamaba la atencion de los representantes conocidos; volví á toser, hice gestos, hasta que conseguí que me miráran Drouyn-de-Lhuys y Bertrand, entonces les signifique por señas que salieran, que tenia que hablarles. Hiciéronlo asi, y yo tambien salí de la tribuna. Me dirigí al salon de descanso, y los encontré allí esperándome ya.

—«¿Teneis, les dije, alguna confianza con el general Cavaignac?

—¿Queríais comunicarle algo?

—Sí, si teneis con él alguna confianza, hacedme el favor de decirle de mi parte que si necesita un asilo en su desgracia, yo le ofrezco en España un humilde y modesto albergue, una pobre celdita de que puedo disponer, pero donde hallará una voluntad grande y generosa, en gracia siquiera de lo que ha contribuido al restablecimiento del órden social.

—¿Pues qué, creéis que el general Cavaignac haya de tener que buscar un asilo en tierra estraña?

—Y tanto como lo creo. Porque hoy infaliblemente habrá de sucederle una catástrofe. ¿Cómo ha de perdonarle la Asamblea, cómo le ha de perdonar la Francia un abuso de poder como el de haber violado tan brusca y arbitrariamente la libertad de la prensa, suprimiendo once periódicos en un dia, atropellando á los ciudadanos, y cometiendo los demas excesos que he oido denunciar dentro de ese recinto? La Francia que acaba de derrocar la monarquía, que acaba de comprar á precio de tanta sangre la reconquista de sus libertades, ¿habrá de perdonar á Cavaignac una tiranía que no se atrevió á cometer nunca el tan aborrecido ministerio Guizot? ¡Pobre Cavaignac! ¡y qué pronto se ha desgraciado un jóven, que por otra parte daba grandes esperanzas!

—Creemos, me dijeron, que vuestros temores sean exagerados.

—Pues bien, os suplico que le trateis con conmiseracion.»

Con esto ellos se volvieron á la sala de sesiones, y yo me volví á mi tribuna. Hablóse de tiranía y de dictadura. «Ahora, dije yo, la Asamblea va á decretar que se conduzca en el acto á Cavaignac á una prision de estado, y este pobre hombre no va á tener tiempo de escaparse » Pero, bendito sea Dios, no tuve este sentimiento. Por el contrario, los representantes de la república francesa manifestaron estar muy satisfechos y muy contentos con la dictadura del general Cavaignac, con el estado de sitio, con la supresion de los periódicos, con las prisiones arbitrarias, y con cuantas medidas hubiera tomado ó tomara en lo sucesivo en uso de la omnipotencia de su poder. Cavaignac se levantó, preguntó si se habia escedido, y respondiéronle que de ninguna manera, que todo estaba perfectamente hecho, y que si necesitaba algunas facultades mas se las darian, á lo cual contestó que no habia necesidad, que antes bien conocia que las tenia de sobra: *j'ai trouvé au contraire que j'en avais trop*: y sin mas discusion se pasó á la orden del dia.

Como soy FR. GERUNDIO me quedé asombrado de ver á lo que habia venido á parar en agosto la república de febrero. Lo que hacia ó decia Cavaignac era como si lo hiciera ó dijera la Santísima Trinidad; los representantes le obedecian como mansos corderos á la voz del pastor: los que habian hecho una revolucion proclamando *la libertad ilimitada de la prensa*, santificaban ahora al que la daba, *auctoritate qua fungor*, cuantos tajos y mandobles le venian en mientes, y aun querian dar mas omnipotencia al que confesaba que tenia ya demasiada. Como yo me habia equivocado tanto, no me atreví á presentarme ya á los mismos á quienes habia recomendado ¡simple de mí! que le trataran con indulgencia, y me fuí solo á casa, reflexionando lo que son las revoluciones, y lo que da de sí una república en el trascurso de cinco meses.

LA GRAN SOIRÉE REPUBLICANA.

Ya me disponía yo para regresar á España, cuando recibí un billete de Armand Marrast invitándome en los términos mas espresivos y obligatorios á concurrir á la *soirée* que pensaba dar á la noche siguiente en el palacio de la presidencia. Asi por corresponder á su fineza, como por poder comparar despues la fiesta de la república francesa con la de la monarquía española en la noche del 9 en el palacio y jardines de la Granja, resolví acceder á su invitacion. Contábanse en París maravillas acerca del festin de Mr. Marrast: mas de 300 operarios trabajaban hacia ocho dias en los preparativos: alegrábame yo no poco de que me hubieran tocado las fiestas de agosto en lugar de las matanzas de junio.

Por la mañana se habia leído en la Asamblea el proceso sobre aquellas sangrientas jornadas, y por la noche iba la Asamblea á divertirse al palacio de su presidente. Dieron las nueve, que era la hora, me puse todo lo mas decentito posible, y sali en compañía de un representante que habia tenido la bondad de ir á buscarme. A los pocos pasos se vió nuestro carruage entorpecido por un grupo que obstruia la calle.

—¿Qué es esto? le pregunté á Mr. Rey, que así se llamaba mi amigo: ¿es acaso algun club que sale de celebrar su session?

—Ya no hay clubs en París, me dijo; nacieron con la república y la república ha acabado con ellos. Estas gentes, añadió, salen de ese templo vecino de hacer las honras fúnebres al desgraciado y benemérito general Damesme, uno de los ocho generales que han sucumbido á los resultados de las jornadas de junio.

Entre estos habrá muchos representantes: ahora cambiarán la corbata y el guante negro por el guante y la corbata blanca, y en seguida se irán á la fiesta. Allá los veremos.

No me pareció muy sentimental ni muy luctuosa la transformación, pero callé y seguimos. A la vuelta de dos ó tres calles se paró otra vez nuestro carruaje. Era que venia un escuadron de dragones escoltando al parecer prisioneros.

—«¿Y esto qué significa? pregunté.

—Ah, esta es una cuerda de 500 presos de los condenados por los sucesos de junio, que conducen al Havre para desde allí trasportarlos á *Belle-Ile en-Mer*: á esta isla están destinados unos 3,000: los demas hasta 10,000 se distribuirán en otras islas. Esta es la segunda cuerda que sale. Creo que os va á agradar mucho la fiesta de Mr. Marrast.

—No lo dudo, le respondí, me parece hombre de buen gusto.»

Mientras pasaba la cuerda, mi pensamiento estaba fijo en mi buen TIRABEQUE. ¡Cuánto hubiera yo dado por poderle trasportar allí, para ver que decia de aquellas honras fúnebres, de aquellas cuerdas de presos, y de aquellos festines de la república! Pero la cuerda pasó, y nosotros seguimos nuestro camino. A poco rato nos encontramos á la puerta del palacio de la presidencia, lujosamente iluminada. Oíanse ya las armonías del gran concierto: el vestibulo y escalera estaban cubiertos de flores y arbustos que con su verdura y sus aromas embalsamaban aquel espacio: brillantes arañas reflejaban sus luces en aquellas bruñidas y lustrosas paredes.

El delicioso palacio de la presidencia de la Asamblea se comenzó en tiempo de Luis Felipe con todo el lujo de las monarquías puras. Los republicanos se hallan muy bien alojados en los palacios de la monarquía. Los salones estaban adornados con una riqueza y un gusto esquisitos. Las frescas pinturas de los techos y el oro de las paredes, armonizaban muy bien con las cruces y cintas y las doradas botonaduras de los desprendidos republicanos, y con las gasas y encages, con los brillantes

y guirnaldas de las bellas republicanas, que habíalas también en gran número, luciendo sus *bouquets* de frescas flores, y agitando, aunque sin gracia, sus abanicos. Ejecutáronse y se cantaron escogidas piezas de Weber, de Mozart y de Bellini. La concurrencia era brillante y numerosa. La mayoría sin embargo la constituían los representantes de la Asamblea, aunque también estaban representadas la Academia, la literatura, el ejército, la guardia nacional, y hasta la movilizada. Lo que me pareció digno de elogio fué que Marrast había procurado reunir allí todos los partidos y todos los matices políticos: republicanos de la víspera y republicanos del día siguiente, la Montaña y la Llanura, el gobierno provisional antiguo y el gobierno provisional moderno, dinásticos de la izquierda y dinásticos de la derecha, todo estaba allí confundido; Lamartine se rozaba con Cavaignac, Thiers con Ledru-Rollin, y Carnot con Dupin mayor y con Duvergier de Hauranne. Casi estaba viendo cuando me tropezaba por allí con Joinville.

Cavaignac vestía un sencillo frac negro, y llevaba al cuello la cinta de comendador de la Legión de Honor. Todas las miradas se fijaban sobre él, haciéndole la corte como á un monarca, y cada uno procuraba adivinar en su fisonomía resuelta é inteligente mezclada con cierto reflejo de melancolía, el secreto del porvenir. Conocíase que andaban á caza de alguna palabra que se le soltara. Yo pude pescarle algunas, aunque cortadas, de una larga conversacion que tuvo con el embajador de Inglaterra lord Normamby..... «*de concert pour la mediation..... toute l'Allemagne..... la Lombardie..... l'Adige,*» y otras así, que me indicaron se trataba de obrar de acuerdo la Francia y la Inglaterra para la mediacion entre el Austria y la Italia. «Quiera Dios, dije para mí, que el Austria no os conteste ahora con vuestra espresion favorita: *il est trop tard.*»

Mr. Marrast hizo perfectamente los honores de la fiesta. El *buffet* estuvo abundante y espléndido. Verdad es que pagaba la patria, pero para eso tenían república. Estrané una

conversacion que oí á un grupo de representantes. Unos con unas copas en la mano, y otros tomando unos helados, pusieron-se á hablar de apuros del tesoro, de créditos hipotecarios, de empréstito de 150 millones, de impuestos extraordinarios indispensables, de un recargo sobre cada contribucion, de la miseria pública, del estado angustioso de la hacienda, y de otras cosas que los ocupaban aquellos dias en la Asamblea, pero que no me parecian conversaciones propias de un festin, en que no debia haber sino alegría y gaudeamus. Yo tambien tomé mi helado á costa de la república, como en otro tiempo le tomé á costa de la monarquía en el teatro del palacio real de Compiègne. Y como ya habia visto lo que daba de sí un festin republicano, y tenia que ver lo que daba de sí una funcion monárquica en España, quise traer las ideas frescas para comparar, y despidiéndome de Mr. Marrast, dejé aquellos soberbios salones, me dirigí á mi hotel, tomé mi velocipedo, y emprendí mi regreso á España.

MI REGRESO A LA GRANJA, Y ENCUENTRO CON TIRABEQUE.

El dia 9 ya estaba yo de regreso en el Real sitio de San Ildefonso, despues de haber recorrido casi toda Europa en menos de ocho dias. Al apearme me encontré con mi buen lego TIRABEQUE, que tendiéndome los brazos y apretándome cariñosos ósculos, «Bendito sea el Señor y alabado sea, exclamaba, que me ha concedido volver á abrazar á mi amo. ¿Qué ha sido de vd? ¿dónde ha estado? ¿qué ha visto? ¿qué ha hecho? ¿cómo se fué vd. sin avisarme, dejándome en tan triste viudedad y desconsuelo?

—Horfandad querrás decir en un caso, PELEGRIN, que yo

no me he casado contigo. Y tú ¿cómo estás aquí? ¿No te he dicho que no me volvieras á abandonar la celda?

—Señor, desengañese vd.; nosotros somos como los dos cuñados asturianos, que no aciertan á vivir separados un momento.

—En esto te equivocas, PELEGRIN, porque ahora tendrán que separarse: ya sabes que el uno es ministro de Estado, y el otro está nombrado embajador en Viena.

—Pues ya verá vd. como no se separan, mi amo: hoy ha venido aquí el hermano Mon delante de mí; por cierto que venia dejando un olor á hacienda de España, es decir, un polvo, que es lo único que va quedando....

—Lo que yo veo, PELEGRIN, le dije interrumpiéndole, es que no quieres perder ningunade las fiestas que se hacen en el Real sitio, y nunca te falta un pretesto para venir. ¿Y qué dejas por Madrid?

—Nada de particular, mi amo. Allá queda el hermano Orlando: Orlando que va y Mon que viene, verá vd. cómo en este juego de las cuatro esquinas cuando vuelva el primero se encuentra con el puesto ocupado por el segundo (1). El hermano Cerragería ha renunciado la direccion del Banco, valor recibido de dicho señor.

—Valor entendido querrás decir.

—Eso, si señor. Los billetes siguen subiendo á Dios gracias, y los treses siguen bajando, gracias á Dios. Viudas que claman, cesantes que piden, clero que no cobra, gobierno que no paga..... nada señor, no hay nada nuevo ni particular.

—Ahora que dices eso del clero, ¿en qué quedó la cuestion que traian estos dias la *España* y el *Clamor público* sobre libertad de cultos, sosteniendo éste que era una cosa muy conveniente y hasta muy necesaria en España, y sustentando la otra que seria inoportuna y grandemente perjudicial?

(1) Ya se ha visto como Tirabeque no se engañaba en sus barruntos.

—Eso ya se terminó, mi amo.

—¿Y quién ha vencido por fin?

—Los dos, señor.

—¿Cómo los dos? eso no puede ser.

—Los dos, si señor: justamente he de traer aquí en el bolsillo..... si, aquí están, veálo vd.

ESPAÑA del 5 de agosto.

CLAMOR del 5 de agosto.

La réplica del *Clamor público* á nuestro artículo de antes de ayer es una verdadera retirada.... No hay que decir si es vigoroso en la defensa; nadie lo es cuando se bate en retirada.

El artículo que publica ayer la *España* sobre libertad de cultos es una prueba evidente de su derrota. La fuerza victoriosa de nuestras razones le ha dejado sin armas para la defensa, con perjuicio de su causa y notoria ventaja de la nuestra.

—En efecto, PELEGRIN; es un buen medio de quedar todos victoriosos, y una buena manera de ilustrar á los pueblos; así es como se los enseña.

¿Y qué hay por ahí? ¿qué hay por ahí? que tú ya habrás brujuleado: ¿está todo preparado para la noche?

—Todo, si señor; y yo ya tengo entrada para los jardines, que mi ingeniatura me ha valido.

—Pero para el baile nó.

—Ah, eso no señor; *domine, nin-sun-dinus*.

—Pues bien, tú estarás de la parte de fuera; yo estaré dentro; haré mis salidas y nos comunicaremos.

LA FIESTA DE LA MONARQUÍA.

El caso era que yo no estaba convidado. Marrast habia convidado á la fiesta de su palacio á hombres de todos los colores políticos, pero si Miraflores hubiera oido que se filtraba en la

fiesta del palacio de la Granja un mortal que no fuera de la situacion, era capaz de haberle puesto en tablillas como ha hecho el gobierno con los 132 oficiales carlistas que despues de haber recibido sus mercedes se fueron de nuevo á la faccion, vea vd. que cosa mas natural, que la cabra tire siempre hácia el monte. Pero el mérito era asistir al baile sin ser de la situacion ni estar convidado, lo cual no debia ser una dificultad para un FR. GERUNDIO que habia estado dos dias de huésped en el palacio de Luis Felipe sin ser conocido.

A las nueve y media entraba TIRABEUQUE por la puerta de los que tenian solo entrada á los jardines. A la misma hora entraba con mucha gravedad por la puerta de los convidados un personage alto, delgado, con antiparras y peluca, y una gran banda al pecho, que con mucha prosopopeya les dijo al guarda y al centinela en un chapurrado entre italiano y español: *Il Embasador di la Gran Toscana*. Le faltaba tiempo al guarda para abrir la puerta al señor Embajador de la Gran Toscana sin pensar siquiera en pedirle el billete.—Este personage era un servidor de vds.

Luego que entré en lo que los españoles que hablan en francés llaman *parterre*, me quité la banda apócrifa por lo que pudiera convenir. Antes de entrar en las salas de la fiesta, que eran las de la galería baja que dan al jardin y estaban abiertas, me puse á contemplar la iluminacion. Magnífica, sorprendente, eso si; difícil es describir el gran golpe de vista que ofrecian los millares de luces allí derramadas, ya en vasos de colores colocados en las escalinatas y pretils de la cascada y de la fachada de palacio, ya en faroles de tela de diferentes tamaños y dibujos, ó bien decorando los cuadros del jardin, ó bien colgados simétricamente de los corpulentos árboles formando vistosas guirnaldas, ó bien esparcidos al capricho entre las copudas hayas de aquellas dilatadas arboledas. El trasparente que se elevaba al remate de la cascada, la fuente de Apolo que en un alto surtidor parecia querer regar la luna con sus cristalinas aguas, la luna que por su parte correspondia

á la fineza del señor Apolo enviándole sus suaves rayos para que luciesen mas sus argentadas perlas (esto es poético, y se conoce que cayó un chorro de la fuente de Apolo en la cabeza gerundiana), los concertados sonos de las tres orquestas que ejecutaban alternativamente variadas y lindas piezas dentro y fuera de los salones de palacio, menester es confesarlo, hacian un conjunto maravilloso y una deliciosa visualidad. Todo estaba perfectamente combinado. Parecia imposible que el marqués de Miraflores, á quien yo habia visto varias noches dormir en el teatro al lado de la Reina, estando solo en el palco con S. M., hubiera sido el que dispuso, segun dicen, tan brillante iluminacion, y es que sin duda figuraba que dormía, y estaria organizando en su cabeza la iluminacion y el baile.

Tambien es facil que discurriera de dónde habria de salir el aceite para tantas luces. Y es fama que discurrió dejar á oscuras por unos cuantos meses á las viudas y pensionistas de la Real Casa que dignamente gobierna, acortar las viudedades, suprimir las cesantías desde este mes, y hacer otras economías de la misma especie; para lo cual, si no se necesita talento, tampoco se necesita caridad.

Las salas no estaban adornadas con menos suntuosidad y menos lujo; y las muchas luces, las paredes y estatuas de mármol y los grandes espejos las hacian brillar de resplandor. Dos fuentes corrian dentro de ellas. La concurrencia era grande; la Reina vestía un lindo traje de raso blanco con un ligero adorno de hojas verdes; las demas señoras iban vestidas generalmente con elegancia y sencillez; la Duquesa de Valencia era la única que se distinguia por sus muchos brillantes. Segun los periódicos todas eran hermosas, encantadoras; á mí me pareció que habia hermosas y feas como en todas partes. La Reina bailó la primera contradanza con el Presidente del Consejo de Ministros. Narvaez no volvió á bailar mas: S. M. continuó bailándolo todo.

Despues de haber observado un rato, mi paternidad se fué

á buscar á Tirabeque. A una seña convenida correspondió él con la contestacion acordada, y facilmente nos encontramos. Como no dividia el sitio destinado á los convidados de el del público sino una ligera enramada, podiamos hablarnos perfectamente, y aun vernos.

—«¿Qué te parece de este espectáculo, PELEGRIN? le pregunté.

—Señor, me respondió, estoy encantado: si toda la España estuviera como esto poquito, daria gloria vivir en ella: pero sale vd. de este cuadro, y todo lo demas está á buenas noches.

—Pero ya te harás cargo que no es posible que esté así toda la España. Y dime, ¿ves desde aqui algo de lo que pasa allá en los salones?

—Si señor, alcanzo á ver á los que bailan, cuando pasan por delante de las puertas, así como si fuesen las figuras de movimiento de los organillos, pero no puedo distinguir quienes son.

—Pues mira, algunos de ellos son los ministros.

—Señor, á mí se me había figurado que eran cadetes del colegio de Segovia, que sé que han venido algunos convidados, y oficiales de la guarnicion, que también sé que hay muchos. Pero no creí que pudieran bailar los ministros. ¿Y diga vd., mi amo, por qué bailan?

—Me gusta la pregunta: por que estarán alegres y contentos.

—¿Y por qué están alegres y contentos?

—Anda, vé, y preguntáselo tú.

—No se enfade vd., mi amo, que yo creí que para bailar los ministros se necesitaría que hubiera algun motivo grande de satisfaccion, como haber vuelto á ganar las Américas ó cosa así. Y diga vd., ¿baila el hermano Pidal?

—No, hombre, tendria que ver el hermano Pidal haciendo piruetas.

—¿Y el hermano Mon?

—Tampoco le he visto bailar.

—No señor, ese no bailará; ese estará pensando en hacer bailar á los contribuyentes.

—A quien he visto bailar, PELEGRIN, es á los de Marina y Gobernacion.

—Señor, en cuanto al de la Gobernacion no lo estraño, porque al fin es un muchacho soltero, y si no baila ahora, ¿cuándo ha de bailar?

—Pues mira, ese muchacho soltero que está ahí bailando como un descosido, es el designado para asistir al parto de la Señora Infanta, duquesa de Montpensier, en Sevilla, en representacion del gobierno, y como tal, será el que presida la augusta y solemne ceremonia, y el encargado de descubrir el recién nacido, y de autorizar el acta en calidad de notario mayor de los reinos.

—Señor, ¿y no habia otro á quien mandar para una cosa tan seria, que no fuera soltero y que no bailara tanto, y que tuviera mas representacion y supiera algo mas de esas cosas de paridas, como por ejemplo el hermano Arrazola, que tiene canas y ocho ó diez hijos, y debe saber algo mas sobre esos particulares?

—¿Qué quieres, PELEGRIN? Asi parece que lo ha dispuesto el gobierno.

—Y diga vd., mi amo: ese señor cura que anda por ahí, ¿baila tambien? Porque un cura en un baile pareceme como si se trasladara el viernes santo á la pascua de resurreccion.»

Decíalo TIRABEQUE por un eclesiástico que con el hábito talar paseaba por una de las calles del jardin.

Despues de esta conversacion con TIRABEQUE, me volví á las salas, colocándome como antes en sitio donde pudiera observar sin ser visto, ó al menos sin llamar la atencion. En algunos jarrones habia ramas de frutales, de fruta natural, guindas y peras. Las guindas, á juzgar por el color, debian estar maduras; las peras no, porque sucedió lo siguiente. Un aspirante á ministro, á quien no quiero nombrar, fué á echar mano á las peras, pero al tiempo de alargar la mano le dijo el

hermano Narvaez: «No, amigo, están verdes.» Aquel «están verdes,» dicho por Narvaez á un aspirante á ministro conoci que le habia dejado frio: ellos se entenderian. Lo mismo que á Cavaignac en la *soirée* del palacio de la presidencia de la Asamblea francesa, así rodeaban y hacian la corte á Narvaez en el baile del palacio de la Granja. Hombre habia cargado de cruces y calvarios que le llevaba de un extremo á otro de la sala un quesito helado, y se daba mil tropezones hasta encontrarle y ponérsele en la mano diciéndole con una sonrisa melosa: «Mi general, observo que vd. no toma nada, tome vd. un quesito siquiera.» Pero era una adulacion tan helada que Narvaez no le hacia caso.

Fui luego á ver la sala del ambigú, ó del *buffet* en francés, ó de la cena en español. La mesa estaba tan-lujosamente cubierta y con tanta abundancia como se podria discurrir, con mucha mas abundancia que la mesa de Mr. Marrast. La monarquía excedia á la república en abundancia y en ostentacion. Nada faltaba allí de cuanto Dios crió, como suele decirse. Hasta los naranjos de los jardines habian sido trasladados á aquella pieza; las mesas cubrian las cajas de los susodichos naranjos, y solo dejaban descubrir las copas, de manera que los naranjos alternaban con los ramilletes y parecian como nacidos allí. Fué buena idea la de los naranjos. No me pareció tan buena el destinar para la cena la pieza conocida con el nombre de *el picadero*, que aunque no era picadero, y estaba recién pintada, estos nombres suelen durar mucho, y son de mal efecto.

Como yo no pensaba participar del contenido de la mesa, satisfecha la curiosidad, única cosa que tenia que satisfacer, me sali de allí al tiempo que los convidados iban á satisfacer no solo la curiosidad, sino el apetito que era natural les hubiera dado el baile, y pasé otra vez á ver á mi TIRABEQUE. Al atravesar el jardin, observé que me miraban mucho, y quedaban diciendo unos: «¿Es FR. GERUNDIO ese?—otros: «quia, no es FR. GERUNDIO:»—otros: «yo tambien juraria que era FR. GERUNDIO:» otros: «¿cómo es posible que estuviera aqui FR. GERUN-

«Yo proseguí apresurando el paso, y los dejé en la misma duda que nos tiene todavía Cabrera, de quien no sabemos aún si está ó no está, ni si ha estado, ó no ha estado, que es cuanto se puede ignorar.

—«Vámonos, PELEGRIN, le dije á mi lego: ya no vuelvo, porque han empezado á reparar en mí, y podría ser conocido.»

—Lo siento, señor, me dijo TIRABEQUE; ahora precisamente iba yo á encargár á vd. que tuviera la bondad de decir á los ministros, que si no les era molesto, y no estaban muy cansados, bailaran un rigodon en obsequio á los pobrecitos que tienen en los calabozos y en los presidios, por no ser de la situacion, una contradanza en nombre de las clases pasivas, y una cabriola en honra y gloria de las garantías constitucionales.

—Pues amigo, ya no puede ser.

—Y diga vd., mi amo; ¿de resultas de este baile se pondrán los billetes á la par? ¿se volverá el dinero del empréstito? ¿se rebajarán las contribuciones? ¿se nos volverá á hacer amiga la Inglaterra? ¿se dará de comer al culto y al clero? Porque este baile, y esta cena, y estos farolitos, y todos estos gastos no crea vd. que se harán á humo de pajas, y nada mas que por divertirse una noche y gastar así de bóbilis bóbilis; y porque encender tantos faroles puramente por farolear, eso mi amo, seria acreditarse de gente muy farolera.

—Vaya, vaya, PELEGRIN, no digas tantos desatinos, y vámonos, que yo necesito descansar.

Era ya la una y media cuando nos retiramos. Al mismo tiempo salian algunas otras gentes. «¿De dónde saldrán estos bailes? iba diciendo uno.» Este es tonto de capirote, decia yo para mí, cuando todavía no sabe de donde salen. «Tantas luces aqui, decia otro, y en mi parroquia no se enciende la lámpara por falta de aceite.» Este debia ser algun sacristan. «Con la mitad de lo que se ha gastado aqui esta noche, decia otro, le sobraba á mi pueblo para pagar todos los atrasos y despachar el apremio que tenemos encima.» Este debia ser algun alcalde.

Cada cual salia reflexionando á su manera. Yo iba recapacitando sobre lo que habia visto en Europa. Sobre lo que eran los gobernantes de las repúblicas y los gobernantes de las monarquias; sobre las soirées y los empréstitos, sobre los bailes y las cuerdas de deportados políticos; sobre las jornadas de marzo y mayo en España, y las de mayo y junio en Francia, y sobre los festines de agosto en Francia y España; sobre Palmerston y la Irlanda, sobre Cavaignac y la república, sobre los ministros que bailan y las viudas que lloran, y hasta me acordé del aborto de la reina y del parto de la infanta. Asi llegamos á la anchurosa plaza de palacio. TIRABEQUE iba muy silencioso. «Mucho callas, PELEGRIN, le dije, ¿en qué vas pensando?

—Señor, iba pensando en una cosa muy rara. ¿Ve vd. lo grande y espaciosa que es esta plaza en que estamos? Pues estoy pensando que si fuera posible juntar en una sola barra y hacer una sola lonja ó trozo de todo el turrón que tendrán entre todos los convidados de esta fiesta, digo yo que si cabría en esta plaza. ¿A vd. qué le parece?

—Lo que á mi me parece es que tú sales un poco picado de la envidia por no haber sido de los convidados: pero amigo, estas cosas no son para legos.

—Señor, si tuviera yo una renta por cada lego que habrá ahí..... Lo que yo tengo ya á la hora que es, mi amo, es gana de tomar alguna cosilla y de dormir.

—Pues bien, ya estamos en casa, y todo eso haremos.

—¿Qué quiere vd. que le sirva, señor? ¿el *ambigú*, el *rabút*, ó el *brufél*?

—Mira, PELEGRIN, sirveme la cena en castellano puro, y con eso no dirás disparates.»

Asi lo hizo, y concluida que fué nuestra refaccion frugal, TIRABEQUE se echó á dormir el sueño del lego, y mi paternidad se fué á buscar el reposo del viagero.

PARTE HISTORICA.

ITALIA.

SUMARIO.

Toma y capitulacion de Milan.—Retirada de Cárlos Alberto y proclama al ejército y á los pueblos.—Declaracion de Milan en estado de sitio por el mariscal Radetzky, notificacion del mismo á los milaneses y nombramiento de gobernador.—Radetzky pide á su gobierno un refuerzo de 30,000 hombres.—Armisticio entre Cárlos Alberto y Radetzky.—Retirada de Cárlos Alberto á Alejandria.—Invasion de los Estados Pontificios por los austriacos.—Proclama del general Welden.—Contestacion del prolegado de Bolonia.—Protesta del Santo Padre.—Entran los austriacos en Bolonia y son rechazados valerosamente de la ciudad y cercanias.—Desaprueba el Austria la invasion de Welden y le manda evacuar las legaciones.—Sensacion que causaron en Roma los sucesos de Bolonia.—Proclama del ministerio romano.—Efecto que produjo en Turin, Venecia y otros puntos la noticia de la capitulacion de Milan.—Desaprobacion del armisticio celebrado entre Radetzky y Cárlos Alberto, por el gabinete de Turin.—Proclamacion de la República en Venecia.—Reposicion de Francisco V en el ducado de Módena, por los austriacos.

Segun anunciamos en las últimas noticias de nuestro número anterior, los austriacos ocuparon á Milan el 5 de agosto. Grande fué la confusion que reinó en la ciudad en este dia y el anterior, no creyéndose ciertamente al ver la exaltacion de los ánimos, que el enemigo hubiera conseguido tan fácil triunfo. Habia rechazado Cárlos Alberto á los austriacos el dia 4 hasta Malegnemo, volviendo victorioso á la plaza, despues de coger al enemigo 200 prisioneros y dos piezas de artilleria, lo cual alentó á los italianos de tal modo, que resolvieron defenderse hasta el último trance contra las formidables huestes de Radetzky, declarando traidor á la patria á todo el que hablase de capitular. Cárlos Alberto, sin embargo, despues de examinar el estado de la plaza, y en vista sin du-

da de la escasez de víveres , y principalmente de municiones de guerra en que esta se hallaba, se vió en la necesidad de consentir en la capitulacion siguiente:

Art. 1.º La ciudad será respetada.

2.º En cuanto dependa de S. E. el mariscal, se tendrán con respecto á lo pasado todos los miramientos que exige la equidad.

3.º El movimiento del ejército sardo se hará en dos dias de marcha, como se habia acordado entre los generales.

4.º A todos los que quieran ausentarse de la ciudad , concede S. E. libre salida por el camino de Magenta hasta mañana á las ocho de la tarde.

5.º El mariscal deberá ocupar militarmente la puerta Romana, y hacer estensiva á toda la ciudad la ocupacion á las doce del dia.

6.º La conduccion de los enfermos y heridos se hará en los dias de marcha.

7.º Estas condiciones deberán recibir la aceptacion de S. M. sarda.

8.º S. E. el mariscal pide la inmediata libertad de todos los generales, oficiales y empleados austriacos que se hallan en Milan.

Sandonato 5 de agosto de 1848.

Firmado por el podestá de Milan y por los gefes de estado mayor de ambos ejércitos.

A consecuencia de esta capitulacion abriéronse á los austriacos el 5 las puertas de la ciudad, y la mayor parte de los nobles y principales ciudadanos aprovecharon esta circunstancia para salir de la plaza. Preparábase Carlos Alberto con su ejército á hacer otro tanto , cuando de repente el pueblo exaltado, gritando que se le habia vendido, se dirigió tumultuosamente al palacio donde se hallaba el rey, destruyó sus equipages, y hasta se dispararon algunos tiros contra los balcones. Entonces Carlos Alberto se presentó noblemente á los amotinados; pero estos enfurecidos intentaron apoderarse de su persona , prodigándole al propio tiempo las injurias mas groseras, y llegando hasta á amenazar su existencia. Los bravos piemonteses acudieron inmediatamente á proteger al rey, y sin responder al corto fuego que les hicieron los amotinados, lograron salvar á Carlos Alberto, y sacarle fuera de la ciudad.

No se engañó ciertamente el infortunado rey cuando al emprender su marcha desde Puskerlengo á Milan pronunció las siguientes palabras: «Sé que cometo una grave falta militar retirándome á Milan en lugar de Alejandria; pero quiero dar á los milaneses una prueba de que no les abandono en los momentos criticos.» La noble empresa que emprendiera Carlos Alberto habia fracasado; la suerte de las armas le habia vuelto la espalda; pero su animoso corazon abrigaba aun la esperanza de poder recuperar algun dia las ventajas que con tanto valor y herois-

mo supo alcanzar sobre sus enemigos, y que acababa de perder por una de esas deplorables combinaciones que en una hora suelen cambiar la suerte de los ejércitos.

Cárlos Alberto, tan grande en la adversidad como prudente fuera en la victoria, se retiró á Vigevana, pueblo situado en el camino real de Alejandría, una legua distante de la derecha del rio Tessino, desde donde dirigió al pueblo y al ejército las notables proclamas siguientes:

ORDEN DEL DIA.

«Soldados: Los azares de la guerra nos obligan á repasar el Tessino. El último combate que sostuvisteis á la vista de Milan, honra vuestro valor. Si la falta de municiones nos impidió continuar la defensa, como ardientemente deseábamos, la victoria ha costado cara al enemigo. Soldados, conservad vuestro valor; organizaos pronto y vigorosamente. Quiero que se mantenga la mas severa disciplina y que toda infraccion sea castigada con el mayor rigor; que el servicio se haga con mas exactitud y que las propiedades particulares sean inviolablemente respetadas. En los momentos criticos la unidad y la subordinacion son mas necesarias que nunca. La causa de la independenciam italiana, cuya defensa hemos emprendido, es noble y santa. Los siglos pasados la comprendieron, y en el dia, los votos de las poblaciones se pronuncian libres, francos y unánimes en nuestro favor. Los dias de la adversidad pasarán, y el derecho triunfará de la fuerza bruta. No desesperéis; cumpla cada uno con su deber.—Cuartel general principal. Vigevana 7 de agosto de 1848.—CARLOS ALBERTO.»

A MIS QUERIDOS Y MUY AMADOS PUEBLOS.

«La suerte de las armas que desde el principio no habia cesado de sonreir á la heroica decision de nuestro valiente ejército, nos ha sido últimamente adversa; la fatalidad de un gran número de circunstancias extraordinarias nos ha obligado á retirarnos delante del enemigo. En este movimiento nos inquietaba la suerte de la bella capital de Lombardia, y persuadidos de que la hallariamos abundantemente provista de todo, resolvimos consagrar todos nuestros esfuerzos á su defensa. Todas las tropas se dirigieron á dicha ciudad, dispuestas á hacer una vigorosa resistencia, cuando supimos que en Milan no habia dinero ni municiones de boca y guerra, al paso que la mayor parte de las nuestras se habian consumido en la batalla que se dió despues de nuestra llegada. Lo que mas agravaba nuestra situacion, era que el gran parque se habia dirigido á Plasencia; el camino estaba interceptado por

el enemigo, y no era posible hacerle volver. Estas circunstancias nos demostraron que era necesario salvar á Milan y al ejército, y evitar una efusion de sangre inútil. Este objeto lo conseguimos mediante un convenio, en el cual se determinaba que la ciudad seria abandonada por nosotros, dejándonos libre la retirada al otro lado del Tessino, y respetándose las vidas y propiedades de los milaneses en cuanto fuese posible. Estas son las razones de hallarse otra vez en medio de vosotros el ejército, al cual os unen tantas simpatías.

«Si el destino le ha negado la realizacion del alto objeto que se proponia, se ha hecho por lo menos acreedor á los titulos mas gloriosos de arrojo y decision, adquiridos á costa de su sangre y su constancia. El ejército ha vuelto respetado, y todavia se halla dispuesto á defender contra cualquier atentado del enemigo. Vosotros, que participais de la gloria que él ha adquirido, recibidle cordialmente y hacedle menos dolorosa la memoria de sus desgracias con vuestra sonrisa fraternal. En sus filas llegan los príncipes mis hijos, en sus filas vuelvo yo mismo, dispuestos todos á prestarnos á nuevos sacrificios, á nuevos trabajos y á dar la vida por el pais que nos vió nacer. —Vigevana 7 de agosto de 1848. —CARLOS ALBERTO.»

En este dia se hallaba ya bastante tranquila la ciudad de Milan, si bien el mariscal Radetzky despues de tomar diferentes precauciones militares, declaró á la capital en estado de sitio, nombrando gobernador de ella al príncipe Schwartzemberg, quien en virtud de las facultades que le concedia su nuevo cargo, publicó entre otras disposiciones la siguiente notificacion:

«Trataré sobre todo de mantener el orden y la tranquilidad, y defender la seguridad de las personas y de los bienes. Reasumidos por el estado de sitio decretado ayer, todos los poderes en manos de la autoridad militar, sabré cumplir con mi deber.

«En las tropas imperiales mantendré la disciplina con la firmeza necesaria, no tolerando ninguna trasgresion en perjuicio de los habitantes; pero cualquier tentativa de insurreccion en la ciudad ó en otro punto, será reprimida severamente con arreglo á las leyes militares vigentes. Bastando las tropas de la guarnicion de Milan para mantener la tranquilidad pública, queda disuelta la guardia nacional; sus individuos no podrán llevar uniforme. Para evitar cualquier desorden se recomienda que no se formen grupos en las calles y sitios públicos, y se prohiben las conversaciones relativas al actual estado de cosas. No siendo compatible con las circunstancias la libertad de imprenta, los autores de escritos subversivos serán castigados como perturbadores del orden con arreglo á las leyes militares.»

Volvió, pues, el mariscal Radetzky á su antiguo sistema de intimi-

dacion y persecucion, olvidándose de los sentimientos paternales y del olvido de lo pasado que habia anunciado á los milaneses, y persistia sin duda en su marcha agresiva, cuando pidió á su gobierno un refuerzo de 30,000 hombres para estar prevenido contra cualquier evento.

Entre tanto continuaba en Vigevana reorganizando su ejército Carlos Alberto, quien no obstante la profunda afliccion de que se hallaba poseido, su continente sereno y digno en medio de aquellas circunstancias, trataba de inspirar la mayor confianza á las tropas y un vivo entusiasmo á los pueblos. Despues de haber logrado de Radetzky el consentimiento para una suspension de armas por tres dias y para el cangeo de prisioneros, celebró con este general el siguiente armisticio que anunció á sus pueblos en estos términos:

«Las necesidades y fatigas de una campaña que ha durado mas de cuatro meses, soportada por nuestro valiente ejército con una firmeza y constancia á toda prueba; los contratiempos atmosféricos que han venido á agravar los sufrimientos del soldado, las enfermedades procedentes en parte de la insalubridad local y en parte del calor excesivo, han debilitado la energía de las tropas. Asi, hemos comprendido la necesidad de un descanso temporal para remediar estos males, y por tanto nos hemos determinado á entendernos con nuestros adversarios para establecer el siguiente convenio de armisticio entre los ejércitos sardo y austriaco, como preliminar de las negociaciones para un tratado de paz.

Art. 1.^o La linea de demarcacion entre los dos ejércitos será la frontera de ambos estados.

Art. 2.^o Las fortalezas de Peschiera, Roca d' Anfo y Oropo serán evacuadas por las tropas sardas y entregadas á las de S. M. I. La entrega de estas plazas se verificará tres dias despues de la ratificacion del presente convenio. Se restituirá todo el material de dotacion de dichas plazas perteneciente al Austria. Las tropas salientes llevarán consigo todo su material, y las armas, municiones y efectos que habian introducido, dirigiéndose en marchas regulares y por el camino mas corto á los estados de S. M. sarda.

Art. 3.^o Los estados de Módena y Parma, y la ciudad de Placencia con el territorio que le corresponde como plaza de guerra, serán evacuados por las tropas de S. M. el rey de Cerdeña, tres dias despues de la ratificacion del presente convenio.

Art. 4.^o Este convenio será estensivo igualmente á la ciudad de Venecia y á las provincias venecianas; las fuerzas militares sardas de mar y tierra, abandonarán dicha plaza y sus fuertes, y volverán á los estados sardos. Las fuerzas de tierra podrán hacer las marchas por tierra y por el camino que se designe.

Art. 5.º Las personas y las propiedades de los habitantes de todos los puntos mencionados, se colocan bajo la proteccion del gobierno imperial.

Art. 6.º Este armisticio durará seis semanas, para dar lugar á que se abran las negociaciones de paz, y concluido el término, podrá prorogarse de comun acuerdo, ó denunciarse con ocho dias de anticipacion al de las primeras hostilidades.

Art. 7.º Se nombrarán reciprocamente comisarios para la mas fácil y amistosa ejecucion de los anteriores artículos.

Cuartel general de Milan 9 de agosto de 1848.

Firmado. Conde *Salasco*, teniente general gefe de estado mayor general del ejército sardo.

Hess, teniente general, cuartel-maestre general del ejército austriaco.

De orden del rey

Cuartel general de Vigevana 10 de agosto de 1848.

El teniente general, gefe de estado mayor general.—*SALASCO*.

A consecuencia de este armisticio y despues de trasladar el dia 12 su cuartel general á Alejandria, plaza fuerte fronteriza, Carlos Alberto dirigió una nueva proclama á los italianos, declarando que volveria á emprender la guerra con nuevos bríos en el caso de que el enemigo no propusiese medios honrosos de paz y avenencia.

Al paso que el mariscal Radetzky ocupaba la Lombardia rechazando al rey de Cerdeña hasta las fronteras de su reino, otro general austriaco, el teniente mariscal Welden, invadia los Estados Pontificios al frente de una columna respetable. Alegaba este general para cohonestar su entrada en las legaciones, el deseo que animaba á su gobierno de sostener el orden y la tranquilidad en los estados del Pontífice, y asi lo manifestó en una proclama en que declarando que atravesaba el Pó por segunda vez para acabar con las facciones revolucionarias, terminaba con las siguientes palabras:

«Tiempo es ya de poner un dique á tanto desorden: donde la voz de la razon no pueda penetrar, me haré escuchar con mis cañones. Distantemente de toda idea de conquista, nunca abrigada por el Austria respecto de vuestro pais, pues á no ser asi habria conservado ya con pleno derecho su posesion hace ya treinta años, intento únicamente proteger á los pacíficos habitantes, y conservar á vuestro gobierno el dominio que le disputa una faccion. ¡Ay de aquellos que se mostrasen sordos á mi voz y traten de hacer resistencia! ¡Volved la vista y ved todavía humeantes las cenizas de Sermida! El pais quedó destruido porque sus habitantes hicieron fuego á mis soldados.—Cuartel general de Boudana 5 de agos-

to de 1848.—El teniente mariscal comandante del ejército de reserva, WELDEN.»

A esta proclama contestó el prolegado de Bolonia con la siguiente protesta:

«La condicion topográfica del pais, la resistencia de la tropa á hacer una defensa inútil, y la concentracion en un punto mas estratégico, me han impulsado á enviar al cuartel del mariscal Welden una diputacion, compuesta del doctor Brunetti y del abogado Martinelli, con la siguiente protesta con motivo de la violacion del territorio pontificio por la entrada de las tropas austriacas en esta provincia. Este ha sido un acto de fuerza superior que en nada puede perjudicar la plenitud é inmunidad de los derechos soberanos de la Santa Sede en esta provincia.

«En nombre del Soberano Pontifice reinante, queremos mantener en su fuerza y reserva todos nuestros derechos y titulos, principalmente la conservación de la guardia cívica, establecida por el *motu proprio* soberano de 30 de julio de 1847: hacemos las competentes reservas para reclamar en su dia la indemnizacion á que dé lugar el hecho mismo, ya directamente, ya en sus consecuencias.

—«La guardia nacional seguirá haciendo el servicio, y estará pronta á mantener el órden con la dignidad y la energía que requieren las circunstancias. Bolonia 6 de agosto.—El prolegado, BLANCHETTI.»

No podia ciertamente Pio IX ver con impassibilidad la injusta invasion de los austriacos en sus estados, y el mismo dia que nombraba el nuevo ministerio, ponía en manos del sucesor de Mamiani, el cardenal Soglia, para su publicacion la siguiente protesta de Su Santidad con motivo de la invasion de los austriacos.

«La Santidad de Nuestro Señor, teniendo en cuenta desde el principio de su pontificado las circunstancias en que se encuentran los Estados Pontificios y los demas de Italia, como padre comun de los príncipes y de los pueblos, igualmente ageno de guerras exteriores que de discordias intestinas, y deseoso de labrar la verdadera felicidad de Italia, imaginó y emprendió las negociaciones para una liga entre los príncipes de la Peninsula, siendo este el único medio á propósito para satisfacer los vivos deseos de sus habitantes, sin ofender en lo mas minimo los derechos de los príncipes, ni contrariar las tendencias de los pueblos á una bien entendida libertad. Estas negociaciones fueron secundadas en parte, y en parte tambien fueron infructuosas.

«Sobrevinieron despues las grandes vicisitudes de Europa, á las cuales sucedieron los hechos y la guerra de Italia. El Santo Padre, siempre consecuente consigo mismo, mostróse ageno, con harto sacrificio suyo, de tomar parte en la guerra, sin olvidarse empero de emplear todas

los medios pacíficos para conseguir el primer objeto que se había propuesto.

«Pero con gran sorpresa suya, esta conducta inspirada por la prudencia y mansedumbre, no ha impedido penetrar en sus estados un ejército austriaco, el cual no ha vacilado en ocupar algunos territorios con solo declarar que la ocupación era temporal. Es, pues, necesario hacer entender á todos que los dominios de la Santa Sede han sido violados por esta ocupación, la cual, háyase hecho con la intención que se quiera, no podía ejecutarse justamente sin previo aviso y sin obtener el necesario consentimiento.

«En tan dura necesidad, á la que se quiere dar margen por la fuerza de enemigos exteriores y las asechanzas de enemigos interiores, el Santo Padre se abandona en manos de la Divina Justicia que bendecirá el uso de los medios que hayan de adoptarse según lo exigen las circunstancias. Entretanto, por medio de su cardenal secretario de Estado, protesta altamente contra semejante acto, y apela á todas las potencias amigas á fin de que tengan á bien tomar la protección de estos estados para la conservación de su libertad é integridad, para la defensa de los súbditos pontificios, y sobre todo, para la independencia de la Iglesia.—Dado en la secretaría de Estado hoy 6 de agosto de 1848.—*G. Card., SOGLIA.*»

Nadie, sin embargo, era bastante á contener la invasora marcha de los austriacos, que no contentos con haber ocupado á Ferrara, seguían avanzando hácia Bolonia. Hicieron también dueños de esta ciudad, aunque solo por doce horas, pues exaltado el pueblo con la agresión de los enemigos, y deseando vengar la humillación del dominio extranjero, acometió á dos soldados que atravesaban la ciudad conduciendo pliegos y los asesinó. Este desgraciado suceso encolerizó tanto al general Welden que intimó al prolegado le entregase al momento los culpables, ó en su defecto seis personas de la clase noble por vía de rehenes. El prolegado prefirió entre ambos extremos responder él personalmente de todo, poniéndose á disposición del general; mas no pudo llevar á efecto su patriótico sacrificio, pues al tratar de pasar al campo austriaco, ya se había trabado en las calles una lucha horrible, cual correspondía á un pueblo que veía hollar sus más sagrados derechos, consiguiendo al fin los boloñeses arrojar de la ciudad á los enemigos. Rechazados estos, se situaron en una altura y empezaron á bombardear la población, de que resultó el incendio de algunos edificios; pero esto solo sirvió para aumentar el ardor de los habitantes, que desesperados acometieron la árdua empresa de atacar á los austriacos en sus fuertes posiciones, lo cual hicieron con tanto arrojo y

valentía, que los imperiales tuvieron que abandonarlas y retirarse, dejando en poder de los vencedores bastantes prisioneros y alguna pieza de artillería.

Ninguna otra tentativa hizo el general Welden para llevar adelante su invasión, y no tardó su gobierno, fundándose en el razonable deseo de evitar una guerra general al propio tiempo que recelando que los franceses trataran de ocupar á Ancona, en desaprobación altamente la invasión de los Estados Pontificios que había llevado á cabo el referido general, mandándole evacuar las legaciones y retirarse á Verona. Esto era lo menos que podía hacer el gobierno austriaco para justificarse á los ojos de Europa de un atentado tan indisculpable como perjudicial á sus propios intereses y á la causa del orden y de la justicia.

Nada mejor podrá dar una idea de la sensación que causó en Roma la noticia de los sucesos de Bolonia que la siguiente proclama del nuevo gabinete romano:

«*Pueblos de los estados de la Santa Iglesia.* En el ministerio de la Guerra se ha recibido por extraordinario un parte del presidente de Bolonia, fechado el 8 á las ocho y cuarto de la noche. Comienza: *El pueblo se ha batido con los alemanes.* La importancia de estas pocas palabras es grande, terrible; pero no nos desalienta. Concluye: *El pueblo ha triunfado;* pero estas no nos embriagan de una loca alegría. La constancia es la que asegura el triunfo. Los ministros corrieron á presentarse al Sumo Pontífice, y le manifestaron el peligro á que se hallan espuestos sus hijos «¡PUES HAGASE, respondió, TODO CUANTO SE PUEDA POR SALVAR A LA PATRIA Y DEFENDER SUS SAGRADOS CONFINES!» Ya los batallones de la Romanía retroceden de la Católica á marchas dobles para acudir al campo de batalla. Aquellos batallones y los que les seguirán de las demas provincias y de esta capital, llevan y llevarán consigo la bendición de Pio IX; de aquel Pio IX que atiende á la defensa y á la redención de la patria comun. El ministerio se apresura á dar cumplimiento á la voluntad soberana, atendiendo por todos los medios á la presente urgencia.

«Dado en el Quirinal á 11 de agosto de 1848.—G. Card. Soglia, presidente del consejo de ministros; Eduardo Fabbri; Pascual de Rossi; Lauro Lauri; C. Gagiotti, interino; G. Galletti.

El suceso mas trascendental, el que había echado por tierra tantas esperanzas como abrigaban los pechos italianos, la toma y capitulación de Milan, en fin, produjo un terrible efecto en casi todos los reinos de Italia. En Turin y Venecia principalmente se manifestó de una manera ostensible el disgusto de tamaña pérdida, y cada cual acusaba ya á uno ya á otros de haber trabajado sordamente contra la causa de la independencia italiana. El ministerio dimisionario de Turin, que á pe-

sar de los infinitos viages del abate Gioberti y otros personajes al cuartel general del rey, no habia podido aun reconstituirse por falta de personas que quisieran encargarse de los negocios en aquellas circunstancias, se negó decididamente á aprobar el armisticio que con el mariscal Radetzky habia hecho el general Salasco, añadiendo que este se habia escedido de sus facultades al firmar el convenio contra el cual protestaba; á cuyo efecto mando orden á sus representantes en el extranjero para que hicieran otro tanto, fundada esta determinacion en que un oficial general no tenia facultades para firmar un convenio semejante.

De mayor trascendencia fueron aun en Venecia las noticias de la capitulacion de Milan; pues que apenas el pueblo tuvo conocimiento de ellas, se enfureció en extremo, llegando hasta á amenazar á los comisarios de Carlos Alberto. Daniel Marini se lanzó á la plaza á donde le siguió el pueblo, quien despues de haberle escuchado y aplaudido con furor, proclamó la república y le nombró presidente de ella. Venecia rehusaba aceptar el armisticio celebrado entre Carlos Alberto y Radetzky, y se preparaba á defenderse hasta lo último, antes que sucumbir de nuevo al yugo austriaco. A consecuencia de estos sucesos salió con direccion á Paris Nicolás Tommaseo con una comision diplomática de la república de San Marcos para su hermana la de Francia.

Pero ¡singular contraste! al propio tiempo que en Venecia rechazaban indignados las proposiciones de los austriacos, los modenesees recibian contentos casi de manos de aquellos á su gran duque Francisco V, el cual entró triunfante en su antigua córte al dia siguiente de haber sido ocupada por los enemigos de Italia. Los austriacos en esta ocasion tuvieron que constituirse en protectores de los liberales, contra las amenazas de los infinitos habitantes del campo, que acudieron á la capital á felicitar al gran duque. Este, antes de entrar en sus estados, publicó en Mántua una proclama concediendo amplia amnistia á cuantos tomaron parte en la insurreccion, esceptuando únicamente á los gefes y promovedores de ella, si bien les dejaba el tiempo necesario para que abandonaran el ducado.

ALEMANIA.

SUMARIO.

Salida de Inspruck del Emperador.—Contestacion de éste á la Asamblea.—Entrada del mismo en Viena.—Discurso del presidente de la Dieta.—Efecto de las victorias de Radetzky en el imperio austriaco.—Proclama del Emperador.—Proyecto de constitucion.—Division del gabinete austriaco con motivo de los asuntos de Italia.—Situacion de Berlin.—Entrevista en Colonia del rey de Prusia, con sus hijos, el Vicario del Imperio, y otros varios soberanos de Alemania.—Efectos que debió producir esta entrevista.—Brindis en la fiesta de Colonia.—Carta del rey de los belgas.—Indecision del rey de Hannover.—Temores de la continuacion de la guerra entre Prusia y Dinamarca.

CONFEDERACION GERMANICA.

Grande era la incertidumbre que reinaba en Inspruck en los primeros dias de agosto, á consecuencia de la anunciada salida del Emperador, ignorándose por entonces el punto á donde pensara dirigirse. Cesó bien pronto sin embargo la ansiedad al tenerse conocimiento de la contestacion que dió el mismo Emperador á una comision de la Asamblea:

«Tengo un placer en recibiros, señores diputados de la Dieta constituyente. Deseando como siempre el bien de mis estados, corresponderé gustoso á los deseos que me manifestais en nombre de vuestros comitentes, volviendo á mi capital á pesar de que mi salud no se halla enteramente restablecida.

«Pienso ponerme en camino para Viena con el fin de volver á ver á mis leales austriacos el 8 del corriente agosto: haré pequeñas jornadas, pues que lo exige así el estado de mi salud. Recibo con la mayor complacencia la expresion de vuestros fieles sentimientos.»

Verificóse en efecto la entrada del Emperador en la capital el 12, dirigiéndose inmediatamente á su palacio de Schoembrun, y en su tránsito por la ciudad fué saludado y aclamado con las mayores de-

mostraciones de júbilo y entusiasmo por todo el pueblo de Viena. Varias diputaciones se presentaron en seguida á felicitar á S. M. por su anhelado regreso, entre ellas una de la Asamblea nacional; y por último, introducido á presencia de S. M. por el ministro Boblhoff el doctor Schmill, presidente de la Dieta, pronunció este notable discurso que fué acogido por todos los circunstantes con grandes muestras de aprobación, y al cual contestó el Emperador todo conmovido en los términos mas afectuosos.

«Señor: en nombre de la Asamblea nacional, en nombre de todos los pueblos de la monarquía representados por ella, saludo con placer á V. M. en el palacio de vuestros escelsos antepasados, como jefe de la transformación constitucional, efectuada por la benévola palabra de V. M. Hoy la gran palabra imperial ha venido á ser una sagrada verdad y un hecho feliz.

«El gozo que manifestaba el pueblo por el regreso de su querido soberano, demuestra también la vuelta de la confianza, de la tranquilidad y el orden, que son las bases mas firmes y seguras de una nueva vida llena de actividad. Pero la Asamblea nacional considera como un deber íntimamente ligado á sus tareas parlamentarias, y en su calidad de representante de los pueblos libres de la monarquía constitucional, el sostenimiento de la sagrada inviolabilidad del trono constitucional, con la misma firmeza que su propia existencia y dignidad. El regreso de V. M. á esta ciudad donde se encuentran los representantes del pueblo reunidos en Dieta, es para nosotros una garantía de que la Constitución liberal y nacional emanará de los sentimientos que animan al emperador de Austria, la que encontrará en el trono constitucional su fuerza y su desenvolvimiento.

«Austria se agrupa alrededor de su emperador, y Austria espera su felicidad. ¡Salud y honor al amado Fernando, primer emperador del pueblo austriaco libre! ¡Salud y honor á su noble y fiel esposa nuestra augusta emperatriz! ¡Salud á la casa imperial constitucional de Austria.»

Las recientes victorias del mariscal Radetzky en Italia contribuían también extraordinariamente á aumentar la alegría que reinaba en la mayor parte de las poblaciones del imperio austriaco, empezándose á notar con este motivo en algunos puntos, y principalmente en Cracovia, ciertas demostraciones de marcadas tendencias reaccionarias.

Firme el Emperador en proseguir una marcha enteramente constitucional, al día siguiente de su llegada á Viena publicó la proclama siguiente:

A MIS FIELES VIENESES.

«El día de ayer, en que al volverme á colocar en medio de vosotros,

he recibido los mayores testimonios de vuestro antiguo é inalterable amor, no podrá ser olvidado nunca ni por mí, ni por ningun otro miembro de la familia imperial. ¡Ojalá que pueda brillar eternamente en la historia de la patria como el día de una alianza entre un pueblo libre y su emperador constitucional! ¡Ojalá que puedan tambien reinar en adelante la paz, la buena inteligencia, el órden y la legalidad, para que la construccion del estado constitucional prospere y se fortifique bajo su proteccion para el bien de todos los pueblos del Austria, de concierto con los representantes que ellos han elegido! Y yo, con el auxilio de mis consejeros responsables, espero terminar gloriosamente el difícil deber que me ha impuesto la Providencia, la nueva constitucion del pais.»

No se descuidaba en efecto la Asamblea nacional alemana en proseguir constantemente la importante obra de su regeneracion política, y continuaba discutiendo el proyecto de los derechos fundamentales del pueblo aleman, habiendo aprobado en la sesion del dia 18 los dos párrafos siguientes:

§. 9. Queda garantido el secreto de la correspondencia pública, y las cartas y pliegos no podrán ser abiertos sino en virtud de una órden del tribunal competente.

§. 10. Todo aleman tiene derecho á emitir libremente sus opiniones ya de palabra ó por medio de la imprenta ó del grabado. La libertad de la imprenta no puede ser restringida, suspendida, ni suprimida en ninguna circunstancia, ya sea por la censura, por concesiones y privilegios, por la tasa, ya por dificultades, suscitadas á los impresores y librereros, ya por restricciones en el envio de los correos y otros obstáculos en la libertad de comunicaciones. Los delitos de imprenta serán juzgados por el jurado con arreglo á la ley que promulgará el poder central.

Mientras tanto, sin embargo, tenia cada vez mas ocupados los ánimos en Viena la cuestion italiana, hallándose bastante dividido el gabinete en cuanto á la futura suerte de este pais. Unos ministros opinaban por la conservacion á todo trance del antiguo territorio del reino Lombardo-Veneto reconquistado nuevamente, mientras que otros eran de parecer que debia hacerse algun sacrificio halagando de este modo á la Francia y evitando quizá al propio tiempo la guerra europea.

No presentaba la situacion de Berlín el aspecto mas satisfactorio, pues continuaban siempre las interminables disputas y los frecuentes y graves choques entre el ejército y el pueblo, sobre la cuestion de la union alemana, sin que el gobierno, cuyas tendencias eran evidentemente contrarias á ella, se atreviera á decidirse por ninguno de los dos partidos. La entrevista que con motivo del jubileo para la consagracion de la catedral de Colonia tuvieron en esta ciudad el rey de Prusia con los príncipes sus hijos, el Vicario general del imperio y otros

varios soberanos de diferentes estados de Alemania, debió producir, á no dudarlo, ventajosos resultados en favor de la grande obra de la union alemana.

A pesar de los grandes esfuerzos que en Berlin hacia el partido reaccionario para que abdicase Federico Guillermo en favor de su hijo y heredero, á quien el ejército y los empleados consideraban mas apto para restaurar la monarquía, las palabras del Rey de Prusia y del Vicario del imperio, y la estrecha cordialidad que reinó entre ambos en la grau solemnidad de Colonia, no parecia que dejaban duda acerca de una sincera é intima amistad y union. Asi lo esplican á lo menos los dos siguientes brindis del Rey y el Vicario en el banquete celebrado con motivo de esta fiesta.

«Mi brindis, dijo el primero el rey de Prusia, es para un aleman, uno de los amigos fieles y experimentados, el hombre de vuestra confianza, que posee tambien toda la mia y mi corazon, que nos dé pueblos libres y unidos; que nos dé príncipes libres y unidos. Al archiduque Juan: al Vicario del imperio.»

El Vicario del imperio contestó en estos términos:

«Al príncipe que acaba de brindar: al Rey de Prusia. Que Dios le conserve largo tiempo, y que nuestra union, nuestra perseverancia sea tan firme como la catedral de Colonia.»

S. M. el Rey de los belgas que habia sido invitado á esta brillante fiesta, manifestó el sentimiento que le causaba no poder asistir á ella, por medio de la siguiente carta:

«No puedo por menos de dirigir escrita de mi propia mano, una carta á los miembros de la sociedad para la conclusion de las obras de la catedral, á fin de manifestarles mi profundo sentimiento por impedirme obstáculos imprevistos aceptar vuestra invitacion concebida en los términos mas benévolos y lisongeros. ¡Ojalá esa reunion, á la que con el mayor gusto hubiera asistido, sea una base firme para la unidad de un pueblo noble y poderoso al que me considero dichoso de pertenecer! Somos vecinos muy próximos, y estoy muy reconocido á la amistosa acogida que siempre me han hecho en los pueblos rinianos.

«Mientras plazca á la Providencia dejarme la direccion de nuestro buen país, espero que nuestras obras serán constantemente útiles y buenas. La legalidad mas concienzuda y la mas completa seguridad en union con la libertad real mas ámplia, reinan en nos.

«A la reiterada expresion de mi sentimiento, por verme impedido de asistir á vuestra fiesta, tengo que unir la manifestacion de mi gratitud á los miembros de la sociedad que ha llevado á efecto la terminacion de la grande obra de la catedral.

«Bru selas 13 de agosto de 1848.—LEOPOLDO.»

Al paso que el Rey de Prusia trataba de cimentar en su reino los principios de la union, el de Hannover, aunque habia dispuesto que su ejército adoptase los colores nacionales, pensaba contentarse con esto, pero no queria que sus tropas prestasen homenaje al archiduque Juan.

Continuaban mientras tanto los prusianos avanzando hácia Konigsan en el ducado de Schelwig, Dinamarca, y aunque se habia vuelto á hablar de un próximo armisticio, las noticias del Norte revelaban la continuacion de la guerra. Habia no obstante pasado á Stockolmo el general Below con amplios poderes del rey de Prusia, á fin de negociar un tratado de paz.

REPÚBLICA FRANCESA.

SUMARIO.

Estado alarmante de París.—Disposiciones del gobierno y de la Asamblea.—Manifestacion femenil.—Cuestiones que ocupaban la atencion de la Francia.—Reeleccion del presidente de la Asamblea.—Llegada á París de comisionados italianos.—Petition de la guardia nacional de Milan á la república francesa.—Estado de la politica exterior de Francia.—Nueva alarma en París —Suspension de cuatro periódicos.—Llegada á París de un embajador ingles extraordinario.

Reinaba en París una vaga inquietud producida por el temor de que pudiera alterarse de nuevo la tranquilidad, contribuyendo á aumentar aquella zozobra las medidas de defensa adoptadas en la Asamblea y el considerable movimiento de tropas en la capital. El 17 dirigió el estado mayor de la guardia nacional una orden del dia á todos los oficiales superiores de la de París, para que estuvieran dispuestos á salir á la primera señal. Repartiéronse á los capitanes de la guardia nacional municiones á razon de doce cartuchos por plaza, y se condujeron cinco carros de los mismos á las cuevas de la Asamblea nacional, cuya guardia fué reforzada con caballería y artillería. Todas estas precauciones indicaban claramente que el gobierno poseia datos ciertos acerca de algun movimiento que estaba próximo á estallar.

Hallábase dispuesta para el dia 19 en París una gran manifestacion

de mugeres esclusivamente, debiendo dirigirse estas en número considerable al palacio de la Asamblea, con el pretexto de presentar una peticion de indulto en favor de los presos á consecuencia de los sucesos de junio. La autoridad que de todo tenia conocimiento, tomó por lo tanto todas las medidas, y aun cuando llegó á efectuarse la femenina manifestacion, no tuvo consecuencias desagrables, pues el imponente aspecto que ofrecian las cercanías de la Asamblea, hizo retirar en seguida á la poco temible cohorte. La peticion, sin embargo, firmada por muchas parientes de los presos, implorando una amnistia para ellos, fué presentada en la sesion de aquel mismo dia al presidente de la Asamblea.

La intervencion en Italia y el exámen de los documentos justificativos acerca de los acontecimientos de junio, hé aqui las dos cuestiones que tenian en expectativa á toda la Francia, y particularmente á la capital, donde se hallaban con este motivo los ánimos en una continua alarma. La escesiva publicidad que se habia dado en las sesiones de la Asamblea, revelan tan escandalosos hechos, que mas de una vez se presentaron proposiciones, para que se guardase cierta reserva en tan desagradables debates. En la sesion del 19 tomó la palabra Luis Blanc y se quejó amargamente del abuso cometido por algunos periódicos con motivo de la publicacion de los referidos documentos, y propuso que se prohibiera en lo sucesivo semejante insercion, mientras que los asuntos sobre que versaran estuviesen pendientes de fallo. En la misma sesion fué reelegido presidente de la Asamblea Mr. Marrast por una mayoría considerable de votos.

Hallábanse en París los comisionados italianos, unos enviados desde Turin, y otros desde Venecia, todos para pedir la pronta intervencion de la Francia; pero aun no se habia acordado nada definitivamente respecto á este punto, que tanto podia influir en la suerte de Europa. En la sesion del 21 se dió cuenta de una peticion dirigida por la guardia nacional de Milan, reclamando la intervencion armada de la Francia, y á pesar de las vivas instancias hechas por los representantes Buchet, Julio Fabre y Larochejaquelin, sobre la necesidad de una contestacion por parte del gobierno acerca de los asuntos de Italia, la Asamblea no creyó deber traspasar la línea marcada por el general Cavaignac, el cual habia ya manifestado no juzgaba conveniente dar pormenores, á fin de no comprometer la negociacion.

El siguiente artículo del *Moniteur*, que puede casi tomarse como un manifiesto del gobierno, da una idea acerca del estado de la politica exterior de Francia:

«En ninguna época de nuestra historia se vió el gobierno francés agoviado por una responsabilidad tan grande como la que pesa sobre la

administracion presidida por el general Cavaignac. Los destinos de Francia, y segun la opinion general de Europa, los del mundo civilizado, se hallan en sus manos. Esto es aun mas indudable hoy, cuando el desenlace de los asuntos de Italia nos ha creado una situacion nueva, que el gobierno previó antes que nadie, y que habria sido fácil conjurar, si Italia hubiera confiado menos en sus propias fuerzas.

«En vista de acontecimientos tan graves, y considerando el interés general que inspira en Francia la causa de Italia, antes de seguir un camino que conduciria necesariamente á la paz ó á la guerra, y acaso á una guerra europea, el gobierno debió tener presente lo que exigian las necesidades tradicionales de nuestra política y la situacion actual de la República.

«El gobierno comprendió que en un tiempo en que el desarrollo y la seguridad de las relaciones comerciales son la condicion de la prosperidad y de la influencia de los pueblos, importaba no perder de vista los intereses industriales. Penetrado de la necesidad de restablecer el crédito público que empieza á afirmarse, persuadido al mismo tiempo de que Francia por ningun concepto debia faltar á las leyes del honor, el gobierno hizo cuanto pudo para conciliar lo que debia á la dignidad del nombre francés y á las exigencias legítimas de los intereses particulares.

«En una palabra, aceptar la guerra si nuestro honor lo exigia; aceptarla, no á nombre de un soberano, animado comunmente por preocupaciones estrañas á los votos y á las necesidades del pais, sino á nombre del mismo pais, á nombre de la Asamblea nacional, árbitra de la paz y de la guerra; evitarla, por el contrario, sin faltar á nuestros deberes ni renunciar á la posicion que Francia debe ocupar en Europa, si evitarla era posible; hé aqui la linea de conducta que desde luego se trazó el gobierno, y la sola política que pareció digna de la República.

«Esta política la ha seguido el gobierno lealmente, sin segundas intenciones, y ya debe juzgarse bastante recompensado de sus esfuerzos: pues puede hacer hoy participar á toda la Francia de las esperanzas del pronto restablecimiento de la paz en Italia por la mediacion de Francia ó Inglaterra.

«La accion comun de las dos potencias ya ha empezado á ejercerse sobre muchos puntos de la Península. Y si se pudiera dudar de los resultados que debe producir la union de las dos naciones mas influyentes de Europa, reunidas en un único pensamiento y por un interés que es de todo el mundo, añadiríamos que en las relaciones que se establecen entre la Francia y las demas potencias estrangeras se encontrarían nuevos motivos de seguridad. Estas relaciones son de la naturaleza mas pacífica, incluso las de los gobiernos, á quienes el solo nombre de república parecería deber prevenir contra la Francia.

«Podemos, pues, esperar que esta mediacion de la Francia é Inglaterra en Italia, será seguida de un pronto y honroso resultado, y que servirá de prelude á una pacificacion general.

«La lucha que se sigue en los ducados por intereses relativamente secundarios, debe tener un fin. El parlamento aleman querrá, no lo dudamos, que su primer acto sea de conciliacion, y se unirá á nuestros esfuerzos para hacer concluir un acuerdo ya demasiado retardado. No olvidará que la eficacia de su accion depende de su sabiduría.

«Así la República, apenas constituida, habrá reconquistado en Alemania, en Italia y en toda Europa el lugar que la política tímida, irresoluta, complaciente de la monarquía le habia hecho perder, y la Francia dará al mundo agradecido el espectáculo de una democracia, que, despues de haber regenerado á la Europa con sus principios, sabe contener todos los elementos de fuerza que encierra, y no ambiciona otra gloria que la de pacificar el mundo.»

Con motivo de una revista celebrada en Paris el 22 con objeto de dar á reconocer al general Cavaignac como gefe de la guardia movilizada, se notó alguna alarma en la poblacion, que dió lugar á que se reforzaran varias guardias, y estacionaran tropas en diferentes puntos. Firme el gefe del poder ejecutivo en proseguir tomando medidas enérgicas para llevar adelante su plan de gobierno, mandó suspender apenas acababa de votarse la nueva ley de imprenta, la publicacion de los periódicos: *Le Representant du Peuple*, *le Père Duchesne*, *le Lampion* y *la Veritable République*. Merece llamar la atencion la circunstancia de que el penúltimo de estos periódicos fué recogido el 21 y preso el editor. Hé aquí el motivo. Despues de este epigrafe: *Otra manifestacion*, se leian en el número estas palabras: «Ibamos á dar algunas esplicaciones sobre los rumores que circulan por París, pero gracias á la libertad de imprenta, el impresor se niega á tirar nuestro número. Conservamos la prueba, y se la enseñaremos á nuestros suscritores en las oficinas.»

Por este párrafo se formó causa y fué recogido el manuscrito y la prueba citada. En dicho artículo se daban noticias acerca de la manifestacion que comenzada por las mugeres, debia concluir por aclamar á Enrique V.

Habia llegado á Paris el marqués de Normamby, y presentado al general Cavaignac sus cartas credenciales como embajador y plenipotenciario extraordinario de S. M. B. cerca de la República francesa, no debiendo tener sin duda otro objeto esta mision diplomática, que el tratar de la cuestion italiana, para lo cual habia recibido poderes por parte de la República francesa, su representante en Lóndres Mr. Gustavo de Beaumont.

INGLATERRA.

SUMARIO.

Fin de la insurreccion irlandesa.—Situacion de Irlanda.—Tentativas de los cartistas.—Prorogacion del parlamento.—Esplicacion del marqués de Lansdowne en la Cámara de los lores sobre los asuntos de Italia.

Con la prision de O'Brien, Meagher y otros varios gefes, y la fuga de O'Gorman habia terminado la tan imponente insurreccion irlandesa; el gobierno sin embargo continuaba ejerciendo la mas esquisita vigilancia en todos los puertos, á consecuencia de haberse apoderado de un cargamento de pólvora que venia á bordo de un buque americano, Llegaban con frecuencia á Dublin algunos convoyes de prisioneros, que inmediatamente eran embarcados para los puntos donde debian sufrir su confinacion. Grave era no obstante el aspecto que presentaba la situacion de la desgraciada Irlanda, pues que se hallaba amenazada ademas de sus discordias civiles, por la terrible cuestion de subsistencias.

En Lóndres continuaban agitándose los cartistas, teniendo siempre en continua alerta al gobierno, y cada dia ensayaban una nueva tentativa para llevar á cabo su plan, con cuyo motivo el gobierno hacia diariamente numerosas prisiones. Habíanse disuelto en un solo dia tres diferentes reuniones, habiéndose encontrado en todas ellas gran porcion de armas y pertrechos de guerra. El 21 hubo gran número de *meetings* de los cartistas y de los confederados de la capital, pero gracias á las muchas precauciones que tomó la policia, fracasó esta insurreccion, cuyos proyectos, que fueron descubiertos por uno de los conjurados, eran horrosos.

Anunciábase que el parlamento iba á ser prorogado, aun cuando se creia que antes presentaria el gobierno alguna ley para atender á las necesidades de Irlanda que amenazaban ser terribles, segun las malas noticias que llegaban de aquella desgraciada isla.

Contestando el marqués de Lansdowne en la cámara de los lores á un discurso de lord Brougham sobre las negociaciones de Italia, deseos manifestados por el Austria desde que empezó el alzamiento de aquel pais, y miras que tenia la Francia en su mediacion de acuerdo con la Inglaterra, todo á propósito de la mocion que habia hecho para que se pusiese sobre la mesa el despacho comunicado por el gobierno austriaco al gabinete de Lóndres, se espresó en estos términos:

«El gobierno de la Reina no tiene inconveniente alguno en producir el documento que se pide. Las declaraciones contenidas en el despacho del príncipe de Metternich en respuesta al de lord Palmerston era ciertamente muy satisfactorio, en la época en que se escribió, y

daba motivos para creer generalmente, no solo en Italia, sino en el resto de Europa, que el Austria no se hallaba dispuesta á combatir el progreso de las reformas que á la sazón se desarrollaban ó estaban para desarrollarse en Italia. Se hizo desde entonces importante el obtener del gobierno austriaco una declaracion categórica que pusiese de manifiesto sus miras é intenciones.

«Las del gabinete han consistido siempre en no intervenir ó no hallarse dispuesto á intervenir sino á petición de sus aliados en interes de los mismos, y en favor de la conservacion de la paz europea, motivos que han sido debidamente apreciados por nuestros aliados. Siempre hemos procurado entrar con ellos en esplicaciones estensas y categóricas, y cuando nos han pedido consejos se los hemos dado por vía de mediacion.

«Desde el principio de estos negocios en mayo hasta el día, resulta, segun un despacho del baron de Wesseburgo, hombre de estado eminente que dirige en la actualidad el gobierno austriaco, que la Inglaterra manifestó el deseo de interponer sus buenos oficios, y que el gobierno austriaco no dudó nunca de las intenciones del gabinete británico. Declaro esto con grande satisfaccion, porque al presente sobrevienen circunstancias que indican la perfecta uniformidad y simpatía moral, existentes entre nosotros y el gobierno de Viena, dirigido por una persona bien conocida en Europa, lo mismo que en Inglaterra, donde ha desempeñado un alto destino por muchos años.

«Cuando salía de Inglaterra un despacho ofreciendo nuestra mediacion, recibiamos otro del baron de Wesseburgo, despues de los triunfos de Radetzky, en que se nos pedia. ¿Puede haber mayor prueba de simpatía entre los dos gobiernos, y de la confianza que tiene el de Viena en las intenciones, principios y política de Inglaterra?

«Tengo una gran complacencia en poder decir que el tenor de la comunicacion del baron de Wesseburgo manifiesta no solo que el Austria ha conservado su antigua fuerza y energía, sino que ha dado pruebas de prudencia y de moderacion, para arreglar la conclusion de esta contienda, por la cual entiendo lo que se dirige á impedir la discordia y la guerra europea, consecuencia inevitable de la prolongacion de una lucha de semejante naturaleza.

«Ahora añado que pudiendo contarse confiadamente que se acepte la mediacion, no conviene pronunciar ni una sola palabra capaz de herir á ninguna de las partes que estamos obligados á reconciliar, y si podemos, á reunir, cualquiera que sea la opinion que podamos formar de su conducta.

«Concluyo por último, que he sabido con complacencia la aprobacion general por los esfuerzos del gobierno en seguir semejante marcha

de acuerdo con el gobierno de Francia. Este paso se ha dado despues de un maduro exámen, y puedo decir que hasta el dia no ha sobrevenido nada en el particular que modifique mi opinion sobre su oportunidad.

«Tenemos motivos para creer que el gobierno francés ha ofrecido su mediacion con el mismo objeto y con iguales deseos de concluir completa y amistosamente la contienda. Los deseos que pueden deducirse de la espresion del sentimiento de los córrillos particulares de Paris, están muy lejos de animar al gobierno francés actual; sin embargo, sus actos llevan el deseo de la buena fé, y desea tanto como nosotros evitar la guerra, que arrastraria á la Francia y á todos los paises de Europa á una série interminable de dificultades é infortunios.»

ESPAÑA.

El pais donde mas simpatias encontraron los facciosos durante la pasada guerra civil, se vió al fin libre de los tenaces partidarios del hijo del antiguo pretendiente. Creyendo, pues, inútil mantener por mas tiempo el estado escepcional declarado por su antecesor en primero de julio último, el capitán general de Navarra y provincias Vascongadas, don Antonio Urbistondo, levantó el estado de sitio, dirigiendo al propio tiempo una proclama á los navarros, exortándoles á que continuasen dando las mismas pruebas de lealtad.

No es por cierto tan lisongero el aspecto que ofrecen otras. Las facciones de Cataluña parece haber adquirido algun incremento, pues cada dia se presentan en puntos diferentes en mayor ó menor número, segun conviene á sus devastadoras miras, teniendo constantemente en alarma á los habitantes de aquel industrioso Principado. El gobierno ha reconocido al fin la necesidad de dar armas á los pueblos de Cataluña, en donde se trabaja con la mayor actividad y eficacia en todo lo relativo al somaten general que se prepara en todo el Principado.

Tambien en el Maestrazgo comienzan á inspirar temores las partidas que desde Cataluña han pasado á aquel pais, y que le recorren al mando de Forcadell y otros cabecillas facciosos; y es de creer que tomen algun incremento, si no trata el gobierno de tomar prontas y eficaces medidas para impedirlo.

Continúan llamando la atencion los asuntos rentísticos y el arreglo del Banco, pues sin embargo de las esperanzas que se concibieron á la entrada del nuevo ministro de Hacienda el Sr. Mon, aun prosigue el estado angustioso del crédito y la desconfianza en todos los negocios. Estábase trabajando por realizar un nuevo empréstito ó adelanto de

treinta millones para hacer frente á los no pequeños apuros del Tesoro, pero hasta el dia no ha podido llevarse á cabo el referido pensamiento, por no haberse presentado tan propicios como se creyera los capitalistas y demas personas con quienes se contaba con este objeto.

Segun los estados que publicó el Banco Español de San Fernando, habian ingresado en su poder, y sido taladrados, quedando por lo tanto fuera de circulacion en julio pasado, 9,734 billetes, importantes 14.178,200 rs. vn., procedentes del producto de la renta de Aduanas.

S. M. la Reina regresó del real sitio de San Ildefonso á esta corte el 27 del corriente, despues de haber disfrutado en aquel sitio la deliciosa temperatura que proporcionan sus inmediatas y elevadas sierras. Mientras tanto su augusta hermana continúa en Sevilla recibiendo las mayores pruebas de cariño por parte de aquellos hijos del Mediodía, que esperan ansiosos el dia feliz de su alumbramiento. Ibanse reuniendo asi mismo en las márgenes del Guadalquivir las numerosas diputaciones de todas las clases del estado que deberán presenciar aquel acto tan solemne, y al que S. M. quiere se dé la mayor importancia y ostentacion.

ÚLTIMAS NOTICIAS.

FRANCIA. Ultimo decreto del poder ejecutivo relativo á la suspension de periódicos:

«En virtud del decreto de la Asamblea nacional del 24 de junio de 1848 y oido el parecer del consejo de ministros, el presidente del consejo:

«Considerando que el periódico *La Gaceta de Francia* contiene incesantes ataques contra la República, y escitaciones que tienden á destruir esta forma de gobierno, para sustituirla con la monarquía.

«Considerando que tales ataques y escitaciones en las circunstancias actuales sirven para armar á unos ciudadanos contra otros y promover de este modo la guerra civil en París y en los departamentos:

Decreta:

Art. 1.^o Queda suspendido desde hoy el periódico, la *Gaceta de Francia*.

2.^o Se prohíbe á cualquier editor ó impresor firmar ó publicar el dicho periódico hasta nueva orden.

El mismo dia fué recogido el periódico titulado la *Boca de Hierro* alegando por motivo el que era continuacion del *Lampion*.

ITALIA. *Cerdeña*. La *Gaceta Piamontesa* anuncia al fin la formacion del nuevo gabinete en los siguientes términos:

Presidente, Alfieri de Sostegno: Negocios extranjeros, Perrone de San Martin: Interior, Pinell: Instruccion pública, Merlo: Hacienda, Taun de Revel: Obras públicas, Santa Rosa: Guerra y Marina, Franzini: Agricultura y Comercio, el presidente del consejo en calidad de interino: guarda-sellos, el ministro de Justicia.

PARTI CRITICA.

LIBERTAD Y FRATERNIDAD EUROPEA.

En Cadiz tengo la muerte,
y en Sevilla la mortaja,
y en la Isla de Leon
me están haciendo la caja.

A cientos en Dublin y en Lóndres prenden,
por miles de París van á las Islas,
de Madrid salen cuerdas hácia Cadiz,
y á Ceuta desde allí ó á Filipinas.

Nota bene. Y esto es tan cierto, que los que estaban en la Carraca habrán sido embarcados ya para Filipinas de órden del gobierno. Ya va viniendo la amnistia.

LA VIEJA COQUETA.

Llegó por fin el caso de que el emperador de Austria y Fr. GERUNDIO regresaran á sus hogares, aquel desde su Real mansion de Inspruck, éste desde el Real Sitio de San Ildefonso; el primero acompañado de la augusta imperial familia, el segundo de su augustó lego Fr. PELEGRIN TIRABEQUE.

Tan luego como entramos en nuestra celda, TIRABEQUE se fué á cuidar de las cosas pertenecientes á su ministerio de lo interior, y mi paternidad pasó á informarse del estado en que se encontraba una dama que en su celda habia dejado. Y no hay que escandalizarse de que una dama habite dentro de las paredes del tabernáculo de un religioso, pues han de saber vds. que es mas vieja de lo que prescribe el Concilio de Trento, y aun mas de lo que exigian los cánones en la época del mayor rigor de la disciplina eclesiástica. Verdad es que todo lo que tiene de vieja tiene de coqueta, pues se me va haciendo tan caprichosa y voluble, tan inconsecuente, antojadiza y versátil, que en cuatro dias que hacia que no la habia visto la encontré completamente desconocida y mudada. Y lo mas particular es que la buena señora con todos sus años y su coquetismo tiene el don y la fortuna de seguir interesando á todo el mundo como si estuviese en sus verdores y en sus mejores dias: al estremo que mi misma reverendísima persona, en medio de haberme pasado hace ya muchos años la edad de los galanteos y de las ilusiones, no puedo prescindir de tomarme un vivo interés por ella, y aun de observarla y seguirla los pasos ni mas ni menos que si fuese el Cupido mas celoso y apasionado.

Para que vds., lectores míos muy amados, no hagan por mucho tiempo malos juicios de Fr. GERUNDIO y su huésped, les diré que esta señora es la *Europa* (la Europa en mapa, única que yo puedo poseer), á quien no en valde dió la naturaleza en su estructura geográfica la forma de una doncella. Pues bien, esta dama se nos va haciendo al cabo de sus dias tan veleidosa y variable, que asi muda ella y cambia de marcha política, como pudiera cambiar la mas remilgada coqueta de hechuras y formas en sus vestidos. ¿Quién habia de conocer en marzo á la Europa de febrero, ni en junio á la Europa de marzo, ni en agosto á la Europa de junio, ni hoy dia de la fecha á la Europa que yo recorri hace quince dias? Viendo estoy que ha de ser menester publicar cada semana un figurin de modas políticas europeas, al modo del *Petit Courier*

des Dames que se publica en París. Asi es, que llamé á mi lego y le dije:

—«PELEGRIN, esta no es la Europa que yo te dejé.

—Señor, me respondió, lo que puedo jurar á vd. bajo juramento es que yo no la he tocado: si hubiera sido un tarro de dulce, no responderia de mi continencia, pero la Europa ¿para qué la queria yo?»

Asi era la verdad, y por eso no insistí en hacerle un cargo que solo habia podido ser una chanza. En efecto, ¿qué culpa tenia el pobre TIRABEQUE de que en ocho dias se hubiera perdido la bella causa Italiana? ¿de que la Lombardía se encontrara otra vez en poder de los Austriacos como en febrero? ¿de que Radetzky se hallara de nuevo en Milan, y de que Cárlos Alberto hubiera tenido que retirarse á sus antiguos estados? Ni siquiera tenia el pobre la menor noticia de estos tristes sucesos: con su expedicion á la Granja habíansele pasado tres ó cuatro dias sin leer periódicos, y con este motivo cogíale todo de nuevo, lo cual dió ocasion á los razonamientos siguientes.

EL REDENTOR.

—«Aquí tienes el mapa, PELEGRIN: ¿ves la Italia?

— Si señor.

—Pues bien, este rio que ves aquí es el Mincio, este otro es el Oglio, este de aquí el Adda; las posiciones que ocupaba el ejército de Cárlos Alberto eran estas.....

—Qué viva Cárlos Alberto, mi amo! Qué viva el libertador de Italia!

—¡Silencio, PELEGRIN!

—¡Señor, perdone vd. si le incomoda que grite; ya sabe vd. que soy apasionado de la causa italiana, y de consiguiente al

oir el nombre de Cárlos Alberto no he podido menos de entusiasmarme.

—No es que me incomode que grites, PELEGRIN; es que ese grito que hace cuatro días resonaba en todos los campos y en todas las poblaciones de Italia, y á cuyo eco enloquecían de entusiasmo Lombardos y Piamonteses, Venecianos y Romanos, Toscanos y Genoveses, todos los Italianos en fin amantes de su independencia y de su libertad, ese grito, PELEGRIN, seria ahora desagradable para unos, sospechoso para otros, y para otros hasta aborrecido y criminal. ¡Oh! guardariaste bien, si fueras ahora á Italia, de gritar como gritaban todos hace pocos días: «¡Viva Cárlos Alberto! ¡viva la espada de Italia! ¡Viva nuestro libertador!»

—¡Alabado sea mi Dios, señor mi amo, y qué cosas se ven en esta época de metamorféos! ¿Y qué es lo que ha motivado esa novedad tan grande, señor?

—Ya sabes, PELEGRIN, pues á esto bien alcanzan tus noticias, que la fortuna que tanto en un principio habia sonreído al intrépido monarca del Piamonte, le volvió su negra espalda en la accion de Villafranca y Somma-Campagna. Pues bien, desde entonces todo fué desastres y quebrantos para el valiente ejército Piamontés y para el rey su gefe. Perseguido por las superiores fuerzas de Radetzky, se retiró á Milan, para probar á los Milaneses que aun á costa de cometer una falta militar cumplia su palabra de no abandonarlos. Mas habiendo encontrado á Milan, á lo que parece, desprovisto de municiones y de víveres, desesperanzado de poder prolongar su defensa mas de dos dias, y vivamente acosado por las victoriosas tropas imperiales, hubo al fin de firmar una capitulacion con el vencedor, al tenor de la cual se retiró el rey con sus ejércitos á sus antiguos estados de Cerdeña, reconociendo entre el Austria y la Italia las mismas fronteras que antes de comenzar la guerra, á cuya capitulacion siguió un armisticio de seis semanas entre ambos ejércitos beligerantes. Asi se ha perdido por ahora, PELEGRIN, la bella causa de la independencia italia-

na, la mas hermosa, la mas noble y la mas santa de las causas por que pudiera pelear un pueblo.»

Quedóse TIRABEQUE un rato pensativo, y luego con acento melancólico: «Señor, me dijo, eso ya me lo tenia yo tragado. Y sino acuérdesese vd. de lo que le dije mas de un mes hace: «En cuanto á los asuntos de Italia no voy barruntando muy bien, mi amo (1).»

—«Así es la verdad, PELEGRIN; y confiésote que por desgracia estuviste atinadamente previsor en esto. Pero no paran aqui los azares y las amarguras que ha experimentado Cárlos Alberto: que cuando la fortuna vuelve al hombre la espalda, hasta las piedras, como dice nuestro refran, se convierten contra él. Este monarca guerrero, ídolo poco ha de toda la Italia liberal, llamado y aclamado por los Milaneses, y por cuya causa llevaba cuatro meses esponiendo su vida y las de sus hijos en los campos de batalla, prodigando la sangre de sus soldados y consumiendo los tesoros de su reino, fué insultado y denostado en Milan, intentóse asaltar su palacio, disparáronse tiros á sus balcones, y hubiera peligrado su vida si no hubieran acudido tan oportunamente á salvarle sus intrépidos carabineros, que al fin pudierón sacarle, aunque con trabajo, de la poblacion.

—Yo le diré á vd., mi amo; á mí nada de eso me maravilla. Hace mas de 1800 años que vino un hombre, no de Turín, ni de Milan, ni de Roma, sino del cielo mismo, á redimir á todo el género humano y libertarle, no del yugo de los Austriacos, sino de otro yugo algo peor, aunque el de los Austriacos no le tengo por muy bueno, y el premio que le dieron fué ponerle de la manera que le ve vd. allí (y señaló á un crucifijo que como buenos religiosos en la celda tenemos). Desde entonces, mi amo, tengo la aprension de que á todo el que se mete á Redentor le dan el mismo pago poco mas ó menos.

(1) Carta de TIRABEQUE á su amo FR. GERUNDIO, fecha 22 de julio. *Revista Europea*, tomo I, pág. 390.

—Y no han sido solos MilaneseS, Tirabeque mio, los que de tal manera han tratado á Cárlos Alberto, que no es mejor el tratamiento que ha recibido de sus mismos Piamonteses. En Génova le ponen los periódicos que no hay por donde tomarle, y le llaman traidor á boca llena: en Turin, en la misma capital de su reino, donde hace cuatro días, cuando yo estuve, se disolvió la cámara á petición del pueblo para investir al *nostro Ré* que ellos decian de poderes ilimitados y absolutos, ahora le abandonan, y el ministerio mismo declara oficialmente que no aprueba el armisticio celebrado entre su monarca y el general Radetzky, que es como denunciarle á la indignacion popular. Y tantos son los disgustos y los desaires que le han dado que hasta se habla ya de su disposicion á abdicar la corona, de lo cual parece que no les pesaria ya á muchos. Y ahí tienes, PELEGRIN, al monarca guerrero, ídolo ayer de los Italianos, á quien todos aclamaban con furor, cuyo nombre excitaba un entusiasmo mágico, á cuyo influjo se iba obrando con una espontaneidad admirable la unidad italiana, al rededor de cuyas banderas acudian voluntarios de todas partes, que de hecho era ya rey de Cerdeña, de Lombardía, de Venecia, de Parma, de Plasencia, de Módena, y á quien hubieran proclamado de buena gana rey universal de toda Italia, ahí le tienes hoy reducido á sus antiguos estados Piamonteses, abandonado por los unos, insultado por los otros, denostado por los estraños, zaherido por los propios, y á punto de perder lo suyo por haberse dado á conquistar lo ageno.

—Señor, eso suele suceder á quien se mete en libros de caballería, aunque si algunos libros de caballería hay buenos para mí son aquellos que llevan por fin el librar á los pueblos de un yugo estrangero. Y en cuanto á la nota de traidor que quieren poner á Cárlos Alberto, ¿qué quiere vd. que le diga, mi amo? Yo no sé lo que habrá pasado entre él y Rideski, ni lo que habrá mediado entre las partes, pero me da el corazon que debe ser una injusticia, lo cual por otro lado no me estraña,

Porque todo Redentor,
si no acierta á redimir,
cuenta con que ha de sufrir
la censura de traidor,
aunque sea Cristo nuestro Señor.

—Así es la verdad, **TIRABEQUE** hermano; y dejando ahora á Cristo nuestro Señor, que aquí está de sobra.....

—Perdone vd., mi amo, que Cristo nuestro Señor no puede estar de sobra en ninguna parte.

—Una sola hay en que sobra, **PELEGRIN**, que es en tus versos. Y digo que dejando esto aparte, también yo me inclino á creer como tú que el suponer traicion en **Cárlos Alberto**, ha de ser una de aquellas calumnias con que los genios exaltados suelen con frecuencia, en momentos de irritacion, cargar á los que han sido desafortunados en una empresa. Y dígolo también, porque por mas que discurro no veo qué ventajas le hayan podido resultar á **Cárlos Alberto** de haberse conducido deslealmente, puesto que la posicion en que ha quedado no tiene nada de envidiable ni de lisongera: y en fin, entonces lo creeré cuando se descubra alguna prueba de ello. Lo que no estrañaré será que haya cometido faltas en sus operaciones militares, lo cual no puedo juzgar porque no lo entiendo: ni estrañaré tampoco que sea fundado otro de los cargos que ahora le hacen, que es el de ambicion, pues dicen que si tomó con tanto empeño y trabajó con tanto ahinco en la guerra contra los **Austriacos**, no fué todo por desprendimiento y patriotismo, ni por puro amor á la libertad, sino por el interés de agregar á su reino la **Lombardía** y la **Venecia** y de hacerse rey de toda la alta Italia.

—Pues eso, mi amo, bien pudieran haberlo conocido desde el principio, y no haberle llamado: porque pensar que un rey, ¡un rey, mi amo **FR. GERUNDIO!** como si supiéramos de hoy lo que son los reyes! pensar que un rey habia de ir á romperse la crisma él y sus hijos con los soldados **Alemanes**, y á dormir al sereno y comer un rancho de patatas, y hacer la vi-

da del soldado, espuesto cada dia y cada hora á que viniera una naranjilla de esas que despiden los cañones, y le rebanára una pierna ó un brazo, ó el molde mismo del sombrero, como ya faltó poco una vez, nada mas que por hacer una obra de caridad á los señores Lombardos y á los señores Venecianos, y tan solo por su cara bonita como decimos los legos, y para tener el gusto de que le dijeran despues: *mille grazie, mio signore, obligatto, molto obligatto*, eso sería pensar que hay quien dé palos de valde en estos tiempos, y conocer muy poco el mundo, y menos á los reyes,

—Lo cierto es, PELEGRIN, y lo verdaderamente lamentable, que se ha malogrado por ahora una causa que escitaba las simpatías de todos los liberales de buena fé, de todos los verdaderos amantes de la independéncia y de la libertad racional de los pueblos, y que otra ocasion como ésta con dificultad se volverá á presentar en mucho tiempo.

—Y diga vd., mi amo; en resumidas cuentas, ¿quien tiene la culpa?

—Mira, PELEGRIN; has tocado una cuestion á que no es fácil responder, y que merece ser tratada en capítulo aparte. Tampoco he tenido tiempo de leer los periódicos nacionales y extranjeros, tan detenidamente como es necesario para poder contestar á tu pregunta. ¿Sabes lo que me ocurre? Que puedes hacerme chocolate, que no me vendrá mal despues del viage que acabamos de hacer, y cuando le traigas podré acaso responderte ya con mas datos.»

Hizolo así TIRABEQUE. Yo entre tanto me puse á leer algunos diarios italianos y franceses. Cuando volvió con el chocolate sucedió lo que ahora diré.

TIRABEQUE Y UNA LAMPARILLA.

«Retira de ahí esa lamparilla, PELEGRIN, le dije á TIRABEQUE, no sea el diablo que se prenda fuego.

—Pero señor, me contestó, ¿vd. no vé que está apagada?

—No importa, le repliqué; apagada y todo podrá incendiar algo: retírala.

—Señor, haré lo que vd. me manda, porque me lo manda vd.; pero quererme persuadir á mí que una lamparilla que no arde puede ser causa de un fuego, eso, mi amo, es hacerme mas lego de lo que soy, y no tanto, no tanto, que si talento no tengo, á lo menos el uso de la razon está corriente.

—Se conoce, PELEGRIN, que no estás al alcance de los adelantos republicanos. Has de saber, que habia en París un periódico, titulado *La Lamparilla* (*Le Lampion*), que era uno de los once suprimidos por el general Cavaignac, y de los que el general Cavaignac permitió otra vez que pudieran publicarse, y de los cuatro nuevamente suspendidos por el general Cavaignac. Pues bien, esta *Lamparilla* salió uno de estos últimos dias con una columna en blanco, advirtiendo que el artículo que estaba destinado á llenarla, no habia querido publicarle el impresor por temor á la ley de imprenta vigente. Ya ves que la *Lamparilla* salió apagada. Pues con todo eso, ¿qué te parece que hizo el *procurador de la República*? Se zampó acompañado de un juez de instruccion en las oficinas del diario con objeto de echar el guante al director; no le pudo encontrar, pero prendió despues á dos de los redactores: en seguida se fueron á la imprenta, se apoderaron de las formas y del *manuscrito* del artículo anunciado.....

—¿Pero antes de publicarse, mi amo?

—Antes de publicarse, pues esa es la gracia.

—Señor, eso no se ha visto hasta ahora en parte alguna del mundo conocido.

—Ya lo creo que no se habia visto hasta ahora ni en repúblicas ni en monarquías; pero se ve en la república de Cavaignac. Y al dia siguiente dió Cavaignac un decreto suspendiendo hasta nueva orden la *Lamparilla* y otros tres diarios, y prohibiendo bajo las mas severas penas á los directores, impresores y editores su publicacion. ¿Te convences ahora de que una lamparilla, aunque esté apagada, puede ser peligrosa, y provocar una medida algo mas fuerte que la que yo te he impuesto á tí?

—Me convengo, si, señor; pero esto es allá en las repúblicas libres, donde en virtud de la libertad completa y absoluta de imprenta que se ha proclamado, un general prohíbe y suspende los periódicos que se le antoja, y el *procurador de la república* recoge no solo los impresos sino hasta los manuscritos, y prende á los redactores, y apaga lamparillas que no arden. Pero una vez que vd. se empeña en obrar conmigo á lo Cavaignac, retiro mi lamparilla, y laus Deo.

ALCANCE. Ya se va enmendando el hermano Cavaignac. El 24 suspendió tambien la *Gaceta de Francia* hasta nueva orden. Libertad de imprenta republicana.

UN BORRON DE TIRABEQUE.

Mientras mi paternidad saboreaba el nectar de los reverendos y la ambrosía de los que se han criado en el claustro, quise que TIRABEQUE se entretuviera en leer lo relativo á la invasion de los Austriacos en los Estados Pontificios, y á su brusca entrada en Bolonia. Complacíame yo en observar la desagradable impresion que le hacia la imprudente y escandalosa violacion de territorio cometida por el general Welden. No sabia yo decir cuál de las dos cosas seria mas fea, si la accion del general austriaco ó la cara que ponia mi lego. Algo se fué des-

arrugando su ceño cuando leyó la noble y digna manifestación que el Santo Padre hizo á sus nuevos ministros, para que la comunicaran á la cámara, sobre aquella transgresion tan osada como inmerecida. Una sonrisa de placer entreabria sus lábios cuando iba leyendo la enérgica y vigorosa protesta de Su Santidad (1). Pero cuando su alegría subió de punto, cuando se dejó arrebatar de un acceso de loco entusiasmo, fué cuando leyó que los boloñeses por uno de aquellos heróicos movimientos de patriótico arrojo de que solo son capaces los pueblos y los hombres en cuyos pechos arde pura la llama de la independenciam y del amor patrio, se habian levantado denodadamente contra sus opresores, lanzándolos ignominiosamente de Bolonia, y escarmentado su audacia causándoles multitud de muertos y prisioneros.

—Bien hecho, mi amo, exclamó: ¡que vivan los Bolonios! ¡gloria á los Bolonios, que asi han sabido dar en la cabeza á esos invasores atrevidos...!

—El bolonio eres tú, le dije, que me has echado á perder el mapa llenándomele de tinta. »

En efecto, TIRABEUQUE en el calor de su entusiasmo por el heróico comportamiento de los boloñeses, habia dado tan fuerte golpe sobre la mesa que derribó el tintero y derramó un chorro de tinta sobre el mapa que en aquella estendido tenia.

—«Te parece, le dije, que has hecho buena obra? ¡Y dónde ha ido á caer el borron! precisamente en el Austria, que tanto nos interesaba ahora tener á la vista!

—Señor, no debe sentir el Austria el borron que yo le he echado sin querer, sino el borron que ella se ha echado encima con haber invadido los Estados del Papa contra toda justicia y derecho, cuando precisamente si en algo se ha excedido el Santo Padre ha sido en llevar casi á un extremo las consideraciones

(1) Todos estos hechos y documentos quedan referidos y consignados en nuestra parte histórica.

—y miramientos con el Austria. Y así bien está el borron donde ha caído, y no debe vd. limpiarle, sino dejar que permanezca y dure hasta que ella se limpie de ese otro borron mas negro con que se ha manchado.

—Así parece que lo procura ya, PELEGRIN, pues el gobierno de Viena, conociendo que la violacion de territorio y la permanencia de las tropas austriacas en los Estados Pontificios podria producir una intervencion armada de parte de otras potencias, y acaso una guerra general europea en que ella podria no quedar muy bien parada, ha destituido al general Welden, y dado orden á las tropas imperiales para evacuar las legaciones.

—Señor, no me doy por satisfecho con eso: exijo que el Austria de una satisfaccion pública á la Europa, y principalmente al Papa, y á mí tambien: pues qué; ¿no hay mas que meterse de rondon por los estados ajenos, y acometer las ciudades á ver si se las encuentra flojas, y si se ve que se ha topado con la horma de su zapato retirarse como si nada se hubiera hecho y nada hubiera sucedido?

—Pues no esperes otra cosa, PELEGRIN.

—Pues entonces tampoco vd. espere que yo limpie el borron, aunque tenga que comprar otro mapa á mi costa. Cuanto mas que hay borrones, que una vez caidos no es fácil limpiarlos, y no debe ser esta la primera mancha de esta especie que esa señora se ha echado encima. Y ahora vea vd. si podrá contestarme ya á la pregunta que antes le hice.

¿QUIEN TIENE LA CULPA?

—«Del estudio que antes tenia hecho acerca de las causas que entorpecian los progresos de las armas italianas, y del cotejo que ahora he podido hacer entre las causales á que los

diarios de los diferentes países atribuyen la dolorosa pérdida de la causa de Italia, pareceme, PELEGRIN, que sino del todo, en mucha parte puede venirse en conocimiento de lo que ha preparado y llegado á producir tan funesto desenlace.

—Diga vd., mi amo, á ver si conviene con lo que yo he estado discurriendo, que no es solo chocolate lo que he hecho en este rato, sino que al paso que daba vueltas al molinillo de la chocolatera, dábalas tambien y no pocas al molinillo de mi imaginacion, cabilando sobre quién habrá tenido la culpa de que se haya perdido la causa italiana.

—Atribúyese primeramente, PELEGRIN, á la falta de concordia y unidad que desde el principio se advirtió en los diversos estados de la Peninsula, puesto que en vez de concentrar sus esfuerzos y dirigirlos aunadamente á lo que principalmente les interesaba y convenia, que era arrojar de su territorio á los dominadores estrangeros y recobrar su independencia, entretenianse y evaporaban sus fuerzas en cuestiones políticas, sobre si habian de tener gobierno republicano ó monárquico-constitucional, sobre si la Constitucion habia de ser mas ancha ó mas estrecha, sobre si los individuos del gobierno provisional eran ó habian de ser moderados ó exaltados, dando asi lugar á la lucha de opiniones y á las consiguientes discordias intestinas dentro de cada estado, y á las exteriores desavenencias de unos estados con otros, todo lo cual les consumia un tiempo y unas fuerzas que hubieran ganado mucho en emplear contra el enemigo comun.

—Señor eso mismo fuí yo discurriendo cuando iba á hacer el chocolate.

—Otrá de las causas á que se atribuye el éxito desgraciado de la guerra, es que los italianos no tenian mas ejército disciplinado y aguerrido que el de los Piamonteses; todo lo demas eran milicias nacionales improvisadas, voluntarios animados de los mejores deseos y llenos de un entusiasmo patriótico muy recomendable, pero poco á propósito para las fatigas de campaña, no avezados á la disciplina ni á los combates, faltos de

generales experimentados, y que tenian que habérselas con tropas regulares y veteranas, mandadas por viejos generales de ciencia y esperiencia, y tanto mas terribles cuanto menos precipitados y mas flemáticos como buenos alemanes.

—Señor, estaba yo con la castaña en la mano y con el pensamiento en eso mismo que vd. acaba de decir; todo eso se me habia pasado por la imaginacion.

—Me alegro, PELEGRIN, que tan acertadamente discurras.

Supónese tambien que la célebre alocucion del Papa declarando que ni habia autorizado ni autorizaria á sus súbditos para hacer la guerra á los austriacos, y su teson en seguir esta política pacífica y conciliadora, desalentó mucho á los confederados y perjudicó en gran parte á su causa.

—Eso tambien, señor; estaba yo soplando la lumbre y acordándome de esto mismo.

—Vino luego la defeccion del rey de Nápoles, los sucesos lastimosos de esta capital, y el llamamiento y retirada de las tropas napolitanas.

—Eso, eso, mi amo: batiendo estaba yo el chocolate, y al propio tiempo me batia el corazon lo mismo que una chocolatera de acordarme de aquellos sucesos, y de la culpa que han debido tener de los resultados que ahora estamos palpando.

—Con tal motivo las tropas de Sicilia en vez de ir á batirse contra los austriacos, se fueron á hacer la guerra á sus antiguos hermanos de Nápoles. Por otro lado los soldados de Módena, poco ó nada afectos á la causa de la libertad, como que últimamente concluyeron por pasarse al enemigo, y ahora han rematado su obra proclamando de nuevo, con ayuda de los austriacos, á su antiguo duque Francisco V, príncipe absolutista por todas sus coyunturas.

—Lo que yo decia para mí alli en la cocina, señor: ¿quién se va á fiar de los modenesees?

—¿Sabes, PELEGRIN, que me admira lo que has discurrido? Ahora me falta saber si piensas tú como los liberales moderados italianos, los monárquico-constitucionales que diriamos

aquí, los cuales echan mucha parte de la culpa del mal éxito de la guerra á los demócratas y exaltados de Milan, que retardaron la agregacion de la Lombardia al Piamonte, y con sus ideas y sus proyectos de república y sus continuas conspiraciones mantuvieron siempre viva la discordia y la alarma en Milan; y mas todavía la echan a los Venecianos por su loco empeño en conservar su simulacro de república, y por su tardía resolución en incorporarse al reino de Cerdeña; todo lo cual, dicen, daba motivo á que Carlos Alberto no hiciera la guerra con el ardor y la decision con que de otro modo la hubiera hecho, puesto que temia recoger para sí poco fruto de sus esfuerzos y sacrificios, y estar trabajando para otros, viendo como veia á Venecianos y Lombardos ó rehuir el adherirse á sus estados, ó entrar en la incorporacion como á remolque.

— Señor, paréceme que no van fuera de razon los que así discurren, y esto mismo fué lo que se me ocurrió á mí cuando estaba llenando el pocillo.

— Por otra parte los republicanos, los demócratas y los liberales exaltados, achacan la tibieza que dicen haberse observado en las últimas operaciones de Carlos Alberto y su flojedad en la campaña, á la humillante incorporacion á su reino de la Lombardia, de Venecia, y de los diferentes Ducados de la alta Italia, pues con esto, dicen, se apagó el entusiasmo de los pueblos por su libertad, único agente impulsivo de los esfuerzos heróicos, haciéndose la cuenta de que cualquiera que fuese el resultado de la guerra, no harian sino cambiar de opresor; mientras Carlos Alberto por su parte, cumplido el objeto de su ambicion, y satisfecho con haber ensanchado los límites de su reino, no se apuraba ya mucho por asegurar las libertades ni la independenciam de unos pueblos que miraba ya como suyos, y que se proponia gobernar despues como á unas colonias ganadas por derecho de conquista.

— Tampoco dudaré de eso, mi amo: por el camino cuando traia el chocolate venia yorecapitando sobre ello, y decia para mí: «milagro será que no haya sido esto lo que ha tenido la culpa.»

—Lo que dicen ahora los de Turin es que ha habido deslealtad de parte del general Salasco, que era el jefe de estado mayor del rey, y achácanle haber hecho abandonar plazas á los austriacos y aun entregádaslas por sí y ante sí sin orden del rey, como que los diarios de la capital piden que sea acusado solemnemente y se le forme proceso por el delito de infidelidad.

—Señor, en este instante mismo se me estaba pasando esa especie por la imaginacion, y harto será que no haya algo de verdad en eso que le cuelgan al señor Selasco, ó Velasco, ó como se llame.

—Por otro lado Cárlos Alberto y sus adictos atribuyen su desgracia á los grandes refuerzos recibidos últimamente por Radetzky, algo á la inestabilidad de la fortuna y á la varia suerte de los trances de la guerra, y mucho á la cobardía y poca ayuda de esos mismos Lombardos y Milanese que ahora le acusan y censuran.

—¿Y qué duda tiene, mi amo, que no le falta razon al hermano Cárlos Alberto en eso que alega? Cabalmente se lo iba yo á indicar á vd. ahora mismo, y es de aquellas cosas que como se suele decir, se las quitan á uno de la boca, como que si hubiera sido una sopa de chocolate me quedo sin ella.

—¿Sabes, PELEGRIN, que estás haciendo un papel muy singular, y que tiene cierto aire de burlesco? Todo cuanto yo digo lo habias discurrido tú ya haciendo chocolate: cuantas causas espongo como probablemente influyentes en el resultado desastroso de la guerra de Italia, todas las habias tú alcanzado: ¿se trata de saber qué hombres, qué partidos han tenido mas culpa de que tan bella causa se haya malogrado? Para tí todos tienen razon y todos son culpables. Si lo finges, es que te burlas, y no estoy dispuesto á tolerarlo; si lo piensas asi, te acreditarás de mas simple de lo que pareces.

—Yo le diré á vd., mi amo: en cuanto á lo primero, es verdad que he fingido que se me discurría á mí todo lo que vd. iba diciendo, en lo cual no creía ofenderle, sino que era un

modo como otro cualquiera de manifestar que estaba conforme: y en lo que toca á eso de dar á todos la razon y echar á todos la culpa, no voy descaminado en manera alguna, por que tengo para mí que todos tienen su pequeña parte de razon y su mucha parte de culpa, y que poquito de aquí, poquito de allí, culpita de acá, culpita de allá, ha venido á resultar una buena racion de culpas, de cuya racion pienso que no hay á quien no le toque por lo menos una migajita.

Y ahora, mi amo, lo que deseo yo saber es si eso tendrá todavía algun remedio y de dónde podrá venir: porque ha de saber vd. que me interesa mucho esa pobrecita Italia.

—¡Pues apenas viene vd. exigente hoy, señor PELEGRIN! ¡Apenas son dificilillas las preguntas que vd. me hace! Pero en fin, me hago cargo de que no podemos dejar la Italia en tal estado, que es menester buscarle un remedio, y que hay que ver cuál será y de dónde habrá de venir.

¿DE DONDE VENDRA EL REMEDIO?

¿Recuerdas tú, PELEGRIN, aquel juego de prendas en que para apurar una letra dada, como por egemplo, la *B*, la *M*, ó la *J*, se repite aquello: «De la Habana ha venido un navío cargado de....» y se obliga á nombrar un objeto que empiece con la inicial que se trata de apurar, y el que ya no encuentra palabra que con tal letra comience aquel paga prenda?

—Recuérdolo, si señor. Y por cierto que si ahora se me ofreciera jugarle y se tratára de apurar la *C*, antes consentiria yo en pagar cien prendas que nombrar una cosa que empieza con *Cu*, y que cada vez me hace estremecer mas, porque en lugar de acabarse, lleva trazas de apurarse primero otra palabra que empieza con *P*, y acaba con *ciencia*.

—Entiendo, PELEGRIN; aludes á las *Cuerdas* de presos polí

ticos que continúan saliendo de Madrid, lo cual ciertamente me va haciendo ya estremecer tambien á mí mismo, al considerar el estado violento en que nos hallamos, y no digo mas aunque pudiera, porque tú me entiendes y basta.

Pues bien, una cosa semejante al juego que te he recordado es lo que está pasando al presente en París; pues cada dia se anuncia y se dice: «De Milan ha venido un enviado con la mision de solicitar la intervencion de la Francia.—De Turin ha venido un comisionado á pedir la intervencion de la Francia.—De Venecia ha llegado un diputado con objeto de negociar la intervencion de la Francia.—De Florencia ha venido una comision encargada de pedir la intervencion de la Francia.—De Roma ha llegado una diputacion á demandar la intervencion de Francia.—Del cuartel general de Cárlos Alberto ha venido un delegado con el objeto de alcanzar la intervencion de la Francia.—Lo cual te probará, PELEGRIN, de dónde espera la pobre Italia que le haya de venir el remedio á su reciente desastre.

—Siendo eso asi, mi amo, ya no debe darnos cuidado por la pobrecita Italia, porque antójaseme estar ya viendo doscientos ó trescientos mil franceses ó mas, pasar los Alpes ó el Calepino (1), ó como se llaman los montes esos que hay que pasar para ir á Italia, y estoy viendo tambien á los austriacos evacuar la Italia mas que de paso y no pasar hasta el Fístula ó el Huelva (2), ó alguno de estos rios que hay por allá en el corazon del Norte. Y todo esto es muy natural, y no cumple con menos la Francia, puesto que asi lo ofreció siempre, y que siendo ella la que ha sacado á los pueblos de sus quicios, y llamándose como se llama la protectora nata de la libertad de todos los pueblos, no es regular que una vez que la necesitan los deje abandonados; lo cual nolo haria una Francia cualquiera, cuanto mas una Francia republicana.

(1) El Apenino queria decir Tirabeque.

(2) El Vistala ó el Elba.

—Siento tener que decirte, PELEGBIN, que ni un soldado francés pisará el suelo italiano; pues por mas que de todos los puntos de Italia se haya reclamado y solicitado la intervencion francesa, la Francia ha declarado ya no estar por la *intervencion armada*, sino por la *mediacion*, esto es, por negociar por las vias pacíficas de la diplomacia una reconciliacion entre el Austria y los estados italianos, de tal manera que sin guerras y sin efusion de sangre se asegure la independencia italiana y el Austria quede tambien satisfecha y contenta: para lo cual están ya de acuerdo la Inglaterra y la Francia, y si no la Inglaterra y la Francia, por lo menos Cavaignac y lord Palmerston, los cuales han vuelto á resucitar la antigua *inteligencia cordial* de los tiempos de Luis Felipe para conservar la paz del mundo, que ahora están haciendo los hermanos Palmerston y Cavaignac lo que en aquellos tiempos hicieron los hermanos Peel y Guizot, y ahí tienes como al cabo de los años mil, ó de medio año que es lo mismo, vuelven las aguas por donde solian ir.

—Aturdido me deja vd. mi amo, y vd. me disimulará si no acierto á espresar con el orden que yo quisiera el enjambre de ideas que me están bullendo aqui dentro de la frente. Y en primer lugar digo que para otro tanto, bien podian haberlo hecho dos ó tres meses há, y hubieran ahorrado mucha sangre italiana y austriaca, y entonces hubieran podido hacer una transicion....

—Transaccion querrás decir, PELEGRIN.

—Si señor, hubieran podido arreglar una transacion ó composicion que hubiera contentado á los unos y á los otros, y ambos les hubieran dado las gracias, porque entonces no se sabia quién seria el vencedor y quién el vencido. Pero esperar á meter paces entre dos que riñen á que el uno tenga debajo al otro y á que le haya puestó el pie en el cuello, es como acordarse de transigir entre dos litigantes cuando ya el uno, justa ó injustamente, ha ganado el pleito, lo cual ó es muy malicioso ó muy tonto, y perdónenme los señores fran-

ceses y los señores ingleses; y de todos modos lo que ahora consigan será ya como una gracia que querrá hacer el vencedor, lo cual no es muy honroso para el vencido, y esto es lo que debieron evitar.

En segundo lugar, mi amo, no creo yo que la Francia esté por estas mediaciones y estas cataplasmas, sino por la intervencion armada y directa, tal como la piden los italianos.

—¿Y qué entiendes tú por la Francia?

—¿Qué entiendo? Lo que entiende todo el mundo; todo este pais que esta comprendido aqui en el mapa dentro de esta faja ó cinta verde. ¡Oh! esto ya lo entiendo yo perfectamente.

—Dices bien si se tratara de la Francia geográfica, pero si quieres buscar la Francia política, que es la que influye y tiene voto en estas materias, es menester que te vengas aqui donde yo pongo el dedo. Este es París; aqui en París hay un palacio nacional; en este palacio nacional está la Asamblea: en esta asamblea se sientan 900 representantes en otras tantas sillas; dejas las 899, buscas el sillón en que se sienta el general Cavaignac, encuentras á Cavaignac, y esta es la Francia de hoy.

—¿Sin que sea ponderacion, mi amo FR. GERUNDIO?

—Sin que sea ponderacion, mi lego TIRABEQUE. No es tu amo el que lo dice, es el mismo Cavaignac. Indicando Julio Fabre en la sesion del 24 que la opinion pública en Francia estaba por la guerra, ó sea por la intervencion armada en Italia, respondió Cavaignac. «Pues cuando una nacion se engaña sobre un hecho, el gobierno debe *resistirla* despues de haberla ilustrado, mejor que complacerla *sin haberla combatido*.» Lo que en otros términos equivale á decir: «Pues si la Francia piensa asi, yo pienso de otro modo, y estoy dispuesto á resistir la opinion pública, y se hará lo que á mí me se antoje.» Y la Asamblea quedó muy conforme, y facultó al poder ejecutivo para que obrára como mejor tuviera por conveniente en el negocio de Italia; y se abolió hace seis meses la monarquía y se mandó á paseo al rey y á toda su dinastía, porque no

respetaba la opinion pública de la Francia sin que tuviera nunca el descaro de decirlo.

—Pues viva la libertad que hemos conquistado con la república, mi amo. Con que es decir que los pobres italianos, además de no tener la intervencion, tendrán una mediacion tardía, porque así lo quieren dos hombres llamados Cavaignac y Palmerston, el uno republicano acérrimo, y el otro liberal exaltado. Y diga vd. mi amo, ¿no se trasluce á que podrá venir á reducirse esa mediacion, y cómo vendrá á quedar la Italia?

—A lo que generalmente se cree, PELEGRIN, se hará un arreglo y particion de territorio, quedando probablemente incorporada como antes al Austria la parte de Lombardía desde la linea del Mincio ó del Adige allá, y la otra agregada al Piemonte (á lo cual me temo que no accedan de buena gana los Lombardos despues de los desaires hechos á Carlos Alberto, cuando esto mismo lo hubieran podido aceptar con gran beneplácito hace dos meses), y formándose del pais veneciano un reino dependiente del Austria, aunque con su cámara ó su parlamento aparte al modo de Hungría. Esto ó una cosa semejante es lo que se espera que podrá ser el resultado de la mediacion, se entiende contando con cierta docilidad y condescendencia de parte del Austria y de la Alemania.

—Y diga vd., mi amo; ¿qué mas derecho tiene el Austria á dominar del otro lado del Mincio ó del Adige, que de este lado del Adige ó del Mincio? ¿No es todo ello Italia? ¿Y no debiera ser toda la Italia independiente? Pero en fin: dejémoslo por ahora, mi amo, puesto que de nosotros no le ha de poder ir el remedio, y yo me estoy cayendo de debilidad: vd. al fin ya se ha embaulado el chocolate, gracias á mi intervencion directa; yo estoy en ayunas, y me está viniendo de la vecindad un olor tan rico á *pastel*, entre republicano y whig, que no puedo resistirlo, y con el permiso de vd. voy á ver si hago algo por la vida.»

Y se fué TIRABEQUE á almorzar, y así terminó nuestra primera conferencia despues del viaje.

CORRIDA EXTRAORDINARIA.

No me vuelvo á fiar ni de los partes de los boletines italianos, ni de los horripilantes anuncios de insurrecciones de los diarios ingleses, ni de las brillantes teorías de los socialistas, ni de la fraternidad de los republicanos, ni de los ofrecimientos de los órganos ministeriales, ni de las buenas palabras de los ministros, ni de las corridas de toros anunciadas con mucha anterioridad y mucha pompa. He dicho mal cuando dije, «no me vuelvo á fiar»; he debido decir: «me ratifico en no fiarme» porque llevo ya tiempo de no fiarme ni de estas ni de otras mil y quinientas cosas parecidas, y me sale la cuenta.

Así me sucedió con la corrida del 21, primera de las tres extraordinarias que se habían anunciado en esta temporada de estío en que están cerradas en Madrid las córtes, la universidad y la plaza de toros. Que el empresario de esta se me antoja parecerse un poco á lord Palmerston, el cual se conoce que no puede tener ociosos á sus diplomáticos, y aprovechando las vacaciones que el ministerio español había dado á Mr. Bulwer, le confió la mision extraordinaria de ir á tratar con Cavaignac sobre la mediacion anglo-francesa en la cuestion austriaco-italiana. Y á fé que si el diplomático inglés queda tan lucido en su primera mision extraordinaria como el empresario de la plaza de toros en la primera corrida de este género, no debe quedarle mucha gana al Sr. Palmerston de confiarle la segunda. Pero no anticipemos resultados.

El anuncio del Diario decía: «*La empresa, deseosa por cuantos medios están á su alcance de complacer al público...*» Yo supongo que querria decir: «*deseosa de complacer al pú-*

blico por cuantos medios están á su alcance.» No diré yo que la culpa de estas malhadadas trasposiciones gramaticales la tenga el mal ejemplo dado por los médicos de cámara; pero sí diré que son unas coincidencias sensibles. El anuncio continuaba diciendo: *«ha tomado tres corridas de toros (es decir, ha dispuesto tres corridas de toros, ó tomado toros para tres corridas) de las mas acreditadas ganaderías de Navarra, que hace tiempo no se corren en esta plaza.—En su consecuencia se lidiarán en la de este día seis toros de la ganadería de la señora viuda de don Felipe Perez de Laborda, de Tudela de Navarra, con divisa blanca. Los de las otras dos habian de ser de Zaldueño y Guindulain.*

El periódico facultativo, titulado *La Tauromaquia*, añadía: *«debemos decir que los anunciados para esta primera corrida son de los que nos merecen mas crédito (sin duda por su veracidad), no porque reconozcamos en estos toros distintas propiedades que en los demas del país á que pertenecen, sino porque son los que menos han padecido durante la guerra de las provincias.»*

Esta última circunstancia, que parecia recomendarse como un sintoma de sus buenas cualidades, fué precisamente la que á mí me hizo desconfiar mas, porque toros que no habian padecido durante una larga guerra civil, no debian tener una opinion muy marcada, y ya me los figuraba yo como aquellas almas frias que en medio de las fiebres políticas deben á su genio y temperamento linfático la fortuna de irse manteniendo neutrales sin tomar cartas ni por unos ni por otros, y sin que nadie sepa cuál es su opinion, ni menos los persiga por ella, lo cual no es ciertamente lo mas patriótico, pero es lo mas provechoso para vivir; y dáseles á ellos un bledo porque dijera Ciceron que en las revueltas civiles todo el mundo debia llevar escrita su opinion en la frente: *denique scriptum sit in fronte uniuscujusque civis quid de republica sentiat.* En fin, fuese por estas recomendaciones, fuese por la fama que de anteriores épocas gozaban los toros navarros, fuese por las noticias esparcidas, es lo cierto

que los aficionados esperaban ver en la función del 21 una de las mejores que pudiera proporcionar la empresa.

Pues señor, vamos allá, dije yo, y lo mismo dijo mi lego TIRABEQUE. Y cuidado, que el sol estaba tal, que mas qué ministro del fomento de la naturaleza, parecia presidente de algun club comunista ó cartista, porque sus rayos eran mas incendiarios que los discursos de un meeting. Es decir, que achicharraba el calor; así fué que habia en la plaza tal muchedumbre de abanicos, que solo pudiera compararse á las condecoraciones que preveo va á derramar el gobierno sobre los asistentes al parto de la Señora Infanta, que no deja de ser un mérito, y para lo cual le aconsejo yo, FR. GERUNDIO, que invente una nueva cruz, que se podrá titular la *Cruz del Alumbramiento*. Esta vez los toros tenian ya nombres, que de algo han de haber servido las exhortaciones gerundianas. De consiguiente no hubo que bautizarlos.

Y por cuanto en el siglo de la civilización y de las luces, así en las repúblicas como en las monarquías, así en las asambleas como en las plazas de toros, lo primero y principal es un general, el primer toro era *General* como el presidente del consejo de ministros, y como el presidente de la plaza, y como el presidente del gobierno de la república francesa, y como los presidentes de todo.

Era el señor *General*, pequeño de cuerpo como Agesilao, menos gordo que Narvaez, no tan rechoncho como Figueras, de no tan buena estampa como Vista-hermosa, bastante mas jóven y de menos malicia que Radetzky, no tan imprudente como Welden, ni tan belicoso y rehacio como Wrangel, ni tan desgraciado como Durando, ni tan revoltoso como Garibaldi, ni tan afortunado y regoldon como Riánzares, ni de tanto poder como Cavaignac: á este le sobra lo que á aquel le faltaba. Era un general adocenado y de los innumerables que hay en España. Mejor hubiera estado de cuartel allá en la dehesa, que lidiando en la plaza; pero malo como era, se portó mejor que su compatriota Elío, pues al fin él salió á batirse *en persona* con Mu-

ñoz y el Habanero, mientras el general Carlista se contentó con dar una proclama desde un rincón diciendo: «juntémonos y que vayan.»

Nada de provecho hizo sin embargo este *General*; pero llevó á la tumba el consuelo de que dejaba en el mundo muchos retratos. CASAS le despachó de una buena por los altos recibiendo. Este General perdió la faja por los altos; váyase por otros que la consiguen por los bajos.

El segundo era retinto y bien armado; pero tuerto del derecho (suple ojo): que así se verifica estar juntos á veces lo tuerto y lo derecho; cosa que parecería imposible, menos á los jueces que con frecuencia hacen del derecho tuerto, y vice-versa.

—«¿Cómo se llama este toro? me preguntó TIRABEQUE.

—Se llama SULTAN, le respondí.

—¿Cómo dice vd? ¿INSULTAR?

—No, hombre, SULTAN.

—Páreceme, mi amo, me replicó, que le estaría mejor puesto *Insultar* que *Sultan*, que aunque él no parece sugeto de insultar á nadie, puesto que muestra ser un animal pacífico en demasía, por lo mismo es un insulto de parte de la empresa que se dice deseosa de complacer al público por cuantos medios están á su alcance, y para complacerle nos trae un *General* que no merecía el grado de teniente, y un *Sultan* que no puede leer el Alcoran mas que por un lado.

Efectivamente, el público que es el verdadero Sultan en estas funciones, viendo un bicho que por lo defectuoso y lo manso no servía para la lidia, pidió á voz en grito que el *Sultan* fuera retirado al serrallo; y el Presidente, que manifestó tener tan mala idea de los tuertos como el Cardenal Mézerai (1), ac-

(1) Cuando Pedro Flotte, hombre violento y avaro, revolucionó en 1302 la Flandes por sus concusiones con Felipe el Hermoso, dijo el cardenal de Mézerai: «no me maravilla la conducta de ese hombre, porque es tuerto.»

cedió á ello desde luego, y ordenó y mandó que el *Sultan* fuera echado al corralon. No he visto un *Sultan* mas sumiso y humilde: sin esperar á que vinieran á acompañarle los eunucos (vulgo cabestros), él mismo se retiró por su pie, solo y sin cortejo como un simple musulman.

Bajo malos auspicios se presentaba la corrida, y lo peor fué que continuó. Al *tuerto* sucedió un *cojo*. La TAUROMAQUIA decia que eran los toros que menos habian padecido en la guerra civil, pero á juzgar por lo lisiados que estaban, diríase que estos pobres navarros habian hecho la última campaña montemolinista, y que las heridas los habian impedido refugiarse á Francia como Zubiri y Soto. Hasta en los nombres anduvo desacertada la empresa, ó el dueño, ó quien quiera que fuese el bautizante: porque llamábase este tercer toro *Rondador*: y precisamente salió á plaza por primera vez un *Rondador*, ¿cuándo? al dia siguiente de haber sido disuelta toda la *ronda* llamada *de capa* por el nuevo gefe superior de policia, señor Enciso. ¿Qué tal gente serían estos Rondadores, y cuál sería su conducta y su fama, cuando el dicho gefe tuvo por conveniente dejar presos en el acto á 44 de estos ronderos, en cuyas manos habia estado por muchos meses la seguridad personal de los ciudadanos? ¿Qué tal habria andado el negocio, cuando por confesion de la misma autoridad el orden público y la seguridad individual habian estado confiadas á gente á quien hay que mandar á presidio por ley de buen gobierno? En cualquier tiempo un toro que sonara á cosa de *ronda* hubiera sido muy mal recibido del público, pero tenia que serlo mucho mas en una ocasion en que tales flaquezas y liviandades, por no decir atrocidades y picardías, acababan de descubrirse en los de su oficio.

Agregábase á esto el defecto de la cojera, y sin embargo el cojo fué el único que hizo algo en la corrida, lo cual consoló en parte á TIRABEQUE del disgusto que le causaba el ver maltratar á un animal, que por lo menos le era simpático por parte de la pierna; pero fué tan algo lo que hizo, que no mere-

ce el honor de trasmitirlo á la historia. Este individuo de la desacreditada Ronda, pereció á manos de Luque, que fué para él el gefe superior de policía.

Mas bravo fué todavía el cuarto, pero tan pequeño, que mas parecia gato montés que toro. Llamábase *Jabali*, y era el máximo que podia concedérsele en la categoría de los animales. Genio no le faltaba, y viveza, ni tampoco verbosidad: al oírle diríase que se iba á tragar caballos con sillas, y picadores con monas y todo: pero embestia, faltábale la fuerza, y *náa, usté no es náa*. Sucédiale lo que á los Italianos; mucho patriotismo, mucha viveza, mucho fuego en sus discursos, y aun muy buena intencion, pero la fuerza y el empuje no han correspondido.

—«Señor, me decia TIRABEQUE, lo que le hacía falta á este torito era haber cogido á ese Obrien, ó á ese Miger ó Migaja, ó á alguno de esos cabecillas irlandeses.....»

—¿Y por qué dices eso? ¿Hubiera sido mas por haber cogido alguno de los gefes de la insurreccion irlandesa?

—Si señor, porque hubiera ganado 500 libras, que son las que le hacen falta para ser buen toro: ¿no fueron 500 libras las que ofreció el gobierno inglés por la cabeza de cada uno de los mencionados?

—Si, hombre, pero eran libras esterlinas, no libras de carne. Lo que me ocurre á mí, PELEGRIN, es que los ministros que tan aficionados se muestran á la caza de reses mayores, como que andan ahora ojeándolas allá por los bosques de Riofrio en compañía de la Reina y de la corte, era á quienes correspondia lidiar este *Jabali*, que por lo menos vale tanto como los corzos y venados del Real Sitio.

—Mucho me alegrara, mi amo, de ver torear á los ministros, y no pierdo las esperanzas de verlo, puesto que ellos pescan, ellos cazan, ellos bailan, con que ¿qué les falta ya como no sea torear y gobernar bien?»

Asi entreteníamos amo y lego una funcion, que sin estos diálogos nos hubiera secado por lo insulsa, por lo tonta, por lo insignificante, y por lo mala con todo género de maldad. En

vano los lidiadores se esforzaban por dar á los bichos el tono y la importancia de toros; desmentíanla ellos mismos con su poca representacion y con sus hechos, como aquellos muchachos á quienes antes de tiempo se quiere dar la importancia y la formalidad de hombres. Animalejo habia que se colaba muy francamente por entre las patas de los caballos, como los chicos cuando hacen puente de las piernas de sus padres. A duras penas mató el cuarto algun caballo, y murió el *Jabalí*, no á manos de una beldad, sino á manos del Salamanquino.

Llamábase el quinto *Estudiante*. Necesitábase muy poca aprension ó muy poca inteligencia, ó ambas cosas juntas de parte del catedrático (alias empresario), para presentar á examen á un escolástico tan holgazan, y de tan mala conducta y tan escaso talento. Asi fué que el público se mostró desde luego resuelto no solo á dar calabazas al *Estudiante*, sino á reprobar al mismo profesor que le presentaba. El *Estudiante* respondió como pudo á algunas preguntas con que le apuraron los sinodales Muñoz y Romero, cargaronle de problemas insolubles los muchachos, y le puso la *R* el *Camará*.

No contento el empresario con haber desacreditado las armas y las letras españolas con el *General* núm. 4.º y con el *Estudiante* núm. 5.º, nos obsequió con un 6.º que sobre ser tuerto como el 2.º, llevaba ademas el nombre de *Estrangero*.

—¿Tuerto y estrangero? exclamó TIRABEQUE: pido que muera de muerte canina.

Esta peticion halló un eco completo en el público, puesto que se alzó un grito unánime pidiendo perros. El presidente los otorgó tambien sin dificultad.

—Asi me gusta, españoles! exclamó mi PELEGRIN; si se hubiera hecho otro tanto con mas de cuatro estrangeros de los que han venido á mezclarse en nuestras funciones, buenas ó malas, si se les hubieran echado perros sin reparar si eran toros ó torys, tuertos ó derechos, que si no han sido tuertos, por lo menos nos han hecho mas entuertos que si lo fueran, otro sería nu esto pelo hoy dia de la fecha.

No habia concluido mi lego este discurso, cuando ya los perros estaban en la plaza, y pronto se le colgaron al *Estrangero*; sin embargo, no le sujetaron sin que antes fueran volteados y estropeados por el *Estrangero* algunos perros españoles, que por lo menos esté mal es inevitable una vez admitido un extranjero á tomar parte en luchas que deben ser pura y esencialmente españolas. Pero al fin murió el *Estrangero* con la muerte mas innoble que se conoce en estas fiestas nacionales, y la vindicta pública quedó hasta cierto punto satisfecha.

Mas como de los seis que son de rigurosa ordenanza en toda corrida solo se hubieran lidiado cinco, y de ellos algunos asiados, malos todos, y de legitimo juego ninguno, el público pidió con razon otro toro, el presidente le concedió, y la empresa hubiera debido darle *motu proprio* y sin pedirsele. Pero era el caso que no habia ninguno de reserva. Y aqui comenzó una série de sucesos originales, desoidos en los anales de la Tauromaquia. Abriéronse las puertas del chisquero para mostrar al pueblo que no habia mas ganado de lidia: el público no se satisfizo con esto, é insistió en pedir otro toro. La votacion era unánime y compacta, cual no se ha visto en ninguna de las infinitas cámaras, dietas, asambleas, parlamentos, y consultas que ha habido de cinco meses á esta parte en Europa. Seguro es que solo votaba en contra *Proudhon* (es decir, el empresario), y acaso algun *Greppo* amigo suyo. En vista de tan imponente actitud, recurrióse al único espediente que habia, al de sacar de nuevo al redondel al *Sultan*, esto es, al 2.º toro, núm. 4.º de los *tuertos*, desechado antes y mandado retirar por inútil.

Quando el público se apercibió de que el que salia de nuevo á la plaza era el *Sultan* antes con tanta justicia destronado, tomólo por un nuevo insulto, creció su indignacion, indignóse tambien el presidente, el cual ordenó y mandó que se le echaran perros sin lidiarle, y ejecutóse asi incontinenti, de manera que el presidente quiso castigar una falta y cometió una infraccion y una injusticia.

—«Esto se llama echar la tarde á perros, mi amo, me dijo mi lego.

—A perros y á gatos, PELEGRIN, le contesté; la fortuna es que ademas de merecerlo ambos por tuertos y por flojos, ninguno es español, pues el uno ya traia consigo el nombre de *Estrangero*, y el otro, en el hecho de nombrarse *Sultan*, prueba que lo es tambien, puesto que en España no hay sultanes.

—Eso es lo que yo no concederé, señor mi amo, que tales podrá haber en España, y mas de uno y de dos, que si no son sultanes en el nombre lo sean en las obras: y acaso no estén muy lejos algunos.» Nosotros estábamos debajo del palco de la presidencia.

Estando en esto volvió el público á pedir otro toro. Todavía el público estaba en su derecho, pues aunque se habia completado el número de los del presupuesto, sobre haber sido casi todos inútiles para el servicio, ó por inválidos ó por cortos de talla, los dos tuertos podrian cuando mas contarse por uno sano. ¿Mas cómo satisfacer las justas exigencias del pueblo si no habia una sola res que sirviera de fondo de reserva? El público apuraba, amenazaba una demostracion popular, desesperábase el presidente, y era de temer un conflicto; porque los españoles sufren un sistema tributario por odioso que les sea, sufren una y mas contribuciones extraordinarias, sufren uno y mas empréstitos forzosos, sufren un presupuesto de 1,500 millones, sufren cien estados de sitio, sufren que se los prenda y se los deporte, sufren que les falte la imprenta, sufren que les falten las pagas, sufren que les falten las Cortes, sufren que les falte la Constitucion, sufren que les falte gobierno, pero no sufren que les falte un toro á que tengan derecho.

En tal conflicto, ¿qué hizo el presidente, Conde de Vis-tahermosa, general, corregidor, y gefe superior político? Ordenó y mandó que el empresario *in pœnam tanti peccati* fuera sacado á la vergüenza en medio de la plaza. Y cuando todavía

el toro *Sultan* estaba siendo víctima de seis alanos, sin que nadie se acordara de libertarle de las penalidades de esta vida, consumando aquel sacrificio cruento, la España del siglo XIX, la España constitucional, la caballerosa España vió y permitió que un ciudadano español en el goce de sus imprescriptibles derechos atravesara la plaza rodeado de alguaciles, hecho un verdadero *Ecce homo*, espuesto á los sarcasmos y rechiflas del pueblo, y llevando en la mano las llaves del toril, emblema de la empresa, como si dijéramos la caña por cetro, fuera encerrado en el lugar en que se encierran los toros, para ser desde allí trasladado á la Gefatura política en que se presentan los hombres. «¡Oh ciudadano empresario! exclamé al verle yo FR. GERUNDIO: ¿por qué al ver á Viena tan alborotada no te has refugiado con tiempo á un Inspruck cualquiera, y te hubieras evitado este bochorno?» El pueblo en su primer entusiasmo aplaudia á rabiar la medida infamatoria, y felicitaba con gritos y voces y todo género de demostraciones y ademanes al que la habia dictado. Hasta TIRABEUQUE aplaudia al pronto diciendo: «Bien hecho, todo lo merece quien de tal manera ha engañado y faltado al público.»

—«¡Oh PELEGRIN! exclamó entonces mi paternidad reverenda: ¿qué es lo que aplaudes: *Et quod Pelegrino meo dico omnibus dico*: y lo que digo á mi PELEGRIN, os lo digo á vosotros todos: ¿qué es lo que aplaudis? ¿No veis que una medida de esta clase no la tomaria en el siglo XIX, no digo ese pobre *Sultan* por mal nombre que está pereciendo miserablemente ahí en esa plaza, sino el mismo que se sienta en el trono de Constantinopla? No negaré yo que quien al público falta tan solemnemente merezca una pena severa, y yo mismo se la impondria tal, que siendo análoga á la culpa, de seguro le habria de servir de escarmiento. ¿Pero no veis que estais aplaudiendo una pena que rechaza la civilizacion, que la razon repugna, y que la legislacion ha abolido por humillante de la dignidad del hombre?— Y tú, oh Conde de Vistahermosa, presidente, general, corregidor y gefe político de la capital de la

monarquía, ¿quién eres tú para imponer una pena que ni los mas altos tribunales de justicia podrian imponer por los mas feos y mas graves delitos? ¿No tenias otro castigo que discurrir que correspondiera mejor al pecado? ¿Por qué no le has impuesto 500, 1.000, 2.000 pesos de multa, aunque fuera haciéndolo publicar en el acto á voz de pregon para satisfaccion del pueblo? ¿Por qué no le has condenado á dar una, dos corridas gratis, ó cuyos productos, en lugar de ingresar en su bolsillo, se destinarán á algun establecimiento de beneficencia, ó aunque fuera si lo preferias, á la construccion de un teatro? Asi dais lugar á que hasta los portugueses, hasta los miserables portugueses se atrevan á decir que mandan con mas humanidad y mas justicia las autoridades de Rusia y de Turquía, y que respetan mas la dignidad del hombre que las autoridades de España (1). —Y tú, oh público español, ¿qué se dirá de tí en las cortes extranjeras cuando se sepa que tú que llevas con tan heroica longanimidad que tus gobernantes te falten cada dia y te engañen cada hora en tanto y tan grande y tan solemne y tan bueno y tan lisongero como pomposamente te prometen y de justicia te deben, aplaudas ahora el que á un ciudadano que goza de la plenitud de sus derechos se le saque á la verguena, ¿por qué? porque te ha dado una mala corrida de toros, y por que trajo seis reses en lugar de siete? Dirán que no parece sino que para tí la salud de la patria consiste en un toro mas ó un toro menos.»

Por entonces ni el presidente ni el público oían mis razo-

(1) El diario *A Revoluçao de setembro* decia con fecha del 19:

«Em Hespanha já nao ha leis, nem tribunaes, nem corpos do estado, nem direitos, nem obrigações. O governo da Russia é temperado mas effizadamente pe los principios da justiça, e inspirado por idéas mais elevadas, e respeita melhor os direitos e a dignidade do homem. Na Turquía os novos homens d' estado instruidos nas melhores escolas da civilisação, sobranceiros ás superstições do seu nascimento, teem tornado branda, humana, e providente a auctoridade do sultao, e ennegressem o reinado de Isabel II.»

nes, porque uno y otro estaban acalorados. Pero es de esperar que ahora que estarán ya mas serenos las oirán, y que el presidente conocerá lo mal que obró en el calor de la improvisación, y no lo volverá á hacer, y que el público comprenderá lo mal que por su parte aplaudió, y no lo volverá á hacer tampoco, y que al empresario, aunque duramente tratado, le servirá la leccioncita de escarmiento, y procurará en lo sucesivo *complacer al público por cuantos medios estén á su alcance*, no en el Diario de Avisos, sino en la plaza, y que los toros navarros, si otra vez se lidian, volverán por el honor del país, y que cuando se anuncie con pompa otra corrida extraordinaria no tengamos que decir lo que hace quince dias dijimos de la revolucion de Irlanda: *«parturient montes, nascetur ridiculus mus.»*

CESION EN FAVOR DEL ESTADO.

—«Mira, PELEGRIN, le dije á mi lego; no quisiera equivocarme; pero yo supongo que sigues abrigando los mismos sentimientos generosos, el mismo desprendimiento patriótico que antes te habia hecho acreedor á mi estimacion y aprecio, á pesar de algunas faltillas y flaquezas propias de tu índole y genialidad, que sabes he estado siempre dispuesto á disimularte en gracia de la honradez y buen fondo de tu corazon.

—Señor, bien puede vd. estar seguro de ello, y bien puede vd. vanagloriarse de que en medio de tantas variedades y variaciones, y de tantas mudanzas y revueltas como están sufriendo todas las cosas y todos los hombres, tiene vd. un lego que se mantiene invariable y firme como una roca en medio de los mares. Y ahora dígame vd. qué es lo que quiere significarme con ese preámbulo ó exordio.

—Quiero significarte, PELEGRIN, que cuando la patria se

encuentra en un estado de penuria y ahogo tal que les es imposible á sus gobernantes levantar las cargas públicas, todos los buenos ciudadanos, en cuyo número te cuento á ti, deben hacer un sacrificio espontáneo de alguna parte de sus intereses, á fin de ayudar á los encargados de la administracion á salir de sus apuros y ahogos.

—Asi debe ser, señor; y diga vd. qué es lo que pretende de mí, que yo contestaré lo que me parezca.

—Pues bien; no ignoras que este es el caso en que se encuentra hoy nuestra España, y que la penuria es tal que mas no puede ser; y la mayor prueba de ello es que hace 20 dias que ha sido nombrado ministro de Hacienda el hermano don Alejandro Mon, que es para los hombres de la situacion, y tambien para sí mismo, en lo que pertenece á las cosas de hacienda, como si dijéramos Alejandro Magno en lo perteneciente á la guerra, y por mas que discurre, y medita, y cabila, y revuelve y se debana los sesos, y celebra juntas é inventa planes y forma proyectos, todavía parece que no ha podido topar con el medio de mejorar el tesoro, y los apuros siguen, si es que no crecen, y las necesidades continúan, si es que no se aumentan.

—Perdone vd., mi amo, que no son esas las noticias que corren; antes tengo entendido que está arreglando un plan de hacienda que no hay mas que pedir, y con el cual saldremos de ahogos de una vez, y ha de sobrar dinero para atender á todas las obligaciones, y aun hará subir el crédito por las nubes, y pondrá los billetes á la par, y hará otras mil maravillas; y todo esto lo creo si el plan es tal como á mí me han informado, que si es asi, me parece que no puede ser mas magnífico. Pues dicen que consiste en pegar un buen tajo á los sueldos de los empleados, dejando por ejemplo ocho al que tiene doce, doce al que tiene diez y seis, veinte al que tiene treinta, cuarenta al que tiene sesenta, ó rebajar un 10 por % á todos, cercenar algunas pagas á las clases activas y pasivas, tomar algunos millones en empréstito....

—No creas por Dios tales absurdos, PELEGRIN; ese sería un plan de administracion propio de un lego como tú, no que de una cabeza rentística como la suya. Ciertó que pueden y deben hacerse economías no despreciables en los sueldos de muchos altos empleados, y mas todavia en la supresion de muchas oficinas supérfluas, lo cual debe ser, no un plan, sino una partícula de un buen sistema de administracion: pero sacar mucho, pedir otro poco, quitar á todos, y no pagar á nadie, sería ciertamente un medio muy sencillo y un camino muy breve de hacerse pronto con recursos sobradamente abundantes, y tanto que no sabria que hacer de ellos. Asi, pues, PELEGRIN, dejando aparte estas voces, y suponiendo para no engañarnos que no habremos de estar mucho mas medrados con Alejandro Magno que lo estábamos con Orlando el Furioso y con Beltran de la Cueva, último triunvirato administrativo que hemos tenido, de aqui la necesidad que yo veo de que ayudemos todos al hermano Mon á salir de la situacion angustiosa en que se halla.

—En que se halla la nacion querrá vd. decir, mi amo, que lo que hace á él, tengo para mí que no debe estar muy angustiado. Y ahora dígame vd. qué es lo que podré hacer yo para ayudar á salir de estos ahogos.

—He pensado, PELEGRIN, contando, como te dije al principio, con tu generoso desprendimiento, y dándote yo el ejemplo como es natural y justo, que cedamos en beneficio del tesoro todos los atrasos que el gobierno nos es en deber por nuestras pensiones de exclaustrados, de las cuales sabes bien que no hemos cobrado un solo maravedí en los doce años que hace que salimos del convento, y que reunidas forman ya una no despreciable suma.

—Figurábame yo, mi amo, que habia vd. de venir á parar á esto con sus indirectas; y aunque no estaba hoy preparado para contestar á la proposicion, le diré á vd. con franqueza lo que al pronto se me discurre. Señor, si yo viera que los apuros del Tesoro provenian de algunas calamidades y contratiempos ine-

vitables de aquellos que pueden suceder á las naciones como á los individuos, pondria yo de buena gana mi pobreza á la disposicion del gobierno, y le diria: «ahí tiene vd. mis atrasos de lego, y ademas lo poco que yo me he podido agenciar en el mundo: ahí está, y disponga vd. hasta donde alcance del tanti cuanti que ello monta.» Pero como sé y me consta que los apuros provienen del despilfarro y de otras cosas peores que el señor Inciso no me permitiria nombrar con los nombres propios que ellas tienen, por eso me cierro á la banda y digo, que vd. podrá hacer de lo suyo lo que se le ofrezca y parezca, que en esto yo no me meto, ni quiero quitar la buena voluntad á nadie; pero lo que hace á lo mio, estoy resuelto á no perdonar ni un mal. Y aun si supiera que habia de servir para socorrer alguna pobre viuda ó algun eclesiástico vergonzante ó cosa asi, bien ido fuera y por bien empleado lo daría; pero no sino ceda yo mis atrasos, y que nombren luego un nuevo general, y que sepa yo que por lo menos aquellos antorchados que lleva en la casaca han salido de la pension que debian haber pagado á TIRABEQUE ó á otro pobre lego, ó que acaso viene á parar en otros usos menos honestos. No señor, no cedo ni un ochavo de vellon.

—Pero hombre, y la satisfaccion de leer luego y de saber que todo el mundo lee en la Gaceta: «El R. P. Fr. GERUNDIO DE CAMPAZAS y su lego Fr. PELEGRIN TIRABEQUE han cedido en beneficio del Tesoro todos los atrasos que se les adeudan por sus pensiones de exclaustros. S. M. ha visto con agrado este rasgo de generoso desprendimiento, y se ha dignado resolver que se den las gracias en su Real nombre á su Paternidad Reverenda y á su buen lego, y que se publique en el periódico oficial.»

Así ves que cada dia viene en la Gaceta tal cesion que hace un juez, ó un intendente, ó gefe político ú otro empleado mas subalterno, de una mensualidad de sus atrasos, y por solo el sacrificio de ceder una mensualidad de las que suponen que no habian de cobrar nunca, tienen el gusto de que se publique

y elogie oficialmente su patriótico desprendimiento, y aun de que se añada: «Y que se haga constar en el expediente del mismo, á fin de que le sirva de mérito para sus ascensos en la carrera.»

—Señor, ahí está el toque, y eso es lo que yo entiendo que vienen buscando; y aun tengo para mí que algunos de ellos han de ser una especie de memoriales disimulados puestos de acuerdo y acaso por consejo del ministro del ramo, que desea que den á conocer y hagan sonar su nombre para que no disuene el ascensillo que piensa darles: y así no es maravilla que cedan una mensualidad á trueque de ganar un ascenso, que nada se pierde en el cambio. Pero como yo no es pero ascensos del gobierno ni los quiero tampoco, por eso ni le cedo un quilate, ni le pido tampoco mas de lo que en justicia me debe.

—Mira, PELEGRIN, hazte cargo que será de muy mal efecto y no favorecerá nada á tu buena fama y opinion el ver que te separas de tu amo precisamente cuando se trata de aliviar al tesoro: házlo por tí siquiera, ya que por mí no lo hagas.

—Pues señor, una vez que tanto es el empeño de vd., desde este momento cedo en favor del tesoro, no solamente los atrasos que se me adeudan de mi pension de lego exclaustrado, sino todo lo que por igual concepto tuviera derecho á percibir en lo sucesivo: no quiero nada del tesoro. Con esto veré si sigue despilfarrándose; así veré en qué se emplean los atrasos que se deben á los pobres; así estaré mejor á la vista de la cuenta que el hermano Mon dará de las rentas del estado y de la hacienda del prógimo. Y ahora venga cuando quiera ese arreglo, que aquí estamos para juzgarle á nuestro modo, pero con la independenciam de un cesionario que no tiene en ello el mas mínimo interés personal, porque no quiere nada para sí.

—Eso está bien, PELEGRIN; y espero que á la independenciam unirás la imparcialidad y la justicia.

—Cuente vd. con ella, señor. Y si antes he sabido acreditarlas ¿qué será ahora?»

SEGURIDAD DE LA REPÚBLICA.

La guardia de la Asamblea nacional habia sido reforzada el 20. En el patio interior del palacio se habian construido á prevención barricadas en toda regla. La guardia marina habia pasado la noche en el jardin. Numerosas piezas de artillería protegian las afueras del santuario de la república de la fraternidad. Quinientos mil cartuchos se habian depositado en las Tullerías, y muchos mas se habian distribuido en otros diferentes depósitos. Los dragones del cuartel de Orsay tenian orden de estar prontos á montar á caballo á la primera señal, y los batallones de la guardia movilizada acampaban en los boulevards, en los campos Eliseos y en la Bastilla. Terrible era el aparato militar que presentaba París.

El general Lamoriciere se paseaba delante del peristilo de la cámara, y se hacia dar cuenta por momentos de las disposiciones tomadas por el general Dulac.

¿Qué nuevo peligro, decia yo Fr. GERUNDIO, amenazará á una ciudad defendida por cien mil guardias nacionales, y por cincuenta mil hombres de tropa? Formidable debe ser la conspiracion que se teme sin duda haya de estallar contra la seguridad de la República, que yo creia ya indestructiblemente afianzada despues de los sucesos de junio.

Mas luego supe que no eran escesivas todas aquellas imponentes precauciones. Tratábase nada menos que de contrarrestar una demostracion femenina. Un grupo respetable de ciudadanas no muy respetables se habia organizado en el arrabal de San Antonio, y trataba, en uso del derecho de reunion y de peticion que les ha de conceder la Constitucion que ha de regir la república, trataba digo, de llevar *en cuerpo* á la Asamblea una peticion en favor de los presos y deportados por los sucesos de junio. La patria se creyó en peligro, y por esto se desplegó aquel aparato de fuerza militar. Verdad es que se temia que á

las mugeres las siguieran los hombres: y esto era muy natural, porque si tal no hubiera sucedido, seria la primera vez que los hombres no siguieran á las mugeres, si bien tampoco seria extraño que aquellas mugeres fueran de las que siguen á los hombres, y no son las menos temibles.

Por fortuna no hubo nada: el prefecto de policía se presentó en el lugar de la reunion, arengó á aquellas sabinas, les hizo entender que su proyecto era anti-parlamentario, y pudo hacerlas desistir, si bien las mas resueltas llegaron á las cinco de la tarde hasta la plaza de Borgoña: pero la República se salvó. Sin embargo, aquella noche y la del 21 se hicieron numerosas prisiones.

El 22 se pasó el día sin novedad. La Asamblea habia funcionado, aunque rodeado el palacio nacional de tropa. La República seguia viviendo: *las mugeres habian estado tranquilas*

CUENTAS Y ECONOMÍAS REPUBLICANAS.

Muy hueco se me presentó hoy TIRABEQUE por haber recibido una carta de París, nada menos que del director en jefe del *Monitor del Ejército*, con fecha 17 de agosto, en que le decia:

«Monsieur TIRABEQUE: el ministro de la Guerra de la República me encarga decirnos, que ha visto las palabras que dirigisteis al general Cavaignac, en la pág. 517 del tomo 1.º de la REVISTA EUROPEA, en que le deciais: «Si viese vd. que faltaban generales para la república, de aqui le podriamos mandar á vd. 300 ó 400 que nos sobran, y que no sabemos qué hacer de ellos.» El ciudadano ministro de la Guerra me recomienda, Monsieur TIRABEQUE, que os dé las gracias por vuestro ofrecimiento en su nombre y en el de la República, pero que os diga que no los necesita, pues la República no se descuida tampoco en surtir de generales, en lo cual vereis que los ministros del gobierno republicano van imitando el ejemplo de los ministros de España. Y para que os certifiqueis de esta verdad, tengo el honor de remitiros de su orden el adjunto estado de las promociones que se han hecho en el ejército de la República desde el 24 de febrero hasta la fecha, tal como consta oficialmente del *Moniteur*.

Se han hecho. . . .	27	generales de division.
Se han hecho. . . .	44	generales de brigada.
Se han hecho. . . .	80	coroneles.
Se han hecho. . . .	92	tenientes coroneles.
Se han hecho. . . .	150	gefes de batallon ó escuadron.
Se han hecho. . . .	665	capitanes.
Se han hecho. . . .	1000	tenientes.
Se han hecho. . . .	1530	sub-tenientes.
TOTAL. . . .	3368	promociones en menos de seis meses.

Puedo aseguraros que bajo ningun régimen se han dado en Francia tantos ascensos en tan corto tiempo, y mucho menos en un periodo de paz.

«Soy, Monsieur TIRABEQUE, vuestro servidor mas obligado.—El director del *Moniteur de l' Armée*.—M. D.»

—Y bien, PELEGRIN, ¿qué piensas tú contestarle?

—Señor, yo cuatro palabras sencillas no mas, dándole las gracias por el aviso, y diciéndole: «pues bien, sírvase vd. decir al gobierno republicano, que siga por ese camino, y ya verá qué pelo echa la República, y sino no tiene mas que mirarse en nuestro espejo.»

—Eso me parece bien, PELEGRIN.

—Señor, no estrañará vd. que esté algo vanidoso de mi correspondencia, que podrá ser que no la tenga vd. ni tan directa ni tan honrosa, siendo mi amo y mi gefe.

—En cuanto á lo de honrosa no te lo disputaré: en cuanto á directa, precisamente acabo de recibir carta de uno de los representantes de la Asamblea nacional, Mr. Creton, que te leeré, ya que tú me has franqueado la tuya.

«Mr. FR. GERUNDIO (me dice): acabo de salir de la sesion de la Asamblea, y vengo bastante incomodado. Por mas esfuerzos que he hecho, por mas que he provocado á los ciudadanos miembros del gobierno provisional de la republica, á que den cuenta de la inversion de aquellos 167 millones de francos, ó sean 668 millones de vuestros rs. españoles, que gastaron en dos meses y medio, como vos dijisteis muy esactamente en la pág. 253 de vuestra REVISTA, no me ha sido posible lograrlo. Estos ciudadanos se niegan rebeldemente á rendir cuentas. Ya se les habian hecho diferentes provocaciones, todas sin efecto. Conozco que hoy he perdido algo los estribos; pues para comprometerlos les he dicho que los fondos de la República no habian sido empleados ni útil ni lealmente, que habian sido malversados, que el dinero de la República se habia invertido en pagar revoluciones, y que con él se habia subvencionado á ciertas aves de rapiña que se habian enviado á los departamentos con poderes estraordinarios del gobierno etc. etc. Nada sin embargo me ha bastado, Monsieur FR. GERUNDIO. El gobierno provisional de la República ha gastado mucho, y no hay medio de hacerle dar cuentas de su administracion.

«Por eso me tomo la libertad de dirigirme á vos, Mr. FR. GERUNDIO,

á fin de que os sirvais decirme, de qué medios os valeis en España para hacer que vuestros ministros den cuentas á la nacion, que yo los emplearé tambien muy gustoso.

«Recibid, Mr. FR. GERUNDIO, las seguridades de mi consideracion y respeto.—E. Creton.»

—«Señor, ¿y qué piensa vd. contestar al hermano Creton?

—¿Qué le dirias tú, PELEGRIN?

—Señor, yo le diría á mi modo y manera: «Mi amigo Monsieur y dueño: á buena parte viene vd. con el recado. Cabalmente igual trabajo que le pasa á vd. con el gobierno de la República nos está pasando á nosotros hace una porrada de años con los ministros de acá. Para consumir millonadas, *tres volontiers, mona-mí*, pero eso de dar cuentas, *puan du tú, Monsiur*: ni á tiros. Y asi pienso que debe haber sido una equivocacion de vd. el dirigirse á mí consultándome sobre lo que se hace por acá para obligar á los ministros á dar cuentas. Si quiere vd. que le diga la verdad, aqui á fuerza de predicar en desierto y perder sermones nos vamos echando ya con la carga, pues como es un mal tan añejo, casi casi nos vamos ya connaturalizando con él. Lo que yo extraño, Monsieur, es que les suceda á vds. este trabajo con el gobierno de la República. Ha de saber vd., Señor Creton, que no me sonaha á mí muy mal lo que contaban de la República, que decian que era una cosa tan provechosa y tan guapa; pero cuando veo que los ministros de la República derrochan mucho y no quieren dar cuentas de nada al modo de los de acá, cuando veo que hacen generales á granél como los de acá, que ponen estados de sitio como los de acá, que prenden y echan á las islas del otro mundo como los de acá, que suspenden periódicos cuando se les antoja como los de acá, que recogen hasta los manuscritos, cosa que todavía no han hecho los de acá, y que *plus minusve* los ministros de la República hacen allá lo mismo que los ministros de la Reina hacen acá, crea vd. firmamente, señor Monsieur mi dueño, que si esto es la República y tales son las economias y las cuentas republicanas, el diablo me lleve si no podiamos jugar á pares y nones lo de acá y lo de allá.»

—¿Qué le va pareciendo á vd., mi amo?

—Que hay, como en todas tus cosas, PELEGRIN, una mezcla de atrevido, de racional y de exagerado, que no podria yo darlo curso aunque quisiera.

—¿Pues qué le va vd. á contestar, señor?

—Lo meditaré, PELEGRIN, y lo verás á su tiempo. Pero lo

que puedo asegurarte es que, aun cuando en el fondo convenga en mucha parte contigo, yo no podria usar con Mr. Creton ese language brusco y desenfadado y semirústico que tú estilas, y que solo puede pasar en un lego. El es un representante, y como tal hay que hablarle en un estilo mas digno, mas comedido y mas parlamentario.

—Pues yo le digo á vd., señor mi amo, que si de algo peca el language de mi proyecto de carta es de ser por demas parlamentario y pulcro; que algo mas rústico y mas porsáico seria si yo fuera á imitar el language parlamentario de los ingleses.

—En esa parte has de perdonar, PELEGRIN: precisamente has ido á poner la boca en los ingleses, que son el tipo del comedimiento y de la delicadeza, y de la finura y decoro en el hablar.

—Si señor, sí; y en prueba de ello no hay mas que leer el discurso del coronel Libthorpe en la sesion del 18, de la cámara de los Comunes, que como le dieran aplausos irónicos en los bancos de la mayoría les dijo con mucha delicadeza y decoro, y con mucho comedimiento y finura: «Estoy tan acostumbrado á oír pasando por un camino *los graznidors de los gansos y los rebuznos de los burros*, que no me incomoda el ruido con que los miserables que se sientan alli en frente me atacan.» Y como el presidente le dijera que no debia tratar de aquella manera á los individuos de la Cámara, replicó él. «Los que gritan son los que están esperando alguna gracia del noble lord; pero como yo no le pido nada, no tengo empacho en decir lo que pienso. El bill es una medida *baja y sucia*, indigna del noble lord como hombre, como cristiano y como legislador.»

—Cierto, PELEGRIN, que el language del diputado inglés no es gran cosa parlamentario: pero esto es una escepcion.

—Señor, tambien yo soy una excepcion en mi género, y asi con todo he estado algo mas comedido con el representante francés. Con que no sea vd. tonto, conteste vd. eso que yo le he dictado acerca de la conducta del gobierno de la República, y dé gracias á que se lo digo con toda finura y delicadeza.

—Pues bien, PELEGRIN, ya he oido tu parecer; ahora á mí me toca contestarle otro día en los términos que me parezca conveniente.»

PARTE HISTORICA.

CONFEDERACION GERMANICA.

SUMARIO.

Ojeada sobre la situacion general de los negocios en el imperio germánico.—Nuevos desórdenes en Viena.—Medidas del gobierno á consecuencia de estos desórdenes.—Síntomas de que se volviera á turbar la tranquilidad en Berlin.—Llegada á esta ciudad del general Below con el segundo armisticio entre Dinamarca y Prusia.—Temores acerca de la aprobacion del mismo.—Conducta de los húngaros en la Servia.

En los momentos en que el Austria victoriosa estienda de nuevo su influencia en Italia, juzgamos de no pequeño interés echar una ojeada sobre la situacion general de los negocios de este imperio. Desde el origen del movimiento que inauguró en Viena el nuevo orden de cosas, y que, segun debe tenerse presente, coincidió con el intervalo de pocos dias, con la insurreccion de Milan, halláronse frente á frente dos partidos políticos en el seno de la capital del Austria. El primero que provocó ó contribuyó poderosamente al movimiento de marzo, era, bajo el punto de vista de nacionalidad, aleman por escelerencia. Este partido que en Austria hacia votos por el triunfo de la causa liberal en Italia, se vió, pues, colocado en la triste alternativa de desear la derrota de sus compatriotas allende los Alpes, ó de contribuir á la ruina de la causa de la libertad que defendian en Viena, en Lombardia y en Venecia. El partido del antiguo gobierno, la camarilla de la corte, no veia por el contrario medio mas seguro de verificar una especie de restauracion del antiguo sistema, que las victorias del ejército de Italia: contaba con la adhesion

de este ejército á la monarquía y con la marcada inclinacion del mariscal Radetzky hácia el sistema de Metternich, para provocar una contrarrevolucion aristocrática, tan pronto como los dichosos resultados de la campaña hubieran permitido emplear una parte de las tropas en sofocar el movimiento alemán. Haciendo sin embargo diariamente nuevos progresos el espíritu de libertad, el gobierno conocia la necesidad de tranquilizar al partido liberal acerca de los temores que impedian su cooperacion eficaz á la guerra contra la insurreccion italiana, y que habia producido ya la separacion administrativa y parlamentaria de la Hungría, preparando al mismo tiempo la de la Bohemia y la de la Gallitcia. Proclamada en Viena el 25 de abril una carta constitucional para la monarquía y las provincias lombardo-venetas, el primer efecto que produjo esta ley, fué una diversion favorable al partido de la corte. La insurreccion italiana, al decir de este partido, no tenia excusa ni razon alguna; era solo una insurreccion contra un gobierno constitucional y liberal. Dióse principio sin mucha oposicion á nuevos alistamientos para el ejército de Radetzky, en la capital y en las provincias alemanas, slavas y húngaras del imperio; distrajéronse regimientos de las guarniciones mas distantes, para ir á reforzar el ejército activo; y el tesoro agotado, adquiriendo algun impulso, hizo una nueva emision de rentas hipotecadas sobre las salinas de Gmunden.

Pero este leve síntoma de confianza fué de corta duracion, y la aristocracia no pudiendo hacer volver á entrar al gobierno en la senda de la ley fundamental proclamada solemnemente en nombre del Emperador, trataba de neutralizar sus efectos por medio de una enérgica organizacion de la cámara alta, basada en su mayor parte sobre el nacimiento y la riqueza; aplazóse, pues, la reunion del parlamento de allí á dos meses. Entonces el partido liberal emitió el voto de la reunion de una asamblea constituyente, y los mas allegados á la corte, entre quienes figuraba en primera línea el conde de Bombelles, aconsejaron al Emperador una resistencia inflexible. Habianse exaltado los ánimos en ambas partes: la manifestacion del 13 de mayo obligó al ministerio á un arreglo, en el cual vió el partido de la corte una humillacion para la autoridad del Emperador, y hasta amenazada su persona, por lo que resolvió la fuga del 26 de mayo, que transfirió la residencia de la corte y de la camarilla á Inspruck. Allí al abrigo de las montañas del Tirol, rodeada de emisarios del partido retrógado, y apoyándose en las reservas del ejército de Radetzky, daba esta camarilla libre curso á sus intrigas. Los que se decian amigos de los slavos reunidos en Inspruck, contribuyeron poderosamente á la insurreccion de Praga y al levantamiento de las huestes del ban de Croacia, Jellachich. La lucha suscitada entre las nacionalidades paralizó el progreso del partido liberal; los bohemios fueron vencidos por

los alemanes; los húngaros sitiados por los croatas; y una buena armonía con la Rusia, probada evidentemente durante la efímera insurrección de Cracovia, impidió moverse á la Galicia.

Mientras que de este modo se contenían en el interior todas las poblaciones, armando las unas contra las otras, los agentes del Austria y los diarios pagados por esta potencia, estendidos en Alemania y principalmente en los estados del Sur, preparaban los ánimos, explotaban las preveniciones y los celos de los pequeños estados contra la Prusia, asegurando de este modo la elección del archiduque Juan para el cargo de Vicario del imperio. Esta elección dió al Austria un influjo directo sobre la Alemania, del cual hizo uso inmediatamente para hacer intervenir á la asamblea constituyente de Francfort, en la cuestión del bloqueo de Trieste por la flota sarda, y para que garantizase la inviolabilidad del Tirol italiano, como territorio perteneciente á la Confederación Germánica, lo cual circunscribió extraordinariamente los movimientos del ejército piamontés.

En medio de estos triunfos diplomáticos, fué cuando se reunieron la dieta de Pesth y la Asamblea constituyente de Viena, abiertas ambas bajo los mas pacíficos auspicios. La primera, sin embargo, se vió bien pronto obligada á hacer nuevas promesas de socorros para el ejército de Italia; y la segunda que nunca los rehusó tampoco, exigió en cambio de los sacrificios que hacían los pueblos, á quienes representaba, la pronta vuelta del Emperador á Viena. Esta vuelta era considerada por la Asamblea como una garantía contra las intenciones reaccionarias de la corte; pero desgraciadamente con el Emperador volvió también la camarilla, la cual habia aconsejado la salida, y que entonces, apoyándose en los gefes del ejército victorioso, se preparaba á recoger los resultados que ella atribuía á sus esfuerzos diplomáticos.

La primera de las consecuencias de esta situación, acarreada por el éxito de las armas austriacas en Italia, debia ser una reacción contra la separación administrativa de la Hungría.

En los momentos de mayor apuro, cuando fermentaba la insurrección en Viena y Radetzky se hallaba sitiado en Verona, fué preciso á la corte de Austria hacer concesiones á la diputación húngara que exigía la separación política de su reino. Cuando mas tarde se hicieron sentir las consecuencias de esta separación, por no haber querido contribuir con hombres y dinero á la continuación de la guerra en Italia, suscitó la corte por medio de su agente, el ban de Croacia Jellachich, una guerra en Hungría hácia sus fronteras del Sur.

El insurreccionado vasallo pedía con arrogancia que volviese á entrar la Hungría en sus antiguas relaciones con la corona, ó á lo menos que los ministerios húngaros de Negocios estrangeros, de la Guerra, de

Hacienda y de Comercio, se reuniesen á los departamentos respectivos de la administracion austriaca. Fueron propuestas estas condiciones como única base de arreglo por el archiduque Juan, que reemplazaba momentáneamente al Emperador en Viena, al conde Bathyani, presidente del ministerio húngaro; mas como el aceptarlas hubiera sido anular la Hungría todos los resultados del último movimiento, no titubeó el ministerio en rehusarlas. Empero la corte de Austria no se daba por vencida; sus diarios volvieron de nuevo á ocuparse de esta cuestion, y si el ejército victorioso prestaba ayuda á la revolucion, meditada, no debia tardar en verificarse un cambio, hasta violento si se quiere, en la organizacion de la Hungría.

No tardaron tampoco en sentirse en el mismo Viena las consecuencias de las victorias de Italia. La inquietud manifestada en el seno de la Dieta reunida en aquella ciudad, por las interpelaciones dirigidas al ministerio acerca de la conducta de los generales comandantes de los cuerpos del ejército activo; el deseo emitido públicamente de que un arreglo honroso sustituyese á los rigores de la conquista en los países ocupados militarmente, atestiguaban los temores que tenia la Dieta de sufrir el ascendiente de la fuerza armada.

Podian ser exagerados estos temores; pero no parecian del todo quiméricos á aquellos que en Viena conocian mas particularmente las ideas de los principales gefes del ejército activo. Ya las guarniciones de Praga y de Cracovia habian manifestado sus amenazas contra lo que ellos llamaban excesos populares que invadian los derechos del poder legítimo. Uno de los ministros que fué confundido por el movimiento de 15 de mayo, el conde de Montecuculli, fué asociado por el mariscal Radetzky, al gobierno provisional de las provincias italianas. Los impopulares archiduques que acompañaban al Emperador en Inspruck, entraron con él en Viena, y el conde Stadion, cuyo liberalismo era harto sospechoso á los vieneses, contaba con aquella camarilla para formar un nuevo ministerio, decidido á no marchar por el camino de las concesiones adoptado por los dos gabinetes que le habian precedido.

Ni la gloria de las armas austriacas en Italia, ni la vuelta del Emperador, pudieron fortalecer al gobierno; la guerra de Italia no era popular, siendo un ejemplo de ello, que una manifestacion proyectada por el centro para reconocer los servicios prestados por el ejército, lejos de hallar eco en las otras fracciones de la Asamblea, fué fuertemente combatida. No contribuia poco tambien al escaso prestigio que gozaba el gobierno, el mal giro que habia tomado el arreglo de la cuestion italiana, cuyo asunto se hallaba interesado vivamente en terminar sin tardanza, para que pudiera volver al Austria una parte del ejército.

Alteróse de nuevo el orden en Viena el dia 23, en cuya tarde se es-

parció la alarma por toda la ciudad, á consecuencia de haberse difundido la voz de que marchaban sobre ella desde el Praker, grandes masas de obreros á reclamar contra la rebaja de los jornales. Todo fué entonces confusion y tumulto, y en los puntos donde se hallaban los talleres públicos ocurrieron conflictos sangrientos: resonaba por todas partes el toque de generala, aunque el comandante provisional de la milicia aseguraba que esto se hacia sin su orden, pues solo habia mandado que estuviese dispuesta y prevenida para la primera señal la guardia nacional. Los obreros hicieron un maniquí representando á Mr. Schivarkzer, ministro de Obras públicas, y le pusieron en la boca cinco kreukzers, que constituia la cantidad en que habia sido disminuido el jornal de un dia de trabajo. Una multitud de obreros armados de palas y otros instrumentos conducian esta imágen, y dirigiéndose hácia la Leopoldstadk llegaron á la plaza pública entre la Jaegerziel y el Praker en donde trabaron una lucha con la guardia municipal; mas habiendo uno de los obreros golpeado con su pala de hierro á varios municipales, llegó la guardia nacional, y cuando los obreros se preparaban al ataque hizo contra ellos una horrible descarga. Entonces los obreros emprendieron la fuga; pero los guardias municipales de á caballo que les perseguian dejaron en las calles algunos cadáveres; visto lo cual por las grandes masas de obreros que habian permanecido tranquilas, llenas de furor se arrojaron al socorro de sus compañeros. La mayor parte iban armados de fusiles, y en medio de su desesperacion gritaban todos *¡Pan ó la muerte!* A pesar no obstante de todos sus esfuerzos, la guardia nacional consiguió al cabo ir dispersando los sublevados y por la noche empezó de nuevo á reinar la tranquilidad.

A consecuencia de estos sucesos, y en virtud de un decreto firmado por todos los ministros, quedó suspendida la comision de seguridad pública y las demas autoridades estraordinarias, quedando por lo tanto reasumido todo el poder ejecutivo, en el ministerio, el cual publicó en seguida los dos decretos siguientes:

«Hace algunos dias que la ciudad de Viena y sus alrededores son turbados continuamente por los desórdenes que cometen los trabajadores empleados en obras públicas. De aqui resulta que desaparece la confianza, se paralizan la industria y el comercio, y se compromete altamente el bienestar de los ciudadanos. En su consecuencia, el consejo de ministros penetrado de la importancia de sus deberes, adoptó por unanimidad las resoluciones siguientes:

1.^a «El ministerio toma la direccion inmediata de todas las medidas que tienen por objeto la conservacion de la tranquilidad y de la seguridad pública en la capital. Por lo tanto, todos los agentes del poder ejecutivo no deberán obrar sino con arreglo á las órdenes del ministerio.

2.^a «La guardia nacional no recibirá órdenes sino del gobierno.»

Quedan suspendidos los trabajos en todos los lugares en donde hubo ayer desórdenes, y los obreros que quieran trabajo deberán justificar su buena conducta, y así mismo su aptitud, y entonces el comisario del distrito les dará la correspondiente libreta.—Viena 24 de agosto.—(Siguen las firmas de los ministros).

Por el otro decreto se aplican los párrafos 70 y 71 del código penal (primera parte) á todo acto de resistencia contra la guardia nacional, siendo comprendidos en esta disposicion el cuerpo especial de la mesocracia y la legion académica cuando esté de servicio. Por lo mismo los que hagan armas contra la guardia nacional cometen el crimen de violencia pública, y se esponen á ser castigados con un encierro de seis meses hasta cinco años. El que no perteneciendo ni á la guardia nacional ni á la legion académica haga uso de sus insignias, será castigado con un encierro de tres dias hasta un mes.—(Siguen las firmas de los ministros).

Parecia que el Austria y la Prusia habian vuelto á los fatales dias de mayo. Despues de los anteriores desórdenes ocurridos en Viena, llegó á temerse un momento, que se repitieran así mismo en Berlin. El 28 debia discutirse la ley sobre las asambleas populares, y como la comision no hubiese terminado su informe fué necesario fijar la discusion para otro dia. Este incidente descontentó de tal manera al pueblo, que el gobierno se vió en la necesidad de tomar medidas estraordinarias, merced á las cuales, se lograron sofocar los sintomas de insurreccion que parecian inminentes, sin mas ocurrencias desagradables que las de algunos heridos y el arresto de muchas personas, entre ellas varias de consideracion, marcadas por la exageracion de sus principios democráticos.

En aquel mismo dia habia llegado á Berlin el general Below con el segundo tratado de armisticio entre Dinamarca y Prusia. Al dia siguiente por la mañana salieron para Postdam el presidente del consejo y el ministro de Negocios estrañeros, con el objeto de pedir el asentimiento á S. M., debiendo marchar inmediatamente un vapor que se hallaba dispuesto en el puerto de Stetthin para hacer que se levantara el bloqueo, y quedar en Schleswig 2000 hombres hasta la terminacion de la paz. He aqui el parte oficial que anunciando la conclusion del armisticio se fijó en la bolsa el dia siguiente:

«Tengo el honor de informar á los señores decanos de la Asamblea »comercial, que se ha logrado concluir un armisticio de siete meses con »Dinamarca, y se espera que el tratado hecho con este fin sea ratifi- »cado por S. M. En consecuencia de este tratado, no solo se verificará la »devolucion de los buques detenidos, sino el restablecimiento de las re-

«laciones.—Berlín 29 de agosto de 1848.—El ministro de Comercio, «Industria y Obras públicas.—Milde.»

Pero cuando ya el rey de Prusia habia ratificado en nombre de la Alemania el anterior armisticio firmado por su plenipotenciario y el del rey de Dinamarca, y cuando la guerra en el ducado de Schelswig iba á quedar por lo tanto aplazada por largo tiempo durante el cual no hubiera sido difícil quizá llegar á un arreglo definitivo, volvieron á circular rumores de un nuevo desaire hecho al gobierno de Prusia por el de Francfort, en cuyo punto se decia que el gobierno alemán se habia negado á ratificar el malhadado armisticio celebrado entre los plenipotenciarios de Prusia y Dinamarca, fundando esta negativa en que no habia concurrido á las conferencias el subsecretario de Estado, y en que solo se concedian indemnizaciones por los buques prusianos capturados, sin hablarse nada de los demas.

Mientras tanto los húngaros cometian las atrocidades mas inauditas en los lugares de la Servia donde penetraron, saqueando las casas y pasando á cuchillo á hombres, mugeres y niños. Habianse sin duda olvidado los húngaros de los servicios que recibieron, cuando invadieron su país las tropas turcas. Despues de la derrota de Santo Tomás, el ministerio húngaro se hallaba colocado en una crítica posición; obligado á hacer frente á las intrigas austriacas y á los ataques á mano armada, se veía privado de las tropas que aun continuaban detenidas en Italia, y ademas con el tesoro exhausto. Para ocurrir á estos males el ministerio propuso á la dieta de Pesth un reclutamiento general y una emision de papel moneda.

La Hungría no podia dejar de conocer ya la gran falta que cometió al votar los socorros para el ejército de Italia; pero tambien el Austria podrá pagar caro algun dia sus manejos con los húngaros que en tan crítica posición se hallaban.

ITALIA.

SUMARIO.

Mediacion anglo-francesa en los asuntos de Italia.—Proclama de Cárlos Alberto.—Temores de la continuacion de la guerra.—Situacion de Milan.—Venecia y Osopo.—Disposiciones del gobierno de Venecia.—Sesion del 17 en Roma.—Convenio entre el gobierno pontificio y el teniente feld-mariscal Welden.—Discurso de Gioberti en el círculo nacional de Turin.—Desórdenes en Liorna.—Trastornos en Génova.—Síntomas de alarma en Turin.—Decreto de disolucion de los jesuitas.

Trascurría el tiempo del armisticio y nada indicaba la proximidad de un arreglo amistoso entre los mediadores de la cuestion austro-italiana. El ministro austriaco Wesseberg en la primera conferencia que tuvo con los enviados francés é inglés para tratar de la mediacion, declinó esta en nombre de su gobierno, alegando que se habia entablado una negociacion directa con el rey Cárlos Alberto, que aun no se sabia si este la aceptaba ó no, y últimamente que no se habian cumplido todavía todas las condiciones del armisticio. Era, pues, evidente, que el Austria al rehusar la mediacion anglo-francesa bajo el pretesto de negociaciones que jamás existieron, trataba solo de ganar tiempo para durante este intervalo dar impulso á sus operaciones contra Venecia, toda vez que el rey de Cerdeña habia aceptado la mediacion; ademas de que el nuevo ministerio piemontés protestó enérgicamente contra la asercion emitida por el Austria de que hubiese entablado negociacion alguna directa con Cárlos Alberto.

Este, que continuaba en Alejandria ocupado esclusivamente en la reorganizacion de su ejército, no anduvo tampoco remiso en contestar perentoria y categóricamente por medio de la siguiente proclama que destruia todas las astucias diplomáticas:

«Soldados, mi gobierno está tomando las medidas necesarias para volver á emprender la guerra.

«De todas partes acuden nuevos hermanos á reunirse bajo las banderas que vosotros plantasteis en las riberas del Adige. Si el cansancio y las privaciones de toda especie han podido arrebatarnos la victoria, el descanso y la disciplina nos traerán otra vez los hermosos dias de nues-

tros triunfos. Soldados, vais á probar prácticamente que un revés de la fortuna no es suficiente para abatiros: vais á demostrar á la patria que no ha contado en vano con vuestro valor y fidelidad. El recuerdo de vuestra pasada gloria servirá de estímulo á vuestros nuevos compañeros, que se harán dignos de vosotros siguiendo vuestro ejemplo.

«De este modo cuando el plazo del armisticio espire, ó hemos de obtener condiciones compatibles con los derechos de la nacion, ó volveremos al combate, si el honor lo exige, con un nuevo entusiasmo, ¡hasta conseguir la independencia italiana, objeto de todos nuestros votos. ¡Ojalá la patria, que ha colocado en vosotros su esperanza, vea vuestra decision por las instituciones libres que son la base de la suerte venidera de Italia!

«En su consecuencia, mando que todos los oficiales y soldados del ejército de mar y tierra, juren el estatuto fundamental á fin de que este acto solemne cimente la union entre los ciudadanos y soldados, ya que todos indistintamente son llamados á gozar de los derechos que la ley concede á nuestros fieles y queridos pueblos. Alejandría 28 de agosto de 1848.

CARLOS ALBERTO.»

El ministro de Guerra y Marina escribió así mismo una carta desde Turin á los gefes de division, al gefe de estado mayor del ejército y á los comandantes de todas armas, diciéndoles que habia transcurrido ya una parte del plazo del armisticio, y que dentro de pocos dias el ejército deberia hallarse pronto á obrar segun lo exigieran las circunstancias, el honor de la corona y los intereses del pais.

Todo anunciaba por lo tanto la cruel necesidad de volver á empezar la guerra; la aproximacion de nuevas tropas francesas á los Alpes, y el envío probable de una escuadra de la misma nacion á las aguas de Venecia, significaba por lo menos que la República francesa creia de su deber intervenir directamente en los negocios de Italia, y en particular despues de la respuesta evasiva del Austria relativa á la mediacion anglo-francesa. La noticia de estos preparativos de la Francia, alarmó algun tanto al gabinete de San James, el cual, aunque sin dar al parecer grande importancia á la declinacion del Austria, y á pesar de las palabras de paz que el gefe del poder ejecutivo habia pronunciado en la Asamblea francesa, parecia decidido, segun sus mas autorizados periódicos, á separarse de la mediacion desde el momento en que se tratara de apelar á medidas coercitivas.

En medio de tan complicadas conjeturas acerca del resultado probable de una cuestion que de un momento á otro podia acarrear la guerra europea, empezaban á advertirse en toda Italia ciertas tendencias á la

union y á la confianza recíproca entre los pueblos y el ejército, habiendo llegado á comprender sin duda, que las divisiones de los partidos fueron mas funestas para su causa que la inercia ó incapacidad de algunos gefes. Por eso el Austria que nunca dejó de fomentar aquellas discordias, al ver destruirse sus armas mas formidables, violaba abiertamente el armisticio; en lugar de evacuar de una vez el territorio del Papa, enviaba nuevos refuerzos á Bondeno y á Lagoscuro; un cuerpo de 25,000 hombres reunido en Módena amenazaba la Toscana, y los destacamentos acantonados en Plasencia avanzaban, mas bien que retrocedian. Nada, en fin, tendria de extraño que los generales Aspre ó Welden obedeciendo á órdenes secretas, avanzasen hácia el Tessino, aunque para salvar las apariencias desaprobara luego semejantes pasos el gabinete de Viena.

Entre tanto Milan seguia entregada á los escesos y rapiñas de los austriacos, lo que como era consiguiente habia reducido la ciudad á un estado deplorable. Abandonaban la ciudad multitud de personas y solo transitaban por las calles con alguna seguridad los espías y los soldados austriacos. Despues de haberse apoderado de los fondos que existian en las cajas públicas imponianse diariamente nuevas contribuciones forzosas que se recaudaban por medios violentos, y hasta el mismo general Radetzky se permitió despojar el Museo numismático y las bibliotecas públicas, bajo pretesto de que todo habia sido comprado por la comision del gobierno imperial. No se descuidaba sin embargo el gobernador de Milan, príncipe de Schwarzenberg, en tratar de tranquilizar á los habitantes de la capital confiada á su mando, con cuyo objeto publicó una proclama en que despues de anunciar á los buenos que nada tenian que temer, pues se habian adoptado todas las medidas necesarias para precaver cualquier desórden, hacia saber al propio tiempo que uno de sus principales cuidados seria velar sobre los que tratasen de alterar el órden público, y proceder contra ellos con todo el rigor de las leyes militares á la sazón vigentes.

Aun no habian caido en poder de los austriacos Venecia, ni Osopo. Intimidado este último punto por quinta vez para que se rindiera contestaron los sitiados que no recibian otras órdenes que las emanadas del gobierno de Venecia. Durante uno de los ataques y en medio del bombardeo, que duró mas de cuatro horas, los entusiasmados defensores de Osopo hicieron prodigios de valor enardecidos con los gritos de *Viva Italia*, que se mezclaban en toda la línea con el estruendo de la artillería.

El gobierno provisional de Venecia, firme siempre en proseguir la marcha independiente que se habia trazado, considerando la importancia de impedir toda comunicacion entre el exterior y el interior, en una

época especialmente en que la suerte de la Italia se hallada unida á la de Venecia, oída una proposición de la comision de vigilancia, publicó los decretos siguientes:

1.º «Empezando desde hoy, será rodeada Venecia de un cordon de buques armados, que de dia y de noche ejercerán la mas activa vigilancia.

2.º «Ningun buque público ó privado, cualquiera que sea su uso, su forma y su capacidad, podrá salir de Venecia ó volver á ella, sin haber sido visitado antes por uno de los buques del cordon.

3.º «De todas las visitas se dará un certificado, que será enviado á la prefectura con el pasaporte de todos los que entren en Venecia.

4.º «Si un buque no responde á la tercera intimacion, los centinelas podrán hacerle fuego.

5.º «Los buques que sean hallados en las lagunas sin autorizacion, serán inmediatamente secuestrados. Los propietarios, patrones y todas las personas que se encuentren á bordo de ellos, serán condenadas solidariamente á una multa de 150 libras italianas. El buque secuestrado afianzará en todo caso la multa, á no ser que el gobierno crea oportuno autorizar la redencion de esta pena con un mes de prision en la casa correccional.

6.º «La comision de vigilancia de Venecia, y la prefectura de órden público, quedan encargadas de la ejecucion de este decreto. Venecia 18 de agosto de 1848.—Manin.—Graziani.—Cavedalis.»

«No se dará pasaporte para salir de las lagunas de Venecia sino en algunos casos, y pidiéndose antes formalmente al gobernador, con la esposicion de las razones que hagan necesaria la salida, y la obligacion de conformarse á los decretos número 5,442 del 14 de mayo; número 8,782 de 20 junio; número 10,307 de 25 de julio, y números 86, 184, 186 de 16 y 17 de agosto.—Venecia 18 de agosto de 1848.—Manin.—Graziani.—Cavedalis.»

La sesion del 17 en la cámara de Diputados de Roma, fué sumamente acalorada y fecunda en improprios y amenazas. Respondió el ministro interino de la Guerra á una interpelacion que se le hizo el dia anterior, cuando replicando con destemplanza el diputado Sturbini, acusó al gobierno de falta de celo y de haber empleado en otros objetos los fondos destinados para las tropas. El ministro de policia contestó con acritud, y poco á poco se fué enmarañando tanto el asunto, que el presidente se vió obligado á suspender la sesion.

Aunque aun se abrigaban algunos recelos de que intentaran penetrar de nuevo los austriacos en los Estados Pontificios, se llevó no obstante á cabo la evacuacion de las Legaciones, en virtud del siguiente convenio celebrado entre el cardenal Marini, legado de Forli; el principe Corini, senador romano; el conde Guerini, ministro de Obras públicas, en re-

presentacion del gobierno pontificio, y el teniente feld-mariscal Welden:

1.º «El gobierno pontificio entregará al ejército imperial y real todos los austriacos detenidos *ilegalmente* en Bolonia y sus cercanías. Restituirá tambien las armas, caballos y demas efectos de guerra.

2.º «El gobierno pontificio promete impedir de parte de sus subordinados todo ataque contra el territorio austriaco, sea á mano armada, sea por medio de provocaciones, escitando á destruir el órden y la tranquilidad pública.

«Su escelencia el feld-mariscal, promete en cambio:

1.º «Retirar las tropas austriacas de todo el territorio pontificio menos de Ferrara, del pais de Bondeno, en un rádio de siete millas, y del de Ponte Lagoscuro. No obstante esto, el feld-mariscal está pronto á retirarse á la otra parte del Pó, esceptuando siempre á Ferrara, y restablecer el estado de cosas fundado por el tratado de Viena, tan luego como el gobierno pontificio ratifique el presente convenio.

2.º «Restituir todas las armas recogidas por los austriacos en las Legaciones.

3.º «Y despues de la ratificacion antes mencionada, la devolucion de todos los puntos y pasages del Pó correspondientes al Estado Pontificio.»

Un acontecimiento muy importante de la politica italiana, fué el discurso pronunciado por Gioberti en el círculo nacional de Turin. En este manifiesto dirigido al rey en forma de peticion, y del cual se tiraron miles de ejemplares, el abate Gioberti, el amigo mas adicto de Carlos Alberto, el defensor mas elocuente de la union italiana, declaró en alta voz que la constitucion libremente concedida por el rey de Cerdeña, no existia mas que en el nombre. Existian, al decir de Gioberti, dos gobiernos en Turin: el uno ostensible y legal, faccioso y oculto el otro. El Rey se hallaba supeditado por el partido Salasco, casi á la manera que el emperador de Austria lo estuvo por su camarilla en Insbruck; no habia responsabilidad posible, pues que no tan solo jamás se consultaba á los ministros, sino que se hacia precisamente lo contrario de lo que ellos acordaban. «A lo menos, decia el abate Gioberti, los pueblos esclavos tienen la ventaja de tener un solo gobierno; nosotros tenemos dos enteramente opuestos; nuestra constitucion no es mas que una sombra. ¿Es preciso decir, señores, el triste papel que han hecho los ministros dimisionarios? Se han propuesto y decidido las mas graves cuestiones sin su conocimiento siquiera, y no de otro modo se ha solicitado la *mediacion* en vez de la *intervencion* que el ministerio creyó deber pedir á Francia; se ha dado libertad á los presos de estado; se ha celebrado injuriosamente un armisticio político; se ha rechazado el ofrecimiento de los sicilianos: en una palabra, el ministerio ha estado reducido á la mas completa nulidad; ha perdido su tiempo en dar órdenes que no habian de

ser obedecidas. La diplomacia extranjera tenia mucho mas influjo y poder que los ministros y el Rey mismo; los enviados francés é inglés iban y venian al campamento, sin tomarse siquiera la molestia de hacerse presentar al ministro de Negocios extranjeros. Cosa singular, señores, extraño principio de nuestro régimen constitucional: la Inglaterra y la Francia gobiernan en nuestro país mas que nosotros mismos.»

En tan desesperada situacion, Gioberti no veia otro medio de salvacion que el de dirigirse al príncipe, esponiéndole franca y respetuosamente la verdad que le ocultaban, y terminó con estas notables palabras: «Estoy seguro de que Cárlos Alberto oirá los deseos de su pueblo. Haciéndoos los intérpretes de esos deseos, señores, no solo salvaréis el Piamonte, la Italia y sus imprescriptibles derechos, sino tambien la monarquía y la ilustre casa de Saboya, que jamás se han visto reducidas á la seria alternativa de una ruina inevitable y próxima, ó de una vida gloriosa é inmortal.»

El 25 ocurrieron en Liorna graves desórdenes, que pudieron tener funestos resultados, producidos por un abuso de autoridad del gobernador. Este celoso funcionario, que creyendo, sin duda, hallarse aun en los tiempos en que el perseguir y vejar á los ciudadanos era un medio de progresar, quiso, por su propia autoridad, impedir al padre Gavazzi, que se dirigiese á Bolonia por Florencia. El pueblo como era de esperar, tomó la defensa de su predicador, y los mas atrevidos prendieron á la autoridad, en vez de suceder lo contrario, y la encerraron en la fortaleza. El pueblo, sin embargo, aunque despues de haber destruido el telégrafo y apoderádose de los despachos que las autoridades locales mandaban á Florencia, se calmó, á consecuencia de una amonestacion paternal del Gran duque, y la promesa de que el padre Gavazzi proseguiría libremente su camino.

El gobernador fué puesto en libertad, y el pueblo, que habia quitado algunos fusiles á la tropa y á la guardia nacional, los entregó en seguida sin resistencia. Posteriormente fueron quemados en público los decretos que el parlamento lanzó contra los amotinados, y Liorna continuaba aun en estado de insurreccion.

En Génova estallaron asimismo nuevos trastornos, lo cual no era de extrañar, atendido á que esta ciudad encerraba desde hace tiempo muchos elementos de turbacion que al fin se han hecho ostensibles por medio de grandes desmanes. El populacho saqueó é incendió el edificio donde estaban las oficinas de policía.

Tambien en Turin se notaron algunos síntomas de alarma con motivo de un hecho, que aunque insignificante en sí mismo, era de bastante interés para la causa liberal. Una de las muchas esposiciones que circularon por la ciudad, y que sea dicho de paso, se cubricron al mo-

mente de firmas, para apoyar la proposicion de Gioberti, relativa á depositar el poder dictatorial en manos de tres personas dignas de la pública confianza, fué llevada á un cuerpo de guardia, en dónde Mr. Cavons, director del *Resorjimento*, mandaba una compañía de la guardia nacional, en ocasion en que el oficial habia salido, y cuando los nacionales se preparaban á firmarla, se presentó él diciendo, que ninguno de ellos debía suscribir una esposicion que no aprobaba; pero fueron inútiles sus palabras, pues mientras él hablaba, la habian firmado todos, y ninguno quiso retractarse de lo que habia hecho. Este suceso produjo gran sensacion, pero no llegó á turbarse el órden.

El principe Eugenio de Saboya, lugar-teniente general del reino de Cerdeña durante la ausencia del rey, dió el siguiente decreto, disolviendo los jesuitas.

Art. 1.º «Queda definitivamente desterrada de todo el estado la compañía de Jesus, disueltas sus casas y sus colegios, y prohibido que vuelva á reunirse en ningun número de personas.

Art. 2.º «Todos los bienes muebles é inmuebles de la compañía, las rentas y créditos que le pertenezcan, son confiscados en favor de la administracion de hacienda, y aplicados desde ahora, y en lo que sea necesario, al establecimiento y conservacion de los colegios nacionales que se han mandado establecer por decreto de 20 de marzo de 1848.

Art. 3.º «Los individuos de esta compañía no regnicolas, deberán en el término de 15 dias, contados desde la publicacion de la presente ley, salir de las fronteras del estado, bajo pena de destierro. Los que despues de desterrados sean hallados todavía en el estado, serán castigados con las penas prescritas por las leyes de policia.

Art. 4.º «Los regnicolas agregados á la compañía, deberán en el término de ocho dias hacer una declaracion de domicilio fijo y determinado, delante de la autoridad superior de la provincia en que se encuentren actualmente.

Art. 5.º «A estos últimos se les asigna, hasta que ellos provean de otro modo á su subsistencia, una pension anual de 500 libras, contando desde la fecha de la presente.

Art. 6.º «Los que quieran gozar de esta pension, deberán depositar en el término fijado por el articulo 4.º, en las manos de la autoridad una solicitud en regla, para ser secularizados. El gobierno trasmitirá esta solicitud á la Santa Sede. Los que no hagan la solicitud no podrán optar á la pension, y serán comprendidos en las disposiciones del capítulo 5, tit. 8, libro 2 del Código penal.

Art. 7.º «Quedan disueltas, y definitivamente prohibidas en todo el estado, (á escepcion de Saboya por ahora), las casas de la corporacion de señoras del sagrado corazon de Jesus.

Art. 8.º «El edificio de estas señoras en esta capital, es vuelto definitivamente á su antiguo destino de colegio de las provincias.

Turin, 25 de agosto de 1848.—Eugenio de Saboya.—Pinelli.—V. P. Merlo.—V. de Revel.

REPÚBLICA FRANCESA.

SUMARIO.

Sesión de la Asamblea del 25 de agosto.—Procedimiento contra Luis Blanc y Caussidiere.—Carta de Luis Blanc.—Fuga de ambos.—Defensa de Lamartine.—Protesta de la prensa.—Contestacion del general Cavaignac.—Comocion en Lille. Alborotos en Montpellier.—Discusion acerca del estado de sitio.—Proyecto de constitucion.—Gran revista en el campo de Marte.—Intervencion francesa en Italia.

De grande interés fue la sesion de la Asamblea del dia 25, esperada de todos con una ansiedad que manifestaba mas temor y recelo que deseo de ver resueltas las gravísimas cuestiones provocadas por el informe de la comision de instruccion. Todo se hallaba tranquilo en los alrededores del palacio de la representacion nacional y en el interior; la Asamblea, cuyos miembros asistieron puede decirse en su totalidad, presentaba un aspecto tranquilo cuando el presidente Mr. Marrast en una alocucion grave y que fué universalmente aprobada, invitó á no olvidar en la discusion el respeto debido á las personas y el sentimiento de su dignidad, recomendando la calma y prudencia, sin las cuales no se podria ventilar la interesante cuestion de que iban á ocuparse. MM. Ledru-Rollin, Luis Blanc y Caussidiere parecia que debian hablar los primeros del informe de instruccion en el que se hallaban complicados particularmente. Pero como tenian pedida la palabra otros varios representantes para esplicarse sobre ciertos hechos personales que les atribuia la comision, Mr. Charras pidió que se ocupasen de los incidentes particulares antes de entrar en la discusion principal. Terminados estos incidentes subió á la tribuna Ledru-Rollin y en un discurso pronunciado con calma y moderacion, respondió á la parte del informe referente á él, espresándose en términos conciliadores y evitando cuidadosamente todas las alusiones que pudieran tender á irritar los ánimos. Declaró que no queria ser acusador ni acusado, y que se proponia únicamente defender á

aquellos de sus compañeros sobre quienes se trataba de hacer recaer el rigor de la justicia. Ledru-Rollin hizo la historia de las sumarias políticas mandadas formar por las Asambleas revolucionarias de Francia, después de esos grandes acontecimientos políticos, que en el lenguaje histórico se les dá el nombre de jornadas, como las del 5 y 6 de octubre, la del 10 de agosto y la del 9 de thermidor. Estas sumarias, según el orador, la última principalmente, había sido la muerte de la República, como lo prueba el haber yacido esta sumida en el olvido por espacio de medio siglo. El orador tuvo momentos felices, en particular cuando dirigiéndose á los diputados que formaron la antigua oposicion dinástica, les dijo con cierta espresion burlona y desdeñosa, que jamás habían hecho sino atacar al poder sin saber reemplazarle, y que lo mismo seguian haciendo con la República, con la que no tenían tantas simpatías como con la monarquía. Esta feliz comparacion fué recibida con aprobacion general. Pasó después Mr. Ledru-Rollin á hablar de la República roja, en lo cual por cierto no anduvo tan atinado como en la primera parte de su discurso.

Luis Blanc que usó en seguida de la palabra puso de manifiesto la realidad de esta República. Empezó, pues, haciendo una larga espesion de sus doctrinas socialistas tales como las habia desenvuelto en sus discursos y en sus obras en el Luxemburgo, y la Asamblea escuchó impasible todo aquel cuerpo de doctrina, después de lo cual se suspendió la sesion hasta las ocho de la noche. Abierta de nuevo á esta hora, entró Luis Blanc á justificarse de los cargos que se le hacian en la sumaria. Declaró que habia hecho grandes esfuerzos para impedir la manifestacion del 17 de marzo, hasta que convencido de que era irremediable, trató de que solo se hiciera con calma y moderacion. Protestó que jamás habia tenido relaciones con los clubs, que los talleres nacionales no habian sido organizados según sus principios, y pasó en seguida á ocuparse de los sucesos de mayo, de los cuales trató de vindicarse y terminó su discurso asegurando que no habia tomado la menor parte en los movimientos insurreccionales. Habló á continuacion Mr. Caussidiere, quien concluyó á las doce y media de la noche en cuyo momento anunció el presidente que acababa de recibir una comunicacion del fiscal de la audiencia de Paris, pidiendo la competente autorizacion para proceder contra Mr. Luis Blanc, acusado de haber sido autor ó cómplice del atentado de 15 de mayo, y contra Mr. Caussidiere acusado de igual crimen y de complicidad en los sucesos de junio. Apoderóse de la Asamblea una grande agitacion al oír esta novedad, y un representante pidió que se decidiese la cuestion del informe antes de entrar á ocuparse en la que se acababa de suscitar; pero el presidente declaró que en sentir del gobierno, la Asamblea, te-

niendo á la vista todos los antecedentes podria resolver ambas cuestiones indistintamente, lo cual importaba se hiciese sin dilacion. Siguióse una discusion animada en que tomaron parte Ledru-Rollin, Luis Blanc, Bac, Caussidiere, Flocon y Corne, la cual duró hasta las dos de la mañana.

El ministro de Justicia, respondiendo á una interpelacion de Mr. Flocon, declaró que los hechos imputados á Luis Blanc eran de la competencia de la jurisdiccion ordinaria; pero que los relativos á Caussidiere por el atentado del 23 de junio, caian bajo la jurisdiccion militar en virtud del estado de sitio.

A las cuatro de la mañana decidió la Asamblea por unanimidad pasar á la orden del dia en lo relativo al informe. Se entró en seguida á discutir la peticion del fiscal; el ministro de Justicia pidió que se declarase de urgencia, y así lo acordó la Asamblea por 493 votos contra 292. El presidente anunció que se iba á entrar en el fondo de la cuestion, y despues de vivos debates se puso á votacion el punto relativo á Luis Blanc: 504 votos contra 252 concedieron la facultad pedida por el fiscal. Se entró en nueva discusion por lo que respecta á Mr. Caussidiere, y tambien quedó aprobado por 477 votos contra 268. Eran las cinco y media de la mañana, y tres cuartos de hora despues se puso á votacion el punto de si debía ser encausado Mr. Caussidiere por los sucesos de junio, que era lo mismo que sujetarle á la jurisdiccion militar; pero fué rechazado por 458 votos contra 281. En su consecuencia ambos acusados debían comparecer ante el tribunal del jurado.

Así terminó esta célebre sesion que duró nada menos que 18 horas siendo cerca de las 7 de la mañana cuando se retiraron los representantes.

Inmediatamente despues del escrutinio que autorizaba los procedimientos contra Mr. Luis Blanc y Mr. Caussidiere, fueron expedidas las órdenes para el arresto de ambos, y el 27 por la mañana, en virtud de una requisitoria de Mr. Pinard, procurador de la República, pasaron dos comisarios con sus agentes respectivos á las casas de Luis Blanc y Caussidiere; pero ni uno ni otro pudieron ser hallados. El juez de instruccion procedió en presencia del procurador á registrar las casas de ambos acusados, llevándose los papeles hallados en la de Mr. Caussidiere, y sellando el despacho de Luis Blanc. Este hizo publicar en algunos periódicos la carta siguiente:

«Castigado, no como criminal, porque esto seria imposible, sino como *enemigo*, por hombres á quienes las pasiones políticas imponen silencio á todo sentimiento de equidad, *me alejo* para protestar mejor contra las consecuencias del estado de sitio y del imperio de la fuerza. No puedo creer que la Francia esté de humor para sufrir que el curso regu-

lar de la justicia permanezca suspendido por mucho tiempo mas. Asi, cuando llegue el dia de los debates, acudiré sin falta.—26 de agosto de 1848.—LUIS BLANC. »

Anuncióse que los dos encausados se habian refugiado en Bélgica; pero solo fué cierto el haberlo hecho asi con respecto á Luis Blanc, ignorándose el paradero de Caussidiere.

Atendido claramente Mr. de Lamartine en el informe de la comision investigadora, y no habiendo juzgado oportuno por razones de alta política defenderse en el seno de la Asamblea nacional, lo hizo despues en un documento titulado *Tres meses en el poder*, y del cual extractamos los notables párrafos siguientes.

«Ciudadanos: La popularidad que me habia rodeado sin causa, se ha alejado de mí sin motivo. A una simple indicacion de la Asamblea nacional dejé los negocios, satisfecho en mi conciencia con los pocos y humildes servicios que pude prestar á mi pais en una de las grandes crisis de su historia; sin echar de menos el rango accidental de que he descendido, sin ambicion ni deseo de volver á subir á él, sin ódio ni rencor contra las injurias y calumnias que son el salario ordinario de las revoluciones, sin candidatura de ninguna especie que solicitar del favor público, he guardado silencio largo tiempo, y seguiria guardándole si solo se tratára de mí. Empero vosotros me habeis adoptado en una ocasion grave en señal de la conformidad de nuestras opiniones, y por consiguiente os pertenecia y debia daros cuenta de mí mismo. Quiero que no tengais motivo de avergonzaros cuando se hable de mí delante de vosotros. Quiero que podais decir á los que os echen en cara haber invocado mi nombre y honrádole con 2.000,000 de votos: «Si esa bandera que habiamos escogido está caida, á lo menos no está manchada. Ya no nos precede, pero tampoco nos avergüenza.»

Se propala, se dice, se imprime (recojo hasta los cuchicheos para no dejar nada sin respuesta), se dice, pues, que he sido exaltado en la ambicion, débil en el ejercicio del poder durante los tres meses de mi parte de dictadura en el gobierno provisional.

Que he transigido con el *terrorismo*;

Que he pactado con el comunismo y seducido al pueblo con la promesa de la *organizacion del trabajo*;

Que he tramado con los gefes de las principales facciones que querian desnaturalizar y deshonorar la República;

Que he conspirado con los destinos de Vincennes, y facilitado armas á Sobrier con intencion perversa;

Que he tenido parte en las tentativas de propaganda armada hácia las fronteras de los gobiernos á quienes prometia una paz sincera;

«Que he comprometido la seguridad de la República no lanzando desde luego nuestras fuerzas mas allá del Rhin y de los Alpes;

«Que he retardado las elecciones para prolongar la dictadura del gobierno de que yo formaba parte;

«Que he sido cómplice de la manifestacion de los 200,000 hombres de 17 de marzo por mi conducta vacilante, y por no haber tomado medidas en la jornada de 16 de abril;

«Que despues de la reunion de la Asamblea nacional he rehusado por pusilanimidad el poder unitario que la Asamblea, segun dicen, estaba dispuesta á ofrecerme, y para el cual podian designarme á sus ojos 2.000,000 de sufragios;

«Que he inducido á la Asamblea nacional con esta negativa á formar una comision de gobierno sin unidad de voluntad, y sin firmeza para arrostrar las dificultades del momento;

«Que he hecho alianza en esa comision con hombres de opinion contraria á la mia y á la República moderada;

«Que el motivo de mi alianza inconcebible con esos adversarios políticos se funda en las relaciones vergonzosas y absurdas de interés que he tenido con ellos; en las dilapidaciones en comun del tesoro público, ó bien en una infame venalidad durante el último gobierno, que esos supuestos adversarios habian tenido en sus manos las pruebas de esta venalidad, y que me he visto obligado á comprar su silencio por medio de concesiones de opinion;

«Que he pagado mis deudas con el dinero de la República; que he hecho pasar á Inglaterra el fruto de estas concusiones;

«Que he mantenido los talleres nacionales para tener á raya á la Asamblea nacional, y hacer de los obreros un ejército dispuesto á la insurreccion;

«Que el 13 de mayo descubri voluntariamente á la Asamblea, y ví con secreta alegría la invasion impune de la sedicion en el recinto de la representacion nacional;

«Que no he sabido ó querido prever los acontecimientos del 23 de junio: que ni yo ni mis colegas preparamos las fuerzas militares necesarias para el órden ó el combate en el momento de la disolucion de los talleres nacionales, que por nuestra culpa faltó tropa, que á consecuencia de esta imprevision se prolongó la lucha, y que somos responsables de la sangre derramada.

«Hé aqui las inculpaciones. Las repito una á una. En lugar de refutar, refiero. No hay una sola circunstancia de esta relacion que no tenga por comprobante, ó numerosos testigos, ó piezas auténticas, ó todo un pueblo. No pido fé ni confianza sobre nada. Me comprometo á probar *todo* por testimonios.»

Pasa en seguida Mr. de Lamartine á refutar uno por uno todos los anteriores cargos, y despues de presentar en su apoyo los hechos, las fechas y las actas de la comision ejecutiva, prosigue narrando cuanto hizo hasta el momento en que esta verificó su dimision, y termina su estenso documento del siguiente modo:

«Ciudadanos, ¡hé aqui la luz! Reconoced á vuestros amigos. Los partidos que tienen un resentimiento pasajero contra la República, calumnian especialmente á los republicanos moderados; saben muy bien que la República no puede triunfar si no por medio de la moderacion; que la tierra francesa no se dejaría despedazar ni una hora por el comunismo; que la tierra francesa no sostendria quince dias el cadalso; que la tierra francesa vomitaria la sangre que la querrian hacer beber los plagiarios del terror para buscar no sé que salvaje grandeza en los excesos y en el crimen, no sabiendo hallarla en la moderacion y en la virtud!

«Estos son los peores enemigos de nuestra república, porque el único peligro de la república es su nombre, es el recuerdo de 93, que esos hombres se esfuerzan continuamente en renovar, mientras los verdaderos republicanos como nosotros se esfuerzan continuamente en borrarlos. Pero el 93 no era la República, era la revolucion. ¿Seria, pues, lícito á algunos meses de nuestra historia calumniar para siempre el gobierno de la libertad entre nosotros? ¿Seria lícito á esa sangre manchar todo un siglo? ¡No! ¡Nosotros mostraremos al mundo que sabemos á un mismo tiempo conquistar y contener la República, ese reinado de todos. La República inspirada de Washington triunfará de la República de Babouf, de Robespierre y de Danton. ¡A otro siglo, otros pensamientos! ¡A otros pensamientos, otros hombres! Esta es la verdadera ley de las sociedades. La eleccion que habeis hecho de vuestros representantes en la Asamblea nacional, es una garantía del triunfo de la República popular y regular, tal como nosotros la entendemos. La honradez del pueblo es lo que habeis enviado en ellos. La honradez del pueblo es su salvacion. La Asamblea salvará á la Francia.

«Nuestra única gloria es haberla presentido. Uníos mas y mas á la Asamblea nacional; es vuestra soberana; es digna de vosotros. Solamente concededle tiempo: La impaciencia es la violencia de las buenas tentaciones. ¡No se constituye en tres meses el gobierno de un siglo!

«¡Recibid mi adios, ciudadanos! Nombrado diez veces por vosotros como significacion, no como hombre confundido desde hoy en las filas de los simples ciudadanos; descendido de un poder demasiado alto para mi ambicion, y no deseando volver á subir á él, olvidadme, no me acuseis. Tal vez solo un dia he merecido vuestros votos; el dia en que los he sacrificado á la concordia. Por mi parte, yo me acordaré de vosotros

todos los dias de mi vida pública. Cada vez que arroje á la urna un voto de buena intencion para el pueblo, de firmeza contra las facciones, de salvacion para la patria, para la familia, para la propiedad, para la conciencia, para la sociedad, me diré que hecho con el mio vuestro propio pensamiento! Me diré que dos millones de ciudadanos votan conmigo por esa república unánime que no es á vuestros ojos ni á los míos otra cosa que el interés de todos, legitimado por el derecho de todos y defendido por las manos de todos, en el mas libre y el mas fuerte de todos los gobiernos. Paris 25 de agosto de 1848.—LAMARTINE, representante del pueblo.»

El mismo dia 27, á consecuencia de una reunion que habian celebrado pocos dias antes los periodistas de Paris, en la que acordaron hacer una protesta en nombre de la prensa, presentaron la siguiente al general Cavaignac:

«Los que suscriben, en nombre y por el honor de la libertad de la prensa, á la cual representan aqui:

«Considerando que el poder ejecutivo, que por su decreto de 25 de junio de 1848 ha suprimido once periódicos, y encarcelado al redactor en jefe de uno de ellos, sin previo mandamiento judicial, ni formacion de proceso, ni condena:

«Considerando que esta violacion de la libertad individual, de la libertad de imprenta y de la propiedad, no ha sido desde luego por parte de los periodistas parisienses, objeto de una protesta colectiva, á consecuencia de la reserva que les ha sido impuesta por las circunstancias escepcionales en que se hallaba la capital:

«Considerando que el poder ejecutivo se ha dirigido á la Asamblea nacional para obtener leyes preventivas y represivas, que fuesen en lo sucesivo la regla de su conducta y la medida de su accion:

«Considerando que estas leyes han sido votadas tales como el poder ejecutivo lo habia pedido:

«Declaran que estas leyes son un atentado dirigido por el poder ejecutivo contra los derechos del poder legislativo, contra los derechos de la Asamblea nacional; porque un decreto dado, aunque sea con el preámbulo de costumbre, *oído el consejo de ministros*, no puede anular los efectos de las garantías de una ley:

«Declaran que esos decretos equivalen á la supresion de la libertad de imprenta, porque no solo dieron por resultado la suspension de un cierto número de periódicos, sino que roban á los demas la seguridad, sin la cual, aun en el ejercicio mas moderado del derecho menos sospechoso, no hay independencia, ni libertad:

«Declaran en fin, que esos decretos crean un régimen incomparablemente peor que el de la censura; porque segun una definicion tomada

del *Nacional* del 15 de agosto de 1835, la censura mutila, pero no en-
carcela ni arruina.

«Por consiguiente:

«Protestan con toda la energía de sus convicciones y toda la fuerza de su derecho, contra los decretos del poder ejecutivo, en virtud de los cuales algunos periódicos han sido suprimidos, y arrestados preventivamente algunos escritores.»

«Siguen 69 firmas.»

La conferencia celebrada con motivo de la presentacion de la anterior protesta, duró cerca de una hora, y terminó con las siguientes palabras del gefe del poder ejecutivo:

«Al suspender la publicacion de los diarios, cuyos ataques me parecian peligrosos para el establecimiento de la república, he creído cumplir con un deber, vosotros habeis cumplido con el vuestro, protestando contra un atentado que amengua la libertad de imprenta y los derechos de escritor público. Semejante protesta es un acto que os honra, y me estrañaria ciertamente que no levantaseis la voz en defensa de la dignidad de vuestra bandera. Yo lo esperaba.»

Las conmociones que mayores ó menores no han dejado de aquejar al vecino reino desde la instalacion de la República, se han reproducido últimamente en dos diferentes puntos, Lille y Montpellier. En el primero pudo atajarse el mal casi en su origen, que no fué otro que el de negarse los obreros á trabajar á destajo, deseando hacerlo á jornal. El prefecto de la ciudad consiguió restablecer la tranquilidad que solo se turbó un momento, y en seguida publicó una orden suspendiendo los talleres nacionales que se sostenian con los fondos del comun, y señalando á los obreros de ellos socorros para que subsistiesen mientras se les proporcionaba otros trabajos.

De mas consideracion fueron los desórdenes que estallaron en Montpellier en la noche del 29. Hacia algunos dias que numerosos grupos paseaban las calles de la ciudad cantando la *Marsellesa* y la *Caramagnola*, pero á consecuencia de los resultados anti-republicanos de las últimas elecciones, la irritacion de los ánimos llegó á su colmo, y no pudo contenerse la colision que de antemano se recelaba. Los alborotadores, entre quienes iban algunos con gorros frigos, se dirigieron á la Blanqueria, llevando á su frente un guardia nacional completamente uniformado, con el sable desnudo en una mano y en la otra una bandera; pero al intentar penetrar en la calle del Refugio, se opusieron sus habitantes. Entonces apareció una patrulla de guardias nacionales, y al punto se hizo mayor la confusion, disparáronse tiros por una y otra parte, de cuyos resultas cayó mortalmente herido un gendarme, habiéndolo sido tambien algunos ciudadanos. Acudieron al instante el prefecto y el te-

niente general, seguidos de gran número de ciudadanos y varios consejeros municipales; pero creyendo que aquello era una nueva invasión, comenzaron á lanzarles piedras, una de las cuales hirió al prefecto en la espalda, y otra á un comisario de policía. Afortunadamente cesó aquella confusion, y á media noche quedaba restablecida del todo la calma, y las tropas de la guarnicion se retiraron en su mayor parte á los cuarteles. De estos desgraciados sucesos, que dieron por resultado un muerto y varios heridos, se ocupaba ya la audiencia que empezó en seguida á formar la correspondiente sumaria.

Todos estos sucesos de las provincias llamaban bien poco la atencion de la Asamblea y del gobierno, engolfados como se hallaban en los interesantes debates que se suscitaban á cada instante en el seno de la representacion nacional. Muy dignos de llamar la atencion eran en verdad los trabajos de ésta, y no lo era menos la gran mayoría que constantemente aprobaba todas las disposiciones del gefe del poder ejecutivo. En la sesion del 2 de setiembre se trató de la cuestion del estado de sitio que algunos representantes hallaban justamente incompatible, sobre todo en aquellos momentos en que iba á discutirse la Constitucion de la República. Algunos oradores, entre ellos Ledru-Rollin y Victor Hugo, pronunciaron vehementes y acalorados discursos, y hasta hubo un representante, Mr. Fabeau, que dijo podria llamarse con mucha propiedad la nueva Constitucion discutida de aquel modo, la *Constitucion del estado de sitio*.

Pero este y otros muchos argumentos que se presentaron, fueron pulverizados, por el constante tema del general Cavaignac, de que era indispensable la continuacion del estado escepcional pues, que de otro modo podrian aun repetirse los horrores de la guerra civil: 529 votos contra 140 decidieron que continuara el estado de sitio, no obstant de que se pasara á discutir la nueva Constitucion.

Asi se verificó en efecto, comenzando en seguida los debates acerca de los ocho artículos que componian el preámbulo del proyecto de Constitucion, el cual fué aprobado al fin despues de algunas enmiendas.

Sin duda con el objeto de hacer alarde de las fuerzas materiales, é inspirar seguridad y confianza á los que temen por la conservacion de la tranquilidad pública, y de hacerse respetar de los que con motivo de la cuestion anterior y la de la prensa, hablaban de dictadura y tiranía: pasó el general Cavaignac el dia 3 una gran revista en el campo de Marte, á la que concurrieron la guardia nacional de París y de las cercanías, la guardia nacional movilizada, la republicana y todos los cuerpos que componen la guarnicion de París.

Otra grave cuestion, en fin, ocupaba actualmente los ánimos en París. La respuesta poco satisfactoria que dió el gobierno austriaco á las

ofertas de mediacion de la Francia y la Inglaterra en los asuntos de Italia; el envio de una flota á Venecia, y la formacion de una quinta division para reforzar el ejército de los Alpes, dieron lugar á fomentar los rumores de una próxima intervencion francesa en Italia.

ESPAÑA.

La prolongacion de la existencia y aun el aumento de las facciones montemolinistas en unos puntos, republicanas en otros, inspira serios temores, no solo porque pueda tomar cuerpo el gérmen de la insurreccion, sino por los atropellos y grandes perjuicios que causan en los puntos donde verifican sus continuas escursiones. Varios pueblos de Cataluña se lamentan continuamente del deplorable estado á que van quedando reducidos por las exigencias y vejaciones que les hacen sufrir todos los dias las gavillas de trabucaires que infestan aquel país, cuyos honrados habitantes no gozan un solo momento de tranquilidad.

Esto no ha podido menos de llamar la atencion del gobierno, hasta el punto de pensar en la variacion del gefe del ejército que opera en aquel Principado, hablándose con variedad del relevo del señor Pavía, y asegurándose como positiva la marcha del señor don Fernando Fernandez de Córdova á dicho punto con un mando importante.

Las facciones del Maestrazgo empezaron á sufrir una activa persecucion á causa de la llegada á aquel punto del general Villalonga, capitán general de Valencia y Murcia, siendo una de las primeras medidas que tomó la publicacion del siguiente

BANDO.

Don Juan Villalonga etc.—Habiéndose presentado en varios puntos de esta provincia algunas partidas carlistas, y pudiendo conducir á su pronto y completo terminio el que reuna mi autoridad todos los medios que le están concedidos por las leyes para circunstancias estraordinarias, vengo en ordenar lo siguiente:

Artículo 1.º El estado escepcional en que se encuentran varios par-

tidos judiciales de esta provincia, se hace estensivo á toda ella y á la parte de los reinos de Aragon y Cataluña, que por real decreto de 7 de agosto de 1857 fué agregada á la capitania general de mi cargo.

Art. 2.º Las autoridades civiles continuarán en el ejercicio de sus funciones; pero con dependencia de las militares en todo lo que tenga relacion con la persecucion de los enémiros y reservándome yo entender en aquellos asuntos que merezcan mi particular atencion.

Art. 3.º Las personas que se hubieren unido ó se uniesen á los rebeldes, y las que directa ó indirectamente los auxiliaren, quedarán sujetas á mi autoridad para determinar lo que proceda con arreglo á las leyes.

Y para que por nadie pueda alegarse ignorancia, se publicará y fijará este bando en los parages de costumbre, quedando á mi discreccion el adoptar las providencias convenientes contra las justicias de los pueblos donde no lo encontrase de manifiesto.

Cuartel general de Castellon de la Plana 1.º de setiembre de 1848.

JUAN DE VILLALONGA.

En Zaragoza se descubrió una conspiracion que se tramaba en aquella ciudad de acuerdo con los revolucionarios de la frontera y otros adeptos que tienen en los valles de Hecho y Ansó, con el objeto de levantar gente armada en la provincia y enarbolar juntos la bandera de la república. El plan concebido por los revolucionarios, era de bastante consideracion, y el que si hubieran conseguido llevar á cabo, habria ocasionado graves y trascendentales perjuicios. De resultados de esta proyectada conspiracion se han hecho y continuan haciéndose varias prisiones de personas al parecer complicadas en ella.

Las autoridades francesas, para evitar la aglomeracion de emigrados españoles en la frontera, mandaron que se disolvieran las reuniones, é internasen todos los refugiados. He aqui una de las disposiciones que se tomaron:

PREFECTURA DE LOS PIRINEOS ORIENTALES.—*República francesa.*—«Ciudadano comisario. Por diferentes noticias que ha recibido el ciudadano ministro del Interior, se confirma la reunion considerable que se organiza en la frontera con el fin de penetrar en España y derribar el gobierno de la Reina. El ministro me previene haga disolver dicha reunion é internar á todos los refugiados que residan en este departamento sin fundado motivo.

«Nada hasta el presente ratifica la exactitud de esta noticia, pero es preciso tomar con urgencia las medidas necesarias para evitar nuevas reuniones en la frontera.

«Os invito á que redobleis la vigilancia á fin de impedir el que los refugiados penetren clandestinamente en España. La presencia de estos

extrangeros no debe de ser tolerada por ningun concepto, y los que fueren aprehendidos serán conducidos á Perpiñan. Me dareis parte del resultado de vuestra vigilancia.

Perpiñan 2 de setiembre de 1848.—Salud y fraternidad.—Por ausencia del prefecto, el consejero de prefectura, BOYDENARD.—Al ciudadano comisario de policia de Perthus.

La primera de las disposiciones del gobierno durante la última quincena fué la admision de la renuncia que el señor don Angel Garcia Loigorri, conde de Vista-hermosa, presentó de los cargos de alcalde corregidor de Madrid y gefe político de la misma provincia, nombrando al mismo tiempo para este último cargo á don José Justiniani, marqués de Peñafiorida; y posteriormente para el primero, al señor marqués de Santa Cruz. Por un decreto posterior se sirvió S. M. admitir tambien la dimision del capitan general de Castilla la Nueva, don Rafael Arostegui, conde de Mirasol, nombrando al propio tiempo para sucederle al teniente general de los ejércitos nacionales don Manuel Breton, conde de la Riva y Picamojoux.

Réstanos, en fin, hablar de otro decreto que hacia tiempo se esperaba y que por su grande importancia no podemos escusarnos de insertar íntegro á pesar de su mucha estension.

MINISTERIO DE HACIENDA.—*Esposicion á S. M. la Reina.*—Señora: Al hacerme cargo del ministerio de Hacienda que V. M. tuvo la bondad de confiarme, no podia dejar de llamar primeramente mi atencion la paralización que se advertia en casi todas las operaciones mercantiles, y el embarazo que se experimentaba en la adquisicion de los objetos mas necesarios á la vida. El motivo era claro y estaba bien patente. Habia, y aun hay, desconfianza respecto á la circulacion y pago de los billetes del Banco español de S. Fernando.

En las circunstancias difíciles porque está pasando la Europa, en las vicisitudes de nuestra nacion, en las relaciones que en tan grande escala existieron en los últimos años y aun existen hoy dia entre vuestro gobierno y el Banco, no era posible que dejase de afectarse algun tanto el crédito de este establecimiento, sin tomar en cuenta otros accidentes que en él han ocurrido.

Pero el mal, Señora, tenia en mi concepto remedio, y al gobierno de V. M. incumbia principalmente aplicarle; primero, por los créditos que el Banco tiene hoy dia contra el gobierno, originados de las cantidades que le ha adelantado; segundo, por los servicios muy señalados que con este motivo le ha prestado, y tercero, por las graves consecuencias que pudieran ocasionarse si el Banco sufriera considerablemente en sus valores, y si sus billetes, creados con autorizacion del gobierno, y emitidos bajo su inspeccion, dejasen de corresponder á la confianza con que el pú-

blico los había recibido, y de responder del valor que representan, y que por ellos ha sido dado.

Casi todos los gobiernos de los pueblos mas ricos y civilizados de Europa han tenido que venir en auxilio de sus Bancos por mas de una vez. Establecimientos de crédito, son estremadamente sensibles á las vicisitudes por donde pasan los gobiernos, y se resienten ademas de todas las crisis comerciales, de toda escasez en la produccion en que tanta parte tienen los accidentes naturales independientemente del gobierno y de la política. Pero esta misma circunstancia, los servicios que generalmente prestan y las hondas raices que echan en la sociedad donde por largo tiempo existieron, imponen á los gobiernos el deber de mirarlos con particular predileccion y cuidado.

Cumple vuestro ministro de Hacienda hoy dia este deber en el proyecto de decreto que tiene la honra de presentar á V. M. de acuerdo con el Consejo de ministros, como lo cumplieron sus antecesores en otros que con el mismo objeto y para el mismo fin sometieron á vuestra augusta sancion. Las disposiciones que en el actual se contienen, son sencillas y de fácil ejecucion, y por esta razon principalmente, confian los ministros de V. M. en que han de ser eficaces. Disipar cualquiera desconfianza que pudiera haber respecto al cambio de los billetes del Banco, hacer que aquel se verifique sin el menor estorbo ni embarazo; tener constante y fielmente representado su valor real y positivo en capitales que de él respondan, hé aqui, Señora, la base del decreto que ruego á V. M. se digné aprobar y mandar expedir.

Madrid 8 de setiembre de 1848.—Señora.—A. L. R. P. de V. M.

ALEJANDRO MON.

REAL DECRETO.

En consideracion á lo que me ha espuesto el ministro de Hacienda, y de conformidad con el parecer del Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Art. 1.^o La emision, pago y amortizacion de los billetes del Banco, se verificarán desde hoy en un departamento separado de los otros en que el Banco ejecuta las demas operaciones de su instituto.

Art. 2.^o En este departamento habrá una caja que tendrá por principal objeto cambiar á metálico los billetes en el acto de su presentacion, para lo cual estará dotada de valores reales y efectivos en la cantidad suficiente.

Art. 3.^o Regirá el departamento de emision, pago y amortizacion de billetes una junta compuesta de un director general del Tesoro público y el del Banco, dos individuos que me reservo nombrar entre las personas notables del comercio de Madrid, otros dos elegidos por la

junta de gobierno del Banco, y un gefe superior gerente del mismo departamento que tambien me reservo nombrar.

De esta junta será presidente sin voto el comisario régio del Banco, y á falta de este, uno de los vocales por el órden de su nombramiento.

Art. 4.º Los billetes del Banco español de San Fernando que han de continuar en circulacion, no escederán por ahora de la suma total de cien millones de reales. Los que pasen hoy de este limite se inutilizarán á medida que se recojan, bien sea en pago del empréstito forzoso de los derechos de aduanas, segun está mandado, ó bien porque se paguen en metálico.

Art. 5.º En la caja del departamento de emision, pago y amortizacion de billetes, ingresarán el mismo dia que se establezca los cien millones de reales en valores destinados á garantir la total cantidad de billetes en circulacion.

Estos valores son los siguientes.

33.813,435 rs. en efectivo metálico.

28.800,000 valor liquido con descuento de 20 por 100 de 36.000,000 de obligaciones de compradores de bienes nacionales, pagaderas en los años de 1849 y 1850.

26.826,800 idem al cambio de 9 por 100 de 29.480,000 de libranzas de la direccion general del Tesoro, á cargo de las reales cajas de la Habana, pagaderas desde julio de este año.

669,721 idem al 19 por 100 de 3.524,831 rs. y 15 mrs. de títulos de la deuda del 3 por 100.

9.890,044 idem al 6 por 100 de 164.834,077 rs. y 32 mrs. de cupones sin capitalizar.

100.000,000

Art. 6.º Los billetes se admitirán ademas como dinero efectivo en pago de las rentas, contribuciones y derechos que deba percibir el estado en toda la Peninsula, bajo las reglas que para el efecto se dictarán.

Art. 7.º El Tesoro público se obliga á mantener constantemente en dicha caja una cantidad en efectivo metálico igual á la tercera parte del importe total de los billetes que estén en circulacion, conforme á lo dispuesto en el artículo 9.º de los estatutos que tuve á bien dar al Banco español de San Fernando, por mi real decreto de 22 de marzo último.

Tambien se obliga á mantener las dos terceras partes restantes en valores de seguro cobro, reponiéndolos á satisfaccion de la junta di-

rectiva del departamento de billetes, á medida que se conviertan en metálico, ó cuando la misma junta lo considere conveniente.

Art. 8.º No podrá en lo sucesivo aumentarse la cantidad de billetes espresados en el artículo 4.º sin que préviamente ingrese en dicha caja una suma igual de valores en la proporción establecida en el artículo anterior y sin que preceda un real decreto de acuerdo con el consejo de ministros.

Art. 9.º De los 180.416,600 rs. de billetes que segun el estado de 14 de junio de este año, publicado en la Gaceta de 22 del mismo mes, tenia en circulacion el Banco en aquella fecha, se deducirá el importe de los que se hayan admitido en pago de derechos de aduanas hasta fin de agosto último y estén reintegrados por dicho establecimiento, cargándosele la cantidad restante en su cuenta corriente con el Tesoro público, como responsable del pago de los billetes.

El saldo que hecha esta operacion debe resultar á favor del Estado le satisfará el Banco, devolviendo la parte correspondiente de valores del Tesoro no realizados, en los mismos términos que los tiene recibidos.

Tambien devolverá todos los demas valores que le ha entregado el Tesoro en garantía de sus descubiertos.

Art. 10. La junta directiva del departamento de emision, pago y amortizacion de billetes publicará semanalmente un estado de todas las operaciones de la caja, con espresion de las existencias en metálico y valores, y de la cantidad de billetes que estén en circulacion.

Art. 11. El ministro de Hacienda someterá á mi real aprobacion el reglamento que han de observar en su régimen y gobierno interior las oficinas del departamento.

Dado en palacio á 8 de setiembre de 1848.—Rubricado de la real mano.—El ministro de Hacienda:

ALEJANDRO MON.

Consiguiente á lo dispuesto en el anterior decreto, se dignó nombrar S. M. con la misma fecha para vocales de la junta directiva del departamento de emision, pago y amortizacion de billetes á los señores don Antonio Guillermo Moreno y don Juan Sevillano, marqués de Fuentes del Duero; y gefe superior gerente del mismo departamento á don Esteban Pareja, gefe de seccion cesante del ministerio de Hacienda.

Los graves perjuicios que se irrogaban al comercio en particular, y á todas las clases en general, de la grande dificultad si no imposibilidad de reducir á metálico los billetes del Banco, reclamaban imperiosamente una medida de esta especie. Los efectos que produjo inmediatamente, fueron la baja del cambio á que se hallaban los billetes, pero esta ha sido muy poco duradera, pues que apenas trascurridos ocho dias, ya em

pieza á notarse otra vez una nueva subida, que aunque lenta, impide el que renazca la confianza y el crédito, sin lo cual se entorpecen todas las operaciones del comercio é industria que ahora mas que nunca necesitan consolidarse por todos los medios posibles.

El dia 6 se dignó S. M. la reina recibir en audiencia privada, con las formalidades de costumbre, al señor baron del Asilo, encargado de negocios del rey de Dinamarca, y al presentar á S. M. la carta que le acredita de ministro residente en esta córte, pronunció el siguiente discurso:

«Señora: El rey mi augusto Soberano ha sabido apreciar el nuevo testimonio de estimacion y de amistad que V. M. le ha dado elevando el rango del representante que tiene cerca de su real persona, y se ha dignado tambien por su parte acreditarme cerca de V. M., en calidad de ministro residente, por la carta real que tengo el honor de presentar á V. M.

«Meatrevo á concebir la esperanza de que V. M., dignándose concederme la continuacion de las reales bondades con que he sido honrado en esta córte, hace ya 18 años, me pondrá en estado de corresponder dignamente al vivo deseo que anima á mi rey de consolidar cada vez mas las relaciones de buena y leal amistad, tan preciosa para los dos paises, y de la cual las Antillas danesas acaban de experimentar los saludables efectos.

«A este noble fin se dirigirán todos mis esfuerzos, y me lisongeo de poder conseguirlo si la Divina Providencia se digna concederme la dicha de continuar mereciendo la confianza de mi soberano y la de V. M.

S. M. se dignó contestar en estos términos:

«La credencial que me presentais, señor baron, y que recibo con singular agrado, es un testimonio público del aprecio que mi augusto aliado el rey de Dinamarca hace de vuestros distinguidos servicios. Ha querido recompensarlo elevándoos al rango de ministro residente, y yo os doy por este nuevo título el mas sincero parabien.

«Podeis estar seguro de que no se disminuirá en manera alguna la benevolencia con que siempre os he tratado, ni la buena acogida que habeis hallado en esta córte durante tantos años; y nada será para mí tan grato como encontrar ocasiones de patentizar á vuestro soberano lo mucho que agradezco la afectuosa amistad que me profesa, y cuán vivamente me intereso en su felicidad y la de su real familia, asi como en la posteridad de su reinado.»

«Enseguida el señor baron del Asilo presentó á S. M. al señor baron de Brockdorf, comisionado por S. M. danesa para entregar á S. M. el rey las insignias de la órden del Elefante, y elevó á manos de la reina una carta que al efecto le habia confiado su soberano. S. M. recibió al

señor baron de Brockdorf con su acostumbrada afabilidad, y le oyó con suma complacencia.

Concluida esta ceremonia con la etiqueta de estilo en semejantes casos, pasaron ambos diplomáticos extranjeros al cuarto de S. M. el rey, y el señor baron de Brockdorf puso en sus manos otra carta y la caja que contenia las insignias ya indicadas; y al mismo tiempo le dirigió algunas espresiones de afecto en nombre de su soberano, á las cuales tuvo á bien contestar S. M. con aprecio y satisfaccion.

ÚLTIMAS NOTICIAS.

ALEMANIA.

Se ha suscitado un conflicto, cuyas consecuencias pueden ser muy graves para la Alemania, entre el gobierno prusiano y el ministerio federal aleman de Francfort por una parte y la Asamblea nacional alemana residente en dicha ciudad, por otra, á consecuencia del armisticio recientemente celebrado por la Prusia, obrando no tan solo por sí propia, sino tambien en nombre de la Confederacion germanica, con el rey de Dinamarca que trataba en calidad de duque de Schleswig-Holstein.

Apresurábase la Prusia á terminar este arreglo, pues tenia que soportar los gastos de una guerra que, en último resultado, lejos de serle provechosa, causaba gran perjuicio á su comercio por la interrupcion de la navegacion del Báltico. Por lo tanto, con ayuda de la Suecia y la Inglaterra, celebró en Malmoe un convenio por el cual podian sus buques hacerse al mar antes de la estacion de los hielos. Pero la Prusia no estipuló, como llevamos dicho, por sí propia, y como muchos puntos del armisticio contenian disposiciones que, segun parece, no concordaban con las instrucciones dadas á la Prusia por el poder central de Francfort, la Asamblea nacional que se tenia reservado el conocimiento de todas las cuestiones relativas á la paz y á la guerra, intervino en el asunto. En la sesion del 4 de setiembre el ministro de negocios extranjeros de la confederacion, Mr. Heckseher, comunicó á la Asamblea nacional el armisticio de Malmoe; y á pesar de haberse justificado plenamente, halló una viva oposicion en la Asamblea. En vano se esforzaron el ministro y el subsecretario de Estado, Mr. Basermanz, en hacerla comprender que la reprobacion y aun hasta el aplazamiento del armisticio podia acarrear graves consecuencias; el partido belicoso, á cuya cabeza estaba Mr. Dahlmann, rechazó todas las consideraciones, y con motivo de una proposicion de Mr. Waitz, decidió la Asamblea, que le fuera presentado un informe sobre las medidas militares, en el término de veinte y cuatro horas. Presentado el

informe en la sesion del dia siguiente se adoptó por la Asamblea la suspension de la ejecucion del armisticio, cuyas consecuencias debian ser la renovacion de las hostilidades con Dinamarca y la retirada del ministerio federal de Francfort, que hizo esta cuestion de gabinete. Circuló al propio tiempo el rumor de que el Vicario del imperio, el archiduque Juan, declaró que queria hacer dimision de su cargo. Las tendencias agresivas de la Asamblea alemana contra las nacionalidades de sus vecinos, podrá quizá producir perniciosas consecuencias para la misma Alemania.

ITALIA.

Al fin se realizó la expedicion contra Sicilia, la cual se ha verificado bajo los mejores auspicios y con grandes esperanzas por parte de los napolitanos. La componen 24,000 hombres de tropas de desembarco que marcharon en veinte vapores, una fragata y algunos buques de transporte. Parece que el plan consiste en atacar á Mesina, que en sentir de los inteligentes es punto fácil de tomar, aunque otros pretenden que seria mas acertado dirigirse desde luego contra Palermo. Una vez que las tropas reales se hayan apoderado de las ciudades principales, lo demas quedará reducido á lo sumo á un combate de guerrillas.

En cuanto tuvieron los ingleses conocimiento de que la expedicion se preparaba á salir, despacharon algunas horas antes un vapor para que llevase á los sicilianos la noticia del dia y hora en que las tropas debian llegar, del número de ellas, plan de ataque y demas, cuyo conocimiento anticipado pudiera interesarles.

Inmediatamente que llegó el vapor inglés, se reunió el gobierno de Palermo en consejo secreto y decidió hacer *una resistencia heroica y digna de tan buena causa.*

Deciase ademas que los sicilianos conociendo el peligro en que se hallaban, habian manifestado deseos de transaccion, proponiendo dar la corona de Sicilia al hijo segundo del rey de Nápoles.

FRANCIA.

Háse arreglado al cabo el asunto de la mediacion anglo-francesa, que tan alarmados habia puesto los ánimos, y que habia inspirado sérios y fundados recelos, aun en las personas mas sensatas y moderadas, de que una guerra general iba á ser inevitable. Mr. Bastide, ministro de Negocios estrangeros de la República francesa, anunció oficialmente el dia 8 en la Asamblea la aceptacion por parte del Austria, asi como por la de Cerdeña, de la mediacion anglo-francesa. Iban á entablarse al momento las negociaciones, quedando suspendidas indefinidamente las hostilidades. Es de creer sin embargo que se prolonguen bastante las negociaciones; pero una vez aceptada la mediacion es muy probable que se asegure la paz.

PARTE CRITICA.

FR. GERUNDIO

ENMENDANDO LA PLANA Á LA ASAMBLEA FRANCESA.

En el nombre de Dios y del pueblo español, permitido sea á un humilde exclaustado, natural de estos atrasados dominios españoles, el atrevimiento de corregir la plana á los ilustrados representantes de la República francesa, de esa nacion que marcha á la cabeza de la civilizacion del mundo, y cuyos representantes deberán ser *ipso facto* la flor y la nata y la quinta esencia de esa civilizacion y de esa ilustracion que se proponen propagar por todo el orbe. Reconozco por lo tanto y confieso, yo FR GERUNDIO, que deberá parecer una osadía, una audacia, una temeridad, el solo intento, el pensamiento solo, la sola idea de ponerme á dar una leccion de filosofia política á hombres tan eminentes y tan grandes como los que encierra esa Asamblea. Pero si logro demostrar que este humildísimo habitante de la ruda y atrasada España, que no es nada en ella, ni siquiera representante, sino un simple FR. GERUNDIO, lo hubiera hecho mejor, si se hubiera puesto á ello, que esos ilustradísimos y proto-civilizados ciudadanos, ¿á dónde deberá ir á parar la fama gerundiana? ¡Ahí es nada lo del ojo! Y digo:

Que despues de haber encomendado la Asamblea la confeccion de un proyecto de Constitucion republicana á treinta y tantos individuos escogidos de entre los de mas reputacion literaria y política de ella; despues de haber estos ciudadanos empleado el largo tiempo que creyeron necesitar para elaborar su obra; despues de haber sido ámplia y detenidamente examinado y discutido el proyecto con el concurso de todas las luces reunidas; despues de darle mil vueltas y de hacerle mil enmiendas y modificaciones, oidas ya todas las opiniones y pareceres, fué por fin presentado á la Asamblea, como obra acabada á la cual no faltaba mas que la fórmula de la discusion pública y solemne, y como si dijéramos el sacramento de la confirmacion.

Y este tal proyecto lleva un preámbulo ó exordio, del cual solamente se propone mi paternidad ocuparse hoy, dividido en ocho párrafos, que dicen asi:

I.

«La Francia, al constituirse en República, se ha propuesto conservar en el mundo la iniciativa del progreso y de la «civilizacion, etc.»

II.

«La nacion francesa se constituye en República, una é indivisible.»

Al primer tapon zurrapas, que decimos los españoles no civilizados. ¿Qué es primero, declarar que la nacion francesa se constituye en República, ó declarar lo que se propone al constituirse en República? Lógica, ciudadanos representantes; lógica por amor de Dios. Desde que el mundo es mundo, y hasta que deje de ser mundo, *prius est esse quam operari*. ¿No veis que cuando decis en el párrafo 2.º que la Francia se constituye en República, la suponeis ya constituida en el párrafo 1.º? Yo infinitamente menos civilizado que vosotros, pero un poco mas lógico, hubiera dicho asi:

I. La nacion francesa se constituye en República, una é indivisible.

II. La Francia al constituirse en República, se ha propuesto, etc.

Al menos por la lógica de España os puedo garantizar que estaria mucho mejor; miento, asi estaria bien, y del otro modo mal. Pero si la lógica francesa, ó la lógica republicana es una lógica de inversiones, en ese caso no he dicho nada.

«La Francia, decis, al constituirse en República, se ha propuesto conservar en el mundo la iniciativa del progreso y «de la civilizacion.....» Esto como fanfarronada puede pasar; como declaracion solemne puesta en un proyecto de Constitucion, antójaseme un rasgo de vanidad, que sobre no venir al caso, no les sentará muy bien á otras naciones, y entre ellas á la Inglaterra, que se precia tambien de estar en posesion de esa iniciativa, que es mas antigua que la Francia en la carrera del progreso político, y que si os pone un pleito ante el tribunal del mundo, dudo mucho que el tribunal fallára en vuestro favor. De todos modos, siendo la modestia una de las virtudes que mas realzan al hombre civilizado, celebraria mucho que tomárais la iniciativa dando egemplo de ella. Y sobre esto no tengo mas que deciros, asi como tampoco sobre el resto del párrafo 4.º, sino que me alegraré que asi sea.

Y dice la tercera declaracion:

III.

«Reconoce (la Francia constituida en República) los derechos y los deberes anteriores á las leyes positivas é independientes de ellas.»

Muchas gracias por la fineza. No parece sino que hacen un favor en reconocer los derechos y los deberes anteriores á las leyes positivas, que es como decir, los derechos y los deberes naturales del hombre. ¿Y quién es la República francesa, ni ninguna República del mundo, ni ningun gobierno, cualquiera

que sea, para dejar de reconocer las leyes naturales? ¡Pues podría no reconocerlas! De manera, hermanos representantes, que si ese párrafo le habeis puesto en el sentido de que la República reconoce porque no es posible dejar de reconocer los derechos y los deberes naturales del hombre, habeis puesto una san-
dez, impropia de unos legisladores, impropia de hombres civilizados, é impropia de un proyecto de Constitucion. Si le habeis puesto en el sentido de que la República seria libre en reconocer ó alterar los derechos y deberes naturales del hombre, habeis consignado una heregía filosófico-social, y haceis un insulto á la humanidad, á la naturaleza y al autor de ella. Con que tomémoslo por sandez, que es la version mas favorable y benigna que puedo darlo, y vamos adelante.

IV.

«Lleva por dogma y divisa la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad.*»

Sobre esto nada tengo que decir sino que son tres bellas palabras que tambien el gobierno provisional tomó por divisa y por dogma, y si os descuidais dos dedos, con esa divisa os regalan una disolucion social; con esa divisa se han ensangrentado las calles de París, y ahora mismo con esa divisa diez mil ciudadanos libres é iguales van marchando por esos mares de Dios á disfrutar de la fraternidad en las islas del Nuevo Mundo, y con esa divisa los primeros que la tomaron ó andan prófugos por el Mundo Viejo, ó no pueden andar porque los teneis encerraditos para que no los tueste el sol. Pero en fin, las palabras son buenas, y no tengo nada que decir contra ellas.

V.

«Está resuelta á respetar las nacionalidades extranjeras, casi como sabrá hacer respetar la suya: no emprenderá ninguna guerra por via de conquista, ni empleará nunca sus fuerzas contra la libertad de los pueblos.»

Soy imparcial: esta declaracion me parece muy bien, y solo me resta desear que se cumpla. Sin embargo, esto de que no emprenderá ninguna guerra por via de conquista, anótaseme una redundancia muy superflua, que es una redundancia doble; porque si está resuelta á respetar las nacionalidades extranjeras, claro es que no se ha de meter á conquistadora: lo uno es consecuencia precisa de lo otro, y el expresarlo es lo que llamamos en España morlés de morlés, y el morlés de morlés parece muy mal en esta clase de documentos.

VI.

«La República impone á los ciudadanos y contrae con ellos deberes recíprocos.»

Esta es una verdad de las que hubiera puesto en un proyecto de Constitucion un ciudadano muy célebre que tuvimos en España, conocido por Pero Grullo, y así la hubiera puesto en una Constitucion republicana como en un Estatuto monárquico.

VII.

«Todo ciudadano debe amar á la patria, servir la República, defenderla aun á costa de su existencia, y contribuir para el sostenimiento del estado: tiene obligacion de procurarse el sustento por medio del trabajo y de reservarse ahorros para el porvenir: está obligado á concurrir al bienestar comun socorriendo fraternalmente á sus semejantes, y al orden general, observando las leyes morales y las leyes escritas que rigen á la sociedad humana, á la familia y al individuo.»

Los mandamientos de la ley de Dios son diez; el 1.º amar á Dios sobre todas las cosas; el 2.º no jurar su santo nombre en vano; el 3.º santificar las fiestas; el 4.º honrar padre y madre, etc. Si se propusieron hacer un pequeño compendio de moral, mas sencillo era decir: «todo francés está obligado á observar los mandamientos de la ley de Dios y á ejercer las

obras de misericordia.» Si se propusieron consignar deberes políticos, no sé yo qué derecho tenga ninguna república para imponer á un ciudadano la obligacion de hacer ahorros, ni por qué medios le podria obligar á ello.

VIII.

«La República está en el deber de proteger al ciudadano, «su persona, su familia, su religion, su propiedad y su trabajo, etc.»

Estimaría, yo FR. GERUNDIO, á los autores del proyecto de Constitucion que me dijeran si sabian de alguna república, ó de alguna otra forma de gobierno que no tenga este mismo deber para con los ciudadanos.

De modo que en resumidas cuentas, de los ocho artículos que constituyen el exordio y como el programa y la vanguardia del proyecto de Constitucion de la república francesa, el 1.º es una fanfarronada que solo se podria disimular en un artículo de periódico, ó en boca de algun representante como Victor Hugo que suele decir en la Asamblea: «En cuanto á mí, hombre del pensamiento y de la inteligencia.....»

El 2.º es casi el único que estaria en su lugar, si porque no haya nada en su lugar no le hubieran colocado el 2.º en vez de estar el 1.º

El 3.º ó es una sandez impertinente, ó es un insulto hecho á la naturaleza y al buen sentido.

El 4.º es la adopcion de una divisa que era muy bella, pero que es lástima la hayan encontrado tan ajada.

El 5.º es una declaracion que podrá ser muy provechosa si se cumple, pero que parece mas propia para programa de un ministerio que para preámbulo de una Constitucion.

El 6.º es una verdad de Pero Grullo, que no hay nadie á quien no le duela el alma de saberla.

El 7.º y 8.º contienen muy sanos principios de moraleja

cristiana; mas para consejos evangélicos son pocos, para preceptos políticos sobran.

Y estos ocho artículos han sido obra de la meditacion de los hombres mas ilustres de la Asamblea, y de meses enteros de exámen, discusion y modificacion en todas las secciones de la representacion nacional de esa nacion, «que se propone conservar en el mundo la iniciativa del progreso y de la civilizacion.» En España, aunque atrasados en la carrera de la civilizacion y del progreso, ó mucho me ciega el amor patrio, ó pienso que puestos á ello, aun con nuestras cortas luces hubiéramos hecho algo menos defectuoso. Por de pronto hubiéramos descartado esos preámbulos, mandados ya retirar de las Constituciones por supérfluos; pero aun en el caso de ingerirlos, mi paternidad por lo menos tiene la aprension de creer que conservando lo único que hay ó de necesario ó de útil en el susodicho exordio, se hubiera podido decir mas sencilla, mas breve, mas ordenada y mas modestamente:

I.

«La nacion francesa se constituye en República, una é indivisible.

II.

La Francia al constituirse en República se ha propuesto repartir equitativamente las cargas y ventajas sociales entre los ciudadanos, y hacer que alcancen todos ellos el mayor grado posible de moralidad, de ilustracion y de bienestar.

III.

La República respetará las nacionalidades estrangeras, al modo que está resuelta á hacer respetar la suya; y no empleará nunca sus fuerzas contra la libertad de los pueblos.

IV.

Adopta por dogma la libertad, la igualdad y la fraternidad. Para consignar, cumplir y garantizar los derechos y los

deberes que con arreglo á estos principios contraen recíprocamente la República y los ciudadanos, la Asamblea nacional congregada en nombre del pueblo francés decreta la siguiente CONSTITUCION.»

Que los hombres de razon comparen, y yo me callo. Y los 900 representantes de la nacion *que se propone conservar en el mundo la iniciativa de la civilizacion y del progreso*, tendrán la bondad de disimular el que un pobre fraile español, regularmente progresista, pero muy poco civilizado, haya tenido el atrevimiento de ponerse á enmendarles la plana.

POSTERIORMENTE.

Ya tenia mi paternidad escrito el anterior artículo, cuando se puso á discusion en la Asamblea el dichoso preámbulo del proyecto de Constitucion. Algunos representantes le combatieron fuertemente por inoportuno y mal redactado, entre ellos un obispo y un cura, lo cual da á conocer que el susodicho preámbulo no encuentra las mayores simpatías ni en la iglesia francesa ni en la española. Pero al fin el preámbulo fué aprobado en su totalidad por 491 votos contra 225. Entróse luego en la discusion de un diluvio de enmiendas, y despues de decirse algunas cosas buenas y muchos desatinos, los párrafos 1.º y 2.º quedaron poco mas ó menos en los términos que mi paternidad los ha redactado. El 3.º se conservó como estaba, de consiguiente se sancionó la sandez, y la enmienda de FR. GERUNDIO queda en su lugar. En el 4.º se substituyó á las palabras *dogma y divisa* la de *principios*. El 5.º, 6.º, 7.º se aprobaron como estaban: por consecuencia se aprobaron

los pleonasmos, las verdades de Pero Grullo, y las obras de misericordia, algo peor redactadas que en el Padre Astete.

Lejos, pues, de retirar mi paternidad sus enmiendas, las sostiene y ratifica, y las presenta y somete al exámen y juicio comparativo, no de la Asamblea de los 900, sino de la Asamblea general de los hombres de razon.

LA RESIGNACION.

— «Buena hora es esta de venir á casa, señor PELEGRIN! le dije á mi lego: ¿dónde has estado? ¿qué has hecho? ¿en qué te has entretenido?

— Todo se lo dire á vd., señor, me respondió, que bien puedo decirlo sin inconveniente. Vengo de ahí de la iglesia de al lado de oír un sermon.

— Ese es el que merecias que yo te echára, y algo mas fuerte que el que habrás oido.

— Como vd. guste, mi amo; todo lo conozco, y á todo me resigno.

— Aun el motivo de la tardanza, PELEGRIN, fuera algo disculpable si fuese cierto.

— Señor, si vd. no me cree á mí, pregúnteselo vd. á la gente que habia en la iglesia.

— Por vida mia que no dejas de apelar á buenos testigos; ¡facilillos serian de conocer y examinar! Pero á bien que no necesito de ellos para certificarme de si es cierto que has estado ó no. ¿De qué era el sermon, ó sobre qué tema ó asunto versaba?

— Señor, era sobre la resignacion cristiana; y por mas señas que lo hizo muy bien el Padre.

—Eso es en tí tan fácil de decir como difícil de probar; pues no estrañaria que aunque fuera un predicador adocenado, te hubiera parecido un abate Gioberti, ó un Padre Gavazzi, ó cuando menos un Padre Melloni, que son los que con sus elocuentes pláticas y discursos patrióticos traen ahora revueltos y entusiasmados á los italianos, produciendo demostraciones y movimientos populares como los de Turin y de Liorna, que ponen en no poco apuro al rey del Piamonte y al Gran Duque de Toscana; lo que prueba, PELEGRIN, la influencia que todavía ejercen en aquellos paises nuestros compañeros de profesion, siendo liberales.

—Señor, yo no conozco ni sé lo que son esos Gibertis, ni esos Gavachis y esos Melones, pero sé que el predicador de esta tarde lo ha hecho muy bien, no agraviando lo presente.

—¿Y no te acordarás de algo de lo que dijo, ó de algun ejemplo ó modelo que citára de esa virtud de la resignacion?

—Si señor, alli citó al Santo Job, y al glorioso mártir San Lorenzo, cuando le estaban tostando sobre las parrillas, que dijo con mucha resignacion: «volvedme del otro lado, que de este ya estoy asado.» Y puso otros varios ejemplos de que no podré acordarme yo ahora. Y trajo aquello del Evangelio que dice: «cuando te dieren una bofetada en una megilla, pon la otra para que te sacudan tambien en ella;» que es á lo que yo entiendo, el ultimatum á donde se puede llevar la resignacion.

—Y probablemente definiria la resignacion, aquella virtud ó disposicion del cristiano con que acepta y sufre sin murmurar las desgracias y aflicciones de esta vida, considerándolas como pruebas que nos envia la Providencia para hacernos merecedores de la felicidad eterna. Y no dejaria de citar las palabras de Bossuet, cuando dice que la resignacion no estingue la voluntad sino que la cautiva. Y que uno de los mayores beneficios que la religion ha hecho á la humanidad ha sido el consuelo que la resignacion cristiana le da en sus penalidades y sufrimientos.

—Todo eso dijo, si señor.

—¿Y qué mas, qué mas?

—Señor, no podré dar á vd. muchas mas señas, porque sobre no tener gran memoria para esto de sermones, estaba yo pensando en la Asamblea francesa.

—¡Ah bribon, sin vergüenza! ¿Con que en esas cosas piensas tú cuando vas á los sermones? Al fin si al oír predicar de la resignacion te hubiera llevado el pensamiento á nuestros pobres presos y desterrados, aunque sea por causas políticas y profanas, comprenderia la relacion entre el sermón y tu pensamiento, porque bien necesitan estos infelices de resignacion. ¡Pero pensar en la Asamblea francesa! ¿Qué diablos tiene que ver la Asamblea francesa con la resignacion cristiana?

—Y mucho que tiene, mi amo; como que estaba yo diciendo para mí: ¿cómo no citará este buen señor á la Asamblea nacional francesa por ejemplo de resignacion y conformidad cristiana? Que bien mereciera citarse al lado del señor San Lorenzo.

—¿Sabes, PELEGRIN, que tienes pensamientos muy raros y muy estrambóticos? ¿Qué conexión ó enlace puede haber entre la Asamblea de la República y un sermón sobre la resignacion cristiana?

—Señor, recostado yo allí á una columna del templo, discurría de este modo; «si la resignacion cristiana consiste, como dice el padre, en sufrir sin chistar ni pistar los trabajillos de este valle de lágrimas, siendo como es el estado de sitio uno de estos trabajillos y miserias de la vida humana, segun los mas graves autores, puesto que el mismo mártir San Lorenzo no hubiera sido quemado si los cristianos no hubieran estado entonces en estado de sitio; no sé yo qué mayor ejemplo pueda darse de resignacion cristiana que el que está dando la Asamblea de la República francesa, que no solo lleva el estado de sitio con una santa conformidad, sino que se alegra y canta alabanzas al que le ha puesto y le conserva, como aquellos niños que cuando estaban quemándose en el horno

cantaban alabanzas al Señor, según contó el mismo predicador de esta tarde.

—Y tan cierto es eso, PELEGRIN, que habiendo hecho últimamente varios representantes una proposición para que se levantara el estado de sitio, á lo menos mientras se discutía y votaba la Constitución de la República, porque no era cosa bien vista ni decente que una Constitución se hiciera en un estado que impone falta de libertad; la Asamblea, oído el general Cavaignac, desechó la proposición por una mayoría de 529 votos contra 140, que es como decir que se encuentra muy bien hallada con el estado de sitio, y que es su voluntad que prosiga, y que así y no de otra manera debe hacerse la Constitución republicana.

—¿Ve vd. ahora, mi amo, como no andaba extraviado mi pensamiento en irse á la Asamblea de la República cuando me estaban predicando de la resignación? Y esto me hace irme aficionando otra vez un tantico á la República, porque veo que los representantes de la Asamblea republicana son en su mayor parte muy buenos cristianos, toda vez que así tan humildemente sobrellevan el estado de sitio y la privación de libertad que este trae.

—Pues yo creo por el contrario, PELEGRIN; yo voy creyendo que el estado de sitio es el estado y modelo de la mas completa libertad. Porque una república que *se propone conservar en el mundo la iniciativa de la civilización y del progreso*, una república que lleva por el primero de sus dogmas *la libertad*, y que da al mundo el ejemplo de constituirse *en estado de sitio*, prueba, PELEGRIN, de que el estado de sitio no es lo que hasta ahora creíamos que era, sino que debe ser la situación mas conforme á la libertad y al progreso.

—Señor, yo soy un simple lego, como vd. sabe; pero lego como soy, digo y repito, que si esa es la manera de enseñar libertad y civilización al mundo, arrenuncio á esa civilización y á esa libertad; y eso me da que lo digan 529 representantes que si lo dijeran cinco mil. Y sobre todo, mi amo, acuér-

dese vd. que cuando Cristo Nuestro Señor pronunció la palabra *sitio* fué cuando ya iba á espirar, y porque se quejó del estado de sitio en que le tenian le dieron á beber hiel y vinagre, y luego le crucificaron, conque si esta es la libertad, que venga Dios y lo vea.

—Me haces reír, aunque no quiera, con tus cosas, PELEGRIN. Esa palabra *sitio* que Cristo pronunció poco antes de espirar, es una palabra latina que significa *tengo sed*. De consiguiente ya ves tú cuán distante está de tener la significacion que tú la atribuyes.

—Pues bien, mi amo; no necesito tampoco acudir al Evangelio para probar que el estado de sitio es una distracion de la libertad.

—Restriccion es lo que querrás decir en tal caso.

—Eso, si señor; y que proclamarse los apóstoles de la libertad del mundo, y principiar por hacer una constitucion para ellos mismos en estado de sitio, es un contra-sentido que no se le ocurriria á un pobre lego de España; y asi, ya que vd. les ha enmendado la plana en el preámbulo de la Constitucion, deje vd. á su lego que se la enmiende en el modo de hacerla.

—Yo creo, PELEGRIN, que esos mismos 529 representantes republicanos opinarán en su fondo acerca del estado de sitio lo mismo que tú, y aun lo mismo que yo, á hablar con formalidad; pero dijo Cavaignac que era muy conveniente que prosiguiera para discutir la Constitucion, y se resignaron.

—Pues señor, si lo dijo Blas, punto redondo; que yo no sé cómo se llamará el hermano Cavaignac de nombre, pero debe llamarse Blas para la Asamblea; y esta es otra resignacion que no me parece muy cristiana. Y por cuanto no tengo mas que decir de mi sermon de esta tarde, hagamos nosotros aqui punto redondo, si á vd. le parece.

—Pues ahora no quiero yo hacer punto redondo: porque ya que te has explicado asi, voy á demostrarte que tambien en la Asamblea hay representantes que piensan como tú.

Oye, oye la enmienda que presentó al proyecto de Constitución Mr. Deville, y que se imprimió, repartió y llevó los honores de la discusión.

En presencia de Dios (decía este diputado): bajo el reinado del estado de sitio, destructor de toda libertad, y especialmente de la de imprenta, que suprime y suspende á su capricho; bajo el régimen de la autoridad militar, que no entiende palabra de las necesidades de la sociedad, y que por su sola existencia reprime, al mismo tiempo que el espíritu público, la manifestación de todas las ideas y de todas las verdades, tan útiles de propagarse en el momento en que se van á discutir las bases de la Constitución; bajo este régimen bárbaro y violento, terror de los ciudadanos, á quienes puede arrestar sin limitación y sin formación de causa, arrancarlos á sus jueces ordinarios y entregarlos á los consejos de guerra; en nombre del pueblo francés, y cediendo á la opresión que pesa sobre París, la Asamblea nacional proclama y decreta.....»

—¡Ah, buen francés! exclamó TIRABEQUE; algo brusco me pareces, pero has dicho unas verdades como templos, y no parece sino que te ha estado soplando al oído este tu lego que te estima y ver desea. Y diga vd., mi amo; ¿se discutió esa inocente y humilde enmiendilla?

—No solo se discutió, sino que el bueno de Deville acabó de remachar el clavo en el discurso de la discusión, emitiendo una porción de frases y pensamientos del tenor siguiente: «Si hablo de esta manera, es porque como militar antiguo que soy, he aprendido perfectamente á conocer *las amenidades del régimen del sable.*» Pero su enmienda, como debes suponer, fué desechada casi por unanimidad.

—Esto era de esperar, mi amo, pero la píldora allá la tienen, y las verdades siempre son verdades aunque las desechen muchos, y aunque se digan á lo militar como ese Mr. Deville, ó á lo lego como un servidor de vd., que si no es parlamentario, menos parlamentaria es una Constitución republicana en estado de sitio, que es lo que se pretendía demostrar, y punto redondo.

YA PARECIO AQUELLO.

Figuráos hermanos míos, la alegría que recibirá el hermano Montemayor, el inventor de los Eolos, el día que llegue á realizar (si á este día no se anticipa el del juicio) su dorado sueño de la dirección del globo, y á cruzar la España de Norte á Sur y de Oriente á Poniente en cosa de dos ó tres horas con sus correspondientes descansos. Figuráos el gozo y contentamiento que tendrá el hermano don Manuel Palomino, de Sevilla, el reciente inventor del movimiento perpétuo, el día que llegue á hacer la demostración práctica (si antes no se le acaba á él el movimiento de la vida, que por desgracia no es perpétuo) de ese famoso descubrimiento sobre el que han trabajado en vano los sabios del mundo, incluso el famoso autor de las pilas eléctricas. Aunque por una parte tengo para mí que el movimiento continuo está descubierto, á lo menos para Europa, desde el 24 de febrero, y por otra temo que este Palomino no se nos aturda, como todos los autores de grandes proyectos en España, sean palominos ó sean palomos.

Figuráos, digo, la alegría que experimentarían estos dos inventores el día que vieran realizados sus famosos descubrimientos, y á esto solo sería comparable la que mostró en su rostro y en sus palabras mi lego TIRABEQUE al entrar la mañana del 9 en mi celda de estudio.

—«Buena nueva, mi amo, me dijo; ya pareció aquello, gracias á Dios y al hermano Mon, que aunque no soy amigo suyo, es decir, de este último, he dado mi palabra de ser imparcial, y estoy resuelto á cumplirla. Y digo que ya pareció aquello que tanto anhelábamos, y ahora parece que va de veras. Por decontado ya tenemos circo-circa de 34 millones en efectivo metálico, y hasta 100 en valores de seguro cobro.

—¿Y de dónde nos ha venido de repente tanto dinero?

—De las provincias, señor, y de otras partes.

—¿Pero es para nosotros?

—Es decir, mi amo, para nosotros dos solos no es; ¿á dónde iba á parar? Era yo capaz entonces de declarar la guerra al Austria y á la Rusia: pero es para nosotros los tenedores de billetes del Banco. Y para que vd. no dude de ello, aqui lo tiene vd. oficialmente de oficio.»

Sacó entonces la Gaceta, que oculta bajo la solapa de su chaqueta traia, y que él habia ya leído, porque hacia cerca de un mes que con el ansia de saber qué medidas tomaba el hermano Mon acerca de los billetes se me apoderaba diariamente de la Gaceta, la examinaba, y me la entregaba doblada diciendo: «no gaste vd. el tiempo en desdoblarla, mi amo, que no trae nada de aquello.» Tomé pues, yo FR. GERUNDIO, el diario oficial, me calé las antiparras, y me puse á leer el decreto sobre billetes del Banco.

Leído que le hube, «paréceme en efecto, PELEGRIN, le dije, que este décimoquinto decreto sobre billetes, debe surtir el efecto tan apetecido de disminuir en gran parte el papel, y de poner á la par el resto de lo que quede en circulacion. Encuentro aqui disposiciones que me parecen oportunas y que deben conducir derechamente al objeto. Tal es la creacion de una caja separada en el Banco, destinada esclusivamente para el cambio á metálico de los billetes en el acto de su presentacion. Tal es la existencia en caja de la tercera parte en efectivo del valor de los billetes que hayan de circular, y de las otras dos terceras partes en valores de seguro cobro. Tal es la admision de los billetes como dinero efectivo en pago de contribuciones en toda la Península. Tal es tambien la obligacion que se impone á la junta de este departamento de publicar semanalmente un estado de todas las operaciones de la caja, con espresion de las existencias en metálico y valores, y de la cantidad de billetes en circulacion.

Todas estas medidas, PELEGRIN, téngolas por muy buenas

para el objeto si se hacen efectivas, y serán mejores si se realizan, no ahora al pronto solamente, sino tambien en lo sucesivo. Que en esta nuestra patria bendita no suele estar el mal en que no se escriban y en que no se empiecen cosas muy escelentes y muy útiles y aun muy grandes; al contrario, acaso no hay pais ni de mas proyectos, ni de mas planes, ni de mas empiezos; pero tampoco le habrá de menos acabamientos, y de menos conclusiones y remates. Esto no es decir que tal haya de suceder al decreto que nos ocupa, y que tanta alegría te ha causado: es solo un temor, y la expresion de mi deseo de que no suceda.

Por otra parte no sé si tú habrás pensado que el dinero y los valores que se destinan al pago y garantía de los billetes necesariamente han de salir de alguna parte y dejar desatendidas otras obligaciones, asi como su admision en pago de todas las contribuciones y derechos del estado y su amortizacion hasta reducirlos á los cien millones circulantes ha de ocasionar la disminucion consiguiente en el efectivo de ingresos de las rentas del estado, y que este déficit se ha de hacer sentir indispensablemente, y que algunas clases son las que lo han de pagar á costa de no pagarles á ellas, á no ser que á este decreto siguieran otros haciendo las economías que la situacion del pais y la del tesoro reclaman, y que yo no me atrevo á esperar. Tampoco habrás pensado en que no basta tener ahora treinta y tres ó treinta y cuatro millones de reales en efectivo para atender á los cambios que ocurran, sino que dentro de pocos dias ha de ser necesario reponer esta cantidad si los tenedores de billetes acuden á verificar sus cambios.

—Como acudiremos, señor; y confiésole á vd. que en mi alegría no habia pensado en nada de eso: y ahora conozco y caigo en que para vestir á un santo precisamente tendrá el hermano Mon que desnudar á otros, puesto que la tela no alcanza para todos, lo cual no deja de ser un inconveniente. Pero asi con todo tengo para mí que la medida mas urgente era esta, porque sin crédito no hay nada, y que aun los mismos

empleados, que serán acaso los santos que tengan que desnudarse de alguna parte de su ropilla, lo deben de agradecer, porque si habian de seguir cobrando en billetes y perdiendo el tanto por ciento, casi casi les vale mas pasar el susto de una vez, y saber que despues han de cobrar en dinero contante y limpio. Y sobre todo, mi amo, páguenos á los tenedores de billetes, póngase otra vez nuestro metálico en circulacion, y yo no sé lo que es, mi amo, pero cuando circula el dinero todo el mundo vive. Con que asi lo que deseo es que se ponga cuanto antes corriente esa caja, y el dia que esto suceda, si vd. no lo lleva á mal, he de echar un trinquis—fortis segun lo tengo prometido.»

Si grande fué la alegría que esperimentó mi lego TIRABEQUE con la lectura del real decreto, no fué menor su alborozo la mañana del 11 al leer en la *Gaceta* que instalada ya en la tarde anterior la junta de emision, pago y amortizacion de billetes del Banco, comenzaban en aquella misma mañana las operaciones de cambio. Aun no me habia servido el chocolate y ya queria ir á cambiar. «Ten un poco de calma, le dije, que aun no es la hora, y ademas, primero son tus obligaciones.» Trabajo le costó esperar hasta las doce. A esta hora, despues de haber hecho sus labores aturdidamente y con poco concierto, me volvió á preguntar:

—«Señor, ¿voy?»

—Vete, hombre, vete, le dije, y déjame en paz. Mira; lleva primero los de cuatro mil, que son los de mas difícil cambio para los usos ordinarios de la vida.

—Señor, esos son los que yo llevaria primero sin necesidad de que vd. me lo advirtiese, si los tuviera.

—Pues lleva de los de mil; en fin, empieza por los mas grandes que tengas.

—¿Qué querria yo, mi amo, sino tener de los de á mil?

—¿Tampoco? Pues lleva los de quinientos, que en resumidas cuentas eso les da á los de la caja pagar mil rs. por dos billetes que pagarlos por uno.

—Señor, y á mí tambien me seria igual el recibirlos, si tuvieras billetes de á quinientos que cobrar.

—Por lo que veo, PELEGRIN, eras el tenedor de billetes mas feliz que habia, pues los de doscientos, únicos que das á entender te han quedado, sobre ser los mas fáciles de cambiar, eran los que menos quebranto ó menos pérdida tenian, y mejor era poseer muchos de doscientos que pocos de cuatro mil.

—Así es la verdad, mi amo, que eso era muy bueno para el que los tenia.

—¿Apostemos, PELEGRIN, á que salimos ahora con que no tienes ningun billete?

—Perdone vd., Señor, y poco á poco con eso. Soy tenedor de un billete de doscientos rs.»

Toda mi gravedad gerundiana se fué al traste con esta salida de mi lego, y me eché á reir como un tonto. «Pero hombre, le dije, ¿eres tú el que anteayer repetia con tanto tono: «nosotros los tenedores de billetes,» «póngase en circulacion nuestro metálico,» y otras frases semejantes?

—¿Qué quiere vd., señor? En primer lugar, tenedor que tiene un billete, tenedor es; y cuántos pobres habrá que no tengan otro tanto; y gracias á mi conducta, que lo que es el salario de lego no da de sí para ahorrar muchos billetes. Y en segundo lugar, que por lo mismo que soy el mas mínimo de los tenedores, pues vengo á ser tenedor de una sola punta, y esa bastante corta, por lo mismo debe agradecerme mas el gobierno que sea imparcial, pues eso prueba que TIRABEQUE no es hombre que predica para su saco, sino para el saco del público.

—Bien, hombre, bien: anda y cambia tu billete..... Escucha; ya que vas al Banco, haz el favor de decir á aquellos señores, para que se lo hagan presente, si gustan, al gobierno, que los billetes de cuatro mil rs. que recojan y no amorticen, nos harian una merced en convertirlos en otros de doscientos y aun de ciento, porque aquellos son tan embarazosos para los usos y transacciones ordinarias y comunes de la vida, co-

mo serian estos de útiles, fáciles y corrientes, y que al público le serian mas provechosos, y á ellos les tendria tambien mas cuenta, porque nadie rehusaria tomarlos, y el Banco se ahorraria muchos cambios que de otro modo se verá en necesidad de hacer: y díles que estraño mucho que no les haya ocurrido esta reforma.

—Está bien, señor, asi se lo haré presente. Hasta luego, mi amo.

—Escucha, PELEGRIN. Ya que vas al Banco, procura averiguar, si puedes, y haz por husmear como que no haces nada, si en cambio de este cambio piensa el hermano Mon echarnos encima los otros cien millones de *donativo forzoso*, que el gobierno está facultado para pedir, y que el hermano Orlando se dejó para mejor ocasion. Anda, vete con Dios.»

No le puso esta indicacion de buen humor á mi lego, y ya no fué tan contento como habia estado. Pero él cambió su papel moneda, y trajo su metálico corriente. Ahora lo que le tiene con algun cuidado es mi última indicacion, sobre la cual no pudo indagar nada aquel dia.

MODO DE VESTIR SIN GASTAR DINERO.

Aunque yo FR. GERUNDIO suelo leer casi diariamente este anuncio en el *Diario Oficial* de avisos de esta capital, puesto por una compañía de marchantes judíos residentes en ella, confieso que no me he tomado la pena de hacer por mí mismo, ni aun siquiera por medio de TIRABEQUE, la prueba y verificación de lo que pudiera haber en él de exactitud ó de verdad, aunque algo debe haber si por dinero no se cuenta la ropa usada, y las antigüedades y alhajas viejas que dichos judíos piden en cambio de las telas nuevas que dan. Mas ahora ya no solo me he convencido de que esto puede hacerse, sino que veo que hay otros que han discurrido un método de vestir sin gastar dinero, mucho mas sencillo y mas cómodo que el de David Jacobo de Lion y compañía.

La invencion de este método se debe al viejo general Radetzky y á los austriacos que ocupan á Milan, y consiste en lo siguiente. Los soldados croatas se entran con la mayor franqueza y como Pedro por su casa en los palacios milaneses mejor amueblados y de mejor menaje, como por ejemplo, el del marqués Pascalli y otros; dan un corte lo mas al rápe que la tijera permite, á las colgaduras y tapicerias de seda, y de ello se hacen unos chalecos muy lindos, sin costarles un maravedí, como conocerán mis amados lectores. Y no porque les falte dinero, pero este le necesitan para otras atenciones, como verbi gracia para el café, donde un simple soldado austriaco se gasta muy frescamente sus veinte ó treinta libras por dia, y échese y no se derrame, que para eso están las cajas públicas, y si nó todo lo hacen una ó dos contribuciones mas. Para eso Milan ha sucumbido, y las armas del imperio han triunfado.

En cuanto al mariscal Radetzky, este no se viste así; y no faltaba mas sino que el vencedor de Italia se fuera á hacer chalecos de las tapicerias de las casas de los marqueses italianos! Pero es muy aficionado á las bellas artes, y muy dado á las antigüedades y á la arqueología; y en punto á recoger objetos antiguos, alhajas viejas, pinturas y otros objetos artísticos, se da una maña que se le quedan muy atrás David Jacobo y cualquiera otro judío que viva de este género de comercio. Al fin estos dan telas nuevas á cambio de alhajas viejas: el método de Radetzky es menos costoso y mas sencillo: él no da telas, da solamente órdenes, y se hace con la preciosa armería del palacio de la princesa Belgiojoso: le gustan los museos y galerías de pinturas de Milan, y diciendo que aquellos museos fueron adquiridos con los fondos que eran en otro tiempo del imperio austriaco, como amante que es de los cuadros de mérito, reúne en un santi-amen y á un precio sumamente arreglado un museo muy lindo; y en cuanto á alhajas y joyas, es hombre tan ingenioso y de tan buen gusto, y á mayor abundamiento tan galante aunque viejo, que por una bicoca ha puesto hecha un relicario á su muy amada Giovannina Meregalli, antes su querida y ahora recientemente su muy cara consorte, de manera que segun las cartas de Milan, es una cosa que tiene que ver la señora Mariscala hecha siempre un brazo de mar con mas joyas sobre su cuerpo que una virgen de la mas rica catedral de España.

Con esto ya nó me maravilla, á mí FR. GERUNDIO, el modo de

vestir sin gastar dinero, tal como le anuncian David Jacobo y compañía en Madrid. Lo que es admirable es el modo de vestir sin gastar dinero que han encontrado Radetzky y sus croatas en Milan, y el modo de hacerse con museos, con armas antiguas, y con alhajas y joyas viejas y nuevas, tal como le anuncia la *Opinione* y otros diarios italianos.

CIVILIZACION.

En estos tiempos felices, en que segun el testimonio de los santos apóstoles Palmerston y Russel en un célebre brindis: «se disfruta de paz en toda Europa y no hay temor de que se altere,» apenas hay nacion chica ni grande que no tenga una guerra dentro y otra fuera. Entre los paises que se encuentran de esta manera divertidos hay uno de los que constituyen una parte integrante del imperio de Austria, que llaman la Hungría. Pues bien, con el permiso de Russel y de Palmerston, y gracias á las buenas intenciones del Austria, de quien la Hungría ha querido emanciparse, los húngaros se hallan hace tiempo en guerra con los ilirios y los servios sus vecinos, entre los cuales hay cada dia una de degollinas y zafarranchos que se arde el mundo, sin que esto sea alterarse la paz, segun Palmerston y Russel: hola! y que segun el discurso de la Reina Victoria para la prorogacion del Parlamento, «hay esperanzas de que las naciones de Europa *continúen gozando las bendiciones de la paz*; que si son *bendiciones de la paz* el estarse rompiendo el alma todos los dias, como decimos en España, regalo estas bendiciones á la Reina del Reino Unido, ó á los que tales bendiciones han puesto en su boca. Pero esto sin duda no merece llamarse guerra por la humanidad y la dulzura con que se hace, tan propia de la actual civilizacion, y de que es prueba el reciente suceso siguiente, que es el mil doscientos y uno de los que alli han ocurrido en su clase, en este período de dichosa paz.

La ciudad de Weisskirchen (y tengan vds. paciencia si les cuesta tanto trabajo el pronunciarlo como á mí escribirlo), compuesta de alemanes y de ilirios, fué atacada por los insurgentes iliro-servios. Los alemanes levantaron barricadas para

defenderse, pero los moradores ilirios de la ciudad hicieron fuego á los alemanes sus convecinos, y no contentos con esto, se pusieron á incendiar las casas, y cerca de ciento fueron reducidas á cenizas: primer rasgo de civilizacion. Con este motivo los insurgentes de fuera lograron tomar la primera barricada y penetraron en la ciudad, donde sin embargo hubieron de sostener once horas de encarnizado combate en las calles, al cabo de las cuales fueron rechazados á las montañas. Mas, ¡oh dulzuras de la paz de Palmerston y de la civilizacion europea! En lo mas recio de la lucha los servios penetraron en la parte Iliria de la ciudad, y degollaron á las mugeres y los niños de los alemanes que vivian aislados entre ellos. A su vez los alemanes, tan pronto como arrojaron fuera á los enemigos, volvieron sobre los ilirios, y no dieron fin á la carniceria hasta que consumaron el completo esterminio de los habitantes de aquella raza. Ahora los insurgentes de fuera han vuelto á aparecer con nuevos refuerzos delante de la ciudad, que tienen bloqueada, dispuestos á esterminar á su vez la raza alemana. ¡Oh poder de la humanidad, de la civilizacion y de las bendiciones de la paz de que felizmente goza la Europa!

Pues bien ; esta guerra de esterminio y de sangre , esta guerra de barbarie y de desolacion, se la ha proporcionado el Austria á los húngaros, y la ve con una flemma impasible, y no se cuidará de ponerla término, hasta obligar á la Hungría á que consienta en las condiciones que le quiere imponer. Porque está es la táctica del Austria en todas partes, dividir para dominar, y mas que perezca el género humano. Esto es lo que hace en Hungría, esto es lo que hace en Polonia, esto es lo que hace en Italia. ¡Austria, Austria! tú andas buscando tres pies al gato, y él tiene cuatro!

LIORNA.

Señor, ¿qué es eso que ha sucedido en Liorna, y qué Liorna es esta en que estamos metidos, ó en que está metida la Europa, si se puede saber?

—Razon tienes en preguntarlo, PELEGRIN; aunque en reali-

dad de verdad los sucesos de Liorna no han pasado de ser unos de tantos diarios é innumerables alborotos de que hace meses está siendo teatro la Europa, y de los cuales llegan cada correo á nuestra noticia una ó dos docenas, y eso de los que tienen lugar en ciudades populosas y conocidas por su importancia, que de los otros infinitos que ocurren en poblaciones mas subalternas ni es posible dar cuenta, ni habria tiempo ni espacio para enterarse de ellos, ni hay periódico de tal tamaño que alcance á abarcarlos todos. Sino que los de Liorna te habrán llamado la atencion por el proverbio que usamos en España, que cuando queremos significar que una cosa está muy en desórden y muy desconcertada y revuelta, decimos: «esto está hecho una Liorna.»

— Así es la verdad, señor; y por lo mismo que toda la Europa está de esa manera que vd. dice, seria yo de dictámen que á la Europa se le mudára el nombre, que al fin y al cabo es un nombre que le hace á uno tener la boca abierta un rato para decir *la E u ropa*, que son tres vocales seguidas que no hay quien las aguante; y ahora que se está reformando todo, seria bueno que se reformára tambien el nombre de *e E u ropa*, y se le reemplazára por el de *Liorna*, que se pronuncia mejor, y es mas propio del estado en que hoy dia se encuentra.

— Notefalta razon, PELEGRIN, y no lo hacemos porque no bastaria nuestra decision para cambiar un nombre de tiempo tan inmemorial admitido y generalizado en el mundo; pero no porque no lo tenga merecido, porque el movimiento de Liorna no es mas que el reflejo y el fac-símile de los que en mil otras partes y cada dia acontecen, y de aquellos cuyas causas no es fácil comprender y cuyas tendencias es casi imposible definir. Pues el toque está en que en un mismo punto el movimiento de un dia no suele parecerse en nada al del dia anterior, y que sofocado aquel renace otro de índole enteramente opuesta á los dos primeros, y el que luego sigue no tiene la menor semejanza con el que le ha precedido, y cada uno presenta diversa fisonomía, aparte de los que no tienen fisonomía conocida. Y como esto sucede todos los dias y en todas partes, asi en Italia como en Austria, asi en Francia como en Prusia, asi en Hungría como en Alemania, y asi en el Danubio como en el Rhin, bien merecia la Europa que le cambiáramos el nombre por otro que espresára esta confusion y este caos.

— Señor, ninguno como Liorna, que es ya conocido en España por equivalente á laberinto, ó asi á revoltijo y á em-

brolo. Pero si vd. no le quiere usar por esa consideracion que ha manifestado, tampoco deberá vd. estrañar que á mí se me escape algunas veces, y se lo prevengo á vd. para que cuando esto suceda entienda ya lo que quiero decir, y no lo tome por la Liorna de Italia, sino por esta Liorna grande que abraza todo el contenido europeo.

—El continente europeo querrás decir, hombre.

—Señor, como sé que hay una figura retórica en que se suele tomar el contenido por el continente, me pareció que me iba á lucir con vd. en esto de retórica. Pero en fin, vd. me entiende y basta.»

ATA CABOS, PELEGRIN.

Desde el principio de la quincena me habia manifestado **TIRABEQUE** sus deseos de tratar por sí alguna de las graves cuestiones que traen preocupada la atencion de esta parte del mundo que llamamos Europa, y él se empeña en llamar Liorna. Yo no tuve reparo en darle este gusto, pues todo se reducía á corregir la parte de su trabajo que no me pareciera oportuna, ó á suprimirla toda, que á tanto alcanzan mis derechos de prévia censura sobre él.

Asi, pues, le dije: «Ya que en ello te empeñas, **PELEGRIN**, escoge tú entre las cuestiones que hay pendientes la que te parezca más importante, ó mas de tu gusto y agrado sea; lo que yo me ofrezco á hacer en tu obsequio es suministrarte los datos mas auténticos que halle en los diarios mas autorizados, ingleses y franceses, italianos y alemanes.

—Señor, me respondió, en ese caso opto por la cuestion de Italia, que es la que mas me interesa, y hácia la que siento mas simpatías.

—Está bien, le dije: á tu eleccion lo he dejado, y cuanto mas el asunto te interese, mas probabilidad hay de que le trates con acierto y oportunidad.»

Esto fué el dia 1.º El dia 2 quiso ya dar principio á su trabajo, y yo le informé de cómo la Inglaterra habia reanudado sus relaciones de cordial inteligencia con la Francia, para que la mediacion ofrecida por ambas potencias diera resultados mas

prontos, mas provechosos y mas eficaces. Hay ademas, le añadí, la ventaja de que no solo la Alemania ha solicitado la mediacion anglo-francesa, sino que el Austria misma ha manifestado la satisfaccion con que recibirá la mediacion de dos potencias tan respetables.

—No me diga vd. mas, señor, estoy enterado.» Y se retiró á trabajar su artículo.

La mañana del 3 presentóseme ya con algunos trabajos, aunque en borrador. Mas como viese, yo FR. GERUNDIO, que estaban basados sobre la mediacion diplomática y pacífica, «No prosigas, PELEGRIN, le dije; acabo de leer el correo, y segun los diarios alemanes y franceses de mas autoridad, el Austria no admite la mediacion anglo-francesa, motivando su repulsa en que tiene negociaciones y tratos pendientes con el rey Cárlos Alberto, que es con quien ha celebrado el armisticio, y que por lo tanto nada tienen que hacer ahora las potencias que han ofrecido su mediacion. Con que ya se da por seguro que no hay otro remedio para resolver la cuestion que la intervencion armada de la Francia, y [por consiguiente la guerra. Ata, pues, cabos, PELEGRIN, y sírvate de gobierno para tus trabajos.

—Señor, aqui no hay mas recurso que borrar lo escrito, y empezar de nuevo.» Y se retiró á continuar, ó por mejor decir á recomenzar su obra.

El dia 4 entró mas temprano de lo de costumbre á enseñarme sus nuevos trabajos. Estaban fundados sobre la base de la intervencion armada, y no me disgustaba el modo como discurría sobre ella mi buen TIRABEQUE. Pero tuvo que suspender la lectura por la llegada del correo. Fuí leyendo diarios, y le dije:

—«Ata cabos, PELEGRIN. Segun los periódicos ingleses de mas peso, la Inglaterra no consentirá que la Francia intervenga con las armas, y si en ello se empeñase peligraria mucho la ruptura de la inteligencia cordial.

—Me servirá de gobierno, señor, y con el permiso de vd. voy á retirarme á reformar el artículo, porque en ese caso no puede ya haber guerra.»

A la media hora me aconsejó la caridad llamar á mi pobre lego para anunciarle lo que habia.

—«Ven acá, PELEGRIN, le dije, y ata cabos. ¿Habias empezado á escribir?

—A medias no mas, mi amo: habia borrado algunas líneas

y hecho algun otro intercalo para poder aprovechar algo de lo que llevaba escrito.

—Pues mira, borra ahora los intercalos, y escribe de nuevo las líneas, porque segun acabo de leer en el *Moniteur*, que es el periódico oficial de la Francia, el general Cavaignac y el ministerio que hace pocos dias se declararon solemnemente por la paz, están ahora resueltos á intervenir con las armas y á arrostrar, si es preciso, todos los inconvenientes y todas las eventualidades de una guerra general europea, truene por donde tronare, porque es caso de compromiso y de honor y amor propio para la Francia, del cual ni puede ni está en ánimo de prescindir.

—Me alegro que vd. me lo advierta, mi amo, y ahora ya sé por dónde he de girar. Descuide vd., señor, que yo haré un artículo sobre la guerra general, que por lo mismo que yo no estoy por las guerras, ha de hacer temblar el mundo, y yo pondré de vuelta y media al Austria, y al mismo Carlos Alberto, á quien hasta ahora he querido tanto, por la parte que le toca en haber dado lugar á que las cosas hayan llegado á tener este remate.»

Nadie puede figurarse lo afanado que anduvo mi buen lego todo el dia 5 en escribir sobre los males y trastornos que traeria una guerra general europea, sobre la suerte y fin que en su resultado cabria á cada nacion, cabilando mucho sobre si la España debería y podria permanecer neutral, ó si debería ayudar á los italianos á recobrar su independendencia y su libertad.

Asi se llegó al dia 6, y á media mañana se me presentó muy ufano con varias cuartillas escritas, si escrito puede llamarse lo que contenia menos líneas que tachaduras y menos letras que borrones. Pero antes de comenzar á leer me preguntó: «¿Hay algo que comunicarme, mi amo?»

—Alguna cosita hay, le dije, y ata cabos, PELEGRIN. La Alemania que antes solicitó la mediacion anglo-francesa, ahora se muestra dispuesta á hacer causa comun con el Austria.

—Quiere decir, mi amo, que tendré que modificar algo en lo que llevo escrito, porque no contaba yo con esto, pero todo lo hará un poco mas de trabajo.

—No consiste en eso solo, PELEGRIN, y ata cabos. El emperador de Rusia, segun los diarios mas acreditados de Alemania y de las fronteras austro-rusas, ha declarado que considerará cualquiera intervencion de la Francia en los asuntos de

Italia como un *casus belli*, y de consiguiente que sus ejércitos irían en ayuda del Austria y del sostenimiento de sus derechos con arreglo á los tratados de Viena.

—Eso ya muda de especie, señor, y lo rezado perdido, porque si la Rusia y la Alemania se pronuncian por el Austria, y la Inglaterra se separa de la Francia, ¿cómo es posible que la Francia se atreva á intervenir sola contra tantos y tan poderosos enemigos? Con que si se ha de quedar la pobre Italia abandonada como antes, y no ha de haber intervencion, rasgo mi artículo, (y le deshizo en menudos pedazos), y todo se reduce á hacer otro y á trabajar algo mas.»

Los ensayos sobre este nuevo plan de trabajo me los presentó el 7. Comenzaba el bueno de PELEGRIN con una filípica á Carlos Alberto por haberse metido á negociar con el Austria por sí y ante sí, frustrando el ofrecimiento de la mediacion. No le dejé continuar la lectura, porque hube de decirle:

—Ata cabos, PELEGRIN, y borra lo que sobre eso llevas escrito, pues hoy mismo viene una proclama de Carlos Alberto á su ejército, exhortándole á que se prepare á emprender de nuevo la guerra contra el Austria con el mayor vigor y decision tan pronto como espire el plazo del armisticio. Lo que prueba primeramente que no habia tales negociaciones con el Austria, y en segundo lugar que se verificará la intervencion francesa, con la cual cuenta sin duda, porque no es regular que se atreviera á romper las hostilidades él solo y con sus propias fuerzas.

—Señor, en ese caso hay que volver su buena fama y opinion al Sr. Carlos Alberto, aunque me cueste inutilizar el artículo, porque este es un cabo que me echa á perder todos los que yo llevaba ya atados. Y lo que ahora siento, ¡tonto y simple de mí! es haber rasgado el artículo de ayer, porque si ha de haber guerra, podia aprovechar muy bien lo que allí habia escrito. ¡Cómo ha de ser, señor! La fortuna es que todavía hay tiempo hasta el día 15 que saldrá la Revista.»

Dábame grima y lástima, á mí FR. GERUNDIO, el ver al pobre TIRABEQUE trabajar como un negro, y que todos mis trabajos y mi cálculos de un dia los frustraban é inutilizaban las noticias y los sucesos y combinaciones del otro.

De este modo llegó el 8. «¿Has escrito algo, PELEGRIN? le pregunté.

—Si señor, me respondió, y para eso me ha costado velar mucha parte de la noche. Aquí verá vd. como elogio al rey del

Piamonte por su disposicion á continuar la guerra con la ayuda de la Francia.

—Pues ata cabos, PELEGRIN. Ya no hay nada de eso. Hoy nos dicen los diarios italianos y franceses que esa proclama de Cárlos Alberto no ha sido sino una farándula y una plataforma para ponerse en buen lugar con los italianos, pero que no entra en su intencion volver á pelear: y la prueba de ello es que habiéndole propuesto ahora últimamente el Austria arreglar el negocio entre sí, ha contestado que no podia por hallarse comprometido á no obrar sino con acuerdo de la Francia y de la Inglaterra, cuya mediacion habia solicitado. De consiguiente no está Cárlos Alberto por la guerra y la intervencion, sino por la mediacion pacífica y diplomática.

—Señor, esto es una Liorna, y esto es volverle á uno loco. ¿Será cosa que no se pueda atar un ochavo de cominos con lo que hacen y dicen estos reyes, y estos gobiernos, y estas naciones? Pero ya es caso de compromiso escribir sobre ello, y en medio de todo me alegro que la cosa se arregle por la mediacion, y conforme á esos cabos que vd. me acaba de dar voy á compagnar yo mi articulito.»

Con él entró el 9 en mi celda, diciendo: «Señor, aqui verá vd. cómo esplico lo que deben hacer por la Italia las dos potencias mediadoras.

—Lo que tienes que hacer es borrar lo escrito, y ata cabos, PELEGRIN. Ya no será mediacion amistosa, y la guerra es irremediable. El gobierno de la república francesa ha enviado ya las divisiones que han de reforzar el ejército de los Alpes, espedido órdenes á las escuadras de Tolon y de Marsella para que pasen cuanto antes á las aguas del Adriático, y dispuesto la movilizacion de 300 batallones de guardia nacional. Ya no hay remedio, PELEGRIN; la guerra general europea es inevitable.

—Pero señor, ¿qué formalidad es ésta? ¿es cosa de chiquillos acaso?

—Anda, PELEGRIN, y trabaja, y no gastes el tiempo en reflexiones. Ata todos esos cabos, y escribe, ya que á ello has querido comprometerte.»

—Señor, me dijo el día 10, vá vd. á decirme con franqueza si discurro bien acerca de oponerse esos bárbaros de esos rusos á que vayan los ejércitos franceses á libertar la Italia del yugo de los austriacos.

—¿Por dónde diablos te ha dado gana de principiar, hom-

bre? Borra eso cuanto antes, y ata cabos, PELEGRIN. Precisamente hoy anuncian todos los diarios que la Rusia ya no auxiliará al Austria, y que por el contrario, el Emperador Nicolás se muestra dispuesto á entrar en relaciones amistosas con la república francesa, que hace muchos elogios del general Cavaignac, y que siente haber tardado tanto en conocer la utilidad de una alianza ruso-francesa.

—Señor, todo eso será muy bueno, pero á mí me es imposible atar unos cabos con otros, y si todos los dias he de tener que inutilizar lo que escribo, tenga vd. la bondad de hacerlo por mí, que yo ya no puedo mas, porque ni entiendo esta liorna, ni quiero acabar de volverme loco.

—Pues no hay remedio, PELEGRIN, tú lo has pedido, y es menester que hagas un esfuerzo mas para salir con tu empeño. Escribe con arreglo á estos últimos datos, y espero que no habrá ya nuevos cabos que atar.»

Retiróse el pobre TIRABEQUE cabizbajo y mústio, y encerróse en su cuarto, y allí pasó todo el dia y la noche del 10, elaborando su artículo sobre la famosa cuestion austro-italiana, El 11 se me presentó ya algo mas satisfecho, y me dijo: «Señor, no es mucho lo que he podido escribir, pero quiero enseñar á vd. lo que llevo hecho para que me diga vd. si vá bien asi; y una vez que la guerra es inevitable, y que segun los últimos datos ya la Rusia está mas en favor de la Francia que del Austria, verá vd. lo que digo acerca de esta señora que tanto nos da que hacer.

«No prosigas, PELEGRIN, y ata cabos. Hoy ha venido el discurso de la Reina de Inglaterra al prorogar el parlamento, acabo de leerle, y segun él ya no habrá guerra, sino que todo se arreglará pacífica y amistosamente: y esta es tambien hoy la opinion dominante en París: asi, pues, siento decirte que es inútil cuanto sobre la base de la guerra hayas escrito.

—Señor, me alegro en cuanto hombre; pero en cuanto escritor voto á tal que no me alcanza ya la paciencia por mas que trato de estirla: escriba vd. lo que quiera y se le antoje, señor, ó que lo escriba el diablo del Cármen, que para hombres formales como yo, no es el perder su trabajo todos los dias por esta inconsecuencia y esta informalidad de la que vd. se empeña en seguir llamando Europa y yo me confirmo en nombrar Liorna.

—¿Pues qué creías, que el escribir un artículo de politica europea para una revista quincenal, en este caos y en este torbellino de sucesos, era cosa asi de coser y cantar, como solemos

decir? Anda, anda, trabaja y suda, y á mañana te espero, y te advierto que falta ya poco para el 15, y que cuento con tu articulo.»

El pobre TIRABEQUE calló, obedeció y se puso á trabajar. Llegó en esto el dia 12, y le pregunté: ¿tienes algo escrito?

—Algo tengo, si señor, y me parece que no le disgustará á vd. lo que digo del Emperador de Rusia por haberse separado del Austria en esto de la causa italiana....

—¡Hombre, ó diablo! ¿qué has hecho? ya no hay nada de lo dicho acerca de la variacion de conducta del Emperador. Borra, borra, y ata cabos, PELEGRIN. Hoy justamente se nos descuelga con una carta sumamente espresiva al mariscal Radetzky, felicitándole por sus triunfos en Italia y por sus esfuerzos en sostener *los legítimos derechos de su soberano*, y nombrándole caballero de primera clase de la orden de San Jorge, que es la mayor distincion de su imperio. Con que ya ves tú qué modo de apartarse de la causa del Austria.

—Señor, por San Jorge bendito, hágame vd. el favor de relevarme de escribir, que me confieso rendido, y ya no puedo mas con esta Liorna.

—Trabaja, PELEGRIN, y revienta, que tú lo has buscado, y á mañana te espero.»

El 13 me trajo un articulito basado sobre las palabras del discurso de la Reina de Inglaterra, en que daba casi por seguro un arreglo pacífico.

—«Pues borra, y ata cabos, PELEGRIN, le dije: las palabras fueron muy buenas, pero las noticias recibidas hoy de Francia son de que las escuadras de Marsella y Tolon deberán estar ya á estas horas sobre Civita-Vechia y Ancona; el general Lamoriciere ha sido nombrado general en jefe del ejército de los Alpes, y ya alguna division francesa deberá haber pisado el territorio del Piamonte. Ya ves tú qué trazas lleva esto de arreglo amistoso, cuando podemos dar por principiada la guerra.

—Ya no me incomodo, señor, y pierda vd. cuidado, que mañana le he de traer á vd. un articulito que no ha de encontrar vd. por dónde tacharle. Yo sabré cómo escribir en esta Liorna para no perder todos los dias mi trabajo.»

En efecto, ayer 14 se me presentó muy vanidoso diciendo: «Señor, á ver que tiene vd. que oponer á lo que traigo hoy, mas que haya los cabos que quiera. Comienzo así:

Habrá guerra, ó no la habrá,
habrá lo que Dios quisiere,
y el resultado que hubiere
el tiempo nos lo dirá.

—Pues mira, PELEGRIN, borra y ata cabos. Jamás en peor ocasion te ha podido dar gana de recurrir á ansibologías, porque hoy precisamente, ahora mismo acabo de ver que ya el gobierno de la república francesa ha comunicado de oficio á la Asamblea la aceptacion definitiva de la mediacion anglo-francesa por el Austria y el rey del Piamonte. Con que ya tenemos oficialmente asegurada la mediacion, y por consecuencia la paz.

—Bien venida sea la paz, mi amo, mas que yo haya perdido mis trabajos de 14 dias, y quiera Dios que no haya todavía nuevos cabos que atar, que témome que con la mediacion y todo los ha de haber, y no pocos, y reniego de esta Liorna, que Liorna es por mas que vd. diga.

—Pues ten entendido para tu consuelo, PELEGRIN, que lo mismo que te ha sucedido con la cuestion de Italia, te hubiera acontecido con la de Dinamarca, y con la de Hungría, y con la del Danubio, y con la de Sicilia, y con cualquiera otra de las cuestiones europeas que hay pendientes, pues es tan vario, y tan voluble, y tan contradictorio el giro que toman cada dia, que parece que la actual generacion europea se ha vuelto loca, ó que los príncipes y los gobiernos y los pueblos se han vuelto niños. Y me alegro que hayas experimentado prácticamente lo que es escribir un artículo para una Revista Europea de 15 dias, si se ha de decir algo con fundamento y de que no haya que retractarse en la que sigue, á lo menos mientras dure esta Liorna.»

PARTE HISTORICA.

ALEMANIA.

SUMARIO.

Situacion de la Asamblea de Francfort.—Retirada de los gabinetes alemanes.—Aprobacion del armisticio con Dinamarca.—Insurreccion de Francfort.—Causas de la escision entre Austria y Hungria.—Situacion de Hungria.—Diputacion de Hungria en Viena.—Peticion al Emperador y respuesta de este.—Regreso de la diputacion húngara á Pesth.—Dimision del ministerio húngaro.—Intenciones del Austria.—Carta del Emperador al ban Jellachich.—Nuevos alborotos en Viena.—Desórdenes en Postdam.—Insurreccion de Chemnitz.

Al desechar el armisticio celebrado por la Prusia en Malmoe la Asamblea constituyente de Francfort, se colocaba en una situacion sumamente crítica. Debía esta reconocer la falta inmensa que cometió al atacar las nacionalidades estrangeras, y al ocuparse de cuestiones exteriores poco urgentes, en vez de haber sabido aprovechar el impulso revolucionario para echar las bases de una constitucion federal haciendo respetar la confederacion é inspirando simpatías hácia las nacionalidades vecinas. El presidente de la Asamblea en la sesion del 7 leyó una carta que le habia sido dirigida por el presidente del consejo de ministros del imperio, príncipe de Linange, en la que este anunciaba que á consecuencia del voto de la Asamblea nacional del día 3, habian presentado su dimision los ministros y subsecretarios de estado, la cual les fué admitida por el Vicario del imperio; el príncipe de Linange añadía, sin embargo, que los ministros estaban dispuestos á proseguir sus tareas hasta el nombramiento de un nuevo gabinete, aunque sin dar cumplimiento á la medida decretada por la Asamblea á causa de no estar comprendida su ejecucion en la esfera de sus atribuciones. Ofrecíansele al Vicario del imperio grandes dificultades para encontrar personas que quisieran

formar parte de un gabinete, cuya marcha no debía ser otra que seguir ciegamente la opinion de la asamblea con respecto al asunto de Dinamarca, prolongándose por lo tanto la crisis ministerial que segun todas las apariencias no parecia estar pronta á resolverse. A la retirada del ministerio federal se siguió inmediatamente la del ministerio prusiano, siendo aunque diferentes en la forma, las mismas en el fondo, las causas que habian producido estos cambios, pues así el ministerio de Francfort como el de Berlin, caian ante los votos de asambleas inspiradas por la conviccion de que habian sido desconocidos sus derechos parlamentarios. Si á esto se añade la dimision que con motivo de unas diferencias suscitadas entre Mr. Schwartzter y Mr. Bach sobre la competencia de la Asamblea constituyente, presentó parte del gabinete de Viena, no deja de ser notable la singular coincidencia de que los tres gabinetes alemanes que entraron en la via de las reformas políticas se encontrasen al propio tiempo en disolucion.

Graves en extremo fueron los desórdenes ocurridos en Francfort á consecuencia del profundo disgusto que causó en la ciudad la ratificacion por la Asamblea nacional del armisticio con Dinamarca. El 17 se verificó en la Pflingstweide una asamblea popular á la que asistieron los gefes del partido democrático y hasta unas 3,000 personas, en la cual se resolvió que los individuos de la mayoría de la Asamblea nacional debian ser declarados traidores á la patria por haber ratificado el armisticio de Sleswig-Holstein, debiendo publicarse la anterior resolucion en toda la Alemania, y comunicarla á la Asamblea por medio de una diputacion en la sesion de aquel mismo dia. La agitacion del pueblo fué muy grande por la tarde, principalmente delante del hotel de Alemania, sitio donde se reunian los miembros de la estremidad izquierda de la Asamblea nacional. En la misma tarde se amenazó con que al siguiente dia se haria una séria demostracion contra la Asamblea en la iglesia de San Pablo, de cuyas resultas se pidieron refuerzos para la guarnicion, y durante la noche llegaron por el camino de hierro 2,000 hombres de tropas austriacas y prusianas, que el 18 por la mañana ocuparon la iglesia y sus inmediaciones. Mas irritada entonces la multitud empezó á levantar barricadas en las cercanías de Roemer, y á pesar de que las tropas tomaron y destruyeron muchas de ellas sin encontrar gran resistencia, á las tres se trabó un combate por espacio de dos horas, en el cual cayó muerto atravesado de cinco balazos el príncipe Lichnowsky y fué gravemente herido Mr. Anverswald, el cual murió tambien á los pocos momentos.

Suspendido el combate en virtud de un armisticio, volvió á empezar despues de muchas horas con nuevo furor. Todas las calles inmediatas á la iglesia de San Pablo estaban llenas de gente, y el pueblo, ar-

mado en su mayor parte, recorría la ciudad acosado por las cargas de la caballería de Baviera, que acababa de entrar en aquel momento. Un regimiento de slavos fué el primero que rompió el fuego, al cual contestaban los insurgentes desde las ventanas, y la sangre corría en abundancia por ambas partes. La ciudad estaba llena de barricadas, la artillería cruzaba en todas direcciones y se enviaban diputaciones al Vicario del imperio para manifestarle los deseos del pueblo de que se retiraran las tropas. El Vicario quería acceder á estos deseos, mas no podía dar el decreto por no hallarse presente ningun ministro que lo refrendara; pero entre tanto aquella tarde habia ya reunidos en la ciudad 10.000 hombres de tropas, y se publicó el siguiente decreto.

«En vista de que continua la insurreccion, se declara á Francfort en estado de sitio, y se proclama la ley marcial.

«Quedan suspendidas todas las asociaciones, y se prohíbe rigurosamente que se reúnan sus individuos.

«Los que esciten á la insurreccion, y los que hagan resistencia á las tropas, ó lleven armas sin licencia, serán procesados con arreglo á la ley marcial.

«Francfort 18 de setiembre de 1848.—El ministro de la Guerra del imperio, SCHMERLING.»

La lucha se terminó al fin con la destruccion de casi todas las barricadas, que en algunos puntos tenian tal solidez que hubo necesidad de emplear contra ellas la artillería, asi como tambien de tomar por asalto las casas ocupadas por los insurgentes.

El 20 todo habia concluido y la ciudad estaba llena de soldados, imperando la dictadura militar. Establecióse una comision de pesquisa con la autorizacion de la Asamblea, siendo acusados varios ciudadanos, entre ellos algunos diputados, y verificándose numerosas prisiones. La siguiente carta refiere los pormenores sobre la muerte del principe Lichnowsky y del coronel Anverswald, y dá noticias acerca de las escenas terribles del 19 cuando ya estaba todo terminado.

Francfort 20 de setiembre.—La lucha ha sido sostenida casi exclusivamente por los paisanos de las inmediaciones, y por los *touners* (asociaciones gimnásticas). De los 6,000 paisanos que habian asistido á la reunion popular, solo han entrado 600 en la ciudad para tomar parte en el combate. El principe Lichnowsky, al primer aviso de la refriega montó á caballo, y al pasar por la calle de Bockenau tropezó con un paisano que le llenó de injurias: el principe por toda respuesta mandó arrestarle. Continuó luego su camino, y encontrándose con el coronel Anverswald, se dirigieron juntos á la puerta de Friedberg, donde estaba apostado un considerable grupo de *touners* y de paisanos. El príncipe, entonces, les dirigió algunas amenazas, llamándoles revolucionarios, y en el mismo

instante un tiro de fusil disparado de entre los touners, le hiere mortalmente, y vacila sobre su caballo.

Hácenle en seguida otra descarga á quemaropa; el coronel Anverswald corre á su socorro, pero una bala le atraviesa la frente y cae del caballo. Lichnowsky, aunque herido de siete balazos, trató de salvarse; pero los paisanos se arrojan sobre él, le arrancan los vestidos y ejecutan las mayores crueldades. A la llegada de las tropas abandonan su presa. El principe fué llevado moribundo al hospital, en donde espiró en medio de los mas crueles dolores: su compañero ha sucumbido poco tiempo despues.

El martes han tenido lugar en la ciudad escenas terribles, cuando todo estaba ya acabado. Habia ocultos en una casa once insurgentes, que denunciados por el dueño de la misma, han sido casi todos inmediatamente pasados por las armas por los soldados austriacos. Cuarenta y dos de los principales revoltosos han sido llevados á la ciudadela de Maguncia. Mr. Heckscher, ministro del Interior, ha podido salvarse de una manera maravillosa. Fué cogido por el pueblo en Honchst, y le salvó de una muerte segura la admirable serenidad de un comisario de policía en el momento que las turbas se disponian á caer sobre él en la plaza pública. El anciano Jahn debe la vida á la intervencion de algunos de sus discípulos de gimnasia.

P. D. En Oberland y en la Suabia superior reina una grande eferescencia en todos los espiritus.

Las diferencias austro-húngaras que iban tomando un carácter cada vez mas sério, complicaban de tal modo la situacion del imperio germánico, que no podemos menos de ocuparnos algun tanto de este no poco interesante asunto. En el momento en que dos pueblos hermanos van á luchar en provecho de un tercero que consiguiera dividirlos es de suma importancia conocer las causas que acarrearón semejante situacion.

El primer motivo de disputa, pacífico en un principio, pero que despues tomó el carácter de una manifestacion hostil, fué, preciso es confesarlo, una decision arbitraria por parte de la Dieta de Hungría, que ordenó el uso del idioma magyaro en todos los actos oficiales, á los habitantes de las provincias slavas, consideradas como dependencias del reino de Hungría. La Croacia y la Slavonia protestaron contra esta decision que obligaba á sus habitantes al estudio de un idioma cuyo conocimiento no les proporcionaba seguir una carrera literaria y científica como el latin ó el aleman, y que tenia ademas la desventaja de suprimir el empleo oficial de la lengua iliria, que por su afinidad con las demas lenguas slavas, colocaba á los croatas, slavos y servios en comunicacion de ideas con los demas pueblos de la misma raza. Esta sola queja de los croa-

tas tenia algun fundamento; pero desapareció despues á consecuencia de una transacion á que se declaró dispuesta á prestarse la Dieta reunida en Pesth, es decir, á emplear simultaneamente las dos lenguas magyara é iliria en todas las relaciones entre el ministerio húngaro y la Croacia, dejando á la administracion local y á la dieta provincial de Agram el uso esclusivo del idioma ilirio.

Mas no se limita á esto el desacuerdo, que hoy ha llegado á ser mas grave, entre el señor feudal y su vasallo. Desde que á consecuencia de los acontecimientos del mes de marzo, la Hungría se separó administrativamente del Austria, los croatas, escitados por su ban ó gobernador Jellachich, adicto á la córte de Viena, formularon pretensiones que tenian por objeto nada menos que imponer su supremacia á toda la nacion húngara. No contentos con separarse del reino húngaro y constituirse en abierta rebelion, impusieron condiciones al ministerio y á la dieta de Pesth, exigiendo que los ministerios de Hacienda, de Comercio y de la Guerra fuesen trasportados á Viena y reunidos á los departamentos respectivos del gobierno austriaco. Estas condiciones que el ban Jellachich habia recibido la mision de proponer á los húngaros, anularon para la Hungría todos los resultados de la última revolucion, siendo los encargados de ponerlo por obra los mismos croatas, cuyos diputados estaban en las dietas de Hungría y participaban asi mismo de un régimen parlamentario, mientras que el resto de la monarquia austriaca no sucumbia al peso del gobierno absoluto.

Desgraciadamente para ejecutar este plan disponen los croatas de fuerzas considerables. Todas las colonias militares de las fronteras de la Turquía comprendidas bajo el nombre de generalatos de Kartstadt, de Slavia y del batallon de tchaikistes suministran combatientes al ban Jellachich, y cuando este, en un supuesto manifiesto del pueblo croata decia que los soldados croatas formaban la tercera parte de la infanteria austriaca, hacia constar un hecho nada exagerado por desgracia. Los croatas ademas están apoyados poderosamente por el oro y las intrigas del partido de la córte en Austria, el cual cuenta al ban Jellachich entre los gefes militares mas adictos á los intereses de este partido.

La Hungría se halla por el contrario en una posicion del todo distinta; el tesoro exhausto; la guardia movilizada poco aguerrida aun; los oficiales, ganados en gran parte por la córte de Austria, no se baten sino con flojedad, cuando no hacen traicion abiertamente, y en medio de todo esto los descontentos esparcidos con destreza en el seno de las poblaciones del interior, debilitan hasta los escasos recursos que quedan. Los nobles en fin, despues de haber escitado al pueblo para lanzarse en el camino de las novedades y de las reformas politicas, temiendo ser víctimas del espíritu de reaccion y de antagonismo de que están poseídos los croatas,

recurrieron al Emperador, para que acudiese en auxilio á uyo. Con este objeto pasó á Viena una diputacion del gobierno de Hungría, la cual no fué recibida en el palacio de Schoenbrun donde se encontraba la familia imperial, á causa de no estar en la costumbre que el Emperador diese audiencia á corporaciones numerosas. Por ultimo, recibió aquel mismo dia á los diputados, los cuales pusieron en manos del Emperador la siguiente peticion:

«Sírvese V. M. ordenar: 1.º Que todos los regimientos húngaros que no se hallen actualmente delante del enemigo, vuelvan pronto á Hungría para recibir las órdenes del ministerio húngaro. 2.º Mandar al ejército que está en Hungría, bajo pena de incurrir en la indignacion real, y hacerse digno de castigo, que persiga sin tregua ni descanso á los revoltosos, cualesquiera que sea su nombre y la bandera que enarboles; y que cumpla fielmente con su deber en defensa de la patria y de la integridad húngara. 3.º La nacion húngara está en la firme voluntad de arreglar la cuestion de nacionalidad y de administracion entre la Hungría y la Croacia, no separándose un ápice de los principios de libertad, legalidad y fraternidad. La Croacia está oprimida por el despotismo militar, y no puede manifestar sus votos ni sus deseos á la asamblea húngara. Rogamos por lo mismo á V. M. se sirva ordenar, que la nacion croata quede cuanto mas antes libre de este despotismo, para que pueda manifestar como es debido sus votos; añadiendo asi mismo que la ciudad de Fiume, pérfidamente ocupada, y los consulados slavones, sean al instante devueltos. 4.º La nacion húngara no duda que V. M. no solo rechazará los esfuerzos de los reaccionarios, sino que les impondrá el merecido castigo. 5.º La nacion húngara pide, en fin, que V. M. tenga á bien sancionar las leyes votadas por la Dieta húngara, y venir á Pesth para sostener con su real presencia la autoridad de la Asamblea y del gobierno constitucional.»

«Nosotros deseamos tanto mas vivamente que V. M. acoja estas sú-plicas, cuanto que de rechazarlas se perderá toda confianza, y el ministerio quedará imposibilitado para conservar la tranquilidad y el orden público.»

Hé aqui en que términos contestó S. M.

«Me es muy sensible no poder contestar satisfactoriamente á la diputacion húngara en lo relativo á mi viage, que no me permite hacer lo delicado de mi salud. Examinaré cuidadosamente las leyes presentadas, y si en su aprobacion se suscitan algunas dificultades, no se crea por eso que mi ánimo es destruir la legislacion vigente: yo la respeto, y siempre estaré firme en mantener las leyes, la integridad y los derechos del reino de mi corona húngara, con arreglo á mi real juramento. En cuanto á los otros puntos de vuestra peticion, han sido en parte arreglados á los

deseos de la nacion; y sobre los que todavia no lo han sido, yo haré conocer, tan pronto como pueda, mi resolucion por medio del ministerio.»

La diputacion, como era consiguiente, se retiró disgustada, aunque no podia esperarse otra cosa, pues para que así no fuese, era preciso que el Emperador se hubiera decidido á proceder contra los croatas, lo cual equivalia á que sacrificara á los mas enérgicos defensores de la monarquía. Al salir de palacio uno de los diputados exclamó: «Jamás ha recibido un pueblo mas triste despedida de su rey.» La mayor parte de los diputados, al volver á la ciudad, se colocaron plumas encarnadas en los sombreros, como simbolo de separacion del Austria, y dos horas mas tarde, el vapor del Danubio, trasportaba á su patria á 200 hombres determinados á adoptar las mas estraordinarias medidas.

Asi que la diputacion entró de regreso en Pesth, se cubrieron ambas orillas del Danubio de una multitud inmensa, entre la cual circuló con la rapidez del rayo la noticia del mal éxito que habia tenido la mision, y que el rey se ponía á la cabeza de la reaccion. Dimitieron en seguida sus cargos todos los ministros excepto el del Interior, y el archiduque Esteban admitió la dimision, anunciando á la Dieta, reunida en sesion permanente, que no habiendo ministerio, creia de su deber tomar interinamente las riendas del gobierno. Mas como esta comunicacion no iba firmada tambien por el ministro del Interior, pasó desapercibida en la Dieta, de lo cual el archiduque se dió por altamente ofendido, declarando que siempre habia cumplido y hecho observar las leyes, mereciendo la confianza de la Dieta, que deseaba conservar el puesto que la ley y la nacion le confiaran, pero que se vería precisado á retirarse de él tan pronto como creyera que la nacion desconfiaba de él.

El gobierno austriaco secundaba franca y secretamente por todos los medios posibles la marcha de Jellachich, no quedando duda de que su deseo era hacer en Hungría una contra-revolucion por medio de las armas. A la vuelta, el Emperador, no solo reintegró al baron Jellachich en todos sus honores y dignidades, sino que el ministerio envió al archiduque palatino á Pesth una memoria, en la que todos los cambios politicos verificados despues del 28 de marzo, así como las concesiones hechas por el Emperador, se presentaban como contrarias á la pragmática sancion y á los intereses de las provincias austriacas. Esta memoria iba acompañada de la siguiente carta autógrafa del Emperador al baron favorito:

«Mi amado baron de Jellachich:

«Las irrecusables pruebas de lealtad que no habeis cesado de manifestarme, tratando de acrecentar por todos los medios posibles los intereses de mi dinastía y de todo el imperio, desde que fuisteis elevado al puesto de *ban* de Croacia, sin que hubieseis dejado de intentar, en

conformidad con mis órdenes, un arreglo con el ministerio húngaro me han convencido de que nunca habeis hecho intencion de contradecir mis soberanos mandatos, ni menos de romper los lazos que, desde hace siglos, unen los co-estados húngaros á mi corona de Hungría, y que en lo sucesivo deben contribuir al desarrollo y consolidacion de la prosperidad comun.

«Siento la mas viva satisfaccion en revocar la resolucion que yo habia creído deber tomar en mi manifiesto del 10 de junio de este año, concerniente á un informe dirigido contra vos, y al entredicho momentáneo de vuestras funciones, á consecuencia de acusaciones desmentidas al fin completamente por vuestra adhesion y fidelidad experimentada.

«Con este objeto he comunicado á mi primo, el elector palatino de Hungría, las órdenes necesarias manifestándole que en vista de vuestra lealtad y de la exactitud en el cumplimiento de los deberes relativos al alto puesto en que os ha colocado mi confianza, continuareis, como hasta aqui, promoviendo el bien de la monarquia, no perdonando sacrificio alguno por conservar la integridad de la corona de Hungría, y dando un saludable desarrollo á los co-estados de este reino.

«Schoenbrun 8 de setiembre de 1818. —FERNANDO.»

Habiendo encontrado en Viena un apoyo en el partido democrático y el pueblo la causa húngara, la tranquilidad se vió amenazada de nuevo en esta ciudad. Los discursos violentos que se pronunciaron en los clubs radicales produjeron su efecto y al fin estalló la tempestad. El toque de generala resonó por todas las calles, y los guardias nacionales no se daban mucha prisa á acudir á sus puestos, visto lo cual por el ministerio destacó á varios puntos algunas compañías de soldados, pero se envió una diputacion para que al instante se retirasen. Reuniéronse delante de la casa del ministro Dobloff millares de hombres, en su mayor parte obreros furiosos que exigian del ministro un acuerdo para que el estado tomara la garantía de las acciones que la asociacion industrial presidida por Mr. Swoda habia emitido para socorrer á los obreros pobres; mas como Mr. Dobloff se negara á esta demanda, su declaracion fué rasgada y pisoteada. Swoda prometió, al fin, que el gobierno garantizaria las acciones aquel mismo dia respondiendo de ello con su cabeza, con lo que se calmaron un poco las turbas, y habiendo declarado la guardia nacional que respondia del orden y de la tranquilidad pública, las tropas volvieron á sus cuarteles y el palacio del ministro del Interior fué evacuado por la muchedumbre que le habia invadido. En seguida el gobierno dió un manifiesto diciendo que se ocuparia inmediatamente del arreglo de las acciones de la empresa de Mr. Swoda á fin de que se garantizaran como correspondia, y tomó entre otras la disposicion siguiente:

«En las circunstancias actuales los ministros han creído oportuno adoptar las medidas siguientes en favor del orden y de la seguridad pública.

1.º «Toda reunion en las calles ó plazas públicas queda severamente prohibida. Si se notasen grupos, las puertas de las casas se cerrarán inmediatamente. Los padres de familia y los fabricantes quedan obligados á retener en sus casas y talleres, so pena de ser perseguidos con arreglo á la ley, á sus hijos y dependientes.

2.º «Todo el que no obedezca inmediatamente las órdenes de la autoridad, será preso y entregado á los tribunales.

3.º «Si se notase grupos, se les intimará por tres veces su disolucion, y á no verificarse, serán dispersados con la fuerza, entregándose los culpables á los tribunales.»

La reproduccion de los desórdenes de Viena no son los únicos de que tenemos que ocuparnos; el grito de alarma no está desgraciadamente sofocado en Europa, y apenas pasa un día sin que tengamos que deplorar escesos que destruyen mas y mas la organizacion social de las naciones. Una parte de los regimientos que se hallaban de guarnicion en Postdam en union con otra parte de la poblacion de esta ciudad, cometieron en la tarde del 12 graves escesos y destrozaron las ventanas de la casa del gobernador. Dióse á este alboroto en un cartel el carácter de una insurreccion militar y los libreros ambulantes salieron gritando por las calles: «Suplemento extraordinario! Grande insurreccion militar en Postdam! Huida del rey!» Algunas prisiones sirvieron de pretexto á los alborotadores para promover el tumulto, por medio del cual decian querer libertar á los arrestados. Despues del primer momento de desorden se dirigió la multitud, aunque ya sin la cooperacion de la tropa, á las prisiones militares en cuyo punto se habian ya tomado medidas de precaucion, por lo cual fueron rechazadas las masas por una corta fuerza de infanteria y un escuadron de guardias de corps, que cargando al paso y sable envainado, no esperimentó la menor resistencia y evitó que se continuaran levantando las barricadas comenzadas.

En Sajonia han sido de mayor consideracion los alborotos que estallaron el 11 en Chemnitz; habiase empeñado el combate, y levantándose barricadas en todas las calles, siendo muchos los heridos que se recogian en todas partes. El escuadron de la guardia municipal de caballeria sufrió bastante pérdida, ocasionada por los obreros, que reunidos en gran número pedian á gritos su disolucion. Con algunos cortos intervalos proseguia tomando incremento la revolucion, y empezaron á oirse descargas cerradas hácia la Joannisgasse, donde se habian construido dos fuertes barricadas y allanado muchas casas. En este estado se pasó todo el día 12, en cuya noche fué sofocada la insurreccion por la enérgica interven-

cion de las tropas, las cuales tomaron y destruyeron todas las barricadas. La obstinada defensa de los insurgentes en algunos puntos, y el fuego que sostuvieron desde las casas de Joannisgasse, causaron muchas desgracias, contándose por ambas partes unos 24 muertos y 60 ó 70 heridos. Las medidas de precaucion adoptadas en seguida, el acantonamiento en las cercanías de la ciudad de 4,000 hombres de tropa y una batería de artillería, y lo rigurosamente vigilada que estaba la ciudad, hacian esperar por entonces que no se repitieran tan tristes escenas.

ITALIA.

SUMARIO.

Nuevos desórdenes en Liorna.—Resultado de la diputacion liornesa á Florencia.—Ataque y toma de Mesina.—Agitacion en Nápoles.—Alarma en Como y Pavia.—Regreso de Carlos Alberto á Turin.—Proclama á la guardia nacional.—Protesta de la consulta lombarda.—Proclama del principe Fernando de Saboya.—Estado de la mediacion de Francia é Inglaterra en los asuntos de Italia.

Habianse apaciguado completamente los desórdenes de Liorna, cuando un hombre mas celoso que prudente, el comisario del gobierno, Cipriani, enviado como pacificador por el Gran Duque, hizo estallar una verdadera insurreccion. Para probar la obcecacion de este funcionario, basta decir, que cuando solo contaba con 2,000 hombres, se empeñó en cerrar bruscamente todos los clubs, rigor excesivo que despues de una tolerancia sin limites, no podia menos de producir deplorables resultados. El partido republicano, en efecto, dirigido por el abogado Guerrazzi, corrió á las armas, y arrancando las puertas de las casas, formó barricadas y se principió á hacer fuego desde las ventanas sobre la tropa, la cual, demasiado sumisa á las benignas intenciones del Gran Duque, contestó al principio con descargas al aire; pero esto envalentonó sobremanera á los sublevados, y se sobrepusieron á la tropa, que se vió en la precision de retirarse á los fuertes. Los insurgentes se hicieron dueños de la ciudad, y las tropas que se habian refugiado en la ciudadela, tuvieron que salir por falta de víveres, pero ya entonces empezaron á fra-

ternizar con el pueblo. El general Torres, titulado jefe de la fuerza armada popular, celebró el siguiente arreglo con el teniente coronel de las tropas activas toscanas, comandante del fuerte de Porta Dorata, donde se habían retirado las tropas de línea que guarnecían la ciudad.

«Hoy 4 de setiembre de 1818, hallándose la ciudad de Liorna en poder del pueblo, y el fuerte de Porta-Dorata en poder de la tropa, y queriendo evitar á toda costa que vuelva á derramarse sangre toscana, se ha celebrado el siguiente convenio:

1.º «Se restablecerá completamente la buena armonía entre el pueblo y la tropa. Al efecto, los cuerpos de línea del ejército de S. A. R. el Gran Duque de Toscana, volverán inmediatamente á sus cuarteles. En el fuerte solo quedarán las mismas fuerzas de artillería que ahora lo guarnecen; las demas tropas que en él se hallan lo evacuarán.

2.º «La tropa de línea será reemplazada en el fuerte por 100 guardias nacionales, y por los 100 refugiados polacos que forman la compañía de guías del general Torres.

3.º «No se hará alteracion alguna en las instituciones gubernamentales del pais, conforme á los votos de la fiel y fuerte ciudad de Liorna, que en todas ocasiones sabe hacerse respetar. Conste esta circunstancia para tranquilizar la delicada susceptibilidad del teniente coronel Costa Reghini, á cuyo amor y fidelidad al principe le tributa de este modo un público homenaje.

4.º «El pueblo seguirá creyendo como siempre que es justo y legitimo que la tropa bien disciplinada debe obedecer las órdenes de sus gefes.

5.º «Las puertas de la ciudad serán ocupadas indisintamente por la guardia nacional, la reserva y la tropa.»

La diputacion liornesa enviada á Florencia, habia regresado aquel dia, y algunos miles de personas reunidas delante del palacio de Ayuntamiento, esperaban con impaciencia las esplicaciones de la diputacion. Guerrazzi se presentó al fin al balcón, y habló en los términos siguientes:

«La diputacion enviada á Florencia para restablecer la buena armonía entre el pueblo de Liorna y el gobierno, tiene la mayor satisfaccion en anunciaros que el principe y su gobierno han declarado solemnemente que mandarán encausar á los paisanos ó militares que hayan dado lugar á los recientes sucesos. Tambien háse declarado que luego que se restablezca la tranquilidad en Liorna, se suspenderán los poderes excepcionales, para que la constitucion recobre su imperio. Obliganse asimismo á no enviar tropas ni guardia nacional contra esta ciudad. En nuestra querida Italia solo hay un rey *bombardeador*. Nuestro principe deplora la sangre que se ha derramado contra su voluntad y contra sus órdenes, y dice que enviará, no soldados, sino magistrados civiles que

se atraigan vuestras simpatías. Nos permite que elijamos por gefes á los hombres que merezcan nuestra confianza , para restablecer la tranquilidad en la poblacion. Todo dependerá de la prudencia del gobernador que elijais, bien penseis armar ó desarmar la ciudad , guardar ó abandonar los fuertes, y concurrir ó no á la guerra de la independencia italiana. La municipalidad os propondrá los hombres que deban gobernar, y vosotros aprobaréis la eleccion si la juzgais oportuna , ó procederéis á hacer otra nueva. Ciudadanos, mantened entre vosotros la paz , la confianza y la concordia, y estos dias de combate se trocarán en dias felices y gloriosos para Liorna.»

Este discurso fué vivamente aplaudido, y Guerrazzi proclamado presidente en medio de ruidosos aplausos. Oyéronse algunos gritos de venganza contra el comisario extraordinario y el teniente de caballería Capellini; mas Guerrazzi tranquilizó los ánimos y logró restablecer enteramente la calma de aquella rica y populosa ciudad, ya por dos veces teatro de terribles y lamentables escenas.

Aun lo eran mas las que se preparaban en la desdichada Mesina, elegida como primera victima del furor de los napolitanos. La expedicion, segun anunciamos en nuestro número anterior, se dirigió efectivamente sobre Mesina, adonde llegó la escuadra napolitana compuesta de veinte vapores, dos fragatas y algunas lanchas cañoneras , anclando al Sur del referido punto bajo la proteccion de las baterías de la ciudadela. Hasta el dia 6 no se formalizó el combate; los vapores cruzaban de una á otra parte, oyéndose por intervalos el estampido del cañon, y habiendo desembarcado en la playa 500 suizos para apoderarse de un pequeño reducto colocado á la entrada de la ciudad por la parte del Sur, fueron atacados por los sicilianos, y obligados á emprender la retirada, que lograron hacer con orden, á pesar de la pérdida que sufrieron de mas de cincuenta muertos.

Este suceso llenó al pronto de alegría á los sicilianos, y segun el entusiasmo con que se espresaban parecia que al dia siguiente iba á darse un terrible combate. La ciudadela entre tanto continuaba bombardeando la ciudad, en la que causaban horribles estragos los numerosos proyectiles que arrojaban los sitiadores, llenando de pavor á los tímidos, é introduciendo el desaliento en el corazon de los menos exaltados, habiéndose refugiado muchos aquella misma tarde en los buques ingleses y franceses surtos en el puerto.

A la mañana siguiente se advirtió en los mesineses aquella incertidumbre y desórden que siempre preceden á las derrotas. Propúsose una capitulacion, y el capitán de navio Mr. Donay , comandante del *Hércules*, y Mr. Robb, comandante del vapor inglés *Bulldog*, se apresuraron á ofrecer su mediacion: pero no fué posible poner acorde al general

en jefe de las tropas napolitanas con los delegados mesineses. Renovóse el bombardeo con más furor que nunca, saltaron en tierra las tropas reales, y los buques entraron en el puerto para secundar las operaciones de los sitiadores que iban avanzando, apoderándose de los fuertes, donde no hallaron la resistencia que se esperaba, y penetrando poco después en Mesina, la cual fué ocupada militarmente por los napolitanos el día 8, terminándose todo con la vuelta á la poblacion de muchos de los refugiados fuera de ella. Por ambas partes se cometieron inauditos excesos, y aquella ciudad presenci6 durante estos acontecimientos escenas horribles, que á no ser tan desgraciadamente ciertas, no podrian creerse en seres humanos, y mucho menos en gentes civilizadas. Imposible parece que el fanatismo político arrastre á los hombres hasta asar y comer la carne de sus semejantes!

La siguiente carta da mas pormenores acerca de los sucesos ocurridos durante el ataque y toma de la desdichada Mesina:

MESINA 8 de setiembre. Cuando se tuvo en Mesina noticia de la expedicion napolitana contra esta ciudad, ningun terror se manifestó en su habitantes; por el contrario empezaron á fortificarse, levantando barricadas en las principales calles. El día 3, el fuego entre la ciudadela y la ciudad ha sido muy vivo. El 4 por la mañana, hizo una salida la guarnicion de la ciudad con algun éxito, logrando una pequeña ventaja sobre los sitiadores, cuyos muertos y heridos recogieron los sicilianos, para hacer con ellos las mas horribles crueldades. Se arrojaban con ánsia sobre los moribundos, y despedazaban rabiosos sus miembros palpitantes, siendo llevadas en triunfo las cabezas de las victimas, á una poblacion espantada que no podia por menos de preguntarse si sus amigos serian mas peligrosos que sus enemigos. En la tarde del 4 ofrecia la ciudad un espectáculo muy triste. El 5 llegaron para defender la ciudad los contingentes de Palermo. No cesaba de oirse el estampido del cañon, los edificios incendiados se desplomaban, por todas partes habia escombros y sangre, y la soldadesca corria desenfrenada por todas las calles, profiriendo las mas execrables blasfemias. De todos los puntos de la isla acudian auxiliares. El 6 por la mañana los soldados salen de la ciudad para rechazar al enemigo, que acababa de desembarcar. Una hora despues de la salida, entra en la ciudad un puñado de hombres que traian arrastrando los cadáveres recogidos, segun decian, en el teatro de la victoria. «El enemigo se ha puesto en fuga, gritaban, ha vuelto á embarcarse.» Entonces fué cuando empezaron las horribles escenas de carniceria, ejecutadas en cadáveres sangrientos y mutilados: públicamente se gritaba: ¡Quién compra carne napolitana! y públicamente se asaba, y públicamente se comia! (*Si vende carne napolitana, la si jetta nel fuoco, la si mangia!!*)

«Mientras estos antropófagos celebraban tan execrable banquete, el ejército desembarcaba. Un batallón napolitano desembarcado antes que los otros, había sido cercado por los tiradores, y se vió en la necesidad de retirarse, dejando en poder de los enemigos algunos muertos y heridos, que los soldados de Palermo y de Catania se apresuraron á despedazar. En la tarde de este mismo día, un terror pánico reinaba en Mesina; las mugeres y los niños corrían á bandadas al Faro lanzando dolorosos gritos: cualquiera creería ver entonces la repetición de las escenas de que nos habla la Sagrada Escritura, al descubrir la destruccion de Sodoma y Gomorra. Todos estos infelices tendían las manos suplicantes á la escuadra inglesa y francesa; 10,000 personas lo menos corrían en esta actitud hácia el mar. Durante esta fuga, los defensores de la ciudad se degollaban acusándose mutuamente de traidores, se entregaban al pillage, y asesinaban á los ciudadanos indefensos.

«Piramo, comisario general de Mesina, se habia ido á bordo de los buques, suplicando á los comandantes inglés y francés, que interviniesen para obtener un armisticio, pretendiendo que el ejército napolitano debía concederlo sin condiciones. Estas pretensiones absurdas fueron rechazadas. El 7 por la mañana se presentaron á los mismos comandantes quince de las personas mas influyentes de Mesina, suplicando que se le concediese á sus conciudadanos la vida y la amnistia. Pocos instantes despues un barco montado por dos oficiales, se acercó á la ciudadela, que desde el amanecer habia empezado nuevamente á bombardear la ciudad. A las ocho, los dos oficiales, inglés y francés, regresaron en compañía de uno de los gefes del estado mayor napolitano, que parecia animado de las intenciones mas pacíficas. Mas todavia los gefes de los sitiados que estaban á bordo de la escuadra francesa é inglesa, insistían en proponer condiciones inadmisibles, querían un tratado en regla, fundándose en que si no exigían estas condiciones, serían tratados en la ciudad como traidores.

«Por último, consintieron en que se les otorgase únicamente la salvacion de la vida y la amnistia, y la ciudadela entonces cesó de hacer fuego. En aquel momento resonaron en todas las alturas salvas de alegría hechas por la guardia nacional, que se consideraba dichosa por haber escapado de una destruccion completa. El interior de la ciudad parecia el cráter de un volcan: de todas partes se alzaban nubes muy densas de humo negro. El general en jefe de la expedicion todavia se ocupaba en rendir los fuertes: el del Faro se resistió aun por algun tiempo. Mientras el incendio no quedó estinguido, permanecieron las tropas fuera de la ciudad, habiendo entrado en ella el 8 por la mañana. Los soldados de Palermo, de Trápani y de Catania huyeron durante la noche.

«Luego que la ciudad fué ocupada por el ejército napolitano, todas las personas refugiadas en los buques se apresuraron á regresar á la población para reparar en lo que les fuere posible aún, los desastres que acababan de sufrir en sus fortunas.

«El general en jefe ordenó que las personas comprometidas permaneciesen á bordo de los buques extranjeros para evitar la irritación de los soldados: mañana deberán volver á la ciudad.»

A pesar de la pérdida de Mesina, la Sicilia se proponía al parecer prolongar la resistencia, como se desprende de las siguientes proclama y orden del día, publicadas despues de aquella derrota:

PROCLAMA. Sicilianos: Mesina ha cumplido la palabra solemne que dió de sepultarse en sus ruinas antes que rendirse al yugo odioso del tirano; la metralla, las bombas y el incendio, han borrado casi del todo del territorio la Varsovia, la Missolonghi siciliana. Ya el vándalo pie de los cobardes soldados del Borbon ha profanado el suelo sagrado de la heroica ciudad. Durante cuatro horas, los viles y feroces satélites de Fernando, derrotados en todos los encuentros, encerrados en la ciudadela con pérdidas enormes, han hecho llover desde los fuertes y desde los buques infinitas bombas, granadas y cohetes á la congreve sobre la ciudad, y hemos tenido que abandonarla á esos bárbaros, que no pudiendo vencerla la convirtieron en un monton de ruinas. En vista de esta terrible catástrofe, el primer deber del gobierno, intérprete de los sentimientos del pueblo, es dar un grito que hallará eco en toda la Sicilia. ¡Venganza! ¡Venganza! si: todo el pais está pronto á seguir el glorioso ejemplo de Mesina. Pero en otras partes no habrá como en Mesina, una ciudadela inespugnable, que permita á los cobardes en ella encerrados bombardear impunemente y reducir á cenizas una ciudad entera; en un combate cuerpo á cuerpo, 10 de los nuestros harán frente á 100 de esos traidores! ¡Guerra! guerra de esterminio contra los Borbones! ¡Mesina! ¡Mesina! Sea este nuestro grito en la pelea.

«Conviértase nuestro valor en un santo furor al recordar la heroica ciudad que prefirió quedar reducida á cenizas á transigir con el enemigo. Sicilianos; Mesina, que era el centinela avanzado de toda la Sicilia, se ha sacrificado por nosotros. ¡Víctima noble y voluntaria! Mostrémosnos dignos de su generosa abnegacion. Sigamos su ejemplo, y la vengaremos. Recibid en vuestras casas á los valientes hijos de la ciudad invicta, partamos con ellos nuestro pan, y cuando suene la hora de la espacion, reedificaremos con nuestras propias manos á Mesina, y haremos que salga mas bella y magestuosa de sus ruinas.

Orden militar del día. El gobierno manda que se formen inmediatamente siete campos en Millazzo, Taormine, Catania, Siracusa, Girgenti, Trápani y Palermo. Todas las fuerzas armadas se organizarán en

guardias nacionales, tropas regulares, compañías de armas, legiones voluntarias, y legiones á sueldo, á las órdenes de oficiales sicilianos muy experimentados. Palermo 8 de setiembre de 1848.—El presidente del gobierno del reino de Sicilia.

RUGGIERO SETTIMO.

Siguen las firmas de los ministros.

La noticia de la toma de Mesina fué recibida en Nápoles con un terror general, á pesar de que el gobierno mandó hacer salvas en muestra de regocijo. El decreto publicado en esta capital prorogando las cámaras hasta 30 de octubre, produjo una demostracion espontánea de algunas personas inofensivas que reuniéndose en grupos considerables, recorrieron varias calles gritando: ¡Viva el rey! Abajo los radicales! Comenzaron á circular en seguida bastantes patrullas, y entonces aparecieron en el barrio de Toledo gran número de paisanos incitados y pagados sin duda por el partido del desorden; los cuales armados de sables unos, y á pedradas otros, atacaron á los ciudadanos inofensivos y hasta las mismas patrullas, logrando desarmar y herir á mas de un soldado. A fin de reprimir á los alborotadores, la autoridad militar con el auxilio de la policía, procedió al desarme del barrio del monte Calvario, al cual pertenecian aquellos, y aunque con algun trabajo y despues de haber tenido que echar mano de alguna tropa de infanteria y caballeria, se consiguió restablecer completamente el orden.

Mientras tanto el mariscal Radetzky se ocupaba en concentrar fuerzas considerables sobre las líneas del lago Mayor, del Tesino y del Pó, con cuyo motivo se vió obligado á retirar toda la guarnicion de Como y de Pavia, en donde hubo algunos desórdenes. En Como especialmente los obreros, en número de 500, se presentaron á la municipalidad pidiendo pan ó trabajo: cerráronse todas las tiendas y se envió á pedir refuerzos á Milan.

Al fin volvió á Turin Carlos Alberto, cuya capital no habia visitado desde el principio de la guerra con el Austria. El regreso del rey de Cerdeña á su corte que coincidió precisamente con la prolongacion de las cámaras hasta el 15 de octubre, daba lugar á suponer que Carlos Alberto no habia querido volver á su capital hasta verse desembarazado del parlamento, cuyas interpelaciones hubieran podido poner obstáculos á la marcha de las negociaciones para la conclusion de la paz definitiva y honrosa, en lo cual trabajaba con ardor, hallándose ya en aquel momento de acuerdo, segun los rumores que circulaban, con el mariscal Radetzky, en prorogar otras seis semanas el armisticio del 9 de agosto. En la siguiente proclama que dirigió á su llegada á Turin á la guardia

nacional, se advierte que el lenguaje de S. M. era mas pacifico que el que habia usado hasta entonces:

«Soldados de la guardia nacional: Cuando marché al frente del ejército que iba á pelear por la *santa* causa de la independendencia italiana, os confíé mi familia y la capital del reino. El hecho ha demostrado cuán dignos érais de mi confianza. Vuestro patriotismo ha probado que no desmereciais los nuevos destinos á que nuestra patria está llamada.

«Ahora que me reuno á vosotros, mi corazon no puede dejar de expresar todo mi afecto y reconocimiento. En este momento solemne daremos un nuevo ejemplo de la concordia que en estos estados ha unido por muchos siglos á los pueblos con los principes: concordia y confianza mútua que nos harán mostrarnos merecedores de la libertad y de la independendencia á que he consagrado mi vida y en las que tengo fijos todos mis pensamientos, mis cuidados y mis esfuerzos. Turin 14 de setiembre de 1848. — CARLOS ALBERTO.»

Al propio tiempo que las anteriores palabras dejan traslucir cierta moderacion y templanza, la *consulta lombarda* reunida en Turin protestaba contra el armisticio considerado como hecho político. La consulta declaró que los destinos de la Lombardia y del Veneto no podian ser separados; que debía mantenerse en vigor la votacion del pueblo para la anexion al Piamonte; que todas las combinaciones que los mediadores quisieran imponer á la peninsula, serian tenidas por contrarias al derecho nacional, no teniendo por bases los hechos consumados y la independendencia absoluta de toda la Italia. Por otra parte, he aquí la proclama que publicó el 10 en Cerano, el príncipe Fernando de Saboya, teniente general de la cuarta division:

«¡Oficiales y soldados! Llamados por el rey á prestar juramento á la constitucion, habeis consumado así el grande acto de la regeneracion del pueblo italiano. Sobre las riberas del Tesino, á donde la suerte de la guerra os ha arrojado sin haberos vencido, con la cara vuelta á ese enemigo que tantas veces habeis visto huir, jurad que, fieles al rey y á la constitucion, si el honor de la comun patria italiana lo exige, sabreis hacer hondear nuestras banderas sobre la tierra lombarda, que os ha recibido como hermanos, y lavar en la sangre de los esclavos que la oprimen el ultraje que han hecho á vuestro honor con una acusacion infame.»

La mediacion de la Francia y la Inglaterra en los asuntos de Italia, aunque aceptada por el Austria, pareció hallar desde el principio una resistencia formal, aun hasta en los preliminares indispensables á toda negociacion de paz. Segun se decia en Viena, parecia indudable que el gobierno austriaco no aceptaria condicion alguna que tuviese por objeto cualquier cambio en las fronteras del imperio, ó la separation de al-

guna de las posesiones austriacas en Italia. Si las potencias medladoras pedian que el Austria, á consecuencia de haber aceptado la mediacion, mantuviese sin el menor cambio en el *statu quo*, y no tomase ninguna medida hostil contra Venecia, el gobierno austriaco habria contestado sin rodeos, que observaria el armisticio con respecto á Cárlos Alberto, pero que Venecia era una ciudad austriaca. Estas intenciones del Austria las tenia bien presentes el abate Gioberti como se ve por el siguiente párrafo de un discurso que pronunció en la Asamblea de Turin. «En cuanto á las declaraciones pacíficas, confieso que siempre las he considerado como inútiles mientras no se tenga la fuerza suficiente para hacer respetar los derechos. ¿Quién podria creer que el Austria se halla dispuesta á restituir el territorio que acaba de reconquistar y á reconocer el reino italiano, sin desenvainar otra vez la espada? Si las negociaciones no producen resultados, debemos reconquistar con las armas lo que las armas y la guerra nos quitó. Siempre os he hablado de una tregua honrosa; he hablado detenidamente con el conde Revel sobre los medios de obtenerla, y he escrito al principe con arreglo á sus órdenes, despues de volver á Vigevano, cuando todavia no se conocia en Turin el desgraciado armisticio de Milan. Para obtener una suspension de hostilidades he propuesto que se abran conferencias en las cuales se trate de la paz, de acuerdo con Francia é Inglaterra. Pero antes de hablar de esto al conde de Revel, fui á ver al enviado inglés M. Abereromby, y en presencia del marqués de Peralto le indiqué que el mejor medio de conciliar todos los intereses y asegurar la paz de Europa, era revisar los tratados de Viena de comun acuerdo entre todos los soberanos. He manifestado esta circunstancia para demostrar que el profesor Merlo se engaña al asegurar que en mis conferencias con los nuevos ministros no se ha tratado de negociaciones de esta naturaleza.»

Parecia que últimamente se habian puesto de acuerdo los gobiernos de Francia Inglaterra y Austria, para que Venecia continuase provisionalmente libre de toda guarnicion austriaca. El armisticio prorogado cuarenta y cinco dias seria estensible á toda la Italia.

Tambien se daba por seguro que los gobiernos francés é inglés se habian interpuesto para que cesaran las hostilidades entre el rey de Nápoles y la Sicilia.

INGLATERRA.

El gobierno inglés habia descansado en una falsa seguridad despues de la derrota de O' Brien en Ballingary. La pronta dispersion de los paisanos, el poco auxilio que hallaron los gefes de la insurreccion, la

mayor parte de los cuales se vieron precisados á entregarse por no tener donde refugiarse, todo inducía á creer que la tentativa insurreccional habia abortado completamente, y así tal vez hubiera sucedido si el gobierno británico, manteniendo las medidas de precaucion, no hubiese abusado de tan pronto y fácil triunfo. Pero no lo hizo así, tratando solo de perseguir y tener á la mano á todos cuantos habian tomado parte en los alborotos de Ballingary, y sus agentes molestaban sin descanso á todos aquellos que eran acusados de haber tomado las armas. La irritacion crecia á medida que era mayor el número de prisiones que se verificaban, y cuando los agentes de policia iban á las poblaciones para apoderarse de algun individuo, cada dia encontraban mayor resistencia.

Una sensible circunstancia coincidió con tal multiplicacion de prisiones; cierto número de grandes propietarios que hacia un año ó diez y ocho meses estaban siempre alarmados por la agitacion irlandesa y el temor del pillage, quisieron aprovechar la presencia de las tropas inglesas para espulsar de sus dominios á los arrendadores cuyos contratos habian espirado, y á todos los intrusos que á pesar suyo se habian establecido en sus tierras. Un solo propietario espulsó por este medio mas de ochocientas personas. Este rigor excesivo, este abuso inoportuno del derecho exasperaron á los paisanos, al mismo tiempo que dieron pábulo á la insurreccion, llegando el caso de oponerse abiertamente á la autoridad, y de no poder verificarse las prisiones sino con el auxilio de la fuerza. La actividad desplegada por los clubs, las compras de armas que hacian ciertas personas, y la multiplicacion de las señales nocturnas, llegaron á alarmar á las autoridades inglesas, que recibieron al cabo aviso de que debia estallar un levantamiento general seguido de saqueo y asesinato, y en su consecuencia, las tropas de Carrick y de Piltown y los constables, se prepararon á marchar del distrito á la mañana siguiente. La noche sin embargo se pasó tranquila, creyéndose al pronto falsa la noticia; pero al tercer dia se recibió un parte de la estacion de policia de Slate Quarry (condado de Kilkeny), en el cual se decia que se habia formado un campamento en la parte de la cordillera del Slievenamon, que mira al distrito, cuyas alturas se veian coronadas de fogatas, al parecer señales convenidas.

Anuncióse que un cuerpo numeroso de paisanos se dirigian por todas partes al campamento de los rebeldes, de donde aun no habian intentado las tropas desalojarlos. Hacia algun tiempo que se manifestaba en Kilkeny un espiritu de turbulencia y desafeccion, advirtiéndose al propio tiempo que se armaban sus habitantes. En la noche del dia 12 fueron atacados los cuarteles de la policia en Carrick, á 3 leguas de Waterford, por 4 ó 5,000 hombres provistos de fusiles, picas y armas de todas clases, que despues de un choque violento en que

hubo muertos y heridos por una y otra parte, los paisanos lograron demoler el puesto, haciendo retirarse á los constables á otro punto que fortificaron con barricadas. Cesando el fuego un momento, el gefe de los insurgentes se acercó al puesto, y alargando la mano á los constables les propuso fraternizar con ellos, dándoles palabra de que si querian entregar las armas no se les molestaría en manera alguna. Mientras duraba este parlamento, y los sitiados daban largas con la esperanza de ser socorridos, otro destacamento de agentes de policia que retrocedia hácia Carrick, se presentó á la vista de los rebeldes, los cuales le salieron al encuentro, y repitieron la misma tentativa de conciliacion con los recién llegados, pero estos seguian avanzando, y cuando se hallaron cerca del puesto, por medio de una hábil maniobra se encerraron dentro de él con sus compañeros, y entonces empezó un ataque formal.

Como los constables tiraban al abrigo de las murallas, mataron é hirieron á varios de los sitiadores, sin que por su parte tuvieran mas que algunas pérdidas insignificantes. El combate no duró media hora, y los insurgentes, desesperando de tomar el puesto se retiraron anunciando que volverian con nuevas fuerzas, lo cual sin embargo no llegó á verificarse. Esta escaramuza fué semejante en un todo á la que terminó la última tentativa de insurreccion promovida por Mr. Smith O'Brien, y ambas infructuosas intentonas terminaron de una manera ridicula. Habíase ya restablecido la tranquilidad, y los paisanos que tomaron parte en una y otra insurrección volvieron á sus campos, donde se hallaban ocupados tranquilamente al parecer en sus diarias faenas.

No está sin embargo sofocada aun la insurreccion irlandesa, sino que sus partidarios han adoptado una nueva táctica que en España por desgracia conocemos perfectamente. Hânse subdividido en partidas de 50 á 100 hombres, y elegido para sus guaridas la cordillera de montañas que se estiende en línea recta desde Munster á la bahía de Waterford y á la embocadura del Shannon, cuyo punto les presenta una multitud de recursos para burlar la persecucion, y no hacer frente mas que en los casos de contar con ventajas positivas de triunfo. Se llevan los ganados que encuentran al paso, y cometen muchas exacciones para procurarse víveres y municiones.

El mayor general Macdonald marchó de Dublin á Kilkenny, y tomó el mando militar de este punto, Waterford, Tipperary y Limerick. Inmediatamente dispuso que marchasen las tropas bajo su inmediata direccion hácia las posiciones de los alrededores de las montañas que recorren los insurgentes, y trata de formar un campamento en cada una de las posiciones, establecer un cordón militar al pie de las montañas, y hacer luego avanzar los tiradores por las escabrosidades del terreno, haciendo batidas en todas direcciones.

Una expedición dirigida por el marqués de Waterford contra los rebeldes en las montañas de Counneragh á la cabeza de un regimiento, ha sido infructuosa. Después de recorrer las inmediaciones de Clonea, descubrió una partida de insurgentes sobre la vertiente de una de las montañas, en que tenían lumbreras encendidas; pero estaban alerta, y cuando llegaron á aquel sitio las tropas no encontraron á nadie.

El gobierno inglés dirige fuerzas considerables hácia Irlanda con la intención sin duda de restablecer inmediatamente la paz y acabar de una vez con los facciosos.

REPÚBLICA FRANCESA.

Continuaba la Asamblea nacional discutiendo el proyecto de constitución, y ventilada al fin la cuestión de libertad de imprenta promovida por Mr. Crespel de la Touche, se decidió por una gran mayoría que la prensa quedara sujeta á las condiciones del estado de sitio. En seguida pasó la Asamblea á ocuparse de la cuestión del trabajo que sirve de bandera á la república roja, y que servía á los socialistas para defender con calor sus doctrinas. El partido conservador se opuso con energía á que se consignara en la constitución semejante derecho, y Mr. Thiers en la sesión del 13 en un discurso de tres horas, desenvolvió con admirable claridad y con no pequeña dosis de ironía las consecuencias inevitables de la doctrina socialista si desgraciadamente llegara á ponerse en práctica. Algo de injusto hay, si se quiere, en los ataques repentinos de que ahora son objeto los socialistas, y alguna parte de responsabilidad cabía en la propagación de estas doctrinas al mismo Thiers y los de su escuela, con la diferencia de que estos se hicieron la ilusión de creer que podían conducir las cosas hasta un punto dado, mientras que los otros una vez lanzado el principio le seguían con todas sus consecuencias. Lo que ha sucedido á Mr. Thiers en política debe sucederle también en filosofía. Ténase sino presente que una multitud de escritores que ni eran republicanos ni socialistas han estado envenenando la sociedad con sus novelas y otras obras, y ahora por un espíritu de reacción que se va generalizando en Francia, la Academia tiene el encargo de componer y publicar opúsculos con el fin de difundir en el pueblo las buenas doctrinas morales y sociales; pero el mal está ya demasiado profundo para que ceda á tales remedios, como se advierte en el siguiente párrafo de un artículo publicado en

la *Democracia Pacífica*, y firmado por Alberto Brethon, operario mecánico. «¿Qué nos importa que el general Cavaignac haya encargado á los miembros de la Academia de ciencias morales la redaccion de opúsculos! Ni sus folletos, ni sus discursos, cambiarán la opinion de los hombres que tienen la conciencia de poseer la verdad, ni influirá tampoco en lo sucesivo en los ignorantes, porque los ignorantes no leen ni toman interés por todo lo que Thiers, Dupin y consortes quieran enseñarles. Preciso es que esos señores no conozcan á los obreros, si creen que sus folletos nos harán abandonar las cuestiones sociales. No, no, señores *malthusianos*, los obreros saben muy bien distinguirs de los verdaderos amigos del pueblo, y el caso que debe hacerse de vuestros librejos y periódicos. Se leen con solo el objeto de ponerlos en ridículo, justo castigo para los hombres que en sus artículos de fondo combaten lo que publican y enseñan en sus folletines. A menos que en sus folletos, los que la echan de académicos, no pinten las miserias del pueblo tal cual están retratadas en los *Misterios de París*; á menos que no vayan á buscar el remedio á la fábrica de Mr. Hardy, del *Judio Errante*; á menos que no sepan ofrecernos escenas iguales á las de *Martin el Espósito* y los *Pecados Capitales*, de Eugenio Suó, tienen muy pocas probabilidades de ser leidos.

«El general Cavaignac se engaña mucho si cree que semejante comision producirá algun efecto entre los obreros. Yo estoy convencido, por mi parte, de que será mirada como una irrision.»

Pero cuando á juzgar por los antecedentes y por tener aun pedida la palabra treinta y dos representantes, era de esperar que restaba ancho campo para repetirse escenas tan escéntricas como las que promovió Mr. Proudhon, y tumultos tan espantosos como los que provocaron Mr. Thiers y Mr. Goudchaux, al empezar la sesion del 15 anunció Mr. Desfaure, en nombre de la comision, que teniendo esta en cuenta las diferentes opiniones que se habian emitido durante los debates, presentaba un nuevo párrafo redactado en los términos siguientes:

«La República debe proteger al ciudadano en su persona, familia, religion, propiedad, trabajo, y poner al alcance de todos la instruccion indispensable á todos los hombres: debe tambien *asegurar por medio de una asistencia fraternal la existencia de los ciudadanos necesitados*, bien sea proporcionandoles trabajo, *segun el limite de sus recursos*, bien sea dando, á falta de su familia, socorros á los que no puedan trabajar. Con objeto de cumplir estos deberes y de asegurar estos derechos, la Asamblea nacional, fiel á las tradiciones de las grandes asambleas que han inaugurado la revolucion francesa, decreta del modo siguiente la constitucion de la República.»

De este modo fué votado y adoptado por tirios y troyanos el famoso artículo, objeto de tantos y tan acalorados debates.

Desembarazada así la Asamblea, pasó á la discusión del capítulo primero siendo aprobados sin ninguna dificultad los cuatro primeros artículos; pero la monotonía que hasta entonces presentaba el debate fué interrumpida por el artículo 5.º, en el cual se consagraba la abolición de la pena de muerte en materias políticas. Mr. Coquerel, pastor de la iglesia protestante, y otros dos individuos, presentaron una proposición para que la abolición fuéese general, y la Asamblea convino en que colocada la cuestión bajo el terreno esclusivo de los principios, la abolición era justa; considerada bajo el punto de vista de la oportunidad, teniendo presente sobre todo que la sociedad quedaba desarmada, no conociéndose otra pena que pudiera reemplazar á la de muerte, no era posible resolverla por entonces, y en su consecuencia fué desechada la enmienda de Mr. Coquerel.

Las elecciones que debían comenzar en breve absorbían principalmente la atención pública, y hasta los antiguos periódicos, partidarios de la monarquía que en las primeras no tomaron parte alguna, presentaban para las actuales sus candidaturas, defendiéndolas con energía y constancia. Era la lucha entre la república pacífica, y la república roja, y mientras los partidarios de la primera distaban mucho de hallarse acordes, los de la segunda obraban con una unidad prodigiosa. Por esto mismo ha sorprendido mas la elección de tres personas tan discordantes como Napoleón, Fould y Raspail, el primero representante del despotismo militar del imperio, el segundo de la república pacífica, y el tercero de la república roja.

El día 21 se verificó en París en las casas consistoriales la proclamación de los tres diputados electos. El gobierno habia tomado precauciones para impedir cualquier desórden que pudiera producir aquel acto, y con cuyo objeto hizo ocupar la plaza por fuerzas del ejército y de la guardia nacional. El prefecto del Sena, acompañado de los alcaldes y tenientes del departamento, se presentó en la plaza, y subiéndolo á una tribuna, proclamó los nombres de los diputados por el órden siguiente:

Luis Bonaparte, elegido por. . . 110,752 votos.

Aquiles Fould. 78,891.

Francisco Raspail. 66,963.

Cuando el prefecto pronunció el nombre de Bonaparte, las músicas de la guardia nacional tocaron uno de los himnos de la época del imperio, y parte de la concurrencia prorumpió en los gritos de *viva el Emperador*, *viva Napoleon*. También el nombre de Raspail fué saludado con aclamaciones y voces de *viva la República*, *viva la República social*,

El resultado de las elecciones ha producido cierta agitación en los ánimos; atestigua la lucha de los partidos mas bien que la termino, y parece ser el anuncio de nuevos conflictos mas bien que la victoria de-

finitiva de una mayoría decidida sobre las minorías pacíficas. Es indudable que la elección de Luis Bonaparte, no tan solo en París sino en otros varios departamentos, causaba muchas inquietudes al gobierno, las cuales se hacian tambien estensivas á una parte de los representantes. En la sesion del 22, Mr. Sauleyra, habiendo interpelado al gobierno sobre el estado del país, sobre la política conciliatoria ó enérgica que pensara seguir, ora con respecto á las diferentes opiniones de que participaba la Asamblea, ora en presencia de las eventualidades que pudieran ofrecerse de un momento á otro, el general Cavaignac declaró que no solo estaba dispuesto á contestar á la interpelacion, sino que á no haberse hecho, la hubiera promovido él mismo. El voto que obligó al gobierno á renunciar al envío de cierto número de representantes á las provincias para hacer patentes las verdaderas intenciones de la Asamblea y del poder mismo, y para atraer la opinion estraviada, indispuso al poder con la Asamblea, pero esta indisposicion puede cesar al momento con un voto de confianza. En cuanto á la situacion del país, añadió el general Cavaignac, que no era tan grave como se pensaba, pero que en el caso de estallar algun desórden, seria reprimido enérgicamente. Las banderas de conciliacion y de la República, son las banderas del gobierno; jamás las abandonará; espero que la Asamblea manifestará su asentimiento por medio de su voto.

Despues de esta contestacion del general Cavaignac, y de algunas observaciones de MM. de Charencey y de Kerdrel, se acordó el voto de confianza casi por unanimidad.

Este ligero incidente, sin embargo, estas palabras harto generales y muy poco significativas, en nada modificaban la situacion del poder, la de la Asamblea, ni la de la opinion pública. La Asamblea que esperaba una política atrevidamente concebida y manifestada, solo escuchó algunas frases estudiadas, pero que apenas hacian alguna alusion remota al asunto que llamaba la atencion.

ESPAÑA.

A pesar de la activa persecucion, que al decir de los diarios ministeriales, sufren en todas partes las facciones, estas subsisten siempre en las provincias que han elegido para teatro de sus correrias. Continuaban en Cataluña los repetidos encuentros entre las facciones y las tropas, pero sin que estos choques parciales aminorasen aquellas, ni produjesen los resultados que desean los pueblos hartos ya de sufrir vejaciones y calamidades. La presentacion en Igualada del cabecilla don Manuel Vila (a) Caletrús, titulado comandante general del Panadés y Vallés, debe ser sin embargo muy importante y de felices resultados para las operaciones que van á emprenderse con objeto de acabar de una vez con las facciones que tanto incremento han llegado á tomar en aquel pais

Segun indicamos en la Revista anterior, el general Don Fernando Fernandez de Córdova fué nombrado efectivamente capitán general de Cataluña.

En Caspe proyectaron algunos rebeldes apoderarse de la fortaleza, y subiendo á ella con supuestos pretextos en combinacion con la partida que manda el cabecilla Gamundi, pusieron en práctica su descabellado proyecto al mismo tiempo que dicha faccion se presentaba en las puertas de la villa, y se apoderaba de algunos de sus habitantes, exigiendo que se le entregasen los fondos municipales. Unos y otros fueron rechazados, quedando muerto en la refriega el titulado teniente coronel don Vicente Rocafull.

Tambien salió de la córte una pequeña partida con objeto sin duda de pasar á unirse con las facciones de Ciudad-Real y Toledo. Las autoridades tenian conocimiento del plan, y por disposicion del capitán general del distrito salieron algunas fuerzas por diferentes puntos para detener en su marcha á los expedicionarios. Asi sucedió en efecto, y segun los partes del gefe de la columna de operaciones de esta provincia y del alcalde de Boadilla, hubo un encuentro entre las fuerzas de dicha columna, y la pequeña partida que salió de Madrid compuesta de unos quince hombres, cuyo gefe era el teniente coronel carlista don José Sanchez. Verificóse la accion en una cañada del monte de Boadilla, resultando quedar muertos cuatro de los que componian la citada partida, entre ellos el mencionado teniente coronel Sanchez, un herido y tres prisioneros.

El cabecilla Peco continuaba sus escursiones por los montes de Toledo, y habiendo dividido su partida en grupos de ocho ó diez hombres, recorrían los pueblos exigiendo cantidades y raciones en todos ellos. El capitán general de Castilla la Nueva atendiendo al estado de las provincias de Toledo y Ciudad-Real publicó el siguiente

BANDO.

D. Manuel Breton, conde de la Riba y Picamoxons, vizconde de Valde-Salas, teniente general de los ejércitos nacionales, y capitán general de Castilla la Nueva, etc.

Considerando la situación particular en que se hallan las provincias de Ciudad-Real y Toledo, y la necesidad de vigorizar la acción de la autoridad militar, para poner un término á los males que producen en ellas las gavillas de handeleros que, abrigados en la escabrosidad de sus montes, siembran la alarma y la agitación en los pacíficos pueblos á quienes amagan con sus desmanes, he tenido á bien decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Las provincias de Ciudad-Real y Toledo quedan declaradas en estado excepcional.

Art. 2.º Las autoridades de todos los diferentes ramos del estado continuarán en el desempeño de sus atribuciones, aunque dependientes de la autoridad militar.

Art. 3.º El brigadier don José María Sanz, comandante general de la provincia de Ciudad-Real, que manda las fuerzas de operaciones, queda encargado de la ejecución de este bando, y de dictar las providencias que crea conveniente para que produzca el laudable objeto que me he propuesto.

Madrid 20 de setiembre de 1848.—MANUEL BRETON.

Entre las disposiciones del gobierno en la última quincena deben mencionarse muy particularmente los dos decretos siguientes. El primero, inserto en la Gaceta del 17, creando una clase denominada de directores de caminos vecinales, cuyos individuos estarán exclusivamente encargados del trazado, dirección y ejecución de las obras de dichos caminos, de las de aprovechamiento de aguas pluviales y de corrientes no navegables, para el riego de terrenos; y el segundo, Gaceta del 21, sacando á licitación pública la continuación del canal lateral del Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla, que con el nombre de Canal de San Fernando fué aprobada por el augusto padre de S. M. la Reina.

He aquí el estado semanal de la circulación de billetes y del metálico y valores existentes en la caja de emisión, pago y amortización de

billetes del Banco Español de San Fernando, según el arqueo verificado el 24 de setiembre de 1848, que se publicó con arreglo á lo dispuesto por el artículo 10 del real decreto de 8 del mismo mes.

Reales vellon.

Billetes que quedaban en circulacion, según el estado de la semana anterior.	124.530,200
<i>Son baja.</i>	
Los que amortizados y taladrados en la presente semana han sido entregados á este departamento procedentes del empréstito forzoso, de derechos de aduanas, cuyo pormenor se publicará.	6.042,700
Billetes que quedan hoy en circulacion.	118.496,500
Resto por amortizar y taladrar.	18.496,400
Suma de billetes á que debe quedar reducida la circulacion.	100.000,000
Existencia en caja en efectivo metálico.	33.813,435
Valores líquidos en garantía; los mismos espresados en el estado de la semana anterior.	66.186,565
Suma de metálico y valores.	100.000,000

Estracto de las operaciones del departamento durante la semana que comprende desde el 18 al 23 del corriente inclusive.

Su caja ha cambiado á metálico una suma á billetes importantes rs. vn. 3.911,300

que ha recogido la direccion general del Tesoro, y ha repuesto en caja la misma cantidad de metálico, con arreglo al artículo 7.º del real decreto citado,

Madrid 24 de setiembre de 1848.—V.º B.º—El comisario regio del Banco, presidente de la junta directiva del departamento—LUIS ARMEBO.—El gerente.—ESTEBAN PAREJA.

Réstanos únicamente dejar consignado como un hecho histórico de poca importancia, el feliz alumbramiento de S. A. R. la Serma. señora infanta de España doña María Luisa Fernanda, ocurrido en Sevilla la

noche del 21 del corriente. He aqui la comunicacion oficial y el acta remitidas al gobierno desde dicha ciudad por el Excmo. Sr. ministro de la Gobernacion.

Excmo. Sr. : A las once de esta noche ha dado á luz con toda felicidad S. A. R. la Serma. Sra. infanta doña Maria Luisa Fernanda una princesa que he tenido la honra de presentar solemnemente á las personas designadas ó invitadas al efecto, conforme en un todo á lo prevenido en la real orden de 3 de agosto último. He estendido en seguida el acta de esta solemne ceremonia, habiéndola firmado todos los concurrentes, y sacándose de ella la copia que tengo la honra de enviar adjunta.—Mañana á las tres de la tarde se administrarán á la recién nacida por el M. R. prelado de esta diócesis los santos Sacramentos del bautismo y de la confirmacion, recibiendo en la fuente bautismal los nombres de Maria Isabel, Francisca de Asis, Antonia, Luisa, Fernanda, Cristina, Amalia, Felipa, Adelaida, Josefa, Elena, Enriqueta, Carolina, Justa, Rufina, Gaspara, Melchora, Baltasara, Matea.

Con la mayor satisfaccion comunico á V. E. por extraordinario tan fausto suceso. Dios guarde á V. E. muchos años. Sevilla á las doce de la noche del 21 de setiembre de 1848.—Luis José Sartorius.—Excelentísimo señor presidente del Consejo de señores ministros.

D. Luis José Sartorius y Tapia, caballero gran cruz de la real y distinguida orden española de Carlos III y de la americana de Isabel la Católica, caballero de gracia de la inclita y venerada orden militar de San Juan de Jerusalem, gran oficial de la legion de honor de Francia, ministro plenipotenciario, diputado á córtes y secretario de Estado, ministro de la Gobernacion del Reino. Como notario mayor del mismo nombrado por S. M. la Reina para autorizar, en representacion de su gobierno, los actos oficiales en que debe intervenir con motivo del alumbramiento de su A. R. la Serma. Sra. Infanta doña Maria Luisa Fernanda, su escelsa hermana:

Certifico y doy fé, que en la ciudad de Sevilla, siendo las nueve de la mañana del dia 21 de setiembre de 1848, fui avisado de sentirse con los dolores de parto S. A. R. la Serma. Sra. infanta de España doña Maria Luisa Fernanda de Borbon; y habiéndome trasladado inmediatamente al real alcázar, donde S. A. reside, fueron convocados en cumplimiento de lo mandado por S. M. la Reina, y se reunieron en el mismo edificio doña Maria de la Encarnacion Alvarez de Bohorques, Chacon, Manrique de Lara, marquesa de Mancera, Malpica, Pobar y Montalvo, duquesa de Arion, condesa de Melgal y Gondomar, dama de la ilustre orden de Maria Luisa y de la Reina nuestra señora, y don Juan Bautista Maria de Queralt y Silva, conde de Sta. Coloma y de Cifuentes, marqués de Gramosa, de Bessora, de Alconchel, de Lanzarote y de Albacerrada, alferéz mayor de Castilla, grande de España de primera clase, caballero de la insigne orden del toison de oro, gran cruz de la real y distinguida de Carlos III, gentil-hombre de la cámara de S. M. con ejer-

cicio, su mayordomo mayor jubilado, y senador del reino, designados ambos por SS. MM. para este acto: el Sr. Rómulo Saunders, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos de América: D. José Francisco Cavalcanti de Albuquerque, caballero de la orden de Cristo del imperio del Brasil, gran cruz de la real orden americana de Isabel la Católica, comendador de número de la Real y distinguida española de Carlos III, y ministro residente de S. M. el emperador del Brasil: D. José Maria de Sessé, encargado de Negocios de la república de Chile: D. Miguel Martins Dantas, hijodalgo, caballero de la casa real de Portugal, caballero de la orden de Cristo, encargado de Negocios de S. M. F., y el caballero Mateo Enrique Paw, señor de Wieldrecht, encargado de Negocios de S. M. el rey de los Países Bajos, acreditados los cinco cerca de S. M. la Reina de España, é invitados con todo el cuerpo diplomático extranjero á trasladarse á la ciudad de Sevilla para este acto: D. José Ruiz de Arana, conde de Sevilla la Nueva, caballero gran cruz de la real y distinguida orden española de Carlos III y de la americana de Isabel la Católica, gran oficial de la legion de honor de Francia, condecorado con otras cruces nacionales y extranjeras, y gentil-hombre de cámara de S. M. con ejercicio, como introductor de embajadores: D. Andrés Abelido de Lazcano, Centurion, Arteaga, Palafox, marqués de Valmediano, de Ariza, de Estepa, de la Guardia, de Almunia, conde de Corres y de la Moncloa, grande de España de primera clase, caballero de la real y distinguida orden de Carlos III, de la del mérito de Sajonia, gran oficial de la legion de honor de Francia, gentil-hombre de Cámara de S. M. con ejercicio y coronel retirado de caballería, y don Juan Bautista de Queralt, Cucareli, Silva y Silva, marqués de Valle-hermoso, de Alconchel, Valdecarzana, gran cruz de la real y distinguida orden de Carlos III, caballero de la militar de Santiago, grande de España de primera clase, gentil-hombre de cámara de S. M. con ejercicio y senador del Reino, ambos como diputados por la grandeza de España y en su representacion: D. Luis Ortíz de Zuñiga, por delegacion del presidente del tribunal supremo de Justicia y por si mismo, como regente que es de la audiencia territorial de Sevilla: D. Diego Hidalgo Barquero, canónigo de esta santa iglesia metropolitana y patriarcal, juez sinodal del arzobispado, y freire en la orden militar de Santiago, por delegacion del decano del tribunal especial de las Ordenes militares: el M. R. D. Judas José Romo, prelado doméstico de Su Santidad, y asistente al solio pontificio, del consejo de S. M., gran cruz de la real orden americana de Isabel la Católica, y senador del Reino, como arzobispo de Sevilla: D. Manuel Lopez Cepero del consejo de S. M., en el apostólico del Escusado, gran cruz de la real orden americana de Isabel la Católica, caballero de la de Carlos III y senador del Reino, como dean de esta santa iglesia metropolitana y patriarcal: D. José Ramon Rodil, marqués de Rodil, gran cruz de la real y distinguida orden española de Carlos III, de la militar de San Hermenegildo y de la americana de Isabel la Católica, de la muy antigua orden de la Torre y Espada de Portugal y caballero de la de cuarta clase de San Fernando, como capitán general de ejército: Don José Maria Cabrera, gran cruz de las ordenes militares de San Fernando y San Hermenegildo, caballero tres veces de la de San Fernando de primera clase y una de la de tercera de la misma orden, y mariscal de campo de los ejércitos nacionales, como ministro del tribunal de Guerra y

Marina en la sala de generales, y D. Francisco de Rivera y Maestre, como ministro del mismo en la sala de Justicia, comisionados ambos al efecto por el espresado tribunal: D. Ricardo Shelly, gran cruz de la real orden americana de Isabel la Católica, caballero dos veces de la laureada de San Fernando de segunda clase, dos de la de primera y una de la de tercera de la misma orden, y teniente general de los ejércitos nacionales, como capitán general de Andalucía: D. Juan Antonio Pardo, gran cruz de la real y militar orden de San Hermenegildo, condecorado con la de tercera clase de San Fernando y mariscal de campo de los ejércitos nacionales, como gobernador de esta plaza y segundo cabo de Andalucía: D. José Maria Chacon, caballero profeso de la orden de Calatrava, gran cruz de la real y militar de San Hermenegildo y de la americana de Isabel la Católica, comendador de número de la de Carlos III, y teniente general de la armada nacional, como capitán general de Marina del departamento de Cádiz: D. Francisco Iribarren, auditor honorario de Marina, asesor titular de la subdelegacion de rentas de Sevilla y abogado del colegio de la misma: D. Manuel Bedmar, decano y catedrático de jurisprudencia de la universidad de Sevilla y abogado del colegio de la misma, y D. Ramon Alvarez Osorio, abogado tambien del mismo colegio, los tres ministros togados honorarios del tribunal mayor de Cuentas y delegados para representarle: D. Manuel Lopez Santaella, gran cruz de la real y distinguida orden de Carlos III, arcediano de Huete, dignidad de la santa iglesia de Cuenca, presidente de la comision apostólica del subsidio del clero, del tribunal de la gracia del Escusado y del de la colecturía general de Espolios y vacantes, y senador del reino, como comisario general de la Santa Cruzada: D. Juan de Cardenas y Uzaga, intendente honorario de Marina, caballero de la real y distinguida orden de Carlos III, comendador de la americana de Isabel la Católica, y caballero de la ínclita orden militar de San Juan de Jerusalem; como intendente de rentas de esta provincia: D. Fernando Perez del Pulgar, marqués del Salar y de Pozoblanco, conde de la Masequilla y de Fontanar, grande de España de primera clase, gran cruz de la real y distinguida orden española de Carlos III, caballero de la militar de Alcántara, y gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, como senador del Reino: D. Miguel Chacon y Duran, caballero de la real y distinguida orden de Carlos III y de la militar de San Fernando, auditor de guerra honorario y magistrado de la Audiencia de este territorio, como diputado á Cortes: D. Pedro Bedoya y Serna, como diputado á Cortes: D. Rafael Sanchez Mendoza, caballero de la real y distinguida orden de Carlos III, y gentil hombre de Cámara de S. M. con ejercicio, como diputado á Cortes: D. José Muñoz Maldonado, conde de Fabraquer, vizconde de San Javier, gran cruz de la orden americana de Isabel la Católica, comendador de número de la de Carlos III, gentil hombre de Cámara de S. M. con ejercicio y ministro secretario general del tribunal supremo de la Santa Cruzada, como diputado á Cortes: D. Manuel Calonge, como diputado á Cortes: D. Agustin Diaz Camacho, como diputado á Cortes: D. Luis Hernandez Pinzon, comendador de Isabel la Católica, caballero de las órdenes militares de San Fernando de primera clase, San Juan de Jerusalem y la Concepcion de Portugal, condecorado con la cruz de la Marina de la Diadema Real, brigadier de infanteria, capitán de fragata y gefe de la primera division del resguardo marítimo, como diputado á Cortes:

D. Manuel María Benavides, caballero de la real orden americana de Isabel la Católica, y auditor honorario de ejército, como diputado á Cortes: D. Francisco Lujan, caballero de las órdenes militares de San Hermenegildo y San Fernando de primera y segunda clase, condecorado con la cruz de la Estrella Polar de Suecia, secretario de S. M. con ejercicio de decretos y brigadier de infantería, como diputados á Cortes: D. Miguel Ruiz Martínez, abogado del colegio de esta capital, como diputado á Cortes: D. Luis Cuadra, como diputado á Cortes: D. Fernando Rodríguez de Rivas, gran cruz de la Real orden americana de Isabel la Católica, comendador de número de la de Carlos III, caballero de la inclita y veneranda de San Juan de Jerusalem, oficial de la legión de honor de Francia, mayordomo de semana de S. M., su secretario con ejercicio de decreto y ministro residente, como diputado á Cortes: D. Antonio María Escudero, abogado del colegio de esta capital, como diputado á Cortes: D. Domingo Ruiz de la Vega, gran cruz de la real y distinguida orden de Carlos III, vice-presidente de la sección de lo contencioso en funciones de vice-presidente del Consejo Real de España y Ultramar y senador del reino, y D. José de Posada Herrera, caballero de la Real y distinguida orden de Carlos III y secretario general del mismo Consejo, nombrados ambos para representarle: D. Manuel Lassala, brigadier de infantería, y caballero de las órdenes militares de San Fernando de primera clase y de San Hermenegildo, de la real y distinguida de Carlos III y comendador de la americana de Isabel la Católica, como gefe superior político de esta provincia: D. Manuel Cano, coronel retirado, secretario honorario de S. M. y comendador de la orden americana de Isabel la Católica, como alcalde-corregidor de la capital y D. Narciso Bonaplata, teniente de alcalde de esta ciudad, D. Juan José Bueno, abogado del colegio de la misma y regidor de su ayuntamiento, en representacion ambos del mismo: don Miguel Lasso de la Vega, marqués de las Torres y Presas, conde de Casa-Galindo, senador del reino, y D. José María Benjumea, caballero de la real y distinguida orden de Carlos III, senador del reino y ambos vocales del consejo de Agricultura, Industria y Comercio, como delegados del mismo consejo: D. Ramon Durán de Corps, canónigo de la Santa iglesia primada de Toledo, capellan de honor y predicador de S. M., comendador de número de la real y distinguida orden de Carlos III, ministro del tribunal apostólico y general de la gracia del Escusado y consejo de Instrucción pública, como delegado del mismo consejo: D. Gabriel Gomez Herrador, inspector general de ingenieros de caminos, canales y puertos, como delegado del consejo de Obras públicas: D. Joaquín Perez Seoane, abogado del colegio de esta ciudad y fiscal honorario de su audiencia, como rector de la universidad literaria: reunidos todos los espresados en la cámara de S. A., fui introducido en la habitacion inmediata donde se hallaba la Serenísima Sra. infanta, aquejada de las molestias de su estado y acompañada de su augusto esposo, de la Sra. marquesa de Malpica, de los facultativos D. Juan Drumen, médico de la real cámara de S. M., y D. Antonio Serrano, y de otras personas de su servidumbre; y volviéndome en seguida con el competente permiso á la Real cámara á las once de la noche, se presentó en ella el Sermo. Señor don Antonio María Felipe Luis de Orleans, duque de Montpensier, acompañado de la mencionada Sra. marquesa de Malpica y el Sr. conde de Santa Coloma,

trayendo en sus brazos á una niña que con el auxilio de la divina Providencia, acababa de dar á luz felizmente en aquel mismo instante su augusta esposa la Serma. Sra. Infanta Doña María Luisa Fernanda. Prévia la declaracion oral que ante mí hicieron los facultativos asistentes al alumbramiento, de haber puesto en manos de su augusto padre á la recién nacida acto continuo de ser desprendida del seno materno, de lo que conserva aun evidentes señales, fué presentada por mí, en calidad de ministro de la Corona y en representacion del gobierno de S. M., á todos los concurrentes, los cuales como testigos que son de solemnidad y de hecho, honrados para ello con la confianza de S. M. por los conceptos espresados, quedaron cerciorados como yo lo quedé, y de ello doy fé de todo lo espuesto y de la vida y existencia de la princesa. En fé de lo cual, y haber sido y pasado todo del modo y forma que aqui se contiene, como ministro de la Gobernacion notario mayor del reino autorizado para el efecto, hice estender este acta, que despues de leida firman con el Sermo. Sr. duque de Montpensier y conmigo todos los concurrentes por el mismo orden con que han sido designados é invitados por los respectivos ministerios, debiendo depositarse en el archivo de la notaria mayor para su custodia, y sacándose desde luego de mi mandato y por ante mí las copias necesarias.

Fecha en la ciudad de Sevilla á 21 de setiembre de 1848.

Antonio de Orleans.—J. la marquesa de Malpica.—El conde de Santa Coloma y de Cifuentes.—Rómulo Saunders.—José Francisco Calvalcanti de Albuquerque.—José María de Sessé.—Miguel Martins Dantas.—Mateo Enrique Pauw de Vieldre.—El conde de Sevilla la Nueva.—El marqués de Valmediano.—El marques de Vallehermoso.—Luis Ortiz de Zúñiga.—Diego Hidalgo Barquero.—Judas José, arzobispo de Sevilla.—Manuel Lopez Cepero.—José Ramon Rodil.—José Maria Cabrera.—Francisco de Rivera y Maestre.—Ricardo Shelly.—Juan Antonio Pardo.—José Maria Chacon.—Francisco Iribarren.—Manuel Vedmar.—Ramon Alvarez Osorio.—Manuel Lopez Santaella.—Juan de Cárdenas.—El marqués del Salar.—Miguel Chacon.—Pedro Bedoya y Serma.—Rafael Sanchez Mendoza.—José Muñoz Maldonado, conde de Fabraquer.—Manuel Calonge.—Agustin Diaz Camacho.—Luis Hernandez Pinzon.—Manuel Maria Benavides.—Francisco de Lujan.—Miguel Ruiz Martinez.—Luis de Cuadra.—Fernando Rodriguez de Rivas.—Antonio Marin Escudero.—Domingo Ruiz de la Vega.—José de Posada Herrera.—Manuel Lassala.—Manuel Cano.—Narciso Bonaplata.—Juan José Bueno.—Miguel Lasso de la Vega, marqués de las Torres.—José Maria Benjumea.—Ramon Duran de Corps.—Gabriel Gomez Herrador.—Joaquin Perez Serrano.—Luis José Sartorius.

PARTE CRITICA.

EJERCICIOS DE MEMORIA.

Cuatro dias hacia que siempre que llamaba á mi lego TIRABEQUE me contestaba diciendo: «A qui estoy, mi amo, aunque siento que me haya interrumpido vd. en mis estudios.»—Otras me decia; «Vea vd. si podrá despacharme pronto, por que estoy ejercitando la memoria, y quisiera no perder momento.—Agrádame, le decia yo, el que empleés el tiempo en estudios y ejercicios mentales, y no te vendrá mal cultivar la memoria, puesto que adoleces de un tanto olvidadizo.» Pero al ver que á todas horas me repetia lo mismo, y sospechando ya si sus ejercicios de memoria serian una disculpa ó pretesto para que respetando su ocupacion no le empleára en otros quehaceres, traté de apurarle ayer tarde y le dije:

—«Preciso es, PELEGRIN, que sepa yo qué clase de estudio es el que estás haciendo, ó qué es lo que estás tomando en la memoria, que tanto tiempo te ocupa y consume, que precisamente deberá ser cosa importante.

—«Importante es, mi amo, y de lo mas difícil de retener en los archivos de la primera potencia del alma; pero pienso que ya estamos corrientes; á lo menos á mis solas ya lo repito casi sin equivocarme; le aseguro á vd. que buen trabajo me ha costado, cuatro dias enteros de estudio.

—«Y qué es ello, si no hay inconveniente en que yo lo sepa?»

—Inconveniente ninguno, señor. Ya ve vd., mi amo, que sería un compromiso para un buen español, y una cosa muy mal vista el que le preguntáran cómo se llamaba alguna princesa española y no supiera decirlo. Y así, para no verme yo en este caso, desde que vino la noticia del alumbramiento de la señora Infanta en Sevilla, he estado estudiando los nombres de la Princesa recién nacida. Buen trabajo me ha costado, como llevo dicho, pero si me preguntan ahora, ya podré decir: «Si señor, le diré á vd. cómo se llama: se llama María Isabel, Francisca de Asís, Antonia, Luisa, Fernanda, Cristina, Amalia, Felipa.....»

Aquí sé quedó parado TIRABEQUE y exclamó: «Señor, ya se me han traspapelado los otros; ¿pero tan fácil cosa le parece á vd. aprender de memoria la letanía? Con todo, yo me he de acordar. Amalia, Felipa, Teresa, Clotilde, Lucía..... no señor, no son estos. Escolástica..... tampoco. Señor, si es un almanaque entero.

—Espera, hombre, espera; yo te los diré.

Y busqué la Gaceta del 25, y lei: *María Isabel, Francisca de Asís, Antonia, Luisa, Fernanda, Cristina, Amalia, Felipa, Adelaida, Josefa, Elena, Enriqueta, Carolina, Justa, Rufina, Gaspara, Melchora, Baltasara, Matea.*

—Estos son, si señor, y tantos ángeles la guarden como nombres la han puesto, que si no sale princesa de gran nombre, por lo menos á nombres no habrá princesa en la tierra que la gane.

—Conócese, PELEGRIN, que se propusieron acumular en la recién nacida Infanta los nombres de todos los miembros de ambas familias del padre y de la madre, y además los de las santas mártires de Sevilla, y además, por si fuesen pocos, los de los tres reyes magos, y que dejaron para el último lugar el del santo Evangelista en cuyo día nació, de lo cual no deberá haber quedado muy satisfecho el santo, si es un poco celoso. Y en cuanto á haber cargado á la augusta niña los nombres de todos sus ascendientes, sin duda como nació en el

antiguo alcázar árabe de Sevilla, quisieron imitar la costumbre de los árabes, que lo hacian tambien así. Y ahora en estos momentos precisamente traigo entre manos un capítulo de mi Historia de España en que puedes ver algunos. Por ejemplo, *Hanáx ben Abdala ben Amrú ben Hantala ben Fehid ben Kenan ben Thalbe ben Abdala ben Thamir ben Nosein ben Ayúb Asafei el Senani*, que era wali ó gobernador de Zaragoza: ó bien *El Aglab ben Ibrahim ben Ahmed ben Abi Chalaf ben Aly el Cali ben Abdelaziz ben Alhazin ben Derag ben Zeiri ben Abulola ben Muhamad Casim Abu Menád el Merúani*, que fué uno de los jeques de Africa que mas adelante vinieron á España. Y si quieres que te cite otros pocos, te proporcionaré fácilmente con que ejercitar la memoria.

—Muchas gracias, mi amo; guárdese vd. para su historia esos nombres de los moros, que harto tendré yo con que ejercitar esta vil potencia que Dios me ha dado, si he de poder decir algun dia de corrido los de la nueva infanta de España, que á poco mas podian haberle echado encima todo el martirio romano.»

HISTORIA DE LA ESPAÑA ANTIGUA,

E HISTORIA DE LA EUROPA MODERNA.

—«Señor, una vez que vd. está trabajando en su historia de España, y que trae vd. entre manos, segun me acaba de decir y citar, las cosas de los moros, y yo lo veo por los libros que tiene vd. abiertos sobre la mesa, dígame vd. si es cierto que los moros hacian esas barbaridades que se cuentan de ellos, como cortar las cabezas á los cristianos, y colgarlas en las murallas, ó pasearlas por las calles clavadas en las pi-

cas y en los falanges, y en las cirmitarras ó guitarras, ó como llamaban ellos á sus armas.

—Cimitarras, hombre, y alfanges, que no falanges. Por lo demas es demasidamente cierto que era costumbre de nuestros conquistadores de Africa el cortar las cabezas de los cristianos prisioneros ó vencidos, y engalanar con ellas las almenas de sus murallas, clavándolas en ellas por trofeos, ó pasearlas en triunfo en las puntas de sus picas por las calles de las ciudades conquistadas, y de ello hay ejemplos infinitos: y no há mucho que describí la famosa batalla de Zalaca, funestamente célebre para el rey Alfonso de Castilla y sus cristianos, en la cual al decir de el Faki Abu Yahye se juntaron tantas cabezas de los cristianos muertos, que amontonadas al rededor de la lanza mas larga que habia en el campo hincada en el suelo, la cubrian y pasaban.

—¡Válame Dios, mi amo, y que bárbaros debian ser aquellos hombres!

—Y lo peor fué, PELEGRIN, que esta mala costumbre se les pegó tambien á los cristianos (que todo lo malo se adquiere y pega mas fácilmente que lo bueno), y ya ellos hacian tambien lo mismo. Recuerdo por egemplo que cuando los cristianos de Toledo y de Leon reunidos vencieron allá hácia el siglo X al caudillo Abulcásim en las cercanías de Zamora, cortaron tambien muchas cabezas de moros, y las clavaron en las almenas y en las puertas de aquella ciudad.

—¡Poder de Dios, mi amo, y qué tiempos tan bárbaros aquellos! Bien podemos dar gracias á Dios de que nos tuviera reservados para echarnos al mundo en un siglo tan civilizado como el presente, que aunque no falten trabajillos, á lo menos no se ven semejantes atrocidades.

—Yo te diré, PELEGRIN. En las llamadas jornadas de junio de este presente año en París, sabes bien que se cometieron actos de barbarie y de ferocidad que no les fueron en zaga, antes dejaron muy atras á los de los moros citados. Y al fin aquella era una guerra estrangera y de conquista, y los que

peleaban eran gentes de distintas y aun opuestas religiones y creencias, y los que se batieron en París eran todos franceses, todos conciudadanos, y acababan todos de proclamar unánimemente el principio de la fraternidad.

—Todo eso es cierto, señor; pero aquello debió ser un vértigo, y de un vértigo nadie está libre; y así ve vd. que pasado aquello todos han vuelto á vivir como hermanos.

—Hasta otro acceso de vértigo, PELEGRIN, que según ciertas señales atmosféricas, paréceme que no ha de estar muy distante. Y en este mismo siglo civilizado, y en este mismo año en que vivimos, y en este último agosto que acaba de pasar, has visto, y si no lo has visto es como si lo vieras, á los húngaros y los croatas, pertenecientes á un mismo imperio, á los unos degollar á las mugeres y á los niños de los otros, y á los otros exterminar una raza entera de una poblacion, como pudieran hacer en aquellos siglos bárbaros las tribus mas feroces del Africa, y de estas escenas se repiten cada dia.

—Señor, eso debe ser otro vértigo. Cuanto mas que tengo para mí que esos croatas ó croatas deben ser medio moros, y no es estraño que conserven algunas de esas costumbres morunas.

—Pues los italianos no dirás que son moros, PELEGRIN; y en este mismo siglo civilizado, y en este mismo año en que vivimos, y en este propio mes en que estamos, se ha visto en el ataque de Messina á los napolitanos y sicilianos, italianos todos, y pertenecientes hasta muy poco há á un mismo reino, á los unos gozarse en bombardear la ciudad y en ver arder sus mejores barrios, y reducirse á cenizas, á los otros decapitar á los prisioneros, mutilarlos horriblemente, pasear sus cabezas clavadas en picas, y según cuentan, ¡estremece el oírlo, PELEGRIN! hasta arrojar al fuego los miembros humanos y gritar: «se vende carne napolitana, se asa en el fuego y se come:» *«si vende carne napolitana, la si jetta nel fuoco, la si mangia!!!»* y á mas de esto tener preparadas minas para

cuando entráran los napolitanos volarlas y que se despedazáran.

—Señor, ese vértigo ya es de marca mayor; aunque los otros tampoco son menguados, y si tales vértigos dan en repetirse, lléveme el diablo si no podían echar pajas los siglos bárbaros de los moros y los siglos civilizados presentes.

—Aun los árabes, PELEGRIN mío, solían ser mas humanos en esto de castigar las rebeliones de los suyos propios. Cuando allá en el siglo IX se rebeló Mérida (y ya ves que cito los siglos de mayor barbarie), recuerdo que el califa Abderraman encargó á los generales á quienes encomendó la sujecion de la ciudad, que no hicieran en ella ni en el pais mas daños que los que absolutamente no pudieran evitarse en una guerra: que no persiguieran á los rebeldes para matarlos, sino que vieran de obligarlos por todos los medios á dejar las armas; y como al entrar en Mérida se hubiesen ya fugado los autores de la rebelion, exclamó: «Doy gracias á Dios que en este dia me ha librado del disgusto de tener que aplicarles el rigor de la ley: tal vez Dios abrirá los ojos de sus entendimientos, y volverán de su locura, y si no lo hacen, Dios me dará poder para impedir que perturben la quietud de mis pueblos.»

Y compara, PELEGRIN, este proceder humanitario de un rey árabe de aquellos siglos con el del rey actual de Nápoles en Messina, y con el de los mismos sicilianos, y aun con el de los civilizados ingleses, que en vez de dar gracias á Dios como Abderraman de que le hubiera libertado del disgusto de castigar á los gefes de la rebelion, ofrecen un premio al que les aprehenda y presente á los gefes de la insurreccion de Irlanda: compara, PELEGRIN, y juzga de los adelantos que en materia de humanidad vamos haciendo en este siglo que decimos tan civilizado.

—A lo que voy viendo, mi amo, pareceme que hemos de venir á sacar en limpio que la historia de la Europa moderna está tan llena ó mas de atrocidades que la historia de la Es-

pañá antigua que trae vd. entre las manos, y que los ingleses, y los franceses, y los italianos, y los alemanes, y los austriacos del siglo civilizado, si dan en padecer de esos vértigos, van á concluir por hacer buenos á los moros de los siglos bárbaros.

—Yo no diré tanto, PELEGRIN; pero sí diré que las escenas de horror y los actos de ferocidad y de barbarie se van multiplicando y repitiendo en demasía, y que veo y lamento que en medio de muchas bellas palabras y de muy elocuentes discursos y disputas sobre formas, se progresa muy poco y aun parece que vamos atrasando en punto á sentimientos y actos de verdadera humanidad, que es tambien el verdadero progreso, y que desearía que esas naciones que dicen que marchan á la cabeza de la civilizacion nos dieran mas ejemplo de ella con hechos y no con dichos.

—Eso mismo digo yo, mi amo; y por ahora voy á ver si logro aprender de memoria siquiera otra media docena de nombres de los de la señora Infanta.»

NO ES NADA LO DEL OJO.

Si FR. GERUNDIO preguntára á alguno: «¿En qué se parece la Reina de Inglaterra y los diarios ministeriales de España?» naturalmente respondería: «En maldita de Dios la cosa.» Y si FR. GERUNDIO dijera: «Pues si señor que se parecen en algo,» naturalmente le preguntarian: «¿Pues en qué pueden parecerse?» Y respondería FR. GERUNDIO: «Se parecen en que para aquella señora y para estos ciudadanos, *no es nada lo del ojo.*» Y naturalmente se quedarían en ayunas de lo que significaba el parecido, y le pedirían á FR. GERUNDIO esplicaciones sobre

lo del ojo, y tendria que darlas, no precisamente sobre lo del ojo, puesto que todo el mundo sabe que el prógimo á quien le sucedió lo del ojo le llevaba en la mano y le decian que no era nada, sino sobre la semejanza y analogía que en esto del ojo pueda haber entre la Reina Victoria y los periódicos ministeriales españoles. Y es como sigue.

— La Reina Victoria (muy señora mia y de mi mayor aprecio y respeto) les dijo á sus *Milores y Señores* en el último discurso para la prorogacion del Parlamento: «Me lisongea el pensamiento de que el aprecio progresivo del valor de la paz alienta la confianza de que las naciones de Europa *continuarán* gozando de sus bendiciones.»

— Como *continuar gozando* supone, si mi paternidad no se equivoca, que se gozaba ya de las bendiciones de la paz, infiérese que para la Reina de la Gran Bretaña las naciones de Europa se hallaban gozando de una paz venturosa y envidiable. Y esto lo dijo en seguidita de haber dicho á sus *Milores y Señores*: «Sucesos de la mayor importancia han turbado la tranquilidad interior de muchos estados de Europa, en el Norte y en el Mediodía, y han producido hostilidades entre países vecinos.» Es decir, que segun mi señora Doña Victoria, ademas de haberse alterado la tranquilidad interior en muchos estados de Europa, ha habido tambien guerras exteriores: pero *no es nada lo del ojo*: esto no impide que la Europa *continúe* gozando las bendiciones de la paz; y *le llevaba en la mano*.

Verdad es que ha habido una guerra de seis meses entre el Austria y la Italia, y que aun está la pelota en el tejado; pero *no es nada lo del ojo*: «Me alienta la confianza de que las naciones de Europa *continuarán* gozando las bendiciones de la paz:» y *le llevaba en la mano*.

Verdad es que ha habido otra guerra entre Dinamarca y Prusia, y que se han hecho media docena de armisticios, y que la guerra está en pié: pero *no es nada lo del ojo*: esto no quita para que las naciones de Europa *continúen* gozando las bendiciones de la paz: y *le llevaba en la mano*.

Tambien es verdad que entre la Hungría y la Croacia ha andado y anda la de Dios es Cristo, y que en esta guerra se ha cometido y se comete cada atrocidad que espanta y horripila; pero *no es nada lo del ojo*; para la Reina Victoria deben ser bendiciones de la paz de que *continúan* gozando las naciones de Europa: *y le llevaba en la mano*.

Es cierto tambien que allá en los principados del Danubio andan unos dares y tomars entre moldavos y valacos, rusos y turcos, que ni el mismo Mahoma que lo entienda ni se pueda contar seguro en aquellas partes; pero *no es nada lo del ojo*: para la Reina de la Gran Bretaña esos son *peccata minuta*; son bendiciones de la paz; *y le llevaba en la mano*.

Verdad es igualmente que la guerra emprendida ahora entre Nápoles y Sicilia lleva tan buen principio que se deja atras en materia de barbaridades á las de los vándalos y los alanos, y á las de los moros y los moriscos; pero *no es nada lo del ojo*: para la Reina del Reino-Unido (muy señora mia y de toda mi consideracion y respeto) todas estas serán dulzuras y bendiciones de la paz de que *continúan* gozando las naciones de Europa: *y el ojo le llevaba en la mano*.

Tambien es cierto que en cambio de todas estas guerras exteriores, la tranquilidad interior de los estados de Europa apenas se ha turbado. En Francia por ejemplo, no han ocurrido mas alborotos que los de París, los de las capitales de los departamentos, y los de unos cuantos centenares de ciudades y poblaciones subalternas: *no es nada lo del ojo*; pero esto no impide que la Francia continúe gozando las bendiciones de la paz; *y le llevaba en la mano*.

En la Italia alta y baja, principiando por Milan y acabando por Liorna, habrán tenido lugar cuando mas seis motines por dia entre las ciudades de los diferentes estados italianos; pero *no es nada lo del ojo*; las naciones italianas continúan gozando las bendiciones de la paz: *y el ojo le llevan en la mano*.

Por lo que hace al imperio de Austria, á escepcion de Viena, donde un dia sí y otro nó hay un pronunciamiento, y apar-

te de los bombardeos y matanzas de Bohemia y de Gallitzia, y de Hungría y de Croacia, y de la Esclavonia y la Transilvania, y de algun otro estadillo del imperio, *que todo eso del ojo no vale nada*, por lo demas el imperio austriaco continúa gozando las bendiciones de la paz; y en prueba de ello que *el ojo le lleva en la mano*.

La Prusia no ha experimentado sino alguna leve conmocion. Fuera de Berlin, donde suelen andar á tiros un par de dias por semana la tropa y el pueblo, ó la guardia nacional y los clubs; y prescindiendo de Postdam, de donde acontece tener que salir el rey huyendo de las zambras que arman entre sí los regimientos; y aparte de las alteraciones del Gran Ducado de Posen, y de los grandes y pequeños ducados del Rhin, *que no es nada lo del ojo*; por lo demas se goza de una completa tranquilidad interior, que es lo que la reina Victoria quiso decir á sus Milores y Señores: no tiene mas sino que *el ojo le lleva en la mano*.

Tampoco *es nada lo del ojo* en Alemania. Porque aparte de la guerra de Olstein, y si prescindimos de las demostraciones diarias de Baviera y de Sajonia, de Baden y de Nassau, de Gottingen y de Brunswich, de los tiros de cada dia de Manguncia, y de las barricadas de Chemnitz, y de las recientitas de Francfort, *que no es nada lo del ojo*, todo lo demas que no sea esto, y lo que se parece á esto, el interior de la Alemania está hecha una balsa de aceite, y goza de las bendiciones de la paz interior.

«En medio de tantas convulsiones, dijo la reina de Inglaterra á sus Milores y Señores, tengo la satisfaccion de poder conservar la paz en nuestros estados, y de mantene: la tranquilidad interior.»

Efectivamente, como no sea las insurrecciones de Irlanda, los molines de Escocia y las demostraciones de Inglaterra, *que no es nada lo del ojo*, en todo el Reino-Unido se ha mantenido y se mantiene á fuerza de bastonazos la tranquilidad interior; *no era nada lo del ojo, y le llevaba en la mano*.

Pero bien; ¿en que está el parecido de la reina Victoria y los diarios ministeriales de España? Ahora voy allá, que primero es S. M. B. que los órganos ministeriales españoles. Está el *similis*, en que al modo que aquella Reina (muy señorita) se lisonjea de que las naciones de Europa *continuarán* gozando de las bendiciones de la paz, cuando la paz de que gozan es un lío de guerras intestinas y exteriores, cual nunca mayor y mas enredado se viera, así los diarios ministeriales de España nos dicen cada día muy serios: «En medio de las convulsiones que agitan la Europa, la España se mantiene pacífica y tranquila con admiracion y envidia de los demas paises.»

Verdad es que Cataluña está hecha un hormiguero de facciones, montemolinistas las mas, y republicanas algunas, segun ellos mismos nos informan; pero *no es nada lo del ojo*: en lo general se goza de una paz inalterable: y *el ojo le llevaba en la mano*.

Es cierto que allí hay algunas partidillas insignificantes de trabucaires, que han hecho necesario enviar allá una remesa de seis generales á un tiempo, que por poco no han sido los siete pecados capitales; pero *no es nada lo del ojo*: de consiguiente esto deberá desaparecer como el humo; y *le llevaba en la mano*.

Tambien es cierto que fuera de Cataluña en todo el resto de España se goza de una completa paz, como no sea en Aragon, donde han penetrado algunos de esos perturbadores del sosiego público; pero *no es nada lo del ojo*.

Verdad es tambien, segun los mismos diarios á renglon seguido nos enseñan, que recorren el reino de Valencia algunas facciones, que allí acuden tropas de luengas tierras, que se forma un grande ejército, y que el general Villalonga toma unas medidas que si no son buenas para acabar con las facciones podrán ser buenas para acabar con los recursos de los pueblos; pero *no es nada lo del ojo*: aparte de eso se disfruta de una paz octaviana; y *el ojo le llevaba en la mano*.

En las demas provincias no se mueve una rata, si se exceptúan Toledo y Ciudad Real que han sido declaradas en estado de sitio, sin duda por andarse moviendo en ellas algunas facciones; *pero no es nada lo del ojo*; como decia la Reina de allende y los diarios ministeriales de aquí, es de esperar que *continuemos* gozando las bendiciones de la paz: *y el ojo le llevaba en la mano.*

Verdad es tambien que los facciosos se van atreviendo ya á ponérsenos delante de las narices, que de la corte misma suelen salir algunas facciones organizadas, y aqui en estos montecillos de alrededor donde los aficionados acostumbran á ir á cazar conejos, van ya las tropas á cazar facciosos y los cazan, *pero no es nada lo del ojo*: la paz sigue inalterable en todas las provincias del reino.

Ni hay el menor asomo ni peligro, ni el mas mínimo temor ni recelo de que pueda alterarse, segun los mismos susodichos diarios; únicamente se descubren conspiraciones en algun otro punto, como Zaragoza, Caspe, Valencia, Málaga; Tarifa, Granada, Coruña, etc., etc.; ó si no se descubren parece como si se descubrieran, á juzgar por el número de prisiones y de deportaciones que se hacen cada dia; *pero no es nada lo del ojo*: aparte de esto no hay síntoma alguno de que se atente á la pública tranquilidad.

Verdad es que si hay algun temorcillo por el interior, en cambio por fuera no tenemos nada que temer, como no sea alguna invasion de republicanos ó carlistas ó de unos y otros que diariamente nos está amenazando, instigados por algun extranjero, segun estos mismos periódicos ministeriales; *pero no es nada lo del ojo*: la paz está completamente afianzada; *y el ojo le llevaba en la mano.*

Resulta, pues, que segun la Reina de Inglaterra en su discurso, y segun los diarios ministeriales españoles en sus artículos, nos debe alentar la confianza de que las naciones de Europa *continuarán* gozando las bendiciones de la paz, y que en España la gozamos completa é inalterable, á pesar de

las guerras interiores y exteriores en que vemos arder la Europa, y á pesar de la facciosina que anda por España, y de las conspiraciones que se van descubriendo y que estarán por descubrir, y de las invasiones que se preparan y amenazan; todo segun testimonio de los periódicos ministeriales: *no era nada lo del ojo, pero lo llevaba en la mano*. Efectivamente hay paz, pero es la paz que anda por el coro.

Por lo tanto, mi reverencia que ama la paz sobre todas las cosas, y que la pide á Dios cada dia en la misa para los hombres de buena voluntad, invita, aconseja, exhorta y excita á los diarios ministeriales y al gobierno de estos diarios, á que en vez de hablarnos tanto de las dulzuras y bendiciones de la paz y tranquilidad de que diz que disfrutamos y que tenemos tan afianzada, nos hablen menos de ellas y se dediquen mas á hacérmolas reales y efectivas, para lo cual no parece que llevan el mejor camino, y que miren que si el ojo no le llevamos todavía en la mano, algo es ya lo del ojo, y pongo uno de mi cara á que es verdad.

LAS LIGAS DE TIRABEQUE.

Hábame pedido licencia TIRABEQUE una de estas tardes para salir á ver las ferias. Otorguésele yo sin reparo, y cuando volvió á la celda le pregunté;

—«Y bien, PELEGRIN, ¿qué has visto por ahí de bueno?

—Nada de particular, mi amo, me respondió, sino muchas cosas y muy revueltas, viejas con nuevas y nuevas con antiguas, al simil de como andan hoy dia confundidas y desordenadas todas las opiniones en la Liorna europea.

—Quiere decir que has visto ni mas ni menos que lo que

se ve todos los años por este tiempo en Madrid. ¿Y no has feriado tú algo?

—Si señor, una corta cosa: he feriado unas coaliciones que me hacian falta.

—¿Unas coaliciones? ¿Y qué significan unas coaliciones?

—Unas ligas, señor. ¿No es lo mismo coalicion que liga?

—Entendámonos, PELEGRIN. En ciertos casos pueden ser muy bien, y son con efecto sinónimos coalicion y liga, pero en otros no pueden serlo, y tal es el caso presente: porque supongo que las ligas que has tomado no serán políticas.

—No señor, que son para las piernas.

—Auto en mi favor. Coalicion, PELEGRIN, es un término del lenguaje de la política moderna, que significa un trato ó concierto que hacen entre sí los hombres influyentes de diferentes ú opuestos partidos políticos, por medio del cual se convienen en unirse accidentalmente para derribar del poder al partido dominante y dividirse despues ó disputarse sus despojos. Ya ves tú qué conexion puede tener esto con tus ligas.

—Yo le diré á vd., mi amo. En cuanto á pertenecer á diferentes partidos y colores, puede convenir muy bien la coalicion á mis ligas, puesto que una es encarnada y otra verde.

—Veámoslas, si no tienes reparo en ello, porque eso debe ser curioso.»

Enseñóme TIRABEQUE sus ligas, y no solo eran de diferentes colores, sino que, y esto fué lo que me hizo mas gracia, la una tenia un letrero que decia: «*Viva la dama que adoro*; y en la otra se leia: *Mi corazon doy entero al galan á quien yo quiero.*»

Pasó un rato sin que la risa me permitiese decir una palabra al bueno de TIRABEQUE.—¿Pero no conoces, simplon que tú eres, le dije despues, que sobre ser bastante á rechazarse dos colores tan opuestos, es una anomalia ridicula el que gastes una liga de muger y otra de hombre?

—En primer lugar, mi amo, que por ser asi me han cos-

tado mas baratas, y hacen el mismo oficio que si fueran hermanas y de un mismo sexo, y al cabo nadie las há de ver sino vd. y yo: y en segundo lugar que en esto está precisamente la coalicion.

—Pero es menester que conozcas, PELEGRIN, que hay cosas tan destinadas por su naturaleza á estar separadas, que no pueden coligarse nunca, ó si se unen accidentalmente como tú has hecho con tus ligas, necesariamente han de separarse pronto, porque asi lo pide la naturaleza de las cosas.

—Eso no, mi amo, y vd. perdone; porque no serán mis ligas, por mas que vd. quiera reprimirlas.....

—No, reprimirlas yo no; en tal caso será deprimirlas.

—Pues bien, deprimirlas. Y digo que no serán mis ligas mas opuestas y contrarias, por mucho que sean, que lo son por ejemplo lo república y el carlismo, y asi con todo se unen y conglutinan guapamente, y han hecho su coalicion formal, segun nos cuentan. informan, repiten y aseguran.

—¿Y crees tú eso, PELEGRIN, ya que de ellos hablas?

—Señor, en los tiempos que corren yo lo creo todo y no creo nada: creo que todo es posible, pero no creo que suceda hasta que lo veo, y aun de lo que veo me queda alguna duda, como decia Aristóteles en una de sus comedias, segun á vd. mismo le he oido decir no hace cuarenta y ocho horas.

—Seria Aristóphanes, hombre, que Aristóteles nunca hizo comedias. Pero si fuese cierta esa coalicion que tú insinúas, y que los diarios ministeriales afirman y suponen como un hecho existente y consumado, entre republicanos y carlistas ó montemolinistas (si republicanos son esos á quienes aluden), diria de ella, PELEGRIN, lo mismo que de tus ligas, que son colores que se rechazan, y que si accidentalmente y por una de tantas anomalias y caprichos humanos llegára ó hubiera llegado á realizarse, la naturaleza misma de las cosas no le permitiria ser duradera.

—En eso, mi amo, podria haber de todo: porque mis ligas serán tan caprichosas y tan anómalas como vd. quiera, pero

ellas están de dura, y yo le aseguro á vd. que á menos que alguna se me pierda, las he de hacer tirar lo menos hasta otro año.

—Aun eso podrá ser muy bien, PELEGRIN, puesto que dependerá de tu sola voluntad y del esmero y cuidado que con ellas tengas. Pero no es lo mismo en lo que depende de muchas voluntades.

—Segun eso, mi amo, vd. no está por estas coaliciones.

—Te diré, PELEGRIN. Cosas hay que basta probar una vez para conocer lo que pueden dar de sí. Y bástame y aun me sobra el haber visto los resultados de otra coalicion formada de elementos al parecer mucho menos disonantes y contrarios que los de esta de que se trata: y el solo haber accedido á ella á medias no mas y *sub conditione*, á remolque y con desconfianza, y á pesar de haber sido el último á entrar y el primero á salir, asi con todo me costó muchos golpes de pecho, y aun no he acabado de arrepentirme. Con que ya ves tú cómo podria yo aprobar ahora una liga tan monstruosa como la de la república y el carlismo.

Mira, PELEGRIN. Desde la famosa coalicion que formaron en Inglaterra Fox y sus amigos con lord North y sus partidarios para derribar el ministerio de que hacia parte Pitt por primera vez, todas las coaliciones han dado resultados funestos, y mas funestos cuanto son mas contrarios ó distantes los elementos que entran en ellas. Fundado en esta esperiencia dice el ilustrado Napoleon Gallois: «Las consecuencias de semejantes alianzas de elementos los mas desemejantes son evidentemente ilusorias ó desastrosas para el pais, que valiéndome de un proverbio vulgar, es el que paga el pato en semejantes maniobras.» Ya antes de él habia dicho tambien el erudito Aubert de Vitry: «Cuando estas ligas se conciertan entre partidos que profesan principios contrarios, la opinion pública, creyéndose autorizada á suponer el sacrificio de lo que hay mas sagrado, á saber, la conviccion, no las acoge sino con disfavor, y no confia de modo alguno en

«sus resultados : nunca se cree en la estabilidad de la «union entre elementos heterogéneos.» Que es lo mismo que yo te habia dicho antes.

—Pero supóngase vd., mi amo, ya que en esta materia nos han metido mis ligas, que los montemolinistas se hubieran vuelto de repente liberales, y que el mismo Montemolin se hubiera convertido á la fé cristiana, y que á Cabrera (Dios nos libre), y á Boquica, y al Muchacho, y á Garrafa, y á Estartús, y á Caletrús, y á toda esa tanda de sacristanes que andan por Cataluña, asi como al Pimentero de Valencia, les hubiera tocado Dios al corazon, y les hubiera pegado en él tal martillazo que los hubiera hecho unos constitucionales de cuatro suelas ribeteadas de lo mismo, y que por otra parte los republicanos renunciáran tambien...

—Confiésote, PELEGRIN, que no creo en estas renunciaciones ni en aquellas conversiones, y si tal sucediera bastaria para que ni unos ni otros contáran con el apoyo de sus respectivos partidarios que no se hubiesen convertido como ellos. Y asi lo que creo es que si esta coalicion existiera (que no sé si existe sino por lo que los diarios del gobierno nos dicen y aseguran cada dia), no podria tener otro objeto sino el de todas las coaliciones, á saber, unirse y auxiliarse accidentalmente para derrocar al gobierno y partido que domina...

—Señor, si no fuera mas que eso, aqui para entre los dos y sin que salga de nosotros, ¿tanto te parece á vd. que perderíamos?

—No me has dejado concluir la frase, PELEGRIN. Digo que no podria tener otro objeto que aliarse temporalmente para destruir lo que existe, con ánimo de separar de nuevo los campos despues de la victoria, y disputarse entre sí quién habia de quedar dominando, y quién habia de recoger los frutos de un triunfo que cada cual se atribuiria á sí propio.

—Quiere decir, mi amo, que despues de una guerra habria que contar con otra segunda guerra.

—Infaliblemente, PELEGRIN, ó con otras mas, porque luego

podrian formarse otras nuevas ligas, y asi de liga en liga y de guerra en guerra, ¿quién sabe dónde iriamos á parar? Que tan difícil es edificar por medio de las coaliciones como suele ser fácil el destruir.

—Señor, veo que me va vd. á hacer desechar mis ligas, y á buscar otras que casen mejor en colores y en letreros, porque bien conozco yo que son un poco chocantes los dos programas en las piernas de un mismo individuo, asi como tambien me choca que los republicanos, ó lo que sean, ayuden á Cabrera y al Muchacho, y se amalgamen con Boquica y el Pimentero, y que Cabrera se nos venga ahora echándola de liberal, lo cual asi creo yo, como creer que es de noche ahora, y estamos á media tarde.

—Es que no solo repruebo yo las coaliciones entre partidos tan opuestos por la parte que puedan tener de absurdas, sino por la falta de moralidad política que envuelven. Pero asi como repruebo este género de coaliciones y ligas, asi del mismo modo condeno á los gobiernos que con su conducta dan lugar á ellas y á las consecuencias y males que pueden producir, puesto que de tal manera pueden exasperar los ánimos que no reparen en los medios, y el hombre desesperado se hará republicano ú otra cosa cualquiera en que menos pensará, y se ligará y amalgamará con lo primero que se le presente á trueque de probar fortuna para ver de salir de aquel estado de desesperacion en que acaso injusta ó innecesariamente le han puesto.

—Dice vd. muy bien, mi amo, y eso podrá haber sucedido con muchos progresistas, pero por lo que hace á los montemolineros, voto á las cinco suelas de mi zapato que si en algo se ha excedido con ellos el gobierno es en haberlos mimado tanto, y asi estos no deben tener perdon de Dios ni de los hombres. Y ahora voy á ver si encuentro unas ligas que sean mas hermanas que estas, siquiera porque no me diga vd. que ato mis medias con coaliciones hetirogenias.»

Y salió otra vez TIRABEQUE á las ferias en busca de otras

ligas, mientras yo Fr. GERUNDIO quedé reflexionando sobre el deber del escritor independiente y desapasionado, que así tiene que reprobear la conducta de los que forman tales alianzas y tan incoherentes y absurdas, como la de los gobiernos que ponen á los hombres en el caso de recurrir á ellas, y que dan ocasion á que si no existen puedan existir, y que promueven la desesperacion que las produce en lugar de preaverlas y evitarlas.

A LAS FERIAS DE MADRID.

Anacronismo del siglo,
 Tradicion añeja y rancia,
 Escándalo de estrangeros,
 Irrision de los de España.

Obstáculo de las calles,
 Embarazo de las plazas,
 Estorbo de transeuntes,
 Diversion de gente vaga.

A quien los habitantes
 De esta villa coronada
 Por sarcasmo, apodo ó burla,
 O por mote *ferias* llaman.

Vosotras siempre las mismas,
 Vaya el mundo como vaya,
 Que aunque el mundo dé mil vueltas,
 En vosotras no hay mudanza.

Que sea cosaca la Europa,
 O que sea republicana,
 O que en resumidas cuentas
 Lo sea todo y no sea nada:

Y que reine Luis Felipe,
 O que Luis Felipe caiga,
 Y que mande Lamartine,
 Ledru-Rollin y comparsa:

Que venga el quince de mayo,
 Y de junio las jornadas,
 Y á Blanqui y Barbés los prendan,
 Y á Luis Blanc le formen causa:

Que los obreros sean reyes,
 O en vez de reinar se vayan
 A comer pan de centeno
 A las islas Trinitarias:

Que triunfen los comunistas,
 O que les carden la lana,
 Que sea república roja,
 Ó sea república parda:

Que acá en España con trono,
 Con república allá en Francia,
 Sea un espadon el *fac-totum*
 En Francia como en España;

Que acá y allá, allá y acá.
 Los presos en cuerdas salgan,
 De Madrid á centenares,
 De París á millaradas:

Que de Cavaignac la estrella
 Semi-eclipsándose vaya,
 Y vuelva á andar otra vez
 Luis Napoleon en danza:

Que en París el socialismo
 Triunfante en las urnas salga,
 Y que en las provincias pidan
 A Enrique V las masas;

Y de este modo á estas horas
 No se sepa si es la Francia
 Bonapartista, Enriquista,
 Socialista ó Cavagnaica:

Vosotras las mismas siempre,
 Que en vosotras no hay mudanza,
 Marche como quiera el mundo,
 Vaya el mundo como vaya.

Que una vez, ó dos, ó tres,
 Se insurreccione la Irlanda,
 Y se hagan los irlandeses
 Trabucaires de montaña:

Que Italia logre ser libre,
 O que la esclavice el Austria,

Que haya mediacion tranquila,
 O haya intervencion armada:

Que Francia le ofrezca mucho,
 Y cumpla ó no cumpla nada,
 Y de lo que hace Inglaterra
 No se entienda una palabra:

Que del buen Carlos Alberto
 Sufra la opinion y fama,
 Diciendo de él malas lenguas
 Lo que les diere la gana:

Que en tanto el viejo Radetzky
 Haga mil barrabasadas,
 Y sea en Milan el milano
 De pinturas y de alhajas:

Que en Génova haya alborotos,
 Y en Liorna barricadas,
 Y que no sepa que hacerse
 El Gran Duque de Toscana:

Que éntre Welden en Bolonia
 Y salir á tiros le hagan,
 Y despues que Welden sale
 Se arme en Bolonia otra zambra:

Que se defienda Venecia,
 Confiando en la escuadra Sarda,
 Y que luego la abandone,
 Y que la deje colgada:

Que en Roma tenga Mamiani
 Semi-prisionero al Papa,
 O que el Papa se sacuda
 De Mamiani y su comparsa:

Que el rey de Nápoles mande
 Sobre Mesina una escuadra,
 Y que Mesina perezca
 Con bombas, minas y balas:

Y que los napolitanos
 Bárbaramente gozarán,
 Como Atilas y Neronés,
 En ver ardiendo las casas;

Y á su vez los Mesineses
 Asando y haciendo vianda,
 ¡Canibales, antropófagos!
 De miembros de carne humana:

Y que las naciones cultas
 Presencien esto con calma,
 O traten de remediarlo
 Despues que sucede y pasa:

A las ferias de Madrid
 Ni las alza ni las baja,
 Las mismas *et nunc et semper*,
 Vaya el mundo como vaya.

Que se apruebe el armisticio
 Entre Prusia y Dinamarca,
 O que aprobándole Prusia
 Le deseche la Alemania;

Que la Dieta de Francfort
 Diga un día que *nequaquam*,
 Y se desdiga al siguiente
 Y determine que *transeat*:

Y que estos dichos produzcan
 En Francfort una asonada,
 Y que al príncipe Lichnowsky
 Le atraviesen cinco balas:

Y que á la hora que esto escribo
 Esté la ciudad sitiada,
 Y que Leipsik se alborote
 Cuando ya Chemnitz se aplaca:

Que pierdan los alemanes
 Su flema, pachorra ó calma,
 Y que se hagan calaveras,
 O que se hagan calabazas

Hasta el punto de dudarse
 Si está Liorna en Italia,
 O se ha trasladado acaso
 Al centro de la Alemania:

Eso no influye en las ferias
 De esta villa coronada,
 Que para ellas es lo mismo
 Vaya el mundo como vaya.

Que se escape allá de Viena
 El Emperador del Austria,
 Temiendo la chamusquina
 Que ya de cerca le andaba:

Y que vuelva á los tres meses,
 Y le reciban con palmas,

Con antorchas y con flores
Y repique de campanas:

Y que les diga que aprueba
Cuanto hayan hecho y cuanto hagan,
Y se llame andana luego,
Que esto de llamarse andana

En reyes y emperadores
Es una cosa ordinaria,
Y el que espere lo contrario
Da pruebas de ser un mandria:

Y que en Viena cada lunes
Armen una zalagarda
Los obreros ó la tropa,
La estudiantina ó la guardia;

O que anden revueltos todos,
Como así revueltos andan
Gobierno, asamblea y pueblo
Cuatro dias por semana:

Y que siguiendo la moda
De esta Liorna ilustrada,
Se constituyan á tiros,
O á sablazos verbi gracia:

Y que el señor don Fernando
Celébre como una pascua
Que se maten y degüellen
Los Húngaros y Croatas:

A las ferias de Madrid
Ni las alza ni las baja,
Que les importa un ardite
Vaya el mundo como vaya.

Que Federico Guillermo
Y la Asamblea prusiana
Estén de pique, y se tema
Que haya una nueva tronada;

Que anden bromas por Berlin,
Y que en Postdam por posdata
Se subleven los soldados
Y los gefes que los mandan:

Que ¡viva el rey absolutol
Griten allá en Pomerania,
Y que cuando baja al Rhin
Le arrojen lodo á la cara:

O que república neta
Solo á los clubs satisfaga,
Y que se contenten otros
Con monarquía templada:

Lo cual si sucede en Prusia,
Sucede tambien en Austria,
Y en Italia asi sucede,
Y sucede en Alemania:

A las ferias de Madrid
Ni las alza ni las baja,
Que ellas siempre son las mismas,
Vaya el mundo como vaya.

Que la Europa es progresista,
Que la Europa es reaccionaria,
Que lo que anduvo allá en marzo,
En setiembre lo desanda:

A las ferias de Madrid
Ni las alza ni las baja,
Que el mundo dará mil vueltas,
Pero en ellas no hay mudanza.

Que hay crisis ministerial
(Y es cosa notable y rara)
Al mismo tiempo que en Prusia,
En Hungría y Alemania:

Y que hay crisis en Cerdeña,
Y que la hay tambien en Austria,
Y la hay igualmente en Roma,
Y temo que la haya en Francia:

Y que no se hallan ministros,
Dicen los diarios y cartas,
Cosa que á los españoles
Nos choca, sorprende y pasma:

Y si es preciso enviaremos
Una remesa de España,
Ya que á nosotros nos sobran
Muchos mas que allá les faltan:

Que las ferias de Madrid
Por eso no alzan ni bajan.....
Aunque una idea me ocurre,
Que ahora mismo he de vaciarla.

Y es que asi como á las ferias
Los trastos viejos se sacan

Que no sirven ó que estorban,
Ó que están llenos de macas;

Si así de este mismo modo
Los ministros se sacáran,
Que ni sirvieron, ni sirven,
Ni servirán para nada.....

Pero no, fuera escusado,
Porque quizá no se hallára
Quien ofreciera por ellos
Ni un ochavo ni una blanca.

Y volvamos á las ferias
De esta villa coronada,
Obstáculo de las calles,
Y embarazo de las plazas.

Que manden los progresistas,
O que, gracias á las gracias,
Se encuentren los moderados
Hace cinco años en zancas:

Que crezcan los presupuestos
Como la espuma en el agua,
Y creciendo como espuma,
Como espuma se deshagan:

Que haya empréstitos forzosos,
Que haya apremios y otras gangas
Con que divierten y alivian
Al pueblo que sufre y paga:

Que truene el Banco ó no truene,
O bien que cada semana
Le lleguen carros y carros
Atestados de oro y plata:

Y que á las clases activas
Se les cercenen las pagas,
Y á las pasivas pacientes
No les llegue una migaja:

Que haya una Reina que aborte,
Y haya una Infanta que pára,
Y una madre que sea madre
De no sé cuanta prosapia:

Y que todos los gobiernos
Y que todos los monarcas
Reconozcan á la Reina
Constitucional de España:

Y que haga otro tanto Rusia,
O que la Rusia no lo haga,
Que con la Rusia ó sin ella
El mismo gallo nos canta:

Y que Monseñor Brunelli
Nos ponga ó no con el Papa
En estrechas relaciones
Políticas y eclesiásticas:

Y que se mande á los curas
Por circular circulada
Que un gran *Te Deum laudamus*
Canten en accion de gracias:

Y que á entonar el *Te Deum*
Se les niegue la garganta,
Porque los tienen *per istam*,
Y no les dan la pitanza:

Y *Te Deum* sin *te dieren*
Ni pega, ni une, ni traba,
Y no están para *laudamus*
Estómagos que no yantan:

Y que el gobierno gobierne
Sin Cortes ni zarandajas,
Y que esto de garantías
Se le antoje garambainas:

Y que se embarquen en Cádiz
Para las islas del Asia
Trescientos veinte individuos
En una misma fragata:

Sobre lo cual nada digo,
Que no es cuerdo decir nada,
Y al buen callar llaman Sancho,
Y este Sancho era una alhaja:

A las ferias de Madrid
Ni las alza ni las baja,
Que ellas siempre son las mismas,
Vaya el mundo como vaya.

Pero miento, y he mentido
En esta larga tirada
De versos arromanzados
Que ya á mí mismo me cansan.

Porque si las cosas siguen
Marchando como ahora marchan,

Pronóstico que las ferias
Han de ser ferias humanas.

Pues si Mon (Don Alejandro)
Con sus convoyes de plata,
Sus carros y sus galeras,
Y todas sus millonadas;

No solventa á los cesantes,
Y á las viudas no les paga,
Y escamonda á los activos
Al fin del año unas cuantas:

Y al clero paga en papeles,
Y en aleruyas muy guapas,
Que á eso equivalen las letras
Ni aceptables ni aceptadas;

Se agotarán los trebejos
Y los muebles de las casas,
Que no hay trebejos que basten
A las hambres cotidianas:

Y en vez de los muebles rotos
Llegará el caso que salgan
Y se presenten en ferias
Los mismos que los usaban.

Y las viudas y cesantes
Se venderán como estampas,
O como hoy se venden sillas
Y mesas desvencijadas.

Y los curas que comienzan
Por empeñar las sotanas,
Y prosiguen por las chupas,
Al ver que no chupan nada;

Cuando ya solo les quede
La decencia necesaria,
Alias preciso alza cuello,
Para apretar la garganta,

Se pondrán ellos en venta,
Como si fueran estatuas,
Para honor de los gobiernos
De la católica España.

Que si las cosas prosiguen
Marchando como ahora marchan,
Vendrá á suceder de veras
Lo que ahora digo de chanza.

¿QUIEN QUEDARA?

«Ciudadano, ahí te pongo, dures lo que durares.»

(Palabras de Tirabeque en la Revista Europea, tom. I, pág. 263.)

El lector recordará que allá en últimos de junio, que según la prisa con que el mundo marcha parece que es como decir, allá *in illo tempore*, tomó TIRABEQUE á un estampero francés los retratos de Lamartine, Luis Napoleon y Cavaignac, y que colocó á este último al frente del cuadro de la República que también le tomó, diciendo: «Ciudadano, ahí te pongo, dures lo que durares.»

Pues bien; ayer mañana encontré á mi lego encaramado sobre una escalera y con unas tenazas y un martillo en la mano.—«PELEGRIN, le dije, ¿qué vas á hacer? Tú estás á mal con tus piernas: sin duda te has propuesto que te queden las dos iguales.

—No tenga vd. cuidado, mi amo, me respondió, que ya he procurado afianzar bien la escalera, y voy á ver si pongo derecho á este señor Cavaignac, que ha dado en torcérseme, ya á la izquierda, ya á la derecha, y tengo para mí que ha de consistir en haberse aflojado la argollita esta. Aunque por otra parte sospecho si no le dejaría bien clavado; ó acaso, acaso no le pegará ya bien este sitio, porque como estos franceses no pueden estar quietos por mucho tiempo.... Y así estoy pensando si será mejor quitar de aquí al ciudadano Cavaignac, y poner á Luis Bonaparte, que si lo he de hacer mañana ú otro día, ahora que estoy con los instrumentos en la mano....

—Mira, PELEGRIN; haz el favor de no moverme de ahí á Cavaignac, que no eres tú el que ha de decidir el lugar y sitio que le corresponde: y para decirme que la Francia parece que

le presenta nuevamente como competidor á Luis Bonaparte, para eso no necesitabas todo ese aparato de escaleras y de tenazas. Bájate, pues, y deja á Cavaignac por ahora al frente de la República, torcido ó derecho, tal como esté, que bien podías en ese caso haberlo advertido antes.

—Señor, ya hace dias que lo habia notado.

—¿Y crees tú que estaria ahí mejor Luis Bonaparte?

—No lo sé, señor, pero poco costaba probarlo: mas pienso yo que les ha de costar la prueba á los franceses, y así con todo parece que quieren hacer la probatura, que eso debe significar el empeño que tienen en llevarle á la Asamblea, y el entusiasmo que vuelven á manifestar por él. Y yo no lo estraño, en razon á ser sobrino de su tio, aunque tambien es verdad que yo conozco tios de mucho provecho que tienen sobrinos muy calabazas.

—Pues eso mismo, PELEGRIN, haz el favor de decírmelo desde abajo, porque no puedo verte con tranquilidad y con temor de que des una caída que á tí te cueste cara por un estilo y á mí por otro. Y deja ahí á Cavaignac por ahora, y si no quieres bajarte, estate ahí de tu cuenta y riesgo, pero no hagas nada al menos hasta que se discuta el art. 43 de la Constitucion francesa.

—¿Y qué dice ese artículo, señor?

—Dice el artículo, que el Presidente de la República será nombrado por medio del sufragio directo y universal y por mayoría absoluta de votantes. Pero aunque dice esto el artículo del proyecto, el pensamiento de los amigos de Cavaignac es que el nombramiento de Presidente se haga directamente por la Asamblea, en cuyo caso esperan que Cavaignac sea el favorecido, mientras que si se deja al sufragio directo y universal, con arreglo al artículo del proyecto, temen que sea Luis Napoleon el que se calce, como decimos aquí, con la Presidencia.

—Y diga vd., mi amo: ¿tardará mucho en discutirse ese artículo?

—Aun deberá tardar, PELEGRIN; como que están todavía en los primeros. De consiguiente no creo que sea tu ánimo estar en la escalera hasta que el artículo se discuta y se apruebe en unos ú otros términos.

—Pienso yo, mi amo, que antes ha de haber novedades, y si eso supiera... pero en fin, me bajaré por dar á vd. gusto.»

Bajóse TIRABEQUE, y poniéndose á mirar desde abajo el cuadro de Cavaignac, «¿Lo vé vd., mi amo, me dijo, como está torcido?

—¿Y á quién pondrás, le repliqué, al frente de la República que no se tuerza? ¿Crees tú que se conservaría mas derecho Luis Bonaparte si le colocáran en este sitio?

—Pero diga vd., señor, y vd. perdone. ¿Será cierto que tiene tanto partido en la Francia el ciudadano Luis Bonaparte?

—Mira, PELEGRIN; el estado de la opinion en Francia le demuestra bien el resultado de las últimas elecciones, aunque parciales. De tres representantes que se han nombrado en París, el uno ha sido Luis Napoleon, que no se sabe lo que es; el otro Achilles Fould, que es republicano moderado; y el otro Raspail, que es socialista; y cuando se publicó el resultado del escrutinio, en la misma plaza se gritaba: «*Viva el Emperador! Viva la República del Imperio! Viva la Asamblea! Viva la República social! Viva el Comunismo!* Y mientras en unos distritos eligen á los republicanos rojos, en otros nombran á tu amigo Mr. Molé, ex-ministro moderado de Luis Felipe, y ata cabos, PELEGRIN.

—Señor, bien dije yo, cuando dije que el gobierno de la Francia, y la Asamblea de la Francia, y toda la Francia entera andaba atortolada, sin saber lo que ha de creer, lo que ha de obrar, lo que ha de desechar, y lo que ha de recibir. Y esto mismo digo ahora, y así quédese por hoy el ciudadano Cavaignac donde estaba, pero quédese tambien la escalera, ó bien para ponerle derecho y como corresponde, y que no se me ande ladeando ya á un lado ya á otro, si es él el que ha de

quedar, ó bien hasta que sepamos de una vez quién es el que queda.»

Ahora á todas horas me anda preguntando TIRABEQUE; «Señor, ¿quién quedará?»

Y de cuando en cuando mira tambien á la República, pues dice que tiene la aprension de que tampoco está muy segura.

BENEFICENCIA INGLESA.

Coge una pluma, PELEGRIN, y apunta. Tú que traes la mania de que ningun beneficio recibimos de las naciones estrangeras, apunta y verás los que hemos recibido de sola la Inglaterra en la última guerra civil. Los beneficios que te voy á enumerar están sacados de documentos presentados en el parlamento de la Gran Bretaña, á consecuencia de una mocion hecha por Mr. Milnes. Apunta lo que te vaya diciendo,

Fusiles recibidos. 326.600

Carabinas. 14.000

Espadas. 40.000

Cartuchos. 6.000,000

—¿Seis millones ha dicho vd., mi amo? Paréceme que en los cartuchos y en los fusiles deberá vd. haberse equivocado, porque seria una espantosidad.

—Cuida tú de no equivocarte, y apunta, que por mi parte no hay error.

Idem para cañon. 20.264

Libras de pólvora. 938.474

Balas de cañon y bombas. 28.492

Granadas. 27.820

Cañones de hierro. 40

Morteros. 42

—¿Hay mas que apuntar, mi amo?

—Aun restan algunas otros artículos de guerra, y ademas

los suministros de los efectos de idem para una goleta y un vapor.

—Señor, aunque me asusta sin poderlo remediar todo esto que huele á guerra y á matarse los hombres, si esos artículos que voy apuntando fueron regalados como supongo, y nos sirvieron para poner término á la guerra civil, no hay duda que nos hicieron un gran beneficio los hermanos ingleses, y que no sé yo con qué se lo podríamos pagar.

—¿Con qué? Con 55 millones que importan segun su cuenta, ó sean 553,037 libras esterlinas, de cuya cantidad aun los estamos debiendo una buena parte.

—¿Con que no fueron regalo? Pues entonces, mi amo, poco les debe importar que nosotros nos rompamos las crisma unos á otros, con tal que ellos despachen sus fusiles y sus carabinas y sus balas de cañon. Y ya que estamos en ello, apunte vd. y váyame diciendo los adminículos de la misma clase que hayan suministrado á los carlistas, porque eso deberá ser cosa curiosa.

—Eso, PELEGRIN, no consta en los documentos citados, pero estará en otros, que se presentarán en otra ocasion. Y ahora apunta ahí.

Caminos, calzadas y canales que nos han hecho. . . .

Asilos de beneficencia.

Colegios y universidades que han fundado en España. . . .

—Ya está, mi amo; dígame vd. ahora el número de esos artículos, que eso es lo que yo quiero saber, porque esos son los beneficios verdaderos, y aunque nos cueste nuestro dinero como los fusiles y los cañones, siempre es un bien que haya quien lo adelante, y el beneficio en España se queda.

—Pues bien; pon un *cero* á cada una de esas partidas, que la beneficencia inglesa, PELEGRIN, está reducida á tantos fusiles que envio, por tantas libras esterlinas que me valen.»

Y arrojó TIRABEQUE la pluma diciendo: «Bien he hecho yo toda mi vida en no creer en beneficios de *estranjis*.»

—Una vez más algunos otros artículos de guerra y algunas

PARTE CRITICA.

MISS, MISS.

Pronunciando estas dos palabras ó voces entró TIRABEUQUE en mi celda de estudio, de modo que hube de decirle: «¿Qué es eso, PELEGRIN? ¿Buscas el gato? Pues por allá deberá estar, que por aquí no ha entrado, ó por lo menos no le he visto.

—No es eso, señor, me respondió; antes venia á preguntar á vd. qué es lo que significa *miss* con dos *ss*.

—En verdad, le repliqué, que tienes preguntas bien raras y originales; y luego te quejarás de las que yo te hago. No conozco esa voz en el vocabulario español, ni la he visto emplear sino para llamar á los gatos; que aunque la voz propia para esto es *miz*, generalmente se dice *miss*, sin duda por ser mas suave; y tanto mas dura el sonido de la *s* cuanto mas se prolonga el llamamiento.

—Señor, hasta ahí alcanzaban mis noticias. Pero no es eso lo que debe significar en el caso presente, y de ser, no han de ser gatos, sino gatas, y gatas irlandesas. Y digo esto, porque segun acabo de leer, la policia inglesa ha preso allá en Irlanda á dos *miss*, y las ha llevado á la cárcel. Y no me maravillaré que sean dos gatas, porque segun el miedo que ha tenido el gobierno inglés á la insurreccion irlandesa, y segun lo riguroso que está con todos los que alboroten ó hagan ruido en Irlanda, no sería extraño que mandara echar el guante hasta á las gatas que anduvieran por allí mayando.»

Con esta esplicacion ya sospeché lo que podia haber dado ocasion á la extravagante pregunta de mi lego. Asi, pues, le dije: «¿Y no podrias darme algunas mas señas acerca de esas tales gatas? ¿No recuerdas si acaso tenian nombre?»

—Si señor, me respondió; una se llamaba *miss Elena*, y otra *miss Riar* ó *miss Rian*, que ya sabe vd. que no entiendo yo bien esos nombres ingleses.»

Entonces me acabé de convencer, yo FR. GERUNDIO, de la exactitud de mis sospechas. Y despues de haber reido un rato, le dije á mi buen lego: «Eres, PELEGRIN, lo mas sandio y mas simple, y lo mas pobre hombre que he conocido, y solo yo podria disculpar ó tolerar tu ignorancia. Y ahora abochórnate de ella. *Miss* es el ante-nombre que usan los ingleses cuando se habla de jóvenes solteras, como emplean el de *Mistress* para designar las casadas; de modo que éste equivale al de *señora* entre nosotros, y aquel al de *señorita*. Asi pues, esas dos *miss* á que tú te refieres y que creias ser dos gatas, son dos señoritas. Con que ya ves si tienes motivo para avergonzarte del *quid pro quo* en que tu ignorancia te ha hecho incurrir.

—Tiene vd. mil razones, mi amo, y me hace vd. salir los colores al rostro; aunque por otra parte no creo que ningun lego esté obligado á saber el inglés. Y por otro lado casi casi sospecho que no puede ser eso que vd. dice, porque no es de creer que los ingleses prendan señoritas y las lleven á la cárcel, como han hecho con estas que yo digo.

—Pues no solo es de creer, PELEGRIN, sino que es cierto y positivo. El gobierno inglés está tan duro y tan inexorable para castigar á todos los que directa ó indirectamente ayudan á los cartistas ó han promovido ó tomado parte en la insurreccion de Irlanda, que ademas de las prisiones, deportaciones y castigos de que ya en otras ocasiones hemos hablado, ahora reciénente acaba de condenar el tribunal criminal de Londres á deportacion perpétua, ¡á deportacion perpétua, PELEGRIN, que es una de las mayores penas que pueden imponerse! á cuatro cartistas, que son Bowling, Lacy, Fay y Cuffey. Y

ademas de los periodistas que sabes habian sido anteriormente presos y deportados por escribir en sentido cartista, ahora nuevamente ha sido conducido á la cárcel de Clownel Mr. Killyaly, editor del *Waterford Chronicle*, y lord Clarendon ha librado auto de prision contra Mr. Fullom, solo por haber redactado el prospecto del *Nacional* destinado á reemplazar á la *Nacion*.

—Señor, no me parece bien de manera alguna que los ingleses prendan y castiguen á los periodistas, ellos que son tan tolerantes y tan libres. Pero ya paso por que lohagan con esos escritores *follores* ó *fullones*, y con ese otro que redactaba la *Clinica*, si acaso lo tenian merecido. Lo que no puedo creer, y si lo hacen, no paso por ello, es que se estrellen con dos *miss*, alias señoritas, que eso no se hace ni siquiera aqui en España, pues aqui lo mas que suele hacerse es desterrar algunas señoras viejas y achacosas, que mas están para irse poniendo bien con Dios, que para ponerse mal con el gobierno ni para entrar en conspiraciones. Y malo es esto y muy vituperable, pero aun me parece mas feo el llevar á la cárcel por cosas políticas á dos jóvenes incautas, que acaso acaso serian como dos luceros, aunque no sé yo si habrá luceros tambien en Irlanda, y si serán tan resplandecientes como los de acá.

—¡Oh, amigo! Ese lord Clarendon, que era tan galante cuando estaba en España, no transige allá ni aun con el lucero del alba, ni con edades, ni con sexos, cuando se trata de castigar á los que pueden haber tenido la mas mínima parte en las conspiraciones, ó en dar favor á los conspiradores. Y asi tienes que esas dos señoritas *miss Elena Pover* y *miss Ryan*, han sido detenidas yendo de viage, cerca de Carrick, y conducidas á la cárcel de Clownel por sospechas de conspiradoras. ¿Y sabes de qué se le acusa á una de ellas, á *miss Ryan*? Pues se la acusa nada menos que del gran crimen de haber dado hospitalidad á su hermano, y á Mr. O'Mahoney, por cuya captura se ofrecian 100 libras de recompensa.

—Señor, lo creeré porque vd. lo dice.

—No, no soy yo quien lo dice. Lo dice el *Times* y el *Morning-Post*, y los demas diarios de Lóndres.

—Pues ahora digo yo, mi amo, que si eso de las *miss* me ha costado á mí un bochorno por la ignorancia de no saber lo que era ni lo que significaba, algo mas deberia abochornar á esos señores ingleses el meterse con dos pobres *miss*, ó señoritas, y mucho mas el llevarlas á la cárcel por haber dado hospitalidad á un hermano. ¿Pues qué querian esos señores humanitarios? ¿Querian que una muchacha soltera cerrára las puertas de su casa á un hermano, ó que fuera á denunciarle ella misma, aunque fuese mas conspirador que Caco?

—Caco no fué conspirador, hombre, sino ladron.

—Señor, aunque fuera un ladron, que conspiradores son tambien los ladrones, y no de los menos temibles. Y digo que eso de acusar y prender á una *miss* por haber dado hospitalidad á un hermano, aunque el hermano fuera el Diabolo verde, no lo haria el gobierno de la Gran Tartaria. Y digo mas, mi amo; y es que enviarnos acá los señores Inglis á Cabrera y sus satélites para que enciendan la guerra civil en España, al mismo tiempo que ellos allá no se contentan con desterrar para siempre jamás á los hombres que han intentado promover la guerra y á los escritores que á ellos les parece, sino que no perdonan ni aun á las jóvenes *miss* que han dado refugio á sus mismos hermanos perseguidos, digo, mi amo, que esto no me parece noble ni caballeresco, ni de buen corazon, antes téngolo por una de las peores partidas que pueden tener los hombres.

—Y si fuese cierto, PELEGRIN, que al propio tiempo que con tanto rigor persiguen á sus republicanos ó cartistas de allá, concitan, instigan y favorecen á los que llaman, yo no sé si con razon, republicanos acá, la conducta de los ingleses en este punto formaria un contraste singular é inesplicable con la de los franceses, y un vice-versa de los mas originales del mundo; puesto que al tiempo que los ingleses que tanto muestran aborrecer para sí la República, escitan, segun dicen, á

nuestros republicanos á traerla á España, los franceses que son republicanos persiguen, prenden e internan á estos mismos que dicen republicanos.

—Lo que prueban para mí estos vice-versas, mi amo, es una cosa que yo ya me sé de muy atrás; y es, que así diera yo seis más por la política inglesa como por la política francesa para nosotros, y que así perdonaré á los que se fian en la una como á los que esperan su salvacion de la otra.»

Y se retiró diciendo: «¡pobres miss! ¡pobres miss! Os prenden porque dais asilo á vuestros hermanos carlistas, y acá nos envian carlistas para que nos enredemos y nos rompamos la cabeza unos á otros! Buena humanidad está la de estos ingles!

TACEO, TACES.

Verbo latino de la segunda conjugacion, que significa *callar*: en francés *se taire*.

Tan necesario es en este pícaro mundo saber callar como saber hablar, y acaso es mas necesario, y tambien mas difícil lo primero que lo segundo. Y una prueba de ello es que los egipcios, los griegos, los persas y los romanos, todos hicieron del Silencio una divinidad, ya bajo el nombre de Harpócrates, ya bajo el de Sigarion, de Tácita ó de Angeronia. El Silencio ha sido colocado entre las figuras mas patéticas del arte oratoria, los retóricos cuentan entre sus tropos la reticencia, y en la ciencia diplomática es muy importante saber callar.

Entre los mas distinguidos calladores de que tengo noticia yo Fr. GERUNDIO, cuento tres sobresalientes, uno antiguo, otro menos antiguo, y otro moderno ó contemporáneo. El primero era griego y se llamaba Pitágoras, el segundo era español, y se llamaba Sancho, el tercero es francés, y se llama Cavaignac.

Cada uno de estos tres taciturnos ha callado por diferente

método y escuela. La base del sistema de Pitágoras era la meditación silenciosa, y la resignación á los dolores físicos y morales. Nuestro Sancho, á quien todos conocemos por su buen callar, pero de quien nadie sabe otra cosa, ni qué casta de pájaro fué, se supone que callaba callando. Cavaignac no es así; Cavaignac calla, pero habla; Cavaignac es hombre que habla, pero calla; es decir, calla hablando, y habla para callar, que es una escuela nueva, que podremos llamar escuela republicana democrática una é indivisible.

Cavaignac es interpelado en la Asamblea sobre los peligros que amenazan á la república, y sobre la significacion de las elecciones de Luis Napoleon y de Raspail; y Cavaignac calla un rato, y al cabo de un rato habla; pero habla para preguntar á su vez á la Asamblea si sigue mereciendo su confianza; la Asamblea le dice que sí, y Cavaignac calla sobre el objeto de la interpelacion, y se pasa á la órden del dia. Habló para callar, y se encerró en un prudente silencio. *Tacuit loquendo, locutus es tacendo. Taceo, taces, tacere, por doceo, doces, docere, callar.*

Mr. Buvignier interpela á Cavaignac preguntándole cuál es la línea política que piensa seguir respecto á los negocios de Italia; y Cavaignac, el Pitágoras y el Sancho de la república, aunque de diferente escuela, pide á la Asamblea permiso para no contestar. Habló para callar, y calló hablando. El hermano Ledru-Rollin trata por todos los medios de hacer salir á Cavaignac de su prudente reserva. Le pregunta si piensa seguir la política consignada en el manifiesto de Lamartine con respecto á los asuntos de Italia.

—*Taceo, taces, callar.* El hermano Cavaignac calla y no otorga.

Le pregunta si piensa cumplir la palabra empeñada de acudir al socorro de los italianos cuando estos lo soliciten.

—*Taceo, taces, en francés se taire.*

Le pregunta si la base de la mediación será la completa emancipacion de la Italia.

—El hermano Cavaignac escucha y calla. *Tacet.*

Le pregunta si es cierto que la Rusia y la Prusia quieren tomar parte en esta mediacion, y que el Austria pretende que el objeto de ella se trate en un congreso europeo.

—Cavaignac calla, y piedras apaña.

Le pregunta cuál sea la base sobre que han dado principio las negociaciones; cuál será su conducta respecto á la Alemania: qué piensa hacer en el caso que sean ciertos los rumores que corren por Viena y por Berlin: y viendo que Cavaignac calla á todo, procura avergonzarle diciendo que en tiempo de la monarquía los ministros de Luis Felipe daban mas satisfacciones á la Cámara.

Entonces Cavaignac se levanta y habla; pero habla para callar. Dice que ha dicho bastante con lo que ha dicho, y no ha dicho nada, y pide de nuevo permiso á la Asamblea para callar, y la Asamblea se le otorga, y Cavaignac calla, y estas son las satisfacciones que dan los gefes de las Repúblicas; pero las Asambleas de las Repúblicas se dan por satisfechas, y Dios les premie su conformidad. Y yo tambien callo.

DE LOS LOCOS

QUE HAY EN ESPAÑA Y EN EUROPA.

—«Dime, PELEGRIN mio, ¿cuántos locos calculas tú que habrá en España?

—Señor, no es fácil que yo pueda contestar de repente á esa pregunta. Si vd. me preguntára por la inversa, cuántos son los españoles que tienen juicio, aun podria ser que acertára algo mejor, sobre docena mas ó menos; pero en cuanto á los locos, lo único que ahora puedo decir es que hay que echar

por largo, puesto que tengo por seguro que son muchísimos mas los locos que los cuerdos. Y quisiera yo tambien saber de vd., á qué puede venir ahora esa pregunta, que me parece no ser muy del caso, y vd. perdone, cuando tantas cosas tenemos de que ocuparnos sin meternos en las honduras de saber cuántos locos hay.

—Te equivocas mucho en eso, PELEGRIN: porque la mayor prueba de que viene al caso es que el gobierno se ocupa de ello, y que nos ha llenado media *Gaceta* con la estadística de los dementes que existen en España, ó que existían en 1847, así en los hospitales y establecimientos públicos, como sueltos ó diseminados por las casas y familias.

—Pues señor, en ese caso, si lo dice el gobierno de oficio, escusado es que me lo pregunte vd. á mí.

—No es precisamente el gobierno el que lo dice: lo que hace el gobierno es aprobar una minuciosa estadística de dementes que le ha presentado el médico de cámara don Pedro María Rubio, y pasarla al Consejo de Sanidad del reino, para que éste con su presencia redacte un proyecto de arreglo y reforma de los establecimientos especiales que hoy existen para la curacion de dementes. Sobre lo cual solo te diré ahora que sin duda el gobierno se ha trascordado de que hace algun tiempo mandó levantar un plano y redactar un proyecto de hospital-modelo para la curacion de dementes en las afueras de Madrid, y que nombró para ello una comision especial. Pero estos olvidos son disimulables: al cabo el mismo resultado ha de tener esto que aquello.

—Y diga vd., mi amo: ¿cuántos locos dice ese señor Rubio que hay en España?

—De la estadística particular que presenta de las 49 provincias, resulta existir en toda España 7,277 desjuiciados.

—Mírelo vd. bien, señor.

—Lo tengo bien mirado, PELEGRIN.

—Pues señor, diga vd. al gobierno que ese señor Rubio le ha engañado miserablemente, porque lo menos lo menos que

faltan á ese número son tres ceros á la derecha, que darian siete millones doscientos setenta y siete mil, y acaso me quede corto. Y si el señor Rubio no ha engañado al gobierno, es que se ha equivocado él en la cuenta de los locos en unos siete millones y pico.

—Eso es demasiado, PELEGRIN; eso es suponer loca la mitad de la poblacion de España.

—Y de ahí no rebajo un loco, señor. Y quisiera yo saber quiénes son los que ha contado por locos el señor Rubio, porque en eso podrá estar la diferencia.

—De eso no dice nada.

—Pues ahí debe estar el intringulis. Y apostaria yo algo bueno á que la primera partida de locos que se le ha pasado es la de los ministros que derrochan mas de lo que tienen sin pensar en el dia de mañana, ó que gastan todos los años diez no teniendo sino cinco, y eso con los trabajos que Dios sabe; que si al que gasta así en su casa particular y consume y despilfarra lo que es suyo se le tiene por loco, ¿qué será á los que disipan y malgastan lo que les da la nacion para que lo arreglen y economicen, resultando de aqui lo que vd. sabe y yo no ignoro, y á ellos no se les oculta, y á la nacion no se le esconde? Que si el derrochador de su casa y hacienda es tenido por loco como uno, el que lo es de la casa y hacienda de todos, discurra vd. por cuántos valdrá.

Y desearia yo saber igualmente del hermano Rubio si ha contado por locos á los que se empeñan en marchar por caminos torcidos y por veredas llenas de precipicios y de matorrales, y por mas que les digan que hay otros caminos mas derechos y otras sendas mas anchas y mas corrientes, ellos erre que erre en que han de ir por alli, aunque á ellos y á todos los que ellos guian y conducen se los haya de llevar el diablo. Y si estos tales son locos, como yo pienso, no hubiera hecho mal el hermano Rubio en principiar su estadística de locos por los mismos que he dicho antes.

—En primer lugar, PELEGRIN, que esos que tú dices no se

cuentan entre los locos calificados de tales, y solo podria dárselos el nombre de temerarios.

—Señor, eso seria un nombre mas decente, pero en el sentido del significado apenas se diferenciarían un quilate.

—En segundo lugar, tú no espresas si son los actuales ministros ú otros los que en tu concepto deberian hacer cabeza de la estadística de dementes: y eso es lo que deberias manifestar para saber yo si puedo ó no estar de acuerdo contigo en este particular.

—Señor, en cuanto á estas interpelaciones, soy como el general Cavaignac; me encierro en una prudente reserva, y tómelo cada cual y aplíquelo á aquellos que le parecieren mas dignos.

—En tercer lugar, PELEGRIN, podria ser muy bien que á tí te parecieran locos estos ministros en eso de obstinarse en marchar por un mal camino....

—Poco á poco, mi amo, y entendámonos; yo no he dicho que sean estos.

—Ni yo tampoco, PELEGRIN; no hago sino poner un ejemplo. Y digo que podria ser muy bien que estos ministros, por ejemplo, marcháran á tu parecer por mal camino, y al autor de la estadística de dementes le pareciera por el contrario que iban por el mejor y mas recto, y que eran la gente mas cuerda del mundo.

—No negaré, mi amo, que podria suceder asi; pero tambien podria suceder en ese caso que el autor de la estadística hubiera debido empezar por ponerse á sí propio en cabeza de ella.

—Vaya, vaya; segun veo, PELEGRIN, si tú te encargáras de hacer una estadística de desjuiciados, témome que habian de ser muy pocos los que no comprendieras en este número.

—Señor, si por locos se ha de entender, como yo me imagino, todos los que no son cuerdos y no tienen su razon cabal y completa, confiésele á vd. que sin salir de los locos políticos,

no habria hospitales ni hospicios en España donde encerrar tanta gente.

—Convengo en eso contigo; pero la dificultad está en saber á quienes se ha de calificar de locos en política, puesto que en esa materia sucede lo mismo que decia cierto poeta:

En esto de las mugeres
Son varios los pareceres;
Cada cual defiende el suyo.....

Y asi acontece que para unos son muy cuerdos los mismos que para otros son locos rematados, y vice-versa. Por ejemplo, hay quien tiene y gradúa de locos á los que se dicen liberales y ayudan á Cabrera.....

—Señor, esos están de acuerdo conmigo, porque si ellos lo hacen en la confianza de que despues podrian vencer fácilmente á Cabrera y los suyos, antójaseme que piensan en una locura, puesto que lo que se ve hasta el dia es que Cabrera y su gente se va envalentonando y tomando vuelo, mientras ellos se quedan muy atrás; y no sino dénle otras pocas alas, y ayúdenle á levantarse, y ya verán dónde se remonta el gabilan éste, junto con los otros pájaros de su manada: y si lo hiciesen á sabiendas de lo que no podria menos de suceder, lo cual yo no creo en manera alguna, entonces serian mas que locos; y asi pienso que por donde quiera que se mire no se escapan de serlo.

—Quizá esos, PELEGRIN, hayan entrado en los 7,277 de la estadística del hermano Rubio.

—Bien podrá ser, señor; pero de fijo no habrán entrado los que piensan y sostienen que este camino que llevamos ahora es el mejor para evitar estas locuras; pues para mí tan locos son estos como aquellos; con la diferencia que unos son locos de un partido y otros son locos de otro, pero todos son del partido de los locos.

—Bien digo, PELEGRIN, que para tí son muy pocos los cuerdos.

—Tan pocos, mi amo, que asi como el hermano Rubio saca solamente 7,277 locos en toda España, pareceme que á mí me habia de costar trabajo sacar 7,277 cuerdos, sin salir de la política, que tengo para mí que es la locura que mas domina en el dia : con la diferencia que unos son locos ó con provecho ó para provecho suyo, y otros lo son para provecho de estos mismos, los cuales son tontos amen de locos, que es lo peor que hay que ser. Y aun si hemos de exigir en los hombres políticos para que sean cuerdos las cuatro virtudes cardinales que dijo vd. allá en el Prospecto de nuestra Revista, témome que me haya escedido en mi cálculo de los cuerdos; lo cual dirán tambien que es una mania; pero asi es el mundo, mi amo, que unos á otros nos tenemos por locos, y vamos andando. Y ahora dígame vd. en qué parte de España hay mas locos segun ese señor Rubio, puesto que segun vd. dice, sabe los que hay en cada provincia.

—Segun su estadística, PELEGRIN, donde mas dementes hay es en la provincia de Barcelona, en que da por existentes 588: despues siguen las de Castellon, Granada, Jaen, Málaga, Valencia y Zaragoza.

—Y en Madrid ¿cuántos dice que hay?

—En la provincia de Madrid 61.

—Pero no contará la capital.

—Inclusa la capital, PELEGRIN.

—Eso no puede ser, mi amo; si dijera que solo en la capital habia sesenta y un mil locos, pocos mas ó menos, entonces ya me inclinaria yo á creer que la estadística estaba tal cual hecha; pero decir que en toda la provincia de Madrid, inclusa la corte, no hay mas que 61 faltos de juicio, eso, mi amo, solo lo puede tragar el gobierno, no que una persona que esté en el cabal uso de su razon.

—Y de los 7,277 que supone, ¿cuántos te parece á tí que hay acogidos en los hospicios, hospitales, cárceles, y asilos de caridad y beneficencia?

—Vd. dirá, señor.

—Solo 1,626: los demas se hallan en sus propias casas ó las de sus parientes.

—Eso prueba, mi amo, lo bien montados que están nuestros establecimientos: sobre lo cual bueno sería que el gobierno tuviera presente lo que dijimos en una de las primeras funciones de nuestro TEATRO SOCIAL.

—Ese recuerdo está en su lugar, PELEGRIN; mas para que veas que en Madrid no hay tantos locos como á tí te parece, oye la proporcion de dementes en diferentes capitales de Europa con su respectiva poblacion, segun la estadística del señor Rubio. Dice que hay:

En Lóndres. 4 demente por cada 200 almas.

En París. 4. por cada 222.

En Roma. 4. por cada 481.

En Nápoles. 4. por cada 785.

En San Petersburgo. 4. por cada 3133.

En Madrid. 4. por cada 4925.

De que resulta que Madrid y San Petersburgo son las capitales de Europa donde hay menos locos; y que mientras en Lóndres con arreglo á este cálculo debe haber 40,000 desjuiciados, y 5,000 en París, á Madrid apenas le corresponden 40.

—Señor, nonegaré yo que en París haya, no digo 5,000 locos, sino aunque sea 500,000 en la actualidad; pero que los ingleses, que pasan por gente de tanto juicio, tengan 40,000 locos en Lóndres, y que en Madrid no haya mas que 40, eso, mi amo, me comprueba que esa estadística debe haber sido hecha por espíritu de partido: y sobre todo, que si regia el año pasado, en este ya no puede regir, porque del año pasado acá se han aumentado prodigiosamente los locos en todas partes, y una de las locuras mayores que puede cometer el hombre es querer contar los locos que hay en el dia en cada punto, porque como dijo el otro: *locorum infinitus est numerus*. Y

diga el señor Rubio lo que quiera, hay mas locos de los que él cree, y de los que creerá el gobierno, y que quiera Dios que no nos volvamos todos locos al paso que vamos, y no digo mas por hoy aunque pudiera.»

A PUÑO CERRADO.

Como mi paternidad muy reverenda vive en su humilde celdita con Dios y su lego (es decir, no el lego de Dios, sino el mio), apartado del mundo y de los hombres y de sus pompas y vanidades, todos mis pensamientos tengo que comunicarlos con mi amado lego TIRABEQUE, mi confidente nato, el cual, ya que no tenga mucho de lo de Salomon (que esto Dios lo reparte á quien quiere y como quiere, por cierto con harta desigualdad, como si se hubiera propuesto probar á los hombres que no es comunista), tiene por lo menos la prenda inapreciable de la lealtad, y por lo mismo yo me complazco en conversar con él, y en instruirle de las observaciones que el estado actual del mundo va ofreciendo y suministrando.

Así el otro dia le llame y le dije: «Mira, PELEGRIN: cada dia nos enseña algo la crisis y la trasformacion por que está pasando la Europa. Es innegable que Dios ha dotado á cada animal, como tú sabes bien...

—Señor, me interrumpió súbitamente, ó ponga vd. punto y coma, lo menos, en cada animal, ó me creeré injuriado de una manera que no estrañará vd. que me dé por altamente ofendido.

—Vaya, hombre, y qué susceptible te me vas haciendo! Lo diré de otro modo. Como tú sabes bien, PELEGRIN, Dios ha dotado á cada animal de los medios naturales de defensa, segun

la respectiva naturaleza y necesidades de cada uno. Asi á unos les ha dado las garras, á otros los colmillos, á otros las astas, á otros la trompa, á otros el pico, etc., etc. Y al hombre le dió la razon con la cual domina á todos, y no solo quiso que le sirviera la razon para dominar á los demas animales, sino tambien para su propio gobierno y el de la sociedad humana, y para que las disputas y diferencias que hubiera entre los hombres se ventilaran y decidieran por medio de la discusion racional; esto es, para que á la luz de la recta razon, que es la regla de lo conveniente y de lo justo.....

—Señor, hágame vd. la gracia de no seguir, y vd. perdone, porque tengo para mí que no es eso lo que nos enseña la crisis y trasformacion por que está pasando la Europa, como vd. dice. Pues lo que esta nos enseña es que la razon parece ser inútil para ventilar las cuestiones entre los hombres, y que para este efecto en lugar de la razon dotó Dios al hombre de un par de brazos para manejar el fusil y el cañon, ó la lanza y el chafarote; puesto que estos instrumentos, y no la razon, son las que las deciden y fallan en todas partes. Y lo que se ve á ojos vistas es que en todas las disputas y diferencias que los pueblos tienen entre sí, despues de cansarse en esponer cada cual sus razones, á lo que se apela por último argumento es á los cañones y fusiles, y el que tiene mas razones de estas y mas brazos que las manejen, aquel es el que vence y se lleva la razon; y asi y no de otra manera se está ventilando la cuestion entre Nápoles y Sicilia, y entre la Hungría y la Croacia, y entre los monárquicos y los republicanos de Austria y de Alemania, y asi se ha ventilado la contienda entre el Austria y la Italia, y ahora mismo con la mediacion ó sin la mediacion, y con intervencion ó sin ella, y con Congreso ó sin Congreso, tenga vd. por cierto y seguro que lo que lo habrá de resolver no será esa recta razon que vd. dice ser la regla de lo conveniente y de lo justo, sino los batallones y escuadrones que en un caso contará cada una de las partes, y estas serán las razones que se tendrán presentes y no otras. Y desengáñese vd., mi

amo, que en esto de resolverse las cuestiones por la fuerza bruta, tengo para mí que desde los tiempos bárbaros acá no se ha adelantado lo negro de una uña.

—Grandemente has hablado á tu modo, PELEGRIN, y me has ahorrado mucha parte del camino: pues cabalmente iba yo á decirte que cuando era de esperar que en una época llamada de civilización, la razón del hombre fuese la que entrara por mas en la decision de sus desavenencias y disputas, nunca se ha recurrido mas á la fuerza material y bruta; y añadiré á lo que tú has dicho, que no solo se calcula ya el número de batallones y escuadrones y de armas y brazos con que cada pueblo y cada partido cuenta para defender sus ideas ó sus principios ó sus intereses, sino que hasta en las asambleas creadas y destinadas por los hombres para discutir pacíficamente, es menester ya contar con la fuerza de puño de cada uno, pues empiezan á manifestarse tendencias á ventilar las cuestiones á puño cerrado, ó sea á puñetazos.

—Señor, no creeré yo que llegue á tanto como eso, puesto que ese recurso debe haber estado reservado siempre para los mozos de cordel ó de carga, y para toda esa gente que tiene la razón unas veces en los hombros y otras en los puños.

—¿Cómo qué? Te equivocas mucho, PELEGRIN; que á ese recurso han querido apelar ya nada menos que los representantes de la república francesa, y principalmente los republicanos rojos.

—Antes de pasar mas adelante, me hará vd. el favor, señor mi amo, de explicarme qué quiere decir eso de republicanos rojos, lo cual supongo que no podría aplicárase á mí nunca, aunque yo fuera republicano, atendido el color trigueño del rostro de mi cara y semblante, y no sé yo porqué los rojos ó rubios han de ser distintos de los demas republicanos.

—No es eso, hombre: tú todo lo materializas y tomas al pie de la letra. Se llaman republicanos rojos, de la voz francesa *rouge*, que significa encarnado ó rojo, aquellos republicanos que quisieran enarbolar la bandera encarnada, signo y

símbolo del sistema de terror y de sangre con que se señaló la república de 1793, y al mismo tiempo que proclaman la república social ó el comunismo, gritan, como han gritado en Tolosa: «¡Viva Robespierre! ¡Viva Marat! ¡Vivan los cadalsos! ¡Viva la guillotina!»

—Señor, si estos son los republicanos rojos, ya no me pesa el ser tan moreno como soy. Y acaso esos tales republicanos dirán que eran unos bárbaros los españoles que gritaban el año 23: ¡*Muera la nacion y vivan las cadenas!* Lo cual yo confieso que era una barbaridad, pero pareceme de mas tamaño la de gritar: ¡*Viva la guillotina!* que buen provecho les haga esta señora, y Dios se la dé á quien la desea. Y en esto de querer la república del año 93, pareceme que se acreditan de muy retrógrados.

—Pues bien, PELEGRIN: con motivo de un célebre banquete que tuvieron en Tolosa esos republicanos rojos, y al cual siguió una especie de procesion en que se dieron esos y otros semejantes gritos, y con motivo tambien de otros parecidos banquetes celebrados en París, en Bourges, en Lion y en otros puntos de Francia (pues los banquetes parecen ser una especie de nuevo sistema de agitacion que estas gentes han discurrido), el representante Danjoy dirigió sobre ello una interpelacion al gobierno en la sesion del 30 de setiembre. Y como en su discurso recriminára en términos bastante fuertes á los autores y actores de tales demostraciones y escenas, los republicanos rojos de la Asamblea, llamados tambien de la Montaña (por alusion á los montañeses de la antigua Convencion), de tal manera se agitaron, que despues de aturdir con su gritería á la Asamblea, y de llenar al orador de injurias, improprios é insultos, una veintena de ellos bajaron de sus asientos, y levantando los puños y amenazando frenéticamente al bueno de Danjoy, se avalanzaron á la tribuna resueltos á arrojarle de ella y á arguirle á puñetazos. La fortuna del orador fué que se interpusieron oportunamente entre él y los agresores cuatro ugieres, sin duda tambien de puños,

y que acudieron igualmente en su auxilio otros varios representantes, y empeñada la lucha, como pudiera empeñarse aquí entre los concurrentes á una asamblea de las de Lavapies, y cubierto el presidente, los representantes rojos fueron vencidos, porque eran menos, se sacó del salon á algunos de los razonadores á puño cerrado, y despues de media hora de zambra y de rebugina, se restablecio el orden, volvió á descubrirse el presidente, y continuó de nuevo la sesion (1).

Supongo, PELEGRIN, que estarás escandalizado con este relato.

—No señor.

—¡Cómo que no!

—No señor, al contrario: eso que á vd. le parece tan mal me va pareciendo á mí ahora muy bien. Lo primero, porque si los republicanos rojos triunfan algun dia, podrán decir con verdad: «lo hemos ganado con nuestros puños.» Lo segundo, porque las discusiones á cachetes siempre son mas amenas y ofrecen mas lanceés que las discusiones de discursos y palabras, las cuales vienen á ser siempre por un mismo estilo poco mas ó menos. Y esto me trae á la memoria lo que me sucedia con mi primo Venancio Mata, el soldado, cuando estaba en Madrid, que cuando yo queria obsequiarle llevándole al teatro

(1) Hé aqui como hablaba acerca de esta sesion famosa el *Diario de los Debates*.

«Quisiéramos que la Francia entera hubiera podido asistir al triste y vergonzoso espectáculo que acabamos de presenciar. Quisiéramos que hubiera visto cómo desde el momento en que Mr. Danjoy se puso á hablar del banquete de Tolosa, la Montaña comenzó á agitarse, á aturdir el salon con su gritería, á precipitarse y asaltar la tribuna, que con trabajo pudieron defender los ugieres de aquellas agresiones, á intentar espulsar por fuerza á uno de los representantes mas distinguidos, á injuriarle y amenazarle; duró esta escena como media hora, á pesar de las instancias del presidente, que hubo de cubrirse, y de la calma y dignidad del que era objeto de tales demostraciones. Quisiéramos, si, que la Francia hubiera presenciado tales violencias: lo quisiéramos para vergüenza de sus autores, por honor del que las arrojó despreciándolas, para enseñanza del pais, que así sabia como ese partido que tiene siempre en los labios la palabra libertad, y adora su imagen coronada con un gorro encarnado, atiende y practica la primera de todas las libertades: ¡la libertad de la tribuna!»

me solia decir: «primo, si es á ver comedia no me lleves, porque todo se reduce á platicar allí unos con otros, y siempre remata en casarse el galan, si no es con la una, con la otra; pero si es tragedia, en que haya grésca por largo, y cuchilladas, y desafíos, y en que mueran media docena de aquellos danzantes, ó es entremés en que ande el palo y la cachetina, á eso iré yo de mejor gana, primo.» Y asi digo yo, mi amo: las discusiones de palabras están reducidas á platicar unos con otros, y á defender unos la pro y llevar otros la contra, y en seguida á la votacion y laus Deo: mientras que las discusiones á puñadas siempre ofrecen algun lance divertido y curioso.

—¿A que te me vas haciendo tú tambien republicano rojo, PELEGRIN?

—Eso no señor, pero me alegro que los republicanos rojos vayan esplicando así sus doctrinas de libertad y fraternidad.

—En ese sentido puede perdonártese que te alegres, PELEGRIN; y vayan dando los hermanos franceses esos ejemplos de tolerancia, de civilizacion, y de moderacion en los debates, y no dejarán de hacer envidiable la república democrática de la libertad y de la fraternidad.

¿SI ENCONTRARÁN DONDE HABLAR?

Cuenta la leyenda, que habiendo sido sentenciado cierto individuo á sufrir la pena de muerte, con la cláusula de que habia de ser dentro de tercero dia y colgado de un árbol, el sentenciado solo pidió al tribunal la única gracia de que le permitiera al menos elegir á su gusto el árbol de que habia de ser suspendido. Parecióle al tribunal pequeña gracia la que el reo pedia, y otorgóselá sin dificultad. En su consecuencia

hiciéronle los jueces llevar á un bosque, y mandáronle que eligiera el árbol en que preferia ser colgado. El prógimo, que debia tener algo mas de lo marrullero que de lo sandio, fué recorriendo y examinando los árboles, y de cada uno iba diciendo: «este no me gusta, porque está muy torcido: este tampoco me gusta, porque es demasiado derecho: este otro no me agrada, porque tiene mucho ramage: el de mas allá tampoco me acomoda, porque está enteramente desnudo.» Y á cada árbol le fué poniendo un defecto, y ninguno le pareció bien para ser ahorcado. En su virtud, lleváronle á otro bosque, y sucedió lo propio; y primero se cansaron los jueces de recorrer bosques, que el ciudadano encontrára árbol de su gusto en que dejarse ahorcar; y como se pasasen asi los tres dias, dentro de cuyo plazo habia de ejecutarse la sentencia, cuentan que de esta manera y con esta astucia se libró el tal individuo de sufrir la negra pena á que habia sido condenado.

Lo mismo poco mas ó menos está sucediendo con la mediacion anglo-francesa en la cuestion del Austria y la Italia. Cuando terminado ya el armisticio entre Radetzky y Cárlos Alberto, y trascurridos ya cerca de dos meses, debia suponerse que las potencias mediadoras tuvieran ya casi fijadas y acordadas las bases del arreglo, salimos ahora con que ni siquiera se han empezado á entablar las negociaciones. Y es que la primera dificultad que ha ocurrido consiste que no se encuentra punto en que celebrar las conferencias á gusto de las partes. El Austria propuso primeramente que se celebráran en Inspruck; pero este lugar fué tachado por la Francia y la Inglaterra en razon á estar en los dominios del Austria, lo cual era un inconveniente. La Inglaterra entonces por conducto de la Francia propuso que se tuvieran en Ginebra ó Basilea, ciudades de la Suiza; pero el Austria les hizo observar que siendo la Suiza un foco perenne de agitacion, no podia admitir por su parte ninguno de aquellos lugares. Por lo cual volvió á proponer á su vez que las conferencias se tuviesen en Pádua ó en Verona; pero á esto se opuso Cárlos Alberto y la córte de Tu-

rin por la misma razon que se habia rechazado á Inspruck, á saber, por pertenecer al dominio austriaco, como acabadas de reconquistar. Cárlos Alberto por su parte indicó como mejor y mas conveniente la ciudad de Grenoble, en Francia; pero esto no parece que ha acomodado ni al Austria ni á la Inglaterra, por la preponderancia que pudiera ejercer allí una de las partes mediadoras. En su vista la Alemania, aunque no es de las que tienen parte oficial en el negocio, les ofreció oficialmente la ciudad de Munster, en Wesfalia; pero esto parece que tampoco halla la mejor acogida en las potencias mediadoras, por suponérsela inclinada á los intereses del Austria, y por no sé qué reminiscencias que lleva consigo aquella ciudad. La Francia por su parte propone que las conferencias se celebren en Roma; pero la córte de Viena no tiene á Roma por neutral, y la Santa Sede y San James no tienen todavia corrientes sus relaciones, y no creeria decente el gabinete de la Gran Bretaña enviar su representante á Roma antes de ponerse de acuerdo en los puntos que los tienen separados. Háblase de si por último se reunirán en Francfort, por su posicion geográfica en el centro de Europa, y por la naturaleza de su constitucion política, si se sabe la que tiene. Pero de todos modos esto es un decir y un suponer, sin que hasta la fecha haya todavia nada resuelto y determinado.

— Ello es que no se encuentra árbol en todo el bosque, ni á gusto de los sentenciados, y lo que es mas, ni á gusto de los jueces, y que entretanto ha fallecido el plazo del primer armisticio, y segun dicen se ha prorogado el armisticio por otro poco tiempo, y será menester prorogarle por otro poco, y despues por otro poco, antes que las potencias encuentren un sitio á su gusto en que conferenciar, como si no fuese bueno cualquier árbol para ahorcar á un hombre, y no fuese bueno cualquier pueblo para hablar. Y es que se me va poniendo en la capilla, á mi FR. GERUNDIO, que tanta gana tiene el Austria de que medien las otras, como las otras de mediar, y como el ciudadano de la leyenda de ser ahorcado.

Y cuando hayan escogido ya lugar en que departir, ó antes si hay peligro de que le escojan, les espera otra pequeña dificultad, á saber: ¿qué potencias son las que han de tomar parte en la negociacion? ¿serán solo las cuatro que hasta ahora andan en el negocio? Pero la Rusia dice que á ella tambien le toca dar su voto en el asunto, porque se trata de alterar las bases del tratado de 1815, en que desempeñó uno de los primeros papeles, y que no consentirá que se deje ahora al mejor jugador sin naipes. Pero la Prusia dice que en ese caso alli está ella tambien, que tiene tanto derecho como la que mas á tomar cartas en este juego. Pero la Suecia alega que no por ser menor potencia que las otras tiene menos opcion que ellas á entrar en la partida, puesto que jugó tambien en el acta final de Viena de 1815. Pero en tal caso dirá el Portugalillo que no por estar arrinconado se le ha de dejar debajo de la mesa, porque si entonces fué bueno para echar su cuarto á espaldas, no lo es menos ahora para envidar aunque sea con poco juego. Pero si á eso vamos, dicen que nuestra España querrá meter tambien su cucharada correspondiente, porque ademas de haber jugado como las otras en 1815, se tratará de la suerte de la Italia, á cuyos pequeños estados tienen derechos eventuales nuestros Borbones, y ahí es nada lo del ojo. Pero la Francia y la Inglaterra dicen que nones, que han de ser ellas solas, porque ellas son las que han ofrecido la mediación. Pero el Austria replicá que la cosa se ha de decidir en un congreso europeo, y que si nó no hay nada de lo dicho.

Y mientras se zanján esas pequeñas dificultades, amen de las mil quinientas veinticinco que se suscitarán cuando se entre en las negociaciones, si se entra, la Italia sufre y pone con razon el grito en el cielo; Carlos Alberto rabia y trina, y clama por que le saquen cuanto antes de la mala posición en que se encuentra, porque no es cosa de estar haciendo todos los dias armisticios, y que se le acaban los recursos para mantener su ejército en pié de guerra; el Austria va haciendo la

suya por la fresca (1), y la Inglaterra y la Francia viéndolo con tanta pachorra, hasta que venga un trueno en que se eche n á rodar los chirimbolos por todas partes, y cada cual saque la astilla que pueda, que es como preveo, yo Fr. GERUNDIO, que ha de venir á terminar este negociéjo.

Y todo, ¿por qué? Porque la señora Francia y la señora Inglaterra, las humanitarias, las liberales, las filantrópicas, las amigas y protectoras de los pueblos libres, estuvieron viendo con mucha calma quemarse la casa del vecino, y cuando ya el fuego la tenia devorada, entonces se ofrecieron á apagar el incendio, y despues de haberlo ofrecido se les va el tiempo en buscar el lugar en que han de reunirse á conferenciar sobre el asunto, y no encuentran ninguno que sea de su agrado, como el ciudadano de la leyenda no encontró árbol de su gusto en que ahorcarse.

Y en diez años de plazo que tenemos,

El rey, el asno ó yo nos moriremos.

¡Ay Alberto, Alberto! Fíate en ingleses y franceses y no corras. Eres un pobre hombre, y perdona que te lo diga. Si los conocieras como este Fr. GERUNDIO, tu servidor y capellan, verias lo que hay que fiar *de los unos y de los otros*.

COMPARREMOS.

Hoy reza la cartilla de estadísticas, PELEGRIN. Hemos hablado de la de los locos de España hecha y presentada al gobierno por el Dr. Rubio. Ahora voy á hacerte una pregunta relativa á otra estadística muy diferente que tengo á la vista.

(1) Y tanto hace la suya por la fresca, que acaba de publicar un Manifiesto ofreciendo una Constitucion al Reino Lombardo-Veneto, hablando y disponiendo de él como de una cosa incontestablemente suya. En parte hace bien; las señoras mediadoras no le dicen nada, y él se lo toma por *concedido por la tácita*.

¿Cuántos empleados calculas tú que contará actualmente el gobierno francés, ó sea el gobierno de la República?

—¡Válgame nuestro padre San Francisco, mi amo, y cómo se complace vd. y se goza y se divierte en ponerme en aperturas y en el caso de confesar mis escasas luces y cortos conocimientos! ¿Cómo quiere vd. que lo sepa yo, señor? Pero discurre que deberán ser muy pocos, porque tengo entendido que una de las ventajas de las repúblicas es la de necesitar pocos empleados.

—No me maravilla que no sepas esto, PELEGRIN, porque yo mismo no lo podría saber sin la circunstancia de haber venido á mis manos una estadística oficial que lo espresa y declara. Y así para tu gobierno y para las convenientes comparaciones á que pueda darnos lugar, te diré, que según el informe que la comisión de hacienda ha presentado á la Asamblea, el número de los empleados del gobierno en Francia asciende en el día á 474,264.

—Señor, muchos me parecen para una república; y aunque la Francia es grande, creía yo que las repúblicas eran menos turroneas. Y según eso, ¿cuántos habría en tiempos de la monarquía? Habría una sinfinitud de ellos.

—Infinidad se dice, hombre, que no sinfinitud. Y esto es curioso, PELEGRIN, y merece notarse. Según el informe de la comisión, en el año 31 sumaba el número de empleados 438,830; de que resulta que del 31 al 48 se han aumentado en Francia 35,434 empleados, que entre todos consumen actualmente 265 millones de francos, ó sean 4,060 millones de reales.

—Mucho consumir es ese, mi amo, y no me volveré yo á fiar de economías republicanas. Pero en cuanto á haber aumentado tan prodigiosamente desde el año 31 la cosecha de empleados, eso es ni más ni menos lo propio que ha pasado por acá, que tendría yo gusto y curiosidad en saber cuánto ha crecido de entonces acá en España esa mala yerba.

—Hazme el favor, PELEGRIN, de ser más comedido en hablar, y de no calificar de mala yerba á los empleados.

—Señor, los llamaré yerba-buena, que también la yerba-buena crece mucho.

—Pues bien, ya que de esto hablamos, y ya que has entrado en comparaciones, ¿cuántos empleados calculas tú que habrá en España en el año presente de 1848?

—Señor, ¿ha salido vd. á la calle, ó andado por caminos en una de esas noches rasas y serenas de invierno, en que no se ve en todo el casco del cielo una sombra como una lenteja?

—Bien sabes que he viajado en muchas noches así: ¿y por qué lo preguntas?

—¿Ha podido vd. contar alguna vez las estrellas del cielo?

—No me he tomado nunca esa tarea, porque sé que sería intentar un imposible.

—Pues eso mismo me acontece á mí con los empleados de España; nunca me he tomado la tarea de querer contarlos, porque sé que sería intentar un imposible.

—Convengo en que sería imposible para tí, y aun para mí, porque carecemos de datos para ello; pero no lo sería para el gobierno, al cual agradecería mucho que al modo que nos ha regalado una estadística de los dementes que hay en España, nos hiciera el obsequio de darnos otra así de los empleados que mantiene el país, como de la suma que entre todos consumen y nos cuestan, en lo cual no haría sino imitar el buen ejemplo de franqueza y de publicidad que en medio de todo le está dando la vecina república. Y así, aprovechando la ocasion, le excito y ruego.....

—¡No haga vd. tal cosa por amor de Dios, mi amo! yo le suplico á vd. que no haga tal cosa; antes bien si pensara en ello, debería vd. quitárselo de la cabeza, porque ya sabe usted que así suele matar un susto como un alegrón, y el día que el gobierno llegára á decir al público: «*Total de los empleados que hay en España, y de las cantidades que consumen,*» temo que al leer la suma les diera á mas de cuatro un patatús, y á mí el primero.

— Pierde cuidado, PELEGRIN, que no lo hará, y ni al públi-

eo le dará el gusto de saberlo, ni á tí el susto que pudiera producirte un patatús. Y ahora atiende y oye.

—La comision de hacienda de la Asamblea, si bien entre sus medidas económicas no se atreve á proponer por sí la disminucion en el número de empleados, pero propone, sí, grandes rebajas en sus sueldos, así para los que dependen del ministerio de Negocios estrangeros, como para los del ministerio de la Justicia y de lo Interior, quedando muchos de ellos reducidos á menos de una mitad de los que ahora disfrutan, pudiendo citarse entre otros al ministro plenipotenciario de España, que tiene en el dia un asignado de 170,000 francos, y la comision propone que quede reducido á 80,000.

—Señor, en eso quisiera yo que imitáran los nuestros á la Comision republicana, que por esto no me habia de dar el patatús, antes bien pienso que les ha de dar á ellos mas tarde ó mas temprano si sigue el despilfarro y el derroche, que tengo para mí que si las luces de este ministerio se han de apagar ha de ser por falta de ólio como las lámparas que se dan mucha prisa á consumir. Y supuesto que vd. sabe tanto, hágame vd. la gracia de decir qué se ha hecho de aquellas economías que decian que estaba proyectando el hermano Mon, y que me movieron á mí, para ayudar á ellas, á ceder en favor del Estado el importe de mis pensiones vencidas y por vencer, pues si las economías no parecen, que no veo ya trazas de eso, le dirigiré una carta de mi mano manuscrita llamándome á engaño, y reclamando lo que cedí creyéndole de buena fé, que no es cosa que hayan de servir mis intereses para la prolijidad que se sigue usando.

—Prodigalidad, querrás decir en tal caso, PELEGRIN. Y en cuanto á las economías tan prometidas y esperadas del hermano Mon, siento no poder darte razon alguna, pues me encuentro como tú sin saber qué se han hecho, y solo supongo que las tendrá reservadas para mejor ocasion. Y volviendo al informe de la Comision de hacienda de la Asamblea republicana, has de saber, PELEGRIN, que todavia despues de hechas

las rebajas propuestas, excede el presupuesto de gastos de la República sobre unos 310 millones de francos al de ingresos, ó lo que es lo mismo, hay un déficit de mas de 300 millones de francos (sobre 1,200 millones de reales), pues el de ingresos es solo de 1,467 millones, y el de gastos asciende á 1,777, se entiende siempre de francos: viniendo á resultar que los gastos de la República suben en solo un año á 360 millones de francos sobre los de la monarquía.

—Señor, no quiero repúblicas tan caras; y en esta parte librenos Dios de que nuestro gobierno imite el ejemplo del de la República.

—Pues en esto es precisamente, PELEGRIN, en lo que hay mas consonancia entre los dos: que si déficit de millones hay allí, déficit de millones hay aquí; con la diferencia de que aquí llevamos ya un año, y otro año, y otro año, gastando mas de lo que tenemos, hasta que llegue el caso, que necesariamente habrá de llegar si seguimos así, de echarnos con la carga. De manera que si desechas la vecina república por cara, tampoco deberás ser muy adicto al gobierno de casa, que no es mas barato.

—Ese es mi apuro, señor, que con estas cosas se ve un pobre lego sin saber qué escoger, porque todo es malo de remate, que es lo que se llama verse un hombre entre Sicilia y Caritis.

—No estás tú mal caritis por vida mia: entre Escila y Caribdis se dice, hombre.

—Eso, si señor. Y ahora dígame vd. cómo es que haciendo tantas rebajas como vd. dice que hace ó propone la comision esa de la República en los sueldos de los empleados, aumenta todavia tanto el presupuesto de la Francia sobre lo que era antes.

—Te daré la explicacion. En primer lugar, PELEGRIN, cuando la Asamblea ha discutido el artículo de la Constitución en que se señala una subvencion diaria á los representantes de la República, en esto no ha tenido por conveniente hacer rebaja

alguna: al contrario, la pitanza de los representantes, que no es floja, es lo primero con que ha querido contar en los presupuestos; los representantes han dicho: *primum mihi*; lo primero es asegurar el *cum-quiibus* para nosotros; y ahí tienes ya sobre 330 millones de rs., que es una bicoca. En segundo lugar, las rebajas se proponen solo para los ministerios de Negocios extranjeros, Interior y Justicia; al paso que se aumentan prodigiosamente los presupuestos de Obras públicas, Marina y Guerra: y baste decirte que al de la Guerra que consumía en el anterior gobierno 224 millones de francos, se le hace subir hoy á 432, es decir, casi á un doble, pues la República se propone sostener un ejército de 500,000 hombres y de 100,000 caballos.

—Eso me gusta, mi amo, que desde que se ha proclamado la *Fraternidad* cueste el ejército doble de lo que costaba antes. Y en vista de esto sería de opinion que en lugar de aquellas tres palabrillas de *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, se pusieran *Libertad, Igualdad, Guerra*, y aun mejor estaría: *Guerra, Bayonetas, Millones*, ú otro imblema semejante. Y no hablemos mas de la materia, señor, porque es cosa de perder uno el poco juicio que Dios le haya dado.»

Y no hubo medio de continuar con TIRABEQUE las curiosas observaciones que suministra el informe de la comision de hacienda de la Asamblea republicana de Francia, asi en punto á presupuestos como á la estadística de empleados, y la comparación y cotejo entre las felicidades económicas de allá y las de acá, que no dejan de correr parejas.

Nuestra conferencia de este dia concluyó con una apuesta entre amo y lego: yo á que el gobierno español se pica y nos dá una estadística exacta del número de empleados activos y pasivos que hay en la Península y de lo que consumen, y TIRABEQUE á que no se pica y no lo hace. Y nos despedimos diciendo el uno, ¿á que sí? y el otro, ¿á que nó?

Mucho me temo en verdad que TIRABEQUE me gane la apuesta.

TIRABEQUE Y UN DOMADOR DE FIERAS.

Con motivo de haberle sido recomendado á mi lego TIRABEQUE el famoso domador de fieras que acaba de llegar á esta córte, fué visitado por él ayer mañana. Mi paternidad pudo oír una parte de la conversacion que entre los dos tuvieron. Asi que el domador manifestó quien era, TIRABEQUE dió un respingo, y mirando sobresaltado á la puerta y al rededor de la habitacion, «diga vd., hermano, le preguntó, ¿viene usted solo?

—Solo completamente, le respondió aquel; puede vd. estar tranquilo, SR. TIRABEQUE: y aunque hubiera traído alguno de mis inocentes y dóciles discípulos no deberia vd. tener aprension ni cuidado, porque en mi presencia son inofensivos, y á mi voz, á un gesto mio, obedecen con mas humildad que el mas humilde lego á la voz de su amo.

—Sin embargo, replicó TIRABEQUE, ha obrado vd. muy prudentemente en dejarlos por allá. ¿Y qué clase de vichos son los que vd. trae?

—Traigo leones, tigres, panteras, onzas, serpientes... en fin, vd. los verá cuando guste, y aun podra acercarse á ellos sin temor, antes bien le halagarán y acariciarán, porque yo se lo mandaré asi.

—Muchas gracias, le decia mi lego, renuncio generosamente á sus halagos, y los agradezco como si los recibiera.

—Tengo un tigre sumamente amable, aunque la mas cariñosa de todos es la onza.

—Yo tambien tengo mucho cariño á las onzas, decia TIRABEQUE, pero es á las de oro, no que á esas que vd. traerá. Y diga vd.: le habrá costado á vd. mucho trabajo el domesticar todas esas fieras.

—Bastante, SR. TIRABEQUE, pero todo lo vence la paciencia y el arte.

—¿Sabe vd. lo que me ocurre, señor domador? Es un pensamiento que me anda bullendo en la cabeza hace ya dias, y me ha venido vd. como de molde para proponérsele. Soy de opinion que vds. los domadores de fieras debian de hoy mas dedicarse, en lugar de domar alimañas, á domar hombres.»

Quedóse el domador un tanto suspenso, como sorprendido de la proposicion. «No estraño que vd. se sorprenda, herma-

no, le dijo mi lego, pero yo me explicaré. Ha de saber vd. que al paso que vds. domestican con esa facilidad los tigres y los leones y toda clase de fieras, haciéndolas tan dóciles y mansas y tan obedientes como si fuesen hombres, los hombres parece que se están volviendo tigres y panteras y hienas, y aun casi estoy por decir que aventajan en ferocidad á esos animales. Mire vd., señor domador, principalmente desde que se ha proclamado la humanidad y la fraternidad en Europa, yo no sé en qué consiste, pero parece que se han cambiado los papeles. Y si no dígame vd.: ¿harían mas sus tigres de vd., antes que vd. los domára, que lo que han hecho los hombres en Paris, en Nápoles, en Sicilia, donde se han desgarrado y hecho pedazos, y aun comídose los unos á los otros? Pues éntreme usted con los paisanitos de Francfort, que ya sabrá vd. la muerte que dieron al príncipe Lichnousky y al coronel Auerswald, que despues de haberlos acribillado á balazos, todavia se complacieron en picarlos vivos, y en irlos desollando poco á poco y cortando pedazos de carne, dejándolos por un rato para que tardáran mas en morir y para tener el gusto de volver á la tarea. Y ya sabrá vd. tambien lo que ha sucedido ahora con el conde Lamberg, á quien el Emperador de Austria enviaba de generalísimo y comisario suyo á Hungría, que al pasar el puente de Pesth fué acometido por los estudiantes y los paisanos, y despues de haberle derribado en tierra de un tiro, los unos con pinchos, los otros con hoces y los otros con cuchillas, se gozaron en acabarle de matar haciéndole sufrir el mas horrible martirio, y le cortaban y arrancaban los pedazos de su cuerpo, y se los disputaban entre sí, como pudieran haber hecho sus tigres de vd. antes que vd. los domára.

«Y asi, señor domador de fieras, y en vista de lo que se van repitiendo estos casos, en Francia y en Italia, en Alemania y en Hungría, y en toda esta Liorna que yo llamo, soy de parecer que vds. los domadores de fieras deberian dejar ese oficio y dedicarse á domesticar hombres, una vez que los tigres se van humanizando y los hombres se van volviendo tigres, en lo cual harían vds. mayor servicio á la humanidad que el que están haciendo ahora. Piénselo vd. bien, hermano, y vea de ponerse de acuerdo con sus compañeros, y aun deberian vds. celebrar un congreso europeo de domadores y proponer á los gobiernos de Europa un plan general de civilizacion humana, pues el que se practica en el dia no parece que surte el mejor efecto.»

Quedóse otra vez el domador un tanto pensativo, y al cabo de un rato: «no me disgusta del todo la idea, exclamó: pero en ese caso, SR. TIRABEQUE, creo que deberíamos empezar por domar primero los gobiernos.

—Tampoco me parece mal el pensamiento, replicó TIRABEQUE, porque si los gobernados asesinan y despedazan, los gobernantes acuchillan y bombardean. Pues piénselo vd. bien todo, á ver si con esa varilla que vds. tienen aciertan á humanizar un poco esta sociedad dichosa.

—Así lo haré: ¿y cuándo querrá vd. hacer una visita á mis animales?

—Cualquier día, respondió PELEGRIN; pero antes le avisaré á vd. para que tenga bien cerradas y aseguradas las jaulas.»

Con esto se despidieron los dos interlocutores, y yo FR. GERUNDIO, me quedé riendo de las extravagantes y singulares ideas de mi lego.

ALELUYAS ANTES DE PASCUA.

«La guerra civil que se ha ensayado toca ya á su término: *alleluya*.—En el Maestrazgo ya no existe un solo faccioso: *alleluya*.—El mas encarnizado enemigo de la situación confesará que nos acercamos á la pacificación completa; *alleluya*: y que por esta vez al menos han salido falsos sus pronósticos; *alleluya*: y no volveremos á tener una guerra civil; *alleluya*.—Es imposible que los mas acérrimos partidarios del desorden no estén ya convencidos de su impotencia: *alleluya*.—Las esperanzas de los enemigos de la Reina han desaparecido completamente, *alleluya*; y no existe la *probabilidad mas remota* de que vuelvan á cobrar nueva vida; *alleluya*, *alleluya*.»

Todas estas *alleluyas* y otras pocas mas cantaba el *Heraldo* de anteayer 13, dando por concluida, fenecida y terminada la guerra de Cataluña y provincias limítrofes.

En su virtud iba yo ya á llamar á TIRABEQUE para entonar juntos un *Te-Deum*, y el salmo 150 de David *Laudate Dominum*, que empieza con *Alleluia* y concluye con *Alleluia*, cuando me vino á los ojos el *Heraldo* de la víspera que nos comunicaba una real orden publicada en Barcelona por el

capitan general de Cataluña, que principiaba así: «Teniendo «S. M. en consideracion la situacion de los pueblos de Cataluña, agoviados por las exacciones que las hordas rebeldes «imponen á sus pacíficos y honrados habitantes...» y se me vino á las mientes el terrible descalabro de la columna de Bofill que el mismo *Heraldo* nos acababa de anunciar, junto con otras frioleras.

Y como yo FR. GERUNDIO desearia, acaso mas ardientemente que el *Heraldo*, poder cantar la Aleluya de la paz, no se sabe el mal efecto que mehicieron las tales *Alleluyas* cantadas tan lejos de la pascua. Por otra parte confieso que envidié la felicidad de estos aleluyeros, para quienes siempre es pascua aunque estemos en viernes santo.

Deseoso de consolarme de tan prematura *Alleluya* de España, me puse á leer lo que sobre el estrangero nos comunicaba el propio *Heraldo* en el mismo dia, y me hallé con una carta de su corresponsal de Viena, en que le cantaba la siguiente *alleluya*: «La Hungria va á reanudar sus vínculos con «el Austria de una manera mas estrecha que nunca, *alleluya*; «y esta alianza será una nueva y poderosa garantía de la conservación del orden, *alleluya.*»

Ya iba yo á cantar tambien mi *alleluya*, creyendo al menos llegada la pascua para aquellos pueblos, cuando me encontré en el mismo *Heraldo* con que el comisario conde de Lamberg, enviado por el Austria á Hungria, habiasido horrorosamente asesinado, que el manifiesto del emperador á los pueblos húngaros no habia sido reconocido, que la Hungria habia nombrado un gobierno provisional bajo la presidencia de Kossuth, y que habia jurado separarse totalmente y para siempre del Austria. «¡Pues no está mal modo por vida de mi santo hábito, exclamé, de reanudar sus vínculos de una manera mas estrecha que nunca!»

Y protesté por mi parte no fiarme mas en las *Aleluyas del Herald*o y de sus corresponsales, á quienes ruego y suplico que me hagan el favor, porque siento mucho estos chascos, de no entonar aleluyas antes que llegue la pascua, porque cada cosa á su tiempo y los nabos en adviento, y de otro modo sucederá que los que deseamos la venida de la pascua no la creeremos cuando llegue de veras, aunque ellos se desgañen en entonarnos *Alleluyas*.

PARTE HISTORICA.

REPUBLICA FRANCESA.

SUMARIO.

Banquetes en Paris, Tolosa y Bourges.—Entrada de Luis Napoleon en la Asamblea nacional.—Discurso de Luis Napoleon.—Aprobacion de actas.—Autorizacion de la Asamblea para que siguieran los procedimientos contra el electo representante Raspail.—Interesante discusion sobre la existencia de una ó dos camaras.—Brillante discurso de Mr. Lamartine.—Interpelacion en la Asamblea sobre el banquete de Tolosa.—Tumulto ocurrido en la Asamblea.—Interpelacion al gobierno sobre la mediacion de la Francia y la Inglaterra en los asuntos de Italia.—Prosigue la discusion del proyecto de Constitucion.—Importante debate sobre el modo de elegir el presidente de la República.

La república democrática y social, vencida en junio y rechazada en sus ideas y tendencias por la inmensa mayoría de la Asamblea nacional, acababa de emprender en diferentes puntos de Francia una nueva campaña y de recurrir á los banquetes para tener al pais en continua agitación. Al primero que se celebró en Paris el dia 22, con motivo del aniversario de la proclamacion de la primera república, asistieron mas de 500 ciudadanos, entre los cuales se contaban cerca de 100 representantes del pueblo. Un antiguo republicano contemporáneo de aquella revolucion inauguró el banquete recordando los principales hechos de la República y jurando defender hasta la muerte las conquistas del 24 de febrero. Mr. Ledru Rollin que tomó en seguida la palabra, pronunció un estenso y enérgico discurso que fué acogido con grande entusiasmo por los circunstantes y aplaudido estrepitosamente.

En este discurso Mr. Ledru Rollin daba un gran paso hácia el comunismo y se descubrían marcadas tendencias de aspirar al poder supremo;

Octubre 15 de 1848.

TOMO II. 20

siendo en tal concepto las palabras del exaltado socialista de no pequeña importancia.

El mismo aniversario celebrado en Tolosa con una gran revista y un banquete monstruo, en el cual se proclamaron públicamente las doctrinas democrático-socialistas, fue harto significativo por el carácter oficial que presidió á aquella funcion patriótica. El anuncio de aquella demostracion solemne se habia publicado anticipadamente por los periódicos rojos, habiéndose reunido un total de 3,200 cubiertos colocados con simetría en el Campo-Grande. En el pedestal de una estatua de la Libertad situada en el paseo de los Plátanos, habian puesto los maestros de ceremonias del banquete un cartel encarnado en el que se leian las siguientes palabras: *Organizacion del trabajo*. Durante la comida propuso el prefecto un brindis á la asamblea nacional; pero esta mocion fué acogida con ostensibles muestras de disgusto y con espresivos murmullos, sufriendo igual ó aun peor suerte, otra de un ciudadano, dirigida al general Cavaignac. Propúsose en cambio otro brindis á la república democrática y social, y este fué el que obtuvo en medio de estrepitosos aplausos los honores de la solemnidad.

Terminado el banquete y á una señal convenida, comenzó un baile grotesco al compas de los gritos de los convidados que entonaban la famosa cancion de 1792, *Ça ira*. Desfilaron en seguida unas 1,500 personas, las cuales recorrieron las calles de la ciudad gritando desaforadamente: ¡Viva Barbés! ¡Viva Blanqui! ¡Abajo los aristócratas! ¡Abajo Cavaignac! ¡Viva el cadalso! ¡Viva la guillotina!

No deja de ser sorprendente en verdad la participacion premeditada del prefecto y otras autoridades en aquella fiesta, cuando el gobierno no es mas que una emanacion de la Asamblea, y cuando este se presenta cada dia mas hostil á las doctrinas socialistas.

Tambien en Bourges se celebró otro banquete, y segun llevamos dicho, no se comprende como el prefecto, el procurador general y demas funcionarios publicos, pudieron oír, sin protestar con energia, palabras que tendian nada menos que á trastornar completamente la sociedad. Mr. Michel que presidió este banquete, despues de un elogio propuso de la Convencion, formuló las condiciones con que, segun él, podria establecerse sin el terror la república democrática. Despues de Mr. Michel tomó la palabra un ingeniero ordinario del departamento del Cher, para celebrar el derecho al trabajo, ese derecho sagrado, decia, que quieren negar al pueblo algunos frios doctores, y para anunciar el fin próximo de la explotacion del hombre por el hombre. Débese tener presente que se decia todo esto delante de 1,200 ó 1,400 obreros, reclutados la mayor parte en las fraguas de las inmediaciones de Bourges, ó en diferentes talleres del gobierno dirigidos por ingenieros.

El último banquete, en fin, celebrado en París el 30 del pasado, fué en honor de la república democrática y social, y asistieron a él bastante número de representantes. Mr. Joly presidía á unos 400 convidados reunidos en el jardín de la barrera de Sebres, mientras que otros 800 que habian acudido los primeros, se hallaban en un salon, presididos por Mr. Chakelain, profesor de matemáticas. Mr. de Lamennais que lo habia prometido, se escusó por el mal estado de su salud, de presidir aquel banquete socialista, que á pesar de todo, no se organizó sin algun desorden.

Proseguia mientras tanto la Asamblea discutiendo los artículos de la Constitución en medio de los mas violentos debates, cuando en la sesion del 26 al estarse ocupando de la grave cuestion del poder legislativo, esto es, si este debia ser confiado á una ó á dos cámaras, ocurrió un incidente del cual no podemos menos de hacer mencion. Apenas habia empezado Mr. Barthe su escelente discurso en favor de una sola cámara, un rumor general seguido de grande agitacion anunció algun extraño acontecimiento en el seno de la Asamblea. Causaba, pues, esta novedad la entrada del príncipe Luis Napoleon, representante electo por el departamento del Sena y por otros cuatro mas, el cual atrajo al momento la atención general. El orador á consecuencia de este suceso tuvo que abrir su discurso y pasó en seguida la Asamblea á ocuparse de las actas del ciudadano Bonaparte, elegido por el departamento del Yonne. Propuso la comisión que se le admitiera provisionalmente mientras justificaba su edad y calidad de francés; pero habiendo manifestado Mr. Vivien que ambas cosas eran notoriamente conocidas, quedó admitido por unanimidad. Luis Napoleon ocupó entonces la tribuna y leyó el siguiente discurso que fué perfectamente acogido y alabado generalmente por su oportunidad y moderación:

«Ciudadanos representantes, no me es permitido ya por mas tiempo guardar silencio, despues de las calumnias de que he sido objeto.

«Tengo necesidad de manifestar aqui muy claramente, y en el primer dia en que se me concede el honor de tomar asiento entre vosotros, los verdaderos sentimientos de que estoy animado. Despues de treinta y tres años de proscripción y de destierro, me encuentro al fin en mi patria en posesion de todos mis derechos de ciudadano.

«La República me ha hecho esta honra. Que la República reciba mi juramento de gratitud y de fidelidad, y que los generosos compatriotas que me han abierto las puertas de este recinto, estén seguros de que me esforzaré en justificar sus sufragios, trabajando de acuerdo con vosotros en la conservacion de la tranquilidad pública, primera necesidad del pais, y en el desarrollo de las instituciones democráticas, que el pueblo tiene derecho á reclamar.

«Por mucho tiempo no he podido consagrar á la Francia mas que las meditaciones del destierro y del cautiverio; pero hoy tengo abierto el camino por donde vosotros marchais. Recibidme en vuestras filas, mis caros colegas, con el mismo sentimiento de afectuosa confianza de que está lleno mi corazon. Mi conducta, hija siempre del deber y constantemente sumisa á la ley, mi conducta probará en contra de todas esas pasiones con que se ha querido proscribirme todavía, que nadie aqui me aventaja en resolucion para consagrarse á la defensa del órden y á la consolidacion de la República.»

Pasando en seguida á las actas del departamento del Sena, fueron aprobadas las de Mr. Fould, y admitido este sin dificultad, pero al tratar de las de Raspail, empezaron la confusion, los gritos y las amenazas; pues como este electo representante continuaba preso en Vincennes, su eleccion en aquellas circunstancias suscitaba infinitas cuestiones. Al fin; despues de un violento discurso pronunciado por Eugenio Raspail en favor de su tio, y de otros mas moderados en igual sentido, la mayoria y la oposicion se pusieron de acuerdo sobre la admision de Mr. Raspail. Pero faltaba el punto mas delicado, porque el fiscal de la audiencia habia presentado la peticion de costumbre para que se le concediera la facultad de proceder contra Raspail. Esto exasperó al partido de la montaña, el cual pedia que se examinara la peticion por secciones, y que el acusado fuera puesto en libertad para que diera sus descargos en la Asamblea; no prevaleció sin embargo esta opinion, y declarado el asunto de urgencia, se decidió casi por unanimidad la autorizacion para que continuasen los procedimientos. Levantáronse entonces unos veinte representantes, entre los cuales se hallaba Mr. Ledru-Rollin, y protestaron contra la tiranía de la Asamblea, al condenar á uno de sus miembros, sin oírle, como ellos gritaban, contra todas las prácticas seguidas en la materia y contra lo que dictaba la simple razon y la justicia. Apaciguado al cabo el tumulto, continuó la discusion sobre el poder legislativo, que no tardó sin embargo en aplazarse para el dia siguiente, en virtud de lo agitada y distraida que se hallaba la Asamblea por el acontecimiento que dejamos referido.

La siguiente sesion fué una de las mas notables desde la existencia de la Asamblea nacional, y así lo hacian presentir los nombres de los oradores que tenian pedida la palabra, y el gran número tanto de diputados como de espectadores que acudieron al interesante debate que debia entablarse. Concentróse todo el interés de esta sesion en los discursos de los eminentes oradores Mr. de Lamartine y Mr. Odilon Barrot, defendiendo el primero la necesidad imperiosa de la asamblea única, y combatiéndola el segundo. Hé aqui algunos párrafos del discurso de Mr. de Lamartine, del antiguo miembro del gobierno provisional.

«Ciudadanos representantes, empezó, voy á combatir la enmienda propuesta en favor de las dos cámaras, con un sentimiento que no disimularé ni debo ocultar; sentimiento de un profundo respeto á las razones de nuestros distinguidos adversarios, y de una verdadera ansiedad de espíritu en el momento de tomar una grande resolución. Este respeto es tal, que si yo subiera á esta tribuna dentro de cuatro años, en lugar de subir hoy; si yo subiera cuando la república fuese un hecho incontestable ó incontestado, si el orden social atacado profundamente no necesitase una gran concentración de fuerzas, quizá yo mismo dudaría de pronunciarme en el sentido que voy á hacerlo.

«Mi pensamiento se halla comprendido en una máxima que lei el otro día en Plutarco: «Las buenas leyes son hijas del tiempo.» Esta máxima es la opuesta á la de Pascal que dice: «Verdad allende los Pirineos, error aquende.» máxima que llegó á ser con el tiempo, proverbio de la escuela escéptica.

«¡Oh! sí; no hay duda: «Verdad allende los Pirineos, mentira aquende;» pero es cuando se trata de verdades políticas, de verdades de aplicación, y no de esas verdades absolutas, independientes de los lugares, tiempos y circunstancias.

«Todos saben que las verdades constitucionales, que los gobiernos que las naciones se dan, segun los tiempos; y conforme lo exigen sus necesidades no son axiomas eternos. Al contrario, varian el tenor de los adelantos y de las nuevas ideas que se forman.

«Tales son los principios que he tenido presentes para sostener la institucion de una Asamblea única en el período revolucionario que recorreremos, en estos tiempos de agitación, efervescencia y debilidad de la República naciente.

«Se habla de dos Cámaras en América, sin comprender históricamente cual sea la naturaleza de las dos cámaras americanas. Ciertamente que nadie será capaz de encontrar la menor analogía entre el origen del Senado del norte de América, y el pensamiento en que se fundan los que quisieran establecer dos cámaras entre nosotros; desconociendo la unidad democrática, la unidad de ideas, de intereses, de caracteres y de miras de la nación francesa.

«El Senado de América no representa este ó el otro partido, tal ó cual categoría de la democracia. Representa el principio federativo, que viene á ser el vinculo de union entre los diferentes estados de aquella complicada república.

«Esta es la única y la verdadera causa del Senado americano. No sirve de órgano á la democracia, sino á la federación. No es en ningun modo la perfeccion, sino la imperfeccion de la democracia: no es un cen-

tro comun de unidad nacional, sino una prueba de la falla de unidad: no es un poder moderador en su mejor y genuina espresion, sino una especie de anarquía prolongada, á pesar de su reciente creacion.

«Si se van recorriendo todas las condiciones de la sociedad francesa, será fácil penetrarse de que todo es pasajero y vitalicio. Por este motivo una representacion aristocrática no puede ser bajo ningun título entre nosotros mas que un sueño. Vosotros los de las dos cámaras, quereis crear el nombre de una aristocracia que no existe, sin provecho para las instituciones republicanas.

«Seria mas que un sueño; seria un peligro efectivo que amenazaria cada dia, si bien oculto; seria un peligro *conservador*, si asi os place llamarle. ¿Cómo ni de dónde sacaríais ese elemento aristocrático para ingerirlo en el poder legislativo de una democracia que ha ido progresando con el trascurso de los siglos, unas veces bajo el amparo de la Iglesia y otras de la monarquía? ¿Qué papel haria delante de una aristocracia nueva, y por esta misma razon naturalmente recelosa, inquieta, celosa y suspicaz? No seria de estrañar que mirase con gran desconfianza el empeño de reconstruir al cabo de siete meses una cámara aristocrática, que de feudal pasó á hereditaria, temiendo que empezase por ser legislativa y acabase por ser soberana.

«Ciudadanos, ya no estamos en tiempos de ficciones. Es necesario obrar como hombres de estado revolucionarios, en la buena y honrosa aceptacion de esta palabra, y segun ella quiere decir, como hombres condenados á pensar, á hablar y á proceder en tiempo de revolucion, para que triunfe esta misma revolucion en sus formas mas grandiosas y mas conservadoras de la sociedad: es necesario olvidar los recuerdos y las convicciones nominales del gobierno representativo de otro tiempo; gobierno de tres poderes, gobierno que podia y que debia tener dos cámaras en la lógica de sus instituciones y de su naturaleza, porque ¿qué podia colocarse en el centro de estos dos cuerpos legislativos divididos?

«Con esta trinidad del poder constitucional, se necesitaban las dos cámaras; pero ¿dónde está hoy la soberanía? La soberanía está en vosotros, ó no está en ninguna parte. ¿Tiene ó no tiene la soberanía necesidad de ser constituida, de ser condensada, de ser concentrada, de hallarse siempre presente, de ser ejecutiva ó legislativa, segun las necesidades del dia ó los peligros futuros? ¿Quién se atreverá á decir que no? Pues bien; si en este recinto no hay nadie tan insensato ó tan ciego que niegue esta necesidad real de la permanencia de la soberanía, ¿quién se atreverá á decir que para fortalecer esta soberanía es necesario dividirla en dos

asambleas, ó lo que es igual, mutilarla? (*Muy bien, muy bien*). . .

«Me he equivocado; estas ideas se reproducen ó tienden á reproducirse en las nuevas sectas; hoy tenéis ocasion de presenciárselo.

«Pues bien: contra estas sectas, contra esas ideas, contra esas asociaciones subterráneas que no solo quieren utilizar las malas pasiones, sino las buenas inspiraciones de algunas fracciones del pueblo, y que reclutan como un elemento de desórden la peor de las facciones, la faccion de la indigencia, de la miseria y del hambre, para dirigirla contra la sociedad, contra estos males, ¿qué medios empleareis? Dos cosas: la ilustracion y la asistencia; el socorro y el trabajo; y despues, cuando sea necesario defender el órden social, amenazado á mano armada, la dictadura. Si, la dictadura de una asamblea omnipotente, única y siempre en accion; no la dictadura de un hombre, sino la dictadura del poder legislativo y del poder ejecutivo, reasumidos en vuestras personas; si, si la confiáis á un solo hombre, como ahora, sujetareis la mano de ese hombre con la vuestra, para que no abuse del poder que le habeis concedido.

«Esta es la dictadura en su mejor adopcion, en su forma legitima y legal. La dictadura de la nacion.

«Ciudadanos, concluyo por un sencillo y frio racionio, pero preciso como un dilema.

«Esta dictadura de una asamblea soberana á nombre de la nacion, consecuencia necesaria del estado de agitacion en que se encuentran todos los espiritus, ¿á quién la confiareis en la hipótesis de establecerse dos cámaras? Os invito á que me contesteis: pensadlo bien. ¿La confiareis á las dos cámaras á la vez? Ellas la rasgarian dividiéndosela. ¿La confiaríais á una sola de esas dos asambleas? Entonces la otra seria absorbida, anulada, destruída; no una dictadura, habria una revolucion. (*Aplausos en la izquierda.*)

«¿La confiareis á un solo hombre? ¡Y cuál puede ser ese hombre! ¿Tendreis mas confianza en un hombre que en toda la nacion representada por vosotros mismos? ¡Un hombre! Esto es muy fácil decirlo. ¿Pero dónde ha de encontrarse ese hombre? Estamos en unos tiempos donde se toman los nombres por las cosas, y los fantasmas por la realidad.

«Aun cuando os fuera fácil encontrar ese hombre, os diria tambien: tened cautela: pensad bien lo que haceis; ved en quien depositais el supremo poder: dos nombres hay consignados en la historia, que deben inducir á toda asamblea francesa á no confiar jamás la dictadura de su República y de su revolucion en las manos de un solo hombre.

«Estos dos nombres son, ciudadanos, el de Monk en Inglaterra, y el de Bonaparte en Francia. (*Movimiento prolongado: agitacion.*)»

«Ciudadanos: he estado casi indeciso sobre el modo de dar mi voto, ó al menos sobre las razones que me inducian á pronunciarme en uno ú otro sentido, y para interrogarme á mí mismo antes de comunicaros mis convicciones. Hoy lo declaro antes de dejar esta tribuna; sin ningun género de vacilacion voto por una sola asamblea (*Movimientos de aprobacion en la mayoría de la Asamblea.*)»

Mr. Odilon Barrot usó en seguida de la palabra, y en un bello y elocuentísimo discurso combatió la opinion de una sola cámara, precisamente porque era un poder dictatorial, declarándose á su vez celoso defensor de la libertad; reprodujo ámplia y elevadamente la mayor parte de los argumentos espuestos en la sesion anterior por Duvergier de Hauranne, la enmienda en favor de las dos cámaras. Como él hizo observar que las asambleas únicas solo habian existido en épocas revolucionarias, y concluyó protestando con la mayor nobleza y sinceridad de su franca cooperación á la República, añadiendo: «He sido desgraciado en mi vida política. Por espacio de 18 años he resistido sin cesar á la exageracion del principio monárquico; y veo que tendré de hoy mas que resistir tambien á la exageracion del principio republicano.» A pesar sin embargo de todos los esfuerzos del grande orador y honorable representante, la Asamblea votó contra las dos cámaras por una mayoría de 530 votos contra 289.

Al considerar la tumultuosa sesion del 30, podriase temer que iban á reproducirse las desgraciadamente famosas en que formaban parte Danton, Robespierre y Marat. Se habia anunciado una interpelacion al gobierno por el diputado de la Gironda Mr. Denjoy, sobre lo ocurrido en el banquete democrático de Tolosa, y este representante despues de hacer una estensa relacion de los hechos, los caracterizó enérgicamente criticando que se hablase en ellos de igualdad y de fraternidad, al mismo tiempo que se manifestaban simpatias por la guillotina.

Al llegar á este punto, la tempestad que se habia ido formando á medida que el interpelante se esplicaba con mas energia, estalló de un modo tan violento que puso en consternacion por algunos momentos á la Asamblea. La fraccion de la montaña se desató en los mas frenéticos gritos y en las mas furiosas amenazas presentando un aspecto amenazador y terrible. Mas de veinte representantes intentaron asaltar la tribuna y arrojar de ella al orador, y hubiéranlo conseguido quizá á no ser porque Mr. Denjoy auxiliado por cuatro maceros y varios representantes que acudieron á su ayuda, tuvo bastante serenidad y valor para defenderse. Hubo de cubrirse el presidente quedando de este modo suspendida la sesion, y solo al cabo de media hora de una espantosa confusion

pudo el interpelante continuar su discurso, salvo algunas esplicaciones que pidieron varios de los representantes que habian asistido á los banquetes. El orador terminó al fin preguntando al gobierno si se creia con bastante fuerza para dominar las circunstancias y proceder contra los funcionarios que habian comprometido la dignidad del poder con su condescendiente conducta. En su respuesta al interpelante, el ministro de lo Interior, manifestó que no tenia conocimiento de los hechos, y que aun cuando no podia creer fuesen tan exagerados como se referian, prometi6 informarse y tomar las medidas que le pareciesen justas y convenientes.

El recuerdo de la deplorable escena que dejamos referida, atrajo así mismo una inmensa concurrencia á la Asamblea el dia 2, con motivo de otra interpelacion que debia hacerse al gobierno sobre la mediacion de la Francia y la Inglaterra en los asuntos de Italia. Pero aunque era de temer que los que habian promovido un alboroto por una cuestion interior, pudieran hacerlo tratándose de estraños asuntos, todos los partidos desvanecieron con su calma en esta ocasion; las conjeturas de aquellos que, fundándose en el escándalo de la vispera, esperaban presenciar otro semejante.

El representante Duvignier desarrollando los motivos de su interpelacion, la presentó al gobierno en los siguientes explicitos términos: «¿Cuál es la base de las negociaciones entabladas con el Austria? ¿Respetará todavía la República los tratados de 1815? ¿Asegurará antes que todo la independencia de Italia?» El general Cavaignac, respondió lacónicamente con su acostumbrada firmeza, invocando el voto por el cual la Asamblea habia autorizado al gobierno á guardar silencio sobre las negociaciones pendientes; que por lo tanto sin decidirlo esta, no estimaba oportuno presentar documentos ni decir nada acerca del asunto sobre que versaba la interpelacion; añadiendo únicamente que si la República hubiese tomado por base de las estipulaciones los tratados de 1815 y el reconocimiento de los derechos del Austria, habria sido escusada toda propuesta de mediacion. No satisfecho Mr. Ledru Rollin con la anterior respuesta, trató de esforzar la interpelacion tentando todos los medios de obligar al jefe del poder ejecutivo á dar una respuesta mas explicita acerca de la marcha que pensaba seguir en el citado asunto. Pero á pesar de todo, continuó el general Cavaignac encerrado en su prudente silencio, pasándose en seguida á la órden del dia, por una no muy numerosa mayoría de votos.

Volvió de nuevo la Asamblea al interrumpido debate sobre el proyecto de Constitucion y en la sesion del 4 adoptó diez artículos relativos á incompatibilidades, elegibilidades, mandatos imperativos, procedimientos contra los representantes, publicidad de las sesiones, indem-

nizaciones y número de diputados necesario para votar. Solo ofreció alguna animación el artículo 27 sobre las incompatibilidades, dando por resultado la del cargo de representante con el de funcionario público, la cual se aplicaría á todo empleado que percibiese sueldo del estado, sin perjuicio de que una ley orgánica estableciese en lo sucesivo las excepciones que debieran hacerse. Adoptado despues el día 5 el artículo 40, relativo á los votos de urgencia, se entró en la importante discusión del artículo 41 concebido en estos términos: «El pueblo francés delega el poder ejecutivo á un ciudadano que recibe el título de presidente de la República.»

El primer proyecto apoyado por la comisión para el nombramiento del presidente, tenía por base el sufragio universal. Empezó Mr. Pyat usando de la palabra en contra, no ya contentándose con la opinión de la minoría que deseaba eligiera el presidente la Asamblea, sino combatiendo la misma presidencia. «No quiero presidente de la República» fueron sus primeras palabras. El orador quería que la Asamblea fuese ella misma el gobierno, auxiliada de un poder ejecutivo salido de su seno, y que en el caso preciso de tener que optar por una presidencia, preferiría la nombrada por la Asamblea. Mr. Tocqueville rebatió en seguida todos los argumentos del partidario de la montaña, y probó evidentemente que arrojándose la Asamblea el derecho esclusivo de nombrar el presidente de la República, cometería la mas grave usurpación, causándose á sí misma una herida mortal y faltando á los grandes principios proclamados por la República. Suspendida esta sesión, despues de haber hecho uso de la palabra varios representantes en pro y en contra del proyecto de la comisión, corrieron rumores de que el gobierno pensaba hacer aprobar en la Asamblea una proposición para que no se procediera al nombramiento de presidente, hasta despues de haberse discutido las leyes orgánicas: pero quedaron desvanecidos al momento á consecuencia de un artículo del Monitor en que decía que el gobierno inmediatamente despues de resuelto el modo de nombrar el presidente estaba decidido á no conservar el poder por mas tiempo que el estrictamente necesario.

Continuó la discusión sobre la presidencia al día siguiente, y despues de ella ya no podia casi dudarse del resultado de los debates. Tomó la palabra Mr. de Lamartine y pronunció uno de esos discursos que solo puede producir una imaginación como la del poeta republicano, un discurso profundo y seductor que fué escuchado con religioso silencio interrumpido solo de vez en cuando por los gritos de aprobación y aplausos de la Asamblea. Mr. de Lamartine empezó esponiendo con una claridad admirable los dos sistemas de elección, y tambien un tercero propuesto por los republicanos rojos que pedían el

nombramiento de un gabinete con un presidente del consejo tal como se hallaba en el día. En seguida fué pulverizando todos los argumentos que se oponían al nombramiento de presidente por el sufragio universal, y no creyendo, con razón, que se pudiera presentar teóricamente uno solo racional en favor del nombramiento por la Asamblea, explicó la duda que existía en ciertos ánimos por el temor de los pretendientes, por todos los recelos cuya parte vaga y quimérica demostró de un modo explícito. Creía Lamartine que se abrigaba en algunos cierta incredulidad acerca del afirmamiento de la República; incredulidad que emanaba del desaliento y de la indiferencia de la mayor parte. Era en su opinión una situación transitoria, pero sensible, que se reproduce después de todas las revoluciones como el reflejo después de la plena mar, cuyo peligro es no necesario exagerar, pero cuyo natural efecto es el de infundir en ciertas almas alarmas y temores infundados. El orador además de tener una segura confianza en el buen espíritu de la nación, creía ser preciso ante todo dejar su parte de acción á la Providencia, y que destruir todo gobierno en Francia por temor á la usurpacion no sería mas que sustituir un peligro á otro.

Este discurso rechazaba como imposible la hipótesis en que había fundado su argumentacion Mr. Parieu; á saber, que si el pueblo nombraba el presidente, podría en un momento dado, hacer un soberano de su elegido. Mr. de Lamartine, ya casi al dejar la tribuna, aceptó inmediatamente esta hipótesis, y suponiéndola, por un evento, realizable, declaró que no podía impedirse al pueblo que pidiera se le condujese al borde de la monarquía y que en tal caso solo le restaría esclamar en union de sus antiguos cólegas:

Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni.

El discurso de Mr. de Lamartine produjo en la Asamblea un efecto mágico; el sistema que defendió el insigne orador ganó tan inmenso terreno, que su triunfo no debía ya ser dudoso.

En la sesion del día siguiente se declaró terminada la discusion general sobre la cuestion de la presidencia. Dos días de debates y un discurso, pudieron ser bastante, pero no demasiado para un asunto de tanta importancia, siendo notable que se diera por terminado no por volacion sino verbalmente. Los numerosos oradores que tenían pedida la palabra, al renunciar á ella, devolvieron á la Asamblea en abnegacion, lo que ella acababa de presentarse dispuesta á ofrecerles por una atenta política. Pasóse entonces á las enmiendas que se hallaban concebidas en los términos siguientes: 1.^a Nombrar por la Asamblea un presidente del consejo por tiempo ilimitado y revocable á voluntad: 2.^a nombrar por la Asamblea un presidente de la República por tiempo determinado: 3.^a nombrar este presidente por medio del sufragio uni-

versal directo ó indirecto. Desechada la primera por 643 votos contra 158, y la segunda por 602 contra 211, quedaba implícitamente aprobada la tercera, esto es, que el presidente de la República sería elegido por el sufragio universal.

ALEMANIA.

SUMARIO.

Crítica situación de Alemania.—Proclama del Vicario del imperio al pueblo alemán.—Nombramiento de nuevo ministerio.—Presentase una proposición en la Asamblea nacional acusando á dos ministros.—Proclamación de la república en Baden.—Proclama del republicano Struve al pueblo alemán.—Insurrección en la Selva-Negra.—Alborotos en Colonia.—Nuevos amagos de desorden en Viena y Berlín.—Hungria.—Marcha á Viena del archiduque Esteban.—Presenta su renuncia al Emperador.—Nombramiento de un gobernador interino de Hungria.—Plan de Jellachich.—Nombramiento del conde Lamberg, para generalísimo de todas las tropas de Hungria.—Manifiestos del Emperador.—Declaranse nulos por la cámara de Pesth.—Asesinato del conde Lamberg.—Nombramiento de un gobierno provisional.—Correspondencia descubierta entre el ban Jellachich con la corte de Austria.—Interpelación con este motivo en la Asamblea nacional de Viena.—Presupuestos presentados á la misma.—Proyecto de Constitución.

Habíase declarado una violenta crisis en la situación de la Alemania: viendo el partido democrático que la mayoría de las Asambleas de Francfort, Berlín y Viena eludían su influjo, salió de nuevo á las calles con las armas en la mano, pero esta vez no fué ya como en el mes de marzo para asegurar el triunfo de la libertad constitucional, sino para intervenir á la fuerza en las decisiones de las Asambleas producidas por el sufragio universal. Hollado el respeto á la ley, y despreciada la autoridad parlamentaria, se hizo precisa la intervención del ejército, y el triunfo de la fuerza militar fué al mismo tiempo el triunfo del orden y de las leyes.

Era ciertamente sensible para la causa de la libertad en Alemania, que hubiera llegado el partido democrático á tales excesos, y esto no sólo porque la lucha en las calles, en presencia de una asamblea re-

presentativa, alaja el desarrollo pacífico de la revolución, sino también principalmente porque abre las puertas a la contrarrevolución. La contrarrevolución en Alemania no es por desgracia solamente una palabra de que se abusa para designar toda vuelta hacia las ideas de orden, como sucede á menudo en otras partes; la palabra contrarrevolución en Alemania, se aplica así mismo á los proyectos retrógrados de hombres que quieren aprovechar las estravagancias del partido exaltado para intentar un retroceso imposible.

La última explosión que estalló en las calles de Francfort, tomó por pretexto el voto de la Asamblea nacional, aprobando el armisticio de Malmoe. Lo que hirió en este asunto los sentimientos de una parte del pueblo alemán, fué mas bien la forma que el fondo del convenio firmado entre Prusia y Dinamarca; fué la omisión, que se supuso intencionada, el olvido voluntario de hablar en aquel acto del poder central de Alemania. No se hablaba en efecto, en el tratado de armisticio sino de la Prusia y la Confederación germánica, y de ningún modo del nuevo poder central elegido por la Asamblea nacional de Francfort. El plenipotenciario de Prusia anduvo acertado en explicar que los poderes confiados á esta potencia emanaban de la antigua Dieta germánica, y que no habiéndose comunicado aun oficialmente en Dinamarca la creación del nuevo poder central, mal podia hacerse mención de él en el armisticio; siendo este el motivo porque el partido exaltado no cesaba de repetir al pueblo que la Prusia queria anular políticamente la Asamblea y el poder central. Mas como la Asamblea no se dejara convencer ni intimidar por estos clamores, y despues de algunas dudas aprobara el armisticio, el partido exaltado se volvió en contra de ella, y declaró que era necesaria su disolución, toda vez que desconocia sus deberes y obligaciones. Hé aqui, pues, de los argumentos que se valieron para armar al pueblo y hacerle emprender una lucha que terminó con la declaración del estado de sitio y la derrota del partido exaltado.

Francfort, despues de las últimas ocurrencias, ofrecia el aspecto de un campamento, y ascendian á 15,000 hombres las tropas que ocupaban todos los puntos de la población. El archiduque no quiso dejar pasar aquella ocasion de dirigir la palabra al pueblo, y con tal objeto publicó la proclama siguiente:

«Alemanes: las tentativas criminales de que ha sido teatro la ciudad de Francfort, el ataque proyectado contra la Asamblea nacional, el motin en las calles, que ha sido reprimido por la fuerza armada, el horrible asesinato, las terribles amenazas y los malos tratamientos de que han sido objeto algunos diputados, han probado hasta la evidencia las intenciones y los proyectos de un partido que quiere precipitar á nuestra patria en los horrores de la anarquía y de la guerra civil.

«Alemanes: vuestra libertad para mí es sagrada. Esta libertad se fundará de un modo firme y durable con la obra de la constitucion, para la cual se han reunido vuestros representantes; pero la perderiais sin remedio, si la anarquía con todo su odioso cortejo, se propagase en Alemania.

«Alemanes: la ley de 28 de julio de 1848, me ha investido del poder ejecutivo para los asuntos relativos á la seguridad y al bienestar de Alemania. Tengo la mision de proteger á nuestra patria, cuando se halla amenazada por los enemigos del exterior, ó por actos criminales en el interior.

«Conozco mis deberes, y los cumpliré fiel y completamente. En cuanto á vosotros, ciudadanos alemanes, que amais vuestra patria y vuestra libertad, tengo la firme conviccion de que me ayudareis y me secundareis enérgicamente.

Francfort sobre el Meing, 20 de setiembre de 1848.—El Vicario del imperio.—JUAN.—Los ministros del imperio.—SCHMERLING.—BUCKER.—DUKWITZ.—MOHL.»

El Vicario del imperio, nombró al fin un ministerio, el cual quedó constituido de la manera siguiente:

Ministro del imperio para el Interior, á Mr. Schemerling, miembro de la Asamblea nacional.

Ministro de la Guerra, Pencker, general-mayor al servicio de Prusia.

Ministro de la Justicia, Robert Mohl, miembro de la Asamblea nacional.

Ministro de Hacienda, Beckerath, miembro de la Asamblea nacional.

Ministro de Comercio, Duchwitz, senador de la ciudad de Brema.

El despacho de Negocios extranjeros ha sido confiado provisionalmente al ministro del Interior.

Al día siguiente de aparecer los anteriores nombramientos, se presentó en la Asamblea nacional una proposicion, para acusar á los ministros Schemerling y Mohl, por haber autorizado la declaracion del estado de sitio, y habiendo acordado la Asamblea que siguiera el curso ordinario, manifestó el primero, que aunque los miembros de la Asamblea nacional estaban sujetos á las mismas leyes que los demas habitantes de Francfort, ninguno podria ser arrestado sin el consentimiento de la Cámara.

No debia el poder abusar sin embargo de las medidas represivas, y aunque obrando con rigor contra los alborotadores, no confundir las libertades adquiridas á tanta costa con el abuso de estas mismas libertades. La Asamblea nacional y el poder central debian evitar por todos los medios posibles el ejemplo de la antigua Dieta de Francfort, pues de otro modo autorizaba las declaraciones de los radicales que hacian en

aquel momento una segunda tentativa, para establecer violentamente en Baden el gobierno republicano.

Efectivamente, fué de nuevo proclamada la República en este gran ducado. Mr. Struve, que habia ido á dicho punto para declarar en una causa seguida contra su periódico, *El Espectador alemán*, fué acogido por el pueblo con grande entusiasmo, acompañándole á Larrach y conduciéndole al ayuntamiento desde donde arengó al pueblo. El baillío y otros empleados fueron puestos en prision, y los aduaneros habian ya emprendido la fuga. Instalado un gobierno provisional, procedió á recibir el juramento de fidelidad á la República, prestado por algunos aduaneros, proclamando la ley marcial contra los traidores y morosos, y Struve dirigió la siguiente proclama al pueblo alemán:

«¡La lucha del pueblo contra sus opresores ha comenzado! Se ha hecho fuego contra el pueblo aun en las mismas calles de Francfort sobre el Meing, residencia del poder central impotente, y de la Asamblea constituyente charladora. Solo la espada puede salvar al pueblo alemán.

«Si vence la reaccion en Francfort, la Alemania será esplotada y oprimida por las vias legales, de un modo mas terrible que podria serlo en la mas sangrienta guerra. ¡A las armas, pueblos alemanes! La república es la única que puede realizar nuestros deseos, conduciéndonos al fin que todos nos hemos propuesto. Viva la república alemana. En nombre del gobierno provisional. — Firmado: Q. Struwe. República alemana. — *Prosperidad, educacion, libertad para todos.* Cuartel general de Larrach 21 de setiembre de 1848. — Orden del servicio para todos los burgomaestres. — Los burgomaestres, bajo su responsabilidad personal, deberán: 1.º Mandar tocar á rebato todo el dia y encender de noche fogatas en las montañas, mientras el ejército republicano se halle en su distrito. 2.º Deberán impedir que los partidarios de la monarquía se alejen de su distrito, prendiéndolos y secuestrando sus bienes en caso necesario. 3.º Deberán llamar á las armas á los jóvenes, y dirigirlos á la capital del distrito, procurando además á las tropas viveres, vestidos y municiones. 4.º Deberán tener dispuestas las boletas de alojamiento para que las tropas republicanas puedan alojarse inmediatamente. Los burgomaestres son responsables de la pronta ejecucion del presente decreto. — En nombre del gobierno provisional. (Firmado) Q. Struwe »

Inmediatamente se pusieron en marcha hácia el gran ducado dos regimientos de tropas del imperio con alguna artillería, y los insurgentes con Struve á la cabeza se replegaron á Larrach, en donde segun decia la Gaceta de Carlushe, obraban con un despotismo superior aun al de los gobiernos absolutos. No tardaron empero los insurrectos en ser alcanzados y batidos con grandes pérdidas, en una accion ocurrida en las inmediaciones de Stauffen; el mismo Struve que pudo escaparse por

entonces fué hecho prisionero en Waehr á donde habia conseguido llegar con unos cuantos de sus partidarios.

Todos los pueblos por donde pasaba al ser conducido á Scheliengen, demostraban una agitacion extraordinaria, y á no haber ido Struwe rodeado por una fuerza armada considerable, hubiera sido hecho pedazos por el furor del pueblo, pues hasta las mugeres le maldecian. Trasladado despues á Mulheim compareció ante el consejo de guerra compuesto de tres gefes civiles y otros tantos militares. Despues que el secretario leyó el acta de acusacion y las leyes en virtud de las cuales se habia reunido el consejo, Struwe obtuvo permiso para hablar, y luego que hizo una reseña de su vida, terminó diciendo que siempre habia sido republicano, y que la existencia de 38 principados en Alemania era á su parecer un grave mal. Confesó algunos hechos, pero negó haber penetrado en el gran ducado de Baden á la cabeza de una turba numerosa. Por último, rehusó por incompetente el consejo de guerra, alegando que la ley marcial habia sido publicada durante su prision y que no habiendo cometido él ningun delito despues de verificada esta, no podia ser juzgado por un consejo de guerra. El consejo se retiró en seguida y despues de deliberar algun tiempo volvió á presentarse y manifestó la resolucion siguiente: «El acusado no puede ser juzgado por un consejo de guerra, debiendo ser enviado ante los tribunales ordinarios.» Struwe fué vuelto acto continuo á su prision.

Habia estallado además la insurreccion en algunos distritos de la Selva-Negra, y lo mismo que en Brigau, los insurrectos desplegaban el mayor terror, obligando á unirseles, bajo pena de la vida, á todos cuantos hombres podian tomar las armas.

Tambien en Colonia se intentó repetir sin duda el gran movimiento de Francfort, y aquella ciudad fué á su vez teatro de graves desórdenes. Celebróse en el Altenmark una asamblea popular, no obstante las prohibiciones de las autoridades, pronunciándose discursos muy violentos, y proponiéndose construir barricadas para combatir la reaccion. El gobernador de la plaza preguntó á los gefes de la guardia nacional si contribuirían al restablecimiento del orden, y si le auxiliarian para hacer algunas prisiones; pero los oficiales despues de conferenciar en secreto, contestaron negativamente á ambas preguntas.

La guarnicion entonces se presentó en las plazas públicas con dos piezas de artillería; cerráronse las puertas para impedir la entrada á los habitantes del campo; pero mientras tanto se habian construido muchas barricadas, entrando á la fuerza en varios almacenes para buscar los instrumentos necesarios; mas á pesar de todos los esfuerzos de los insurgentes, a las 24 horas se hallaban ya desalojadas las calles y destruidas las barricadas. Inmediatamente se proclamó el estado de sitio por

no bastar los medios ordinarios para mantener el orden y se tomaron las disposiciones siguientes: Quedan suprimidas todas las asociaciones políticas y cualquiera reunion de 20 personas durante el día, y de 10 durante la noche; los cafés y casas públicas se cerrarán á las diez de la noche; las autoridades seguirán ejerciendo sus funciones; queda disuelta la guardia nacional hasta su posterior reorganización; todos los que tengan armas las entregarán; los que resistan á la fuerza armada serán juzgados por el consejo de guerra; queda suspendida la publicación de la *Nueva Gaceta del Rhin*, de la *Gaceta de la asociación de los obreros*, de la *Nueva Gaceta de Colonia* y del *Centinela del Rhin*.

A pesar de las muchas tentativas de los republicanos en Alemania, no habian conseguido llevar adelante sus planes de trastornos, antes por todas partes eran derrotados y vencidos. Tambien en Berlin y en Viena ha habido nuevos amagos de insurreccion, si bien en el primer punto se descubrió la trama antes de estallar y en el segundo logró sofocarse en breve, aunque con algunas desgracias.

Seguian llamando extraordinariamente la atencion en Viena los asuntos de Hungría y aunque se abrigaba la esperanza de un arreglo amistoso, no por eso presentaba mejor aspecto aun la terrible lucha de los croatas con los húngaros. El partido democrático alemán simpatiza con estos, á quienes considera como los defensores de la causa de la libertad comun, y el partido slavo, sobre todo los tscheques, que guardan rencor á los húngaros por la antigua opresion de que fueron objeto en el norte de Hungría sus hermanos los slovacos, rechazan las peticiones de los magyares, y apoyan sin querer de este modo las pretensiones de la corte de Austria.

Un arreglo amistoso seria quizá el resultado mas apetecible en las actuales circunstancias, porque con las no muy seguras intenciones de las tropas y la irritacion escitada de una manera páfida entre los pueblos de diferente raza, podria asegurarse el éxito de los húngaros, y en el caso de que sucumbiera del todo su causa, era de temer una reaccion completa no solo en Hungría sino tambien en las demas provincias de la monarquía austriaca.

Mientras tanto el ban Jellachich avanzaba sobre Pesth, habiendo arrollado en su marcha á las fuerzas que se oponian á su paso, aunque á decir verdad, no encontraba gran resistencia, pues unas se le pasaban y otras arrojaban las armas sin combatir. A consecuencia de tantos contratiempos, el archiduque Esteban abandonó á Pesth trasladándose á Viena con objeto sin duda de ponerse de acuerdo con el emperador, toda vez que Jellachich se habia negado á recibir á un enviado que le dirigió á fin de tener con él una entrevista.

Después de presentar el Archiduque palatino su renuncia al Emperador, la cual no le fué admitida por entonces, se retiró al cabo definitivamente, y marchó á Brum para descansar un año lejos de los negocios, siendo nombrado en su lugar gobernador interino el conde Mairath.

Jellachich á pesar de todo, no queria entrar en transaccion de ninguna especie, y parece que su plan consistia no solo en terminar las cuestiones de Hungría, sino que trataba de pasar en seguida á Viena para establecer por sí y ante sí un nuevo orden de cosas.

El Emperador manifestó su firme resolucion de sofocar cuanto antes la guerra civil en Hungría ordenando para ello que se celebrara un armisticio entre ambas partes beligerantes, y la entrada en Hungría del regimiento de Moravia para atajar la insurreccion slava. S. M. I. envió á Pesth al conde Lamberg, nombrado generalisimo de todas las tropas que operaban en Hungría, para que pusiera término á la lucha; con cuyo motivo publicó los dos manifiestos siguientes:

«A MIS PUEBLOS DE LA HUNGRÍA.—Hace algunos dias declaré á mis fieles pueblos cuanto deseaba el pronto y completo restablecimiento de la paz y del orden legal en el pais.

«Desgraciadamente la situacion ha empeorado. La guerra civil amenaza invadir por todas partes á la Hungría. En este estado peligroso de las cosas, y deseando ardientemente evitar la efusion de sangre y los horrores de la anarquía, he creido conveniente encargar á mi feld-mariscal conde Lamberg el mando en gefe de todas las tropas y cuerpos armados que se hallan en Hungría, cualquiera que sea su denominacion. El conde deberá tomar inmediatamente su mando en mi nombre. Deberá asi mismo decretar un armisticio, y espero firmemente que todas las autoridades civiles y militares le obedecerán con prontitud, dándole todos los socorros necesarios. He adoptado tambien todas las medidas necesarias para que se restablezca el orden en la Hungría del Norte. Espero que mis pueblos de Hungría manifiesten tanta mas confianza en mi comisario, cuanto que ya se han tomado las medidas necesarias para lograr un arreglo de las diferencias interiores satisfactorio para todos los partidos, y para restablecer y asegurar entre los estados húngaros y no húngaros de mi imperio esa union perfecta que ha existido por espacio de muchos siglos para bien general.—Dado en Viena, el 25 de setiembre de 1848.—Fernando. II.

«A MI EJERCITO DE HUNGRÍA.—Firmemente resuelto á no sufrir una lucha entre mis tropas, que están bajo las órdenes del ministerio húngaro y las que están á las del ban de Croacia, he encargado á mi feld-mariscal, conde de Lamberg, como mi comisario extraordinario, que marche sin demora al cuartel general del ejército húngaro, y suspenda todas las hostilidades. He dado la misma orden al ban de Croacia; espero que los

dos generales y sus tropas obedecerán inmediatamente mi real voluntad, y pondrán término á un combate irracional entre tropas que han prestado juramento de fidelidad á mi bandera, y que no deben combatir sino por la defensa de nuestra patria comun; cuento al mismo tiempo con que aquellos de mis soldados que se han dejado arrastrar al abandono de sus banderas obedecerán mi real voz, y volverán llenos de arrepentimiento para cumplir nuevamente su deber para con su rey, conforme á su juramento. Dado en Viena, 23 de setiembre de 1848.—Fernando II.»

Así que se recibieron en Pesth los anteriores manifiestos, fueron calificados de ilegales, y L. Madaraess intimó á Kossuth que formulase esta idea en la cámara; verificado así, y despues que fué adoptada la moción por unanimidad, los manifiestos de S. M. I. al pueblo fueron declarados nulos con arreglo al artículo 5.º de la ley de 1848, por no estar refrendados por ningun ministro húngaro. En virtud, pues, de este acuerdo, el general conde de Lamberg no podia tomar el mando en gefe de las tropas que se hallaban en Hungría, y las autoridades civiles ó militares que dieran curso ó ejecutasen el rescripto real, se harian culpables de un atentado contra la constitucion del estado.

No bastaba, sin embargo, al furor de los eternos revolucionarios, que así en Francfort como en Pesth salpicaron inhumanamente las calles con la sangre de sus compatriotas, aquella resistencia pacífica, necesitaban una víctima en qué poder cebar sus instintos feroces, y esa víctima fué el infortunado Lamberg. Llegó este á Pesth el 28 por la mañana, y aun que habia ya corrido la voz de su llegada, nadie queria creerla, hasta que muy en breve llegaron los guardias nacionales de Buda anunciando que Lamberg habia llamado á los oficiales de la guardia nacional para decirles que habia ido á mandarles, y que por lo tanto debian ponérsele á sus órdenes desde aquel instante, invitacion que rechazaron los oficiales, respondiendo que para nada le reconocian, negándose decididamente á prestarle obediencia.

Estas nuevas causaron suma inquietud, y empezaron á formarse grupos. El pueblo, habiéndose reunido cerca del puente y de la Bruckgasse, empezó á gritar: «Vamos á Buda á prenderle para que no se nos escape!» En aquel mismo instante se agolparon al puente y lo atravesaron muchos hombres armados de hoces y fusiles, haciendo lo mismo todos los estudiantes alemanes. El tumulto se aumentó entonces terriblemente. En Pesth se cerraron al instante las tiendas, viendo que la agitacion amenazaba tomar un carácter grave. Lamberg fué á verse con Krabowski, quien se dirigió al ministerio, para donde partió en seguida en un fiacre.

Un grupo armado detuvo al fiacre, que caminaba muy de prisa, y un hombre reconoció á Lamberg, á pesar de ir disfrazado de paisano. A instante una veintena de guardias nacionales cercó el carruaje con in-

tencion de escoltarlo y conducirlo al reducto; pero al mismo tiempo llegó un cuerpo armado de Pesth, y fué imposible ya hacer ningun movimiento. El pueblo estaba implacable y sañudo. Algunos hombres penetraron en el carruaje y arrojándole fuera de él, el pueblo despedazó cruelmente el cuerpo del comisario imperial Lamberg á golpes de azadon y de hoz, y aquella inhumana multitud, cual verdaderos canibales, se disputaron con el mayor furor el menor pedazo del cuerpo de aquel desgraciado esposo y padre de ocho hijos.

La noticia de tan deplorable suceso, causó una impresion dolorosa en la Cámara de diputados, por mas que el nombramiento fuera ilegal, y adoptó en su consecuencia la siguiente resolucion: «En ausencia de un gobierno, la Cámara nombra una comision de seis miembros para que trabaje en union de Bathyani en los negocios de la Guerra. Gobierno provisional con poderes ilimitados.» Aquella tarde se reunió la guardia nacional, y por la noche se iluminó la ciudad para evitar los desórdenes; no habiendo ocurrido nada afortunadamente hasta entonces. Púsose Kossuth á la cabeza del gobierno provisional: la anarquía no obstante, era completa, y numerosos fugitivos se apresuraban á dirigirse á Viena, para cuyo punto salió tambien el anciano Wessenteny. Todos los habitantes trabajaban en las fortificaciones en medio del estruendo de la artillería que retumbaba á corta distancia, y los trabajos no cesaban de dia ni de noche, ocupándose en ellos hasta las señoras mas elegantes y delicadas.

La marcha precipitada y casi sin resistencia del ban Jellachich sobre Buda y Pesth hubiera podido hacer pensar que la guerra de los croatas contra los húngaros, no traspasaria los límites de una gran demostracion seguida de un arreglo mas ó menos favorable á los votos de Hungría; pero los últimos sucesos prueban por el contrario que va á comenzar una nueva terrible lucha, cuyo carácter á nadie debe ser desconocido. Apesar de las denegaciones de algunos periódicos alemanes, y de la pasada supuesta destitucion del ban Jellachich, siempre dijimos que el levantamiento de los croatas fué de acuerdo con la corte de Austria, con el objeto principal de que el Emperador no ratificase las concesiones que hizo solemnemente á la Hungría en marzo y abril últimos. Las pruebas no pueden ser mas palpables. Interceptada la correspondencia de Jellachich con el ministro de la Guerra en Austria, asi como algunas cartas dirigidas á los archiduques Francisco Carlos, hermano y heredero presunto del Emperador, Luis, tío del Emperador, y Juan, Vicario actual del imperio aleman, se descubren las quejas del ban dirigidas á la corte de Viena, por no auxiliarle con hombres y municiones, segun habian convenido. Hé aqui el extracto de una de estas cartas escrita con fecha del 23.

«Después de dar á V. E. las gracias por la nueva cantidad que me ha mandado, me veo en la precision de suplicar á V. E. tenga á bien remitir otras para la caja de las operaciones de campaña. Segun mis cálculos, se necesitará en el mes de octubre la suma de 248,000 florines para el mantenimiento del ejército, suma que ascenderá á 600,000, si se incluyen los suministros en especie. Ruego á V. E. se sirva remitirme la espresada cantidad antes de 1.º de octubre, puesto que en las operaciones principiadas en favor de la buena causa del Austria, puedo contar con toda especie de recursos de parte del ministro de la Guerra.»

Una carta particular escrita de otra mano, contiene lo que sigue:

«Desde mi nombramiento he recibido 21 cartas autógrafas del Emperador, con las cuales no he podido por desgracia conformarme. S. M. ha aprobado por fin mi modo de obrar, del cual no me separará aunque me envíe otras 21 cartas autógrafas, porque no las seguiré. Conozco que es preciso hacer lo que era obligacion de S. A. el archiduque, y hacerlo aun contra su voluntad. Si mi plan no se realiza y el Austria sucumbe, entonces, señores, vivireis si os place, que yo no quiero vivir.»

A consecuencia de este descubrimiento, el diputado Borosch hizo una intepelacion al ministro de la Guerra en la sesion de la Asamblea del 30; á la cual contestó este, que era verdad haber pedido alguna vez el baron Jellachich armas y municiones, pero que lo era así mismo que se le habia contestado de una manera puramente confidencial, que mientras el gobierno húngaro marchase por el camino de la legalidad, no podrian hacerse efectivos tales socorros, añadiendo que se le habian enviado al baron 280,000 florines para pagar á las tropas croatas, cuyo pago habia rehusado verificar el ministerio húngaro.

El ministro de Hacienda presentó en la Asamblea de Viena los presupuestos para el año 1849, de los cuales resultaba en el presente año un déficit de mas de 70 millones de florines (182 millones de francos), quedando para el inmediato otro de 61 millones de florines (158 millones de francos).

La comision encargada de redactar la constitucion, publicó así mismo el proyecto, cuyas principales disposiciones son las siguientes: «Abolicion de la nobleza; abolicion de la pena de muerte; introduccion del matrimonio civil; abolicion de mayorazgos; la igualdad de todas las nacionalidades es un derecho inagenable.»

INGLATERRA.

SUMARIO.

Estado de Irlanda.—Noticias del cólera.—Prisiones y deportaciones.—Medidas del gobierno.—Alboroto en el condado de Rosmon.

De resultados de las enérgicas medidas tomadas por el gobierno inglés para reprimir la insurrección irlandesa, los partidarios del movimiento han perdido mucho de su primitivo ardor, y aquellos de otros países con cuya simpatía contaban, se muestran descontentos al ver semejante prostración.

El cólera hace poquísimos estragos en Londres; pero es ya un hecho oficial que ha aparecido en Irlanda. Por mandato del lord lugarteniente se han puesto en vigor las disposiciones recién tomadas por el parlamento sobre las invasiones epidémicas, y es probable que con ellas se minoren los daños que suele causar ese terrible azote. En Edimburgo hubo el día 6 cinco casos de cólera que en menos de 24 horas ocasionaron 3 muertes.

Sabido es que los cartistas tenían proyectado para el 20 de agosto un movimiento que tenía por objeto atacar la fuerza pública, derribar á la Reina y proclamar la Gran Carta. Instruido el gobierno inglés de todos estos planes por espías que lograron apoderarse de la confianza de los conspiradores, cuando estos se ocupaban en reunir armas y cartuchos, cuando ya estaban dispuestos á principiar el combate, decretó y llevó á cabo la prisión de los individuos que componían el comité central.

Sometido este asunto á los tribunales, reunióse el jurado el 22 de setiembre próximo, resultando de los debates que los cartistas habían formado una asociación secreta que se entendía con los *repeaters* de la Joven Irlanda. Presidia esta asociación un comité compuesto de delegados de los diferentes clubs, y después de varias conferencias concertaron el siguiente plan. Los puestos de la policía debían ser atacados, y después de incendiarlos proponíanse los revolucionarios atacar á las tropas de la Reina, cortar los carriles de los caminos de hierro y prender también fuego á las casas de parada.

El jurado sentenció á deportación perpétua á los cuatro directores ó forjadores de este plan, cuya noticia alarmó á Londres cuando fué descubierta, pero que no ha ofrecido todos los resultados que eran de esperar, vista la importancia que se dió á este suceso.

Mr. Killaly, editor del *Katerford Chronicle* fué conducido á la prision de Clonmel, por habérsele acusado de alta traicion, y alli fueron tambien conducidas las señoritas Miss Elisa Power y Miss Ryan arrestadas viajando en un coche, cerca de Carrick-On-Suir. Habia cometido Miss Ryan el delito de dar hospitalidad á un hermano suyo y á Mr. O'Mahoney, por cuya captura se ofrecian 100 libras esterlinas y que logró al fin salvarse.

Lord Clarendon en fin, decidido firmemente á no dejar levantar la cabeza á los periódicos jacobinos, habia mandado prender asi mismo á Mr. Fultom el cual logró no caer en manos de la policia, pero quedó prohibida la publicacion de su periódico.

El pago de la contribucion de pobres hallaba muchas dificultades en Irlanda. El recaudador del condado de Rosmon quiso últimamente realizar un atraso considerable, pero se vió acometido por un gran número de mugeres que le desarmaron obligándole á huir con sus acompañantes. Reclamó el recaudador la ayuda de un destacamento de infanteria que habia á las órdenes de M. C. O'Conell, magistrado residente, y tambien la tropa se vió rodeada por una multitud inmensa armada de horquillas y otros instrumentos. O'Conell leyó la ley conocida para tales casos, mas el pueblo contestó que no se dispersaba y que si los soldados hacian fuego ellos les atacarian á su vez; visto lo cual por el magistrado, que no tenia bastantes fuerzas para hacerse respetar, ordenó retirarse al destacamento, que lo verificó en medio de las exclamaciones de alegría del pueblo porque se veia libre de soldados y contribuciones.

ITALIA.

SUMARIO.

Negocios de Sicilia.—Mesina.—Palermo.—Proclama del síndico de Mesina.—Reconocen varias ciudades al rey de Nápoles.—Mediacion anglo-francesa.—Manifiesto del Emperador de Austria á los italianos.—Manifestacion republicana en Monaco.—Alborotos en Luca.—Liorna.—Nuevo ministerio romano.—Asuntos de Roma.

Los buenos oficios de Francia é Inglaterra, no han producido aun todo el resultado apetecible en la deplorable lucha trabada entre el rey de Nápoles y Sicilia. El 10 de setiembre se dirigió Mr. de Rayneval al gobierno siciliano, participándole se habia pedido por el comandante de las fuerzas navales francesas, la suspension de las hostilidades, y el gobierno siciliano contestó lo siguiente:

«En contestacion á la nota dirigida al que suscribe con fecha de ayer, en la cual se pide que se suspendan las hostilidades entre las tropas del Rey y los rebeldes de Sicilia, hasta que sean conocidas las intenciones de los gobiernos de Francia y de Inglaterra, con respecto á la pacificación de esta parte de Italia; el que suscribe tiene el honor de remitir á Mr. de Rayneval una copia de la nota sobre el mismo asunto, dirigida hoy al plenipotenciario de la Gran Bretaña, y que contiene la esposicion de los motivos que impiden al gobierno del rey dar en este momento una respuesta definitiva. El que suscribe, debe añadir, que el ministro de Negocios extranjeros de la Republica francesa, dijo el 8 de agosto al conde Ludolf; *por ahora no queremos mezclarnos en la cuestion*; seguridad que despues fué reiterada por Mr. Bois le Comte. Sin embargo, el que suscribe asegura á Mr. de Rayneval, que el gobierno del Rey hará los mayores esfuerzos para mitigar en lo posible los males inherentes á la guerra. Por otra parte, se cree con derecho á insistir en que el ministro de Negocios extranjeros se mantenga en una posicion rigurosamente neutral, de modo que no aliente ó apoye á los rebeldes de Sicilia, pues estos se mostrarían entonces mas obstinados en sus pretensiones, y prolongarian la lucha aumentando la efusion de sangre, lo cual, tanto para V. E. como para el gobierno del Rey, sería un motivo de grande sentimiento. — Nápoles 11 de setiembre.»

En la nota de que se habla en la anterior, dijo el gobierno napolitano á lord Napier, que cualquiera medida que tomase el contra-almirante Parker para interrumpir la ejecucion de los planes del Rey, soberano, libre é independiente, sería considerada no como hija de las intenciones del gabinete inglés, sino como un acto procedente de la voluntad del contra-almirante, puesto que lord Palmerston habia asegurado repetidas veces al embajador de Nápoles cerca de S. M. británica, no pondria obstáculos á la expedicion militar que el rey se disponia á emprender para pacificar á Sicilia.

En igual fecha, el capitán Nonay, comandante del *Hércules*, navio francés, y Mr. Rob, comandante del *Gladiator*, escribieron la siguiente carta desde la rada de Mesina.

«Los infrascritos, gefes de las estaciones navales de Inglaterra y de Francia, tienen el honor de notificar á S. E. el comandante en gefe de la expedicion napolitana, que se hallan encargados por sus superiores respectivos en nombre de Francia y de Inglaterra, para declararles que no tienen intencion de inquietarle en la posesion de Mesina y de Melazzo, porque la ocupacion de estos puntos es ya un hecho consumado. Pero tienen órden para rogarle que suspenda las hostilidades y todas las operaciones militares ulteriores en las costas de Sicilia para contener la efusion de sangre; hasta que los gobiernos de Francia y de Inglaterra puedan vencer con su mediacion las dificultades que se oponian á una pacificación general. Los dos gobiernos de Inglaterra y de Francia han observado escrupulosamente hasta ahora las leyes de la neutralidad. Pero en esta ocasion invocan las leyes sagradas de la humanidad. Los que suscriben tienen el honor, etc. (Firmado.) NONAY. ROB.»

A esto contestó lo siguiente el comandante en gefe de las tropas napolitanas.

«Mesina 11 de setiembre.— Señor capitán: tengo el honor de acusaros el recibo de la nota que me habeis dirigido hoy. Me apresuraré á trasmitirla al Rey mi augusto soberano, y esperaré sus órdenas. Vos no ig-

norais que desde que entré en Mesina, lejos de querer continuar las hostilidades, me ocupé exclusivamente en cicatrizar las profundas heridas causadas por los últimos acontecimientos. Os aseguro que continuaré observando esta línea de conducta, haciendo volver á mis cruceros hasta que las nuevas instrucciones que reciba del Rey me indiquen la marcha que deberé adoptar. Recibid la seguridad de mi alta consideracion.—C. FILANGIERI, principe de Satriano.»

El resultado de todo esto fué suspenderse las hostilidades; pero Palermo se ocupaba en los medios de defensa, y aunque reinaba cierta inquietud en la ciudad, notábase mucho entusiasmo en tropas y paisanos. El *Palermo*, vapor al servicio del gobierno republicano, había cargado municiones de guerra en Liorna; el *Bosforo*, vapor francés, se ocupaba también en conducir municiones, y el *Helesponto* desembarcó el 14 doce mil fusiles.

Mientras tanto Mesina iba cobrando animacion; empezaban á entrar en el puerto buques mercantes procedentes de Francia, Grecia y América; los habitantes volvian á sus casas, y sin duda contribuyó á esto la siguiente proclama del sindico:

«S. M. el Rey, como padre afectuoso de sus pueblos, olvida los desórdenes pasados, en la firme persuasion de que en lo sucesivo sus súbditos sicilianos volverán á rendirle la fidelidad y veneracion que siempre le han manifestado; se halla en la obligacion de esceptuar de esta amnistia, porque en este particular sus facultades no son omnimodas, á los gefes de la insurreccion y á los promovedores de los graves desórdenes que tanto mal han hecho á esta bella isla. Estos, sin embargo, hallándose poseidos de un sincero arrepentimiento, deben concebir la esperanza de encontrar en el corazon del rey la misma benevolencia é indulgencia. La ciudad de Mesina será en adelante puerto franco: los barrios de San Leon, Bonella, Portoligni y Zuera gozarán del mismo privilegio. S. M. manda que las autoridades eclesiasticas y todos los empleados civiles vuelvan á encargarse de sus respectivos destinos que ocupaban en el mes de agosto del año último.»

A este sistema benigno se debía quizá también el que hubieran vuelto á la obediencia del rey de Nápoles las ciudades de Catana, Nolo, y Gergenti, así como la isla de Lipara, que cuenta 20,000 habitantes.

Las negociaciones entabladas en Viena acerca de los negocios de Italia, han adelantado poco, y á medida que iba acercándose el fin de la tregua concedida por el Austria, temíase se declarara nuevamente el bloqueo de Venecia, ciudad defendida por 20,000 hombres, 1,000 piezas de artillería y una escuadra de siete buques.

He aquí lo que acerca de las negociaciones escriben de Viena á la *Gaceta de Augsburgo*:

«Habiendo rechazado nuestro gobierno la base que las potencias mediadoras fijaban para poder salir garantes de que se restableciera de un modo sólido la paz en Italia, á ese gobierno toca ahora comunicar á las mismas potencias las condiciones con que está dispuesto á aceptar la mediacion. Acaba de darse cuenta á nuestros agentes en Lóndres y en París, de las bases del proyecto de paz propuestas por parte del Austria, bases que, á lo que parece están conformes con las que ha trazado Rusia. Ambos gobiernos, conocen, pues, nuestras ideas esenciales sobre este asunto; nosotros no podemos separarnos de ellas, y de hoy más puede decirse que no con palabras sino con hechos deben probar esas po-

tencias que desean formalmente el mantenimiento del estado de paz.

«Bastantes palabras han mediado ya, y no hay que esperar varíemos nosotros de intencion por simples discursos. Creemos, pues, que nuestro modo de apreciar las diferencias italianas encontrará acogida en esos dos gabinetes, con tanto mayor motivo cuanto que uno de ellos solo representa en Italia intereses muy secundarios. Sabemos harto bien que la cuestion italiana no es ya para Francia cuestion de nacionalidad italiana, sino puramente de intereses; y si los asuntos de Italia toman por base una que esté en armonía con los dogmas políticos de Francia, si ademas de esto ceden los intereses dinásticos ante los del comercio, la industria y la libertad civil; si la Italia, dirémoslo sin perifrasis, se coloca en presencia de Francia como debiera estar colocada, haciendo abstraccion del influjo austriaco y de las determinaciones que tome por interés de dinastia, entonces desaparece cualquier interés particular que tienda á variar la demarcacion de territorio en Italia. En este caso puede mantenerse el *statu quo* sin lastimar interes alguno noble, pues nosotros no nos sentimos inclinados ni tenemos obligacion de atender á intereses de otra clase.»

A pesar de la perjudicial y lamentable apatia que se manifestaba en las negociaciones austro-italianas, y mientras se invertia un tiempo precioso en discutir acerca del modo y punto de resolverlas, el Emperador de Austria remitió á Italia el manifiesto siguiente:

«Con la esperanza de ver el orden restablecido en las provincias del reino Lombardo-veneto, y animado del deseo de ver gozar á los pueblos de estas provincias de todas las libertades de que gozan las demas del imperio, nos creemos obligados á darles á conocer hoy nuestras intenciones.

«Ya hemos concedido perdon completo á todos los habitantes del reino Lombardo-veneto que han tomado parte en los sucesos políticos del presente año, ordenando que respecto de ellos no se forme proceso ni se aplique pena, y no estableciendo mas escepcion que la que merecen los que ejercen funciones públicas.

«Al mismo tiempo queremos dar á los habitantes del reino Lombardo-veneto una Constitucion que satisfaga al principio de nacionalidad y á las necesidades del pais, á la vez que á la union con los estados austriacos. Con este objeto, encuan to se restablezca el orden y la paz, convocaremos en un punto que se fijará mas adelante á los representantes de la nacion que elijan libremente todas las provincias del reino Lombardo-veneto.

«Viena, 20 de setiembre de 1848.—FERNANDO.—WERSSEMBERG.»

Mientras la ciudades de Menton y Roquebruna se han incorporado al Piamonte, entrando á formar parte de la gran familia italiana; la ciudad de Monaco ha hecho una manifestacion en favor de la república, y se disponia á pedir el protectorado de Francia. Esparcióse la voz de que el gefe de aquel principado se proponia venderlo á Cerdeña, é irritados los habitantes, acudieron á palacio á pedir esplicaciones; pero el principe las dió satisfactorias, diciendo se retiraria para que se agregasen á la república francesa si tal era su gusto. Esto causó en la multitud sumo entusiasmo, diéronse vivas á Francia y se disponia la ciudad á enviar á aquella nacion delegados para ponerse á disposicion del gobierno francés. Esta manifestacion fué puramente pacífica, sin que se opusiesen á ella las autoridades sardas.

Algo mas alarmante ha sido otro movimiento ocurrido en Luca á consecuencia de los desórdenes que tuvieron lugar en Liorna. Invitada la guardia cívica á trasladarse á Pisa para ser revistada, un piquete de guardias cívicos voluntarios que debia recoger su bandera en la casa de ayuntamiento, fué recibido á pedradas por la muchedumbre, la cual intentó desarmarle. Defendiéronse los guardias, hubo algunos disparos que causaron la muerte de un hombre del pueblo, y enfurecido este, acorraló á los guardias, quitandoles los fusiles. En seguida colocaron dos piezas de artilleria en el camino de Luca á Pisa, y se disponian á batir las tropas que se figuraban llegarían de esta última ciudad, cuando las autoridades lograron restablecer la tranquilidad con sus acertadas medidas.

Liorna se hallaba aun en completa anarquía. El populacho no queria recibir al nuevo gobernador nombrado por el gobierno toscano á peticion de los vecinos principales, y esta resistencia se debia á Guerrazzi y sus partidarios, los cuales se ocupaban en soliviantar los ánimos.

Nombróse al cabo en Roma un nuevo gabinete, el cual quedó organizado en la forma siguiente: el cardenal Soglia presidente del Consejo y ministro de Relaciones exteriores; el cardenal Vizzardeli ministro de Instrucción pública; M. Rossi de lo Interior; el abogado Ciccognani de Gracia y Justicia; M. Rignano de Trabajos Públicos; el profesor Antonio Montanari de Comercio; el conde Pietro Guarini ministro sin cartera; y M. Righetti de Hacienda.

Una de las cosas que han contribuido á la caída de Mamiani ha sido la impopularidad que se atrajo con su nepotismo y su sistema de dilapidacion. Lo unico que el partido de las reformas tiene que agradecerle es haber preparado la venta de los bienes eclesiásticos, la cual está próxima. Deseando sacar al estado de sus apuros, ofrecieron empeñar sus bienes varias corporaciones eclesiásticas, y S. S. admitió esta oferta, disponiendo se emitiesen bonos del tesoro, cuyo pago garantizase la hipoteca sobre dichos bienes. De resultas de esto, y de no tener los billetes del Banco curso forzoso, abundan los billetes del Tesoro, y como es probable que para 1.º de enero, época en que deben pagarse, no haya fondos, habrá que vender los bienes de los *Lugares pios*, sobre los que están hipotecados. La desamortizacion de esta riqueza seria una gran novedad en la corte pontificia, y aumentaría la masa de propietarios, reducida hoy en los estados del Papa.

El famoso padre Guerrazzi fué espulsado de la órden de los Barba-bitas; pero continuaba sus predicaciones demagógicas en las plazas de Bolonia, ciudad tranquila en el dia, gracias á la llegada del cardenal Amat.

Seguia aumentándose el número de voluntarios que han tomado las armas en defensa de Italia, y unidos los nuevos á los que tomaron parte en la campaña de Vicenza, se disponian á ir á defender á Venecia, cuya suerte escita simpatias en todos los amigos de la independencia italiana.

ESPAÑA.

SUMARIO.

Estado de Cataluña.—Conspiracion descubierta en Barcelona.—Fusilamientos.—Alocucion del capitan general.—Idem del gobernador de Lérida.—Idem del capitan general de Valencia.—Conspiraciones en Algeciras y Málaga.—Medida del poder ejecutivo de Francia con los emigrados españoles.—Resoluciones del gobierno.

El estado de Cataluña iba haciéndose mas alarmante cada dia. Cabrera habia aumentado sus filas, logrando no solo alarmar poblaciones fuertemente defendidas y de considerable vecindario, sino sorprender columnas, ya personalmente, ya por medio de los demas gefes montemolinistas. Valiéndose el cabecilla Posas de una estratagema, atrajo á sitio que le pareció conveniente á la columna del teniente coronel Bofill, causándole bastante pérdida. El gefe murió en la refriega con unos 30 mas entre oficiales y soldados, no siendo tampoco escaso el número de prisioneros. Sin embargo, últimamente parece haberse presentado á las autoridades, acogiéndose á indulto, bastantes facciosos, y se esperaba con ansia el resultado del plan de campaña preparado por el general Córdova.

Por otra parte, hase descubierto en Barcelona una vasta conspiracion que tenia por objeto, segun parece, entregar á los enemigos del orden la misma Barcelona y otras plazas importantes. Reducidos á prision varios de los conspiradores, se sometió este asunto á un consejo de guerra, el cual sentenció á ser pasados por las armas á los capitanes don Joaquin Clavijo, don Ramon Lopez Vazquez, y don Juan Valterra; á diez años de presidio y privacion de grados y honores al teniente coronel don José Apellanis; á ocho años tambien de presidio á don Jaime Bofill y don Juan Jaumeandreu; y á diez años de confinamiento en las islas adyacentes á don Ramon Martínez Toledano y don Fernando Martorell.

Asi que se esparció la triste noticia de la anterior sentencia del consejo de guerra, acudieron las autoridades al palacio del Excmo. Sr. capitan general, para implorar clemencia en favor de los sentenciados á la última pena, y con el mismo objeto se presentó una sentida esposicion suscrita por centenares de firmas de personas notables bajo todos aspectos, y de todos los matices políticos. La ley sin embargo, atendida la gravedad del caso y las demas circunstancias que en él concurrían, hubo de ser inflexible y severa; y en su consecuencia fueron fusilados á las siete y media de la mañana del dia 9 los referidos tres capitanes, y acto continuo de ejecutada la sentencia dirigió el general Córdova á la tropa en la orden del dia la siguiente alocucion:

«Soldados: una horrenda conspiracion que tenia por objeto entregar á Cabrera las plazas confiadas á vuestra lealtad y ponerlos á vosotros mismos bajo la dominacion de los enemigos de nuestra Reina que con tanto denuedo combatis, ha sido descubierta; puestos los principales cómplices ante el tribunal militar, la ley los ha juzgado; aprobada por mi autoridad la adjunta sentencia, hoy á las siete de la mañana han sido pasados por las armas don Juan Valterra, don Ramon Lopez Vazquez y don Joaquin Clavijo, de quienes debemos aborrecer el crimen y deplorar la ceguedad y desgracia.

«Avaro de la sangre del soldado que tanto se derrama en los campos de batalla, me felicito de no haber tenido que perder ni una sola gota de la vuestra, porque en vuestros nobles pechos no se cobija la traicion ni el crimen; pero vivid alerta, estad prevenidos contra la seduccion de vuestros enemigos, y al que intentare desviaros de la senda de vuestros deberes, que ostentais para gloria del ejército español, asegúradle con una mano fuerte, presentado á vuestros gefes para recibir de la Reina el premio merecido á la lealtad, que os ofrece vuestro general.—FERNANDO FERNANDEZ DE CORDOVA.»

Tambien confirma el estado deplorable del Principado el siguiente bando del comandante general de Lérida:

«Don Mateo Lopez de Quintana, caballero con cruz y placa de la real y militar órden de San Hermenegildo, etc., etc.

«Considerando: Que entre los repetidos esfuerzos y criminal empeño con que los enemigos de diferentes partidos intentan derrocar el trono de nuestra legítima y augusta Reina doña Isabel II (Q. D. G.) y su actual gobierno, y señaladamente en la conspiracion que en la capital del Principado se fraguaba, y felizmente ha sido desecha con la prision de sus principales directores y cómplices, por el incesante desvelo del Excmo. Sr. capitán general de este ejército en la conservacion de tan precioso objeto y tranquilidad de los habitantes honrados y del pais, era uno de los principales objetos apoderarse de esta y otras plazas de su comprension, en la idea de ponerlas á disposicion del rebelde Cabrera.

«Teniendo presente que para el logro de sus fines, han debido contar con la cooperacion de agentes ocultos, confundidos entre la generalidad de los leales y sumisos habitantes de esta ciudad:

«Decidido por deber y principios á reprimir y castigar con mano fuerte y con todo el rigor de la ley el menor acto que tienda á perturbar la tranquilidad pública y la seguridad de la plaza que se me tiene confiada, y en vista de las facultades que por el estado escepcional en que se halla declarada esta provincia me competen;

«Hago saber:

Que en observancia de lo prevenido en los bandos anteriores, serán juzgados conforme á lo dispuesto en la ley de 17 de abril de 1821, y puestos á disposicion del consejo permanente y ejecutivo que en su virtud se halla establecido en esta plaza, cuantos oculta ú ostensiblemente conspiran contra su seguridad, ó intenten alterar la tranquilidad de sus habitantes. Lérida 3 de octubre de 1848.—El brigadier encargado, Mateo Lopez de Quintana.»

El gobierno, por su parte, ha conocido toda la gravedad de semejante situacion, espidiendo los dos decretos siguientes:

«Queriendo dar á las tropas del ejército de Cataluña un nuevo testimonio del aprecio con que miro su valor y constancia y el señalado

mérito que contraen, teniendo en consideracion lo que me ha espuesto el ministro de la Guerra, y conforme con el parecer del consejo de ministros, he venido en decretar lo siguiente:

Art. 1.º El tiempo de campaña en el ejército de Cataluña se contará doble á los generales, gefes, oficiales y tropa para los efectos que expresa el real decreto de 20 de abril de 1815 relativos á los ejércitos que combatieron en la guerra de la independencia.

2.º Las reglas que han de observarse para aplicar este abono á los individuos segun los diversos casos en que se encuentren, serán las mismas que sirvieron para aplicar el citado real decreto; pero no podrán optar á esta gracia los que no hayan estado empleados activamente en Cataluña, á lo menos dos años, habiendo concurrido en este tiempo á tres ó mas acciones de guerra.

Art. 3.º Desde el 1.º de octubre de 1846 se considerará al ejército de Cataluña en campaña para los efectos de este real decreto.

Art. 4.º De su ejecucion queda encargado el ministro de la Guerra.

Dado en palacio á 9 de octubre de 1848.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra, FRANCISCO DE PAULA FIGUERAS.»

Tomando en consideracion las razones que me ha espuesto el ministro de la Guerra, y conforme con el parecer del Consejo de ministros, he venido en decretar lo siguiente:

Art. 1.º Queda anulado lo mandado en el real decreto de 21 de junio de 1847, declarando incompatible el empleo de brigadier con el mando de regimiento, y con aquellos otros que correspondan á la clase de coroneles.

Art. 2.º En consecuencia de lo prevenido en el artículo anterior, podrán ya continuar y colocarse los brigadieres segun convenga en los mandos indicados que tenga á bien el gobierno, como se hacia antes de expedirse el mencionado decreto.

Art. 3.º El ministro de la Guerra queda encargado del cumplimiento de este decreto.

Dado en palacio á 9 de octubre de 1848.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra, FRANCISCO DE PAULA FIGUERAS.»

Las facciones del Maestrazgo poco ó nada adelantan; por el contrario, parece que de resultas de la activa persecucion que han sufrido se han diseminado y bajado á la parte llana, donde les será mas difícil sostenerse. El capitán general de Valencia publicó el bando siguiente:

«Don Juan de Villalonga, etc., etc.

«Convencido por las intenciones revolucionarias que han tenido lugar en diferentes puntos del distrito de mi mando de que hay un empeño por parte de algunos discolos de trastornar el órden; y como pese sobre mi autoridad el deber de reprimir con energía tan inicuo proyecto, dando á la vez seguridad á las personas é intereses de la inmensa mayoría pacífica, vengo en ordenar lo siguiente:

Artículo 1.º Se declara en estado escepcional todo el territorio de la capitania general de mi cargo.

Art. 2.º Las autoridades civiles continuarán en el ejercicio de sus funciones, pero con dependencia de las militares en todo lo que se refiera á tranquilidad pública y persecucion de los que la perturben; reservándome ademas entender en aquellos asuntos que reclamen mi particular atencion.

Art. 3.º Las personas que se hubiesen unido ó unieren á una fac-

cion, cualquiera que sea el grito por ella dado, y que directa ó indirectamente contribuyan á la rebelion, quedarán sujetas á mi autoridad para determinar lo que proceda con arreglo á las leyes.

Y para que por nadie se alegue ignorancia, se publicará y fijará este bando en los parages de costumbre. Cuartel general de Peñarroya á 28 de setiembre de 1848.—Juan de Villalonga.—Es copia.—El general segundo cabo, Joaquin Armero.»

Tambien se ha descubierto en Algeciras una conspiracion en sentido revolucionario, estando presos de sus results varios de los complicados en ella; y otra en Málaga, habiendo sido reducido á prision un tal Pino con otros, y apoderándose aquellas autoridades de papeles importantes.

Pero lo mas notable que acerca de conspiraciones ha ocurrido en la última quincena, es indudablemente la medida adoptada por el gobierno francés contra los emigrados españoles. Habiendo acudido nuestro embajador en la corte de Francia en queja de la impunidad con que los enemigos del gabinete Mon-Narvaez urdian planes y mas planes en la frontera, el presidente del poder ejecutivo ha mandado terminantemente sean internados todos los emigrados que conspiraban en Bayona y otros puntos fronterizos. En consecuencia han sido arrestados en Perpignan los señores don Patricio de la Escosura y el brigadier Moreno de las Peñas, y segun parece se les conduce á Lion.

Varios y de suma importancia han sido los decretos y resoluciones del gobierno en la anterior quincena. El primero es relativo á un registro general de penados que debe llevarse por los tribunales eclesiásticos y civiles, el ministerio fiscal y la secretaria del Despacho de Gracia y Justicia, para puntualizar, conforme se dice en dicho decreto, las circunstancias de *reincidencia*, *encarcelacion ó fuga*, *rehabilitacion y abuso de indultos*. Este registro no debe abrirse hasta primero de enero próximo, debiendo atenderse al decreto en que se manda establecer como parte adicional de las ordenanzas y reglamentos de los respectivos tribunales y juzgados.

Tambien se ha espedido por el ministerio de Gracia y Justicia un decreto en que se adoptan varias disposiciones relativas al órden judicial de los consulados de España en paises estrangeros, y con especialidad en los puntos de Levante y costas de Berbería.

La agricultura ha llamado sobre todo la atencion del gobierno y por el ministerio de Instruccion y Obras públicas se ha espedido el beneficioso decreto siguiente.

«Penetrada de la conveniencia de proceder en las disposiciones que preparo en beneficio de la agricultura, con arreglo á un sistema general, que partiendo del acontecimiento de lo existente, contribuya á conseguir las mejoras que me propongo en beneficio del estado; de conformidad con las razones que me ha espuesto mi ministro de Comercio, Instruccion y Obras publicas, y de acuerdo con mi Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Se crean comisiones régias con el objeto de inspeccionar el estado general de la agricultura en la nacion, y estudiar los obstáculos que puedan oponerse á su desarrollo y progreso.

Art. 2.º Las comisiones tendrán por objeto principal en sus trabajos estudiar y descubrir:

1.º Los medios de aumentar, variar y mejorar las producciones agricolas.

2.º Los medios de facilitar el consumo de las producciones agrícolas, fijándose especialmente en las comunicaciones.

3.º Los medios de mejorar la condición moral y física de la población destinada inmediatamente á las faenas agrícolas.

4.º Los parages donde puedan establecerse nuevas poblaciones rurales, los términos donde pudieran crearse, y los elementos de progreso y prosperidad con que puedan contar.

5.º Los medios de fijar en los campos la población agrícola, y las ventajas que de ello pudieran reportar los agricultores mismos, la agricultura y la sociedad.

Art. 3.º Los comisionados régios, para llenar su encargo, se propondrán examinar, respecto á cada uno de los cinco objetos espresados, los puntos que se determinan en las instrucciones generales que acompañan, y los que comprendan las especiales que se les comunicaren.

Art. 4.º Los gefes políticos, los gefes civiles, alcaldes y demas empleados públicos dependientes del ministerio de Comercio, Instrucción y Obras públicas reconocerán la inspección de los comisionados régios sobre todos los asuntos que son concernientes á su encargo, y les auxiliarán para que puedan llenar el eminente servicio público que les está encomendado. Al mismo fin cooperaran por su parte las diputaciones y consejos provinciales, las juntas de agricultura y las de comercio, las sociedades económicas y demas corporaciones que deban contribuir á la mejora de los ramos de administración y fomento que á las comisiones se encomiendan.

Art. 5.º Los comisionados régios podrán pedir de los archivos públicos del reino cuantas noticias y datos estimen conducentes al cumplimiento de su encargo.

Art. 6.º Tendrán los comisionados régios á sus órdenes, y llevarán por auxiliares, al ingeniero ó ingenieros del cuerpo de caminos y canales que para cada comision se designaren.

Art. 7.º Estas comisiones son gratuitas, pero se abonarán á los comisionados régios los gastos que se les ocasionen, y los que tengan que hacer para el pago de escribientes temporeros. Los ingenieros disfrutaran, además de su sueldo, la indemnización de gastos que le corresponda con arreglo á las instrucciones que rigen en la materia.

Dado en palacio á 5 de octubre de 1848.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Comercio, Instrucción y Obras públicas.—Juan Bravo Murillo.»

ALCANCE.

Como se habia previsto, la Asamblea francesa en la sesión del 9, decidió, por 627 votos contra 130, la elección de Presidente de la República por el sufragio universal, con la cláusula sin embargo de que el Presidente de esta manera electo haya de reunir una mayoría absoluta de votos por lo menos de 2 millones. Multitud de enmiendas contrarias á esta decisión habian sido sucesivamente desechadas.

Temíase que á consecuencia de esta resolución de la Asamblea, el gobierno, y principalmente el general Cavaignac, hiciera proposiciones ó tomara algun partido que equivaliera á una dimisión.

PARTE HISTORICA.

ALEMANIA.

SUMARIO.

Operaciones de los ejércitos húngaro y austro-croata.—Decretos del Emperador.—Estalla la insurreccion en Viena.—Cruel asesinato del ministro de la Guerra, conde de Baillet-Latour.—Toma del arsenal.—Reúnese la Dieta.—Nombramiento de una comision ejecutiva.—Proclamas de la Dieta.—Fuga del Emperador.—Manifiesto del mismo.—Disposiciones adoptadas por la Dieta.—Proclamas á los pueblos alemanes.—Actitud de las tropas.—Aproximacion de Jellachich á Viena.—Pónese esta ciudad en estado de defensa.—Manifestacion de Schuselka, presidente de la comision del poder ejecutivo.—Pasan comisionados de la Dieta al campo enemigo.—Marcha sobre Viena otro ejército de Bohemia al mando del príncipe Windichgraetz.—Proclama de éste al dejar á Praga.—Crítica situacion de Viena.—Dimision del ministro Krauss.—Escenas en la Dieta.—Mensaje á esta de la Hungría.—Indecision de la Dieta.—Protestan los diputados en Praga.—Salida de un ejército húngaro contra Jellachich.—Otro manifiesto del Emperador.—Llegada de este á Olmutz y disposiciones que toma.—Nombramiento de comandante de la guardia nacional.—Medidas propuestas por la Dieta.—Comunicacion á esta del ban Jellachich.—Respuesta al mismo.—Cuarto mensaje al Emperador.—Nueva comunicacion del ban á la Dieta y contestacion de la misma.—Comunicacion de Schuselka sobre el estado de la ciudad.—Confírese el mando de la guardia nacional á dos oficiales polacos.—Impaciencia del pueblo por la poca energía de la Dieta.—Pasa á Olmutz por orden del Emperador el príncipe Windischgraetz.—Proclama de este.—Estado del campamento al frente de Viena.—Rumores de haber sido derrotada una columna húngara por tropas de Jellachich.—Efectos de la insurreccion vienesa en toda la Alemania.—Alborotos en Cataro y Lubeck.—Desórdenes en Berlin.—Asamblea de Francfort.—Mensaje á los vieneses.—Conducta opuesta del Vicario del imperio.

La capital de Austria ha vuelto á ser teatro de terribles acontecimientos, los cuales no creemos exagerar al decir que egercerán una influencia quizá decisiva en los negocios generales de Europa. La suerte de la monarquía austriaca, de la Hungría, de Alemania, de Italia, debía depender en gran parte del resultado de la nueva revolucion ocurrida en Viena los dias 6 y 7 de octubre.

La primera accion trabada entre los ejércitos húngaros y austro-croatas, fué favorable á aquellos, gracias á las disposiciones militares del

Octubre 30 de 1848.

TOMO II. 22

mayor general Moga y de la energía con que fueron ejecutadas. Rechazado Jellachich de Buda tuvo que replegarse hácia el camino de Viena, de cuya capital probablemente esperaba socorros; pero para no ser sorprendido el ejército húngaro por las tropas austriacas, el general de aquel concentró las suyas en Markon-Wasa, apoyando su izquierda en el Danubio y su derecha en una cordillera de montes, posicion en que no era probable fuese atacado con ventajas por el enemigo.

Jellachich entonces, trató de pasar el Danubio y dirigirse á Pesth situado en la márgen izquierda de aquel rio; pero las tropas húngaras impidieron su movimiento por medio de un combate parcial, con gran satisfacción de los húngaros, cuyo entusiasmo rayaba en delirio, obligándole á replegarse hácia las fronteras de Austria.

Los húngaros en vez de dormirse sobre sus laureles decretaron en seguida un armamento general, y á su voz acudían tropas de todas partes, desertándose para ir á unirse á sus filas los soldados de los regimientos acantonados fuera del reino.

Estas noticias y principalmente la del bárbaro asesinato del conde Lamberg que dejamos referida en nuestro número anterior, causaron profunda sensación en la córte imperial, obligando al Emperador á tomar medidas extraordinarias, y á expedir en su consecuencia los decretos siguientes:

REAL DECRETO.

Nos Fernando I, emperador constitucional etc.

Nombro mi *feldzugmeister* y teniente capitán de la guardia de corps húngara á Adam, baron de Recszy, presidente del ministerio húngaro, con la misión de formar un nuevo gabinete.—Schœnbrunn 3 de octubre de 1848.—FERNANDO.

RESCRIPTO REAL.

Nos Fernando I, emperador constitucional, etc.

Con profundo dolor é indignacion hemos visto que la Cámara de diputados, arrastrada por Luis Kossuth y sus partidarios, ha cometido grandes ilegalidades, tomando resoluciones contra nuestra voluntad real, y siendo causa, por una determinacion suya del 27 de setiembre, de la muerte de nuestro comisario real, el conde Francisco Lamberg, enviado para restablecer la paz, y en medio de un camino público por una multitud furiosa, cruelmente asesinado. En estas circunstancias nos vemos forzados para cumplir con nuestro deber real, y mantener la seguridad y las leyes, á ordenar lo que sigue:

Queda disuelta la cámara, cesando inmediatamente en sus funciones desde la publicacion de este decreto.

Ponemos bajo las órdenes de nuestro ban de Croacia, Slavonia y Dalmacia, teniente feld-mariscal baron José Jellachich, todas las tropas y cuerpos armados de la Hungría y demas países dependientes suyos, comprendiendo igualmente esta orden a los guardias nacionales y voluntarios.

Hasta que la paz y el orden sean restablecidos, el reino de Hungría queda sometido á la ley marcial.

Encargamos particularmente á nuestro comisario real que proceda cuanto mas antes con todo el rigor de las leyes contra los asesinos del conde Lamberg, y asi mismo contra los autores del motin y contra todos cuantos en él han tomado parte.—Dado en Schoenbrunn á 5 de octubre de 1848.—FERNANDO.

La anterior disposicion, la noticia de la victoria conseguida por los húngaros contra el ejército de Jellachich, el haberse esparcido el rumor de la retirada de este general hácia las fronteras de Austria, y la publicacion de su correspondencia con el ministro de la Guerra austriaco conde de Latour, irritaron estraordinariamente los ánimos en Viena. Enterado el partido liberal aleman, el conocido con el nombre de partido tricolor, de que el ministro se hallaba en connivencia con Jellachich y de que queria enviar parte de la guarnicion en auxilio de los croatas, resolvió oponerse por cuantos medios pudiera á la salida de las tropas. Los hombres de accion de dicho partido, con cuyas simpatias contaban ya los húngaros, se esparcieron por los campos, sublevaron á la muchedumbre, atragéronse parte de la guardia nacional y del regimiento de granaderos que ya habia recibido la orden de marchar, y el dia 6 de octubre millares de paisanos armados cortaron los puentes impidiendo el paso á los batallones que escoltados por un regimiento de coraceros iban á pasar el Danubio. Trabóse entonces una lucha desesperada, durante la cual se pasó á los insurgentes parte del regimiento de Deutschmeister; el coronel Klein que mandó componer los puentes quedó muerto en ella, y la guardia nacional cuyo auxilio se invocó contra el pueblo, se unió por el contrario á él en su mayor parte. El regimiento infantería de Nasau que acababa de llegar y los guardias nacionales del partido llamado austriaco, rompieron un fuego vivísimo hácia el arrabal de Leopoldstadt, sobre el cual se habian replegado los insurrectos, y el combate duró hasta medio dia.

A poco estalló la insurreccion en el casco de la ciudad, levantáronse barricadas, y mientras la sangre corria á torrentes por las calles, ocurría en el ministerio de la guerra una escena espantosa. El conde Baillet-Latour, ministro como ya hemos dicho, dirigiase á su palacio cercado de algunos diputados, cuando una turba de insurrectos se apoderó de él y le asesinaron inhumanamente á hachazos y palos. No contentos con esto

aquellos hombres furiosos colgaron su cadáver de un farol y lo acribillaron á balazos.

Animados cada vez mas los insurgentes y contando como contaban con el apoyo de mucha parte de la guardia nacional, atacaron al arsenal defendido por tropa y algunos guardias nacionales. Estos quisieron capitular, pero los sitiadores no admitieron sus proposiciones, y durante toda la noche se hizo por una y otra parte un espantoso fuego de cañon, hasta que á las cuatro de la madrugada fué tomado el arsenal, apoderándose los insurgentes de las armas.

Ni aun durante las memorables jornadas de junio en París parecia haberse dado un combate tan encarnizado y sangriento como el que tuvo lugar el dia 7 en la capital de Austria. Solo el asalto del arsenal duró 15 horas, no retirándose las tropas hasta que el fuego, puesto por la multitud, hacia crugir en algunos parages y hundia con horrible estruendo los techos del edificio. En el arrabal de Leopoldstadt, en las plazas de San Esteban, Freigung y Am-Scott, la artilleria lanzaba torrentes de fuego y de metralla y hasta despues de 48 horas de la refriega se veian por todos aquellos sitios ennegrecidos rastros de sangre. De las 600 ó mas víctimas en que se calculaba la pérdida por ambas partes, una tercera parte pertenecian á la guardia nacional.

Mientras que ocurrían estas espantosas escenas, reunióse la Dieta bajo la presidencia de Smolka, diputado de la Gallitzia y primer vicepresidente de la Asamblea, y nombró una comision para que obrase como poder ejecutivo. Casi todos los que entraron á formar parte de ella pertenecian á la fraccion de la izquierda, y por unanimidad resolvieron enviar municiones á la legion Académica para precipitar la toma del arsenal, el cual se anunció que estaba ardiendo á media noche. Constituida la Dieta en sesion permanente publicó acto continuo las siguientes disposiciones, á fin de dirigir á buen término la insurreccion.

Proclama.—«La Dieta anuncia que en este momento toma medidas para alejar las tropas del recinto de la ciudad, y para obtener una amnistia general en favor de todas las personas militares ó civiles, respecto de todo cuanto ha pasado hoy. Viena 6 de octubre de 1848.—En nombre de la Dieta, el primer vicepresidente, Smolka.

Aviso.—«La Dieta ha resuelto invitar á S. M. á formar un ministerio nacional que goce de la confianza del pueblo: en este ministerio deberán entrar los ministros Norusbork y Dobbhoff, como condicion indispensable para el restablecimiento del orden. La Dieta ha manifestado tambien á S. M. que anulase el decreto de 3 del corriente, por el cual se nombra á Jellachich comisario real de Hungria, y que al mismo tiempo publicase una amnistia general que comprenda indistintamente á todas cuantas personas han tomado parte en los acontecimientos de hoy.

«En seguida S. M. ha dado á la Dieta la seguridad de que se formaría un ministerio nacional, en el cual entrarían los ministros Dobbhoff y Norusborg, añadiendo que se pondría de acuerdo con el nuevo gabinete, á fin de tomar las medidas necesarias para el bien de la monarquía. S. M. ha mostrado igualmente su esperanza de que la población de Viena contribuiría enérgicamente al restablecimiento del orden legal.—Viena 6 de octubre de 1848.—En nombre de la Dieta, el primer vice-presidente, Smolka.»

«El ministro del Interior anuncia que el ministerio está resuelto á mantener enérgicamente la tranquilidad y el orden legal, é invita á los guardias nacionales que quieran secundarle en este propósito, se den á conocer todos por escarapelas blancas. El ministerio ha visto con el mas profundo dolor á los ciudadanos batirse unos contra otros, sin ninguna razon plausible.—Viena 6 de octubre de 1848.—El consejo de ministros etc.»

La Dieta ha adoptado la resolucion siguiente:

«La direccion del camino de hierro del Norte recibirá orden de no admitir ningun militar en sus convoyes. Esta resolucion será trasmitida á Olmutz y Brunm.—El primer vice-presidente de la Dieta, Smolka.»

Proclama.—«La Dieta, informada de los sensibles sucesos que han afligido á esta capital, se ha reunido, y llena de confianza se dirige á la población de Viena para que le auxilie en llevar á efecto tan difícil empresa. La espresion del profundo pesar con que la Dieta ha visto el acto de barbarie que ha ocasionado la muerte violenta del ministro Latour, servirá tambien para esplicar su firme esperanza y su decidida resolucion, de que desde este momento solo reine el respeto á las leyes.

«Constituida en sesion permanente, tomará en esta situacion cuantas medidas exijan la necesidad del orden, cuidando de asegurar la plena y completa ejecucion de sus resoluciones y la libertad de los ciudadanos. La Dieta se dirigirá al mismo tiempo al monarca para recomendarle que separe de su lado ministros que no poseen la confianza del pais, y que reemplace su ministerio por otro nacional. La Dieta en fin coloca la seguridad de Viena, la inviolabilidad de la Dieta misma y del trono, y por consiguiente la prosperidad de la monarquía, bajo la proteccion de la guardia nacional de Viena.—Viena 6 de octubre de 1848.—En nombre de la Dieta.—El primer vice-presidente.—Francisco Smolka.»

El Emperador entretanto abandonaba á Schœnbrunn acompañado de su familia dirigiéndose hácia Lintz, seguido de las tropas que habia en el primer punto, y de ocho compañías que acababan de llegar é igualmente se le habian unido. Antes de ponerse en marcha dirigió Fernando al ministro de Hacienda un manifiesto, del cual dió cuenta á la Dieta en estos términos:

Hace una hora, un dependiente de palacio me ha dirigido una carta sellada, en la que se encuentra un manifiesto del Emperador concebido poco mas ó menos en los términos siguientes:

«He hecho cuanto puede hacer un soberano por el bien de sus pueblos; he renunciado al poder absoluto que me habian legado mis antepasados. En el mes de mayo he sido obligado á abandonar el castillo de mis padres, y me he quedado sin mas garantía que la de la confianza en mi pueblo. Una pequeña fraccion, fuerte por su audacia, ha llevado las cosas hasta el último extremo. El pillage y el asesinato reinan en Viena, y el ministro de la Guerra ha sido muerto. Tengo confianza en Dios y en mi buen derecho, y abandono los alrededores de mi capital para hallar los medios de socorrer al pueblo oprimido. Que los que aman al Austria y su libertad, se agrupen al rededor del Emperador.»

Añadió en seguida el ministro que una esquila del Emperador le invitaba á firmar el manifiesto anterior, pero que no habia querido hacerlo, y se remitia sobre semejante hecho á la ilustracion de la cámara. Como el ministerio se hallaba de hecho disuelto, un individuo de la comision ejecutiva recientemente nombrada, propuso que continuasen al frente de todos los negocios los ministros Horobolk, Dobbhof y Krauss, y que indicaran á S. M. el modo de completar el gabinete; esta proposicion fué adoptada por la Dieta, la cual hizo otro tanto unánimemente y por aclamacion con las siguientes disposiciones presentadas por el mismo diputado:

1.^a La Dieta, que por otra parte en calidad de Dieta constituyente, no puede ser disuelta antes del cumplimiento de su mision, declara tambien que no se disolverá por ningun motivo en las circunstancias mas graves y terribles, y permanecerá constantemente fiel á sus deberes,

2.^a La Dieta es indivisible, y representa todos los pueblos del Austria que la han elegido.

3.^a La Dieta es, con arreglo al manifiesto imperial del 16 de junio y á la libre eleccion del pueblo, el solo órgano constitucional legal entre el monarca constitucional y el pueblo soberano, para la defensa de la libertad inviolable del pueblo y del trono hereditario.

4.^a La Dieta, componiéndose de libres, representantes de pueblos libres, no impondrá coaccion moral á ningun diputado.

5.^a La Dieta se mantendrá con firmeza en el terreno constitucional, para defender por medio de medidas constitucionales y legales, la patria, la libertad del pueblo y el trono hereditario.

6.^a La Dieta invita á todos los miembros ausentes, con licencia ó sin ella, á volver á sus puestos dentro del término de 15 dias.

Acordóse en seguida dirigir al pueblo la siguiente proclama, cuya redaccion fué encargada á Schuselka, y traducida en los

diferentes idiomas de la monarquía, remitirla á todas las provincias:

PROCLAMA DE LA DIETA A LOS PUEBLOS ALEMANES.—«Pueblos del Austria!—Las consecuencias del deplorable acontecimiento amenazan con mover la base, apenas colocada, de nuestro edificio político.

«La Dieta constituyente se ha declarado por sí misma permanente, y ha elegido al mismo tiempo entre sus miembros un comité permanente para la conservacion del orden y de la seguridad pública. Tambien ha conservado la posicion que habia tomado para con el trono constitucional. Ha enviado una diputacion á S. M. el Emperador constitucional para llenar, de acuerdo con el augustó depositario de la soberanía, los votos del pueblo soberano.

«S. M., en su bondad, ha parecido desde luego dispuesto á separar del ministerio los hombres que habian perdido la confianza del pueblo, y ha prometido deliberar sobre los negocios de la grande patria.

«Desgraciadamente S. M. ha tomado el 7 la resolucion deplorable de alejarse de la vecindad de la capital.

«¡Pueblos del Austria! ¡pueblo de Viena! la Providencia nos ha señalado una mision tan alta como dificil; nosotros deberemos acabar una obra que, en caso de salir bien, sobrepujará todo aquello que la historia del mundo presenta de mas grande y sublime; nosotros vamos á levantar un edificio político, que reuna los diferentes pueblos en un pueblo hermano, cuya firme base sea la igualdad de derechos, cuyo principio vital sea una libertad igual para todos.

«Segun lo que reclamá la necesidad, y con arreglo á las leyes de la monarquía constitucional, la Dieta ha tomado las resoluciones siguientes:

«1.º Los ministros Doblhoff, Norusbork y Krauss dirigen los negocios de todos los departamentos; no solamente vigilan por el orden de los negocios, sino que tambien están encargados de asegurar el resultado reuniendo nuevas fuerzas, y últimamente de presentar lo mas pronto posible á S. M. la lista de los nuevos ministros que se han de nombrar y de mantenerse en relaciones continuas con la Dieta.

«2.º Se dirigirá á S. M. una memoria á consecuencia del manifiesto de S. M. el Emperador constitucional, informándole del verdadero estado de cosas, y se le asegurará sinceramente que respecto de él, permanece inalterable el amor de los pueblos del Austria. La Europa nos contempla con admiracion; y la historia escribe entre sus hechos mas esclarecidos la brillante página de la conquista de nuestra libertad.

«Dios proteja al Austria.—Smolka, vice-presidente.—Widser, secretario.»

El comité de salud pública que se formó en el seno de la Dieta, compuesto de miembros pertenecientes á la extrema izquierda, informado de que los obreros de los establecimientos manufactureros de las cercanías

habian sido llamados en socorro de los clubs, dió orden á los directores de los caminos de hierro, para impedir todo transporte de obreros á la capital. Mandó tambien cerrar el arsenal, despues que ya se habian armado mas de 30,000 personas, con orden espresa de que á nadie, quien quiera que fuese, se entregaran mas armas. Por último, á pesar de las instancias de los clubs no se atrevió á mandar retirar las tropas que habia en los cuarteles de las cuales era general en jefe el conde de Auesperg. Este, habiendo reunido algunos regimientos acampados en las inmediaciones de Viena, se atrincheró en el palacio de Belvedere cuya posicion domina la ciudad, é interpelado por el comité sobre sus intenciones, declaró, que á consecuencia de la protesta del Emperador contra los últimos trastornos politicos, esperaba las órdenes de su soberano, y que no tomaria la ofensiva sino en el caso de ser atacado, pero que entonces bombardearia la ciudad.

La posicion de estas tropas causaba grande inquietud á la capital, la cual se aumentó estraordinariamente al saberse el dia 9 la aproximacion de las de el ban de Croacia. El comandante en jefe de la guardia nacional recibió orden de poner la ciudad en estado de defensa, y al toque de generala todo el mundo se apresuraba á ocupar su puesto. Los obreros armados esperaban el momento del combate, se organizó una guardia movilizada, y el comité de estudiantes se declaró en sesion permanente. En la de la dieta del dia 10, Schuselka, encargado de la comision ejecutiva, se espresó de este modo. «La noche se ha pasado con tranquilidad; se nos han dado partes de que por todos lados avanzan sobre Viena considerables masas de tropas; y solo con gran trabajo ha podido la comision contener á los ciudadanos armados para atacarlas, pues no se ha decidido todavia á organizar completamente el landsturn, aunque tampoco deseche el socorro de los campesinos, bajo el concepto de que estendiéndose nuestras comunicaciones hasta Brienj, serán prontas y eficaces las señales que hagamos en el momento decisivo.

«Al amanecer se ha adquirido la seguridad de ser cierta la noticia de que Jellachich avanza desde Kerer Ebersdorf, y que el conde de Auesperg habia recibido refuerzos; é intentando entonces la comision nuevamente los medios pacíficos envió al citado conde una comision compuesta de los señores Pillersdoof, Borrosch y Llobuiski, proponiéndole retirarse de su posicion, asi como por su parte el ministerio, de acuerdo con la comision, espidió un despacho al ban, en el que se opone á que el suelo austriaco venga á ser el teatro de la Hungría-croata, y asi, dice, como dos dias hace habiamos cesado en la distribucion de armas, ahora, en este momento crítico, hemos concedido plenos poderes al consejo de administracion, de acuerdo con el comandante en jefe de la guardia nacional, para entregar todas las demas de los almacenes á

los hombres capaces de llevarlas; y á fin de que haya unidad en los movimientos, hemos dado ámplios poderes al consejo comunal y al comandante en jefe para dirigir todos los medios de defensa.»

El ban de Croacia y el conde de Auesperg se negaron completamente á entrar en ningun género de tratos con los comisionados de la Dieta que se presentarón en sus respectivos campos para saber cuáles eran sus intenciones. Los dos gefes militares contestaron enérgicamente que no tenían otro objeto que el de defender el principio monárquico y cumplir con las órdenes del Emperador.

En virtud de estas respuestas, la legion Académica secundada por la guardia nacional, ocupó los bastiones de la ciudad, y los cañones se colocaron de modo que pudieran cruzarse los fuegos sobre los puentes. Intimidóse un pronto levantamiento general, pues se decia que iba á ser atacado Auesperg sino abandonaba su posicion; este sin embargo se presentaba cada vez mas amenazador, habiendo ahorcado á cuatro estudiantes que cogió prisioneros durante la noche. Los escesos tanto de los sitiadores como de los sitiados tenían de tal modo arredrados á los habitantes de Viena que cuantos podian abandonaban la ciudad, amenazada á un mismo tiempo por tres grandes cuerpos de ejército; pues que tambien llegó la noticia de que el mariscal Windischgraetz, gobernador de Praga, se habia puesto en marcha con una parte de las tropas que se hallaban en Bohemia para apoyar al ban de Croacia. Windischgraetz al dejar á Praga publicó la siguiente proclama:

«A los habitantes de Bohemia: La anarquía y sus terribles consecuencias, que desgraciadamente acaban de estallar en Viena de la manera mas irritante, y que amenazan aniquilar todas las bases de una constitucion arreglada, me imponen el deber de separar de aqui una parte de los bravos soldados que están á mis órdenes, para proteger la sagrada persona del monarca, y garantir la unidad de la monarquía constitucional. La paz que reina aqui desde hace algun tiempo, y las manifestaciones leales de los habitantes, me convencen de que los deplorables acontecimientos de junio han sido promovidos por una influencia estrangera. Dejo la ciudad y el pais con la segura confianza de que el orden y la tranquilidad no serán turbados: el honor y el bienestar de la nacion dependen de que esta confianza no sea jamás engañada.

Praga 11 de octubre de 1848.—El general, príncipe Windischgraetz.»

Los vieneses por su parte contaban con el auxilio de un ejército húngaro, el cual segun ellos decian iban en seguimiento de los croatas. Lo cierto era que la situacion de Viena no podia ser mas crítica: el único ministro que quedó en la Dieta, Mr. Krauss, presentó su dimision

apoyándola en que otro tanto habían hecho sus compañeros que se hallaban cerca del Emperador. En vista de esto, la legion Académica, usando de su soberanía, nombró á un estudiante llamado Bischoff, gefe del gobierno provisional, si bien la Dieta no admitió este nombramiento. Al comenzarse la sesion del 12 anunció un diputado á la Dieta, que varias gentes del pueblo habían presentado en la antesala el cadáver de un hombre horriblemente mutilado, á fin de que los representantes se convenciesen de la crueldad y atroz conducta de las tropas. En seguida Schuselka dió cuenta á la cámara de que acababa de llegar una diputación de dos individuos de la Dieta húngara encargada de presentar á la Asamblea el mensaje siguiente:

«A la Dieta constituyente de Viena: La nacion húngara empeñada en una guerra santa por su libertad y buen derecho contra la traicion, inaudita en la historia del mundo, de la camarilla reaccionaria, y contra mercenarios perjuros, se halla penetrada del mas vivo reconocimiento al heroico sacrificio de los habitantes de Viena. El rebelde Jellachich empuja sus infames hordas, que pelean para combatir la libertad, aunque lo probable es que, acosado por nuestras valientes tropas, ha fenido que arrojarlas sobre el territorio austriaco, por lo cual se halla amenazando á Viena.

«La nacion húngara afirma delante de Dios y de los hombres que si sus tropas persiguen en Austria al enemigo fugitivo, no llevan en esto intencion de violar su territorio, sino que todavia en tal caso obedecerá al impulso de su reconocimiento que le impone el honorífico deber de no abandonar á los habitantes de Viena sin prestarles sus auxilios contra el enemigo comun. *Salud, consideracion y amor fraternal.* Pesth 10 de octubre de 1848.—*De la Dieta húngara.*»

El mismo diputado añadió que habia llegado del campamento de Auesperg y de Jellachich una carta en la que se leia que el primero habia invitado al ban á retirarse, pero que este contestó que si se habia aproximado á las fronteras austriacas, fué á consecuencia de una alta mision; que hallándose allí supo los sucesos ocurridos en Viena, y era muy natural que siendo general del imperio y del reino, le interesaran los asuntos de uno y otro.

La Dieta á no dudarlo carecia de resolucion y no sabia verdaderamente la marcha que debia seguir; pues mientras por una parte creyéndose aun con suficiente fuerza y poder declaraba nulas todas las disposiciones que cualquier parlamento aislado y accidentalmente tomase, en la misma sesion acordó mandar un tercer mensaje al Emperador, á pesar de que S. M. I. no se habia dignado contestar á los dos anteriores. Al propio tiempo los diputados de Bohemia reunidos en Praga, protestaban contra todo cuanto se hacia en Viena, lo cual probaba en

fin que la escision de todos los elementos hostiles que existian entre ellos habia llegado á su colmo.

Dióse cuenta en la Dieta de Viena que la de Hungría habia enviado dos diputados anunciándola la salida de un ejército húngaro para aniquilar á Jellachich, y en seguida se pasó á la lectura del siguiente

MANIFIESTO DEL EMPERADOR.—«Al pueblo de mis provincias hereditarias alemanas.

«En el momento de mi partida de Schœnbrunn, he dirigido á Viena un manifiesto destinado á ser refrendado y publicado, en el cual mostraba mi indignacion y profundo disgusto por los tristes y horribles acontecimientos provocados últimamente por un partido débil, es cierto, pero en estremo decidido, y opresor de toda libertad. Declaraba al mismo tiempo en este manifiesto que el fin principal de mi viage, sin embargo de estar decidido á volver sin otra garantia que el amor de los habitantes, era colocarme en un punto de la monarquia mas conveniente en este momento, desde donde pueda fundar la libertad constitucional y hacer un bien comun, real, durable, igualmente provechoso para todos, sin alterar en nada las ventajas que han obtenido ya mi sancion.

«Como á consecuencia de esos desórdenes que todavía duran, este manifiesto no haya quizá llegado á su destino, ni tampoco haya podido ser llevado á conocimiento de todos, he determinado hacer pública mi voluntad en las provincias, y principalmente en los lugares del tránsito para tranquilizarlos.

«Herzogenbourg 8 de octubre de 1818.—FERNANDO.»

El Emperador llegó á Olmutz con una fuerte escolta de caballería, á cuyo punto parece que mandó llamar á Wessenberg, Windischgrætz y Jellachich. Despues de su llegada resolvió que las tropas de todas las provincias marchasen sobre Viena, á donde debian llegar el 15, y concluyó al propio tiempo un tratado con la Rusia, en el cual se estipulaba que en el caso de tumultos ó insurreccion en Gallitzia despues de la partida de los regimientos, las tropas rusas pasarian la frontera á peticion del gobierno austriaco y se pondrian á las órdenes de un general de la misma nacion.

La Dieta continuaba ocupándose muy principalmente de la organizacion y disciplina de la guardia nacional, á cuyo frente se puso al fin interinamente Wessenhoussen, despues de cuatro sucesivos nombramientos en un solo dia, y en la sesion del 12 propuso:

- 1.^o Que todos los hombres útiles para el servicio de las armas se pongan bajo las órdenes de gefes de cuartel, y cada uno cerca de su domicilio.
- 2.^o Que todos los hombres armados se sometan al mando del comandante superior.

3.º Que la negligencia en el servicio y la traicion sean castigadas por un tribunal especial de disciplina.»

En la sesion del 15 dió cuenta Schuselka de que se habia recibido una comunicacion de Jellachich en la que decia que la alta Dieta podia tener confianza en los sentimientos que le habian conducido delante de Viena, y que él por su parte se hallaba dispuesto á proteger las instituciones libres de la patria, como lo probaba su intervencion en Italia. Añadia ademas, que seria muy triste ver á Viena convertida en teatro de un sangriento combate y que deseaba tan solo una paz que restableciese el órden, la libertad y la felicidad de los pueblos. Prosiguió Schuselka diciendo que la comision, en medio de las estrepitosas risas que produjeron las liberales palabras del ban, propuso la siguiente respuesta: «La Dieta constitucional declara, que en Viena no reina la anarquía ni la fuerza bruta y que la Dieta y el ministerio se esfuerzan en mantener el órden legal secundados por el pueblo. El pueblo está armado; pero esto es natural hallándose amenazado por dos ejércitos enemigos. La noticia de la llegada de los húngaros, ha sido recibida con júbilo por la Dieta. Sentiríamos tambien que Viena fuese teatro de un conflicto sangriento; pero en todo caso la presencia de V. E. seria la causa. Solo hay un medio de evitar este conflicto: retírese V. E. El mensaje que enviamos al Emperador es la mejor prueba de que deseamos formalmente la paz.»

He aquí el cuarto mensaje que la alta cámara enviaba al Emperador, por el cual, á pesar del mal éxito que habian tenido los anteriores, votaron la mayoría de los diputados, á fin de intentar de nuevo todos los medios pacíficos.

«Magestad:—Solo han mediado tres dias desde que remitimos á V. M. el primer mensaje hasta que remitimos el presente, y sin embargo, desde entonces cada hora que pasa ofrece como mas inminente la ruina del estado. Las cosas han llegado á tal punto, que solo se puede salvar el estado; teniendo en cuenta los deseos de los pueblos. Se presenta como el único medio un congreso de los pueblos con mediadores internacionales.

«Con las victorias, con los ejércitos solo se conseguirá agravar el mal. Los pueblos confian todavia en su monarca constitucional, y esperan que S. M. preferirá un congreso de paz á la sangrienta fuerza de las armas. El único objeto de la leal Dieta es poner un término á la guerra civil, y facilitar una union fraternal de los pueblos, que proteja los intereses de todos los pueblos de la monarquía. Convoque V. M. este congreso en Viena, lo mas pronto posible, agregándole un comité internacional de la Dieta austriaca, con la cooperacion de ministros responsables, y haciendo que tomen parte en este congreso los representantes del reino Lombardo-Veneto.»

Por último en la sesión del 15 se dió cuenta de una carta del ban Jellachich á la Dieta concebida en estos términos:

«A la alta Dieta.—Sabemos que la Dieta ha hecho cuanto le ha sido posible por conservar la paz; pero es menester que los húngaros no pasen la frontera. La alta Dieta debe impedirlo, de otra manera la batalla es inevitable. El interrumpido trasporte de víveres puede restablecerse, si se permite á los soldados ir á buscarlos á la ciudad. Tambien es necesario que el prisionero general Recsey sea puesto en libertad.»

La comision resolvió contestar en la forma siguiente:

«Una diputacion ha ido á presentarse á S. M. para invitarle á que acceda á las proposiciones de paz que se han hecho con la esperanza del éxito; la Dieta ha hecho cuantos esfuerzos han estado en su mano para impedir la hostilidad contra las tropas. Ayer ha sabido por medio del principe Lobkowitz, que los generales no atacarian á la ciudad; pero las diversas medidas que V. E. ha adoptado se acuerdan tan mal con las seguridades de paz de los generales, y la palabra del Emperador, que la Dieta cree deber protestar formalmente.

«En lo respectivo á los húngaros, la Dieta no los ha llamado, y por consiguiente no puede despedirlos.

«En las circunstancias actuales la Dieta no quiere otros medios de hacer la paz que el que se retire V. E. y su ejército. Entonces solamente invocando las proposiciones de paz hechas á S. M. podrá mandar al ejército húngaro que se detenga. La Dieta cumple asi su deber, y si no se acepta la condicion que propone, cesará su poder pacífico, y todo dependerá de la batalla con los húngaros, de que será responsable el que la haya hecho necesaria.»

Schuselka anunció en seguida que la situacion no habia cambiado; que todos los alrededores de Viena se hallaban convertidos en un vasto campamento; que era probable que las tropas húngaras pisasen ya el territorio austriaco; que se oyó á lo lejos fuego de artillería; que la agitacion habia cesado algun tanto en la ciudad, y que se habian tomado las medidas necesarias como en la época de los sitios de los turcos. La poblacion se hallaba resuelta y decidida á resistir á todo ataque, y el mando de la guardia nacional habia sido conferido á dos oficiales polacos llamados Boehm y Jelovitzky; el primero dirigió la artillería polaca en la batalla de Ostrolenka, y el otro habia servido en la legion estrangera en Africa.

En Viena, por último, no habian empezado aun las hostilidades, y la impaciencia del pueblo se habia cambiado en indignacion murmurando en general contra la Dieta por la marcha conciliadora que seguia, en aquellos momentos en que mas que nunca debiera obrar con resolucion firme por la causa del pueblo. Decíase que la Dieta al proponer un con-

greso de todos los pueblos del Austria, hacia el postrer esfuerzo para el logro de un arreglo pacífico, decidiéndose á obrar al fin, si no podia conseguir este intento.

El príncipe Windischgraetz que fué llamado á Olmutz por el Emperador, y al cual habia conferido éste el mando superior de las fuerzas que se hallaban delante de Viena, publicó antes de su salida de dicho punto la proclama siguiente:

«Los últimos acontecimientos de Viena manifiestan desgraciadamente un estado de escitacion que destruye todo órden, desprecia las leyes y la Constitucion, haciendo imposible la proteccion debida á la propiedad. Esta situacion exige, en el interés de todos los ciudadanos, que cuanto mas antes se le ponga término, y esto solo puede conseguirse por medio de medidas enérgicas. Los preparativos militares que se han hecho, no están destinados de ninguna manera á restringir los derechos acordados por S. M. nuestro augusto Emperador: sino, por el contrario, tienen por objeto garantir la seguridad del estado, defendiéndole, y á cada uno en particular, de la anarquía. Invito á todas las personas sensatas que alejen de sus ánimos la desconfianza y el recelo, y toda sospecha sin fundamento, y á no poner obstáculos á las medidas necesarias para el bien general.

Olmutz 11 de octubre de 1848.—En nombre del príncipe Windischgraetz,—de Wyss, general mayor.

El príncipe se aproximaba á Viena, delante de cuya capital se hallaban ya reunidos el dia 17 sobre 80,000 hombres, y reinaba grande incertidumbre acerca de sus planes. Las tropas de Jellachich se acamparon en el palacio de Schœnbrunn las cuales habian quedado reducidas á 35,000 hombres, pues los 21,000 de gente menos disciplinada, que traia consigo, los habia hecho volver á Hungría, habiendo segun las noticias que circulaban, dispersado á una columna respetable de la guardia landsturn húngara que se dirigia á Viena.

Los acontecimientos de esta capital, como era de esperar, produjeron sus efectos en toda la Alemania. En el círculo de Cataro estalló una terrible insurreccion, y los insurgentes de Zuppa reunidos á 1,500 montenegrinos, atacaron á las tropas austriacas. En Praga reinaba grande efervescencia, y en Lubeck, la noche del 9 ocurrieron graves desórdenes. Los llamados habitantes de Lubeck, enviaron á los ciudadanos reunidos en la iglesia reformada, una diputacion que fué rechazada. En seguida se presentaron en una masa delante de la iglesia, é impidieron la salida de los ciudadanos; se tocó generala, se hizo fuego sobre el pueblo, quedando muerto un marinero, y á las dos horas de haber llegado la tropa, quedó restablecida la tranquilidad. En Berlín reinaba una tranquilidad aparente, pero los ánimos estaban muy agitados, y en general se consi-

deraba como imposible que el movimiento de Viena dejara de producir sus resultados en la capital de Prusia.

Así sucedió en efecto, y ya el día 15 hubo un choque entre la guardia nacional y los obreros, del cual resultaron varios muertos y heridos. Empezó la lucha á las 7, y en ella fué herido el mayor Volga; los arcabuceros de Postdam perdieron un hombre, los guardias nacionales hicieron una descarga de la cual resultaron diez obreros muertos; otro que estaba en una barricada ondeando una bandera roja, cayó atravesado de 15 ó 20 balas, y desde las ventanas se hacia un fuego terrible á los nacionales. Poco despues hubo otro tumulto en Rosentholer-Strass, y el pueblo intentó demoler la casa del *bounlanger* Schtutz, por haber sido quien mandó hacer fuego al pueblo, pero lo impidió la guardia nacional, la cual no tomó la última barricada hasta las diez de la noche, despues de un largo combate en el que hubo muchas desgracias por una y otra parte.

El 17 volvieron á reproducirse los desórdenes, que parecian ya haber terminado el día anterior, amenazado el pueblo á la Cámara. Al salir los diputados de la sesion, estaba ocupado el mercado de los Gendarmes por una multitud inmensa, entre la cual ondeaban infinitas banderas, adornadas algunas con negros crespones. Mr. Beherends dirigió entonces la palabra á la multitud, consiguiendo sus palabras aquietarla despues de haber entregado á Mr. Waldeck, candidato de los demócratas para el ministerio, una esposicion que contenia: 1.º Formacion de una causa para la averiguacion de los hechos del día anterior: 2.º que los funerales de los que hubiesen fallecido en ellos, se hicieran con toda solemnidad por cuenta del estado, y 3.º que se atienda á los heridos y á las familias de los muertos. Los peticionarios, al disolverse, ofrecieron volver por la respuesta al día siguiente. La Asamblea, en la sesion del 18 oyó el dictámen de la anterior peticion suscrita por 1,400 firmas, resolviendo sobre el primer punto que se oyese al ministro de Justicia, y sobre el segundo pedir la comision que la Asamblea no tomase parte en la instruccion, tomando de este modo á su cargo la suposicion en que se fundaba la demanda.

En la última sesion de la Asamblea de Francfort, se presentaron una infinidad de proposiciones é interpelaciones, todas ellas referentes á los sucesos de Viena, y mientras que una parte de la Cámara los reprochaba altamente, otra se declaró en favor de la insurreccion, con cuyo motivo se nombró una comision para que pasara á felicitar á la Dieta de Viena, y pusiera en sus manos el siguiente mensaje suscrito por 130 miembros de la Asamblea nacional.

«A los vieneses:—La magnanimidad con que habeis procedido, ha escitado toda nuestra admiracion. El sangriento combate que acabais de

sostener tan gloriosamente, tambien lo hemos sostenido nosotros, que somos vuestros hermanos. Sabemos que persistireis como hasta ahora en vuestros esfuerzos, y que seguireis marchando al frente del resto de Alemania por vuestro valor y energía. Os enviamos cinco de nuestros amigos para que os manifiesten nuestra admiracion sin reserva, nuestro profundo reconocimiento por los servicios que habeis hecho en favor de la libertad.»

El Vicario general del Imperio seguia una línea de conducta enteramente opuesta, pues segun se aseguraba, habia dispuesto que pasaran á Italia 50,000 hombres de tropas de la Confederacion Germanica, en el caso de que el mariscal Radetzky tuviera necesidad de este refuerzo para mantener la tranquilidad.

ITALIA.

SUMARIO.

Efectos producidos por los sucesos de Viena en Italia.—Alboroto en Florencia.—Nuevo ministerio toscano.—Desórdenes en Liorna.—Declaracion de los liorneses al ministro Montanelli.—Contestacion de este.—Despedida de Guerrazi.—Demostraciones de Turin.—Agitacion en Milan.—Liga politica italiana.—Cuestion de Nápoles y Sicilia.—Resultado de la mediacion anglo-francesa.—Proximidad de una nueva campaña.—Insurreccion en Como.—Ofrecimientos del Emperador de Rusia al Papa.

Era natural que los sucesos de Viena produjesen en Italia gran fermentacion, y asi sucedió en efecto. Animado el partido del movimiento con el triunfo conseguido por los demagogos en la capital de Austria, concibió nuevas esperanzas, y se apresta á la lucha, deseoso de probar fortuna en el campo de las revoluciones.

Ya desde el 3 de octubre, principi6 Florencia á hacer manifestaciones en sentido revolucionario, reuniéndose en grupos bajo los balcones del Gran duque, entonando canciones patrióticas y dando vivas á la independencia italiana.

Al dia siguiente hubo una especie de alboroto, y se oyeron gritos de «á las barricadas, apoderémonos de las campanas» pero nadie secundó este plan, y quedó en ciernes el movimiento proyectado. Sin embargo,

á tal estado llegaron las cosas de resultas de la impresion que causó la victoria de los demócratas de Viena, que el Gran duque se vió obligado á cambiar de ministerio y nombrar los sujetos siguientes: J. B. Nicolini, presidente del Consejo; Guerrazzi, ministro de lo Interior; Montanelli, de Negocios extranjeros; Mazoni, de obras públicas; Pigli, de Instrucción; Guidi Bantani, de Justicia; Feuzi, de Hacienda; y Mariano Bugala, de Guerra.

Este nombramiento, y principalmente el de Guerrazzi y Montanelli, gefe de la insurreccion de Liorna, probaban que el cambio de política habia sido completo. Asi es que en Florencia no se hablaba sino de guerra, y aquellos habitantes se mostraban dispuestos á llevar adelante sus planes de independenciam.

Influyeron no poco en la caída del gabinete anterior y la subida del partido exaltado, los desórdenes que ocurrieron el 14 en Liorna. Fijáronse en todas las calles proclamas impresas en que se pedia que Guerrazzi fuese nombrado gobernador, y Montanelli ministro, pero no se entregó el pueblo al menor desman.

El 11 volvió á reunirse la multitud, y con tambores y banderas se dirigió á la plaza del palacio donde habita el gobernador. Allí, enarbolando un cartelón en que se leia: *viva la constituyente italiana!* ¡abajo el ministerio! nombró el pueblo una diputacion, la cual presentó á Montanelli la siguiente declaracion:

«Ciudadano gobernador: el pueblo de Liorna aprueba que el gobierno central haya adoptado francamente el principio de confiar el porvenir de Italia á una asamblea constituyente, y cree además que para mayor precaucion deberá reunirse inmediatamente en una ciudad de Toscana, puesto que ningun otro poder de la Península ha tomado la iniciativa de la medida.»

A esto contestó Montanelli desde el balcon lo siguiente:

«Es para mí muy lisonjero el ver con qué prontitud é inteligencia habeis acogido el pensamiento de una constituyente italiana, y la importancia de que se ponga inmediatamente en ejecucion este proyecto. Está fuera de duda que el ministerio toscano ha prometido á las Cámaras invitar á los demás gobiernos para que se unan á él con tal objeto; pero esto será muy lento, y por lo que á mí toca, creo que se conseguiria mas pronto el resultado, y seria mejor para la salvacion de Italia que los representantes de su nacionalidad se reunieran cuanto antes en una ciudad cualquiera de la Península.

«Ciertamente que si Roma, Turin ó cualquiera otro gobierno nos ofrece un punto de reunion, nosotros iremos gustosos á Roma, Turin ú otro cualquier punto; pero no podemos obligar á que estos gobiernos tomen semejante decision contra su voluntad. Contentémonos con la ini-

ciativa; que el poder que nos gobierna, proclama públicamente la idea de una constituyente italiana; que la Toscana nombre desde luego sus representantes, y veremos á los demás pueblos italianos, guiados por nuestro ejemplo, impulsar á sus gobiernos, para que entren en el mismo pensamiento, y concurren con nosotros á ponerlo en ejecucion.

«Si, ciudadanos, lo repito, me congratulo al ver que vuestra agitacion tiene un objeto y una idea por punto de partida; porque debeis conocer que los movimientos del pueblo desordenado y sin objeto, son una de las mayores calamidades del estado social. ¡Viva, pues, el pueblo de Liorna, que tan bien ha comprendido el sentimiento de su deber, y viva la Italia!»

Nombrado el ministerio, Guerrazzi se despidió de Liorna en la siguiente carta, mientras Montanelli decia en una proclama que no volveria á aquella ciudad hasta que no estuviese seguro de *poder recorrer libremente el camino que se le trazaba.*

«Amigos y hermanos: se han cumplido vuestros deseos. Se ha concedido la amnistia con la fórmula completa que deseabais. Los poderes escepcionales con que se ocultó la libertad se suspenderán para no proclamarse de nuevo. Habeis merecido bien del pais, y Toscana os vivirá reconocida. Me alejo de esta tierra querida; pero mi corazon queda con vosotros. Os gobernará José Montanelli, hombre querido por las personas honradas, y adorno de la patria, por sus palabras y por sus hechos generosos. Amadlo y reverenciadlo. Si confiais en él como él confia en vosotros, se confirmará la obra del gabinete llena de dignidad y seguridad; obra para la cual han contribuido poderosamente, no mis fuerzas escasas, sino la hondad, la templanza y vuestro noble carácter. Quedad con Dios.—Liorna 4 de octubre de 1848.—J. D. Guerrazzi.»

Tambien Génova, pero sobre todo Turin, han hecho manifestaciones de júbilo por las ocurrencias de Viena, y entregádose á escenas un si es ó no es tumultuosas. Esparcióse en Turin la voz de que Milan habia vuelto á sublevarse contra el mariscal Radetzky, y gran tropel de gentes se agolpó á las puertas de los ministros, pidiendo á voz en grito dijeseen estos lo que hubiese de verdad en aquellos rumores. Respondióseles que no habia noticias de Milan; pero la multitud salió apellidando guerra contra el Austria, mientras el congreso federal se reunia en sesion y se cumplaba aquel entusiasmo.

Conmovida la Asamblea con la voz que corria, se levantó en masa gritando: ¡viva Milan! ¡vivan los lombardos! y nombró una comision para que fuese á saber por boca de los ministros si era ó no cierta la insurreccion milanesa. Al mismo tiempo se aprobó una proposicion para que varios ciudadanos de las diferentes provincias representadas en el Congreso, fuesen á rogar al Rey se aprovechase del crítico estado en que

se halla el imperio austriaco, y vengara la derrota del ejército italiano.

Sin embargo, no fué cierto lo que se dijo de Milan; donde se habia publicado una amnistia general; pero era probable estallase allí la insurreccion, mucho mas cuando se habian declarado en pugna los húngaros y los croatas que componen el ejército de Radetzky. Apenas recibieron los primeros noticias de su pais, saliéronse á la plaza de Chateau formados en batalla, y prurupieron en gritos de *¡muera los croatas!* Muchos de estos tambien abandonaron las banderas austriacas, refugiándose á Lugano, Intra y Pallauza, y Radetzky tuvo que encerrar á las tropas en sus cuarteles, á fin de evitar las reyertas que ocurrían á cada momento.

En los demas ducados reina casi la misma agitacion; pero en algunos como el de Módena, era menos viva. Acababa de sancionarse y ser publicado el nuevo reglamento de la guardia nacional, y la comision encargada de formar el proyecto de constitucion habia ya terminado su trabajo, pasándolo á manos de S. A. R.

Entre tanto, el gobierno pontificio, y los de Toscana y el Piamonte, se ocupaban con empeño de los medios de llevar á efecto la liga política italiana, y esperábase se publicaria dentro de poco el tratado que debe garantizar la independencia de la Península, especialmente si, como se creia, se adhería á él el rey de Nápoles.

Con esto se cortaria esa deplorable lucha siciliana, para cuya terminacion poco ó nada ha hecho el gobierno inglés, segun se desprende de los sucesos, y de lo que acerca de esto copiamos del *Times*, periódico autorizado, como es sabido.

«La política de lord Palmerston en los asuntos de Sicilia, asi dice el órgano del partido tory, merece severa censura. Despues de haber despertado los celos y las hostilidades de la corte de Nápoles, dando esperanzas al gobierno de Sicilia, el noble lord ha querido recobrar por la intimidacion la influencia que habia perdido en Nápoles; pero el único resultado de esta tentativa ha sido despertar otra vez las esperanzas de los sicilianos. Despues del bombardeo de Mesina, los sicilianos imploraron vánamente nuestro apoyo, y luego acusaron á nuestro gobierno de haberlos abandonado. Nosotros creemos que ningun agente diplomático del gobierno inglés les ha hecho promesas directas de socorro; pero el lenguaje de ciertos miembros del parlamento ha podido despertar esperanzas que no debian realizarse. Resulta de esto, que hasta ahora el gobierno británico ha irritado y agraviado con su conducta á las dos partes, y que con una intimidacion simulada y un socorro ilusorio hemos agravado una cuestion, en la cual al fin se ha ofrecido nuestra mediacion de un modo mas positivo.»

A pesar de esto, decíase que el rey de Nápoles se mostraba dispuesto á un acomodamiento pacífico, bajo las bases siguientes: independencia

política y administrativa de Sicilia; dinastía comun con la del reino de Nápoles, y derecho del Rey á tener guarnicion en los fuertes sicilianos. Lo único que al parecer se oponia á este arreglo, era que los sicilianos querian por lugar-teniente al príncipe heredero presuntivo, y el Rey se negaba á ello; pero asegurábase que los de Sicilia se contentarán con el príncipe de Salerno, tío del monarca napolitano.

Es de temer, no obstante, que ahora que los sucesos de Viena han encendido los ánimos en toda Italia, continúen las disensiones, mucho mas cuando la intervencion anglo-francesa ha sido ilusoria, y el rey Cárlos Alberto se muestra dispuesto á emprender la guerra. Mr. Bastide, ministro de Negocios estrangeros de Francia, ha manifestado últimamente al marqués de Ricci, ministro plenipotenciario de Cerdeña cerca del gobierno francés, que los acontecimientos de Viena ponian á las dos naciones mediadoras en la precision de suspender sus buenos oficios, y que de consiguiente podia obrar el rey de Cerdeña como mejor le conviniere; en el concepto de que Francia estaba resuelta á abstenerse de toda intervencion armada, y concentrar sus tropas en las orillas del Rin.

Esta declaracion animará sin duda á Cárlos Alberto, quien habia puesto al mando del general polaco Czarnowsky 30,000 hombres, y contaba ademas con numerosas tropas perfectamente organizadas. Todo indica, pues, que va á empezar una nueva campaña, y que la lucha trabada entre los húngaros y croatas, abre un vasto campo á las combinaciones del rey de Cerdeña, quien segun parece, habia asegurado entraria pronto en Milan, á cuyo efecto se habia dado orden á las tropas piemontesas de estar prontas para entrar en campaña, al mismo tiempo que se anunciaba que en Como habia estallado una insurreccion, arrojando el pueblo á la guarnicion austriaca.

Concluiremos insertando lo que se lee en la *Speranza*, periodico de Roma, acerca de la anunciada intervencion del emperador de Rusia en los sucesos de Italia:

«Podemos asegurar, dice el citado periodico, que el emperador de Rusia ha dirigido al Papa una larga carta, cuya primera parte está llena de reconvenciones: pero en la segunda le hace los mas generosos ofrecimientos.

«Principia diciendo á Pio IX que Su Santidad ha sido el primero que ha dado la señal, no solo para la rebelion en Italia, sino tambien para Francia, Alemania y para el Austria. Dicele que está persuadido de que no lo ha hecho con mala intencion; pero que los sucesos le han podido demostrar cuán ingratos son los revolucionarios.

«Concluye aconsejándole que, ya que el mal está hecho, le es preciso pensar en ponerle remedio, para lo cual el Czar ofrece al Papa sus escuadras y sus ejércitos.»

ESPAÑA.

SUMARIO.

Estado de las facciones en Cataluña.—Idem en Valencia y Aragon.—Bando del capitán general de Valencia.—Preséntanse á indulto varios cabecillas y facciosos.—Aparicion de una partida en la provincia de Guadalajara.—Disposiciones del gefe político de Madrid.—Conducta del gobierno francés con los revolucionarios españoles.—Presentacion de credenciales del embajador francés á S. M. la Reina.—Disposiciones del gobierno.—Presentacion de S. A. en la catedral de Sevilla.—Estado del Banco de San Fernando.

No son de grande importancia los adelantos que nuestras tropas han hecho en Cataluña en la anterior quincena. Aun no ha dado principio el general Córdoba á su plan de campaña, y la guerra se reduce á continuos combates parciales, sin que una persecucion hábilmente sostenida ó una accion decisiva ponga fin á esa lucha desastrosa que tanta sangre y dinero está costando á la nacion.

El dia 15, la columna de operaciones de Igualada, al mando del brigadier don Francisco de Paula Garrido, dispersó á la faccion del Guerso de Ratera, en los montes de Piedrafita, causándole 12 muertos y gran número de heridos, ademas de nueve prisioneros, entre los cuales se hallaba un capitán llamado don Agustín Aragonés.

En cambio, el mismo dia 15 invadieron las facciones de Marsál y el Muchacho la villa de Bañolas, destruyendo parte de la fortificacion y quemando la puerta principal. Componiase aquella horda de unos 400 hombres, los cuales permanecieron en el pueblo algunas horas, reclamando las contribuciones y llevándose en rehenes al alcalde Piferer y dos regidores.

Lo mas importante que en el Principado ha ocurrido despues de lo que dijimos en nuestra anterior Revista, es el haberse acogido á indulto el cabecilla Arnau, cuñado de Cabrera y de gran influjo entre los facciosos.

Los rebeldes del Maestrazgo y Aragon son los que disminuyen de dia en dia á consecuencia de las disposiciones del general Villalonga y á la activa persecucion que han sufrido y sufren. Son muchos los que se han aco-

gido á indulto, habiéndolo hecho de una vez hasta treinta, entre ellos algunos cabecillas, como Bux, Pellicer y Moreno.

Para precipitar, pues, la ruina de la faccion, publicó el dia 12 el siguiente bando el capitán general de Valencia:

BANDO.

Don Juan Villalonga, teniente general de los ejércitos nacionales, y capitán general de los reinos de Valencia y Murcia, etc. etc.

En el estado de diseminacion y abatimiento en que se encuentran los restos de las gavillas carlistas; cuando ya nada pueden temer de ellas los pueblos, un esfuerzo comun de estos con las tropas bastará para obtener el completo restablecimiento de la paz. Animado de este deseo, y ansioso de verlo, como lo será, prontamente realizado, vengo en determinar lo siguiente:

Artículo 1.º Cuando los gefes de línea, columna ó destacamento levanten somatenes con arreglo á las instrucciones que reciban de mi autoridad, concurrirán á ello todos los varones, cualquiera que sea su clase, de la edad de 15 años á 50, sin esceptuarse mas que los que tengan imposibilidad física y los individuos del clero, á no ser que ellos quisiesen asistir voluntariamente.

Art. 2.º En los pueblos en que deban levantarse somatenes, los gefes militares avisarán á las justicias, con la conveniente anticipacion y reserva, bajo la mas estrecha responsabilidad, para que á la hora que tengan á bien señalarles se toquen 12 campanadas que serán inmediatamente seguidas por el toque de rebato.

Art. 3.º A esa señal se presentarán en la plaza todos los individuos que con arreglo al artículo 1.º deban tomar parte en el somaten, concurriendo con las armas los que las tengan, y los demas con palos ó los útiles propios de su oficio.

Art. 4.º Los individuos de ayuntamiento se pondrán al frente del somaten de su respectivo pueblo, para hacerles observar el mayor orden y compostura, y para recibir y comunicar las órdenes que tengan á bien dar los gefes militares.

Art. 5.º Será obligacion de los somatenes en las batidas que se den, enseñar todas las cuevas, barrancos y demas parages en que suelen guarecerse los foragidos; pero quedará á cargo de las tropas el reconocerlos sin sujetar á aquellos á la menor esposicion.

Art. 6.º Por cada faccioso que cojan los paisanos en somaten serán gratificados los que lo verifiquen con 40 rs. vn. y con 2,000 si el apren-dido fuese gefe principal de gavilla, cuyas cantidades queda á mi cargo satisfacer con toda religiosidad.

Art. 7.º Si contra mis esperanzas hubiese alguno que deje de servir en los somatenes con la lealtad debida, será castigado con proporcion á su falta, y'mas severamente lo será toda persona en cuya casa por efecto de los escrupulosos reconocimientos que se practicarán en los pueblos, se halle escondido algun rebelde.

Y para que por nadie pueda alegarse ignorancia, se publicará y fijará este bando en los parages de costumbre. Dado en el cuartel general de San Mateo á 12 de octubre de 1848—Juan de Villalonga.

Entre los últimamente presentados para acogerse al indulto, figura el cabecilla Llorach, titulado comandante general de una de las divisiones del ejército real de Valencia: entre los documentos que se habian interceptado á este cabecilla antes de su presentacion, hay una especie de alocucion en la que anuncia á sus subordinados el proyecto que tenia de acogerse al indulto, y les aconsejaba que si querian libertarse de una ruina inminente imitasen su ejemplo, pues poco podia ya esperarse en vista de la constante persecucion que sufren las partidas, y del espíritu de las poblaciones evidentemente manifestado en diferentes ocasiones.

A esto se agrega la derrota que sufrió el dia 20 la faccion de Rubio, á quien batió en Latoz el coronel don Marcelino Alvarez, gefe de la columna de Buñol, causándole 20 muertos y algunos prisioneros.

Algunas nuevas partidas han aparecido en otros puntos, recien formadas, unas y otras procedentes de Valencia ó Aragon, de donde tuvieron que salir acosadas por nuestras tropas.

Unos 400 infantes y 20 caballos invadieren de pronto el partido de Molina en la provincia de Guadalajara, poniendo en alarma á aquellos habitantes. Inmediatamente salió de la capital la fuerza disponible al mando del coronel Mondedeu, y el gefe político dictó las disposiciones siguientes obligatorias para los alcaldes:

1.º En el momento que alguna partida se presente en sus respectivos términos, me darán parte por medio de propio montado del punto á donde se dirige, fuerza de que consta y demas que pueda convenir: facilitando tambien estas noticias al gefe de nuestra columna el coronel don Manuel de Mondedeu. La menor omision en este servicio se castigará con la mayor severidad.

2.ª Como la derrota de los enemigos es segura, y podrán dispersarse, es tambien indispensable que los alcaldes de los pueblos comarcanos se pongan de acuerdo en el momento que en su jurisdiccion aparezcan personas sospechosas, y las persigan activamente hasta lograr su captura.

3.ª Los partes de que se habla en la 1.ª disposicion se darán tambien á los jueces de primera instancia del partido respectivo, é igual-

mente á los gefes de cuantas columnas se encuentren en la provincia, pues la faccion que ahora ha entrado, viene perseguida por tropas de Aragon, y tal vez á estas horas estarán ya en el territorio de mimando, por cuya razon es necesario facilitarlas cuantas noticias se tengan.

4.^a Si no hubiese tiempo para dar los partes por escrito, se me darán verbales; pero de uno ú otro modo se pondrá en mi conocimiento cuanto ocurra, en la inteligencia de que al que no lo haga, se le exigirá la responsabilidad mas estrecha.

Guadalajara 23 de octubre de 1848.— Antonio Alegre Dolz.

El resultado ha sido desalojar á Gamundi de Molina, donde habia penetrado, y hacerle salir de la provincia.

Otra partida republicana al mando de don Gerónimo Ruiz, entró el 24 en Borja, provincia de Zaragoza, apoderándose de 8000 reales existentes en la administracion de rentas, y de todos los caballos que pudieron haber.

Por último, varios montemolinistas, procedentes de la faccion de Peco, sorprendieron á una partida del regimiento de Granada que de Toledo conducia efectos y dinero á Ciudad-Real, y se apoderaron de todo, quitando á los soldados las armas y dejándoles marchar libremente.

A todo esto el gobierno francés sigue internando los emigrados de la frontera, y aun batiendo á mano armada á los revolucionarios españoles.

Las poblaciones francesas de Muralles y las Illas, han sido escogidas como punto de reunion, y para que sirvan tambien de punto de partida á la invasion republicana. Sabedoras de este proyecto las autoridades francesas, dispusieron que se dirigiesen á dichos pueblos algunas tropas para apoderarse de los conspiradores: hicieronlo así en efecto, y al llegar las tropas encontraron reunidos unos 30 republicanos á las órdenes de los cabecillas Barrera y Roger. Intentaron defenderse nuestros republicanos; pero no pudieron rechazar el ataque de las tropas francesas y se declararon en retirada, dirigiéndose á la frontera por la parte de las Salinas. Perseguidos por las tropas quedaron 10 republicanos en poder de ellas, y hubieran quedado todos prisioneros sin la espesa niebla que favoreció su fuga.

Hé aqui ademas el aviso oficial que se ha publicado en la *Gaceta*:

«Ministerio de Estado.—El cónsul de S. M. en Perpiñan anuncia al señor ministro de Estado, con fecha 18 del corriente, que los emigrados españoles que hace algunos días fueron presos en aquella ciudad, van siendo internados á consecuencia de órdenes recibidas de París; cerca de 40 de ellos habian salido ya para diversos puntos del interior de Francia, habiéndolo verificado en la tarde del día 17, escoltados por la gendar-

meria, el señor don Patricio de la Escosura, que va destinado á Clau-
mont, en el departamento de la Haute Marne; don Francisco Bellera,
conducido á Nevers, y don Joaquin Moreno de las Peñas, á quien se ha
señalado la ciudad de Bourges.»

Esto y el haber sido reconocidos oficialmente por los gobiernos fran-
cés y español sus respectivos embajadores, demuestra reina entre am-
bos la mas completa armonía, y que aun quizá hayan creido deber ser
recíprocos sus intereses.

A continuacion insertamos el relato que de la presentacion de sus
poderes por parte de Mr. Lesseps hace el periódico oficial:

Antes de ayer á las ocho y media de la noche, se dignó la Reina (Q.
D. G.) recibir en audiencia privada con las formalidades acostumbradas
al señor don Fernando Lesseps, encargado de negocios en Francia; y
al presentar á S. M. la carta en que el presidente del consejo de minis-
tros, encargado del poder ejecutivo de la República francesa, le nombra
enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en esta córte, pro-
nunció el siguiente discurso.

«Señora: Tengo la honra de presentar á V. M. la carta que me acre-
dita en su córte en calidad de enviado extraordinario y ministro pleni-
potenciario de la República francesa. El jefe del poder ejecutivo, deseoso
de mantener y de acrecentar las relaciones de buena amistad y de buena
vecindad que existen entre la Francia y la España, me ha encargado sea
cerca de V. M. el intérprete de los votos que hace por su felicidad y por
la prosperidad de la España.

«El respeto de la independencia de las naciones tan altamente pro-
clamado y tan lealmente practicado por la República, y la sinceridad de
los sentimientos expresados por el gobierno de V. M., han estrechado ya
los lazos de fraternidad y de cordialidad que naturalmente unen á los dos
pueblos. Me felicito de principiar mi mision bajo tan felices auspicios, y
me atrevo á esperar, Señora, que mis relaciones personales y la continua-
cion de la benevolencia de V. M. facilitarán el cumplimiento del cargo
que se ha puesto á mi cuidado.»

Y S. M. se dignó contestar:

«Señor ministro: Recibo con sumo aprecio la carta que os acredita en
mi córte con el rango de enviado extraordinario y ministro plenipoten-
ciario de la República francesa, y os doy bajo este nuevo título el mas
cordial y sincero parabien. Podeis asegurar en mi nombre al jefe del po-
der ejecutivo de vuestra patria que, deseando como él desea, estrechar
los vínculos de amistad y de perfecta armonía que han debido unir en
todos tiempos y unen felizmente en la actualidad á las dos naciones,
nada omitiré de cuanto de mí dependa para asegurar tan importante
resultado.

«Los intereses que naturalmente ligan á los dos pueblos así lo exigirían, aun cuando no lo reclamase la justa correspondencia que la España debe á vuestro gobierno, y que yo me complazco en reconocer.

«Confío, señor ministro, que por vuestra parte cooperareis á estrechar mas y mas estas buenas relaciones, y así lo espero tambien del reconocido carácter de honradez y lealtad que os distingue, y que ha sabido grangearos mi aprecio é igualmente el de mis súbditos.»

Ninguna disposicion de importancia ha tomado el gobierno últimamente, si no es que se tenga por tal la separacion del señor marqués de Miraflores del cargo de gobernador de palacio, y la supresion de este destino. De resultas, segun parece de divergencias entre el señor marqués y el gefe del gabinete, hizo aquel dimision, la cual le fué admitida, determinando S. M. que el rey su augusto esposo se encargase del gobierno y direccion de la real casa y patrimonio. En consecuencia, ha vuelto á crearse el cargo de intendente de palacio, para el cual ha sido nombrado el conde de Vistahermosa.

Otros nombramientos se han hecho por los respectivos ministerios; como á don Luis Piernas, consejero real de agricultura, industria y comercio, é intendente que ha sido del real patrimonio, comisionado regio para la inspeccion de la agricultura general del reino, cuyo cargo desempeñará en la provincia de Madrid; al mariscal de campo don Luis Armero y Miralles, inspector general del cuerpo de carabineros, en remplazo del general Oribe, á quien le ha sido admitida la dimision que de dicho empleo habia hecho; al mariscal de campo don Cayetano Urbina, capitán general de las posesiones de Africa; y al teniente general Ros de Olano, para igual cargo en lo provincia de Burgos.

Como complemento de lo que dijimos en una de nuestras revistas anteriores sobre el nacimiento de la hija de S. A. la Serma. Infanta doña Maria Luisa Fernanda, insertamos á continuacion el ceremonial observado en la presentacion de S. A. en la catedral de Sevilla.

Desde muy temprano á las avenidas de la catedral y de palacio se veia agolparse infinidad de gentes que esperaban ver á la augusta infanta y su primogénita, objeto constante de su anhelo, de su amor y de sus votos.

Eran las doce menos cuarto cuando las reales personas salieron del alcázar en carretela abierta, tirada por un magnífico tiro de caballos blancos; la carrera fué circumbalando los tres frentes de la Lonja, estando entoldada y el pavimento enarenado y sembrado de flores; sobre los costados de la carrera se hallaba tendida tropa de infanteria: tras de los carruages iba una escolta de caballeria de Almansa. Apenas los príncipes se presentaron en la calle, resonaron aclamaciones de afecto, y al llegar á la puerta de San Cristóbal se apearon SS. AA. y la ser-

vidumbre, y en el pórtico estaban las diputaciones de las corporaciones y las autoridades que debían recibirlos: introducidos en el templo se adelantó el capitular mas digno á ofrecer el agua bendita. En seguida se dirigieron á la capilla de nuestra señora de la Antigua, en cuya puerta estaba el prelado metropolitano vestido de medio pontifical para recibir las RR. PP., entregando á S. A. la Infanta la vela, teniendo en seguida lugar las demas ceremonias y preces que se acostumbra en esta lustracion religiosa. Concluidas estas ceremonias y entregada la ofrenda de la manera que previene el ceremonial, subrogada en una magnífica caja de oro primorosamente cincelada y de gran precio. Acto continuo principió la misa rezada que acompañó el órgano, repitiendo sus hermosas melodías las bóvedas de nuestra basilica.

Terminada la misa, tuvo lugar el tránsito con aquel suntuoso cortejo á la capilla mayor de la iglesia metropolitana, y colocándose SS. AA. bajo el dosel preparado á la derecha del presbiterio, el Excmo. señor Arzobispo entonó el himno de gracias, que fué cantado con toda solemnidad. Desde este sitio, las reales personas, y aquella numerosa comitiva se encaminaron á la capilla real, en la cual se descubria la Virgen de los Reyes, vestida con el riquísimo traje regalado por la serenísima Infanta, y subiendo los principes las gradas del altar, oraron de rodillas ante la augusta imágen de la Madre de Dios: á este acto de aproximarse al altar de la Virgen, fueron los principes solamente acompañados del Excmo. señor arzobispo, de la Excma. señora marquesa de Malpica, camarera mayor de S. A., la cual llevaba en los brazos á la augusta recién nacida, de los Excmos. señores generales don Rafael de Leon y marqués de la Concordia, y del gentil-hombre de cámara el señor brigadier don Pedro Miranda, cuyas personas constituyen la real servidumbre: el demas cortejo permaneció entre tanto al pie de las mismas gradas. Asi que terminó la oracion, bajaron las personas reales á postrarse ante la urna, que contiene los gloriosos restos del Rey Santo, que para aquel acto fueron descubiertos á la adoracion pública.

En seguida las reales personas salieron de la catedral y fueron despedidas por las autoridades y comisionados que las recibieron, dirigiéndose á la regia estancia, entre hileras compactas de un pueblo que los saludaba con la efusion mas tierna; y esa muchedumbre que obstruia el tránsito por la calle, ocupaba tambien los patios, las escaleras y galerías del palacio. La Serma. señora infanta doña María Luisa Fernanda vestia traje de corte de *moaré*, color de rosa, con volantes de riquísimos encajes, y en la cabeza llevaba un magnífico aderezo de brillantes, perlas y esmeraldas; sobre las hombreras y en el pecho se divisaban riquísimas joyas de sumo gusto y de gran precio. S. A. el duque de Montpensier vestia el uniforme de maestrante de esta capital, llevando el co-

llar de la orden del Toison, y la banda de la gran cruz de Carlos III; y la augusta recién-nacida iba vestida de un albornoz de grana, que cubria una envoltura de encajes de Flandes.

A las dos de la tarde hubo en el real alcázar besamanos, al cual asistieron todas las autoridades y corporaciones.

Después entraron las señoras que por su categoría concurren á esta ceremonia.

BANCO ESPAÑOL DE SAN FERNANDO.

Estado de las operaciones del departamento durante la semana que comprende desde el 23 hasta el 28 del corriente inclusive.

Su caja ha cambiado á metálico una suma de billetes importante rs. vn. 2.035,600
que debe recoger la direccion general del Tesoro, por haber ya repuesto en caja la misma cantidad de metálico, con arreglo al art. 7.º del real decreto citado.

Madrid 29 de octubre de 1848.—V.º B.º—El comisario regio del Banco, presidente de la junta directiva del departamento.—Luis Armero.—El gerente.—Esteban Pareja.

REPÚBLICA FRANCESA.

SUMARIO.

Crisis ministerial.—Modificacion del gabinete.—Efectos que produjo este cambio.
—Manifiesto del partido exaltado.—Levantamiento del estado de sitio de Paris.
—Reeleccion del presidente de la Asamblea nacional.—Dimision de Mr. Ducoux.—Nuevos banquetes en Montpellier y Paris.—Recibimiento de Lamartine en Macon.—Respuesta del mismo á la felicitacion que le dirigió el *maire*.—Alboroto en el Havre.—Fin de la discusion de la Constitucion.

La crisis del gabinete francés que parecia inminente desde que solo consiguió la escasa mayoría de cinco votos en la cuestion acerca de la prensa periódica, terminó como no esperaban ni los amigos del orden, ni los partidarios del movimiento. Se pensó al principio en un cambio total de ministerio, pero fué preciso desistir de esta idea no habiéndose hecho otra cosa que una modificacion aunque importante.

Mr. Dufaure, personaje conocido en el mundo político por sus ideas de moderación, se asoció á la política del general Cavaignac, lo cual indicaba que el presidente del poder ejecutivo rompía abiertamente con el partido estremo. También Mr. Vivien, ministro como es sabido de Luis Felipe entró así mismo á formar parte del gabinete en compañía de Mr. Freslon, abogado en Angers cuando estalló la revolución de febrero y perteneciente á la fracción moderada y sensata, á pesar de ser republicano antiguo de la víspera.

El gabinete quedó, pues, constituido en la forma siguiente: el general Cavaignac, jefe del poder ejecutivo; Mr. Marie, ministro de Justicia; Mr. Dufaure, de lo Interior; el general Lamoriciere, de la Guerra; Mr. Goudchaux, de Hacienda; Mr. Bastide, de Negocios extranjeros; Mr. Vivien, de Obras públicas; Mr. Fourret, de Comercio; Mr. Freslon, de Instrucción; y Mr. Verninac, de Marina.

La subida al poder de MMrs. Dufaure, Vivien y Freslon, causó gran satisfacción por su reconocido talento, lo versados que dos de ellos se hallan en los negocios públicos, y sobre todo por sus ideas templadas. Todos los hombres amigos del orden, de la tranquilidad de las familias, y de la propiedad, en una palabra, de la república honrada y sensata, felicitábanse al ver en el seno del gobierno francés á personas que no podían menos de respetar las leyes, los principios en que está fundada la sociedad y las reglas eternas de la moral. Los partidarios de la República roja por el contrario, acusaban de retrógrado al general Cavaignac, y veían en la modificación ministerial un nuevo síntoma de retroceso hácia las ideas del poder recientemente derribado.

Animado el general Cavaignac con la entrada de los tres nuevos ministros, en vez de rehuir como parecía al principio, entrar en esplicaciones acerca de la conducta política que pensaba observar, las dió completas en la Asamblea, diciendo que su política era de conciliación entre todos los partidos. Lo mismo aseguró Mr. Dufaure, siendo el resultado en la sesión del 16 votarse el proyecto de ley en que el gobierno pedía fondos para gastos secretos, por una mayoría de 570 votos contra 153.

El partido estremo que como llevamos dicho no habia tomado á bien la modificación ministerial, publicó el siguiente manifiesto que esplica cuales son sus ideas acerca del estado actual de la República:

«Estamos muy lejos del día en que, despues de combates heróicos la República, saliendo brillante y gloriosa del seno de la victoria, se elevó sobre el mundo como la imagen viva de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, como el símbolo sagrado de todas las esperanzas del porvenir.

«Desde una estremidad de la Europa, hasta la otra, la saludaron las naciones con sus aclamaciones; y penetradas por el espíritu nuevo, por el soplo regenerador, rompieron sus viejas cadenas en nombre del derecho que la Francia acababa de inaugurar.

«La misma Francia recogió inmediatamente sus frutos en el orden político, la abolición de los privilegios y el sufragio universal; en el orden social, la emancipación de los trabajadores, primera condición de la transformación del mismo trabajo, para llegar á un reparto mas justo de sus productos, á la garantía de la vida de todos, en la sociedad una y solidaria.

«Bien pronto, sin embargo, se reunieron y se organizaron los parti-

dos vencidos. En todas las partes á donde se pudo estender su accion, se dedicaron á suscitar, por medio de la intriga y de la calumnia, enemigos á la República y obstáculos al gobierno. Deslizándose poco á poco dentro de la administracion, introdujeron en ella sus principios, sus pasiones, é hicieron del poder revolucionario que habian sorprendido un arma contra la misma revolucion. Se retrocedió hasta las puertas de la monarquía.

«Aquí es donde estamos ahora; á los hombres de la monarquía es á los que se acaban de confiar los destinos de la República.

«Comprendemos los temores del pueblo y su indignacion, demasiado justificada por cierto. Que no se alarme, sin embargo, y cuide muy particularmente de no ceder á pérfidas provocaciones. Aunque se le pretenda arrastrar á imprudencias desastrosas, manténgase tranquilo y firme, y dueño de sí mismo, para serlo del porvenir.

«De este modo probará su fuerza y la encontrará toda, invencible con la union, en los combates pacíficos que deben hoy acudir solos en ayuda del derecho. Y nosotros honrados con el titulo de representantes del pueblo, sabemos á lo que nos obliga este titulo; conocemos nuestros deberes y los cumpliremos. Salidos del pueblo, lucharemos unidos al pueblo, y teniendo fé, venceremos con él.

«Paris, 17 de octubre de 1848.—Siguen las firmas.»

Apenas subió al ministerio Mr. Dufaure, anuncióse se levantaria el estado de sitio de Paris, y en efecto, el 19 manifestó en la Asamblea Mr. Aylies que en vista de las esplicaciones dadas por el gobierno y con acuerdo de este, era de parecer la comision que debía cesar el estado escepcional. Nadie se opuso á esto, y la Asamblea acordó el levantamiento toda vez que el gabinete habia declarado unánimemente en la comision que cualquiera que fuese la efervescencia de los ánimos consideraba suficientes las leyes ordinarias para reprimir el desorden.

En la misma sesion quedó reelegido por cuarta vez para presidente de la Asamblea, Mr. Armand Marrast, por 485 votos, de 630 diputados que se hallaban presentes.

La modificacion ministerial ha hecho que presente su dimision el prefecto de policia del departamento del Sena. Mr. Ducoux, decidido republicano de la vispera y partidario del movimiento. He aqui la carta en que dimitió su cargo:

«Al presidente del Consejo de ministros:

«Ciudadano presidente: Acabais de constituir un ministerio que es á mis ojos la personificacion de la contrarrevolucion. La República va á ser dirigida á los ocho meses de existencia por los mismos hombres que en todos tiempos han empleado su inteligencia y sus esfuerzos en impedir su advenimiento. Esta politica podrá ser hábil, pero yo, ni la comprendo, ni mucho menos la apruebo.

«En vista de los peligros que amenazan la libertad en Francia, en tanto que ella triunfa en Alemania, voy á volver á ocupar mi sitio entre los adversarios de la monarquía, para combatirla bajo todos sus disfraces. Todos los soldados de la democracia deben estar en su puesto, y no es ciertamente el mio aquel donde ya no están mis simpatías.

«Espero que me nombreis un sucesor.

«Salud y fraternidad.

«El representante del pueblo, prefecto de policia.—Ducoux.»

Los agitadores continuaban su obra, manteniendo vivo el espíritu

revolucionario por medio de sus banquetes, en que se brindaba por las cosas mas estravagantes y absurdas. En Montpellier hubo una comida en la que se permitió entrar á la multitud y en la cual lucian algunos convidados el gorro encarnado. Concluido el festin, dividiéronse los concurrentes en grupos y recorrieron las calles gritando: ¡abajo los botarates! ¡viva el infierno! Varios de aquellos energúmenos se dirigieron á la sociedad de la Lógica y se pusieron á gritar: ¡abajo la Lógica! ¡fuera aristocratas! mientras otros grupos victoreaban á *Barbés, Raspail, la república social, el infierno, Laissac, el 93, Robespierre y la guillotina.*

En el boulevard Poissonniere, en Paris, hubo otro banquete en que Mr. Pierre Leroux saludó al *espíritu de la Montaña antigua*; y por último, el 22 se celebró otro por el mismo estilo y en que se dieron vi-vas parecidos ó iguales á los de los demas.

Mientras tanto Lamartine, que habia pedido licencia á la Asamblea para visitar sus posesiones, fué acogido el 17 en Macon con gran entusiasmo, y visitado por lo principal de la ciudad. El maire, el coronel, el teniente coronel, los dos gefes de batallon, la artillería y la música de la guardia nacional, se colocaron en cuadro delante de una quinta en que se hallaba el célebre poeta, y el maire pronunció un discurso, al cual contestó Lamartine con su acostumbrada elocuencia. He aqui algunos trozos de aquella improvisacion.

«El señor *maire* de Macon, vuestro elocuente y benévolo órgano, acaba de decirme que me traeis un bautismo de gloria por la parte que me ha concedido la Providencia en los sucesos ocurridos despues que os dejé. ¡La gloria es toda de Dios, que protege y protegerá á la Francia! ¡La gloria es toda del pueblo, que ha hecho la República, y que sabrá consolidarla por medio de su disciplina y de su sabiduría, despues de haberla conquistado con su valor! Yo no acepto aqui otro bautismo que el de vuestro cariño. (Bravos. ¡Viva la República!)

«Yo os traigo una revolucion inocente. Es la primera vez quizás que se unen estas dos palabras en la historia. ¡Os traigo el reinado regular y constitucional del pueblo! ¡Os traigo la abolicion de la pena de muerte en política! ¡Os traigo el derecho político adquirido é igual para todos! Os traigo el sufragio universal, que os permite reflexionar, juzgar, escoger vosotros mismos, no vuestros dueños, y si los representantes mas dignos por sus luces y su virtud de ser los depositarios respetados de vuestra propia soberanía! ¡Os traigo la paz conservada hasta ahora á todas las naciones por la moderacion y por la repudiacion de toda conquista injusta hecha por la República! ¡Os traigo la unidad de la representacion en una sola Asamblea nacional!

«Os traigo, finalmente, la eleccion de vuestro presidente por el pueblo, á fin de que todo sea fuerte, popular y verdadero en el gobierno, y de que el poder ejecutivo mejor obedecido por vosotros, sea vosotros mismos, representados en vuestro magistrado supremo. Vuestra suerte está en adelante en vuestras manos: á vosotros toca hacer perecer ó durar vuestra revolucion. Durará, se regularizará, se consolidará; yo os lo digo, si estais constantemente á la altura de los pensamientos generosos que os han hecho proclamar la República. (¡Viva la República!)

«Hay sin duda dolorosos obstáculos que atravesar. Las tempestades, como las revoluciones, no se calman del todo en pocos dias. Aun hay olas que azotan la playa despues de haber cesado el huracan. Existe

sobre todo el mal de la inquietud, que solo se disipa con el tiempo. Esa inquietud, esa falta de seguridad en los ánimos, pesan sobre el trabajo, sobre los jornales, sobre la propiedad, hacen sufrir á todo el mundo, alarmando á los propietarios. Vosotros podeis contribuir á la tranquilidad con vuestra calma, con vuestra razon, con la confianza que inspireis en todos los partidos. Si no es tolerante la libertad, ¿quién ha de serlo? Si la república no es unánime, correrá siempre peligros porque siempre tendrá enemigos.

«Ciudadanos, una palabra no mas, y esta vá á mis compatriotas de Macon, que vienen á abrazar á su hermano.

«Las revoluciones son movibles como las tormentas; yo lo he experimentado: mientras odiosas sospechas de complicidad absurda con los insurgentes á quienes yo combatia con la palabra y la mano, mientras la injuria, la calumnia sumergian mi nombre, no me quejé. Pensaba en vosotros, apelaba á mis conciudadanos de Macon. Aquellos me conocen, decia yo, y no me engañaba. Habeis separado la verdad de la mentira, y no me habeis creído indigno de mi patria y de vosotros. ¡Gracias! Es un ejemplo nuevo en la historia de los pueblos. Hombres mil veces super ores á mi, han sido desconocidos; Macon ha tenido mas justicia, y á esa hermosa bandera en que se escribieron las palabras sublimes, libertad, igualdad, fraternidad, Macon podria añadir otra cuarta, constancia, que es la divisa de vuestra generosidad conmigo, y y de mis sentimientos hácia vosotros.»

La Asamblea nacional ha terminado la discusion del proyecto de constitucion, y solo faltaba ya revisarla y promulgarla. Ese código, esperado con tanta impaciencia, debe tardar poco tiempo en ser publicado, porque no era de esperar que en la revision se introdujesen modificaciones de alguna importancia.

Creiase, pues, por algunos que la Asamblea prorogaria sus sesiones por tres semanas; pero una gran mayoría estaba resuelta á continuar sus trabajos, no siendo de consiguiente probable que se decrete la prorogacion.

En la sesion del 24 se leyó un proyecto de decreto para que la eleccion de Presidente de la República se haga el 10 de diciembre próximo.

PARTE CRITICA.

LOS EQUINOCCIOS,

○ EL MAR EN LA TIERRA.

La oracion de San Antonio empieza diciendo: «Si buscas milagros, mira....» Pero citemos otros textos de mas alta categoría y esfera. San Gregorio Nacianceno decia: «Si buscas prodigios, levanta los ojos á la bóveda celeste y los encontrarás á millares.» El Salmista dijo: «¡Qué de maravillas hay en las intumescencias del mar!»

En efecto, la incesante y perpétua agitacion de las olas, el flujo y reflujo, todos los fenómenos del mar son admirables. Las mareas tenian llenos de estupor y asombro á los sabios de Grecia, á aquellos sabios que no acertaban á esplicar lo que ahora les explicaria un estudiantillo de filosofia. Asi fué que se pusieron á discurrir, y para podérselo esplicar inventaron los disparates y estravagancias mas raras del mundo. Unos, como Apolonio de Tiana, atribuyeron este fenómeno á unos vientos que soplaban ya por encima ya por debajo del Océano, y le empujaban y repelían alternativamente. Otros, como Timeo, recurrieron á los rios de las montañas célticas, que bajando al Océano daban un empujon á sus aguas, y luego el dios de las olas las rechazaba otra vez y producía el flujo y reflujo. Otros, como los Estóicos, hicieron al mundo un ser viviente, cuyas aspiraciones y respiraciones ocasionaban el movimiento alternativo y oscilatorio del mar. Y esta idea estrambótica cundió tanto, que el mismo Varron, el mas ilustrado de los romanos, no veía en las oscilaciones del mar sino el juego de los pulmones del animal-mundo, que ya necesitaba el animalito de unos pulmones regulares. San Agustin, no pudiendo esplicárselo, se reía del orgullo del hombre, y lo proponía como un enigma

En fin, así anduvieron disbarrando, hasta que poco á poco fueron dando en el hito. Posidonio y Estrabon ya vislumbraron alguna cosita, y Plinio dijo espresamente que la causa del flujo y reflujo eran el sol y la luna: *causa in sole lunaque est*. Vinieron luego otros hombres y otra filosofía, Kepler, Galelio, Newton, etc. hasta Euler, Bernoulli, Mac-Laurin y Laplace, y de unos en otros se vino á dar en el quid de la dificultad. Y este *quid* era la luna. Y por el movimiento y revolucion de la luna esplicaron los muy picaruelos los movimientos y revoluciones de las aguas del mar; su agitacion diaria é incesante, el flujo y reflujo, sus altas y bajas mareas; y que las mareas mas fuertes suceden en los novilunios y plenilunios, con todo aquello de *sizigias* y *cuadraturas*, *apogeeas* y *perigeas*, y que son mayores en invierno que en estío, y que menguan al aproximarse los solsticios, y crecen al acercarse los equinoccios, y que en estas últimas estaciones principalmente, es cuando se verifican esos flujos estraordinarios conocidos con el nombre de *grandes malinas* ó *aguas vivas*, que empujan á las playas enormes y formidables masas de aguas, y á veces invaden el litoral como torrentes devastadores.

Pues señor, esto va bien; ya hemos explicado sucintamente este fenómeno que tantas maravillas encierra, como dijo muy bien el Salmista. Pero ahora entran mis apuros gerundianos. Porque es de saber, que como los frailes solemos tener unas ideas tan raras, se me ha llegado á figurar, á mí Fr. GERUNDIO, que el mar se nos ha venido á la tierra, á lo menos acá en Europa, y que la Europa no es ya continente, sino Occéano, en que suceden los mismos mismísimos fenómenos y maravillas que el Salmista encontraba en las intumescencias del mar, y que á San Agustín le parecían un enigma inesplicable.

Y esto lo llevo observado desde la revolucion de febrero y marzo, es decir, desde el equinoccio de la primavera, en que hubo aquel flujo estraordinario de *aguas vivas*, que rompiendo todos los diques que antes las habian contenido, inundaron todo lo que hasta aqui habia sido continente europeo, y quedó desde entonces convertido en Occéano. Solo quedaron en seco los dos extremos de esta parte del mundo, la Rusia y la España, como si sus fronteras hubieran estado designadas para formar las opuestas barreras litorales en que se habian de estrellar las olas de la gran maréa. Algunas gotas se colaron, pero imperceptibles hasta ahora. Aquella marea fué de Mediodía á Norte.

Desde entonces la Europa ha tenido los mismos movimien-

tos y ofrecido iguales fenómenos á los del mar. Primeramente el movimiento diario, esa agitacion incesante y continua, es ebullicion perpétua, esa intumescencia cotidiana, ese ir y venir de las olas, que hace desvanecerse la cabeza si se da en contemplar mucho tiempo seguido. Además de esta movilidad y oleage diario en cada pueblo de los inundados, hemos tenido el flujo y reflujo, diario tambien, de unos á otros pueblos, ó como si dijéramos de unas á otras costas y playas. Las mareas han crecido en los novilunios y plenilunios, y no se ha pasado un solo mes lunar en que no hayamos observado un par de mareas grandes: y estos periodos de alza y baja no han dejado de corresponder á los movimientos de la luna en su órbita. Y por último vino el equinoccio de otoño, y con él la gran marea de las *aguas vivas*: y para que los fenómenos de este nuevo Océano no sean menos maravillosos que los del antiguo mar, y para que el sistema del flujo y reflujo sea completo, la gran marea que en el equinoccio de primavera se dirigió de Mediodía á Norte, en el equinoccio de otoño ha ido marchando de Norte á Mediodía. Aquella partió del mar de París, y se fué estendiendo por la Italia, la Alemania y el Austria; esta ha partido del mar de Viena, y las oleadas han ido agitando la Alemania, la Italia, hasta las playas de Francia, donde parece haberse ido apagando las olas, como si hubiesen entrado en una especie de mar Muerto, escepto la bulliciosa falange de la república roja, que llamaremos el mar Rojo.

¡Fenómeno singular! En Roma principió la marea, que andando el tiempo habia de producir el nuevo Occéano. Fué una marea suave, pero fué la primera. Seguidamente al aproximarse el equinoccio rompieron en París las *grandes malinas* que llevaron sus formidables masas de aguas por todo el antiguo continente, y le inundaron y le convirtieron en un mar de aguas vivas. Y estas aguas vivas eran las ideas de libertad, de república, de reformas, de progreso avanzado y rápido, de sustitucion de nuevas formas y de nuevos hombres á las formas añejas y á los hombres antiguos. Y estas ideas y estas aguas penetraron hasta el Norte, dondó nadie creia posible que penetraran, y se admiraron todos, y yo FR. GERUNDIO, exclamé con David: «¡Qué de maravillas hay en las intumescencias del mar!» Y ahora, en el reflujo de otoño, en la marea de este equinoccio, cuando las aguas vivas han partido del Norte, cuando ellas han agitado á su paso y avivado en los pueblos ó mares lindantes las ideas de libertad, de república, de progre-

só rápido, de variaciones y reformas radicales, en Roma y en París, de donde antes arrancaron las mareas, han encontrado ahora un reflujó inesperado; allí un ministerio sobre la base de un antiguo embajador de Luis Felipe, aquí un gobierno con antiguos ministros de Luis Felipe. De donde salieron en el flujo las *aguas vivas*, allí mismo se encontraban en el reflujó las *aguas muertas*. ¡Lo que va de equinoccio á equinoccio!

Ahora bien; ¿voy descaminado, yo Fr. GERUNDIO, en sospechar que el mar se nos ha venido á la tierra, y que la Europa es un nuevo Océano en que se observan los mismos fenómenos y las mismas maravillas que en el mar? ¿Y quién me explica á mí estos flujos y reflujos, este oleage y movimiento diario de los pueblos, estas mareas lunares, apogeas y perigéas, estas aguas vivas y estas aguas muertas, estas grandes malinas que van de Sur á Norte y vuelven de Norte á Sur, y estas maravillosas variaciones de uno á otro equinoccio? Bien podria yo proponerlo por enigma como San Agustin. No pediré ciertamente la esplicacion á los sabios de Grecia, porque ni existen ni podrian dármela, y quiera Dios que puedan dármela los sabios de Europa. ¿Apelaré á la influencia de la luna como Euler, Mac-Laurin y Laplace, para explicar esta agitacion de las ideas y de los pueblos, este oleage de las revoluciones, estos flujos y reflujos, estas oscilaciones tan semejantes á las del mar? No diré tampoco que el influjo sea enteramente lunático; pero casi estoy por exclamar como Plinio: *causa in sole lunaque est*: la causa está en el sol y en la luna.» Porque casi me inclino á creer que la causa está en el influjo atmosférico mas que en las ideas y en las convicciones, porque si en estas consistieran habria mas fijeza, mas estabilidad, mas consecuencia en los hombres y en los pueblos. ¿No podrá ser el influjo atmosférico el que nos trae estas oscilaciones políticas, al modo que nos trae el cólera-morbo (Dios nos libre), el cual como ellas nos visita de cuando en cuando, presentándose aquí benigno y suave, allá mortífero y exterminador, trasmigrando de un punto á otro sin marcha cierta ni direccion fija, volviendo al mismo punto de donde partió, ó haciendo una conversion hácia donde le da la gana, ó mas bien hácia donde marcha el influjo atmosférico que le lleva?

Ahí queda la cuestion: resuélvala el que pueda: y que Dios nos dé vida hasta ver qué nos trae el reflujó del equinoccio venidero, y de los otros equinoccios que vengan detrás de él.

LA GRACIA DE DIOS EN PLEITO.

Como apenas hay disputas hoy dia entre los reyes y los pueblos, y como si fuesen pocas las que hay pendientes, se han puesto ahora á pleitear sobre la gracia de Dios. La Dieta constituyente de Berlin ha acordado quitar *la gracia de Dios* al rey de Prusia. Pero el ciudadano Federico Guillermo, que lleva tantos años viviendo, sino *en gracia de Dios*, por lo menos *con la gracia de Dios*, dice que no quiere desprenderse de ella ni por un Cristo. Asi fué que al dia siguiente de haberle despojado la Asamblea de *la gracia de Dios* se largó el rey amostazado á Postdam, y cuando fué la comision de la guardia nacional á felicitarle á palacio, les dijo: «Acordáos de esta casa de príncipes, que existe *por la gracia de Dios*.» La gracia de Dios afectó y disgustó á muchos miembros de la comision de tal manera, que protestaron no volver á ver al rey. Se teme que *la gracia de Dios* produzca turbulencias en Berlin y en Postdam, y acaso en toda la Prusia, porque el rey se empeña en conservar *la gracia de Dios* y la Asamblea en quitársela.

Es lo único que nos faltaba ya; que la gracia de Dios se pusiera á pleito, y se convirtiera en ocasion y motivo de revoluciones.

INDIRECTAS DEL PADRE COBOS.

—«Diga vd., mi amo, me preguntó TIRABEQUE: ¿El Padre Cobos fué inglés?»

—No creo que lo fuera, le respondí, antes tiénesele por español, y tan rancio, que sospecho debió ser castellano viejo como tú, á juzgar por la naturalidad y franqueza que se le supone y atribuye; puesto que cuando se dice á alguno una cosa, por

desagradable y sensible que le sea , sin rodeos ni ambages , y sin circunloquios ni retóricas, se dice por antifrasis: «esa es una indirecta del Padre Cobos.»

—Por eso mismo lo preguntaba. Pero en cuanto á sospechar que fuese castellano viejo como yo por lo francote y lo llano, y porque llamára las cosas por sus propios nombres , eso podrá ser una indirecta de vd. á mí, y como decirme que yo tambien hablo sin circunloquios ni bagages , pues por lo de castellano viejo tanto lo es vd. como yo, y la diferencia estará en ser yo mas lego que vd. y entender menos de retóricas ; y aun si á eso vamos, tambien diria yo que el Padre Cobos debió ser fraile, y de los de misa, lo cual seria otra indirecta hácia vd. Pero tengo para mí que el Padre Cobos ni fué castellano viejo, ni siquiera español, sino inglés.

—Ese es un juicio, PELEGRIN, tan infundado como estravagante; y si ya no supiera que no conoces de manera alguna á los ingleses, bastariame esto solo para confirmarme en ello, porque nada hay mas distante de la civilizacion y de la cultura que ese lenguaje que por escesivamente franco es ya brusco, que llamamos proverbialmente *indirectas del Padre Cobos* , y no debes ignorar que los ingleses pasan por los hombres mas cultos y civilizados del mundo.

—Así será, mi amo, y esto es lo que oigo decir ; pero en cuanto á indirectas, lléveme el diablo si los señores ingleses no pueden dar quince y falta en esto de brusquedad al mismo Padre Cobos.

—No sé en qué puedes fundar eso, PELEGRIN.

—Señor, como yo no conozco á los ingleses mas que por escrito , fúndolo en lo que leo de ellos. Y ya deberá vd. saber mejor que yo que á ese señor O'Brien que quiso revolucionar la Irlanda le ha condenado el tribunal á la pena de muerte , lo mismo que á ese otro Man-Manus , ó Mac-Manus, ó como se llame , que no llevan malas trazas los hermanos ingleses de abolir la pena de muerte por delitos políticos, y luego si en otra parte condenan á muerte á los revolucionarios saldrán diciendo que es una atrocidad impropia de la civilizacion del siglo, y sobre esto todo cuanto se les antoje ; y yo no diré que hayan hecho bien ni mal, ó si vd. quiere diré que tan mal hacen los unos como los otros , porque matar los hombres por cosas políticas pareceme una inhumanidad y una simpleza, sea quien quiera el que lo haga, y en esa parte estoy con los franceses de la República que la han abolido, pero voy únicamente

á que los ingleses ven la paja en el ojo ageno, y no ven la viga en el suyo.

—Ese razonamiento está en su lugar, PELEGRIN; pero no alcanzo qué conexion pueda tener esto con el asunto que tratá-
bamos, que eran las indirectas del Padre Cobos.

—Allá voy, señor. Pues bien, el presidente del tribunal le dijo á ese pobre O'Brien, que el jurado le habia hallado culpable de alta traicion, y que por lo mismo no le quedaba otra cosa que hacer sino pronunciar su condenacion á muerte.

—Y bien, ¿qué hallas en esto de particular? Una vez decidido el tribunal á pronunciar la sentencia, ¿qué remedio tenia sino comunicarla al reo? Esto era indispensable, y esto es lo que en todas partes se ejecuta. Repito que no veo en esto nada que se parezca á las indirectas del Padre Cobos, porque esta es una intimacion necesaria.

—Ahora voy allá, señor. Y no contento el presidente con darle tan buen trago, tomó otra vez la palabra y le dijo con mucha solemnidad (aqui traigo copiadas las palabras): «*William Smith O'Brien: vais á ser sacado de aqui, y conducido al sitio de donde habeis venido: de allí os llevarán en un carro al lugar de la ejecucion, donde os ahorcarán por el cuello hasta que se os acabe la vida; en seguida vuestra cabeza será separada de vuestro cuerpo, y éste dividido en cuatro partes, las cuales serán presentadas á S. M. para que disponga de ellas segun lo juzgue conveniente. El cielo tenga piedad de vuestra alma.*»

¿Qué le parece á vd. de la indirecta inglesa, señor mi amo? ¿No es una manera bien disimulada de dar una noticia á un pobre prógimo para que no se sobrecoja y asuste? ¿Hubiera hecho mas el Padre Cobos? Quiero dejar aparte eso de *ahorcar*, y de *separar la cabeza*, y de *descuartizar* á un hombre, y mas siendo por causas politicas, lo cual téngolo por una barbaridad que ya no se usa en ninguna parte, cuanto mas en pueblos civilizados y cultos como dice vd. que es la Inglaterra, y yo lo oigo decir todos los dias. Y voy ahora solamente al modo de participar la noticia, que voto á las cinco suelas de mi zapato, que valiera mas dar á un hombre una puñalada (Dios me perdone) que no un desayuno y un trago semejante. Y si yo dijese ahora que esto me parecia una rusticidad, y una barbaridad, me diria vd. muy sério: «PELEGRIN, esas son indirectas del Padre Cobos: «Y yo replicaria: «Señor mi amo, son

indirectas á la inglesa, y yo no hago mas que imitar á los cultos y civilizados ingleses.»

—¿Has acabado ya, PELEGRIN?

—No señor. Aun tengo que decir que á lo menos por acá, en esta que se supone haber sido la patria del Padre Cobos, el hombre mas palurdo y mas zafio cuando tiene que dar á otro una mala noticia lo hace con cierta retórica á su modo y manera, como aquel que escribia:

Amigo Toribio,

la muerte de tu padre no te la escribo,

pero sabrás que murióse,

y que antes de morir estuvo muy de peligro.

—O como el otro que decia: «Pensaba escribirte que acabamos de enterrar á tu muger, pero lo dejo porque no te asustes, y porque no faltará ahí quien te lo vaya diciendo poco á poco, pues asi se lo hemos encargado á tu amigo Reimundo, que es hombre que lo entiende.»

A lo menos estos, mi amo, aunque venian á decir las cosas por lo claro, indicaban á su manera que de buena gana no las dirian; pero los señores ingleses, con ser tan grandes letrados como deberán ser para juzgar á un Mister de la clase y categoría del señor O'Brien, ni siquiera emplearon esos pequeños repulgos, sino que enteramente de sopeton le dijeron: «Vd. va á ser ahorcado, y descabezado, y descuartizado, y Dios tenga piedad de su alma de vd.» Señor, esto es muy brutal, diga vd. lo que quiera.

—Sí, pero al mismo tiempo le dijeron tambien que le recomendaban á la clemencia de S. M., única que podria perdonarle la vida.

—Si señor, pero el trago ya le tenia en el cuerpo, y lo que estraño es cómo al pobre hombre no le dió un sofoco que hiciera superfluo el perdon de la Reina, dado caso que hubiera de venir. Y asi, desengáñese vd., mi amo: ó el Padre Cobos fué inglés, como dije al principio, y ha dejado allí muchos discipulos de sus indirectas, ó por lo menos cuando veamos dar una mala noticia asi con esa brusquedad capaz de matar á un hombre y de hacerle caer redondo, ya no deberemos decir: «esa es una indirecta del Padre Cobos;» sino: «esa es una indirecta á la inglesa.»

LA COPLA DE CAMPAZAS.

Ayer me dijiste que hoy,
hoy me dirás que mañana,
y mañana me dirás,
«ya se me quitó la gana.»

Esta es una copla muy vulgar y muy plebeya, lo cual no necesitarán vds., hermanos lectores, que yo se lo advierta; bien lo conozco. Oíase la yo cantar allá en mis tiempos á los ciudadanos de Campazas, en aquellos tiempos en que ellos ni se imaginaban siquiera que eran ciudadanos, y aun ahora dudo si lo saben, y es cuestion que se agita todavía entre los doctos, si los ciudadanos de Campazas serán mas felices sabiéndolo que no sabiéndolo. Tampoco yo entonces sabía ni me imaginaba que aquella coplilla tan rústica y plebeya había de tener aplicacion andando el tiempo, por ejemplo en octubre de 1848, á una de las mas altas y peliagudas cuestiones de Europa, y que le habia de cuadrar como de molde. Bien dijo el sábio cuando dijo: «Que no habia cosa mínima que no pudiera aplicarse á las cosas máximas.»

Bien me lo dió á mí el corazon, y por eso le dije á mi amigo Cárlos Alberto: «No seas pobre hombre, no te fies de ellos, mira que te lo dice quien los conoce.» Lo cual equivalia á haberle recitado esta copla:

Ayer te dijeron que hoy,
hoy te dicen que mañana,
y mañana te dirán:
«ya se nos quitó la gana.»

En virtud de este consejo, ó no en virtud de este consejo, que para el caso es igual, el bueno de Cárlos Alberto se dirigió á ellos (y ya comprenderán vds. que hablo de los ingleses y de los franceses) para ver si le daban una respuesta definitiva (y ya entenderán vds. que se trata de la mediacion anglo-francesa). A cuyo efecto, encargó al marqués de Ricci que preguntára al ministro de Negocios estrangeros de la República;

y el ciudadano Bastide, despues (dicen) de haberlo consultado con el ciudadano Palmerston, parece que le contestó: «Que habiendo variado las circunstancias con motivo de los acontecimientos de Viena, ni la Inglaterra ni la Francia podian continuar ya sus *buenos oficios* con el Austria y el Piamonte.» Y que insistiendo Ricci en preguntar, si en el caso que el rey de Cerdeña emprendiera de nuevo la guerra, podria contar con los auxilios de la Francia, le contestó el hermano Bastide: «Que el gobierno de la República se habia propuesto no intervenir con las armas en ninguna de las cuestiones de otros pueblos.» Y que el hermano Palmerston (añade la crónica) ha contestado á igual pregunta, diciendo: que si el rey del Piamonte quiere emprender de nuevo la guerra, que lo haga de su cuenta y riesgo, y su fortuna le valga.

Quiere decir en resumidas cuentas, que le ha salido al bueno de Cárlos Alberto al pie de la letra la copla de Campazas, puesto que despues de los arrumacos consabidos han venido á decirle:

Ya se nos quitó la gana.

Aunque la verdad del cuento es que nunca tal gana tuvieron. Pero Cárlos Alberto y los italianos dicen que corriente, que *l'Italia farà da se*, y que mas vale estar solos que mal acompañados; y aprovechando la borrasca de Viena y el rio revuelto del Austria y de la Alemania, parece que están dispuestos á echar de nuevo el pecho al agua y á buscar otra vez el bulto á los austriacos y á Radetzky, y Dios los guie por buen camino y les dé mas suerte y mas ventura que la que antes tuvieron, y haga que los panes les salgan mas derechos que en la primera hornada.

Y aqui teneis, hermanos, cuán pronta y completamente comienza á cumplirse el pronóstico que hizo mi paternidad en la última Revista, cuando al hablar de la desdichada mediacion dijo: «Y la Inglaterra y la Francia lo están viendo «con tanta pachorra, *hasta que venga un trueno en que se echen á rodar los chirimbolos por todas partes, y cada cual saque la astilla que pueda, que es como preveo, yo FR. GERUNDIO, que ha de venir á terminar este negocio.*» Que si mas pronto lo digo, mas pronto viene el trueno, y mas pronto se cumple el presagio.

Y dice FR. GERUNDIO ahora: «Ven acá tú, Francia; ven acá tú, Inglaterra: en el nombre de Dios y del decoro público

os requiero y preguntó: ¿no se os cae la cara de vergüenza?

Y si las naciones no tienen cara, venid vosotros, ciudadano Palmerston, y ciudadano Cavaignac, que la tendreis mala ó buena: *amen amen dico vobis*, en verdad en verdad os digo que os habeis lucido.

Si en esto habia de parar la mediacion, si no estabais en ánimo de realizarla, tú, ciudadano Palmerston, ¿por qué la propusiste? Y tú, ciudadano Cavaignac, ¿por qué la aceptaste? Y los dos, ¿por qué la habeis proclamado a boca llena?

Venid acá y decidme, ciudadanos: ¿creeis que podrá haber de hoy mas un mortal que se fie de vuestras promesas y de vuestras mediaciones? *Amen amen dico vobis*, en verdad en verdad os digo, ciudadanos, habeis hecho un pan como unas hostias, y en lugar de los himnos de gloria que os hubiera cantado si hubierais cumplido con vuestro deber oportunamente y como buenos mediadores, no mereceis que os cante sino la copla de Campazas.»

LA GRESCA DE VIENA.

Esta es la que ha hecho el gasto en los periódicos y en las conversaciones durante estos 45 dias. Y no es extraño, porque de las mil y quinientas zambras que se han armado en Europa desde octubre acá (y si alguno dijere que no se ha aprovechado el tiempo, *anathema sit*), y de las sesenta y cinco que por su parte llevaban hechas los hermanos vieneses (y no se dirá tampoco han holgado), sin duda alguna la del 6 de octubre ha sido la mas seria, la mas formal, y la mas trascendental de todas. Por lo mismo me habia propuesto, yo FR. GERUNDIO, tratar de los sucesos de Viena solo y sin intervencion de mi lego TIRABEQUE; pero ha sido inútil propósito. Cada mañana se repetia este diálogo y esta escena.—«Tenga vd. buenos dias, señor mi amo.—Asi te los dé Dios, PELEGRIN.—¿Cómo ha pasado vd.

la noche?—Muy bien ¿y tú?—Bien para servir á vd. ¿Y qué hay de Viena?»

Así es que en estos 45 dias me ha hecho desayunar en Viena, comer en Viena, y hasta acostarme y dormir en Viena, porque no habia hora ni momento que no quisiera estar hablando de los sucesos de Viena. Ya hube de decirle un dia: «Acontecimientos son estos, PELEGRIN, tan graves y de trascendencia tanta, que no pueden ser tratados contigo, porque ellos son de naturaleza tal que no admiten tus bromas y cuchulletas, sino que exigen ser considerados con la formalidad que su grande importancia requiere.»

Echóseme el bellaco de TIRABEUQUE á reir, y me dijo: «Medrado está vd., señor, si con esas formalidades se anda. No sino tome vd. por lo sério y lo sentimental las zambras de Viena y todas las demas de esta Liorna que yo digo, y será cosa de consumirse y acabarse y de dar con su cuerpo en la sepultura en cuatro dias. Ande vd., señor, que ello se compondrá, si Dios quiere, porque todas estas deben ser cosas de Dios, segun vd. dijo en un principio; y sobre todo, por allá me las den todas, que harto tiempo nos las dieron por acá, y tuvimos paciencia, y bueno será que cada nacion vaya probando un poco del caliz de las revoluciones para que sepa á lo que sabe, y pueda dar su voto con conocimiento de causa, sobre si es dulce ó es amargo.

—Alabo tu buen humor, PELEGRIN, y aun le envidio. Pero ¿te parece que es cosa de ver sin sentimiento el que en una capital como Viena se maten y degüellen paisanos con tropa, tropa con guardia nacional, nacionales con nacionales, aldeanos con cortesanos, austriacos con húngaros, polacos con alemanes, alemanes con italianos, siendo todos pertenecientes á un mismo imperio, y debiendo por consiguiente constituir una sola familia y mirarse como hermanos? ¿Te parece que es cosa de reir el que unos cuantos desalmados se apoderen del ministro de la Guerra, y le arrojen de un cuarto piso de su casa al suelo, y luego le martillen la cabeza y le cuelguen en seguida de un farol, y aun se entre tengan y diviertan en tirar balazos sobre su cadáver como quien tira al blanco? ¿Y que uno de los asesinos se presente en la Dieta enseñando el sable ensangrentado, haciendo alarde del crimen, y que las tribunas celebren con aplausos aquel acto de refinada ferocidad? ¿Y que luego en despique el gefe de las tropas ahorque á unos cuantos estudiantes, pertenecientes al pueblo vencedor, que pudo haber á las

manos? ¿Y qué mas adelante se ofrezca á la Dieta el espectáculo de un cadáver horriblemente ensangrentado y mutilado, para que vieran los representantes cómo eran tratados por las tropas los hombres del pueblo, y escitarlos á la venganza? ¿Te parecen estas escenas propias para tratadas, no digo con buen humor, pero ni siquiera con indiferencia?

—Mire vd., señor. en cuanto á lo primero que vd. ha citado, no pasa de ser uno de los infinitos capitulos de la historia de la fraternidad de estos tiempos. Y en cuanto á los otros casos, de mi cargo queda recomendar estos apéndices á mi amigo el *Domador de fieras* del otro dia, para que los tenga presentes y le sirvan de gobierno por si pudiesen contribuir á hacerle adoptar el plan que yo le indiqué. Cuanto mas que estos son lunarcillos que llaman de las revoluciones, y *peccata minuta*: y aunque para mí no son menudos, sino de los pingües y gordos, y de los que yo diria de estialidad, menester es que apartemos la vista de ellos, y la llevemos á otras cosas y casos que tengan mas chiste.

—¿Y qué cosas son esas?

—Señor, vamos por partes, ó digamos asi por estaciones; y sea la

PRIMERA ESTACION.

El señor Emperador.

Mucho me hacen reir las cosas de este señor, mi amo.

—¡Válame Dios á qué tiempos hemos llegado, PELEGRIN! ¡Que ya un miserable lego de España, como tú eres, se ha de reir de un Emperador de Austria, á cuyo solo nombre no ha mucho casi temblaba la Europa!

—Todo lo hacen los tiempos, señor. A mas que yo no me rio con mala intencion, ni porque le menosprecie ni quiera mal. Riome solamente de ver lo pronto que él hace la maleta, y lo expedito que es para arreglar los viages siempre que se mueve en Viena algun ruido que le dé dolor de cabeza, y cómo él se larga y escurre de soniche, como dicen los gitanos, y á la chita-callanda, sin que nadie sepa al pronto la ruta y camino que lleva, hasta que luego escribe una carta de aquí ó de allí, al modo que lo hacen los hijos de familia que se escapan de la casa de sus padres. Paréceme, mi amo, que este señor Emperador habia de hacer un buen guardia nacional

movilizado, y si da en tomar el gusto á la vida errante ó trashumante, no me maravillará que venga á parar en peregrino.

—Eso se explica, PELEGRIN, por el buen resultado que le produjo su primera fuga á Inspruck; pues como viese que desde el punto y hora que se ausentó de Viena y se le echó de menos, comenzó un rosario de mensajes y de oraciones y preces para que volviera, diciéndole los Vieneses que le querian tanto que no acertaban á vivir sin él, y aunque se hizo de rogar mas de lo que debiera, fueron tantas las súplicas y los ruegos, que al fin hubo de condescender y dar gusto á los suplicantes: y como despues de dos meses de hacerse el interesante y el necesario fuese recibido en Viena con palmas y olivas, ahora en las mismas ó parecidas circunstancias á las de entonces ha querido sin duda hacer la segunda prueba.

Y á fé mia, PELEGRIN, que el tal Emperador, de cuyas cosas tú te ries, muestra no tener mal tomado el pulso á la índole y temple de su pueblo, puesto que tambien esta segunda vez, apenas se ha ausentado de Viena, ha comenzado la Dieta á mardarle otra sarta de mensajes, protestándole del entrañable amor de sus pueblos; y aunque no se dignó ni contestar ni admitir siquiera á los dos primeros mensajeros, no por eso dejó la Dieta de enviarle el tercero; y aunque al tercero apenas se dignó contestar, no por eso ha dejado de enviarle el cuarto, y no sé á cuantos llegarán todavía los mensajes: que seméjase me la tal Dieta á una muger que de tal manera cansa y fastidia y atosiga y muele á su marido que le aburre y le hace salir de casa, y despues que ha salido no cesan los recaditos tiernos y las protestas de amor y de cariño para convencerle á que vuelva. Y á fé que el tal Emperador, de cuyas cosas tú te ries, se conoce que sabe bien buscar los escondites en donde mejor le quieren, puesto que si la otra vez se fué á Inspruck en el Tirol, donde tantos obsequios y caricias le dispensaron, ahora se ha ido á Olmutz en la Moravia, donde á su llegada le desengacharon los caballos del coche y fué conducido en triunfo en los brazos del pueblo entusiasmado. De forma que así como otros que parecen tontos se meten en casa, este Emperador que parecia tonto se sale de ella siempre y cuándo le conviene.

—Señor, eso solo tiene una contra, y es que tantas veces podrá ir el cántaro á la fuente que deje en ella el asa ó la frente.

—Tal podrá ser tambien, PELEGRIN. Pero lo que á mí mas

me divierte de este Emperador, y al mismo tiempo me admira, es su asombrosa fecundidad para esto de dar á luz *Manifiestos y Cartas*. Lo menos lleva publicados ya doscientos en seis meses. Manifiestos á los vieneses; cartitas á los ministros: manifiestos á los pueblos de Italia; cartitas á Radetzky: manifiestos á los pueblos de Hungría; cartitas á Jellachich: manifiestos al ejército; cartitas á los generales: manifiestos á la Dieta; cartitas al presidente. Y ahora mismo cuando se fugó dejó una cartita escrita en el palacio de Schœnbrunn; y por el camino soltó un manifiesto en Lintz, otro manifiesto en Herzogenbourg, otro manifiesto en Brunn, otro manifiesto en Zelowitz, otro manifiesto tan luego como llegó á Olmutz, además de otra cartita al ministro Hornbosk. De modo, PELEGRIN, que bien podríamos llamarle el Emperador *Manifiestos*, ó el Emperador *Cartitas*.

—¿Lo vé vd., mi amo, cómo nunca faltan cosillas que diviertan, aunque sea en las mas grandes y mas sérias revoluciones? Y diga vd., mi amo; ¿qué ha sido á estas fechas de los ministros y de la Dieta? Porque aquello debió de quedar muy desconcertado.

—Eso, PELEGRIN, siguiendo tu sistema, deberá ser objeto de la

SEGUNDA ESTACION.

Los ministros y las dietas.

En esta segunda estacion contempla, PELEGRIN mio, lo que es un ministerio que se disuelve. El uno ya sabes que murió asesinado: otros dos *per omnia secula se escondieron* y no han vuelto á parecer: otro se fué con el Emperador: otros dos quedaron, y otro nuevo nombró la Dieta. Pero de los dos que quedaron el uno dijo que le habia escrito el Emperador *una cartita* llamándole á despachar con él, y que en su virtud se iba, y la Dieta le dejó ir y se fué: el otro fué enviado con un mensaje al Emperador, y cuando le encontró hizo dimision y no volvió: y el que habia nombrado la Dieta dijo que si su compañero habia hecho dimision, él tambien la hacia y la hizo, y *per istam sanctam unctionem.....* se quedó Viéna sin un solo ministro.

—Señor, si eso fuera en España hubiera podido acaso ser una fortuna, porque me acuerdo yo que nunca hemos estado mas quietecitos y mas en paz y concordia que algunas tem-

poradillas que por carambola nos hemos quedado sin ministros y sin gobierno conocido. Pero sospecho que no será así allá en Viena, y así entéreme vd. de quién y cómo se gobierna aquel cotarro.

—Eso te lo explicaré luego en la tercera estacion. Ahora, ya que me has preguntado por la Dieta, te diré que luego que se marchó el Emperador se constituyó en sesion permanente para proveer á las necesidades y al gobierno y tranquilidad del pueblo: Pero es el caso que una gran parte de los diputados, los que desaprobaban el pronunciamiento, se salieron de Viena, y fueron á reunirse en Praga (Bohemia), y allí constituyeron otra Dieta, que dicen que es la legitima y legal: y desde alli han declarado nulo y de ningun valor cuanto haga y acuerde la Dieta revolucionaria de Viena. Pero la Dieta de Viena á su vez ha declarado ilegítima é ilegal la Dieta de Praga, y nulo por consiguiente cuanto ella acuerde y determine. Y al mismo tiempo la mitad de la Dieta alemana de Francfort ha dirigido una felicitacion á los revolucionarios de Viena, y la otra mitad de la Dieta de Francfort ha pedido que se envíen los ejércitos del Imperio á sujetar á los revolucionarios de Viena. Y la Dieta de Francfort dice ya que no se encuentra alli bien, y que mejor debe estar en Berlin (Prusia). Y la Dieta de Praga ha invitado á todos los diputados austriacos á trasladarse con ellos á Brunn (Moravia), donde dicen que estarán mejor. Y la Dieta de Viena por su parte ha invitado al Emperador á que reúna un Congreso de pueblos con mediadores internacionales, y con la cooperacion de dos ministerios responsables. Y esta confusion de Dietas y de peticiones te dará idea, PELEGRIN hermano, de cómo va progresando la *union alemana* y la *fraternidad austriaca* al abrigo de estas revoluciones.

—¿No le dije á vd., mi amo, que en las mas serias y formales habiamos de encontrar cosillas que nos divirtieran? Y ahora dígame vd. quién gobierna aquel berengenal en que Viena debe haber quedado metida.

TERCERA ESTACION.

Los estudiantes.

—Te diré, PELEGRIN. Ademas de la Dieta, que está en un continuo trae y lleva de recados y negociaciones y mensajes,

ya con el Emperador, ya con los gefes de las tropas que circundan y amenazan la ciudad, ya con la Dieta Húngara, ya con la de Francfort, ya con la de Praga, ya con la de Berlin, en honor de la verdad siempre buscando medios de dar á aquello un desenlace conciliatorio y pacífico; hay el Comité de seguridad pública, hay el Consejo comunal, hay el Comité central de las asociaciones democráticas, y sobre todo hay el Comité de estudiantes, ó de la legion Académica, que es el punto céntrico y como el nudo de todas las relaciones, donde van todas las noticias, donde reciben las armas los obreros, donde son conducidas las personas sospechosas, y el que se considera en fin como el núcleo y el alma del gobierno revolucionario de Viena, porque los estudiantes han sido la parte mas activa y fogosa de esta como de todas las revoluciones que en Viena han acaecido desde marzo á octubre, y la famosa legion Académica es la que hoy mas la sostiene.

—Y diga vd., mi amo; ¿cuándo comienza el curso para los estudiantes allá en Viena? Porque si señores padres los han mandado allí para estudiar, como supongo, y no para armar zambras y bolinas, y ellos en tal de aprender la leccion y de ir con su librito debajo del brazo á la Universidad, toman el fusil y se van al comité ese, y se meten á gobernadores y directores de pronunciamientos, paréceme que los tales licenciados no llevan la mejor carrera para llegar á doctores, y que el curso del año pasado y del presente se le podrán encomendar á las ánimas benditas, y que ni señores padres ganarán mucho en ello, ni tampoco la ilustracion. Aunque por otra parte, siendo ellos los que todo lo mangonean y pueden, tambien sabrán despacharse á su gusto, y mas bobos serán ellos si no se dan á si mismos el certificado de aprovechados y sobresalientes.

—Mucho es en verdad su poder, PELEGRIN. Y lo prueba, entre otras cosas, que habiéndose mudado cuatro veces en un dia el comandante en gefe de la guardia nacional, porque ninguno era del agrado de los señores escolares, se confió interinamente el mando de dicha guardia á un tal Messenhaussen, propuesto por su comité, hasta que últimamente se han puesto al frente de ella dos generales polacos. Pero aun esto es poco todavía, PELEGRIN. Como la ciudad se habia quedado sin ministros, segun antes te dije, la legion Académica no quiso desaprovechar tan buena ocasion, y nombró gefe del poder y como ministro universal á un estudiante llamado Bischoff;

si bien la Dieta parece que no tuvo por oportuno reconocer ni admitir el gobierno del tal escolástico.

—Señor, no deberá ser mala púa el ciudadano Biscoch ó Bizcocho, cuando la estudiantina le eligió para hacerle Rector de toda la ciudad; y voto á mi zapato que si él no es un consumado Doctor en letras, á lo menos deberá ser un buen catedrático de revoluciones. ¿Y sabe vd. mi amo, que aquella madeja debe estar muy enredada y revuelta cuando tales manos la devanan?

—Tanto, PELEGRIN, que pasan ya de 40,000 las personas que han emigrado de Viena, temerosas asi de la anarquía de dentro como de los ataques que puedan venir de fuera. Y gracias á que la Dieta con su conducta templada y conciliadora está evitando muchos desórdenes, y aun esto le está concitando ya la enemiga de la parte mas exaltada del pueblo y de la legion Académica.

—Señor, y lo que veo es que van pasando dias y dias, y esos señores generales que dicen que hay á las puertas de Viena con tantas tropas parece que no se atreven á entrar á examinar los estudiantes.

—Eso, PELEGRIN, necesita ser tratado en estacion aparte.

CUARTA ESTACION.

Auesperg, Jellachich, Windischgraetz.

Mira, hombre. Es muy fácil decir, ¿por qué no entran? Pero en primer lugar has de hacerte cargo que, bien ó mal, y mas ó menos útiles, se hace subir á 80,000 hombres los que hay armados dentro de la poblacion. En segundo lugar, que el príncipe *Windischgraetz* que ha de venir á reforzar los ejércitos de *Jellachich* y de *Auesperg*, y que ha sido nombrado generalísimo de todos ellos, se hallaba en Praga, y de alli ha tenido que ir á Olmutz á recibir instrucciones del Emperador, y de alli tiene que venir á Viena, en lo cual siempre se tarda.

—Señor, paréceme que de todos modos ha andado muy pesado el señor *Brindis-grandis* en acudir á reunirse con *Galachicha* y con *Agua-asperges*.

—¡Jesus, Ave Maria Purísima, y cómo me has desfigurado y estropeado todos los nombres!

—Así será, señor; ¿pero tengo yo la culpa de que esas

gentes no tengan otros nombres mas cristianos? Si se llamáran, pongo por caso, como nuestros generales, Concha, Pavía, Campuzano, Villalonga, Córdova, etc., etc., veria vd. como los pronunciaba bien. Y ahora que hablo de ellos, mi amo, ¿sabe vd. que me está bullendo aqui una sospechilla? Del hermano Villalonga nada tengo que decir, puesto que parece va dando buena cuenta de los croatas que andaban por Valencia y el Maestrazgo. Pero en cuanto al hermano Córdova, milagro será, señor, milagro será que no tengan fundamento mis barruntos.

—¿Y qué barruntos son esos, si se puede saber?

—Señor, milagro será que no esté esperando á que el Emperador de Austria le llame para conquistar á Viena. Dígolo, mi amo, porque bien sabe vd. que hace mas de mes y medio que el hermano Córdova fué enviado por el gobierno á Cataluña para que acabase en dos paletas con todos los trabucaires y todos los húngaros de aquel pais, y que todavía no ha salido á campaña, porque dicen que aun no ha madurado el plan que está formando allá en las altas regiones de su alto entendimiento. Pero yo pienso que no va por ahí el agua del molino. Una de dos, señor; ó él habia visto venir los sucesos de Viena, y sabia que el Emperador, conociendo su actividad y sus recursos, le habria de escribir una *cartila* llamándole para que sujete á los revoltosos y le arregle el imperio; ó es que está esperando á que todos los facciosos se presenten á indulto como Arnau y Caletrús, ó á que se mueran de viejos, que de morirse tienen, y entonces será una gloria para él haber acabado la guerra sin sacar la espada ni derramar una gota de sangre.

—Acuérdate, PELEGÁN, que estamos hablando de Viena y no de España, que si á hablar de España fuéramos, yo tambien te preguntaria si por casualidad sabias algo de aquellos seis ó siete generales que fueron con Córdova á Cataluña, y cuyo paradero se ignora, pues por un lado temo si se los habrá tragado la tierra como á Coré, Datan y Abiron, y por otro recelo si se aparecerán allá en Inzersdorf, en Sussembrunn ó en Moedling con los Tchèckes ó los Masures, ó bien con Pocklouschky ó con Lobkowitz, pues todo es de sospechar, una vez que por aqui no suenan ni parecen. Pero como estamos hablando de las cosas de Austria, por eso no te pregunto por ellos.

Y en tercer lugar, has de hacerte cargo que si Jellachich no ha atacado á Viena habrá sido por temor del ejército hún-

garo que parece venir tras él en ayuda de los insurrectos Vieneses.

—Señor, hagamos aqui otra estacion, si á vd. le parece, que tengo para mí que no ha de faltar que contemplar.

—Hagámosla pues.

QUINTA ESTACION.

Los Húngaros y el revoltijo europeo.

Contempla, PELEGRIN, en esta quinta estacion, á esos mismos Húngaros que hace dos meses ofrecieron al Emperador un ejército de 50,000 hombres para que subyugára la Italia, marchando ahora á favorecer á los revolucionarios de Viena. Y contempla á esos mismos Húngaros que vinieron con Radetzky á ponerla coyunda á los liberales italianos, fraternizando ahora en Milan con esos mismos Italianos, y gritando con ellos: *¡Viva la libertad! ¡viva la Italia!* y desertándose de Milan y poniendo á Radetzky en calzas prietas. Y contempla como al ver los Italianos y Carlos Alberto las calzas prietas de Radetzky, se disponen á apretárselas mas entrando de nuevo con sus ejércitos en Lombardia. Y contempla cómo al ver esta actitud de los Vieneses y de los Húngaros y de los Italianos, la Alemania dice, que en el caso de faltarle fuerzas á Radetzky, ella mandará 70,000 Alemanes para que tengan á raya á los Italianos. Y contempla cómo la Francia dice que no puede consentir que la Alemania haga tal cosa. Pero contempla como la Rusia ofrece al Emperador de Austria que si necesita sacar las tropas austriacas de Galitzcia para sujetar á Viena, ella ocupará con las suyas á Cracovia para que no se muevan los Polacos. Y contempla cómo el gobierno del imperio aleman pide al de Prusia su intervencion en los negocios de Viena, y el de Prusia se niega á ello. Pero contempla como en Berlin se teme que á estas horas haya sucedido otro tanto que en Viena. Y contempla en fin en esta quinta estacion cómo la gresca de Viena trae engrescada á toda la Europa, y con peligro de que se engresque en términos que no quede títere con cabeza.

—¡Buena estacion ha estado esta, señor mi amo! Por mi ánima si á este paso no llega luego la Europa al remate del Calvario. Y ahora desearia yo saber qué remate será este, y

cómo saldrá de él la libertad europea, si saldrá triunfante y gloriosa, ó saldrá crucificada.

—Todo podrá ser, TIRABEQUE hermano, porque todo lo puede dar de sí la gresca de Viena, y acaso á esta hora en que hablamos esté resuelta la cuestion. Porque ya el 18 debió reunirse Windichgratz con los demas ejércitos sitiadores, cuyo número ascendia ya á 80,000 hombres. Y aqui entra la

SESTA ESTACION.

¿Si saldrá crucificada?

Mira, PELEGRIN; de tal magnitud ha sido la revolucion de Viena, que en las circunstancias presentes acaso de su resolucion pende la suerte y los destinos de toda la Europa; y esto confirma lo que al principio te dije, que era cuestion que no debia, ni casi podia tratarse sino muy gravemente. Pero en fin, has querido tomar tu parte en ella y vamos andando.

A juzgar, pues, por las probabilidades parece que Viena debe haber sucumbido, bien por arreglo y capitulacion, lo que creo mas verosímil, bien por bombardeo. Ahora bien, ¿de qué te alegrarias tú mas, de que triunfara la revolucion de Viena, ó de que la ahogáran y escarmentáran los ejércitos imperiales?

—Señor, en mucho aprieto y compromiso pone vd. á un pobre lego. Pero si de triunfar la revolucion y la gente que la ha armado se ha de seguir un derrame de libertad que produzca la anarquía, como dicen que el derrame de cólera produce la tiricia que pone á los hombres amarillos, en ese caso sentiré que triunfe la revolucion. Pero si de triunfar *Brindis-grandis*, *Agua-asperges*, *Galachicha* y demas generales del emperador *Manifestos*, se ha de seguir el que crucifiquen la libertad en Viena y en toda el Austria, y á su ejemplo le han de hacer tambien la merced los generales y emperadores de otras partes, en ese caso, mi amo, sentiré que triunfen los susodichos. Y vd. perdone si soy de tan mal contentar.

—Por el contrario, PELEGRIN. Pláceme el ver que no discurre mal para ser un lego, porque á ambos extremos pueden conducir esos desbordamientos de los pueblos. Y ahora voy á hacerte notar una observacion, que tanto se refiere á España como á Viena. Si lees los diarios progresistas españoles, ob-

servarás que casi todos muestran alegrarse cada vez que ocurre un sacudimiento semejante al de Viena, y que parece indicar, aun cuando así no sea, que verían con gusto los triunfos de estas gentes estremadas que llaman demagogos, como si tales demostraciones y tales triunfos pudieran redundar en bien de la verdadera libertad: lo cual tengo para mí que es tan al contrario, que opino que no hay nada que tanto la perjudique y atrase. Si lees los periódicos que se dicen moderados, observarás que de tal modo celebran y desean que se sofoquen, apaguen y aniquilen estos movimientos, que no ocultan la satisfacción con que los verían escarmentados, como quiera y por quien quiera que fuese, aun cuando para ahogarlos fuera menester reemplazarlos con el más duro despotismo: lo cual es otro extremo que me parece muy mal visto en periódicos que todavía se atreven á llamarse liberales.

De modo y manera, PELEGRIN, que teniendo tu amo la desgracia de no convenir ni con los unos ni con los otros, porque de los extremos no puede salir nada favorable á la libertad, ahí tienes que me sucede lo propio que á ti, que temo tanto el triunfo de la revolución de Viena como el triunfo de las tropas imperiales, y es que temo que del uno y del otro salga la libertad crucificada, que á tal suelen conducir semejantes estaciones. Y así lo que desearía fuera que ni los pueblos se dejarán arrastrar á tales situaciones y desplazamientos, ni los príncipes y los gobiernos dieran ocasión y lugar á ellos, que es lo que tengo para mí que ha acontecido en Viena, donde se me antoja que si culpa ha habido de parte de los hombres estremados, descontentadizos y de exageradas ideas, tampoco son disculpables ni el Emperador ni sus ministros por su sistema inconsecuente y anfibio, y por su conducta y comportamiento con la Hungría, lo cual no sin razón los ha irritado.

—Sea todo por Dios, mi amo; y pidámosle de todo nuestro corazón que de esta hecha y tras de estas estaciones y calvarios no salga crucificada la libertad en Viena.

—Así lo espero todavía, PELEGRIN: y así debemos esperar si hemos de juzgar por los manifiestos del Emperador, y por las proclamas de Windichgraetz, y aun del mismo Jellachich, pues todos protestan que no es su intención atacar ni lastimar en lo más mínimo las libertades constitucionales, sino sujetar á los revoltosos y anarquistas.

—Sin embargo, mi amo; no hay que fiar ya en manifiestos y en proclamas, y así no crea vd. que estarán de mas nuestras oraciones.

—Pues reza, PELEGRIN, y veremos si influyen las oraciones de un lego bien intencionado en bien de las libertades europeas.»

EL QUIJOTE DE ANTAÑO,

Y LOS QUIJOTES DE OGAÑO.

Cansados estábamos amo y lego, y fatigada nuestra imaginación con la lectura de tantas revoluciones sangrientas, de tantos dramas trágicos, de tantas escenas terribles como se representan cada día en Europa, que bien se necesita de filosofía y de estudio, y aun de violencia, para sobreponerse á sí mismo y conservar un mediano humor, no diré que bueno y alegre, al través del cuadro universal de desolación y de desconcierto y de guerra social que el mundo nos ofrece, do quiera que se fije la imaginación y se dirija la vista. Así que, le dije á mi lego:

—«Menester es, PELEGRIN, que apartemos un rato los ojos de este panorama siniestro que los diarios políticos nos presentan cada día, y que por vía de desahogo y descanso nos demos alternativamente á alguna lectura mas divertida y amena, y que nos distraiga y alivie, siquiera sea por algunos instantes, de las desagradables impresiones y del humor no nada festivo que engendra esto de no oír ni leer todos los días y á todas las horas sino: «Desórdenes en Francfort; Revolución en Viena; Horrosas catástrofes en Messina; Motin en Liorna: Revueltas en Munich: idem en Florencia, idem en Milan, idem en Berlin, idem en Pesth, idem en Presburgo; idem idem idem en todas partes.»

—Eso me parece bien, señor mi amo, que por mi ánima si

no me acontece á mi lo propio; y asi dígame vd. qué es lo que quiere que leamos, que yo lo haré de buena gana, ó escucharé con la misma voluntad si quiere vd. llevar la lectura, que siempre lo hará algo mejor que yo.

—Pues bien; mira lo que hay por esa pequeña librería, y escoge tú lo que te parezca mejor y mas á propósito para el caso.»

Púsose TIRABEUQUE á registrar los rótulos de la pequeña biblioteca gerundiana, y dijo: «Señor, aqui he topado con la seccion de novelas, y debe haberlas muy buenas y de mucho mérito, puesto que leo en los rótulos de los libros los nombres de Eugenio Sue y de Alejandro Dumas, y de otros que he oido ponderar por grandes noveleros.

—Novelistas se dice, PELEGRIN, que no noveleros; y pasa esa seccion, que para leer novelas extranjeras, tenémoslas diariamente de sobra en los periódicos españoles: que parece haberse propuesto saciar é infestar la España, y aun inundarla y ahogarla en el diluvio de la novelería extranjera, en lo cual hacen muy poco favor á los ingenios españoles; y luego se quejarán ellos mismos de que no hay una literatura nacional, cuando son los que mas contribuyen, ó á no dejarla nacer, ó á anonadar y destruir la que formar pudiéramos. Cuanto mas que ahí no hallarias sino personajes sangrientos, debilidades humanas, crímenes horribles, y una pintura desconsoladora y triste de la sociedad, que si bien hecha en elegante estilo y con una fuerza de imaginacion admirable, no llenaria de modo alguno nuestro objeto, que es ahora el de esplayarnos y divertirnos, y olvidar, si es posible, las disgustosas escenas que el mundo político actual nos ofrece. Asi, pues, pasa á la seccion de autores clásicos españoles, que alguno podrás hallar que nos entretenga y divierta y haga reir, que es lo que por ahora se pretende demostrar.

—Asi lo haré, señor, que tampoco yo estoy por lo extranjero, como vd. sabe. Y aqui tropiezo con el Quijote, que si no estuviera tan leído y manoseado.....

—No importa, PELEGRIN; esa es precisamente una de las propiedades de esa obra admirable, que por leida y manoseada que esté nunca deja de divertir y de hacer asomar la sonrisa á los labios; y á buen seguro que no alcanzarán las novelas francesas del dia, por buenas que sean, la gloria de ser leidas y releidas cuando haya pasado siquiera un siglo, con el gusto y el placer que todavía se lee el drama inmortal del Ingenioso Hidalgo. Y asi baja el primer tomo, y leeremos al-

gun capítulo, que cualquiera que sea, no dejará de divertirnos y alegrarnos.»

Hízolo así TIRABEQUE, y yo FR. GERUNDIO abrí á la ventura, y salió el capítulo XIX, que trata *De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros*. Comencé á leer, y llegué á aquel pasaje que dice:

«Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones: Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de TUYO Y MIO. «Eran en aquella edad todas las cosas comunes....

—Párese vd. ahí, señor mi amo, me interrumpió TIRABEQUE. A lo que veo, el Sr. D. Quijote predicaba ya el comunismo á los cabreros, y esto solo le faltaba para que fuese rematada y completa su locura.

—Ahí verás, PELEGRIN: y por ahora escucha otro poco, que este es uno de los pasajes mas hermosos de la historia del héroe manchego.

«A nadie (continúa) le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían.... Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia.»

Proseguí, yo FR. GERUNDIO, leyendo á TIRABEQUE todo aquel sabroso razonamiento en que Don Quijote pinta las dulzuras y felicidades de la edad dorada, hasta que llegando á los vicios con que *en estos nuestros detestables siglos* (dice él) se ha contaminado la sociedad, exclama: «Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, á

«quienes agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis «à mí y á mi escudero.....»

—No siga vd. mas por ahora, mi amo, me volvió á interrumpir TIRABEQUE: pues bástame y aun me sobra lo que usted me ha leído para sacar en consecuencia que el Caballero de la Triste Figura era ya un socialista de cuatro suelas, puesto que ponderaba y predicaba las dichas y venturas de aquellos tiempos en que dice que todas las cosas eran comunes, y que no habia eso de *tuyo y mio*, ó lo que es lo mismo, que no habia propiedad, que es lo propio que los socialistas de ahora pretenden. Y si unos y otros quieren llevarnos á aquella edad, como soy cristiano si no se me antoja que tan Quijotes son los de ogaño como el Quijote de antaño.

—Te diré, PELEGRIN: unos y otros pretenden reformar la sociedad y llevarnos como por la mano á la fabulosa edad de oro: con la diferencia que en la edad media los reformadores se llamaron Caballeros andantes, y en la nuestra se titulan Socialistas: aquellos emprendieron la tarea de defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer á los huérfanos; estos se cuidan poco de la defensa y amparo de las viudas y doncellas, y la han tomado por amparar y defender á los obreros; y así lo que fueron entonces los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Amadisés y Belianisés, los Febos, los Platiros y los Galaos, puede decirse que lo son ahora los Cabet, los Barbés, los Leroux, los Blanquis, los Luís Blanc, los Raspail, los Proudhon y los Ledru-Rollin. Y no porque los obreros, así como las viudas y doncellas, no deban y merezcan ser socorridos y amparados, sino porque los medios que para ello unos y otros han escogido así conducen al objeto como por los cerros de Ubeda. Y repara, ya que este pasage se nos ha venido á la mano, como Don Quijote ponderaba aquel feliz estado diciendo: «Todo era *paz* entonces, todo *amistad*, todo *concordia*:» tres palabras que se semejan á las de *libertad*, *igualdad*, *fraternidad*, que los modernos socialistas aclaman.

—Pero el Sr. Don Quijote, mi amo, no habló una palabra de igualdad á los cabreros.

—Pero habló á su escudero Sancho. Y si nó acuérdate de lo que antes te he leído, que cuando se sentaron todos á comer le dijo don Quijote á su escudero: «Quiero que aquí á mi lado «y en compañía de esta buena gente te sientes, y que seas una «*misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor*, que «*comas de mi plato y bebas por donde yo bebiere*, porque de la

«caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se «dice: *que todas las cosas iguala.*» Que es lo propio que hacen los socialistas, comer en un mismo plato con los obreros y beber por donde ellos beben, porque el Comunismo, como la Caballería andante, *todas las cosas iguala.* Aunque si leyéramos hasta el Cap. XX., hallarías que Don Quijote se iba ya arrepiñtiendo de tanta igualdad, puesto que tuvo por conveniente decirle: «*De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: asi que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto.*»

—Y diga vd., mi amo; ¿qué les pareció á los cabreros y á Sancho Panza del discurso del socialista Don Quijote?

—Ahora te lo leeré. «Toda esta larga arenga dijo nuestro «caballero, porque las bellotas que le dieron le trajeron á la «memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asi mismo callaba, y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que porque se enfriase el vino le tenían colgado «de un alcornoque.»

—Y hacia grandemente el hermano Sancho, exclamó mi lego, en comer y callar y visitar el zaque, como quien dice: «predica, predica en desierto, y aliméntate de recuerdos y programas, que yo á lo positivo me atengo.» Y en lo que toca á volver á los tiempos de las bellotas, única edad en que las cosas pudieron ser comunes, y que tengo para mí que pasó para nunca mas volver, hágales buen provecho asi á Don Quijote de la Mancha, como á los nuevos Quijotes de allá del Sena, que yo no estoy por volver tan atrás, aunque pudiera. Y esto es lo gracioso, mi amo, que nos digan los comunistas que quieren marchar muy adelante, siendo asi que en lugar de ser gamos son los mas cangrejos del mundo, puesto que pretenden volver á lo que se quedó tan atrás que ya nadie se acordaba de ello, ni puede ser, ni yo lo querria, dado caso que ser pudiera, que estoy por comer pan candéal y beber del zaque como Sancho, aunque me cueste el dinero, mejor que por la bellota y por las transparentes aguas de aquel tiempo, por mas que las dieran de valde las robustas encinas y las claras fuentes y corrientes rios.

—Sábetelo, PELEGRIN, que en esto del yantar es en lo que no se parecen los socialistas modernos á nuestro socialista de la

Mancha: que este era sobrio por sistema, y éralo á veces en demasia, y asi andaba él de amojamado, acecinado y flaco; mientras los otros son muy dados á los banquetes, y no de bellotas y agua como en la edad de oro, sino de otras cosas que da de sí esta edad de hierro que ellos quisieran trocar por la otra. Y tan aficionados son á las comidas y convites, que además de los que han celebrado en París, en Tolosa, en Bourges, en Mompeller y en otros puntos del vecino reino, ahora han acordado organizar un sistema general de banquetes en toda la Francia, y salir á presidirlos los Caballeros andantes de la Caballería Socialista, y comer con los obreros y predicarles la doctrina de la edad de oro, al modo que nuestro Hidalgo manchego la predicaba á los cabreros al tiempo que con ellos comia. Del caballero andante Ledru-Rollin se sabe que irá primero á buscar aventuras á Dijon, y despues pasará á Lyon, donde cuenta con un numeroso auditorio de obreros, para cuya defensa y socorro se ha instituido la nueva órden de Caballería socialista.

En estos banquetes, TIRABEQUE hermano, los comensales no se limitan ya á escuchar embobados y suspensos como los cabreros de Don Quijote, sino que hablan tambien y contestan á los brindis de los maestros de la órden. Recomiéndote el brindis del Caballero andante Proudhon en el banquete que tuvieron pocos dias há en París en la barrera Poissonnière:

Revolucion de 1848 (esclamó): ¿cómo te llamas?

—Me llamo el *Derecho al trabajo*.

—¿Cuál es tu bandera?

—La *Asociacion*.

—¿Y tu divisa?

—La *Igualdad ante la fortuna*.

—¿A dónde nos llevas?

—A la *Fraternidad*.

Y despues de este original diálogo entre la revolucion y él, continuó: «¡Oh revolucion! ¡yo te saludo! ¡Yo te serviré como «he servido á Dios, con todo mi corazon, con toda mi alma y «con todas mis fuerzas!»

—Señor, esa es la parte buena que encuentro en los caballeros andantes de todos los tiempos, el ser hombres de mucha fe. Y veo con gusto que á la manera que Don Quijote y demas caballeros de su tiempo invocaban siempre con mucho fervor á su Dios y á la dama y señora de sus pensamientos, asi los de ahora invocan tambien y sirven con toda su alma á su Dios y

la señora de sus pensamientos, que es el comunismo y la igualdad de las fortunas, como hizo el caballero andante Proudhon. Y por tanto, aunque sus pensamientos sean sueños y delirios, puede perdonárseles todo en gracia de ser tan devotos y buenos cristianos.

—¿Buenos cristianos has dicho, PELEGRIN? Discurre tú lo buen cristiano que será el caballero andante Proudhon y lo bien que habrá servido á Dios un hombre que ha dicho en una de sus obras: «Tu nombre ¡oh Dios! que ha sido por tanto «tiempo la última palabra del sábio, la sancion del juez, la «fuerza del príncipe, la esperanza del pobre, el refugio del «culpable arrepentido... Este nombre incomunicable, entregado de hoy mas al desprecio y al anatema, será silbado entre los hombres, porque Dios es simpleza y cobardía! Dios es «hipocresía y mentira! Dios, es tiranía y miseria! Espíritu engañador, Dios imbécil, tu reinado ha concluido... Dios, retírate!... Porque desde hoy, curado de tu temor, hecho ya sábio, juro con la mano estendida al cielo que no eres sino el «verdugo de mi razon, el espectro de mi conciencia (1)!»

¿No te parece una buena jaculatoria esta, PELEGRIN? ¿No te parece que será un buen servidor de Dios este Quijote del comunismo?»

Hízose TIRABEQUE mas de dos docenas de cruces antes de contestarme, y luego exclamó; «Señor, si todos los caballeros andantes del Comunismo son así, desde ahora y por lo que pueda servir, como mas largamente se contiene, los escomulgo y matematizo, y les echo el abi-retro para siempre jamás amen. Y dénme á mí Quijotes de la Mancha todos los que quieran, que si eran botarates, atolondrados y locos, eran á lo menos cristianos rancios y hacian reir, y no que estos, á mas de ser tan rematados y calvatruenos como los otros, son por añadidura blasfemos y malos cristianos, y nos hacen llorar.

—Verdad es, PELEGRIN, que no todos los socialistas son como Proudhon, ni debieran algunos ser confundidos con los de su ralea, aunque en esta distincion no entraré yo ahora. Pero mucho deben haber cundido semejantes máximas y doctrinas, cuando los obreros del banquete socialista de Mompeller gri-

(1) Proudhon: *Système des contradictions économiques*, tom. I, pág. 416.

taban entre otras cosas: «¡Viva el infierno!» como mofándose y haciendo alarde y gala de no creer en él.

— Señor, ¿y el bendito San Roque, natural de aquella ciudad y abogado de la peste, no hizo venir sobre aquellos ciudadanos el cólera morbo, y no que dejará que se esté llevando por ahí la epidemia á la gente decente y honesta y cristiana? ¿En qué pensaba ese santo de Francia, que santo de Francia habia de ser él cuando tal no hizo?

— Eso es lo que no podré explicarte yo, PELEGRIN. Lo que puedo decirte es, que ya has visto como ese libro tan manoseado y viejo, en las primeras páginas que la casualidad me hizo abrir, nos ha enseñado que ya nuestro Don Quijote de la Mancha fué socialista y aun comunista, y de consiguiente que los modernos socialistas y comunistas no son sino unos Quijotes de imitacion, á quienes tiene que suceder lo que al caballero de la Triste Figura, que es ser curados de sus sueños y sus delirios á fuerza de amargos desengaños y de rudos golpes. Y que si en Francia han necesitado recurrir á la pluma de un Thiers para que los combata, rebata y anonade por lo sério, en su tratado *De la Propiedad*, en España no necesitamos mas que este libro del Quijote para dejarlos tan mal parados y magullados que mas no pueda ser, y esto por lo alegre y lo festivo, que es mas deleitoso y mas eficaz.

— ¡Tonto y sandio y mentecato de mí, señor mi amo! Que muchas veces habia yo leído ese mismo pasage sin que me viniera á las mientes hasta ahora eso del comunismo!

— Otro tanto habrá acontecido á muchos, PELEGRIN. Y aunque podria citar varios otros pasages del mismo género, para confundir y abochornar á los nuevos transformadores del mundo y caballeros andantes del socialismo, conténtome por hoy con este ligero pasavolante, que este y otros mas merecido tienen los que con sus fantásticos delirios son hoy el estorbo principal á la marcha pacífica, progresiva y lenta de los pueblos, á quienes traen asustados, agitados y revueltos; los que impiden que se arregle la Francia, y aun la Europa; los que han dividido y aun resfriado á los hombres del verdadero progreso; los que hacen que se teman las revoluciones mas justas; y los que acaso, y sin acaso, están haciendo todo lo posible por su parte por traer sobre el mundo una reaccion hácia el despotismo, que es lo que por todos los medios que estén á nuestro alcance debemos nosotros evitar.

— Pues zurra con ellos, señor mi amo, y lo mismo con los

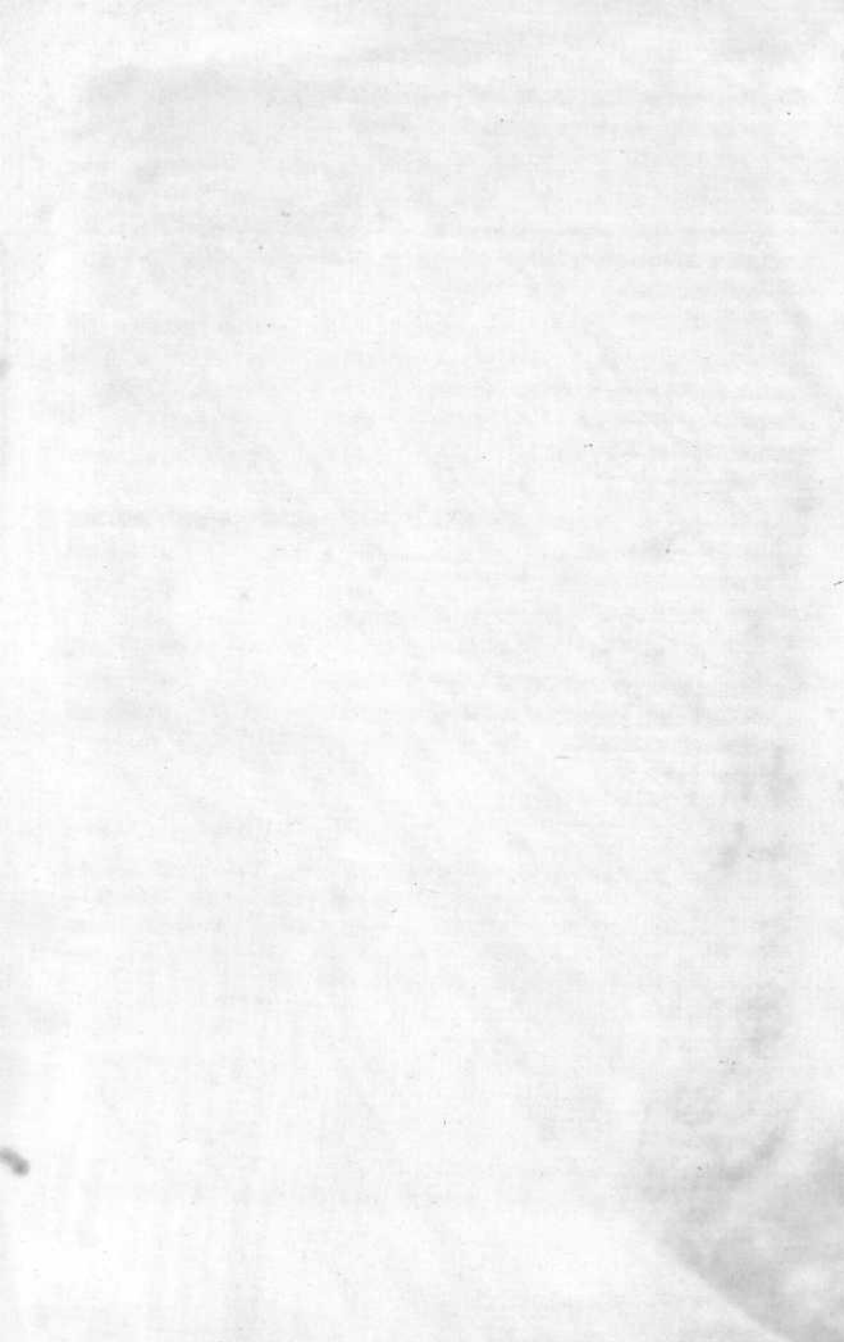
Quijotes y Caballeros andantes del socialismo, que con los Quijotes y Caballeros andantes del despotismo; que tan Quijotes y tan locos y avellanados son en el dia los unos como los otros, y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga, y aqui estoy para lo que vd. guste mandarme y servir pueda, pues como decia Sancho en el capitulo que vd. me ha leído: «estas cosas que los «Caballeros andantes quieren darme, conviértanlas en otras «que me sean de mas cómodo y provecho, que éstas, aunque «las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aqui al «fin del mundo.»

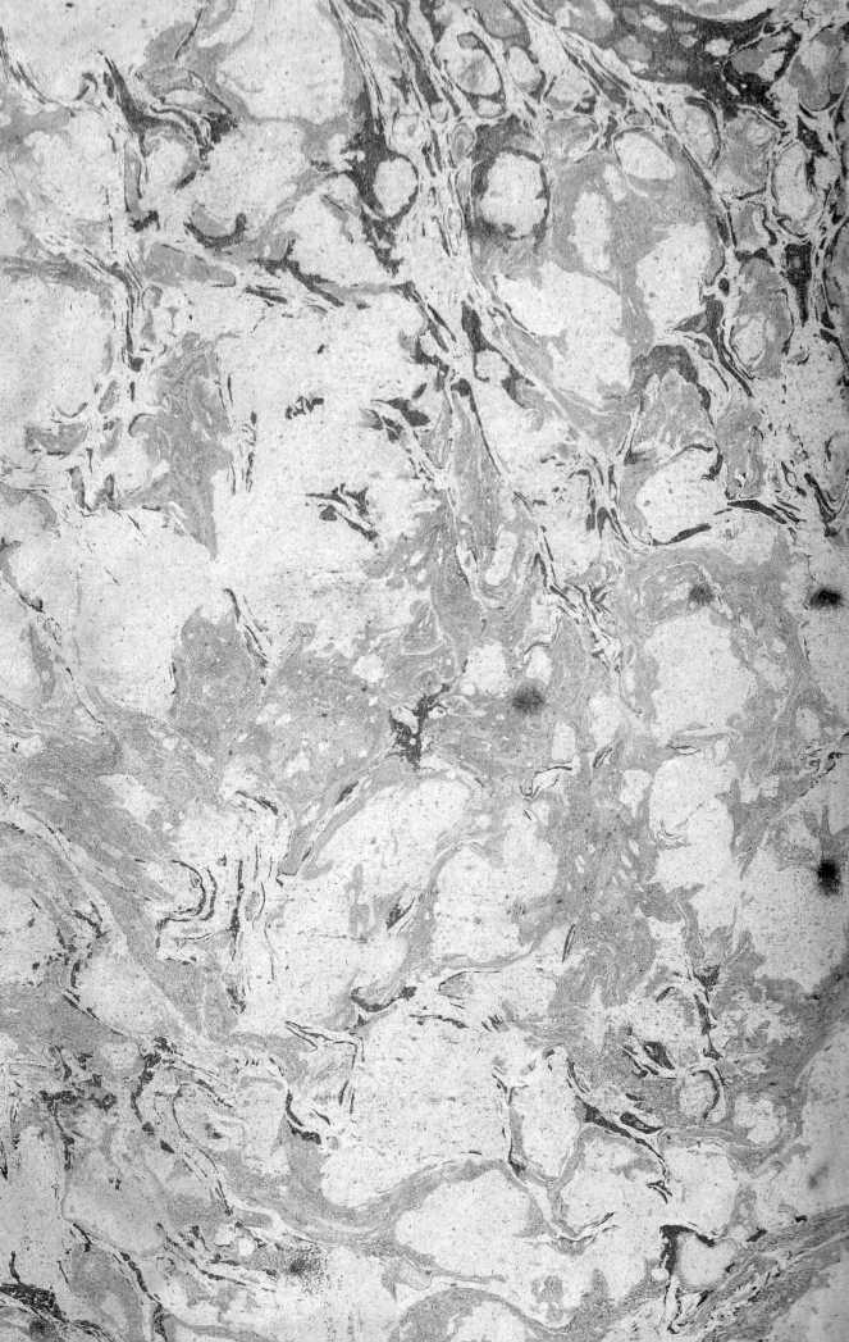
¿Y QUÉ HAY POR ESPAÑA?

De acá de casa no hay cosa particular que de contar sea. Acá seguimos *in statu quo*, como si no pasára nada en el mundo. Tenemos toros los lunes y facciosos todos los dias. Pero en fin, á aquellos los van matando en la plaza, y para estos que no los maten se van presentando á indulto, á lo menos por Valencia y Aragon. El general carlista Arnau, cuñado de Cabrera, se ha presentado tambien: un añito antes lo debió haber hecho, pero en fin mas vale tarde que nunca. Forcadell ha muerto (Dios le haya admitido á indulto), y Cabrera parece que se ha escurrido á Aragon, desde donde dicen que piensa largarse á Francia, temeroso sin duda de la espada victoriosa de Córdoba, que continúa tan guapote en Barcelona dando *órdenes del dia*, que lo mismo dá eso que dar batallas: parece que le prueba muy bien alli la salud. Por lo demas nada: los pueblos siguen pagando *bien*, y las *clases* cobrando *mal*, y el gobierno tan impermeable y tan campechanote. Miraflores ha dejado de ser gobernador de palacio: un añito antes tambien, y no se hubiera perdido nada,

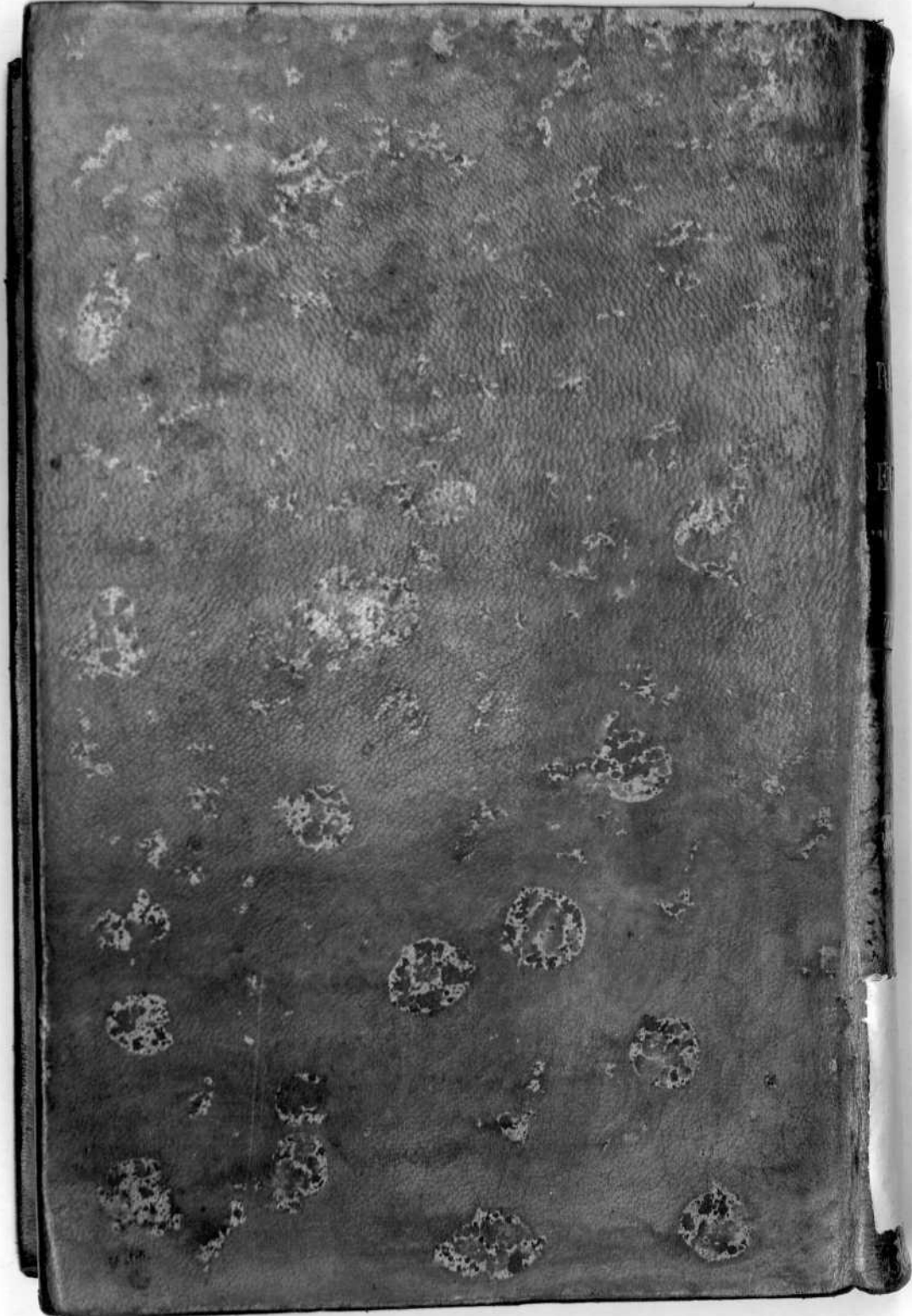
pero en fin..... S. M. ha encomendado al Rey su augusto esposo el gobierno y administracion de la Real Casa y patrimonio, y esto está en su lugar. Pero ha sido nombrado intendente de ello el hermano Vista-hermosa, que no falta quien lo mire como un *legado á latere* puesto por el Papa de quien penden hoy las absoluciones y excomuiones. El pique de Peña-florida con el ayuntamiento parece que se arregló, y Peña-florida sigue de gefe politico (1). El de Policia suspendió el periódico *La Ley*, único acaso que faltaba suspender, y al diablo le ocurre publicar una *ley* en España á la altura en que nos hallamos. Sin embargo estamos en estrechas relaciones con la República francesa; ni mas ni menos que si todos fuéramos unos, y el hermano Lesseps ha presentado sus credenciales de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República en testimonio de los lazos de fraternidad y de cordialidad que naturalmente (dijo) unen á los dos pueblos. El duque de Sotomayor tambien ha presentado allá las suyas y *pax Christi*. En efecto, el *pax Christi* y la *paz á toda costa* es el sistema de allá y de acá, como lo fué el del hermano *Luis Felipe*; de modo y manera que allá han vuelto las aguas por donde solian ir, y acá van por donde iban, y *laus Deo*.

(1) Está visto que es una fortuna tener un nombre asi florido y ameno para ser algo en España. *Miraflores*, *Vista-hermosa*, *Peña-florida*.... Siento no llamarme *Gerundio-florido*, ó el *Padre Hermoso*, ó *Cam-pazas-bellas*, ó cosa asi, para ver si me hacian gobernador ó intendente de Palacio, ó siquiera gefe politico de Madrid.









REVISTA
EUROPEA

2

G 28901